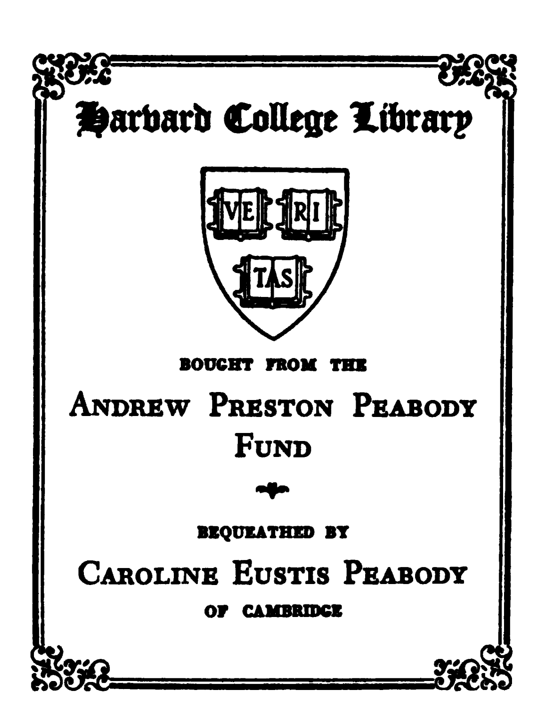

Harvard College Library
VE RI TAS
BOUGHT FROM THE
ANDREW PRESTON PEABODY FUND
BEQUEATHED BY
CAROLINE EUSTIS PEABODY
OF CAMBRIDGE

CANDIDATURA DEL DUQUE DE AOSTA

PARA REY DE ESPAÑA.

EXPOSICION

A LAS CÓRTES CONSTITUYENTES

POR VARIOS PROPIETARIOS,

EN QUE MANIFIESTAN LOS INCONVENIENTES DE QUE LA ELECCION PARA OCUPAR EL TRONO ESPAÑOL RECAIGA EN UN PRINCIPE EXTRANJERO SIN DERECHO NI LEGITIMIDAD PROPIOS, CON ALGUNAS IMPORTANTES OBSERVACIONES GENERALES SOBRE ESTA MISMA CUESTION.

POR EL MARQUES DE MIRAFLORES,

de la Academia de la Historia.

MADRID, 1870.

IMPRENTA DE LA VIUDA DE CALERO,

calle de Santa Isabel, núm. 26.

Liberal desde mi infancia, tengo la conviccion de que uno de los mejores elementos de los gobiernos constitucionales es la publicidad, y esto unido á mi carácter franco y leal, me hace tomar otra vèz mi cansada pluma para esclarecer el anuncio, harto generalizado, acerca de un proyecto de dirigir á las Córtes Constituyentes una exposicion, que algunos periódicos, acaso ántes de conocer su fondo y su forma, han hecho indicaciones conformes á su criterio, su posicion en la prensa, sus opiniones políticas ó al interés del partido á que pertenecen

Mas como yo he sido el primero que tuve el pensamiento de dirigir á las Córtes Constituyentes la referida exposicion, no con ánimo de hacer un acto político ni ménos de oposicion, sino un alarde de puro patriotismo y nacionalidad, acepto el principio de publicidad que guió

todos los pasos de mi vida política, para que una vez resueltos á presentarla, darla á conocer al público con exactitud, por si acaso las prescripciones reglamentarias del Congreso impidiesen se leyera en este Cuerpo ántes de la votacion del Duque de Aosta para Rey de España, fijada para el 16 de este mes.

Los antecedentes políticos, su carrera y la historia de los firmantes, todos contribuyentes, responden de su imparcialidad y de sus levantados propósitos al emitir su opinion contraria á toda candidatura extranjera que no tenga su orígen en una legitimidad y un derecho perfecto é incontestable; pero despojándola de toda pasion política y espíritu de partido, y mucho más de todo género de hostilidad al respetable príncipe de la Real Casa de Saboya, el candidato duque de Aosta, que no es extraño se rindiese á instancias calorosas al aceptar la corona de España, sin conocer las escasas simpatías que debia hallar en una parte muy importante del país por su cualidad de extranjero y por sus ningunas relaciones ni antecedentes en esta nacion. Y no debe extrañarse que los exponentes al estampar su firma en el referido documento hayan dejado de enaltecer y dar suma importancia al sacrosanto principio de la legitimidad y del derecho en general tal como la representa el Príncipe Alfonso, á quien no se nombra en la expo-

sicion por no parecernos oportuno ocuparnos ahora de esta cuestion en su fondo, considerando que será ocasion mas oportuna aquella en que haya de resolverse la gran crísis europea pendiente, lo que ha de verificarse necesariamente á la conclusion de la gran guerra entre Francia y Prusia, momento supremo para los destinos futuros de las relaciones internacionales europeas; y por eso decimos en la exposicion «que si en los momentos actuales no »fuera posible hacer cesar el interregno con ven»taja reconocida del Estado, se aplazase la reso»lucion para más adelante, pues si la interinidad »del régimen vigente es un mal grave, lo es aún »mayor el establecimiento de una dinastía que no »tenga en su apoyo ni la base del derecho, ni la »fuerza de la opinion pública, ni el prestigio »de la victoria.» En fin, nuestro propósito del momento ha sido llamar la atencion de las Córtes hácia el gravísimo inconveniente de ser extranjero el duque de Aosta para ser elegido Rey de España.

Hé aquí el texto de la exposicion presentada á las Córtes con el nombre de las personas que la han firmado.

A LAS CORTES.

Los que suscriben llegan á las Córtes Constituyentes en uso de su derecho de ciudadanos y para cumplir con un deber de conciencia, prescindiendo de todo interés de partido, y animados tan solo del deseo de ver restablecida la monarquía, y con ella el órden social sobre bases sólidas y verdaderas, consagrada aquella forma de gobierno en la Constitucion de 1869, aunque reducida por esta vez á la condicion de electiva la corona que ciñeron como hereditaria San Fernando, Alonso el Sábio, Cárlos V y tantos otros monarcas españoles. Las Córtes están llamadas á ejercer el acto más trascendental de su larga y laboriosa vida. Y como al verificarlo habrán de tomar en cuenta la opinion pública, sin cuyo auxilio poderoso ó no se fundan ó no se consolidan jamás las dinastías, los que suscriben se creen en el deber de manifestar sus aspiraciones en cuestion tan importante, seguros de que ellas son al mismo

tiempo eco fiel del sentimiento público. No pueden ménos de serlo las que se dirigen á que la corona de España no recaiga en príncipe extranjero; porque si bien no hay por desgracia conformidad de pareceres entre los españoles acerca del candidato de nuestra propia nacionalidad que deba ser preferido, es un hecho notorio que la opinion del país rechaza cási unánimemente todo rey, que para entenderse con sus súbditos necesite aprender en el trono la lengua de Castilla.

Aún prescindiendo de que este sentimiento naciera de una preocupacion inmotivada, basta reconocerlo como un hecho para que deba ser tenido muy en cuenta por los legisladores. Las dinastías que no tienen sus orígenes en la historia patria, ni son la expresion del derecho ni del sentimiento universal, y no pasajero de un pueblo, parecen condenadas por Dios á la debilidad y la impotencia, y rara vez llegan á contar larga vida.

Si aún los monarcas, en quienes los inconvenientes de su calidad de extranjeros estaban hasta cierto punto compensados con las ventajas y los títulos de su legitimidad, elemento de la mayor importancia para la solidez de los tronos, y en concepto de los que suscriben imprescindible, y por tanto igualmente consignado en nuestras antiguas leyes y en todas las modernas constituciones, si aun aquellos monarcas tuvieron

que luchar con graves dificultades, ¿qué será de aquellos que sobre extranjeros y desconocidos en el país, carecen de todo título legítimo, ó no cuentan en su apoyo sino el sufragio de la mayoría de una asamblea elegida en una época de turbulencias, y en la cual por lo mismo no se hallan siquiera representados todos los partidos políticos? Así ofrecen nuestros anales tantos ejemplos dolorosos de desavenencias ocasionadas por el advenimiento de príncipes legítimos pero extranjeros, como enseñanza encierra la historia de otras naciones acerca de la debilidad, de la impotencia y del triste fin que suelen alcanzar las monarquías que no tienen su base en el derecho.

Tambien deberían las Córtes ántes de dar sus votos á un príncipe extranjero, tomar en consideracion las circunstancias críticas que atraviesa la Europa. Aún no ha terminado la guerra asoladora que ha de alterar en ella el equilibrio y sus relaciones con estados poderosos, en cuyas manos se halló á veces la suerte de otras naciones. En el Congreso que habrá de fijar su nueva situacion política, ha de discutirse necesariamente la que por su propia voluntad se ha creado el nuevo reino de Italia incorporándose el territorio de la Iglesia y despojando al Sumo Pontífice de su potestad temporal. ¿Será prudente comprometer los intereses de España en esta cuestion gravísima, ligando

desde luego su suerte á la de una nacionalidad contestada, en hostilidad abierta con los intereses del catolicismo, y sujeta todavía por lo tanto á eventualidades desconocidas?

Pudieran los que suscriben alegar otras muchas consideraciones en apoyo de su pretension; pero las expuestas son de tal gravedad, que bastan, en su concepto para justificarla y rogar á las Córtes que inspirándose en el sentimiento nacional, y tomando en cuenta las circunstancias presentes, no elijan rey extranjero, y que si en los momentos actuales no fuera posible hacer cesar el interregno con ventaja reconocida del Estado, aplacen su resolucion para mas adelante; pues si la interinidad del régimen vigente es un mal grave, lo es mayor aún el establecimiento de una dinastía que no tenga en su apoyo ni la base del derecho, ni la fuerza de la opinion pública, ni el prestigio de la victoria.

Madrid 13 de Noviembre de 1870.

El Marqués de Miraflores.—Conde de Puñonrostro.—El Marqués de Malpica.—El Conde de Pinohermoso.—El Marqués de Molins.—El Duque de Berwich y Alba.—El Marqués de Mirabel.—El Marqués de Alcañices, Duque de Sesto.—El Marqués de las Torres de la Pressa.—El Duque de Bailen.—El Marqués de Casa-Galindo.—El Duque de Huescar, Conde de Mon-

tijo.—El Marqués del Portazgo.—Antonio Benavides.—Príncipe Pío de Saboya.—Marqués de Castel-Rodrigo.—Conde de Maceda.—Marqués de Martorell.—Marqués de Pidal.—Marqués de Santa Cruz.—Conde de Villapaterna.—Francisco Cárdenas.—Florencio Rodriguez Vaamonde.—Marqués de Corbera.—Vizconde de Rias.—Marqués de Camarasa.—Marqués de San Saturnino.—Francisco Goicorrotea.—Conde de Mirasol.—Conde de Balazote.—Marqués de Aranda.—Marqués de la Torrecilla.—Marqués de Heredia.—Marqués del Villar.—Eduardo Sancho.—El Conde de Plasencia.—El Conde de Giraldeli.—El Conde de Armir.—Manuel Ruiz Tagle.—Marqués de Valmediano.—Valeriano Casanueva.—Conde de Zaldivar.—Marqués de San Cárlos.—Marqués de Casa Irujo.—Marqués de Jura Real.—Marqués de Oviedo.—Marqués de Acapulco.—Vizconde del Ponton.—Marqués de Povar.—Marqués de Toca.—Marqués de Viluma.—Santiago Tejada.—Marqués de Remisa.—Duque de Aliaga.—Marqués de Isasi.—Conde de Superunda.—Conde de Guaqui.—Duque de Híjar.—El Conde de Montefuerte.

Despues de haber manifestado las razones que han dado motivo á la exposicion referida, firmada por nombres muy respetables, cumple á mi historia política añadir, por mi sola cuenta, y dar á la estampa algunas graves, si bien breves consideraciones, hijas no de espíritu de partido, pues nunca pertenecí á ninguno de los muchos que influyeron en la triste situacion á que ha llegado el país, ni excitado tampoco por ninguna mira personal hácia el Príncipe Alfonso, á quien tuve y tengo el más entrañable cariño y profundo interes inspirado por su inocencia y por la justicia de su causa, de su derecho y de su legitimidad, sino llevado del bien de mi patria idolatrada y del sincero y noble deseo de remediar hasta donde sea posible los dos grandes y trascendentales errores cometidos por la triunfante revolucion de 1868, de cuya actuacion y situacion presente no me propongo ocuparme. El primero de ellos fué el de haber matado á mano airada y de un solo golpe la personalidad que ocupaba el Trono y la veneranda é irreemplazable institucion de la monarquía, lo que ha producido todas las dificultades posteriores; y el segundo haber aceptado el programa de *abajo todo lo existente* sin acordar ántes la manera de sustituirlo.

Cuanto á la gran cuestion de fondo en favor del Príncipe Alfonso, que no abordamos en la exposi-

cion, creo útil reproducir por via de apéndice el extenso y razonado escrito, no impugnado hasta ahora, que con el epígrafe de la *Cuestion de Candidatura para el Trono,* dí á la estampa en un suplemento á *La Epoca,* firmado por mí el 24 de junio de este año.

Despues de su publicacion, el derecho del Príncipe Alfonso, se hizo más perfecto é incuestionable aún para los más exagerados defensores de la legitimidad. S. M. la Reina Isabel, su madre, que reinó 35 años y que subió al trono en brazos de sus ilustres defensores en la guerra de sucesion y política á un tiempo, que terminó en Vergara, haciéndola personificacion de la idea liberal, abdicó en dicho Príncipe Alfonso con gran solemnidad, completa libertad y espontaneidad, sus derechos á la corona en París el 25 de junio de este año, el dia siguiente al en que firmé mi escrito.

Más el preferente orígen de mi opinion entónces y ahora, contraria á la candidatura de todo Príncipe extranjero, como á la de ningun otro que no sea don Alfonso, en quien la Reina su madre ha abdicado sus derechos y su legitimidad, es mi honrada conviccion que toda otra solucion de nuestra crísis interior no es solucion, sinó un simple é inútil expediente.

No es, ni puede ser solucion la eleccion del

Príncipe italiano, ni la de otro Príncipe extranjero cualquiera, porque no se puede sostener con conciencia imparcial, que haya ninguno capaz de traer medios eficaces de reconstruccion social y política, que hagan imposible otra temible crísis, producida por el ejercicio del derecho de variar de Rey tan fácilmente como se le habia nombrado.

Y hay para mí otra razon poderosísima y que nace de mi conviccion y mi deseo de evitar una nueva crísis, causada por otra variacion de Rey, que produciria un movimiento que acaso agotaria todas las fuerzas vivas del país, y para mí esta otra crísis seria inevitable si el Príncipe Alfonso llegase á su mayoría despojado del trono de sus mayores, falseándose el principio no del derecho divino, á que Royer Collard dió el nombre de añeja superstición, sino el derecho constitucional consignado en todas las Constituciones que han regido en España desde la de 1812 hasta la de 1845, en todas las que se proclamó como régia dinastía la de Borbon, y al Rey D. Fernando VII como Rey, llamando á sucederle su descendencia; derecho de más valía que la declaracion de la Junta de Madrid de *abajo los Borbones*. Y yo que quiero con delirio á mi país y que tengo la conviccion profunda que desde hoy hasta la mayoría del Príncipe Alfonso se irán creando indispensablemente, sea la que quiera la persona que por

uno ú otro camino ocupare el trono en este intermedio, no siendo el Príncipe Alfonso, elementos fuertes y numerosos españoles que, agrupados á su bandera, á la legitimidad y su derecho, promuevan en España una nueva crísis, cuando no una guerra civil acaso sangrienta, pudiéndose evitar tanto daño con que proclamando en las Córtes al Príncipe Alfonso y nombrando estas Regente ó Regentes y tutor durante su minoría, den á la sociedad asiento y al Gobierno, cualquiera que sea, el gran elemento de fuerza moral de la legitimidad y del derecho que solo existe en D. Alfonso, y el único que puede soldar el roto eslabon de la cadena secular de los monarcas españoles, terminando las inmensas dificultades que se encuentran para finalizar la escabrosa situacion de las cosas públicas, como se hizo con gran ventaja del Estado, declarando mayor á la Reina Isabel en su temprana edad de 13 años, despues de los sucesos revolucionarios de 1840 hasta 1843.

APENDICE.

LA CUESTION DE CANDIDATURA PARA EL TRONO.

La moral es el solo cálculo razonable para la felicidad individual, como tambien la sola garantía de la felicidad pública. Si los malvados conocieran todas las ventajas de la virtud, se harian buenos por cálculo.

FRANKLIN.

Un célebre publicista francés ha dicho que el primer deber de la vida pública es concurrir á ilustrar la opinion de su país en momentos solemnes; el cumplimiento de este deber sagrado, es el que pone hoy en mi mano la pluma, acaso por última vez, aunque sin ilusiones ni esperanzas, resultado de una larga vida consumida en deséos impotentes y en esperanzas frustradas.

Mas no es esta vez el simple cumplimiento de un deber el que me obliga á ocupar la atencion pública para discutir la gran cuestion, objeto de este escrito; es satisfacer un impuslo de desinteresado patriotismo, sin aspiraciones ni deseos para mí, ni para los mios, única y exclusivamente con el propósito de hacer triunfar lo que mas pueda contribuir al bien de mi patria, procurando salir de la escabrosa situacion presente con la única solucion salvadora capaz de alejar el peligro de una disolucion social y política de que está amenazada España en el estado de profunda perturbacion en que se encuentra todo, absolutamente todo.

Que los momentos actuales son en España solemnes y difíciles en relacion con sus grandes intereses sociales y políticos, no puede dudarse; una revolucion profunda ha destruido todo lo que existia en el órden político, en el económico y en el administrativo; monarquía, dinastía, Constitucion, unidad religiosa, todo ha caido ante la revolucion de setiembre, y todo es forzoso reemplazarlo en una ú otra forma.

La Constitucion vigente desde 1845, ha sido reemplazada por otra nueva confeccionada en unas Córtes llamadas Constituyentes, elegidos los diputados por el llamado, y no mas que

llamado sufragio universal, novedad que hasta ahora no ha podido en ningun punto donde se ha ensayado adquirir sólida carta de naturaleza, ni resistido á una discusion profunda y desapasionada sobre sus ventajas ó inconvenientes, para acercarse á la verdad de una libertad práctica en el elector.

Sea como quiera, la nueva Constitucion prescribe que la forma del gobierno ha de ser una monarquía, y en este caso la primera necesidad, una vez declarado vacante el trono y sustituido de hecho el principio hereditario por el electivo, es encontrar quien lo ocupe; pero al verificar una eleccion, hay que resolver de hecho una gran novedad contrária á lo que otras Córtes soberanas tambien, instituyeron en las Constituciones de 1812; en el Estatuto, en la de 1837, en la de 1845 y aun en la no publicada de 1855; en todas ellas se estableció que España debia ser regida por un gobierno constitucional; que debia ocupar el trono la dinastía de Borbon, la cual lo ocupaba hacia mas de un siglo, estableciendo un perfecto derecho hereditario y la sucesion regular de progenitura en la familia reinante.

Mas no solo instituyeron unánimemente todas estas Constituciones el derecho perfecto de doña Isabel de Borbon, sino que provocada, á la muerte del rey su padre, una guerra de sucesion y disputa de la corona entre ella y el hermano del rey Fernando VII, guerra sangrientá que los acontecimientos políticos anteriores revistieron del doble carácter de sucesion, de profundamente política y de tránsito de la España absolutista á la representativa, quedó en ella el triunfo por la reina Isabel, que en su virtud ocupó el trono constitucional de España durante el largo período de 35 años.

La revolucion profuuda de 1868, derribó aquel trono, y su nueva Constitucion exige llenarlo, habiendo para ello dificultades tan inmensas y de tal magnitud, que trascurridos cerca de dos años desde setiembre de 1868 hasta el presente, aun no se ha podido hallar quien lo ocupe, despues de procurarlo con calorosa insistencia y aun despues de haber empleado medios no en verdad muy adecuados á sostener los gloriosos títulos de una monarquía de once siglos, en cuyos anales están consignados tantos hechos gloriosos y el nombre histórico de tantos reyes esclarecidos, recuerdos ilustres de nuestra independencia y de nuestra grandeza; recuerdos que influyen en la necesidad suprema de un rey que ocupe ese trono.

No faltará quien tenga por escesiva osadía que un mero ciudadano, sin carácter oficial, venga á dar á la estampa sus opiniones particulares, sin relacion con ningun partido ni bandería, sin pasion ni interés personal de ningun género, sin afinidades con coaliciones políticas ni con comités secretos ni pú-

blicos, en los que jamás tuvo participacion, y que esa opinion la sostenga con suma buena fé y sinceros deseos del bien de la patria.

Pero pienso que tiene derecho á ser escuchado el que consagró no pocos años, los mejores de su vida, al desinteresado servicio de su patria, á la que sirvió con fortuna, no obstante lo cual no pretendo ser creido; solamente deseo ser escuchado sin pasion ni prevenciones.

Téngase en cuenta que fuí el primero que en 1832 alcé bandera en favor del mejor derecho de la reina niña, representante de la nueva España constitucional, sobre el de la España antigua y absolutista, representada por el pretendiente D. Cárlos, denominado el V por sus partidarios; entónces pocos fuimos los que tomamos sobre nuestros débiles hombros la difícil mision de hacer triunfar la causa de la reina niña; la reina madre doña Cristina de Borbon y el que firma este escrito, somos ya las únicas personas que existen hoy entre los escasos que coadyuvaron entónces personalmente y en primer término, cada cual en su esfera, á verificar el tránsito de una á otra España: ahora bien; ¿puede ser este título de algun valor para permitirme hacer uso del derecho constitucional de formular una opinion? Creo que sí, pero por si no es esto bastante, quiero alegar otros, que si no son méritos, me parecen títulos honrosos.

Desde entónces fuí presidente del Consejo de Ministros dos veces, y tres ministro de Estado: en siete legislaturas tuve la honra de presidir el alto Cuerpo colegislador. Mis programas ministeriales, de acuerdo con mis aspiraciones, secundados por mis hechos, fueron siempre consecuentes: en el Diario de las Sesiones de Córtes están impresos (1). Oponerme á los gobiernos personales; procurar el establecimiento de un gobierno constitucional verdad, en el que las leyes fueran las soberanas, y mas fuertes que las pasiones y los intereses de los individuos, para lo cual hice en la última época, desde 1866 hasta 1868, inauditos esfuerzos con el fin de reunir alrededor del trono constitucional de la reina doña Isabel II por el medio de una conciliacion ilustrada de los partidos y de los hombres políticos, todos los elementos liberales y constitucionales del país; tales son los títulos que creo tener para dirigirme al público y exponer ante él mi opinion, que espero acoja con benevolencia.

Si desde entónces se hubiera conseguido moralizar el país,

(1) Diario de Sesiones del 16 de febrero de 1846 y 9 de abril de 1865.

conciliar los ánimos irritados, no llevar á los cargos públicos sino los hombres idóneos de qualquier partido, borrar los recuerdos de las discordias pasadas, y crear elementos morales en la sociedad española, para que la ley, y solo la ley, fuera soberana en la sociedad, y mas fuerte que las pasiones, como lo dije ya en febrero de 1846, estoy seguro de que muchos de los males que hemos deplorado no habrian sobrevenido. Otro tanto repetí en 1863. Yo creia que la necesidad suprema de nuestra sociedad era lograr que esta se sentara sobre bases sólidas y estables; que todos los españoles se congregasen alrededor del trono constitucional de la jóven reina, para elevar á la nacion á su prosperidad y á su gloria.

No será inmodestia evocar hoy estos recuerdos, por mas que mis deseos y mis esfuerzos hayan sido desde entónces y hasta 1868 infructuosos; no me costaria trabajo demostrar cuanto hice para que España alcanzase lo que á su porvenir convenia; pero no es de mi propósito en esta ocasion, ni fuera conveniente acusar ni á personas ni á partidos: y en este concepto quiero atribuir únicamente el triste estado de mi patria infeliz á la fatalidad y á una divina providencia, que al hombre toca solo acatar; á ambas cosas quiero atribuir únicamente la fatal acometida de la revolucion de setiembre de 1868, que por haberlo destruido todo, sin edificar nada que reemplazara lo que destruia, bien merece el dictado de fatal, y lo es en efecto cuando no ha podido ó no ha sabido evitar á España los inmensos males que la aquejan, y que la tienen en el gran conflicto de actualidad para elegir rey.

Permítaseme además apoyar mi opinion haciendo algunas consideraciones generales. No es posible poner en duda que desde 1833 hasta hoy, la accion y poder de los partidos han sido los determinantes de todas las soluciones políticas dada en cada ocasion, y que el partido momentáneamente triunfante se ha permitido creerse la personificacion absoluta y esclusiva de la nacion y la genuina espresion de la verdadera opinion pública.

En confirmacion de ello descuella la triunfante revolucion de setiembre de 1868, resultado de una coalicion formada por los tres partidos, demócrata, progresista y union liberal: el primero, de reciente historia, como que nació en 1854, casi á la par que el tercero. Este y el progresista se hallan enteramente desnaturalizados y en contradiccion con toda su primitiva existencia y sin condicion ninguna de afinidad con su historia contemporánea desde 1854 hasta 1868.

No así el verdadero, el genuino, el antiguo partido progresista, que se halla un tanto apartado como una gran parte de la union liberal. Nació aquel en Cádiz en 1812; sus hombres mas

eminentes no existen ya; la Constitucion de 1812, hecha cuando ejercian aquellas Córtes una completa soberanía, nacional; difiere en puntos esenciales de la de 1869, pero los progresistas del 12, los del 23 y los venidos á España de la emigracion de 1834 todos eran monárquicos; y en todas las leyes fundamentales, lo mismo en la del 12, que en el Estatuto. que en la de 37, que en la de 45, y aun en la no publicada de 1855, la monarquía hereditaria y la dinastía de los Borbones fueron símbolo comun de todas ellas, y en virtud de su soberanía, no á nombre del antiguo derecho que se apellidó divino, sino á nombre del derecho constitucional en favor de Fernando VII primero y despues de su dinastía, fijaron preferencia é instituyeron tambien el gran principio liberal de no penar en los hijos inocentes las culpas de sus padres, aboliendo la confiscacion y consagrando el culto á la seguridad personal y de la propiedad. La historia política y constitucional desde 1812 hasta 1868 lo confirma, y los ilustres nombres de Muñoz Torrero, Ruiz Padron, Argüelles, Toreno, Martinez de la Rosa, Calatrava, Mendizábal, Rodil, Valdés, Seoane, Heros y otros muchos, descollando sobre todos el del duque de la Victoria, si en diferentes circunstancias no convinieron todos en sus apreciaciones políticas y en sus doctrinas, unánimes estuvieron en sus aspiraciones de consolidar en España un gobierno monárquico liberal y constitucional verdad. Cierto que esto no se logró ni en 1812, ni en 1820, ni en 1834, ni nunca despues; porque solo hémos tenido gobiernos personales, supremacía dañosa del elemento militar sobre el civil, omnipotentes gobernantes, cuya conducta parecia enderezada á demostrar que el Estado era de su peculiar propiedad; y quizá no se equivocaban existiendo un trono débil por sus condiciones esenciales, aunque por eso la historia se esplicará fácilmente que con la deplorable reunion de estos elementos y no pocos otros se fuese debilitando paso á paso el trono y la institucion secular de nuestra antiquísima monarquía; la historia se esplicará asimismo que fuese forzosa consecuencia de semejante estado de cosas, que el partido político esencialmente liberal llamado progresista, por mas monárquico que fuese al nacer, haya venido á desnaturalizarse y de consiguiente á hallarse en la confusion que estámos presenciando.

Y no es verdad ménos evidente, por las mismas causas, la desnaturalizacion de que se halla el partido llamado de la union liberal, nacido en los escabrosos acontecimientos de 1856, personificado desde su nacimiento en el ilustre duque de Tetuan, que tampoco existe, del cual puede afirmarse sin temor de ser desmentido que como viviera en 1868, la revolucion habria

tenido un carácter distinto y un giro bien diferente (1). Lo único que conservaba este partido de su orígen en 1868, era el nombre; pero su historia. singularmente la de 1866, debia hacer imposibles las afinidades con los otros dos partidos políticos coligados, y por lo mismo la coalicion de 1868 no puede dejar de presentar los completos caractéres de un verdadero anacronismo.

Y todavia lo es mas la pretension de los tres partidos, demócrata, progresista y union liberal, de ser la genuina representacion de la opinion pública de España, abrogándose esclusivamente en consecuencia el ejercicio de la soberanía nacional. Existen además de los tres partidos coligados otros mas ó ménos numeros, mas ó ménos influyentes; existe el carlista, no poco numeroso, si bien incompatible con el siglo, partido que ya no existia y ha resucitado despues de la revolucion del 68; existe pujante el radical, demócrata republicano; existe, en fin, el numerosisimo monárquico-constitucional, ó sea conservador, que sin haber tomado parte activa ni eficaz con frecuencia en las cuestiones políticas de actualidad, anhela preferentemente paz, sosiego y estabilidad, y desea solo ver constituida una monarquía constitucional sólida y obtener unas instituciones, liberales sí pero que garanticen la sociedad en sus elementos vitales de la seguridad personal y de la propiedad; desea el acatamiento al principio religioso, encarnado en nuestra historia patria; desea un gobierno que proteja de un modo eficaz el principio de autoridad, sin el cual los Estados desfallecen, partido que es la verdadere personificacion de las importantes fuerzas sociales del país, de la propiedad, del comercio y de la industria, de los que pagan y sostienen las cargas públicas que son esencialmente el país.

En tal estado de cosas, nada mas natural, una vez triufante la revolucion de setiembre, con sus utopias y sus derechos absolutos ilegislables, no escesivamente respetados en la práctica, que aun despues de haber hecho su Constitucion y aceptado en ella, con juiciosa apreciacion, la forma de gobierno monárquica, haya hallado y halle aun invencibles dificultades en la eleccion de rey, referidas minuciosa y exactamente por el Presidente del Consejo en la sesion del 11 de junio de este año.

No creo deberme ocupar de los diversos candidatos, ninguno español, mendigados fuera de España, con mengua de

---

(1) Consúltese la importante publicacion del Sr. Navarro y Rodrigo, *O'Donnell y su tiempo*, impreso en Madrid en 1869, página 244.

nuestra honra y de nuestra historia patria; todos, unos despues de otros se han hecho imposibles por sus, para nosotros, humillantes negativas á tomar la augusta corona que llevaron un dia en su cabeza San Fernando, Alfonso el Sábio, Cárlos I y Cárlos III.

Voy á ocuparme, siquiera sea ligeramente, de los dos únicos que han hallado en nuestros partidos políticos más ó ménos sostenedores; uno el duque de Montpensier y el otro el de la Victoria; aceptado el primero, por una parte, y no mas, de los resíduos existentes de la union liberal, muy numerosa mientras vivió O'Donnell, descompuesta y grandemente disminuida despues de su muerte, pues de ella se han separado no pocos de sus adictos, personas de alta importancia y significacion social y política; el segundo, apoyado por el partido progresista, desnaturalizado tambien y sin haber contado de antemano con la necesaria aceptacion de su mismo candidato, el cual, honrado, prudente y modesto, ha rehusado la corona, reconociendo la peligrosa conveniencia de su eleccion para ella.

Tambien quiero prescindir de las poco seguras esperanzas de feliz resultado de nuevas y no ménos humillantes negociaciones que ha dejado entrever recientemente el Presidente del Consejo en las Córtes, el mismo 11 de junio, negociaciones que por referirse á estranjeros me parecen imposibles, no parando mientes tampoco, y perdóneme el señor marqués de los Castillejos, en sus célebres *jamases*

Pero valga la verdad, yo pienso que no pudo convenir nunca á los hombres de Estado hacer tan generales aseveraciones, porque no les puede ser conveniente nunca comprometer el porvenir, casi siempre incierto en su resultado, ni aun ante la necesidad de ceder al torrente de la opinion pública, que, como dijo el gran Pascal, es la reina del mundo, mientras que la fuerza no es sino la tiranía. ¿Quién es capaz de adivinar cual será esta dentro acaso de no mucho tiempo? ¿No tiene el señor marqués testimonios irrecusables del gran inconveniente de proposiciones absolutas que entrañan compromisos de porvenir? Recuerde sino el presidente del Consejo el enérgico y sentido discurso que pronunció en otras Cortés Constituyentes en 18 de diciembre de 1854, contestando al diputado demócrata Ordax Avecilla; recuerde sus leales, elocuentes y vigorosas frases dichas á la reina Isabel al recibir su investidura de grande de España; y sin embargo, los acontecimientos, mas fuertes que los hombres, le han llevado hoy hasta decir *jamás* sobre una solucion que el tiempo, las circunstancias, la voluntad nacional y la fuerza de los acontecimientos podrian llegar á hacerle arrepentir de haberlo dicho, sin absoluta necesidad, por lo que comprometia el porvenir y la alta posicion á que le ha condu-

cidó su feliz estrella, ó al ménos servirle de embarazo. Y no digo por esto que acaso no hubiese sido discreto y tal vez conveniente pronunciar los tales jamases en la ocasion en que los pronunció por segunda vez; pudo ser objeto plausible sosegar una tormenta; y si los tres jamases sirvieron á conjurarla, graduémoslos de prudentes y nada mas.

Permítanme tambien las Córtes recordar en estos momentos una bella frase altamente política de un honrado y respetable progresista y mi amigo el Sr. Luzuriaga, en la sesion de las Córtes Constituyentes el 19 de diciembre de 1854. «La aplicacion del principio de la soberanía popular exagerado y desacertado, conduce hasta el tribunal de salud pública.» Esto dijo y dijo bien.

No creo tampoco fuera de propósito recordarle à la union liberal el repetido dicho del duque de Tetuan sobre su grito de guerra, durante la de sucesion; y sus tantas y diversas alabanzas dirigidas á la reina; recordarle al progresista lo que uno de los mas calificados én este partido, el *Sr. Calvo Asensio*, decia en la sesion de las Córtes Constituyentes del 20 de diciembre de 1854, tratando de vindicar al partido progresista de la nota de desleal al trono constitucional de Isabel II: «Aquí es preciso »entender, dijo testualmente, que el partido progresista ha que»rido siempre con la misma buena fé, por lo ménos, que el »partido moderado el trono de la reina constitucional de doña »Isabel II, y esto es preciso que conste, porque no es nuevo »decir que el partido progresista quiere socabar los cimientos »del trono.» Si el Sr. Calvo Asensio viviera, ¿no sentiria que se le pudiesen recordar estas palabras?

Pero basta de política retrospectiva; quiero concretarme à lo actual, empezando por recordar algunos antecedentes históricos que confirmen mi imparcialidad.

Mis cordiales relaciones formadas con el ilustre duque de la Victoria durante la guerra de sucesion, jamás se han interrumpido; pero no habiendo contado yo nunca entre mis derechos el de la insurreccion, si le auxilié, y no poco, para llegar al glorioso dia 31 de agosto de 1839, en que firmó el convenio de Vergara, ninguna parte tuve, absolutamente ninguna, directa ni indirecta, en los sucesos que le llevaron, primero al eminente puesto de Regente del reino en 1840, ni despues á los sucesos que determinaron su persecucion y caida en 1843. Habiendo hecho dimision de mi embajada de París en setiembre de 1840, en la que tuve la fortuna de haber servido con èxito siempre á mi pais, ninguna parte tomé en los negocios públicos hasta despues de haber sido declarada mayor en las Córtes la reina.

Uniéronme tambien con la ilustre familia de Orleans, rela-

ciones cordialísimas, formadas en la época en que tuve la honra de desempeñar la embajada de España en París, desde 1838 hasta 1840, y la cordialidad de estas relaciones fueron estensivas à sus hijos, y entre ellos al duque de Montpensier, á quien si hoy rechazo por candidato aceptable para ocupar el trono español, ningun ódio ni pasion personal me impele, sino solo mi profunda persuasion de ser muy superiores los inconvenientes de su eleccion á sus ventajas, en el terreno de la conveniencia y de los intereses del pais. Va unido á esto mi honrada conviccion de que su eleccion sería el principio de una inevitable guerra civil llena de azares y peligros; no siendo por tanto de estrañar que no le acepte para ocupar el trono vacante, porqué en esta cuestion, como en todas, nó tuve nunca mas móvil ni mas interés que el bien de mi pátria.

Digamos algo de la candidatura del duque de la Victoria, apoyada por restos informes del antiguo partido progresista, tambien desnaturalizado, pero que desde su orígen fué, como he repetido hasta la saciedad, monárquico-constitucional. El honrado veterano de Logroño la rehusa honrosamente; ¿y por qué? Porque no puede desconocer que sus laureles de Luchana, Bilbao, Guardamino, Morella, Ramales y Vergara están históricamente enlazados con el nombre de la reina destronada, y que al consentir sustituirla en el trono, se eclipsarian las gloriosas pàginas de su historia militar y política anterior, consagrada al triunfo de la reina Isabel II y al de la causa constitucional en España.

Si los calorosos defensores de la candidatura del duque de la Victoria hubieran consagrado su accion y su influjo político á reponer á su ilustre y respetable protegido en el alto puesto á que legalmente le elevaron unas Còrtes tan soberanas como las actuales, y del cual le lanzó una revolucion vencedora, por medio tambien de otra coalicion política, acaso hubieran hallado en la opinion pública muy general eco y apoyo.

Nada diré de los demás candidatos despues que el señor marquès de los Castillejos, presidente del Consejo, ha consignado en la tribuna la historia de las insuperables dificultades que todos han opuesto á la aceptacion; propóngome únicamente en este escrito, en uso de la santa libertad, característica siempre, de mi independencia, combatir las objeciones que se hacen contra la candidatura del príncipe de Asturias D. Alfonso de Borbon, por apasionados antagonistas, y me propongo hacerlo sin ningun género de espíritu de partido político y aun con abstraccion de mis afecciones personales al interesante niño, en el que veo esperanzas de mejor porvenir para España; voy á combatir, pues, las que se han hecho contra su candidatura al trono de su madre, en el solo terreno de la conveniencia pú-

blica y con el sincero deseo de contribuir hasta donde pueda, á sacar del caos en que está sumido nuestro desventurado país, del que no puede salir sin reconstruir la institucion monárquica, para lo que únicamente el príncipe tiene condiciones indisputables.

La primera objecion es suponer que en la bandera de la revolucion de setiembre se inscribió el lema de «abajo los Borbones.» ¿Es esto verdad? Creo que no; la revolucion fué iniciada y llevada á ejecucion por una coalicion de los tres partidos políticos *demócrata*, *progresista* y *union liberal*: en el primero tuvo orígen el pensamiento formulado en Ostende de «abajo lo existente,» sin haber tenido allí apariencia de otra cosa que de derribar el gobierno existente y someter al juicio de una Asamblea Constituyente una nueva organizacion política que la reemplazará (1). El partido progresista, ya he significado que siempre fué monárquico-constitucional de la monarquía de Isabel II desde 1833, y el Sr. Calvo Asensio lo confirmó. La union liberal y su ilustre jefe é iniciador el duque de Tetuan, fué tambien siempre monárquico y lo proclamó constantemente en repetidas ocasiones. El duque de Tetuan, en fin, dirigió por largo espacio el timon de la nave del Estado y en el reinado de Isabel II fué su ministro con completa adhesion y lealtad á su persona y á su dinastía: ¿es esto verdad ó no?

Hay mas; el primero y mas trascendental acto que inició la revolucion de setiembre fué la sublevacion de la marina, á cuyo frente se puso el brigadier Topete, hijo de mi ilustre compañero en el fugaz ministerio que presidí en 1846 (2). ¿Fué por ventura el grito de la marina «abajo los Borbones?» El Sr. Topete lo dirá, si mis noticias son exactas; yo creo que el grito primero en los buques sublevados fué «¡viva la reina,» no «abajo los Borbones.» A la sublevacion de los buques siguió

---

(1) Consúltese el importante folleto del Sr. García Ruiz, impreso en Paris en 1867, página 37, en el que se encuentran tambien juiciosas apreciaciones de los elementos, con que contaba la revolucion ántes de formarse la coalicion.

(2) Séame permitido recordar la forma en que el ilustre jefe de escuadra, D. Juan Bautista Topete, padre del brigadier Topete, aceptó el ministerio en 1846. Encargado yo de proponer á S. M. la reina el Gabinete que debia reemplazar al del duque de Valencia, le rogué aceptara la cartera de Marina y Ultramar, entónces reunidas, esforzóse modestamente en negarse, y yo le espresé que S. M. la Reina lo deseaba, á lo que me contestó: «Si es que S. M. lo desea, ya soy ministro,» y se decidió á jurar, como lo hizo en el acto.

de cerca el pronunciamiento de Cádiz y Sevilla, y á esto el encuentro de Alcolea: ni ántes ni despues de los pronunciamientos ni de la batalla se dijo nada de «abajo los Borbones.» La primera vez que apareció este grito fué en Madrid, aquí nació: ¿cuál fué su orígen? Yo lo ignoro, y ni quiero indagarlo; pero que en la forma en que apareció no pudo ni debió considerársele como la espresion de la voluntad del país, ni de una apreciacion que reuniera condiciones de verdadera opinion pública, no es posible dudarlo; la Junta revolucionaria de Madrid no tenia investidura ni poderes de la nacion para calificar su opinion particular, como la opinion pública y universal de España, ni de sus 16 millones de habitantes; ¿y cómo habia de tenerla, cuando ni la coalicion de los tres partidos políticos que hicieron la revolucion podia ni debia creerse con poderes bastantes para ser la verdadera y legal representacion de la nacion, habiendo en las demás fracciones políticas un igual derecho que en ellas à constituirse y proclamarse órgano perfecto y legal de la opinion pública de la nacion? No pudo, pues, atribuirse supremacía legal la Junta de Madrid para constituir plena supremacía en el Estado, no teniendo como no tenia ningun género de autoridad sobre todas las demás Juntas que se fueron creando à la vez que ella algunas, y despues de setiembre otras varias. Ni ella, ni la administracion central creada despues de haber triunfado la revolucion, tenia derecho á creerse genuino representante de la perfecta y general opinion política de toda España, que asustada y sobrecogida ante los increibles acontecimientos de aquel mes que sorprendieron lo mismo á los vencedores que à los vencidos, vió caer en medio de un silencio de estupor la monarquía y dejar la reina el suelo patrio, donde habia nacido y reinado 35 años, y en el que tanta sangre habian derramado por ella ilustres defensores suyos.

La historia esclarecerá estos hechos, ella dirá si estaba ó no justificada la necesidad de que la reina abandonara el timon de la nave del Estado, dejándolo á merced del recio huracan que la combatia: lo que hoy toca consignar y reconocer es que quedó abandonado y á merced de eventualidades tan desconocidas como azarosas; pero el sufragio universal no se empleó para votar lo que dijo la Junta de Madrid contra la dinastía; se limitó á la eleccion de los diputados. Aléganse tambien contra la candidatura del príncipe su menor edad, y la consiguiente necesidad de atravesar una minoría, como todas las de los reyes, difícil, escabrosa y llena de peligros; pero este inconveniente no puede ser comparado con el que los hechos han creado para hacer imposibles todas las candidaturas que han tenido este nombre; ni para combatir esa objecion será difícil probar que en vez de constituir la menor edad del Príncipe y el nom-

nombramiento de una regencia y tutoría, un inconveniente invencible en las actuales condiciones de las cosas públicas, esa circunstancia es mas bien que un inconveniente una indubable ventaja.

Archi-conservador y archi-monárquico, no necesito esforzarme para probar que no puedo hacer mia la doctrina de los hechos consumados: pero ¿què importa que no sea la mia, si lo es de la época y del siglo en que vivimos?

Si un hecho consumado fué la revolucion de setiembre del 1868, tambien lo habia sido la de 1840; de aquella procedió el nombramiento perfectamente legal que hicieron las Córtes de Espartero para Regente, y de Argüelles para tutor; pero hecho consumado fué tambien el producido por la accion deletérea de los partidos políticos existentes en 1841, 42 y 43, y cuyos elementos son bien conocidos de los hombres que están hoy al frente de la gobernacion del país, y hecho consumado fué el que lanzó violentamente al duque de la Victoria de la regencia y declaró mayor á la reina Isabel, en la temprana edad de trece años, bastando esta declaracion para reconstruir los elementos todos, perturbados á la sazon, de la gobernacion del Estado, aunque mas de una vez, ántes y despues, fué con frecuencia interrumpida esta por pronunciamientos militares y ministerios deplorablemente personales.

Marcharon, sin embargo, en medio de estas dificultades todas las administraciones con mas ó ménos tranquilidad durante largos períodos; y desenvolviéndose las fuerzas productoras y los intereses materiales del país, unas veces gobernando moderados, otras progresistas, y años enteros la union liberal No hay razon, pues, para que otra minoría y otra regencia no puedan salvar el país del estado de confusion en que se halla.

Diré mas. La suprema necesidad de la situacion política actual, es adquirir algun elemento moral en que apoyarse, porque los elementos materiales en que descansa hoy no son bastantes. Ninguna sociedad puede existir si no está apoyada en una ú otra forma por algunos elementos morales; y serian importantísimos el buen derecho del Príncipe y la legitimidad que él, y solo él tiene, por mas que los carlistas lo nieguen

No de menor importancia, ya que no de garantía, seria su niñez misma, durante la cual podian fomentarse, aprovechando sus aventajadas disposiciones, gérmenes adecuados á las necesidades intrínsecas de la nueva situacion social y política, inaugurada por los hechos consumados en setiembre de 1868: esto no ofrece duda, como tampoco la hay respecto de la inmensa dificultad de constituir una monarquía constitucional electiva sin monarca que no tenga en su favor la inmensa mayoría del país, para el cual seria un supremo bien ver reanudado

el roto eslabon de la cadena secular de los monarcas españoles, roto en 1868, sin necesidad y sin ningun género de utilidad pública.

Reconstrúyase la monarquía en la persona de Alfonso XII, con regencia y tutoría; nómbrenla las Córtes, como lo hicieron en 1840; si la eleccion recayese en personas aptas para gobernar bien el país, ávido de sosiego y de gobierno, los sostendrá y aplaudirá, y les será posible llegar tranquila y fácilmente, y hasta con gloria suya, hasta la mayoria: si acontecimientos superiores á la voluntad de los hombres impidiesen la gobernacion sobre las bases de justicia y regularidad, que es en la Europa civilizada condicion forzosa en la época presente; la condicion intrínseca de poderes transitorios haria fácil la mejora de condiciones, en los que en nuestros antiguos usos llamaban guardadores del rey niño, si no llenaban su deber los primeros nombrados.

No hay que engañarse; alzar un rey á nombre de un solo partido político, lo resiste la razon; así justamente lo proclamó el Sr. Rios Rosas en el Congreso el 11 de junio, y es evidente que el apoyo de un solo partido político de los existentes, es de todo punto ineficaz para dar al protegido verdadera y sólida estabilidad. Bastaria enumerar los partidos existentes hoy y puestos en accion y profundamente divididos y discordes, para demostrar la imposibilidad; de la misma manera que el apoyo de la candidatura del duque de Montpensier por una parte de un solo partido, no ha podido menos de hacerle fracasar. Así hemos visto cómo no han quedado en su favor mas que sus propios deseos y sus escasos escrúpulos en los medios de conseguir su constante afan de poner en sus sienes la corona de su destronada hermana, sin que nada haya sido ni podido ser bastante para lograrlo, pues no podia bastar el apoyo vergonzante de una fraccion de un partido fuerte un dia, hoy desnaturalizado por la muerte de su ilustre jefe el duque de Tetuan. ¡Ah! si este levantara la cabeza, yo pregunto, á quién daria su voto para rey ¿al capitan general D. Antonio de Orleans, ó á su querido sargento el inocente é inofensivo D. Alfonso de Borbon? (1) ¿No se lo daria al iris de paz, personificacion de una restauracion sin peligros ningunos de reaccion; al rey, no de un partido, sino nacional? La respuesta no puede ser dudosa; lo que no es comprensible, es que míseras pasiones de partido y de personas se obstinen en sostener las ventajas que haya para nuestra patria en privar á España del solo elemento que puede sacarla del

---

(1) Véase la precitada publicacion *O'Donnell y su tiempo* del Sr. Navarro y Rodrigo, en su prólogo página VII.

caos, del solo elemento que puede asegurar un porvenir de dicha y bienandanza al abrigo de instituciones provechosas y análogas á la época, á cuya sola sombra puede ser feliz nuestra hoy desdichadísima patria.

No hay opcion: ó Alfonso XII en el trono, ó la república federal ó no federal; y como en esta nacion de 16 millones de habitantes la república no es posible, porque cuenta escasos partidarios y porque esta forma de gobierno la contradicen los usos, las costumbres y la historia de España de no pocos siglos, y como tampoco se puede continuar mendigando un rey extranjero, corriendo nuevos riesgos de humillantes y bochornosas negativas, de ahí que Alfonso XII sea la sola y única personificacion de la restauracion monárquica constitucional, sin reaacciones de ningun género, sin ódios ni pasiones aviesas, al paso que la república sería el caos. Al buen sentido del país toca elegir; sobre sus representantes pesa la inmensa responsabilidad del porvenir feliz ó desgraciado de nuestra patria; pensad, señores diputados, que ántes que hombres de partido sois españoles.

Antes de concluir quiero recordar una célebre apreciacion del difunto lord Derby, hecha en la Cámara de los Lores pocos años hace, con motivo de la cuestion de reforma que puede tener aplicacion á la situacion momentánea de España.

«Yo espero, dijo á los ilustres lores, que comprendereis »como yo, que si queremos llegar realmente á una solucion que »evite desde luego y para mucho tiempo toda nueva agitacion, »es preciso abstenerse cuidadosamente de convertir la cuestion »en lucha política y de partido, cuyo único objeto sea obtener »puestos oficiales ó mayorías parlamentarias.

»La cuestion exige ser discutida leal y maduramente y sin »pasion; debemos estar dispuestos á dar y tomar, haciéndonos »mútuas concesiones, y sobre todo à hacer abstraccion de todo »espíritu de partido y de todo interés pasajero y bastardo.»

¿Puede ser aplicable tan prudente leccion á nuestra actual situacion política? Creo que sí.

Hombres de setiembre, salvad el país, mirad que la historia es inflexible, con los que pudiendo no hicieron el bien de su patria.

Mas antes de soltar la pluma, séame permitido todavía hacer algunas declaraciones de no poco interés personal, adelantándome á los probables ataques que se darán á mí escrito por los puritanos políticos que, encantados con sus diversas teorías, ó acaso arrastrados por sus intereses personales, pretenden sobreponer sus opiniones teóricas al sentido práctico, y no quieren tomar en cuenta ni la historia ni las pasiones é intereses de los hombres y de los partidos; se dirá acaso que no tomo

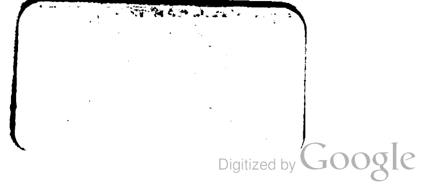
como punto de partida la abdicacion de la reina, que no está hecha, y que sin ella, el derecho perfecto del príncipe de Asturias no existe; es verdad: pero ó no existen verdades en política, ó debo tener por tal la resolucion decidida y declarada de la reina de abdicar sus derechos en su hijo abandonando absolutamente la idea de su restauracion personal.

Todas mis apreciaciones en la cuestion objeto de este escrito parten del supuesto de estar constituido el derecho perfecto del príncipe despues de haber abdicado en él sus derechos su augusta madre.

Tambien podrá ser objeto de censura mas ó ménos acerba la opinion que formulo acerca de la eleccion de personas, dada la necesidad de constituir la regencia del rey niño hasta la declaracion de su mayoría, pues yo no atribuyo importancia en lo relativo á nombres propios de los que deban ejercerla; para mí todos son indiferentes; parto del gran axioma de Ciceron, que en política lo mejor es lo posible, y que, por otra parte, en la historia de las revoluciones, semejantes á la de 1868, no he encontrado ningun caso de poderse verificar la reconstruccion hija de la necesidad de remediar sus daños sin que haya habido que dar alguna parte en la reconstruccion á los elementos vencedores mas ó ménos conformes; pero que de hecho fueron vencedores. Sea como quiera, en mi juicio, lo que la reconstruccion política del país exige es adquirir el gran elemento moral del derecho y de la legitimidad del Príncipe ejerza el poder á su nombre el que quiera ó el que pueda; sus condiciones intrínsecas serán transitorias y variables segun sean sus condiciones para la mejor gestion de los negocios públicos; lo que es de supremo interés, es que el Príncipe venga al trono como candidato nacional, como la espresion de una opinion pública generalizada, nunca por medios de fuerza material, sino por la conviccion de ser la mas ventajosa para España, la cual en su aflictiva situacion se dirá con voz unánime: no hay otra solucion monárquica posible que proclamar rey de España á Alfonso XII, toda vez que la opinion general es la reina del mundo.

Madrid 21 de junio de 1870.

El Marqués de Miraflores.



LA CAMPAÑA CARLISTA

RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL

LA CAMPAÑA CARLISTA

(1872 à 1876)

POR

D. FRANCISCO HERNANDO

El alzamiento en el Norte.
Carlos VII en campaña. — Somorrostro y Abarzuza.
La guerra en Cataluña
El ejército del Centro. — La Seo de Urgel.
La terminacion de la guerra.

PARIS

JOUBY Y ROGER, EDITORES
A. ROGER Y CHERNOVIZ, SUCESORES
Calle de Grands-Augustins, 7

1877

Paris—Typ. Tolmer et Isidor Joseph, r. du Four-Saint-Germain, 43.

INTRODUCCION

No trato de escribir la historia de la última guerra civil, que ni la ocasion es oportuna ni llegan á tanto mis aspiraciones; trato solo en el presente libro, de pintar con vivos pero exactos colores lo que ha sido el ejército carlista, y de recordar algunas páginas de su reciente campaña.

Testigo de vista, durante tres años que he militado entre los voluntarios de Cárlos VII, voy á contar lo que ante mis ojos ha pasado, lo que ha sentido mi corazon en el campo donde me llevaron mis convicciones, y á referir con la imparcialidad por norma y el amor pátrio por guia, los hechos memorables que en la guerra han ocurrido.

Muéveme á ello la consideracion de que el alzamiento carlista, es decir, la formacion en pleno siglo XIX de un ejército que, salido espontáneamente del pueblo, ha desplegado al viento una bandera que se creia para siempre olvidada y la ha sostenido con teson durante cuatro años, es suceso de tal importancia histórica, que interesa á todos conocerle.

No salen voluntariamente de sus casas, en veinte provincias de España, cerca de cien mil hombres á defender á todo trance una causa, sin que tenga esta profundas raices en los sentimientos, en las costumbres, en las tradiciones, en la historia y en la vida toda de nuestra pátria; ni tampoco esos hombres luchan temerariamente contra fuerzas superiores, sin que les anime en el combate, les lleve á la victoria ó les sostenga en sus desastres una idea y un principio poderosos.

¿Porqué, pues, no pintar á los carlistas en toda su verdad para que España contemple en ellos á sus propios hijos y vea en sus grandezas y defectos las grandezas y defectos de la nacion?



La guerra carlista además de interesar á España por ser una consecuencia lógica de su historia, una espresion de su carácter, y una nueva manifestacion de su génio, interesa á las demás naciones, porque ha sido una protesta viva contra las doctrinas y principios que hoy dia rigen á todos los pueblos.

El teatro de la lucha se ha limitado á algunas comarcas de España, pero en ellas se debatia una inmensa cuestion política, social y religiosa en que iban envueltos el porvenir, la paz y la felicidad de las naciones. Por eso todas, en mayor ó menor grado, han tomado parte indirecta en la guerra, favoreciendo sus gobiernos al gobierno de Madrid, simpatizando no pocos pueblos con el pueblo que defendia con su sangre las doctrinas proclamadas por Cárlos VII.

Los carlistas se lanzaron á la guerra por defender las dos grandes ideas de Religion y Monarquía, tan arraigadas todavía en España y tan combatidas ahora en todo el mundo, dando así clara prueba de que aún vive en nuestra pátria aquel espíritu ardientemente católico, que movió á los españoles del siglo XVI á combatir contra la reforma protestante y contra las doctrinas que á su sombra nacieron y se desparramaron por Europa. Estudiando de cerca á los carlistas vése tan de bulto su semejanza con los españoles del siglo XVI, que no puede negarse son los primeros legítimos descendientes y herederos de los segundos. La misma fuerza de creencias, la misma exaltacion de sentimientos, la misma firmeza de carácter hay en unos que en otros, como hijos todos de una misma madre y criados y educados en los mismos principios.

No hay para convencerse de ello mas que fijarse en que tanta era la fé que animaba á los carlistas, que á pesar de que sabian que el espíritu del siglo les era contrario y todos los gobiernos hostiles, no han vacilado en luchar, como luchaban sus padres, solos contra todo el mundo. Los mismos sentimientos que llevaron á nuestros antepasados á pelear en Flandes y en Italia, animaban á multitud de carlistas, y entre ellos y los hijos de la antigua España, ha habido tantas semejanzas, que no parecia sino que eran los mismos hombres trasladados á otros tiempos.

¿Quién al ver á los carlistas, sufriendo con admirable paciencia en los montes de Somorrostro, los horribles temporales que sobre ellos se desencadenaron, y afrontando luego impávidos el tremendo fuego de cien piezas de artillería, no ha recordado á los soldados de Gonzalo de Córdoba acampados en los pantanos de

Italia y á los hijos de Zaragoza oponiendo sus pechos á los caño nes de Napoleon?

Cuando los hechos con su poderosa elocuencia dicen tan claramente que el espíritu tradicional vive aún en España y tiene fuerzas para levantar y sostener ejércitos, es vano empeño tratar de negarlo, y antipatriótica obra procurar obscurecerlo. Importa, pues á España conocer las fuerzas, el poder y los recursos con que ha contado el alzamiento carlista, la manera de formarse su ejército y los medios que ha puesto en juego para sostener durante cuatro años la guerra, vencer grandes dificultades y hacer con sencillos aldeanos, batallones que han logrado repetidas veces admirables victorias y que han peleado siempre con tal valor, con tanta abnegacion y con tal heroismo que han sido la admiracion de sus propios enemigos.

La lucha ha terminado: el tiempo va borrando el encono que en los momentos del combate existia, y ya ha llegado la hora de que los políticos, los militares, los hombres de estado y el pueblo todo, vuelvan á ella la vista y procuren conocerla y estudiarla.

Nada á mi entender mas adecuado para dar á conocer el carácter especial de la guerra carlista, que el presentar con exactitud el ejército que la ha sostenido, el pueblo que le componia, los sentimientos que le animaban, los recursos que le alimentaban y los hombres que le dirigian.

Tal es el objeto de este libro; tales las razones que me mueyen á publicarlo ahora. Mi ánimo al escribirle no es aumentar ódios ni rencores, ni tampoco juzgar sobre las causas que han promovido ó terminado la guerra, sino dar fé como testigo de lo que he visto, para proporcionar datos seguros y auténticos á cuantos quieran estudiar la historia de la última guerra civil.

Me limitaré para ello á contar los hechos con exactitud, á foto grafiar, si así puede decirse, los sentimientos de provincias y comarcas enteras que durante la guerra he recorrido, y á hacer una sencilla narracion de los acontecimientos que he presenciado, ora en las montañas de Guipúzcoa y Navarra, ora en los pueblos de Aragon y Castilla, ora en las sierras de Cataluña y Valencia.

Presentaré á los carlistas en sus marchas y batallas, en sus dias de victoria y de desastres, en los de sus alegrías y mayores penas, que en todos he estado entre ellos y he tenido ocasion de estudiarlos. Las circunstancias de haber hecho la guerra al lado de uno de los generales carlistas de mas nombre y de haber

servido á sus órdenes, en los tres ejércitos del Norte, de Cataluña y del Centro, me facilitan esta empresa, pues á mi posicion debo haber tenido frecuentes ocasiones de tratar de cerca á los principales jefes carlistas y haber asistido á muchas é importantes batallas.

Esa posicion me impone en cambio deberes que procuraré no olvidar. Nunca, por tanto, descenderá mi pluma al terreno de las personalidades ni á la crítica de hechos que tan enlazados están con los intereses y pasiones políticas, limitándome á presentar las personas y narrar los sucesos con imparcialidad, siendo sóbrio en consideraciones y parco y sincero en los juicios. No es este libro una historia en la acepcion completa de la palabra, sino una sencilla narracion de la campaña, un recuerdo de mis impresiones y una pintura cariñosa sí, pero exacta, de las tropas de D. Cárlos.

Al escribirle no me dirijo á los carlistas exclusivamente sino á los españoles todos, á quienes quisiera ver unidos bajo una bandera, olvidar discordias y rencores y trabajar unánimes por la felicidad de la pátria, hasta volverla á aquel estado de grandeza que tuvo en tiempos mejores, á la sombra de la Iglesia católica y de la Monarquía tradicional y cristiana.

Paris, 19 de Marzo de 1877.

LIBRO PRIMERO

EL ALZAMIENTO EN EL NORTE

CAPITULO PRIMERO

Antecedentes.—Por qué fui á la guerra.—Lo que defendian los carlistas.

Era el mes de Marzo de 1873: cinco años hacia que la revolucion se habia desencadenado sobre España y cinco años hacia que empleaba en combatirla, desde las columnas de un diario político, las escasas fuerzas de mi inteligencia.

La monarquía democrática acababa de desaparecer con la abdicacion de don Amadeo de Saboya, y la república, proclamada en las Córtes, se enseñoreaba por primera vez de España. El terror que su solo nombre causaba, los horrores que recordaba su historia en países vecinos y la fundada y triste creencia de que esta forma de gobierno iba á aumentar los graves desórdenes en que la patria se veia envuelta, traian inquietos y desasosegados los ánimos de todos los españoles, aun los de aquellos en quienes largos años de revolucion mansa habian amortiguado los sentimientos monárquicos. Los hombres que por tener algunos bienes de fortuna se adornan con el nombre de conservadores, eran los que más se dolian de la situacion á que sus propios errores les habian traido, y los que más desconsolados contemplaban el oscuro horizonte que á los albores de la república aparecia. «No hay esperanza de salvacion, decian, porque el pueblo no tiene fuerzas ya para oponerse al torrente revolucionario que le domina, ni ánimos para alzarse poderosa y enérgicamente contra los innovadores que le perturban.»

Lo que ellos creian imposible lo veia yo hacedero; lo que ellos consideraban absurdo lo veia yo fácil; la esperanza que á ellos les faltaba crecia poderosa en mi corazon, y ante mi vista se presen-

taba claramente la tabla de salvacion que ellos buscaban en vano. Ellos creian que nuestro pueblo no tenia ya ánimos ni fuerzas, y yo veia manifiesta y públicamente combatir á la revolucion cuantas fuerzas vivas quedaban en España.

En las montañas vasco-navarras, en las de Cataluña y en algunas de Castilla habia por entonces en armas unos cuantos hombres, fuertes como las rocas que los servian de albergue, constantes como los españoles de los siglos medios y heróicos como lo son siempre los defensores de grandes causas. Aquellos hombres, varias veces vencidos y vendidos, habian de nuevo enarbolado su secular bandera en medio de los rigores del invierno y sin contar su número, sin pensar en la desproporcion de sus fuerzas, sin reparar en la escasez de sus elementos, fiados únicamente en el auxilio de Dios y en el esfuerzo de sus corazones, se habian lanzado á la guerra y desafiaban impávidos á la revolucion. Aquel hecho portentoso era para mí prueba evidente de que los principios que profesaban, las ideas que les llevaban á hacer el sacrificio de sus vidas y los sentimientos de que estaban animados eran los más poderosos y fecundos que existian ya en nuestra pátria.

En lo que aquellos hombres defendian á costa de su sangre, veia la única salvacion de España; en la guerra que con tanto calor sostenian, encontraba la ardiente protesta de nuestro génio nacional contra las perturbadoras doctrinas de extrañas tierras importadas, y en las fuerzas ocultas que iban desarrollando á medida que la persecucion se lo permitia, hallaba yo las fuerzas seculares que la tradicion habia creado en nuestra pátria, y que en aquellos momentos echaban de menos los que se llaman conservadores.

Aquellos hombres que en las elevadas montañas del Norte exponian sus vidas, peleaban por la Religion, por la Pátria y por la Monarquía legítima; de modo que sus ideas eran las mias, sus sentimientos los mios, sus creencias las que abrigaba en mi corazon desde la niñez, y en cuya defensa estaba gastando las fuerzas de mi juventud. Entre ellos y yo no habia más diferencia sino que ellos defendian sus doctrinas con la espada, y yo con la pluma; ellos las propagaban con su sangre, y yo con la tinta de la imprenta; ellos desde las asperezas de los montes anunciaban la buena nueva de su empresa, y yo la esparcia por las calles de Madrid; ellos, en suma, predicaban con el ejemplo, y yo con la palabra.

¿Quién obraba mejor? ¿Cuál de las dos acciones era más eficáz? Si los medios que ellos empleaban eran más poderosos que los que yo usaba, ¿por qué no habia de usar los suyos y combatir como ellos combatian?

Largos meses hacia que meditaba sobre esta diferencia de con-

ducta, y cada dia encontraba más grande, más heróica, más sublime la suya que la mia. El valor de los voluntarios de Cárlos VII me atraia; su abnegacion me entusiasmaba, y lo noble de su empresa me animaba á abandonar la pluma para empuñar la espada. ¿Para qué escribir cuando se peleaba? ¿Que podian ya conseguir las palabras cuando hablaban los fusiles?

La guerra era ya un hecho al que yo ayudaba en la medida que la libertad de imprenta me permitia; ¿no era mejor que le ayudase públicamente y arriesgando mi vida en los combates? A estas preguntas que á cada instante me hacia, mi conciencia, mi corazon, mis sentimientos me contestaban afirmativamente, y todos á una me impulsaban á ir á compartir los peligros y penalidades de la campaña con aquellos á quienes habia contribuido á lanzar á la lucha. Los sucesos además me empujaban por esta senda: cada nuevo horror revolucionario que se consumaba era un poderoso acicate que clavándose en mi corazon me excitaba á ir á la guerra, y cada noticia de los heróicos esfuerzos que hacian los pocos carlistas entonces en armas, un despertador enérgico que haciendo vibrar todas las fibras de mi alma, reanimaba mi ardor y me confirmaba en mi propósito.

Al fin me decidí y abandoné la pluma y mis trabajos, y salí con placer de la villa, antes corte de nuestra poderosa monarquía, asiento ahora de exótica república; centro antes de la política esencialmente católica de la casa de Austria, último rincon ahora de la impiedad revolucionaria. Al salir prometíame en mi interior no volver á Madrid hasta que fuese con el Rey restaurador de aquella política, con el representante de aquella monarquía tan grande y tan española, con el único que á mi entender podia, ayudado por el sentimiento popular, salvar á la pátria de los males que la aquejaban, curarla de las heridas que incesantemente recibia y levantarla de la postracion en que estaba sumida. Con estas ideas emprendí mi viaje para reunirme á las fuerzas carlistas del Norte. La policía, que no juzga de las intenciones, tuvo la bondad de no registrarme, cosa que me hubiera comprometido en extremo, (y sin más temor que el de que los mios,) por detener el tren, me hicieran descarrilar, llegué á Zumárraga, donde terminaba la línea.

Estaba ya en el teatro de la guerra. Bien pronto lo observé, al ver las precauciones y aparato militar de la guarnicion de ingenieros que allí habia. No podia detenerme mucho; así que, montando enseguida en la diligencia que iba á Francia, recorrí la provincia de Guipúzcoa, donde luego habia de asistir á tantas batallas, y pasando por Tolosa, San Sebastian é Irún, fortificadas y guarnecidas, entré en la vecina república, para unirme desde allí á los carlistas.

CAPITULO II

El principio de la guerra. — Catástrofes. — La constancia carlista. — Nuevo alzamiento.

Mientras recorria tan rápidamente como he referido, el teatro de la guerra, mi memoria más velozmente aún me recordaba todos los hechos, todas las circunstancias que habian concurrido en cinco años para transformar en belicosos á los más pacíficos habitantes de España, y para convertir en campos de batalla hermosas y pintorescas comarcas de la Península. Una revolucion que empezó por un motin militar habia arrojado del trono á doña Isabel II y entregado España al desórden. Hombres obscuros, de perniciosas ideas, de nada buena vida, se habian apoderado de los destinos de la pátria y formado un gobierno provisional, que habia dado rienda suelta á todos los errores, desencadenado todas las pasiones, conculcado todo derecho, hollado todas las creencias y menospreciado todas las virtudes. Movidos por su ódio á todo lo grande, habian aquellos hombres dirigido sus primeros tiros contra la religion católica, alma y vida de la sociedad española, y habian escarnecido sus dogmas, derribado sus templos, insultado y perseguido á sus ministros y dificultado su culto. Despues habian herido tambien los sentimientos monárquicos de nuestro pueblo burlándose de la institucion secular que habia sido la representacion de las glorias pátrias, y habian además atacado la santidad de la familia y perdido el respeto á la propiedad, bases y fundamentos de toda nacion civilizada. Desde el mes de Setiembre de 1868 en que se formó el primer gobierno revolucionario hasta la convocacion de las Córtes Constituyentes, el mal habia ido creciendo, y desde la reunion de las Córtes, en vez de disminuir, aumentó de tal modo, que no dejaba duda ninguna del camino de perdicion por donde llevaban á España sus modernos reformadores.

La parte más sana de nuestro pueblo, que odiaba á la revolucion y á los hombres que con sus errores la habian traido, volvió entónces los ojos al antiguo partido carlista, que se conservaba apartado de los sucesos de España, guardando en su corazon las tradiciones de la madre pátria, y fué expontánea y ansiosamente á engrosarle. Los carlistas, que algunos creian ya relegados al olvido, crecieron prodigiosamente, y empezaron á moverse por

todas partes, y á hacer oir su voz en la prensa y en la tribuna, y á oponerse á la revolucion por los medios legales que tenian á su alcance.

Al frente de aquel movimiento estaba Don Cárlos de Borbon y de Austria, nieto de Don Cárlos María Isidro, representante como él de la monarquía tradicional, y como él alejado en extranjera tierra. Al ver la situacion de su pátria el jóven Príncipe, llamó á su lado á los buenos españoles, y en su carta-manifiesto de 30 de Junio de 1869 expuso sus principios de gobierno, basados en la más pura doctrina. Queria Don Cárlos, llevado por sus sentimientos generosos, consagrar su vida á salvar á España de los horrores á que las ideas revolucionarias la conducian, y para ello ofrecia aplicarse á remediar los males que la devoraban, estableciendo un gobierno justo, fuerte y que, en consonancia con nuestras costumbres y tradiciones, no olvidase tampoco las necesidades del tiempo presente.

Estas promesas, estas palabras encontraron simpática acogida en muchos corazones; fueron recibidas por otros con inmenso júbilo, y desde entónces, considerándole como la protesta contra la anarquía, fué Don Cárlos para la generalidad de los españoles, la única esperanza de salvacion. De tal modo crecieron sus partidarios y la opinion pública se inclinó á su favor, que individuos del gobierno revolucionario decian que en España no se podia hacer un plebíscito porque por sufrágio universal saldria aclamado Don Cárlos. Asustados por estas fuerzas los hombres de la revolucion, para destruirlas ántes que les ahogaran, empezaron á perseguir y á aprisionar carlistas, y á molestar y á vejar al clero, que acusaban de conspirar en favor de Cárlos VII.

Sus partidarios en efecto conspiraban, y en el verano de 1869, no pudiendo ya contenerse algunos, ni sufrir otros más vejaciones, se levantaron en armas en diferentes puntos de España. Castilla dió la primera su sangre por Cárlos VII. En las montañas de Leon se alzaron algunas partidas al mando del honrado y caballeroso Balanzátegui y del intrépido Milla; en las llanuras de la Mancha y montes de Toledo, se lanzaron á la guerra Sabariegos y otros jefes seguidos de multitud de carlistas, y en Valencia, en Cataluña y aun en las provincias Vascongadas y Navarra aparecieron otros. Aquel movimiento, primera llamarada del ardiente fuego que ocultaban los corazones de tantos españoles, fué vencido brevemente por el ejército de la revolucion, y ahogado en sangre por las draconianas órdenes del general Prim.

Balanzátegui murió fusilado con la resignacion de un santo, con el heroismo de un mártir. Su sangre, junta con la de unos cuantos infelices bárbaramente asesinados en Montealegre, y con la de los que habian sucumbido en los diferentes encuentros ocur-

ridos, fué la primera que España ofreció á Dios por su Religion y por su Rey.

Desde entónces ya no pensaron los carlistas más que en el modo de hacer la guerra á la revolucion. Habian contado sus fuerzas, habian contado la innumerable multitud de sus partidarios y habian calculado que estando gran parte de España con ellos, no les seria difícil empeñar una contienda con la revolucion y vencerla y arrollarla á pesar de la elevada posicion que ocupaba. Los revolucionarios tenian en sus manos el gobierno de la nacion, el ejército, las vías de comunicacion, las fuentes de la riqueza pública; los carlistas no tenian mas que su fé, su voluntad y su número. Contaban con las simpatías de los pueblos, pero no con armas; contaban con hombres resueltos, pero no con soldados aguerridos, y sin embargo se decidieron á entablar la lucha y empezaron á conspirar para proporcionarse recursos, traer armas, ganar plazas fuertes y arrastrar batallones y regimientos.

Tres años estuvieron tentando resortes, buscando ocasiones, aprovechando momentos sin que dieran resultado sus trabajos, pero tambien sin que se desanimaran. Lo que arreglaban en un mes lo deshacia el gobierno en un dia, ó lo descomponia un delator en un momento. Asi pasaba el tiempo, los gobiernos cambiaban; al provisional sucedia la regencia de Serrano, á este la monarquía democrática de D. Amadeo y los carlistas ni emprendian la guerra ni podian contrarestar el curso de la revolucion.

Por fin en la primavera del año 1872 contando con las promesas de muchos gefes y oficiales del ejército que se habian comprometido á secundar el alzamiento, se decídieron á hacerle. Cataluña fué la primera comarca donde aparecieron carlistas. El 6 de Abril se levantó en la provincia de Gerona una partida y salió de Barcelona con otra, de 60 hombres, el valeroso general D. Juan Castellpara inaugurar la campaña. El 14 Don Cárlos, desde Ginebra, dió la orden á sus partidarios de España de que en todas las provincias se lanzasen al campo el 21; y en efecto, fieles á su Rey millares de carlistas se lanzaron á la guerra en Navarra y las Vascongadas, en Aragon y en Castilla, en Cataluña y Valencia y en otros varios puntos de España.

El alzamiento apareció desde el primer instante grande, imponente y magestuoso, pero faltóle la base. Contábase con que las tropas que guarnecian las provincias se unieran al movimiento como habian prometido sus gefes, contábase con apoderarse desde el primer momento de varias capitales y plazas fuertes y nada de esto se tenia. El ejército en vez de unirse á los voluntarios de Cárlos VII los recibió á tiros; las capitales y plazas fuertes les cerraron las puertas, de modo que los carlistas se encontraron con los montes y las aldeas de algunas provincias por todo reino.

Este fracaso de sus planes no les desanimó, y como ya algunos tenian armas se decidieron á seguir la lucha. Mandaba á los de las provincias vasco-navarras el general D. Eustaquio Diaz de Rada, nombrado por Don Cárlos gefe de las fuerzas de la frontera; pero despues de sostener algunos pequeños encuentros, viendo que el ejército no respondia á sus promesas, que no habia armas para todos los paisanos que voluntariamente las pedian, ni recursos para seguir la guerra, escribió á Don Cárlos rogándole que no entrara en España, y á los pocos dias abandonó las fuerzas y se fué á Francia. Quedaron las partidas de Navarra á las órdenes de Carasa, Aguirre, Ollo y Garcia y las de Vizcaya, Guipuzcoa y Alava á las de Ulibarri, Amilivia y Velasco, y empezaron á organizarse en batallones para poder hacer frente á los de D. Amadeo.

Don Cárlos entre tanto penetraba en España por Vera, el dia 2 de Mayo, y se ponia al frente de las fuerzas de Navarra que le recibian con loco entusiasmo. El enemigo que no esperaba mas para lanzarse sobre aquellas tropas mal armadas y destruirlas antes de que se fuesen fogueando, sorprendió el 4 en Oroquieta á las que acompañaban á Don Cárlos y las desbarató despues de un ligero combate. Cerca de setecientos prisioneros, casi todos hombres desarmados hizo la columna Moriones, que fué la que atacó á los carlistas en Oroquieta y el Rey tuvo para no caer en su poder que volverse á Francia.

A pesar de esta catástrofe continuó la guerra. Carasa con unos cuantos navarros resueltos siguió la campaña en su provincia, mientras que en Guipuzcoa los bisoños soldados carlistas destrozaban en Oñate al batallon cazadores de Mendigorria y al poco en Vizcaya daban la accion de Mañaria en la que ponian en gran aprieto á la division de Letona y la causaban terribles pérdidas.

El número de carlistas que en los primeros dias habia aparecido en el Norte obligó al gobierno de D. Amadeo á enviar á las provincias vascongadas con un ejército al general Serrano. Viendo este por lo ocurrido en Mañaria que no siempre seria la suerte de las armas favorable á las tropas de la revolucion, en vez de seguir la guerra se apresuró á negociar una paz y al efecto celebró á últimos de Mayo un convenio con la Diputacion de Vizcaya y algunos gefes de partida, por el que á cambio de la promesa de dejarles en libertad y conservar los fueros á las provincias, consiguió depusieran las armas casi todos los vizcainos y guipuzcoanos. Firmóse en Amorevieta este tratado y mas de cuatro mil carlistas se adhirieron á él. Golpe terrible fué este para los que aun querian sostener la guerra, pues solo quedaron en armas los navarros mandados por Carasa, Ollo y Lizarraga y

algunos alaveses y vizcainos á las órdenes de Velasco. Entre todos sumaban ya poca gente, y como el ejército enemigo les perseguia con encarnizamiento, la desanimacion cundió tanto en sus filas que á pesar de haber sostenido acciones tan brillantes como la de 19 de Junio en Sierra Urbasa en la que los valerosos navarros cargando sin bayonetas, llegaron hasta tocar los cañones enemigos, tuvieron todos que abandonar el campo y entrar en Francia.

A últimos de Junio, aquel formidable alzamiento que habia puesto espanto en el gobierno de Madrid, estaba deshecho. Los carlistas habian perdido millares de fusiles, centenares de jóvenes resueltos que habian sido muertos ó hechos prisioneros y enviados á Cuba, y jefes de tanto valor y popularidad como Ulibarri, Ayastuy y García, que habian sucumbido á consecuencia de sus heridas. Los carlistas perdieron además con lo de Amorevieta la confianza en muchos de sus jefes. La desgracia de la campaña aumentó los gérmenes de division que ya existian entre otros, y todas estas catástrofes juntas hicieron creer á los revolucionarios que habian acabado para siempre con el poder y la fuerza del carlismo.

¿Qué otro partido, en efecto, hubiera resistido tan rudos golpes? ¿Cuál hubiera seguido en su propósito despues de ellos? La historia no presenta ningun ejemplo de constancia y firmeza iguales á las que entonces demostraron los carlistas, pues bien pronto los liberales, que creian todo terminado con la desaparicion de las partidas de Navarra, vieron que ni siquiera habian concluido la guerra.

En efecto, la guerra seguia en Cataluña, donde habia empezado, sin que la influencia de las catástrofes ocurridas en el Norte desanimase á los carlistas catalanes, ni el número de los batallones enemigos lograse acabar con ellos. El anciano general Castell, que habia inaugurado la campaña, la sostenia, burlando con habilidad pasmosa, que era la admiracion de los jefes enemigos, á cuantas columnas se lanzaban en su persecucion, al mismo tiempo que en Gerona, unos cientos de hombres á las órdenes de Savalls, se batian con denuedo. Cárlos VII habia pedido á los catalanes que se sostuvieran hasta el invierno, en cuya época tendrian ya armas las provincias del Norte y volverian á levantarse, y los catalanes se sostuvieron, sin que el gobierno de D. Amadeo pudiese vencerlos.

La constancia de los catalanes y la tenacidad de todos los carlistas volvieron á encender la guerra en el Norte. Los vasco-navarros, vencidos y arrollados en Junio, estaban otra vez en campaña en Diciembre del mismo año, hecho inusitado que prueba por sí solo la fuerza inmensa y la admirable resolucion que daba á

los carlistas la profunda fé que en sus corazones atesoraban.

El alzamiento del invierno no fué tan general y numeroso como habia sido el de la primavera; pero en cambio fué más sólido. En vez de lanzarse, como entonces, á la guerra hombres armados de palos, ancianos unos, débiles otros, solo salian ahora jóvenes robustos y resueltos á pelear y á sufrir. La guerra tomaba así un carácter más grave, y harto lo notaba el Gobierno, que en tres meses de campaña no habia conseguido más que ver á los carlistas crecer en número y en ánimos, y batirse cada dia con más decision. La insurreccion convirtióse en guerra formal. Las partidas se iban transformando en batallones, y los aldeanos en valientes soldados. Tal era cuando fuí á incorporarme á ellos á fines de Marzo, la situacion de los carlistas. Llegaba, pues, en época admirable para verles hacer el prodigio de organizar con pocos y malos elementos un ejército, y para presenciar sus primeras victorias.

CAPITULO III

La frontera francesa. — Los conspiradores. — Mis compañeros de armas. — Entrada eu campaña.

Antes de incorporarme á las fuerzas carlistas tuve que ver á la Junta que en Bayona funcionaba, porque la frontera francesa era entonces la base de operaciones de los carlistas, y Bayona su centro directivo. La Junta que allí tenian establecida era la intermediaria entre Don Cárlos, que estaba oculto, y los generales que en España levantaban fuerzas y organizaban batallones; era la encargada de recibir las peticiones de éstos y dirigir á cuantas personas se presentaban, y era sobre todas su principal mision suministrar armamento y municiones al naciente ejército de la legitimidad. Viviendo en tierra extranjera, bajo la vigilancia de la gendarmería francesa, presentaba graves dificultades esta empresa; pero todas se vencian, gracias á la buena voluntad de la Junta, al auxilio de muchos y decididos legitimistas del país y al ingenio y audacia de los contrabandistas vascongados.

En vano el cónsul liberal de España en Bayona y la policía se esforzaban en hacer desaparecer aquel centro perpétuo de conspiracion y aquel arsenal carlista. Sus trabajos eran inútiles, porque cada dia iba tomando mayores proporciones el clandestino co-

mercio que perseguian. Multas, internaciones, destierros, todo era estéril; por la frontera francesa seguian pasando todos los dias, mejor dicho todas las noches, hombres, caballos, fusiles, uniformes, cartuchos y hasta cañones para los carlistas.

Los periódicos liberales de España se desesperaban al saberlo y acusaban en todos los tonos al gobierno francés de connivencia con los carlistas ó al menos de culpable tolerancia, y sin embargo esto no era cierto, porque el gobierno francés reforzaba sus puestos de aduaneros y gendarmes, aumentaba las guarniciones de la frontera y ponia en todas partes argos que vigilaran á los carlistas. Lo cierto era que en aquella época los vascongados franceses ayudaban á los españoles, que todos conspiraban á una por Cárlos VII, y que los conspiradores eran tan numerosos, tan tenaces y tan incorregibles, que no habia fuerzas humanas capaces de contenerlos. El gobierno francés, no podia colocar un vigilante perenne en cada mata, en cada piedra de la frontera que esto hubiera sido preciso para impedir que los carlistas recibieran recursos; porque cada mata, cada piedra servia á lo mejor para ocultar un paquete de municiones ó de vestuario, que en la oscuridad de la noche pasaba á España por entre los gendarmes.

Muchas ocasiones de convencerme de ello tuve en los dias que permanecí en la frontera, y de admirar la constancia de aquellos hombres. Trataban de suministrar recursos para formar un ejército, y nunca tenian medios para armar una compañía. Una noche hacian entrar diez fusiles, á la siguiente dos cajas de municiones; tres dias despues el caballo de algun jefe, y sin embargo de la lentitud de este procedimiento, no se desanimaban. La constancia y la asiduidad suplian á todo, y á fuerza de paciencia se iban acumulando elementos.

Estamos armando ahora, me dijo uno de los que componian la Junta, al cuarto batallon de Navarra, y ya en este mes le hemos enviado ochenta fusiles.

Pues á ese paso, le dije, ni en medio año se arma el batallon.

No es posible, repuso, ir más de prisa por ahora, pero no crea V. que se pierde tiempo; mientras nosotros buscamos y hacemos pasar los fusiles para el 4.°, los chicos que forman el batallon estan por los pueblos de la frontera de España instruyéndose en el ejercicio de las armas.

¡Pero hombre! exclamé asombrado: ¿Cómo hacen el ejercicio si no tienen más que 80 fusiles para todo el batallon?

Con palos, me contestó el de la Junta sonriéndose al ver la sorpresa que su noticia me causaba. Mientras llegan las armas, añadió, aprenden el ejercicio con palos, y cuando reciben los fusiles, que con tanta ánsia han estado esperando, se hallan en disposicion de batirse.

Es admirable ese sistema de hacer soldados, murmuré por lo bajo.

Admirabilísimo, repuso mi interlocutor, pero ¡impracticable, á no ser entre carlistas. Ellos esperan con paciencia, van acostumbrándose á la vida de campaña, suplen con su buena voluntad las dotes que les faltan, se instruyen rápidamente, y el premio de su aplicacion y constancia es recibir el fusil, que en todas partes toman los soldados como pesada carga.

Pocos dias tardaré en verlos, contesté, porque tengo ánsia de conocer á esos heróicos voluntarios, cuya felicidad consiste en recibir un fusil.

¡Ah! ¡si tuviéramos armas! exclamó el de la Junta, y luego añadió: no creo exagerado el que diga que por cada hombre armado hay cien que esperan el fusil.

Así era la verdad; navarros, vizcainos, guipuzcoanos y alaveses no pedian entónces más que fusiles, fusiles y fusiles. El sentimiento bélico estaba tan desarrollado, y el entusiasmo era tan general, que si hubiese habido armas suficientes, hasta las mujeres y niños las hubiesen empuñado. Los pueblos en masa las pedian, porque ansiaban combatir por su Dios, por su Pátria y por su Rey.

El Presidente de la Junta de Bayona era entónces D. José Luis de Antuñano, rico propietario de Vizcaya y exdiputado á Córtes. Hombre de generosos sentimientos, de suma honradez y de lealtad acrisolada, era un verdadero modelo de fé política, de consecuencia en sus convicciones, de abnegacion en su conducta y de desprendimiento sin límites. Habia abandonado sus intereses en Madrid y venido á establecerse en la frontera, para auxiliar desde allí el alzamiento de las provincias. A este trabajo se dedicaba auxiliado por otras varias personas de tan buena voluntad y abnegacion como él, procedentes de España las unas, hijas otras del mismo Bayona ó de los pueblos inmediatos.

Esperando varias comunicaciones que la Junta me encargó llevase al general en jefe, me detuve unos dias en Bayona: ellos me proporcionaron la satisfaccion de conocer al general de la armada, don Romualdo Martinez Viñalet, que, escapándose de la prision en que le tenian en Málaga los liberales, llegó á Francia para ponerse á las órdenes de Don Cárlos, y la de encontrar en su hijo un compañero de armas. Puestos de acuerdo, enseguida empezamos nuestros preparativos, y en ellos estábamos cuando por casualidad encontramos otro jóven que tambien iba á la guerra. Llamábase éste Benito Baró, era natural de Valencia y venia desde su pátria atravesando toda Francia, con el mismo objeto que nosotros. No hay que decir que enseguida hicimos los tres causa comun y acordamos entrar juntos en campaña. Dios nos habia unido en aquellos solemnes momentos en que íbamos á pelear

por su causa, ¿qué necesidad teníamos de anteriores conocimientos para tratarnos, no ya como amigos, sino como hermanos?

Nuestros preparativos terminaron pronto, y en la tarde del jueves Santo nos resolvimos á marchar. Aquella misma noche arreglamos el viaje, y á las altas horas, cuando todo el mundo dormia, en medio de un silencio sepulcral, con todas las precauciones imaginables para no ser sorprendidos por los gendarmes, subimos á un coche que en sitio oculto nos esperaba, y entrando en él con nuestras armas y efectos de guerra, nos dirigimos á la frontera de España.

El coche volaba por los entonces desiertos caminos, pero nuestra impaciencia era tal, que los minutos nos parecian horas. Teniamos que llegar á Añoa antes de ser de dia, entrar allí en una casa, dejar nuestros equipajes, tomar un guia, y por veredas y caminos de contrabandistas, burlar la vigilancia de los gendarmes y pasar á Dancharinea, primer pueblo ocupado por los carlistas.

Cuatro siglos se nos figuraron las cuatro horas que tardamos en llegar al último pueblo francés; cuatro siglos, porque durante ellas rápidamente cruzaron por nuestra imaginacion todos los recuerdos de nuestra vida pasada, y se nos presentaron todos los peligros y emociones de la que íbamos á emprender. Tan pronto nos figurábamos entrar victoriosos y triunfantes en medio de aclamaciones entusiastas en pueblos libertados por las armas reales, como se nos representaban las penosas marchas, los terribles temporales y las infinitas molestias que habíamos de sufrir, y de que ni aún teníamos idea. Quizás la muerte, pensábamos, nos arrebate á alguno ántes de muchas horas: pero, ¿qué importa añadíamos, si estamos preparados á recibirla como cristianos y morimos por la causa de la Religion y de España? A estas ideas sucedian otras alegres, y á la de los trabajos que íbamos á pasar, la de que Dios nos daria fuerzas para resistirlos, pues en su proteccion confiábamos. Así, animándonos mútuamente, pasamos aquellas cuatro mortales horas, y al fin llegamos á Añoa.

Saltamos del coche, entramos en un caserío, y como no habia amanecido, nadie nos vió; encontramos al guia que debia conducirnos, salimos con él en silencio y le seguimos á través de los montes por sitios donde, á no verlo, no hubiéramos creido que pudieran andar hombres, ¡tan grande era el trabajo que nos costaba caminar por ellos!

Al cabo de media hora de esta penosa marcha, siendo ya de dia, saltamos un arroyo, y al pasar á la orilla opuesta, nos dijo el guia: «estamos en territorio carlista.»

¡Viva Cárlos VII! exclamamos los tres abrazándonos; y en seguida nos encaminamos á Dancharinea.

Entrábamos en campaña desde aquel momento, y entrábamos en un dia solemne, el que la Iglesia llama por su excelencia el Viernes Santo.

CAPITULO IV

Dancharinea.—Los primeros carlistas.—Iribarren y su gente.—Precauciones de guerra.

Unas cuantas casas espaciosas y separadas entre sí, desparrama das á ambos lados de la carretera de Pamplona á Francia, forman el pueblo de Dancharinea, donde los carlistas tenian establecida su aduana más importante. Separa á Navarra de Francia por aquella parte, un arroyo del mismo nombre que el pueblo, y únelas un puente internacional, cuyas extremidades guardan soldados de las respectivas naciones. Un centinela francés frente á frente de un voluntario carlista, fué lo primero que vimos, y en la comparacion de uno y otro, no quedó descontento nuestro amor pátrio. Junto al centinela carlista habia una casa, la más cercana al puente, donde estaba el cuerpo de guardia formado por otros voluntarios. Nos acercamos á ellos, les preguntamos por su jefe nos dijeron que estaba en la aduana, y fuimos allí á buscarle. Era el jefe un viejecito que, á pesar de sus años y encontrándose aún fuerte, habia querido hacer la guerra y desempeñaba el cargo de sargento con la misma gravedad que otro cualquiera el de general. Nos recibió con suma amabilidad, y en cuanto se enteró por nuestros papeles que veníamos á aumentar las filas del naciente ejército Real, nos obsequió cuanto pudo, nos enseñó la aduana que, aunque pequeña, estaba en regla, y mandó á uno de los voluntarios de guardia que nos guiara y acompañara al cercano pueblo de Urdax, donde á la sazon residia el coronel jefe de la frontera, don Fermin Iribarren.

Partimos en su busca llevándonos una impresion agradable de aquellos carlistas, que eran los primeros que veíamos con armas, y siguiendo un rato la carretera de Pamplona, y marchando otro por atajos y veredas, llegamos á Urdax, donde estaba el resto de la fuerza que guardaba la aduana, es decir, una partida como de cuarenta hombres. A los pocos momentos de llegar vimos repartir las raciones del dia á los voluntarios; consistian aquel en pan vino y bacalao, por ser dia de vigilia, pues ordinariamente se les daba

carne: eran de buena calidad y los soldados las recibian contentos. Estando en esta operacion vino el coronel Iribarren, á quien buscábamos. Recibiónos con gran afabilidad y verdadero cariño, y á las pocas palabras que nos dijo quedamos prendados de él, porque vimos que era hombre de gran corazon, mucha fé y sincera religiosidad.

Don Fermin Iribarren representaba á lo sumo 56 años: era de mediana estatura, constitucion fuerte, sonrosado rostro, barba entrecana y fisonomía franca y abierta que cautivaba por la bondad de su mirada y por la sinceridad de su expresion. Vestía como sus soldados una especie de blusa de paño pardo con botones dorados, pantalon azul con franja encarnada y boina blanca. No llevaba insignia ninguna ni mas condecoracion sobre su pecho que una imagen del corazon de Jesus, regalo segun nos dijo de su hija religiosa de un convento de Navarra. «Tengo además, nos añadió, otro hijo que es sacerdote, y mientras que ambos piden á Dios por el triunfo de la causa, yo que la defendí en mi juventud con las armas las he vuelto á empuñar en mi vejez. Ya poco puedo hacer, pero ese poco lo hago por Dios para que los jóvenes como ustedes puedan ver el triunfo.»

Con Iribarren vinieron otros dos oficiales; uno jóven, alto, delgado, sin barba, llamado Zurutuza que vestido como el coronel se permitia por todo lujo llevar una gran borla dorada en la boina y el otro bajo, moreno y de bigote negro que se llamaba Goñi. Zurutuza desempeñaba el cargo de secretario del coronel; Goñi era armero y estaba allí para arreglar fusiles y hacer municiones. Ambos me parecian dignos por su fé y constancia de estar al lado de Iribarren. Goñi era veterano de la pasada guerra: habia despues de ella tomado parte en todos los movimientos carlistas, y herido y prisionero varias veces en cuanto se curaba ó recobraba la libertad volvia á las andadas. Desde que la revolucion de 1868 se apoderó de España, Goñi redobló sus esfuerzos, se hizo conspirador y todos sus afanes consistieron en hacer en Pamplona una que fuese sonada, entregando la plaza á los carlistas. Segun él contaba, varias veces estuvo la ciudadela en sus manos, pero siempre una delacion, la falta de alguno de los comprometidos ó la carencia de recursos retrasaba le ejecucion del plan y la ciudadela seguia en poder de los liberales. Goñi volvía á la obra y tanto y tanto hizo para lograr su objeto que al fin fué cogido con las manos en la masa y enviado á presidio por el gobierno de don Amadeo. Salió, y entonces tomó otro rumbo, y en vez de conspirador se hizo guerrero y empleó toda su actividad, que era mucha, y su celo, que no era poco, en armar con su oficio á sus compañeros.

Comprendiendo el coronel al cabo de un rato que estábamos

cansados nos mandó que nos alojáramos y nos dió un asistente. Nuestro alojamiento estaba á media hora de Urdax; era un bonito caserío grande y espacioso y en él nos recibieron con suma amabilidad. Estábamos tan ansiosos de conocer á los carlistas que mientras nos preparaban la comida preguntamos á nuestro asistente su historia. Llamábase Angel Milagro : como nosotros, acababa de entrar de Francia; y como nosotros, queria ir á servir en las fuerzas que mandaba Lizárraga. Angel habia tomado parte en el alzamiento del año anterior; habia estado en Oroquieta, y despues de aquella funesta jornada siguió en campaña hasta que los jefes carlistas tuvieron que abandonar el campo y entrar en Francia. Angel entró con ellos, prefiriendo la emigracion al indulto, y se fué á Burdeos, donde á duras penas pudo ganar la vida trabajando. Allí le sorprendió la noticia del nuevo alzamiento, y desde que lo supo redobló su trabajo, redujo sus gastos é hizo economías para ahorrar algo con que venirse á España á empuñar de nuevo las armas. Cuando tuvo reunidos algunos francos compró un rewolver ya que no podia traerse un remington; se disfrazó de carretero, y con este traje, acompañando una expedicion de ocho carros, burló á los gendarmes y pasó la frontera. A Dios gracias, nos dijo al concluir su historia, ya estoy entre los mios, y aunque me maten moriré contento.

Asombrados quedamos al ver tanta decision en un jóven, porque Angel apenas tendria veintitres años, pero luego nos lo explicamos perfectamente. Angel era un verdadero cristiano; tenía sentimientos religiosos profundísimos, una piedad sincera y unas costumbres patriarcales. Por más instancias que le hicimos para que participara de nuestra frugal comida de vigilia, no quiso aceptar; ofrecímosle vino y, cosa extraña en un navarro, tambien lo rehusó. Al fin, para que cesara nuestro empeño, nos confesó tímidamente que tenia la costumbre en aquel santo dia de ayunar á pan y agua hasta que el toque de gloria anunciase la Resurreccion del que murió por salvarnos.

Nuestro asistente nos edificaba; si de soldados como éste, pensábamos, se compone el ejército de Cárlos VII, ¿qué duda hay de su triunfo?

Iribarren y Goñi nos habian ofrecido tambien, por su fé, su abnegacion y su costancia, favorable muestra de lo que eran los carlistas, y dado motivo para gratas consideraciones.

Aquella misma tarde un incidente nos proporcionó ocasion de ir viendo lo que era la guerra. Un aldeano vino á dar al coronel la noticia de que una columna republicana estaba cerca, y en seguida se reunió la gente, preparó las armas, desapareció la tranquilidad que reinaba y todos se prepararon á marchar. No era posible, atendida la desigualdad de fuerzas, pues los republicanos

eran más de mil, y nosotros no llegábamos á cincuenta, empeñar un combate, pero tampoco era digno escapar al solo anuncio de su aproximacion sin haberles disparado algunos tiros. La columna enemiga estaba aún á tres horas de nosotros: el coronel se decidió á esperar hasta saber sus movimientos. Tengo apostados en el camino, nos dijo Iribarren, algunas parejas de tiradores que la hostilizarán con sus disparos, y al mismo tiempo nos avisarán si avanza. No es posible, añadió el anciano coronel, que nos sorprendan siguiendo este sistema, porque sabremos con tiempo sus movimientos y podremos burlarles.

Pasaron horas y la columna no avanzó; al caer de la tarde todos volvieron á sus habituales ocupaciones y nos dijeron: «ya no hay peligro de que vengan.» ¿Y por qué? preguntamos. Porque las columnas, contestó uno de los oficiales, tienen tanto miedo á andar de noche por estos montes, que en cuanto oscurece se encierran en los pueblos y no salen hasta que sale el sol.

Segun eso, dijimos, la guerra se hace de dia y de noche se descansa.

Por parte de los republicanos sí, nos contestaron, pero por la nuestra se hace á todas horas, y más de noche que de dia. A nosotros, añadió un voluntario, no nos importa la oscuridad ni los malos caminos; los montes y los bosques nos conocen; conocemos los arroyos y los malos pasos, de modo que andamos con toda seguridad; pero, ¿cómo quiere V. que anden de noche los republicanos si cada mata creen que es un carlista?

Pues yo creo, añadí, que tambien atacan de noche los republicanos, como sucedió hace poco en Monreal.

Es verdad, repuso un voluntario: allí atacaron de noche, pero fué por casualidad, y como Nouvilas, su general, estuvo ya rodeado por los nuestros, y como les quitamos las escobas de sus cañones, quedaron tan escarmentados, que ya hacen lo que las gallinas, acostarse en cuanto se pone el sol.

Largo rato llevábamos hablando con aquella buena gente cuando vinieron á pedir limosna dos pobres de mala traza, con un caballejo cargado de algunos efectos. Los pobres pedian á los voluntarios, quienes les daban algo ó les despedian caritativamente, cuando el coronel, que por estar escribiendo no les habia visto, se asomó á una ventana, y al encontrarse con ellos exclamó con imperioso tono: ¡fuera! ¡fuera! ¡á Francia al momento! Al recibir la órden los pobres buscaron mil escusas para seguir allí, pero Iribarren mandó á dos voluntarios que les acompañaran hasta la frontera y no les perdieran de vista hasta que se internaran en Francia.

¿Por qué tanta dureza? pregunté á uno de los oficiales en voz baja.

Porque estamos en guerra, me respondió, y los enemigos se valen de mil medios para espiar nuestro número, nuestros movimientos y nuestras acciones. Uno de los más frecuentes es el de enviar mendigos, ó gentes que lo parecen, á espiarnos y darle cuenta de lo que hacemos. Con ellos tenia Moriones organizada su confidencia el año pasado, y los pobres que admitíamos confiadamente en nuestró seno, nos vendian luego. En la guerra hay que ser muy cautos, añadió, y por eso el coronel, á pesar de su buen corazon, ha hablado con tanta severidad á esa pareja, y no ha consentido que pase la noche aquí cerca.

La columna no se mueve ya, dijo el coronel saliendo de la casa, y por tanto, podemos ir á descansar.

Dos de los voluntarios, al oir esto, se hablaron por lo bajo, y despues se acercaron al coronel. El de más edad, con el fusil terciado, le dijo: Si V. S. nos lo permite, éste y yo iríamos de buena gana á la salida del pueblo para tirarla algunos tiros.

¿Cuántos cartuchos teneis? preguntó el coronel examinando los chassepots que ámbos llevaban.

Veinte, mi coronel, se apresuró á decir el que hasta entónces no habia hablado.

Pues id, y si la columna viniera por aquí avisadnos, y si vá por otra parte, hacedla algunos disparos y volved en seguida.

Los dos voluntarios saludaron militarmente y echaron luego á andar por la carretera con tal prisa y regocijo, que no parecia sino que iban á la fiesta de un pueblo. Iban, sin embargo, á andar tres leguas para pasar la noche al raso y escondidos, á fin de hacer á la mañana siguiente unos disparos á la columna; iban á tropezar quizás, con alguna avanzada republicana, ó con alguna bala que ésta les enviase, pero no les importaba. La alegría de su rostro y la resolucion que demostraban hacian ver que amaban el peligro, y que correr á buscarle y esponer sus vidas era para ellos obligacion sagrada.

Estábamos admirados de lo que habiamos visto en nuestro primer dia de campaña. Los voluntarios carlistas eran como nos los habíamos figurado. Sencillos y fuertes, demostraban mas que con sus palabras con sus acciones, la sinceridad y firmeza de sus creencias y su entusiasmo por la causa á que servian. No habia duda de que eran soldados de otro género del que estábamos acostumbrados á ver. La fé les hacia llevar el fusil y no la suerte adversa, así que se veia en ellos la alegría del que expone su vida por defender sus más arraigados sentimientos, y no esa forzosa resignacion del que no tiene más remedio que servir al poder que le sacó violentamente de su casa.

CAPITULO V

A través de los Montes. — Las Partidas. — El Espíritu de Navarra.

Amaneció el siguiente dia sereno y despejado; pronto supimos que la columna que habia en Santistéban habia retrocedido, y el coronel Iribarren nos dijo que podíamos emprender la marcha para nuestros destinos. Baró y Viñalet querian reunirse cuanto ántes á Lizárraga, que suponian debia estar cerca, y como yo tenia que ir á ver á Dorregaray, fué preciso separarnos. Nuestro asistente Angel se fué con ellos, de modo que, con harto sentimiento, me quedé solo. Por fortuna mia el coronel me dijo que aquella tarde iban á salir para Elizondo el teniente Migueltorena con otros dos, y que no faltarian compañeros de camino, y fuíme á esperarlos á la Tejería, barrio de Urdax, acompañado de Goñi, quien volvió á contarme por el camino sus tentativas para apoderarse de la ciudadela de Pamplona.

En la Tejería encontramos á un anciano de setenta años, de esos que quedan pocos, pues á pesar de la edad conservaba los brios de la juventud. Emigrado en Francia desde la otra guerra, no habia entrado en España en cuarenta años más que para tomar parte en todos los movimientos carlistas. Mientras llegaba el teniente, él y Goñi estuvieron contando sus hazañas pasadas, sus heridas, y uno y otro hicieron grandes elogios de Iribarren.

El cargo de jefe de la frontera que éste desempeñaba, era bastante espinoso. Con poca fuerza tenia que proteger y guardar la aduana de Dancharinea, donde se recaudaban cuatro mil duros al mes; favorecer la entrada de fusiles, ocultarlos en sitio seguro, remitirlos luego á las fuerzas y vigilar la fabricacion de municiones que se hacian allí mismo. Goñi tenia á su cargo esta seccion, que desempeñaba á las mil maravillas. En dos casas inmediatas á la frontera tenia establecido su taller de cartuchería, y contaba como operarios con viejos, mujeres y niños del pueblo. Entre todos hacian al dia algunos miles de cartuchos que luego enviaban á los batallones, ó venian estos á recoger. Goñi arreglaba además los que venian de Francia, y su empeño era montar un taller que hiciese innecesario el tener que acudir al extranjero. El general Elío, que habia estado la semana anterior á inspeccionar las armas, se habia mostrado satisfecho, y habia dicho á Goñi que allí prestaba mejor servicio que en los batallones. En efecto, allí los alimentaba de lo que más falta hace en una guerra, municiones.

Despues de haberme enterado de todo esto, llegó el coronel con el teniente Migueltorena. Despedíme de aquella buena gente con sentimiento y con mi nuevo compañero emprendimos, ya tarde, la marcha á Elizondo.

El camino no era largo, pero lo hizo más corto la conversacion que sobre los asuntos de la guerra emprendimos Migueltorena y yo. Era este jóven, hijo de un pueblo cercano; estaba dotado de gran corazon y entusiasmo, y se habia lanzado á la guerra, como la mayor parte de la juventud navarra, con verdadero ardor. Amaba á su pátria, odiaba la revolucion y veia en la guerra el único medio de salvar á la primera, aniquilando por la fuerza á la segunda. Su vida, su inteligencia, su posicion, todo lo habia sacrificado á esta idea, y peleaba por ella con denuedo. Su modestia natural le hacia no hablar de sí mismo, pero Goñi, que contaba lo suyo y lo ageno, me habia advertido de todo ántes de marchar, y me habia dicho que Laureano, así se llamaba, se perderia por su arrojo.

A mis preguntas Migueltorena, que no era muy locuaz, me contó algo de lo mucho que durante los tres meses anteriores habia pasado Ollo para levantar y armar los batallones que ahora llevaba, las amarguras que la falta de fusiles habian causado á los navarros que ansiaban alzarse unánimes, y lo mucho que esta circunstancia retrasaba el triunfo. Ya ve V., me dijo, en cuatro meses solo hemos conseguido armar tres batallones y algunas partidas, cuando si hubiéramos tenido armas abundantes tendríamos doce, y no andarian columnas por Navarra.

Si, pero creo, le dije, que los partidas sueltas representan un par de batallones y eso ya es algo.

No tanto, me contestó, porque como las partidas están diseminadas por toda Navarra y no cuentan con fuerzas para oponerse á las columnas, éstas van por donde quieren. Las partidas, sin embargo, hacen muy buenos servicios; hostigan al enemigo, destruyen sus confidentes, avisan á nuestras fuerzas, encubren sus movimientos, las alimentan conduciendo las raciones que piden, mantienen vivos los ánimos del país y hacen la guerra casi tanto como los batallones. Ya verá V., añadió, ántes de encontrar al cuartel general, de cuánto sirven las partidas.

Aquella misma noche, al llegar á Elizondo, entraba una partida de unos 20 hombres bastante bien armados é instruidos. Mandábala Cortea, jóven de una de las familias más ricas de Elizondo, que habia estado aquel dia de expedicion. Hablé con Cortea largo rato; despedíme de Migueltorena y á la mañana siguiente, llevando por compañero á un cirujano aragonés, que iba á ofrecer sus servicios al cuartel general, emprendí la marcha á Irurita donde estaba formándose el 4.° de Navarra.



De Elizondo á Irurita solo hay un paseo. Por el camino encontramos algunos voluntarios del 4.°, y en la plaza estaban los restantes, que serian hasta unos 100, pues aún no llegaba todo el batallon á cuatro regulares compañías. Dos solamente tenian chassepôts, las demás los esperaban, y entre tanto, como me habian dicho en Bayona, se instruian todos turnando en el uso de los fusiles, ó haciendo el ejercicio con palos. Estaban á las órdenes del coronel Moso, anciano de poco militar aspecto, á quien ya no le quedaba más que el recuerdo de haber guerreado en otra época.

Moso nos dijo que otros varios que, como nosotros, deseaban encontrar al cuartel general, habian salido para Almandoz, que fuésemos allí á buscarlos para ir reunidos, y, en efecto, emprendimos la marcha guiados por un bagajero. Tenia éste prisa, así que á poco de salir de Irurita, nos sacó de la carretera, y tomando por el camino más corto, nos hizo subir y bajar montes durante tres horas, que nos sirvieron para convencernos de la realidad del refran de que «no hay atajo sin trabajo.»

En Almandoz estaba la fuerza que mandaba Lozaga, que en junto seria una compañía. Allí nos dijeron que los expedicionarios á quienes buscábamos, habian salido para Arraiz, lo que nos hizo marchar, despues de descansar un rato, á su encuentro. Ya al caer de la tarde llegábamos á Arraiz: andábamos desde las ocho de la mañana y estábamos fatigados; esperábamos descansar allí, pero el maestro del pueblo, que nos recibió cortesmente, nos dijo que los expedicionarios habian pasado al inmediato pueblo de Iraizos en busca de la partida de don Pedro Villabona, que allí estaba. Tuvimos que resignarnos á andar más; y, en efecto, en Iraizos encontramos á la partida de don Pedro, que se componia de 10 ó 12 hombres, y á los expedicionarios, que eran nueve, de distintas procedencias y oficios. El jefe de la partida nos dijo que podíamos dormir tranquilos, que él tenia establecida su vigilancia y que á la mañana siguiente nos avisaria.

A la madrugada siguiente nos reunimos los 11 que íbamos al cuartel general, don Pedro nos dió un guia de confianza, nos dijo que era preciso andar con mucha precaucion porque teníamos que pasar cerca de Irurzun, punto fortificado y guarnecido, y por donde además solia andar una coluna, cuyo encuentro era preciso que evitáramos. Fuimos á Joarbe, luego estuvimos largo rato parados en un monte, y por último pasamos á Veramendi. Nuestra entrada en aquel pueblo llamó poderosamente la atencion; hombres, mujeres y niños salian á contemplarnos; nos victoreaban, aclamaban al Rey y á los generales, y á porfía nos obsequiaban. Habia observado en los dias que llevábamos de viaje que no habia pastor que encontráramos, ni mujer que viésemos, ni niño con

quien tropezáramos, que no nos saludara con un ¡ viva Cárlos VII ! dado con toda su alma, pero hasta entónces no habia visto tan claramente manifiesto el espíritu carlista de Navarra. El saber que íbamos á reunirnos á los batallones, que íbamos á ocupar un puesto en los combates, que íbamos á pelear por Dios y por el Rey entusiasmaba á aquellos habitantes, que en cada uno de nosotros veian mas que amigos, hermanos. Fraternalmente nos recibian, nos hablaban aunque nunca nos habian visto, y nos animaban ó nos aconsejaban. Se veia que la guerra era popular, estaba en los sentimientos de todos y que el ir á la guerra era para todo navarro obra meritoria. Hombre hubo que dejó su trabajo y vino corriendo media legua al saber que habia carlistas armados en el pueblo, por venir á saludarnos y á ofrecérsenos para lo que quisiéramos.

Cerca de anochecer salimos de Veramendi, y en cuanto empezaron á extenderse las tinieblas, bajamos con grave riesgo un monte empinadísimo y cruzamos la carretera de Pamplona á Tolosa á pocos pasos de Lecumberri. En un molino nos esperaban un oficial y 12 hombres de la partida de Irañeta, y con ellos subimos á Iribas, donde encontramos otros que nos dijeron que el resto de la fuerza estaba en Baraibar, á donde llegamos á media noche.

En Baraibar estaba el coronel Irañeta, encargado del distrito de de la Barranca, con una partida de unos 50 hombres. Eran éstos gente jóven, animosa y robusta, armados de carabinas giratorias Miniés, y algunos Berdan. No tenian más uniforme que las boinas, que, sin embargo, no eran todas del mismo color, y solo tenian de militares cierta instruccion en el manejo de las armas, que les enseñaba por las tardes uno que habia sido sargento en el ejército. Recibian la instruccion militar de buen grado y estaban bastante adelantados en el ejercicio. Casi todos llevaban ya tres meses de campaña y habian estado en algun encuentro. La mayor uniformidad que reinaba entre ellos era la de sentimientos : todos deseaban batirse, y estaban mohinos siempre que, como entónces les sucedia, llevaban una vida pacífica guarneciendo puntos cuyo interés en conservar no comprendian.

Irañeta, que era ya anciano, nos detuvo en Baraibar diciéndonos que no sabia donde estaba el cuartel general y que era arriesgadísimo y sobre todo infructuoso ir á buscarle. Así pasamos dos dias, cuando en la tarde del 16 oimos un ruido que nos pareció ser un cañonazo, y luego otros con tanta claridad, que no nos dejaron duda de que á corta distancia de nosotros habia un combate empeñado.

Aquellos cañonazos me causaron viva impresion. Saber que nuestras fuerzas sostenian en aquel momento un ataque y no par-

ticipar de su suerte; oir las detonaciones enemigas y no ver el efecto que causaban en las filas de mis amigos; pensar que estos quizás estarian ganando nuevos lauros y verme condenado á la inaccion me causaba pena y me traia inquieto. ¡Cuánto hubiera dado por tener alas y poder volar al sitio del combate!

Por fortuna, los campesinos que fueron llegando nos dijeron que el fuego que habiamos oido y que habia sido por la parte de Betelu, no debia ser gran cosa, en lo que nos confirmaron las noticias que posteriormente fueron viniendo. Poco despues de anochecer supimos que el cuartel general con los batallones habia llegado al cercano pueblo de Lecumberri, y dando gracias á Dios porque nos evitábamos el andar mas tiempo buscándole, nos incorporamos á él aquella misma noche.

CAPITULO VI

El Cuartel General. — Los batallones Navarros.

El sonido de las cornetas me despertó antes de amanecer. Pregunté á mis compañeros lo que significaba aquel toque y me dijeron que era el de marcha. Bastóme esto para vestirme y salir apresuradamente á la calle para ver al General en Jefe antes de marchar. Empezaba á amanecer; el dia estaba frio y lluvioso; los voluntarios iban saliendo de las casas y formaban grupos en las calles que luego iban á reunirse á la carretera. Al silencio que poco antes reinaba en el pueblo habia sucedido una gran animacion; abríanse puertas y ventanas, las calles se llenaban de soldados, caballos y bagajes que se cruzaban por todas partes; las cornetas seguian sonando y la gente del pueblo despedia cariñosamente á los que iban á partir.

Al cabo de algunos minutos la confusa madeja formada por la aglomeracion de tanta gente se fué desenredando, gracias á la carretera que cruza á Lecumberri. En ella fueron colocandose las compañías, los caballos y los bagajes, y el órden reemplazó á la confusion. Los batallones 1.° y 3.° de Navarra formaron en la carretera, y mientras llegaba el General en Jefe les pasé ansiosamente revista. Su aspecto me gustó sobre manera; no estaban uniformados ni tan bien armados como creia en Madrid, pero veíase en sus caras ya curtidas por los trabajos de la campaña, en

su postura, en su manera de llevar las armas que de pacíficos aldeanos se habian hecho ya verdaderos soldados. En esto vi llegar una porcion de ginetes envueltos en largos impermeables que no me permitian ver sus insignias pero que claramente demostraban ser los jefes. A su cabeza venia uno de barba larga entrecana, cubierto con un carrick azul y una boina blanca con borla de oro. Ese es Dorregaray, me dijeron. Acerquéme á uno de sus ayudantes, le dije quién era y la comision que traia, y éste me presentó á él. Mientras leia los papeles que le llevaba tuve tiempo de examinarle atentamente. Dorregaray es hombre de constitucion robusta, facciones pronunciadas, mirada altiva y dominante: sus acciones revelan la costumbre de mando adquirida en una larga vida militar y su figura arrogante y su voz imperativa dan señales de genio impetuoso y carácter fuerte.

Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo á consecuencia de una herida que el año anterior habia recibido al tratar de hacer el alzamiento en la provincia de Valencia, que entonces mandaba, y á pesar de que la herida, aún no curada, le molestaba mucho y le impedia montar por sí solo á caballo, estaba desde mediados de Enero al frente de las tropas, llevando una vida agitadísima y dura que muchos aún en completa salud no hubieran resistido.

Dorregaray mandaba entonces en jefe las fuerzas carlistas con el título de Comandante General de Navarra, provincias vascongadas y Rioja; tenia á sus órdenes los comandantes generales de cada una de estas provincias, pero operaba casi siempre con el de Navarra.

Iba rodeado de un numeroso Estado mayor compuesto en su mayor parte de jóvenes distinguidos, algunos de ellos procedentes del ejército.

Don Juan Nepomuceno Orbe, marqués de Valdespina, desempeñaba el cargo de jefe de Estado mayor. Hijo del ilustre general del mismo nombre á cuyas órdenes militó en la pasada guerra, uniendo á las virtudes heredadas las suyas propias, el marqués de Valdespina estaba siendo en esta con su conducta modelo de caballeros y de carlistas. Fiel á su bandera, leal á su Rey, consecuente con sus principios los habia defendido pacíficamente en el Senado hasta que estalló la guerra. Entonces, abandonando familia, posicion y fortuna, vino á ella como los antiguos nobles iban contra los moros, acompañado de sus hijos y pidió al Rey un puesto en la pelea. Cárlos VII le hizo general para probar así lo mucho que estimaba la abnegacion de sus fieles vasallos y el entusiasta y leal corazon de Valdespina.

Tiene el marqués facciones movibles, regular estatura, pocas carnes, carácter vivo, y aunque entrado ya en años llevaba admirablemente la vida de campaña. Vestia cuando yo lo vi, boina ro-

ja, zamarra negra de pieles, pantalon encarnado y un precioso sable morisco con puño de marfil y vaina dorada, era su única arma y distintivo.

Cuando las tropas estuvieron reunidas, el general mandó tocar marcha, y tomando la carretera que conduce á Leiza salimos de Lecumberri. En un pueblo cercano nos esperaba el 2.° batallon de Navarra que estaba allí alojado, y al pasar se unió á los demás formando entre los tres una respetable columna. Colocado á retaguardia de ellos con mis compañeros, miraba desfilar á los tres batallones admirado de ver tanto carlista y contentísimo por hallarme entre ellos y observar su buen humor y su alegría. Aunque llovia bastante y la carretera estaba hecha un lodazal, los voluntarios marchaban cantando y sin hacer caso de los elementos reian y alborotaban durante el camino. Era este en extremo pintoresco, porque la carretera va subiendo diversos montes á costa de mil vueltas, y én aquella ocasion presentaba una vista admirable. Las largas hileras de soldados extendiéndose por la carretera parecian á lo léjos como una inmensa serpiente que iba poco á poco ascendiendo á la montaña y daban animacion y vida al paisaje. Observé que reinaba el órden mas completo en la marcha y que no se quedaba ninguno rezagado. Una compañía de infantería que aún no tenia fusiles y estaba armada de lanzas, cerraba la marcha y no permitia á ningun voluntario quedarse atras. A las tres horas de camino llegamos á Leiza, y allí se hizo alto para descansar.

CAPITULO VII

Don Nicolas Ollo. — El alzamiento en el Norte.

Los batallones que estaba viendo en tan buen estado, debíanse á la iniciativa, constancia y valor de un hombre, el brigadier don Nicolás Ollo, Comandante General de Navarra.

Mis deseos de conocerle eran grandes, y aquel mismo dia, al salir de Leiza, los vi satisfechos. Ollo me recibió con gran amabilidad y preguntóme con interés acerca del estado político á que la república habia traido á la España no dominada por los carlistas. Durante la conversacion tuve tiempo de examinarle. Era Ollo hombre de unos 58 años, alto, fornido, de bigote cano y ancho, facciones regulares y carácter franco : vestía un gaban de paisano,

pantalon azul con botas de montar y no llevaba mas distintivo que una boina encarnada con larga borla de oro. A pesar de este traje tan poco marcial, la mirada, el gesto, la postura, todo indicaba en Ollo al militar avezado al mando y los combates, al hombre acostumbrado á vencer toda clase de dificultades, y al general que tantos lauros habia de conquistar con su valor y su pericia.

Con Ollo venia su hijo político don Joaquin Zubiri, quien me contó el principio de la campaña.

En lo mas duro del invierno habia mandado el Rey hacer el alzamiento. A la crudeza del tiempo uníase la dificultad de reanimar el espíritu de Navarra bastante decaido con el fracaso del mes de Abril; pero Ollo sin arredrarse vino de París donde desde entonces estaba emigrado, cruzó la frontera el 20 de Diciembre, y acompañado solo de 27 hombres entre los que venian Argonz y Pérula, entró en España por Dancharinea para llevar á cabo el levantamiento. Pocos dias antes, el 15, el anciano don Ramon Senosiain habia levantado ya una partida de 30 hombres en los alrededores de Estella, y don Pedro Villabona otra de diez. Ollo fué á buscar á esta última, se unió con ella el 21, el 22 con sus 40 hombres pasó por las inmediaciones de Pamplona tan tranquilamente como si hubiera llevado un ejército, y el 23 se reunió felizmente á las fuerzas de Senosiain en Echauri. Juntas todas las tropas navarras ascendian á 81 hombres, no todos armados, y con ellos ya se atrevió Ollo á pasar tres dias en Iturgoyen mientras le llegaban algunos fusiles, recomponian otros y buscaba municiones. Ocurriósele á una columna amadeista acercarse á ver lo que hacia aquella gente y fué á Muez. Empeñar con ella un combate no era prudente; huir no era digno ni tenia cuenta, así que Ollo, para que la columna se estuviera quieta y le dejara en paz, acudió á una estratagema. Hizo correr la noticia de que habia miles de carlistas en Iturgoyen, y para que el enemigo lo creyese, colocó á toda su gente de centinela en puntos visibles á fin de que por las guardias calculasen el número de fuerzas. La estratagema dió resultado; el enemigo no se movió y Ollo cuando le convino se fué á Los Arcos y desde allí envió á Pérula con unos cuantos caballos que tenia, á desarmar á los nacionales de Sesma. La operacion se llevó á cabo con feliz éxito el 30 de Diciembre; los fusiles cojidos se emplearon en seguida en jóvenes de Sesma y Lodosa que se presentaron á pedirlos, y el 1.° de Enero tuvo ya Ollo doscientos cincuenta hombres á sus órdenes. Con esta gente ya se atrevió á llevar á cabo una empresa ruidosa, y el 2 entró en Estella guarnecida por cuatro compañías, las hizo encerrarse en el fuerte, y entre tanto sacó armas y recursos de la ciudad. Ante tamaño atrevimiento, las columnas enemigas empezaron á moverse y tomaron por lo sério el perseguirle. La de Navascués, fuerte

de 500 hombres y dos cañones, cayó sobre él en Salinas de Oro el dia 5 y casi le sorprendió; Ollo, sin embargo, sostuvo el fuego con órden largo rato, y al fin se fué á Múnarriz no atreviéndose la columna á perseguirle y marchándose á Cirauqui.

Moriones, entre tanto, habia tomado el mando de las fuerzas enemigas, habia aumentado las columnas y la persecucion que hacian á Ollo era grande, cuando por fortuna Radica y Mendoza que habian reunido 130 hombres, obtuvieron una notable ventaja en Leoz cogiendo 35 carabineros prisioneros. El enemigo dejando á Ollo, se lanzó sobre Radica, pero este le burló y se unió con Ollo en Echauri el 23 de Enero. Reunieron ambos jefes carlistas 500 hombres y 40 caballos y mientras tanto otro jefe, el coronel Ozcariz, levantaba nuevas fuerzas, sostenia un combate sangriento en Aranaz y tomaba luego á Elizondo. Iban pareciendo estas bromas tan pesadas á los liberales, que hacian lo imposible para acabar con las partidas. Ollo con su habilidad los burlaba. Cuando los amadeistas le vieron junto con Radica ir por la Ulzama, le siguieron, pero entonces envió á Radica y Pérula con 130 infantes y 40 caballos á la frontera á recoger armas y monturas, con órden de bajarse luego por Aoiz á la ribera de Navarra, y él entre tanto marchó á Guipúzcoa donde ya Lizárraga estaba al frente de otra partida.

Juntos, ambos, atacaron á Azpeitia la noche del 29 de Enero, sacaron muchas armas y municiones, y luego fueron á Elgoibar. Volvió Ollo á Navarra á principios de Febrero. Radica y Pérula, que habian bajado hasta Valtierra y habian tenido que retirarse con pérdidas sensibles y á marchas forzadas al interior de Navarra, se le reunieron en Galdeano. Las columnas enemigas al verlos juntos los fueron rodeando; Ollo salió en medio de una fuerte nevada, que imposibilitaba muchos caminos para Barindano, y Moriones estrechando el círculo que habia formado con nueve columnas, creyó cogerlos. Al efecto, dió la órden de avanzar á sus fuerzas, pero Ollo tomando por Zudaire, subió á la sierra Urbasa y atravesándola á duras penas fué á Larraona y Contrasta dejando burladas á las columnas y encerradas por la nieve. El 10 de Febrero pasó á Maestu, el 11 á Ozaeta y el 12 llegó á Villarreal de Alava cruzándose en el camino á unos tres cientos pasos con la columna de Primo de Rivera. Ollo, para que no le vieran, mandó á sus soldados echarse en la nieve y la columna pasó á su lado sin verlos. En Villarreal supo la marcha de don Amadeo y la proclamacion de la república, y de allí fué á Ubidea y Villaro con objeto de ver á los jefes vizcainos y robustecer el alzamiento de aquella provincia. El brigadier Velasco encargado de ella, estaba enfermo, así, que Ollo se avistó con Goiriena y los demás jefes vizcainos quienes le reconocieron como comandante general interino. Mandó Ollo que 400 vizcainos á las órdenes del teniente coronel

Argüelles fueran á atacar á Miravalles donde habia 200 republicanos y luego acudió él con sus fuerzas. Ansótegui con 800 hombres salió de Bilbao en socorro de los de Miravalles y se empeñó entre unos y otros un rudo combate en que se distinguió mucho Goiriena y dos compañías del 1.° de Navarra. La columna de Loma acudió el 17 en apoyo de Ansótegui; éste salió de Miravalles, y en las inmediaciones de Castillo Elejabeitia tuvo lugar un encarnizado encuentro en que nuestras fuerzas hicieron á las enemigas 11 prisioneros. Por desgracia, en estos combates se agotan por completo las municiones y para reponerlas Ollo tiene que volver apresuradamente á Navarra perseguido de cerca por Ansótegui y Loma que le obligan á forzar las marchas y hacer grandes jornadas. Pasando grandes apuros y trabajos llegó á Betelu, donde encontró al marqués de Valdespina que iba á ponerse al frente de Vizcaya, y supo que habia entrado Dorregaray el 17 y estaba por el Baztan. Ollo fué con sus fuerzas á proteger el paso de Dorregaray por las inmediaciones de Pamplona, y el 25 se reunieron ambos en Olza pasando luego á Asiain. Allí revistó Dorregaray las tropas que tenia Ollo y que se componian del 1.° de Navarra, fuerte de 600 plazas al mando de Senosiain, del 2.°, fuerte de 300 al mando de Radica, del 3.°, que solo tenia 250 hombres al mando de Oscariz y de 50 caballos á las órdenes de Pérula. Además estaban las partidas sueltas de Mendizábal, Zugasti, Irañeta, Villabona y Rosas, que entre todas tendrían unas 300 plazas, de modo que los 27 hombres que acompañaban á Ollo se habian convertido en 1,500. Dorregaray traia 400 chassepots; al dia siguiente 26, fueron á Echauri las fuerzas carlistas y tanta gente acudió de Pamplona y de los pueblos inmediatos á verlos, y tantos á unirse á las filas, que los 400 fusiles se emplearon aquel mismo dia y aún hubo que enviar á su casa descontentos á muchos jóvenes que querian alistarse.

El alzamiento de Navarra era al fin un hecho formal; las partidas se habian convertido en batallones y á Ollo, que con su firmeza, su valor, su pericia, su abnegacion, habia sabido vencer tantas dificultades y conservar y aumentar en medio de ellas sus fuerzas, se debia aquel resultado. El grano de mostaza habia germinado y se iba convirtiendo en un árbol frondoso, contra el que nada podian ni los rigores del invierno ni los huracanes desencadenados que por todas partes le combatian.

CAPITULO VIII

Radica y mi batallon. — La red de Nauvilas. — De Vera á Leiza.

Navarra estaba orgullosa de tener á Ollo por comandante general, pero su héroe popular, su hombre, el que representaba mas vivamente sus sentimientos era Radica.

Los periódicos liberales de España habian dado en llamarle «el albañil de Tafálla,» y tales cosas habian dicho de él, y tan despreciativos epítetos le habian prodigado, que al fin lograron presentarle ante lo que ellos llaman opinion pública, como un hombre ordinario y sin ninguna buena cualidad. Aunque prevenido contra ellos, no tenia yo idea muy ventajosa de Rada; pensaba encontrar en él un hombre viejo, rudo é ignorante, de modales toscos como el oficio que le atribuian y cuya única cualidad sería el valor de que habia dado tantas pruebas. Grande fué por lo tanto mi sorpresa cuando al presentármele, hallé en él un hombre de mediana estatura, de fisonomía distinguida, de expresion viva y alegre y de mirada penetrante que revelaba á la vez energía y audacia. Lo que mas me llamó la atencion fué el aire militar y la soltura que en él observé. Vestia de uniforme tan bien como si toda su vida lo hubiera usado, y en sus modales y acciones demostraba que estaba con el traje guerrero como el pez en el agua. Llevaba boina encarnada pequeña, con borla de plata; una blusa de paño azul obscuro con vivos encarnados, botones dorados y en las bocamangas galones de teniente coronel; pantalon azul, botas de montar y sable y revólver pendientes de un cinturon de charol negro completaban su traje. El aspecto de Rada atraía, la gracia y viveza de su conversacion arrastraba, y la sinceridad y fuerza con que expresaba sus sentimientos y la franqueza y decision de su carácter, acababan de ganarle los corazones y contribuian á despertar el ardiente entusiasmo que por él sentian los navarros.

Don Teodoro Rada no era como decian los periódicos liberales un obscuro albañil de Tafalla; era un hombre instruido, de regular posicion y familia que habia hecho los estudios de maestro de obras y vivia de su trabajo. Su genio, sus aficiones, todo en él era guerrero. Casi niño tomó las armas, á la conclusion de la guerra pasada, y sirvió como cadete algunos meses; pero al terminar ésta renunció á su vocacion y fué á obscurecerse á su pueblo. Carlista

de conviccion y de familia, desde que la revolucion puso á los carlistas en camino de tomar las armas, Rada sintiendo bullir su genio belicoso, empezó á conspirar para levantar gente y lanzarla al campo. Reclutó prosélitos y en la primavera de 1872 se lanzó á campaña, y obligado como los demás que tomaron parte en aquel alzamiento á entrar en Francia, volvió en Diciembre á levantar fuerzas, formó una partida, sostuvo con ella encuentros ventajosos y se reunió á las tropas de Ollo.

Militar por carácter y por aficion, en vez de ir solo y campar por sus respetos, Rada, unido á su jefe procuró convertir su partida en un batallon en toda regla, y para ello estudió táctica, ordenanza y organizacion militar, y la aplicó á su gente.

El mismo dia que llegué le vi, durante la marcha, abandonar la rienda á su caballo, abrir un libro de táctica de batallon é ir leyendo por el camino para aprovechar el tiempo.

Rada se habia distinguido ya por su atrevida expedicion á Valtierra; por el combate de Monreal en que demostró la impetuosidad del carácter navarro cargando á la bayoneta sobre la artillería, que llegaron á tocar sus voluntarios, y en otros encuentros y ataques como en el reciente de Oñate, habia hecho patentes sus buenas dotes militares.

Su batallon, 2.° de Navarra, era ya tan bueno como el 1.° que habia formado Ollo, y ponia gran cuidado en instruirle y mejorarle. Decidido á llevar á cabo la resolucion que me traia á la guerra de dejar la pluma para empuñar la espada, pedi al general que me destinase como voluntario donde mejor le pareciera. ¿Quiere V. ir á un batallon? me preguntó Ollo. Sí, mi brigadier, le contesté. Pues escójale V. mismo, me dijo. Sin vacilar pedi entónces que me destinasen al 2.°, y al llegar á Zubieta tuvo Ollo la bondad de acceder á mi deseo y enviarme á las órdenes de Rada, honrándome además con el empleo de oficial, cuando yo solo habia pedido el de voluntario.

Desde aquel dia, el 2.° de Navarra fué mi batallon; me destinaron á la 2.ª compañía y al dia siguiente empezó mi vida militar.

Mandaba el batallon como primer jefe Radica, y era el segundo comandante el distinguido jóven don Cárlos Calderon; además estaban agregados á él otros dos jefes, don Luis Argila ingeniero catalan, y el comandante Martinez, veterano de la otra guerra y grande admirador de Zumalacárregui. El capitan de mi compañía llamábase don Tomás Foronda, jóven oficial procedente del ejército enemigo que habia abandonado despues de tratar en vano de traer parte de sus fuerzas al campo carlista, y los demás oficiales de mi compañía eran hijos de la provincia. Emprendí con tanto gusto mi nueva vida de campaña que me parecieron un paseo las primeras marchas. El 17, de Lecumberri, descansando en Leiza,

fuimos á Zubieta de donde salimos en la mañana del 18, y pasando por Santesteban tomamos la carretera que conduce á Vera y llegamos allí aquella misma tarde. Estas marchas, aunque no cortas, ni me fatigaron ni me dieron idea de los sufrimientos que algunos me habian dicho iba á pasar. Ni el enemigo nos habia perseguido ni habiamos tenido que caminar con precipitacion. Aquella, sin embargo, era demasiado buena vida para que durara, y poco tardé en convencerme prácticamente de las penalidades sin cuento de la desigual campaña que haciamos.

Mientras descansábamos en Vera, el general republicano Nouvilas que mandaba en jefe el ejército enemigo, se acercaba á nosotros con fuerzas superiores, llamaba en su auxilio las columnas inmediatas, combinaba sus movimientos y nos tendia una red de hierro para cogernos entre sus mallas.

Como Vera está junto á Francia, solo con estrechar el semicírculo que á nuestro alrededor habia formado, esperaba Nouvilas ó derrotarnos si aceptábamos el combate ó empujarnos á Francia y obligarnos á pasar la frontera.

En efecto, su plan estaba muy bien fundado, solo que no contaba con que los carlistas siempre que los encierran encuentran una vereda por donde escapar, y que para encontrar veredas teniamos los conocimientos topográficos del brigadier Argonz que en esta materia no posee rival.

Nuestros voluntarios, con el ímpetu navarro, deseaban salir de aquel círculo abriéndose paso á la bayoneta por cima de la primera columna que se encontrase; pero los jefes en vez de empeñar combate, prefirieron salvarnos del riesgo de entrar en Francia, por medio de una de esas hábiles marchas con que solian burlar las combinaciones matemáticas que los enemigos hacian para cogernos.

Al efecto pasamos todo el dia en Vera, dejaron llegar la noche, y Nouvilas entre tanto creyéndonos ya cogidos, avisó á las autoridades francesas que enviaran dos batallones á la frontera para impedir que por allí nos escaparamos.

A las once la corneta tocó marcha y á media noche, en medio de una obscuridad profunda y un silencio sepulcral, echamos á andar. Pocos momentos antes, el brigadier Argonz recomendó á todos que fuéramos muy unidos y se dió la órden de que nadie hablase ni fumase en el camino.

Con tales preámbulos no nos fué difícil adivinar lo que nos esperaba, pero para que la jornada fuese mas penosa, una lluvia constante y fria vino á dificultarnos la marcha. Hasta Lesaca seguimos la carretera y pasamos el Bidasoa por el puente que afortunadamente conservábamos, pero allí dejamos ya el camino y tomando un sendero empezamos á subir montes. Marchábamos

de uno en uno, sin decir una palabra, sin descansar un momento y todo lo de prisa que la obscuridad de la noche y la mala calidad del terreno permitian. Si alguno resbalaba ó caía no se quejaba siquiera y la fantástica procesion formada por tantos cientos de hombres silenciosos seguía su curso. Al terminar de subir un monte encontrábamos otro mas alto; al siguiente sucedia lo mismo y las horas pasaban con horrible lentitud y la lluvia seguía y el camino no se acababa. Amaneció y seguimos andando, pero ya ibamos poniéndonos en salvo. Al cabo de ocho horas de no interrumpida marcha, se nos dieron quince minutos de descanso y en seguida continuamos andando hasta que á las diez llegamos á Góizueta.

Nuestro batallon que habia organizado en Vera su charanga entró tocando la música, y todos tan animosos como si nada hubieran andado. Se nos dijo que solo pararíamos dos horas para comer, y en efecto á las dos horas echábamos á andar. Nuevamente volvimos á subir y bajar montes interminables y ya á la tarde oimos lejanos cañonazos. Era una de las columnas de Nouvilas que habia tropezado persiguiéndonos, con la partida guipuzcoana de don Pedro Lasarte, encargada de proteger nuestra marcha.

Estábamos en salvo; al anochecer llegamos á Leiza dejando á las columnas burladas. Nuestra marcha habia durado diez y ocho horas, porque aunque no hay mas que diez leguas de Vera á Leiza, como habíamos caminado de noche y dado mil vueltas, para no tropezar con el enemigo, habíamos andado mucho mas.

Aquella marcha me hizo ver lo que era la campaña y admirar á nuestros voluntarios. Apenas hubo rezagados y ni uno solo que se quejara. Con la mayor alegría caminaban, sobre todo, desde que el dia les permitió cantar y fumar y aún tuvieron ánimos para entrar en Leiza al son de la música formados, como si volvieran de dar un paseo.

CAPITULO IX

Descanso en Abarzuza. — Instruccion militar. — Jura de banderas.

Desde Leiza á tierra de Estella hay dos buenas jornadas, y en efecto, en dos dias fuimos á parar á Abárzuza, á las puertas mismas de Estella.

En tres marchas habíamos desde Francia venido al centro de Navarra y dejado completamente burladas las combinaciones de

Nouvilas. Sus columnas habian quedado tan atras de nosotros, que podiamos contar con muchos dias de descanso antes de que volvieran á reunirse, formar otro plan para coparnos y preparar todos sus movimientos.

Los generales con los batallones 1.° y 3.° de Navarra se alojaron en Abárzuza y el 2.° en Arizala, pueblo á media hora de aquel, mas alejado de Estella. Cinco dias tuvimos de descanso y en aquellos dias, sin embargo, aprovechamos el tiempo mejor que me presumia. Por mañana y tarde se instruian las fuerzas en hacer ejercicio de guerrilla por compañías y algunas maniobras de batallon. Nuestros voluntarios recibian la instruccion con gusto, la aprendian fácilmente y no se cansaban de los ejercicios. Veíase en ellos el interés de aprender cuanto antes el oficio militar y su empeño en adelantar les hacia ejercitarse solos en las horas en que no se les instruia reunidos. Esto y lo que habia visto durante las pesadas marchas de los dias anteriores, acabó de darme cabal idea de lo que eran los voluntarios de Navarra en aquellos tiempos, en que el ejército carlista estaba formándose.

El voluntario navarro tiene grandes condiciones para soldado; es fuerte y animoso, incansable para andar, sufrido en los trabajos; desea con ardor los combates; se enardece solo al escucharlos, y pone por su parte cuanto puede para aprender lo que le enseñan. De carácter alegre, de génio vivo, es sin embargo en sus costumbres sencillo y piadoso, y tiene mucha fé religiosa, sincero entusiasmo por la causa que defiende, y gran abnegacion para sufrir cuantas penalidades puedan sobrevenirle. Expresa con sus hechos y con sus dichos, con sus alegres cantares y con sus mudos sufrimientos el amor á la Religion y al Rey que su corazon atesora, amor que le ha hecho abandonar sus pacíficos trabajos y la tranquilidad de su aldea para empuñar las armas y correr por valles y montes en son de guerra. De estas mismas buenas cualidades nacen, sin embargo, algunos defectos: es uno cierto espíritu de insubordinacion hijo del mismo interés que tiene por el triunfo de las armas reales, y otra una especie de volubilidad en sus impresiones que en dias prósperos aumenta sus naturales ánimos; pero que puede amortiguarlos, con detrimento de la causa que defienden, en los adversos.

Remedio á uno y otro eran el ejemplo, el cuidado y la vigilancia de jefes y oficiales, y con satisfaccion ví que el brigadier Ollo, por tantos títulos notable, los empleaba y hacia emplear á sus subordinados.

Tambien observé con gusto que no se descuidaban las prácticas religiosas ni se contrariaban los sentimientos piadosos de aquellos creyentes soldados, ni se contrarestaba el carácter eminentemente católico de aquel ejército que se habia lanzado al campo para de-

fender ante todo la fé de España ultrajada y combatida por la revolucion.

Todas las tardes cada batallon formaba con armas y con asistencia de jefes y oficiales, rezaba públicamente el Santo Rosario, segun previenen las que con tanta justicia llaman los militares sábias Ordenanzas. Todos los voluntarios adornaban su pecho con escapularios del Corazon de Jesús, cosidos al uniforme exteriormente, mientras que por dentro llevaban medallas benditas que sus madres y hermanas, al darles el último adios, habian tenido cuidado de regalarles para que les guardaran de los peligros de la guerra.

Eran los dias que estuvimos en Arizala y Abárzuza los inmediatos á la Páscua. Los batallones que, por las necesidades de la campaña, no habian podido cumplir con el precepto aprovecharon aquel descanso para cumplirle, y confesaron y comulgaron piadosamente en sus respectivos cantones.

Una ceremonia solemne tuvo tambien lugar en aquellos dias; la entrega de banderas á los batallones 1.° y 2.° y la jura de las mismas por todas las fuerzas. Para ello reuniéronse en la mañana de 23 de Abril en Abárzuza los tres batallones y la caballería, y al son de la música, en medio de las ardientes aclamaciones de los habitantes de Abárzuza, Estella y pueblos cercanos, que habian acudido á millares para presenciar el acto solemne que iba á tener lugar, nos dirigimos á una llanura inmediata á la carretera, á mitad de camino de Arizala á Abárzuza. Al llegar al sitio designado formamos en columna de batallones, y colocóse frente á nosotros un altar de campaña. Al lado derecho de éste se situaron los generales Dorregaray y Valdespina y los brigadieres Ollo y Argonz con sus escoltas, y á la izquierda, precedido de la cruz, el clero de Abárzuza y pueblos inmediatos, mientras que los capellanes castrenses asistían á la misa que dijo el señor abad de Azcona, y ayudó el canónigo Sr. Romero.

En el altar se colocaron las dos banderas. La del 1.°, ricamente bordada, por un lado tenia los colores nacionales con la imágen de la Inmaculada Concepcion y el lema Dios, Pátria y Rey, y por el reverso la imágen de San José bordada sobre fondo verde. Más sencilla, pero tambien más elegante la del 2°, era de seda blanca con corbata azul; ostentaba en un lado, bordada primorosamente, una preciosa imágen de la Purísima Vírgen, y en el opuesto la roja cruz-espada del glorioso patron de España, con el popular lema « ¡ Santiago y á ellos! » escrito en letras rojas.

Ambas banderas eran regaladas, y ambas, como todas las que despues tuvo el ejército carlista, eran piadosos emblemas y expléndidas manifestaciones del entusiasmo con que los pueblos veian la guerra, y del carácter eminentemente religioso y patriótico con que la consideraban.

Terminada la misa se bendijeron las banderas, se entregaron á los abanderados, y pasando éstos con sus escoltas por delante de los generales fueron á colocarse en el centro de sus respectivos batallones. En seguida el brigadier Ollo, como jefe de la division de Navarra, desenvainó la espada, y puesto al frente del primer batallon, pidió el juramento de fidelidad al Rey. Una aclamacion unánime, entusiasta, salida de todos los pechos le contestó por parte de los voluntarios, mientras que la multitud que presenciaba el acto aplaudia, victoreaba y aprobaba de todos modos la resolucion de aquellos.

En seguida los jefes de los batallones, formando una cruz con sus espadas, se colocaron bajo la bandera, y los voluntarios desfilaron uno á uno por debajo de ella, besando antes la cruz que sus jefes les presentaban.

La ceremonia duró largo rato; pero á pesar de ello, el numeroso concurso que la presenciaba no cesó de victorear á los voluntarios. El pueblo estaba satisfecho al ver á sus hijos jurar con decision y entereza ser fieles á su rey y perder la vida por defenderle. ¿Qué otro pueblo ha hecho nunca por ninguna causa más que lo que hacia entónces el navarro?

CAPITULO X

Lizárraga y los guipuzcoanos. — Guías de Castilla.

Estábamos aun en Arizala, cuando en la mañana del 25 pasó por allí, en direccion á Eraul, el brigadier D. Antonio Lizárraga. Nuestros voluntarios salieron al camino á recibirle, y le acogieron con espontáneos y entusiastas vivas y expresivas muestras de cariño, de respeto y de admiracion.

Lizárraga es navarro, y además de esta condicion, su piedad, su valor, su inquebrantable adhesion al Rey, su entusiasmo por la causa y las vicisitudes que en la campaña del año anterior y en los primeros meses del actual habia pasado, le habian valido gran popularidad y granjeádole el afecto de los voluntarios.

Las fuerzas que Lizárraga traia eran el batallon guipuzcoano, denominado cazadores de Azpeitia, y una compañía compuesta casi toda de oficiales, llamada Guías de Castilla. Entre ambas fuerzas sumarian unos 400 hombres; toda era gente buena, y ya aguerrida. Los guipuzcoanos estaban armados con fusiles giratorios y medio uniformados, con boinas azules y blusas de paño gris

La compañia castellana llevaba fusiles de diversas clases, y su distintivo eran grandes sardinetas amarillas en el pecho y vivos del mismo color en las bocamangas. Aunque vascongado, Lizárraga, que habia servido muchos años en el ejército, conocia las excelentes condiciones que para soldados tienen los hijos de Castilla, y desde el principio del alzamiento trató de organizar fuerzas de aquellas provincias. Al efecto, á cuantos voluntarios de allende el Ebro se le presentaban, deseosos de servir á sús órdenes, los destinaba, fueran ó no oficiales, á la compañía de guías. Pensaba que le sirviera de base, andando el tiempo, para formar batallones castellanos, y como no queria que á su lado hubiera nadie que no combatiera, á cuantos oficiales se le agregaban les decia : « Por ahora no tengo puesto para V.; si quiere V. servir mientras lo haya en la compañía de Guías, se le dará á V. un fusil. » Muchos lo aceptaban y formaban á la cabeza de la compañía como voluntarios. Mandábala el anciano y valeroso coronel Arciniega, que el año anterior habia hecho una brillante campaña en Guadalajara y Cuenca, y tenia á sus órdenes una porcion de jefes y oficiales á quienes su amor á la causa les hacia llevar con gusto, además de las penalidades de la campaña, las que su situacion especial les imponia.

Los guipuzcoanos son de todos los hijos de las provincias Vascas los más apegados á sus fueros y tradiciones, los que más conservan en uso la antigua lengua euskara, y los menos aptos, por consiguiente, para ser mandados por jefes de otros países. Su amor patrio exagerado les hace desconfiar de quien no habla su lengua; pero á pesar de este defecto, su docilidad y sumision es grande, y su espíritu de subordinacion mayor que el de los navarros.

Mandaban el batallon de Azpeitia dos jóvenes; los comandantes don Ramon de Inestrilla y don José Ignacio de Iturbe : el primero era capitan de cazadores de Arapiles en el ejército y habia venido con Lizárraga; el segundo, rico propietario de Azpeitia, habia contribuido con su influencia y con su ejemplo al alzamiento, y habia arrastrado en pos de sí gran parte de la juventud del país; uno y otro estaban en armas desde el principio de la campaña, que habia sido en Guipúzcoa penosísima.

Lizárraga, que habia tomado parte en el alzamiento del año anterior y luchado despues de Oroquieta en compañía de Carasa y Ollo, entró como ellos en Francia, y aunque no aspiraba á mandar tropas sino á pelear como soldado, en el nuevo movimiento que se preparaba para el invierno, fué encargado de mandar y organizar la provincia de Guipúzcoa. Andaba ya en armas por ella Santa Cruz al frente de una partida poco numerosa, y Lizárraga le escribió para que viniese á buscarle á la frontera y le auxi

liase á levantar gente. Santa Cruz no acudió, y como el tiempo pasaba y Ollo habia ya entrado en campaña y en Guipúzcoa no se hacia nada, Lizárraga, para que no se creyese que el comandante general de la provincia no se atrevia á ponerse al frente de ella, tomó el ferro-carril de Hendaya y entró en España por Irun el 6 de Enero, y pasando por medio de la policía y guardia civil, que llenaba las estaciones, se bajó del tren en Beasain para hacer el alzamiento en las cercanías. Le habian prometido que acudirian á aquellas inmediaciones 300 hombres armados para recibirle en la noche del 8; acudió al lugar de la cita y solo encontró siete al mando de un antiguo carabinero llamado Aramburu.

El verse al frente de tan pequeño ejército no desanimó á Lizárraga; ántes por el contrario, tomó el mando y excitó á todos los presentes, que entre jóvenes y viejos armados y sin armas llegaban á 21, á que pusieran en juego todas sus relaciones para hacer el alzamiento. En efecto, á los pocos dias respondieron á sus excitaciones Uria en Azcoitia, é Iturbe en Azpeitia, sacando ámbos de sus respectivos pueblos, en la noche del 16, unos 60 hombres, entre ellos algunos de buenas familias.

El alzamiento empezaba modestamente, pero ya dado el primer paso, era necesario proseguir la obra. Lizárraga, que ni aún caballo tenia, se puso en un mal jaco sin aparejos, al frente de aquellos hombres entusiastas, que le recibieron con júbilo, y despues de pasar tres dias en las inmediaciones de Azcoitia arreglando fusiles y buscando cartuchos para sus voluntarios, se lanzó resueltamente con sus 60 hombres á campaña. En la noche del 19 de Enero entró en la villa de Elgoibar, y para que los vecinos no se apercibieran de la poca gente que le acompañaba, hízoles creer que habia entrado en el pueblo solo con la compañía de vanguardia. Gracias á esta estratagema, diéronle algunos recursos, las armas que tenian y dos ó tres caballos, y salió bien de su primera empresa.

El ruido que hizo este suceso anunció por los pueblos que Lizárraga estaba ya en campaña, así que en los dias siguientes vinieron á incorporársele diferentes grupos de jóvenes, con los que reunió cerca de 300 hombres, y formó el batallon de cazadores de Azpeitia.

Supo el 27 de Enero que Ollo con algunas fuerzas de Navarra, venia hácia Guipúzcoa, y reunióse con él en Segura, juntando entre los dos más de 1,000 hombres. Los dos jefes, al verse con tanta gente, resolvieron dar un golpe atrevido, y Lizárraga propuso apoderarse de la fábrica de armas y cartuchos que habia en Azpeitia y que guardaban tropas liberales. Aceptado el plan, los navarros y guipuzcoanos atacaron á Azpeitia en la noche del 29, y sostuvieron un encarnizado combate, en el que murió el capitan

Velasco y varios soldados carlistas, pero en el que lograron éstos apoderarse de las armas y municiones. Por desgracia no pudo Lizárraga aprovecharlas; aquella misma noche cayó tan gravemente enfermo, que Ollo tuvo que dejarle en el hospital de Elgoibar. La policía averiguó que estaba allí; los voluntarios de Eibar acudieron en tropel á buscarle para apoderarse de él, y el 2 de Febrero, dia de la Purificacion de Nuestra Señora, despues de la fiesta, registraron de arriba á bajo el hospital. Varias veces pasaron por delante del cuarto donde estaba Lizárraga, y, cosa maravillosa, ni entraron en él, ni por más que hicieron para buscar al enfermo, pudieron encontrarle, aunque éste, mientras duró el registro no se movió de su lecho, ni salieron de su cuarto su ayudante don José Ponce de Leon y su secretario don José Perez Nájera, que le acompañaban.

La enfermedad de Lizárraga duró más de un mes, y entre tanto el batallon de Azpeitia fué á Vicaya y sufrió tantas pérdidas por la persecucion que le hicieron, que al volver Lizárraga el 19 de Marzo á ponerse al frente de él, tuvo que reorganizarle.

Habia ya antes mandado cuatro partidas, una á cada uno de los distritos de Guipúzcoa, para que sacasen recursos y levantasen gente; pero Santa Cruz, que seguia operando independiente de toda autoridad, la recogia, se quedaba con los recursos, y Lizárraga no adelantaba cuanto queria.

A pesar de esta dificultad tampoco se desanimó, ántes al contrario, conociendo que no se podia hacer la guerra en terreno surcado por un ferro-carril, se propuso cortarle, y lo consiguió enviando una partida que lo destrozó en Icaztigaieta, y condenando á muerte á los empleados que se encontrasen sobre la via.

Las fuerzas enemigas trataron entónces de aniquilar á Lizárraga. El 12 de Abril la columna Morales Reyes le atacó en Amézqueta, pero despues de sostener con ella un reñido encuentro y causarle grandes pérdidas, la hizo retroceder á Tolosa. Al dia siguiente, domingo de Pascua, todas las fuerzas republicanas de Guipúzcoa reunidas para vengar el fracaso de la víspera, le atacaron en Abalcizqueta. Iban las columnas de Loma, Fernandez, Morales y los voluntarios de Eibar, en total más de 3,000 hombres con ocho cañones. Lizárraga, con sus 400 voluntarios les dió frente, aceptó el combate y le sostuvo en retirada siempre, pero siempre con tal órden, durante seis horas, que por más esfuerzos que hicieron los liberales para envolverle y coparle con toda su gente, logró salvarla íntegra, no perdiendo más que veinte prisioneros. Esta brillante retirada ante fuerzas diez veces mayores, le valió grandes elogios de sus mismos enemigos, y acabó de ganarle la confianza de sus voluntarios.

Lizárraga queria que en Guipúzcoa se armasen tantos batallo-

nes como en Navarra, pero tropezaba con la dificultad, de que Santa Cruz, que ya habia logrado reuníendo partidas pequeñas formar una grande, no le obedecia y se oponia á la union. Lizárraga antes que emplear contra otro jefe carlista la fuerza, queria atraerle al buen camino por la dulzura, y para lograrlo vino á ver al general en jefe, para que en presencia de este, que habia citado á Santa Cruz, de comun acuerdo zanjasen una diferencia, que tan perjudicial era á la causa carlista.

A esto se debia el que Lizárraga con sus fuerzas se hubiese unido á los navarros, y venido como ellos á las inmediaciones de Abárzuza, en aquellos dias en que Nouvilas nos dejaba descansar.

Además de sus prendas militares, de su abnegacion y de sus virtudes, el carácter distintivo de Lizárraga, que tuve ocasion de ver en aquellos dias, es una profunda piedad y una confianza tan grande en el favor de Dios, que le hace no temer los peligros, ni asustarse por las mayores dificultades y le dá valor para acometer las empresas mas arriesgadas y llevar adelante cuanto puede hacer bien á la causa que defiende. Su celo por ella es tan grande y su buena voluntad tan completa, que nunca vacila en hacer los mayores sacrificios, con tal que redunden en beneficio de la causa á la que sirve con un desinterés y una abnegacion de que hay pocos ejemplos.

CAPITULO XI

La gente de la Ribera. — Allo y Dicastillo.

Quien no ha visto á Navarra en los primeros meses de la campaña carlista, no sabe lo que es un pueblo ébrio de amor y de entusiasmo por una causa, ni tiene idea de la manera de sentir de los españoles.

Mucho habia oido decir del ardor con que los navarros habian abrazado el carlismo, mucho habia visto desde que atravesando la frontera me saludaron los niños de las aldeas mas remotas con estrepitosos vivas á Cárlos VII, pero cada dia que transcurria y cada paso que daba por el interior de Navarra era una nueva y calorosa demostracion de los arraigados sentimientos de aquella provincia.

Cuanto puede decirse es poco y cuanto imaginarse puede, apenas llega á reflejar el estado de ánimos, pintar la unanimidad de

pareceres, y dar idea de la popularidad asombrosa que gozaba la guerra por la religion en Navarra. Preciso seria retroceder á los siglos medios, y llegar á la época de las Cruzadas para encontrar pueblos enteros pidiendo á gritos la guerra, bendiciendo á los que la predicaban, envidiando á los que la hacian y contribuyendo á ella generosa y espontáneamente, con sus recursos, con sus bienes y con sus hijos.

Navarra hacia todo esto por segunda vez en el siglo XIX. Las madres exhortaban á sus hijos y á sus esposos al combate y los veian partir con gusto para la guerra; los niños aprendian á hablar lanzando gritos de guerra, y los ancianos morian satisfechos al saber los adelantos que la guerra iba haciendo. El interés por ella era tan grande, que hacia olvidar todos los intereses, y tener en poco cuanto á ella no se refiriese: y es que la guerra era considerada como una obra meritoria, como un deber sagrado, como empresa santa, ante la cual debian ceder todas las cuestiones más secundarias. El pueblo navarro manifestaba tan ardiente y unánimemente su entusiasmo por la guerra, porque hacia de ella una cuestion puramente religiosa; al emprenderla tenia en cuenta los intereses de su pátria y su amor al Rey legítimo, pero ante todo y sobre todo, queria defender sus creencias ultrajadas y su fé menospreciada, combatida y perseguida por la revolucion.

Cárlos VII habia desplegado al viento la bandera de la restauracion católica, habia prometido combatir hasta la muerte á la revolucion, y Navarra al oir aquella voz querida espresar sus sentimientos allende el Pirineo, se habia apresurado á responder al llamamiento de su Rey y habia empuñado las armas para ayudarle en su empresa. Lo que Navarra queria, y con Navarra gran parte de España, Cárlos VII lo habia expresado; lo que Cárlos VII queria, Navarra y con ella gran parte de España, lo queria tambien, y así, Rey y pueblos se encontraron unidos por los mismos sentimientos y deseos y se completaron mútuamente. Navarra tuvo Rey y Cárlos VII soldados. Navarra veia antes á sus hijos arrancados de sus hogares por fuerza, ir á combatir en favor de gobiernos que no amaba; ahora los enviaba por su voluntad, á pelear á las órdenes de su Rey, por la causa de la Religion que era su vida. ¿Que estraño era, por lo tanto, que los tratase con gran cariño, verdadera admiracion y síncero entusiasmo? Así lo probaban las constantes manifestaciones de regocijo con que fuimos tratados los dias que permanecimos en las inmediaciones de Estella; pero pronto tuve mejor ocasion de confirmarme en ello, al ir en los siguientes rodeando la ciudad, cuyos habitantes salieron todos á vernos, á la ribera del Ebro para alojarnos en Dicastillo y Allo.

El carácter de aquellos pueblos, más ardiente, más vivo que

de los de la alta montaña, era mucho más espresivo todavía, así que la recepcion que allí nos hicieron excedió á toda ponderacion. Allo, por su posicion topográfica, inmediato á Lerin, punto guarnecido por fuerzas republicanas, recibia con frecuencia las visitas de estas, sentia su férrea mano comprimir sus sentimientos, y veíase privado de manifestarlos, así que al saber nuestra aproximacion volvióse literalmente loco de alegría y pidió á nuestros generales que le dispensasen la honra de enviar un batallon, porque aún no habian visto sus habitantes fuerzas carlistas armadas. El general accedió á su peticion; quedóse en Dicastillo con los batallones 1.º y 3.º y envió al nuestro con la caballería á Allo.

Nunca olvidaré el ardiente, el sincero, el profundo amor con que fuimos recibidos en Allo. Noticioso de nuestra llegada el pueblo se engalanó como en los dias de mayores fiestas; multitud de niños y jóvenes, salieron á más de una hora de distancia á esperarnos, prorumpieron en entusiastas aclamaciones al vernos, y danzando y saltando de alegría, nos fueron acompañando hasta la villa. Al entrar en ella, la muchedumbre que llenaba las calles, balcones, puertas y ventanas prorumpió en estruendoso clamorio y estrepitosos aplausos que ahogaban los acordes de las músicas, y apagaban los sonidos de nuestras cornetas. Nos encaminamos á la plaza y la gente corria en todas direcciones á la plaza, y allí se reunia, y allí de nuevo volvia á elevar sus aclamaciones al cielo, y á dar toda clase de muestras de alegría. Nuestro jefe Radica era objeto de una ovacion contínua; todos se acercaban á él gritando, le daban la mano, le abrazaban, le victoreaban y no dejaban andar á su caballo. Cada jefe, cada oficial y cada voluntario era tambien objeto del entusiasmo popular que para todos tenian muestras de afecto y cariño aquellos corazones. Entre la multitud de aclamaciones con que el pueblo nos acogía, las de ¡ viva lo bueno! y ¡ vivan los defensores de la Religion! eran las más frecuentes, porque eran sin duda las que con mas profundidad expresaban los sentimientos generales. Formados en la plaza estábamos cuando el alegre sonido de las campanas vino á aumentar el delirio del pueblo. Los republicanos hacia meses que habian prohibido, bajo grandes penas, tocar las campanas ; Allo no oia hace meses aquellas lenguas elocuentes que le llamaban á la Iglesia; ¿qué más podia hacer por nosotros que emplear en celebrarnos sus campanas aunque le costara luego pagar una fuerte contribucion de guerra?

Las campanas fueron echadas á vuelo, y el pueblo se desquitó de su largo silencio, tocándolas toda la tarde.

Cuando rompimos filas, los habitantes se echaron encima de los soldados, disputándose el honor de llevarlos á sus casas, y sin necesidad de hacer alojamiento, voluntarios y paisanos en frater-

nal concordia, se esparcieron por las casas y calles. La familia que no tenia en su casa siquiera un voluntario á quien obsequiar se consideraba desgraciada y salia á la calle para invitar al primero que pasase á que le hiciera el favor de acompañarla. Así demostraban todos el aprecio en que tenian á los que hacian la guerra y así tambien los soldados hallaban un premio á sus sufrimientos y una compensacion á sus trabajos en aquellos instantes de espansion y en aquellos testimonios de cariño con que eran tratados.

Allo no se contentaba con ver á nuestro batallon; queria ver á los generales. Al caer de la tarde llegaron Dorregaray, Ollo, Lizárraga, Valdespina y Argonz. El entusiasmo del pueblo rayó entónces en delirio. Acudió á la plaza, y en medio de estrepitosa gritería, de vítores sin cuento y de unánimes aplausos, los hizo salir varias veces al balcon de la casa consistorial para contemplarlos á su sabor, admirarlos y victorearlos nuevamente.

Iba á anochecer ya y los generales se retiraban: el pueblo cogia los caballos y no los dejaba partir: por fin lograron montar, y cuando salian un pobre anciano ciego se hizo conducir hasta Lizárraga, y con profunda pena le dijo: «todos le pueden ver ménos yo; ¿me permitirá V. que al ménos le estreche la mano?» Lizárraga conmovido estrechó con efusion la mano del ciego, y éste, loco de alegría exclamó: ¡tambien yo soy feliz! ¡Dios pague á V. el favor que me ha hecho!

CAPITULO XII

Los Alaveses. — Expedicion infructuosa. — Dias terribles.

Tiene la guerra tantas vicisitudes y alternativas, y ofrece de por sí tales contrastes y cambios tan repentinos, que los dias no se parecen unos á otros, ni la situacion de una semana tiene nada que ver con la de la anterior. La buena vida que durante seis dias habíamos llevado en las inmediaciones de Estella, se nos acabó en cuanto en la mañana del 28 tocaron marcha las cornetas. El pueblo de Allo nos despidió con tanto entusiasmo como nos habia recibido; fuimos de allí á Arroniz, donde encontramos á las demás fuerzas navarras y guipuzcoanas que venian de Dicastillo, y juntándonos todos, seguimos hasta Los Arcos, donde nos alojamos. Allí encontré á Romualdo Viñalet y nuestro asistente Angel, que, despues de mil vicisitudes y de haber estado con la partida de don Pedro Lasarte en Arichulegui, habian logrado unirse á Lizárraga. Baró se habia quedado en Guipúzcoa, y nada sabian de él.

Lizárraga estaba entónces organizando su Estado mayor, y como mis deseos eran servir con él, pedíle un puesto á su lado y me nombró ayudante de órdenes. Despedíme de Ollo y Radica y dejé, no sin pena, mi batallon para desempeñar mi nuevo destino. Sin embargo, como las fuerzas de Ollo y las de Lizárraga iban juntas, la separacion no me fué tan penosa.

De Los Arcos fuimos el 29 á Asarta, y el 30 entramos en Alava, reuniéndonos los cuatro batallones en Santa Cruz de Campezu. Atravesando enormes montes y desfiladeros llegamos, ya al caer de la tarde, á Bernedo. El cuartel general con dos batallones quedó allí, y Lizárraga con su gente fué á alojarse al cercano pueblo de Navarrete.

En la tarde del 1.º de Mayo salimos todos por Villaverde á Lagran, donde encontramos las fuerzas alavesas y riojanas, al mando del brigadier Llorente. Era éste un anciano de la pasada guerra, de arraigados sentimientos carlistas, de buena posicion, de bastante influencia en el país, que con el objeto de levantar fuerzas, abandonándolo todo, se habia lanzado al campo, y en un territorio dominado por el enemigo, en medio de una constante persecucion, conservaba la poca gente que habia reunido. Componíase ésta, sin contar algunas partidas sueltas, de 200 infantes y unos 50 ginetes, bastante mal armados y sin ningun uniforme, pero eran gente dura y animosa, á la que nada importaban las fatigas y privaciones de la campaña.

Unidos con ellos fuimos á Pipaon, y esto y el que en vez de alojarnos se nos dieron dos horas para descansar, no nos dejó duda de que íbamos, durante la noche, á hacer alguna expedicion importante. A las seis, cuando empezaba á anochecer, nos pusimos en marcha y comenzamos á subir el puerto de Pipaon. Nos encaminábamos á la Rioja, íbamos á las orillas del Ebro. Suponian los unos que íbamos á bajar á Abalos, los otros que nos dirigíamos á tomar La Guardia, y otros, que nuestro objeto era apoderarnos del puente sobre el Ebro que hay en San Vicente, para pasar al otro lado. Esto último era lo cierto, solo que la toma de San Vicente no era más que el medio para llegar á Haro y apoderarnos allí de un cuantioso botín.

El plan de Dorregaray consistia en sorprender á media noche á la guarnicion de San Vicente, hacernos dueños del puente, y al amanecer entrar en Haro. Por desgracia perdimos mucho tiempo, á poco de salir de Pipaon se hizo de noche, y al oscurecer tuvimos que pasar por malísimos caminos tres desfiladeros, lo que nos llevó más horas de las que hubiéramos empleado de dia, é hizo que se extraviara alguna gente. A las dos de la noche paramos para formar una columna de ataque, compuesta de dos compañías de cada batallon, y dar lugar á que pasase á vanguardia la caba-

llería que habia de invadir el puente. El resultado de todos estos retrasos fué que á las cuatro bajábamos á San Vicente, cuando ya empezaba á amanecer, que Pérula, con algunos caballos y una compañía del 2.° invadió la poblacion y pasó el puente, pero que la guarnicion acudió á la defensa, cerró el paso, nos separó de la vanguardia, que, por no caer prisionera se fué por el otro lado del Ebro, y los demas retrocedimos por donde habíamos venido. Los generales querian sorprender pero no tomar á viva fuerza á San Vicente, así que á los primeros tiros de la guarnicion republicana se desistió de la empresa. Aquellos tiros nos causaron dos muertos y algunos heridos. Uno de los primeros fué nuestro asistente Angel, que el dia anterior habia pasado al 2.° de Navarra é iba en la columna de ataque.

La mala noche pasada, el fracaso de la expedicion y la retirada que emprendimos en seguida á Peñacerrada, nos trajeron de mal humor todo el camino; pero aquel dia, 2 de Mayo, era aciago para nosotros, y terminó de una manera desastrosa.

Nuestra expedicion de la mañana habia puesto en guardia á los enemigos; era evidente por lo tanto, que saldrian columnas á perseguirnos y que no podríamos detenernos en ningun punto mucho rato. Sin embargo, llegamos á Peñacerrada á las diez, allí pasamos todo el dia, y allí íbamos á cenar cuando las cornetas, tocando llamada á la carrera, nos sorprendieron desagradablemente. El enemigo estaba encima: uno de los centinelas lo habia visto á poca distancia y acababa de dar el parte.

El batallon guipuzcoano fué el primero en formar, y Lizárraga, saliendo con él del pueblo, se parapetó detrás de una pequeña tápia. Antes de llegar á ella, el enemigo rompió el fuego de fusilería contra nosotros, y en seguida, desde una altura, el de artillería con dos cañones. Era la primera vez que oia silbar sobre mi cabeza las granadas y las veia reventar á pocos pasos de distancia. Durante largo rato, servimos de blanco á la artillería enemiga. Las granadas nos seguian, adelantaban conforme íbamos adelantando, y reventaban á cuatro ó seis metros del grupo, llenándonos de tierra y humo. El corneta de órdenes fué envuelto en una nube de polvo por una que reventó á sus piés, y sin embargo no fué herido. Al cabo de unos diez minutos cesó el fuego; Ollo, con parte de su batallon, tambien le habia sostenido por el otro extremo del pueblo; y, gracias á esto y al corto número de la fuerza republicana que nos atacaba, no perdimos mucha gente. Ollo habia tenido cuatro muertos; nosotros dos heridos. En la carretera encontramos á Dorregaray y las demas fuerzas, y juntos marchamos por Pipaon y Lagran á Villaverde.

El 3 de Mayo, aunque no tuvimos tiros aun nos fuè peor: salimos de Villaverde por la mañana y nos encaminamos atrave-

sando un puerto formidable á la Poblacion y á la Aldea; allí, descubriendo el precioso panorama que forma el Ebro, veíamos casi toda la Rioja desde Laguardia hasta Logroño; pero estábamos en tan mala situacion y tan amenazados, que despues de descansar un par de horas, tuvimos que retroceder. Pasamos el puerto nuevamente y despues un desfiladero terrible en que teniamos que ir de á uno y muy despacio, y cuando los cuatro batallones estábamos en él, llegó la noticia de que una columna enemiga venia por nuestro flanco derecho, dominando los montes, á coparnos. Nuestra posicion no nos permitia ir á derecha ó izquierda; la estrechez del camino no daba lugar á desplegar una guerrilla de cuatro hombres, los montes no nos dejaban escapar, así que no hubo mas remedio que seguir adelante á la carrera para salir del atolladero en que estábamos metidos. Cerca de una hora nos costó el salir del desfiladero y poder reunirnos en un bosque con los que nos precedian. Por fortuna el enemigo no habia aun bajado, y no nos hizo fuego, pero en cambio cogió prisionera media compañía que por haber estado de avanzada en un monte, venia detrás de las fuerzas. Una vez en el bosque, podiamos haber esperado y quizas batido á la columna, pero se prefirió que siguiéramos la marcha y nos alejáramos de aquel parage, y sin descansar de la carrera ni parar un solo instante, caminamos toda la tarde y parte de la noche, llegando todos molidos y cansados á las once de la misma á Roiteguí y Onraita. Al amanecer del 4, es decir cinco horas despues, volviamos á marchar; á las diez llegábamos á Aranarache; nos reunimos luego con Dorregaray que habia quedado en Contrasta, y al tener noticia de que cerca habia otra columna, salimos para la Amezcua baja á muy buen paso, y fuimos por último á Galdeano.

Aquellos tres dias nos habian causado entre prisioneros, enfermos, cansados y escapados, mas bajas que una derrota, y sobre todo nos habian hecho un mal gravísimo, introducir el pánico y la desanimacion en los voluntarios, que veian que en vez de combatir corriamos al solo anuncio de la proximidad de un batallon republicano,

---

CAPITULO XIII

Victoria de Eraul. — Los prisioneros. — El primer cañon.

Ni el entusiasmo, ni el valor, ni la constancia, que en tan alto grado poseian nuestros voluntarios, bastaban para robustecer e alzamiento de las provincias vasco-navarras, ni para consolidar el naciente ejército carlista. Faltaba á soldados y pueblos algo sin lo que no es posible la guerra, ni duradero ningun movimiento popular, y ese algo que nos faltaba, era la victoria.

Cuatro meses de penalidades y de sufrimientos heróicos llevaban desde que la campaña habia empezado, y aunque habian en varias partes sostenido gloriosos combates, nuestros voluntarios no habian logrado ninguna victoria decisiva. Cada dia que pasaba era mas notable su falta, y sin embargo cada dia que pasaba parecia alejarse mas y mas de nosotros. Desde la expedicion desgraciada á S. Vicente no haciamos mas que huir y escapar de las columnas enemigas, lo que desmoralizaba y desanimaba á nuestros soldados de un modo inconcebible. Oíaseles á cada paso exclamar: ¡ queremos pelear ! queremos morir, pero no queremos correr ! Dorregaray, sin embargo, no creia aun prudente combatir; rehuia todas las ocasiones de encontrar al enemigo, y esto desesperaba á los voluntarios, quienes empezaban á desertar. Viendo asi deshacerse los batallones á tanta costa formados, algunos jefes y oficiales entusiastas quisieron poner pronto remedio á un estado de cosas que en una semana podia acabar con el alzamiento, y acudieron para ello á Ollo y á Lizárraga. Ambos gefes procuraron calmarles, ambos les dijeron que influirian cuanto pudieran para que cesá a aquella continua corrida y se combatiese, y en efecto, en la mañana del 5 de Mayo hablaron á Dorregaray, y esponiéndole claramente la situacion, le hicieron ver que era preciso combatir y vencer para conservar los batallones.

Ante tales razones, ante la actitud de los jefes, oficiales y voluntarios, Dorregaray se decidió á esperar al enemigo aquel mismo dia, y en efecto á las nueve de la mañana salimos de Galdeano y subiendo el puerto de Echavarri, hicimos alto en los montes de Eraul, descansando á la sombra de una espesa arboleda.

El enemigo seguia nuestros pasos; una de sus columnas, la que mandaba el coronel Navarro, venia cerca de nosotros; solo con estarnos quietos, á las pocas horas la tendriamos frente á frente y emprenderiamos con ella el combate; pero á pesar de esto, tal

ánsia de pelear tenia nuestra gente, y tan poca confianza de que se llegase á librar batalla, que públicamente, jefes y oficiales se lamentaban de que el enemigo no viniera más de prisa, para que no hubiese más remedio que emprender la lucha.

A la una de la tarde se celebró un consejo de Generales, y en él se decidió pelear á toda costa. En seguida se distribuyeron las fuerzas para el combate que habia de decidir de nuestra suerte, y los voluntarios, como presagiando la victoria, empuñaron ansiosos las armas, y cantando alegremente fueron á las posiciones que se les habian designado; Ollo con el 1.° de Navarra mandado por Senosiain, ocupó el puerto por donde debia subir el enemigo, para cerrarle el paso y atacarle de frente; Lizárraga con el batallon guipuzcoano, se colocó á la derecha emboscando su gente en una arboleda, para atacar al enemigo por el flanco izquierdo; á Radica con su batallon se le dejó en reserva en unas alturas á retaguardia, y el 3.° de Navarra quedó tambien de reserva en la arboleda. El terreno donde estábamos, formaba una elevada meseta cubierta de espesos árboles y grandes peñascos, entre los cuales se podian esconder admirablemente nuestros soldados para ofender sin ser vistos, al enemigo. El bosque que nos ocultaba impedia por completo la accion de la caballería, así que la nuestra, compuesta de unos 50 ginetes mandados por el comandante Sanjurjo se envió á retaguardia para que no estorbara.

Nuestra posicion era formidable; el enemigo no podia tomarla mas que de frente subiendo encajonado por el puerto, único punto accesible pero expuesto á nuestros fuegos por lo que era fácil que al ver que le resistiamos no intentara atacarnos.

A nuestros piés, en otra arboleda que habia en la llanura, estaba la columna enemiga, descansando antes de subir el puerto.

Nosotros que la veiamos la mirábamos ocultos entre las peñas, con la misma ansiedad que el cazador espera desde su puesto á las aves que fuera de su alcance se presentan.

La fuerza enemiga, contando su caballería, seria de 1,200 hombres, nosotros unos 1,800, pero en cambio no teniamos artillería ni tantas municiones como las que ellos llevaban. El descanso del enemigo nos impacientaba, porque temiamos que advertido de nuestra presencia al vernos encaramados en tan formidables posiciones, renunciase á subirlas y se quedase en el llano, donde á nosotros no nos convenia bajar; pero cuando ya iba haciéndose tarde, á eso de las tres, emprendió el movimiento hácia nosotros.

Nuestros soldados, á los que se les habia mandado observar un silencio absoluto, á duras penas pudieron contener una exclamacion de júbilo, pero en sus miradas revelaban la satisfaccion que les causaba el combate que se iba á librar. El enemigo entre tanto avanzaba como si ignorase nuestra presencia en el alto. Su van-

guardia, que marchaba á gran distancia del resto de las fuerzas, estaba compuesta de tres compañías, y á la cabeza de la columna venian dos piezas de montaña. Llegaba ya al pié del puerto y aún no se habia disparado un tiro; evidentemente no nos creian tan próximos. Al entrar la columna en el puerto cuando ya la vanguardia estaba cerca de la fuerza de Ollo, ésta la hizo una descarga, y nosotros otra por la izquierda. Descompúsose y desordenóse la vanguardia enemiga; nuestros soldados la siguieron y cogieron tres prisioneros, pero en seguida formó la columna al pié del puerto, situó la artillería en el llano y empezó á cañonearnos, mientras disponia el ataque. Pronto nos convencimos de que no arredraban á nuestro adversario ni nuestras posiciones ni nuestras descargas porque, á pesar de ellas, envió compañías de frente á forzar el puerto mientras que por la izquierda nos contenia con su fuego de cañon y el de algunas guerrillas. El coronel Navarro, que era un jóven valiente y entendido, ávido de gloria y confiado en la superioridad material de sus tropas, no vaciló en atacarnos, soñando con ceñirse aquel dia el brillante laurel de la victoria. Comunicó su esfuerzo á sus soldados, y éstos subieron animosamente el puerto á pesar de nuestros fuegos, y avanzaron con tal decision, que hicieron vacilar y perder terreno á los nuestros. Cuatro compañías del 2.° al mando del comandante don Cárlos Calderon, vinieron á reforzarnos, pero el enemigo tambien reforzó su columna de ataque, y el combate se empeñó á corta distancia y se hizo más encarnizado. El enemigo consiguió al fin subir el puerto y entrar en la arboleda que hasta entónces nos habia resguardado: á aquella ventaja contestamos, reforzados con Radica y el resto del 2.°, con una carga á la bayoneta para arrojarle de la arboleda, pero nos rechaza; acude el 3.°, volvemos á cargar porque la victoria se nos escapaba si no echábamos pronto á los enemigos, pero éstos, que han vencido la gran dificultad de subir el puerto, que están ya á nuestro nivel, que cruzan sus bayonetas con las nuestras, nos esperan á pié firme, nos reciben con terrible fuego, y por tercera vez nos rechazan y avanzan engreidos por la victoria. Ya no tenemos reservas de que echar mano; ya las municiones nos faltan; ya las posiciones importantes están perdidas, y ya decaen los ánimos de los más bravos. Nuestros soldados retroceden en confusion; las balas enemigas, que hasta entónces nos habian causado pocas bajas, nos diezman; la retirada empieza á convertirse en desórden, y en vano tratan los jefes de evitarlo reuniendo algunas fuerzas para contener el avance de los enemigos. Lizárraga, Ollo y Radica, con algunos bravos á su lado, pelean y exhortan á los soldados: el primero se dirige á un grupo de navarros que huyen, les contiene y les dice: «¿no habeis salido para morir por Dios? pues hoy es el dia de morir por Él: navarros

al combate; y, puesto que el infierno es la causa de esta guerra, gritad conmigo ¡Viva Dios! ¡guerra al infierno y sus satélites!»

En aquel momento aparece un refuerzo con que no se contaba, la caballería. A causa del terreno habia estado hasta entónces alejada, porque no se creia pudiera tomar parte en el combate; pero al vernos tan apurados, se lanzó despreciando dificultades. Marchando de á uno por entre los peñascos con la cabeza inclinada para no tropezar con los árboles, cargan nuestros ginetes con decision y bravura para contener al enemigo. El marqués de Valdespina, sable en mano, marchaba el primero; seguíanle Sanjurjo y Lirio, y detrás venia la escolta del general en jefe, compuesta de húsares pasados del ejército enemigo, y un escuadron de lanceros navarros. Al ver la decision de la caballería, nuestra infantería, como movida por un mágico resorte, se detiene y anima: los gritos de «¡no dejar solos á esos valientes! ¡carguemos como ellos!» y otros parecidos, recorren las filas, y nuestros voluntarios sienten renacer prodigiosamente el valor en sus corazones, y armando bayoneta se lanzan á la carrera impetuosamente detrás de la caballería. El enemigo que no esperaba la carga de esta en aquellas impracticables alturas, no se sorprende sin embargo al verla sus guerrillas hincan rodilla en tierra y presentan las puntas de las bayonetas á nuestros ginetes. Se traban combates individuales en que el valor por una y otra parte excede á toda ponderacion, y algunos de nuestros ginetes caen muertos y algunos infantes republicanos ruedan por los suelos. Un cazador enemigo da un bayonetazo en el pecho al marqués de Valdespina, pero éste, herido solo levemente, se revuelve con ligereza y hiende de un sablazo la cabeza á su adversario. Sanjurjo mata á otro de un tiro, y en cambio el capitan Lirio es herido y un alférez procedente de húsares muerto. El combate de la infantería con nuestra caballería se sostiene por breves momentos, pero aquellos son los momentos decisivos; nuestra infantería llega ardiente é impetuosa, carga con decision heróica y el enemigo entónces abandona el campo y emprende la fuga dejándolo todo. Uno de sus cañones que no habia podido jugar por estar mezcladas ámbas fuerzas, cae en nuestro poder; sus jefes, que en aquellos momentos habian acudido á la primera línea, son hechos prisioneros. Navarro tiene que entregar su espada á un soldado guipuzcoano; Acellana, teniente coronel que mandaba unas compañías de ingenieros, es cogido al frente de los suyos; el comandante Batllé cae tambien en nuestras manos en la persecucion, y la victoria corona por primera vez con su expléndida aureola al ejército carlista.

El enemigo huye disperso en todas direcciones; su caballería archa desordenada á Estella; los restos de la infantería á Abár-

zuza, Eraul y Muru, y solo dos compañías de ingenieros se retiran compactas y en buen órden, á pesar de haber perdido á sus jefes.

Ebrios por la victoria conseguida, radiantes de satisfaccion, bajamos detrás del enemigo desde el bosque donde estábamos, y le fuimos persiguiendo hasta Muru. Las cornetas seguian tocando á la bayoneta; los voluntarios daban gritos de triunfo; los oficiales y jefes se abrazaban y lloraban de alegría, y todo era júbilo y alborozo. El cañon cogido fué saludado con entusiastas aclamaciones y los jefes prisioneros con respeto. Los soldados enemigos presos en la persecucion, pertenecientes al regimiento de Sevilla, fueron tratados como hermanos por los nuestros, y ni un solo insulto recibieron. Al caer de la tarde llegamos á la vista de Abárzuza. Ollo con unos 300 hombres estaba en una llanura, Lizárraga, con otros tantos, habia llegado más adelante, hasta Muru, diciendo ¡Vamos á Estella! y los soldados entusiasmados le seguian pero llegó entónces la órden de retirarnos y cesar en la persecucion; y unidos con Ollo, retrocedimos y pasamos de nuevo por el campo de batalla.

Hasta entónces no me fijé en lo horrible que habia sido la lucha; desde los primeros momentos habia tomado parte en ella, y movídome, como todos, á impulsos de la esperanza y de la impaciencia en los primeros instantes, de la excitacion del combate y de la intranquilidad sobre el éxito despues, y por último, de la satisfaccion del triunfo y la alegría de la victoria. Varias veces habia encontrado muertos y heridos y presenciado sangrientos episodios, pero en aquellos momentos no me impresionaban. En cambio ahora encontraba por el suelo armas esparcidas y rotas, efectos de guerra destrozados, ramas cortadas, caballos moribundos, y cadáveres desnudos, con una sola herida los unos, llenos otros de bayonetazos y cuchilladas. ¡Qué horrible me pareció todo aquello que por primera vez veia! Nuestras pérdidas habian sido, gracias a la proteccion del terreno, menores que las del enemigo. La más sensible fué la del anciano y valeroso coronel Arciniega, que mandaba la compañía de guías de Castilla. En uno de los momentos de mayor apuro pasó al lado de Lizárraga y le oí decir estas palabras: «¡Ah, mi general, si mis castellanos estuviesen bien armados, con ellos solo contendria al enemigo!» Picó espuelas á su caballo y cargó con los pocos que tenia; al poco cayó herido, pero ántes de morir tuvo la suerte de confesarse en el campo de batalla y saber que habíamos vencido.

Al retirarnos ya de noche á nuestros alojamientos, todo eran plácemes y enhorabuenas; la victoria de Eraul habia reanimado los corazones algo decaidos, y habia consolidado la union; y esperábamos fundadamente que, resonando por los ámbitos de España, aumentaria el movimiento carlista y nos daria provechosos frutos que procuraríamos acrecentar con nuevas victorias.

CAPITULO XIV

Santa-Cruz y su gente. — Los Jefes de Guipuzcoa. — Conferencia de Lecumberri.

La noticia de la victoria de Eraul corrió rápidamente por los pueblos de la Amezcua y la tierra de Estella, y causó un entusiasmo indescriptible. Al dia siguiente la gente de Gollano y Vaquedano, donde nos habíamos alojado, más la de los pueblos inmediatos, vino presurosa á felicitarnos, á abrazarnos, y sobre todo, á contemplar y admirar el cañon que habíamos tomado al enemigo. Como le habíamos cogido con cureña, arreos, mulas y cajas de municiones, aquella misma mañana se organizó una seccion de artillería con oficiales y soldados del arma, que hasta entónces estaban en otros cuerpos, y dispuestos ya á entrar con él en batalla, salimos á tomar posiciones cerca de Zudaire para atacar á la columna de Castañon, que habia venido en socorro de la derrotada en Eraul. La columna, comprendiendo cuáles eran nuestros ánimos, no quiso exponerse, y volvimos á nuestros pueblos, victoreados sin cesar en el camino por hombres y mujeres, algunas de las cuales llevaban su entusiasmo hasta besar y abrazar estrepitosamente al cañon. Bautizóse á éste con el nombre de Eraul, en recuerdo del sitio donde le habíamos cogido, y fué para los voluntarios no solo el recuerdo de la primera victoria alcanzada por el ejército carlista, sino la esperanza de otras mayores.

Lizárraga, satisfecho por el triunfo á que tanto habia contribuido, viendo mejorado el espíritu de los batallones navarros, se despidió de Dorregaray y Ollo al dia siguiente, para ver si robustecia el movimiento de Guipúzcoa, trayendo á buen camino á Santa Cruz, que con su desobediencia lo paralizaba y descomponia.

La obra, aunque meritoria, era difícil: don Manuel Santa Cruz, movido por ocultos recelos, no queria darse á partido; á la invitacion que los jefes todos le habian hecho para que fuese al cuartel general á arreglar sus diferencias con Lizárraga, no habia contestado siquiera, de modo que no era posible verle á no buscarle.

Lizárraga marchó á su encuentro para hablarle y hacerle co- prender las razones que tenia en su favor, y el 8 de Mayo, biendo que estaba en Lecumberri, entramos allí con nuestr fuerzas. Costaban éstas de unos 400 hombres; las de Santa Cru

pasaban de 600. Nos recibieron formadas en el juego de pelota del pueblo, terciaron las armas al pasar Lizárraga, pero ni se acercó ningun jefe á saludarle, ni dejaron de observar una actitud tan precavida, que casi llegaba á hostilidad.

Lizárraga, sin desconcertarse, se fué directamente á un grupo de oficiales donde le dijeron que estaba Santa Cruz, preguntó quién era, y con bondadoso pero amargo acento, le dijo que fuera á su casa porque tenia que hablarle.

Durante aquella escena, yo que tenia grandes deseos de conocer al héroe popular, al que la fama atribuia tantos prodigios, no quité la vista de Santa Cruz. Hallé que era éste hombre de mediana estatura, más bien bajo que alto, de robusto cuerpo, facciones pronunciadas, frente estrecha, pelo castaño, barba rubia, desgarbado porte y maneras rudas y vulgares. Su mirada vaga y extraviada prestaba á su fisonomía un marcado tinte de desconfianza y de recelo, y la expresion seca y dura de su semblante acababan de darle un carácter sombrío y nada simpático á primera vista. Santa Cruz vestia un trage que no era sacerdotal ni guerrero; componíase de boina azul obscura muy pequeña, chaqueta de paño del mismo color, calzon corto y ancho, gruesas medias azules que cubrian sus robustas piernas, y alpargatas por todo calzado. Como de costumbre no llevaba arma ni insignia alguna, sino un grueso palo en el que se apoyaba durante las marchas.

Aquel hombre robusto, fuerte y sóbrio, andaba prodigiosamente; apenas dormia y vigilaba tanto, que no era posible sorprenderle. Habia entrado en campaña el primero; se habia sostenido en los montes con una partida de 30 hombres, y por esto y porque él representaba el principio de la dureza en la guerra, habia logrado gran popularidad entre cierta gente.

Santa Cruz, que no tenia más dotes militares que la actividad y cierta astucia, hija de su desconfianza, no comprendia la benevolencia con los enemigos, sino el castigo y la dureza como sistema. Por esta senda le empujaban algunos de sus adláteres diciéndole que era la que más gustaba al pueblo, y como ni Cárlos VII ni sus generales querian seguirla, Santa Cruz se propuso vivir solo, hacer la guerra á su modo é imponer su sistema á todos. Más popularidad que él tenian Radica en Navarra y Goiriena en Vizcaya, pero estos jefes se sometieron desde el principio á la autoridad y ayudaron con su influencia á Ollo y á Velasco.

Santa Cruz por el contrario, se propuso mandar solo, creyendo, indudablemente de buena fé, que él hacia la guerra mejor que nadie, asi que, desde que se empezaron á levantar fuerzas en Guipúzcoa, todo su afan consistió en reunirlas bajo su mando.

Aunque el primero en alzarse en armas, no era Santa Cruz por

su talento, por su posicion ni por su popularidad el primero de los jefes carlistas de Guipúzcoa.

Soroeta, jóven estudiante de 24 años, modelo de virtud, de decision y de valor, militar de carácter y de aficion, habia sacado y organizado mejor que Santa Cruz una partida considerable, y llevádola al combate con gloria y conquistado una fama imperecedera en Guipúzcoa. El anciano y respetable vicario de Orio, don Juan Antonio Macazaga, con su popularidad, su conocimiento del país, su experiencia de la guerra, pues en la pasada habia llegado á comandante, habia más que nadie contribuido al alzamiento de Guipúzcoa primero, y luego á la victoriosa accion de Iturrioz. Don Pedro Lasarte, decidido y firme carlista, habíase levantado en las inmediaciones de San Sebastian, y al frente de una partida, combatia á Oyarzun y las guarniciones enemigas. Egoscue habia reunido otra y Uria, Vicuña, Iturbe, Badiola y otros jefes que servian desde el principio con Lizárraga, hacian por lo ménos tanto como Santa Cruz. No podia, pues, ser éste el primero de Guipúzcoa, pero las circunstancias, su deseo de dominar y su dureza pusieron á sus órdenes la mayor parte de las tropas de la provincia.

El bravo Soroeta, el jefe popular lleno de esperanzas, murió desgraciadamente en una accion; el respetable Macazaga fué herido en otra; Lizárraga, como hemos dicho, cayó enfermo de gravedad, y excepto del batallon de Azpeitia que se fué á Vizcaya, Santa Cruz se apoderó del resto de las fuerzas de Guipúzcoa. Para llevar adelante este propósito no se paró en los medios; apaleó y fusiló á cuantos se le opusieron, y se impuso á los demás jefes por el terror. Así, por ejemplo, hizo dar de palos en la plaza de Vera al comandante Vicuña porque seguia á Lizárraga, y para apoderarse de la partida que mandaba Egoscue, le llamó á su lado, y despues de hablar con él un rato, le hizo fusilar so pretesto de que era traidor. Miéntras esto hacia con los carlistas, su manera de tratar á los pueblos, los duros castigos que les imponia y los excesos que cometian sus soldados, exagerados y explotados hábilmente por los liberales, hacian que muchas poblaciones se fortificasen y armasen á sus vecinos, solo para oponérsele, con lo que se suscitaban obstáculos y graves impedimentos al desarrollo de las fuerzas carlistas.

Ante tales excesos, ante desobediencias tan repetidas, ante escenas como las ocurridas en Zarauz, donde los soldados de Santa Cruz se desbordaron, Lizárraga, que era el comandante general de la provincia, debia poner órden; y, en efecto, despues de llamarle para que presentara sus escusas, viendo que no acudia, mandó formarle causa. Perseguido entónces por los carlistas por los liberales, Santa Cruz huia de unos y otros, y procuraba

sobre todo, privar á Lizárraga de gente y recursos para que tuviera que abandonar á Guipúzcoa.

Puesta la cuestion en aquel deplorable terreno, no habia más remedio que ayudar á Lizárraga con los batallones navarros á someter al rebelde por la fuerza, ó convencerle de su error y atraerle al buen camino. Repugnábale á Lizárraga emplear la fuerza y tener que fusilar á un hombre que, al fin era sacerdote, carlista decidido y que hacia el mal solo por obcecacion; asi que prefirió atraerle al buen camino por la bondad, aunque fuera á costa de la humillacion de su amor propio y de su dignidad de jefe superior. Viendo que Santa Cruz no venia, fué á buscarle á Lecumberri, y allí, para que no recelase, aunque le habia citado en su alojamiento, fué al de Santa Cruz á fin de evitarle el ser el primero en doblegarse.

Los dos jefes carlistas de Guipúzcoa tuvieron por fin una larga conferencia; ambos procedian de buena fè, ambos querian el triunfo de la causa y sin embargo no se entendieron. Lizarraga apeló á todos los recursos para hacer ver á Santa Cruz lo necesaria que era la union para arrojar al enemigo comun de la provincia; le prometió que si cambiaba de conducta seria su mejor amigo, su mayor auxiliar y le daria el mando que quisiera; trató de convencerle del daño que estaba haciendo con su sistema que solo servia para crearle nuevos enemigos y recurrió por último á sus sentimientos de sacerdote y de católico, pero todo fué en vano. Santa Cruz apenas contestaba y cuando lo hacia era para disculparse de los crimenes que le atribuian, protestando que unos eran calumniosos y otros fusilamientos en regla hechos con motivo fundado.

¿ Tiene V. dudas acerca de mi lealtad? le dijo por último Lizárraga.

De la de V. nó, contestó Santa Cruz, pera sí acerca de la de algudnos jefes que van con V.

Pues yo no quiero traidores á mi lado, repuso Lizárraga, dígame V. quienes son, que yo tambien sé fusilar.

Santa Cruz designó entónces á un comandante guipuzcoano. Lizárraga le hizo venir en el acto y juntos los tres dió el acusado tan satisfactoras explicaciones, que no fué posible subsistiera la acusacion.

Lizárraga viendo que eran infructosos sus propósitos dió por terminada la entrevista. (1) Al dia siguiente salió de Lecumberri y envió un ordenanza á Santa Cruz para que se le incorporase en

(1) Tres años despues, terminada ya la guerra, Santa Cruz que vivia retirado en un convento del extranjero, vió por casualidad á Cárlos VII, y con humildad cristiana, confesó sus errores pasados y escribió á Lizárraga pidiéndole perdon por los disgustos que le habia ocasionado.

Leiza á fin de hacer entre los dos una operacion militar de importancia; pero Santa Cruz que mientras estuvimos en Lecumberri se habia encerrado en una prudente reserva, perdió el miedo en cuanto salimos y contestó de oficio á Lizárraga imponiendo cuatro condiciones para seguirle.

Lizárraga que como le habian aconsejado. habia sido el primero en procurar la reconciliacion sin emplear la fuerza, viendo que todo era inútil, escribió entonces una larga carta al General Elío dandole cuenta de lo ocurrido y rogándole que le relevara del mando de Guipùzcoa porque no podia haber en ella dos jefes independientes uno de otro.

La dimision de Lizárraga no fué admitida, pero como tampoco se sometió á Santa Cruz, los enemigos se aprovecharon durante tres meses de aquella diferencia que solo para ellos era beneficiosa.

CAPITULO XV

Nuevos combatientes. — El general Elio. — Espedicion por las provincias. — Los confidentes vascongados.

Pocos dias despues de lo ocurrido con Santa Cruz supimos que el general Elío habia entrado en España por el Baztan, y poniéndose al frente de las compañías armadas del 4.° de Navarra, marchaba á Santestéban. Salimos de Yanci para unirnos á él, pero al llegar á Elorriaga, pueblo cercano á Santestéban, supimos que no estaba allí Elío, y que en cambio venia una columna enemiga. Hicimos alto en Elorriaga; supimos luego que la columna habia entrado en Santestéban y venia hácia nosotros, y nos retiramos por el camino de Ituren al monte de la Trinidad escalonando las compañías por si el enemigo intentaba seguirnos. Contentóse este con dispararnos cuatro cañonazos que ni siquiera nos alcanzaron, y despues de descansar en lo alto del monte, volvimos á dormir á Yanci. En Elorriaga nuestro batallon se aumentó con la partida de los hermanos Badiola, compuesta de unos 40 hombres, fuertes, robustos y regularmente armados. Con ella venia un jóven oficial irlandés, católico firme, carlista entusiasta, llamado don Guillermo Leader, que despues de haber estado en el Canadá al servicio de su pátria, habia hecho la guerra de Francia y Prusia como teniente de estado mayor de la primera. En Yanci se nos incorporó

mi compañero de entrada, Benito Baró, que hasta entónces habia estado con la partida de don Pedro Lasarte en Arichulegui, y al dia siguiente en Echalar se presentaron á Lizárraga para servir á sus órdenes, el capitan del ejército, don Emilio Martinez Vallejo, un hijo del infortunado Balanzátegui y el baron prusiano Ricardo de Dungern, jóven de 21 años, teniente de la guardia imperial, que habia perdido pátria, familia y una inmensa fortuna por abjurar del protestantismo en que le habian educado sus padres, y entrar, á pesar de la oposicion de su familia, en el seno de la Iglesia católica.

Los recien venidos, lo mismo españoles que extranjeros, habian tenido que vencer mil dificultades y hacer no pocos sacrificios para incorporarse á nuestras filas; pero al verse entre nosotros, se daban por contentos y se mostraban animosos y resueltos á sufrir con paciencia cuantos trabajos les sobrevinieran, defender con lealtad la santa causa que habian abrazado y pelear por ella con valor.

La bandera carlista, cuyo primer lema es Dios, cobijaba igual mente al hijo del inolvidable jefe leonés que al oficial del ejército republicano, y los unia en fraternal abrazo con el baron aleman y el teniente irlandés. Estos, á su sombra, eran ahora compañeros de armas, cuando dos años antes peleaban uno contra otro en los campos de Francia. Hablé á los cuatro, y el mismo espíritu los guiaba; todos venian á defender ante todo, la Religion católica; Balanzátegui por seguir el ejemplo de su padre; Vallejo porque en el ejército y en el gobierno que regia á España la habia visto perseguida; Leader porque en la católica Irlanda la causa carlista despertaba grandes simpatías, y Dungern porque en su celo de neófito, queria compensar peleando por la Iglesia el tiempo que habia perdido peleando por Bismarck. Vallejo y Leader, derramando su sangre en el campo, sellaron luego su adhesion á la causa que los habia unido; Dungern, que habia hecho mayor sacrificio, le completó más tarde muriendo gloriosamente en la memorable jornada de Abárzuza.

El general Elío habia llegado á Santestéban mientras nosotros estábamos en Echalar, y en cuanto lo supimos fuimos á ponernos á sus órdenes. El 14 á las cinco de la tarde entramos en Santestéban, y el anciano general rodeado de su Estado mayor, nos recibió á caballo y pasó revista á nuestras fuerzas que formaron en el juego de pelota del pueblo.

A pesar de sus setenta años, don Joaquin Elío estaba más fuerte y ágil de lo que habia creido, y en su actitud y en su postura, demostró al pasarnos revista, que aún se encontraba con fuerzas para resistir otra campaña. Elio, á quien tampoco conocia, era hombre de facciones finas, regular estatura, mirada lenta y pene-

trante, venerable barba casi blanca y modales distinguidos. Sus maneras elegantes, su trage y su conversacion revelaban, además de su preclaro orígen y su esmerada educacion, la finura propia de un cumplido caballero. Llevaba boina azul con escudo pero sin borla, un dolman largo de paño negro, corbata y chaleco blanco, y pantalon encarnado con polainas de charol. No revelaba su alta gerarquía con insignias de ninguna clase, ni usaba arma alguna, demostrando solo por la distincion de su porte su orígen, y por la respetabilidad de su persona, su categoría.

Elío oficial de la guardia Real de Fernando VII llegó en la guerra pasada á general, y en vez de entrar en el convenio de Vergara, sostuvo aún despues de él, algunos encuentros con los batallones navarros que tenia á sus órdenes, y emigró á Francia. Acompañó luego á Cárlos VI en la intentona de La Rápita, y fué hecho prisionero en Uldecona, condenado á muerte é indultado por la clemencia de doña Isabel. Elío en pago prometió no combatir contra ella, pero rechazó con dignidad los ofrecimientos que le hicieron si queria servir á sus órdenes, y vivió retirado hasta que la revolucion arrojó de España á doña Isabel. Entónces Elío volvió á defender la causa por la que en otros tiempos habia peleado, y vino á servir á Cárlos VII con la misma lealtad que á Cárlos V habia servido.

Esta historia unida á su fama le dieron el puesto de Jefe de Estado Mayor General y Ministro de la Guerra; es decir, el mando superior despues del Rey, del ejército carlista.

D. Joaquin Elío, que tenia inteligencia y valor, no demostraba tener ciertas condiciones de carácter necesarias para desempeñar aquel puesto en tan críticas circunstancias. Su genio distintivo era la irresolucion y la calma, y vacilando siempre sobre el partido que debia tomar, y negándose á todo aquello que le parecia audaz ó aventurado, contenia grandemente el ímpetu batallador de nuestros voluntarios, y no daba nunca golpes decisivos.

Siete dias estuvimos en Santestéban. Tan larga parada debíase á que todas las columnas habian abandonado aquel territorio, no quedando más que la de Maldonado, que, al verse aislada se encerró en Elizondo y empezó á fortificarse. Nosotros la bloqueamos completamente, pues las partidas sueltas de Navarra la cerraron los caminos y puertos, y el batallon de Azpeitia y las compañías del 4.º de Navarra estaban dispuestas á batirla si se atrevia á salir. Entre todos éramos cerca de 2,000 hombres; la columna republicana se componia de más de 1,000, pero Maldonado, recordando lo ocurrido en Eraul, no quiso exponerse á que se repitiera, y no salió. Se le interceptaron varios partes pidiendo refuerzos; se le cogieron las raciones que le llevaban, pero se mantuvo á la defensiva y nos privó del gusto de derrotarle.

Otro objeto nos detenia en Santestéban, el propósito de atacar á Zumbilla, pueblo fortificado por los liberales y guarnecido por tres compañías. Necesitábamos artillería para atacarle, y para esto se pidió un cañon que habia en Arechulegui. La gente de Santa Cruz que lo guardaba se negó, obedeciendo sus órdenes, á entregarle, y Zumbilla se salvó, y quizás tambien la columna de Maldonado, porque pasando dias se acercaron á nosotros las fuerzas de Dorregaray y Ollo y vinieron tras ellas una porcion de columnas enemigas que nos obligaron á abandonar aquel territorio.

El 20 por la tarde salimos de Santestéban y fuimos á Urroz; Dorregaray y Ollo con sus fuerzas estaban en el inmediato pueblo de Labayen, y en la mañana del 21 nos unimos todos, y tomando Elío el mando, emprendimos una larga marcha para burlar á las columnas que nos cercaban, y hacer el general Elío una expedicion por las cuatro provincias á fin de inspeccionar el estado de las fuerzas carlistas, conferenciar con todos los jefes y hacer saber á todos los pueblos su presencia en el ejército.

La expedicion debia ser rapidísima porque el grueso de las fuerzas enemigas, en cuanto comprendiera nuestro proyecto nos perseguiria activamente, mientras columnas sueltas tratarian de salirnos al paso y entretenernos. En andar mucho y tener buenas confidencias para no tropezar con nadie, se cifraba el éxito de la expedicion; y, gracias á la resistencia de nuestros soldados y á la actividad de nuestros confidentes, la llevamos á cabo felizmente.

Para que se vea la manera de andar que teníamos, describiré nuestro viaje. El 21 de madrugada salimos de Labayen, anduvimos todo el dia, pasamos cerca de Lecumberri, y al anochecer fuimos á alojarnos en Oderiz: allí solo paramos cuatro horas, y continuando la marcha á las doce de la noche, atravesamos la Barranca y la vía férrea en la madrugada del 22, y subiendo enormes montes llegamos á las nueve de la mañana á un pueblecillo, donde paramos tres horas para comer, y continuamos la marcha hasta las siete de la tarde que entramos en Arriezu; es decir, que de treinta y seis horas anduvimos ventiocho. Fuimos á Arellano el 23, y descansamos hasta la mañana del 24 en que salimos para Mendaza y como ya aquella parte del viaje la hacíamos por tierra de Estella nuestra presencia despertaba general alegría, que como siempre, se manifestaba ruidosamente.

El 25 salimos de Navarra y entramos en Alava por Santa Cruz de Campezu, y el 26 pasando por Pipaon, fué Lizárraga con su fuerza á dormir á Azcarza, pueblo castellano correspondiente ya á la provincia de Búrgos, mientras el resto de las tropas se alojaban en otro pueblo alavés. Reunidas el 27, bajamos resueltamente á la llanada de Alava, pasamos á la vista de Vitoria, cuya guarni-

cion se encerró temiendo la atacaramos, descansamos en el inmediato pueblo de Trespuentes, y volviendo á tomar los montes que separan á Alava de Vizcaya, fuimos á pernoctar en Belunza, y el 28, pasando por Unza, penetramos en Vizcaya bajando por la célebre peña de Orduña á la ciudad del mismo nombre.

Habíamos recorrido Navarra y Alava sin ningun tropiezo, á pesar de ir siempre cerca de nosotros columnas enemigas. Los confidentes nos daban avisos contínuos de sus menores movimientos, de modo, que gracias á ellos y al conocimiento del país que tenian nuestros jefes, marchábamos sobre seguro. Entónces tuve ocasion de convencerme de lo imprescindible que es en la guerra el espionaje y la confidencia, al ver los importantes servicios que nos prestaba, y pude estudiar y admirar á los confidentes vascongados. No eran estos, hombres que se dedicaban por lucro á aquel oficio peligroso, nada de eso; eran hombres entusiastas, carlistas acérrimos que prestaban aquel servicio espontáneamente, casi sin retribucion, y que poniendo en él toda su voluntad lo desempeñaban maravillosamente. Hijos de familias carlistas ó viejos soldados de la pasada guerra, interesados en el triunfo de la causa como todos los voluntarios, hacian por ella cuanto sus prodigiosas fuerzas y su portentosa agilidad les permitian.

Los confidentes andaban dia y noche por todas partes; conocian todos los caminos, atajos y veredas, penetraban aún en los pueblos fortificados, adquirian noticias y cuando era necesario venian á transmitirlas con la celeridad del rayo. Vestidos como los aldeanos del país con la chaqueta al hombro, en mangas de camisa pero provistos siempre del indispensable paraguas, andaban leguas y leguas, y ora pasaban dia y noche en un monte vigilando los movimientos de una columna, ora entraban en el pueblo donde se alojaba, iban con los soldados enemigos á la taberna, preguntaban cautelosamente sobre su número y planes y se volvian con las noticias que habian adquirido.

El tipo, el modelo, el ideal de los confidentes de Navarra, era uno á quien el ejército todo, desde Elio hasta el último voluntario, querian entrañablemente. Iba siempre con el anciano general que decia era sus ojos y sus piernas, y mandaba en jefe á los demás confidentes. Oficiales y soldados llamabánle por esto el general Simon, y recibian sus instrucciones y consejos como si en efecto vinieran de un general. Tal era la confianza que su lealtad, su conocimiento del país y su amor á la causa inspiraban, que todas las comisiones difíciles se encargaban á Simon. Si habia que ir á llevar comunicaciones importantes á la junta de Bayona, Simon cogia su paraguas, y desde la Amézcua ó Alava se iba á Bayona, burlando en España á los carabineros, las columnas y los guardias civiles, y en Francia á los gendarmes y aduaneros, y á

los pocos dias volvia con la contestacion. Ni se detenia por los obstáculos, ni le asustaban dificultades. Por cumplir con su servicio lo dejaba todo, y un rasgo que yo mismo le oi contar con la mayor sencillez, me demostró que llevaba su amor á la causa hasta el heroismo.

Simon era casado y tenia hijos, y con el contínuo movimiento que llevaba apenas podia verlos. Hacia un mes que no habia estado en su casa, y un dia que volvia con una importante noticia pasó por ella, y para saludar á su familia entró. Encontró á su mujer sumida en el llanto y á una de sus hijas muerta. Simon sintió desfallecer sus ánimos y temblar sus piernas ante el espectáculo de desolacion que su casa presentaba, pero acordándose en seguida de que el ejército aguardaba con ánsia su vuelta, enjugó sus lágrimas, dió un beso al cadáver de su hija, y partió con su acostumbrada celeridad á advertir á los soldados carlistas del peligro que les amenazaba.

CAPITULO XVI

Velasco y los Vizcainos.

Nnnca olvidaré la entusiasta acogida con que fuimos recibidos al entrar en la ciudad de Orduña por los carlistas vizcaínos. Venia á vanguardia el batallon guipuzcoano é hizo su entrada cantando el religioso y patriótico himno vascongado á S. Ignacio; seguianle los tres batallones navarros con la música del 2° á la cabeza, la seccion de artillería en el centro y á retaguardia la caballeria. Todos formaron en la espaciosa plaza de la ciudad y el aspecto que presentaba aquella llena de soldados y de pueblo que desde las calles, balcones y ventanas nos aclamaba sin cesar, era magnifico é imponente.

Los vizcaínos que hasta entónces solo habian visto las fuerzas de su pais, estaban asombrados al ver juntos tantos soldados carlistas, al observar el aspecto guerrero y resuelto de nuestros batallones, y al mirar á los generales que rodeados de un brillante acompañamiento circulaban difícilmente entre la apiñada multitud que los aclamaba. Lo que sobre todo llamaba poderosamente la atencion era el cañon de Eraul. La gente como en Navara

se acercaba á él y para convencerse de que no era pintado no se contentaba con verle sino que habian de tocarle. Entonces volvianse todos tan satisfechos como si se les hubiera asegurado el triunfo, porque para aquel pueblo sencillo y entusiasta era casi lo mismo tener un cañon los carlistas que declararlos invencibles.

El Brigadier D. Gerardo Martinez de Velasco, Comandante general de Vizcaya, vino á Orduña á ponerse á las órdenes del general Elío. Velasco que en la campaña de la primavera del 72 se habia distinguido por su constancia y su energía en castigar severamente á los que se acogieron al convenio de Amorevieta, habia sido nombrado jefe de Vizcaya para hacer el alzamiento, y como Ollo en Navarra y Lizárraga en Guipúzcoa vino en medio del invierno á las montañas y empezó a recoger la gente que Goiriena y otros jefes del pais iban sacando. En Febrero cayó enfermo y tuvieron primero Ollo y luego Valdespina que regir por algunos dias las fuerzas vizcaínas, hasta que volvió Velasco á encargarse del mando. Las condiciones en que se encontraba Vizcaya le favorecieron grandemente. Los republicanos no tenian tantas fuerzas como en Navarra ni tantas guarniciones como en Guipùzcoa, asi que la persecucion qne por algun tiempo hizo Ansótegui á las nacientes partidas vizcaínas no fué tan temible y contínua como la que en otras provincias se hacia á los carlistas. Tuvo ademas la suerte el Brigadier Velasco de contar casi desde el principio con recursos, pues pidió por medio de una circular la contribucion á los pueblos todos de Vizcaya, y excepto la capital y algunos pocos, todos se apresuraron, á llevarle su importe. Con la suma respetable que le produjo este sistema de recaudacion sacó para comprar fusiles y municiones, para vestir y equipar sus voluntarios y para ir sosteniendo la guerra. Comisionó para la compra de armas en Inglaterra á su jefe de E. M. el teniente coronel Argüelles, oficial procedente del cuerpo de ingenieros, y mientras llegaban y se desembarcaban las armas, logró burlar la persecucion del enemigo, y rehuyendo encuentros fué organizando su gente por batallones instruyéndolos y vistiéndolos gracias á la vida sosegada y casi pácifica que llevaban.

Velasco, aunque castellano de nacimiento, era generalmente apreciado en Vizcaya. Su aspecto militar y grave, su fama de lealtad y constancia, su amor al órden y á la disciplina, su carácter organizador y metódico, su afabilidad y buenos modos para tratar á los pueblos, le atraian el respeto de ellos y de los voluntarios. Estos además le querian porque confiaban en que la prudencia y exquisita vigilancia que su jefe empleaba para con el enemigo, les daba la seguridad de no ser sorprendidos ni casi perseguidos y les evitaba no pocas de las molestias de la guerra.

Solo el aspecto de un batallon vizcaíno demostraba la mayor

suma de recursos y la mayor paz con que se habia hecho el levantamiento en aquella provincia. Al salir de Orduña encontramos en Amurrio al batallon de Guernica, 1° de Vizcaya y vimos que estaba perfectamente armado y uniformado. Vestian sus soldados boina blanca, blusa de paño gris, pantalon encarnado y polainas negras; llevaban fusiles giratorios del sistema Lefaucheaux excepto los oficiales que usaban carabinas rewolveres. La escolta de Velasco, única fuerza de caballeria de Vizcaya, componiase de 10 jóvenes cadetes escapados del colegio de Valladolid, más unos cuantos voluntarios. Los primeros usaban el uniforme de su cuerpo, con boina en vez de chacó; los segundos dolman encarnado y pantalon azul con media bota. Estaban todos perfectamente equipados, y jefes y soldados iban tan limpios y aseados como si en vez de estar en campaña estuvieran de guarnicion.

A pesar de la diferencia que habia existido entre el alzamiento de Guipúzcoa y el de Vizcaya, habia menos fuerzas en esta que en aquella; los guipuzcoanos, armados por entónces, ascendian á 2,000 hombres; los vizcainos, apenas llegaban á 1,500, pero en cambio, no habia en Vizcaya la division que en Guipúzcoa, porque entre sus muchos partidarios ninguno habia imitado la conducta de Santa Cruz. En Vizcaya, todos se habian apresurado á ponerse á las órdenes del comandante general y á ayudarle y á favorecerle en todo.

Goiriena, que habia sido el primero en levantar gente y salir con ella á campaña, echó los fundamentos del primer batallon de Vizcaya, que por el distrito á que pertenecia se llamó de Guernica, y luego, Iriarte, Sarasola, Gorordo y otros, fueron levantando gente en otros distritos y se crearon los batallones de Durango, Marquina y Arratia.

El descanso de un dia que habiamos hecho en Orduña, dió tiempo á las fuerzas enemigas para acercársenos y obligarnos á cruzar rápidamente por Vizcaya. El 30 á las dos de la madrugada salimos de Orduña, y al amanecer llegamos á Amurrio; justamente Nouvilas entraba entónces con su columna en Orduña, así es que seguimos andando hasta mediodia que descansamos un par de horas en un monte á dos leguas de Bilbao, y por la tarde tomamos el camino de Villaro y pasando por las inmediaciones de aquel pueblo que estaba defendido por 400 francos, fuimos acompañados por las fuerzas de Velasco, á dormir á Yurre. El 31 salimos de allí muy de mañana, y pasando por Zornoza y Amorevieta, llegamos casi al anochecer á Lequeitio, preciosa y elegante poblacion situada á orillas del Occeano, rodeada de bellas quintas y favorecida durante los veranos por gran concurrencia de bañistas.

La persecucion que nos hacia el enemigo no nos permitió mas

que pasar en ella la noche, y al amanecer del 1.º de Junio, salimos de Lequeitio, y siguiendo largo rato por la costa dejamos luego á Vizcaya y entramos en Guipúzcoa, descansando á medio dia en Mendaro y yendo á dormir á Cestona.

CAPITULO XVII

Accion de Azpeitia. — El primer cañonazo carlista. — Fin de la espedicion

Habiamos recorrido ya tres provincias sin tropezar con el enemigo, pero pasar por Guipúzcoa sin encontrarle, era cosa casi imposible; tal era el número de guarniciones y de columnas que andaban por su reducido territorio. El 2 de Junio á las siete de la mañana salimos de Cestona, y siguiendo un rato por la carretera que conduce á Azpeitia cruzamos el Urola, y tomamos por los altos montes que se levantan á la derecha del rio para pasar por encima de la villa sin ser molestados por su guarnicion. Azpeitia, como casi todos los pueblos de Guipúzcoa, estaba fortificado y defendida por algunas tropas y voluntarios del país, y asi como no pensábamos atacarlos, estábamos seguros de que ellos tampoco saldrian á molestarnos. Pensábamos pues pasar con tranquilidad, cuando al asomar por la cumbre del monte Araunza, que domina la villa, vimos correr gente por la plaza, oimos dentro repetidas veces el toque de llamada á la carrera dado por varios cornetas, y divisamos luego compañías que formaban en la plaza, ocupaban los puentes y salian á las alturas inmediatas.

Evidentemente no eran los voluntarios tan belicosos que fuesen á presentarnos combate fuera del pueblo, por lo que comprendimos enseguida que alguna columna de tropa habia llegado aquella misma mañana y nos salia al encuentro. En efecto, así era: Loma con su columna habia llegado á Azpeitia á eso de las nueve, y al saber nuestro paso por las inmediaciones salia á entretenernos.

Al ver los preparativos del enemigo, Lizárraga que iba á vanguardia de nuestras fuerzas, mandó que dos compañías guipuzcoanas se apoderasen de un montecillo próximo á la villa, que era la llave de las posiciones inmediatas, mientras que llegaban los batallones navarros y formaban en lo alto del Araunza.

Nuestras guerrillas y las enemigas rompieron enseguida el fuego, que poco á poco se fué generalizando. Los republicanos desde

lo alto de San Pedro nos hostilizaban, así como desde los caserios inmediatos á la villa. La cola de su columna se apoyaba en esta y no se alejaba de las casas para tener segura la retirada, lo que nos hacia comprender que Loma, prudente y receloso, queria atraernos al pueblo, pero sin exponerse. Algunas fuerzas entónces empezaron á correrse á la izquierda, para atraerle hácia aquella parte y alejarle de la villa, mientras otros bajaban por la derecha y le cortaban la retirada; pero Loma lo comprendió, y no se movió de su puesto. Desde él nos cañoneó con dos piezas de montaña y entonces llegó la ocasion de estrenar nuestra artillería, es decir, el cañon de Eraul.

El comandante Aiza, veterano de la guerra pasada, que mandaba dicha pieza, se situó con ella en una pequeña loma desde donde se enfilaban dos casas guarnecidas de enemigos, y les hizo fuego. Nuestros soldados aguardaban con ánsia el primer disparo, y al oirle, prorumpieron en vítores y aclamaciones que aumentaron al ver al enemigo abandonar una de las casas sobre la que estalló una de nuestras granadas. Cinco disparos, casi todos certeros, hizo nuestro cañon; entre tanto, el enemigo que vió las fuerzas que bajábamos por nuestra derecha para cortarle, echó á correr hácia el pueblo y siguió desde allí defendiéndose. Evidentemente, querian atraernos á las casas, pero así como ellos no habian caido en la red que les tendíamos, tampoco nosotros caimos, y en lugar de bajar de nuestras posiciones, fuimos desfilando hácia la izquierda y separándonos del pueblo sin que intentaran ellos perseguirnos por no atreverse á separarse de la villa. A poco, cesó el fuego y con él la accion de Azpeitia, gloriosa para nuestras armas, pero no importante ni costosa. Tuvimos doce heridos, casi todos leves, mientras que el enemigo tuvo siete muertos y 20 heridos.

Loma, sin embargo, pintando la accion á su manera, nos acusaba en su parte oficial, que cogimos, de no habernos atrevido á atacarle en sus posiciones, cosa muy natural, pues sus posiciones eran un pueblo fortificado, contra el que no teníamos deseos ni tiempo de combatir.

Pasamos sin atacar el pueblo, porque no nos convenia sacrificar gente ni perder tiempo inútilmente, como no le convino á Loma alejarse de Azpeitia ni intentar desalojarnos de la cumbre del Araunza, ni seguirnos luego al monte Hernio por donde pasamos á las inmediaciones de Tolosa, alojándonos aquella noche en Goyaz y Vidania.

Allí llegaron nuestros heridos; entre ellos venia el simpático irlandés don Guillermo Leader, con una pantorrilla atravesada de un balazo; el bravo jóven, que habia hecho á pié toda la expedicion, estaba el dia anterior tan fatigado que quiso quedarse en

Lequeitio. Siguió, sin embargo, á Cestona, y aquella mañana en cuanto oyó fuego, se entusiasmó y se fué con las guerrillas. Volvió despues de hablar á Lizárraga, y cuando vió que se trataba de cortar al enemigo bajando fuerzas por nuestra derecha, revólver en mano, echó á correr hácia los republicanos gritando: ¡ voy á cogerles un caballo aunque me cueste la vida! Con esta idea fija, bajó cerca del pueblo y allí fué herido. Afortunadamente, no era de gravedad la lesion que habia recibido, por lo que, despues de curarle, se le dejó en un caserío á fin de que se restableciera.

Al dia siguiente salimos por la carretera que conduce á Tolosa, pero al cabo de un rato la abandonamos, tomamos por los montes, y por ellos fuimos á Icaztiguieta, donde estaba un tren descarrilado; seguimos luego la marcha, y por la tarde salimos de Guipúzcoa; entramos en Navarra por Betelu, y fuimos á alojarnos á Lecumberri, Iribas y Baraibar.

Nuestra expedicion habia terminado; catorce dias nos habian bastado para recorrer Navarra, Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, llegando hasta á un pueblo de Castilla sin haber tenido más tropiezo con el enemigo que el de Azpeitia, que acabó de dar gloria á aquella rápida escursion. Las provincias habian visto en ellas fuerzas respetables bien organizadas, obedientes y aguerridas; habian visto á los generales y la artillería, y habian comprendido que el ejército carlista iba creciendo y mereciendo verdaderamente el nombre de tal.

La expedicion habia, pues, sido una obra de propaganda, y su principal objeto, el de animar al país, se habia conseguido completamente.

El 4 de Junio nos separamos: Elío, con las fuerzas navarras, fué hácia la Solana; Lizárraga, con el batallon guipuzcoano, pasó por Lecumberri y fué á Aldaz con el objeto de entretener y distraer á la columna de Nouvilas que estaba en Leiza. Aquel movimiento desconcertó al jefe republicano, porque, al saber en Lecumberri que nos habíamos dividido y que habíamos tomado unos á la derecha y otros á la izquierda, se detuvo todo aquel dia para decidir hácia qué lado tomaria, y entre tanto, marchando los navarros sin parar, le tomaron venticuatro horas de delantera y entraron en las Amézcuas. De allí bajaron luego hácia la Rioja, detuvieron un tren en Miranda de Ebro, sosteniendo una accion ventajosa con los carabineros que le custodiaban y la guarnicion, á los que cargándoles á la bayoneta encerraron en el pueblo; fueron á Orduña y el 17 estaban de vuelta en Lecumberri á donde hacia dias habíamos vuelto nosotros.

CAPITULO XVIII

El vicario de Orio. — Irurzun y Udave. — Derrotade Castañon.

Las tropas navarras salieron de Lecumberri el 20 para las Amézcuas, y nosotros para Beruete. Mientras ellas andaban, nosotros teníamos un disgusto grave producido por algunos gritos subversivos contra los castellanos, dados por un sargento santa-cruzista, que con diez soldados produjo un pequeño motin. Castigado en seguida, sin efusion de sangre, se restableció la disciplina y se cortaron las agitaciones que promovian los santa-cruzistas, quienes hacian toda clase de esfuerzos por descomponer las fuerzas que mandaba Lizárraga.

En cambio en aquellos dias tuvimos el gusto de que volviese á incorporarse á las filas, el respetable vicario de Orio, don Juan Antonio Macazaga, á quien hasta entónces no conocia.

En periódicos y en caricaturas habian los liberales tratado de desautorizár la gran influencia que por sus condiciones y virtudes ejercia el vicario de Orio, y habíanle presentado como un tipo de esos curas guerrilleros, que por desgracia han existido, y que cambian gustosos la estola por el trabuco. Don Juan Antonio Macazaga no era así, sino justamente todo lo contrario. Hombre ya de edad avanzada, de buena presencia, de simpática y bondadosa fisonomía, sacerdote ejemplar y digno, habia tomado parte en la guerra por crerla justa, santa y favorable á la Religion, pero ni ejercia mando, ni queria tener carácter alguno militar, ni siquiera figuraba como tal, aunque no le faltaban derechos para ello, pues en la guerra pasada, antes de ser sacerdote, fué su carrera militar tan gloriosa, que solo por sus méritos y acciones valióle ascender á comandante. En la presente, el valeroso jefe se habia convertido en sacerdote, y la dignidad de este altísimo cargo era para él tan grande, que no consintió en perderla por un momento, ni en trocarla por los honores militares. El único cargo que desempeñaba, era el de capellan del Estado Mayor: cumplia con los deberes que le imponia; decia misa, confesaba, predicaba á los soldados, y, ni en marchas ni en combates abandonaba nunca su traje talar negro, ni consentia jamás en cambiar su sombrero de teja por la boina. Su inteligencia, su conocimiento del país, su popularidad sobre paisanos y soldados, sus consejos, y sobre todo su ejemplo

y su sangre, eso era lo que ponia generosamente como carlista, al servicio de la causa.

Con su palabra contribuyó al alzamiento de Guipúzcoa, con su prudencia salvó varias veces á las nacientes partidas, con su serenidad y con su valor animó á los débiles, y con su acierto y pericia contribuyó, colocando perfectamente las fuerzas, á la victoria de Iturrioz. Desprovisto de ambicion, en vez de hacerse jefe de las fuerzas que tanto le querian, dejó siempre á otros el mando y tuvo cuidado de no dictar nunca disposiciones ni órdenes que le hiciesen aparecer como jefe. En los momentos de combate estaba en primera línea animando á los voluntarios, á quienes queria como hijos, é ilustrando con sus consejos á los jefes. En una de las acciones, su traje talar llamó la atencion de los enemigos, que le convirtieron en blanco de sus tiros. Macazaga, que no hacia caso de los proyectiles, recibió dos balazos en las piernas, y para que los soldados no desmayaran al verle herido, siguió de pié y sonriéndose, animando á todos hasta que terminó el combate y confesó su estado. Restablecido de aquellas heridas volvia entónces, y fué recibido con tal cariño y veneracion por los voluntarios, que no parecia sino que en él veian á un padre. El gran mérito del vicario de Orio, consistía en haber conservado en la guerra, puro su sagrado carácter, sin manchar su traje más que con la propia sangre derramada generosamente por el bien de los demás.

Despues del vicario de Orio llegaron á Beruete varios jefes y oficiales que iban á incorporarse al cuartel general; entre ellos venia el conde de Alcántara, noble y valeroso católico belga, con otros cuatro extranjeros, todos bien vestidos, armados y equipados. Habian intentado formar un escuadron de caballeros de diversos paises que sirviera como escolta del Rey, pero conocieron que la clase de guerra que hacíamos era muy penosa para ellos y desistieron de la idea, viniendo solo los cinco más animosos á pelear á nuestro lado.

Entre tanto, las fuerzas navarras de Ollo y Dorregaray sostenian con la columna de Portillo un encuentro poco importante y nada ventajoso en Ganuza, y volvian hácia Lecumberri. Antes de llegar, atacaron el fuerte de Irurzun, que por estar situado en punto muy estratégico de la Barranca, nos molestaba grandemente. El 25 los tres batallones navarros rodearon la poblacion, se situó convenientemente el cañon de Eraul, se rompió el fuego de artillería, y á los pocos disparos pidieron parlamento los republicanos y se rindieron. Cogiéronse 92 prisioneros, cerca de 100 fusiles, con municiones abundantes, y se destruyó el fuerte que tanto nos molestaba.

La columna enemiga de Castañon llegó á Irurzun cuando ya nuestras tropas estaban en Lecumberri con los prisioneros y ani-

madísimas con la rendicion del fuerte, así que á la mañana del 26 salió de Irurzun como para alejarnos. En vez, sin embargo, de retroceder como otras veces, se resolvió atacarla, y se envió al brigadier Ollo con dos batallones navarros á atraerla á sitio conveniente, mientras Elío, Dorregaray y Lizárraga con los otros dos batallones navarros y el guipuzcoano de Azpeitia, esperaban en Lecumberri que empezase el combate para acudir en seguida. Estuvimos esperando largas horas sin que ocurriese la menor novedad, y ya creíamos que la columna enemiga habria emprendido la retirada á Pamplona y no habria accion, cuando un ayudante de Ollo vino á avisarnos que el enemigo se dirigia á Arroiz, pueblo inmediato á Lecumberri, y que convenia lo tomásemos ántes que él llegase. En efecto, fuimos á Arroiz en seguida, pasamos por el pueblo sin detenernos, avanzamos aún cerca de dos kilómetros, y entónces vimos en unas cumbres cercanas tropas formadas, que comprendimos eran las enemigas, miéntras que en otras, á nuestra izquierda, se veian los batallones de Ollo. Rompió el enemigo el fuego contra éstos, que estaban en posiciones, y en seguida contra Lizárraga y los guipuzcoanos que avanzaban, para detener nuestro empuje y contener á los de Ollo, pero aunque el terreno era casi descubierto y su artillería y fusilería nos acribillaba, seguímos avanzando. A vanguardia marchaban los cazadores de Azpeitia; por nuestra izquierda el 2.° de Navarra, y á retaguardia, á modo de reserva, el 4.° de Navarra, que por primera vez entraba en fuego. El 1.° y 3.° se batian á las órdenes de Ollo, y amenazaban cortar la retirada al enemigo, por lo que éste desde el principio de la accion se mantuvo á la defensiva, formó contra nosotros en batalla y nos hizo terrible fuego; sin embargo, al ver que llegábamos á la línea de los batallones de Ollo, comenzó á retroceder ordenada y admirablemente para que no le cortáraramos. Lizárraga entónces mandó que el comandante Iturbe con seis compañías de Azpeitia, se corriese por nuestra derecha, que era hácia donde el enemigo se retiraba, y con las otras dos que quedaban del mismo batallon, á las órdenes del capitan Ichazo, y con su Estado Mayor, cargó de frente al enemigo. Recibió éste el empuje de los guipuzcoanos con nutridísimo fuego, que nos causó graves pérdidas y nos hizo retroceder algunos pasos. Para entónces llegó el 4.° de Navarra, volvieron los guipuzcoanos á la carga robustecidos con algunas compañías del 4.°, cargó tambien el 2.° por la izquierda, y el enemigo, sin intentar ya resistir, se desordenó y dejó el campo en poder de los carlistas. La persecucion comenzó entónces; el enemigo, á ejemplo de lo que hicimos en Eraul, envió como última esperanza de salvacion, su caballería á la carga, pero nuestra artillería, que por la escasez de municiones funcionaba poco, hizo tan certeros disparos, que desordenó á

los ginetes enemigos y les obligó á huir y aumentar la confusion y el pánico de que su infantería estaba poseida. La mayoría de los enemigos empredió la fuga hácia Udave, miéntras algunos escapaban á Pamplona. Nosotros fuimos persiguiendo á los primeros, y aunque no teníamos caballería para haber cortado al enemigo ó acuchillado á casi toda la columna, que huia en desórden, nuestra infantería aún causó muchas bajas en la retirada á los republicanos, y les cogió cerca de 100 prisioneros de cazadores de Puerto-Rico y el regimiento de Sevilla. Entre ellos se hallaban 10 jefes y oficiales.

Castañon salvóse de la suerte de Navarro tirando la levita, dejando la columna y huyendo á todo correr á Pamplona; pero en cambio, perdió su equipaje con papeles interesantes, y aumentó con su ausencia la derrota de los suyos.

Nuestros voluntarios estaban contentísimos con la victoria, sobre todo al ver en su poder otro cañon que habian cogido los del 2.° de Navarra en la carga que dieron en auxilio de los guipuzcoanos. Todos juntos corrieron tras el enemigo hasta las mismas casas de Udave, donde éste se encerró y fortificó, y queriendo dar fuego á una de ellas, fué herido Radica. La victoria fué más sangrienta que la de Eraul, y para nosotros más costosa. Como habíamos tomado la ofensiva en terreno casi descubierto, las balas enemigas causaron en nuestras filas sensibles bajas. La carga á la bayoneta nos costó la pérdida del coronel Azpiazu, jefe del 4.° de Navarra, que al frente de su batallon fué acribillado, y la del bravo y simpático don Cárlos Caro, secretario de Elío, que á pié y espada en mano, cargó con los que se lanzaban á la bayoneta. Fueron heridos gravemente el comandante don Emilio Martinez Vallejo y mi compañero Romualdo Martinez Viñalet cuando con las compañías guipuzcoanas íbamos ya á romper la línea enemiga, y más tarde al llegar ya á Udave, cayó herido el denodado teniente coronel Sanjurjo, que mandaba la escolta del general, y murió á los pocos momentos. Los guipuzcoanos y el 4.° de Navarra que atacaron de frente, tuvieron graves pérdidas; pero aunque sensibles, nada fueron en comparacion de las que en el ataque y retirada experimentó el enemigo. El campo estaba cubierto de cadáveres y destrozos, y hasta el mismo pueblo de Udave, donde se encerraron los restos de la desbaratada columna, un reguero de sangre anunciaba el paso de los desventurados heridos que habian podido ser conducidos allí. Despues de recorrer el campo, volvimos, ya de noche, á Lecumberri, donde fuimos recibidos con estrepitosas aclamaciones. La nueva de la victoria corrió aquella misma noche por los pueblos inmediatos, y voló en alas de la fama aumentada, por toda Navarra. Mientras tanto la confirmaban Castañon y los dispersos que

entraban en Pamplona,y como, para excusar el suceso, aumentaban éstos nuestro nùmero fué el resultado, que Udave acabó de completar el gran efecto de Eraul, presentándonos como fuertes, arrojados é invencibles, y dando ánimos para imitarnos á los carlistas de toda España y algo más de cuidado á los republicanos, que hasta entónces no habian creido posible que las partidas carlistas en campo abierto les quitasen los cañones que con tanto valor defendian sus soldados.

Al dia siguiente de la victoria acudió Nouvilas con numerosas fuerzas á recoger á las de Udave. Nosotros le evitamos saliendo de Lecumberri y marchando por Leiza á Escurra y Erazun. El 28 nos separamos de Elío y Dorregaray, que fueron hácia la Solana, mientras nosotros íbamos á Yanci, es decir, á la frontera, conduciendo los prisioneros de Irurzun y Udave hácia allí, para llevarlos luego á Peña de Plata.

CAPITULO XIX

El ejercito cristiano: el Corazon de Jesus; el Rosario. — El Himno de San Ignacio.

Varias veces he tenido ya ocasion de decir que lo que distinguia más que nada el alzamiento carlista, lo que formaba su carácter esencial, era el ser una lucha religiosa. Quien pretenda negarlo se equivocará grandemente al juzgar de las causas que tanta fuerza dieron al alzamiento, y no podrá explicarse nuestro crecimiento.

El grito de ¡viva la Religion! era el primero que daba toda partida al levantarse en armas; era el que pronunciaban con estrépito todos los pueblos al ver pasar por sus calles á los voluntarios de Cárlos VII; era, en fin, el alma de aquella inmensa agitacion en que estuvieron las provincias Vasco-navarras y otras muchas de España antes de que la guerra estallara. Una vez que se acudió á las armas, en cuanto se dejó oir el estruendo de los combates, el sentimiento religioso empezó á formar un ejército cristiano en sus creencias, cristiano en sus ideas y cristiano en sus costumbres, que hubiese ido creciendo si posteriormente personas extraviadas no se hubiesen esforzado en arrancarle aquel carácter, que era justamente lo que constituia su fuerza.

En los primeros tiempos en que la fé hacia á los hijos de las provincias Vascas y de Castilla abandonar sus casas para empuñar las armas, la fé les daba el ardor necesario para ser soldados; la constancia y resignacion para sufrir las penalidades de la campaña, y la subordinacion y disciplina de que naturalmente carecian.

Los pueblos vascongados al formar un ejército, le formaron, como ellos eran, creyente y piadoso; los voluntarios tenian á mucha honra dar pública muestra de ello; y por eso las costumbres cristianas que habian aprendido de sus madres fueron bien pronto costumbres en el ejército; y los vascos que acostumbraban á rezar por las tardes á la puerta de sus pacíficas moradas, y á la voz del jefe de la familia, el santo Rosario, le rezaban luego con la misma fé, formados en la plaza, con el fusil en las manos y al sonido de las bélicas cornetas.

¡Oh cuán equivocados están los que creen que las prácticas religiosas enervan y debilitan el ánimo de los soldados! ¡Cuán poco saben los que piensan que para formar un ejército es preciso prescindir de los sentimientos cristianos! Yo quisiera que hubiesen, como yo, visto de cerca á los soldados carlistas, les hubieran oido rezar públicamente y hubiesen observado el efecto que aquella solemne plegaria hacia, tanto entre los batallones como entre los pueblos que la escuchaban.

A los voluntarios dábales union, firmeza y paciencia, pues la oracion diaria les recordaba que no habian dejado sus casas más que para defender la Religion y pelear por la causa de Dios. A los pueblos dábales confianza y ánimo en aquellos soldados, que eran los defensores de su fé, y pueblo y voluntarios, viéndose unidos por aquel sentimiento, engrandecidos por aquella unanimidad de aspiraciones y creencias, estaban satisfechos y nada temian, porque mútuamente se completaban. El pueblo tenia sus brazos, su fuerza en los soldados; y éstos tomaban su firmeza y su valor del pueblo; la Religion los unia á entrambos, y los hacia invencibles ó al ménos, les daba grandes ánimos y constancia tan admirable, que ella sola era prenda segura de victoria.

¿Qué extraño es, por tanto, que los que recibian de la Religion tales dones la honrasen y enalteciesen públicamente? ¿Ni qué extraño tampoco, que siendo la Religion la fuente vigorosa que impulsaba, alentaba y sostenia al ejército carlista, se dirigieran á ella principalmente los tiros de la revolucion?

Los soldados carlistas, en vez de la acerada malla ó la pesada coraza de otros tiempos, cubrian sus pechos con un pedazo de tela en que estaba bordado el Sagrado Corazon de Jesus y escrita una piadosa oracion. Aquella coraza, al parecer tan débil, dábales sin embargo, una fé, una fortaleza y una confianza tan grande

que con ella afrontaban impávidos las balas y acometian empresas tan arrojadas que parecieran quiméricas, á no haberlas visto. El Corazon de Jesus que llevaban les decia que servian á Aquel, que es Señor de la vida y de la muerte; al que mandó detenerse á las aguas del mar para abrir paso á los suyos y sepultar luego á los ejércitos de Faraon; al que hizo caer las murallas de Jericó, y prolongó el dia para que Josué venciera; al Dios de los ejércitos y al dispensador de las victorias.

El Corazon de Jesus, cuya significacion sabian todos los voluntarios, decíales además que debian imitar sus virtudes, ser como El, fuertes, pacientes y constantes; amar hasta á sus mismos enemigos, y por consiguiente, ser magnánimos y generosos con los vencidos.

Bien conocian los liberales la fuerza inmensa que esta sencilla práctica piadosa comunicaba á los carlistas, cuando tantos y tan grandes esfuerzos hacian para combatirla y desterrarla. En sus conversaciones, en sus periódicos, por todos los medios posibles, ridiculizaban y escarnecian aquella práctica, pues sabian que una vez desterrada del campo carlista, ó en cuanto los voluntarios hubiesen perdido la fé en ella, disminuian el entusiasmo, el esfuerzo y la constancia del ejército Real, mucho más que pudieran hacerlo con una victoria de sus armas.

Por fortuna en aquellos tiempos aún era muy viva la fé de los carlistas, y muy escasa entre ellos la influencia liberal, así que en vez de disminuir, aumentaba la devocion al Sagrado Corazon, y se veia á muchos jefes y oficiales, cuyas únicas prendas de uniforme eran la boina y el escapulario del Corazon de Jesus.

Los liberales seguian riéndose de esta costumbre, sobre todo de la inscripcion que rodeaba á los corazones, pero sus soldados, que al fin eran hijos de la católica España, sus oficiales y aun algunos de sus generales, enterados de la fé que los carlistas daban á aquella imágen, los imitaban y pedian tambien Corazones de Jesus, y los llevaban ocultos en el interior de sus uniformes.

Así, públicamente en un campo, y vergonzosa y privadamente en otro, los soldados españoles confesaban la divinidad de Jesucristo pidiéndole les librase de las balas y les diese fortaleza en los combates.

El ejército carlista, además de esta piadosa costumbre, adquirió bien pronto otra, que en alto modo le honraba, le engrandecia y le animaba, la devocion á la Santísima Vírgen, á la que públicamente oraba recitando piadosamente el santo Rosario. ¿No habia esta devocion, seguida por nuestros padres, dádoles victorias tan grandes como la de Lepanto? ¿Por qué, pues, no habian de seguir hombres que habian salido á defender la Religion, pidiendo el triunfo á la Misma que se lo habia conseguido á sus antepasados?

Quizás los voluntarios carlistas no discurrieran tanto, ni razonaran los motivos de su fé, pero ello es que rezaban el Rosario con piedad, con recogimiento, y que confiaban en que su práctica era un medio excelente para evitarles derrotas ó para conseguirles triunfos.

Era de ver aquellas caras curtidas por los aires de las montañas, ennegrecidas por los rayos del sol, endurecidas por las penalidades de la campaña, serenarse en el momento de la oracion, irse transformando por grados, y adquirir una expresion de alegría, de fortaleza y de decision que nunca hubieran logrado darles las proclamas más entusiastas ni las arengas más elocuentes de sus generales. Al concluir el Rosario se veia á los soldados contentos y satisfechos, como todo el que hace una buena obra, retirarse á esperar resignados el dia de mañana con las penalidades y trabajos que Dios les enviara.

¡ Cuántos crímenes, cuánta sangre habrá evitado esta devota costumbre ! La guerra, feroz por naturaleza, acrecienta los salvajes instintos del hombre y le impulsa al mal. Si el poderoso freno de la Religion no le detiene, y la piedad no le anima, todo soldado que está en una larga lucha acaba por convertirse en una fiera; ni la vida ni la propiedad son para él respetables, y en cuanto puede burlar la vigilancia de sus jefes ó librarse del castigo, mata, roba é incendia por el solo placer de destruir.

Las prácticas piadosas moderan en cambio estos instintos, engrandecen el ánimo en vez de rebajarle, y hacen que el soldado vea hasta en sus enemigos, hermanos suyos, á los que debe tratar con generosidad. Por eso los soldados carlistas no han incendiado ni cometido los excesos que los republicanos; por eso han puesto casi siempre en libertad á sus prisioneros, y por eso han hecho la guerra con una magnanimidad tan grande, que hasta sus mismos enemigos lo confiesan al lamentarse de los excesos que algunos partidarios han cometido.

El soldado que eleva su corazon á Dios, no puede ser cruel ni bandolero, ni tampoco insubordinado, que la oracion es la disciplina del alma y la más fuerte ordenanza contra las malas pasiones.

Excepciones sensibles y muy dolorosas ha habido entre los carlistas, pero no han pasado de excepciones, porque la conducta general del ejército Real ha sido siempre noble y generosa, sobre todo en el Norte, que era justamente donde más se rezaba.

Allí cada batallon tenia en su bandera una Imágen sagrada, á cuya especial proteccion se encomendaba, y en la que ponia toda su confianza. La division de Guipúzcoa tenia además su patrono en San Ignacio de Loyola, á quien honraba diariamente, cantando, al terminar el Rosario, el patriótico y religioso himno

vascongado compuesto en su elogio. Nada más hermoso, nada más imponente que aquel canto entonado por millares de voces, ora bajo las bóvedas de una iglesia, ora en las elevadas montañas de Guipúzcoa, ora al volver victoriosos de los campos de batalla de Eraul y Udave. A más de un extranjero he visto conmovido ante la grandeza de aquel espectáculo, que recordaba los tiempos en que la fé lanzaba á los pueblos de Occidente contra los sectarios de Mahoma, é iban los cruzados á la guerra cantando los himnos y salmos de la Iglesia.

Los incrédulos dirán lo que quieran, pero el hecho es que miéntras estas prácticas religiosas se cumplian, miéntras la fé animaba á los carlistas, sus partidas crecian, á pesar de la persecucion se convertian en batallones, y estos batallones mal armados y aun no bien organizados, contaban casi tantas victorias como combates libraban. Los pocos vencian en ellos á los muchos, los débiles á los que se creian fuertes, y los pastores y campesinos á los soldados instruidos y ejercitados en el oficio de las armas.

CAPITULO XX

Nuevos batallones. — Prision de Santa Cruz. — Peña-Plata y Arechulegui. — El contrabando de guerra.

Una de las causas que detenian el armamento de las fuerzas carlistas de Guipúzcoa, era el empeño con que Santa Cruz ocultaba las armas que habian entrado en la frontera. Lizárraga logró descubrir, á últimos de Junio, un depósito de cerca de mil fusiles, que éste tenia ocultos, y en seguida mandó á las partidas guipuzcoanas á reclutar voluntarios por los distritos para crear con ellos dos nuevos batallones. Los partidarios, á los pocos dias, trajeron unos 800 hombres á los que se repartieron las armas en seguida y el 1.º de Julio se crearon los batallones 3.º y 4.º de Guipúzcoa. Lizárraga enfermó gravemente y tuvo que ir á la frontera de Francia; el general Valdespina y don Juan Antonio Macazaga quedaron al frente de aquellas fuerzas, y Santa Cruz, deseando apoderarse de todas, se estableció en Vera y medio las bloqueó, quitándolas las raciones y privándolas de todo cuanto iba para ellas, á fin de que los voluntarios se le pasasen.

Acababa entónces Santa Cruz de atacar á Endarlaza y de fusilar poco caritativamente á los prisioneros que habia hecho; en seguida habia dado un infructuoso ataque á Oyarzun, en el que habia

sido rechazado con pérdidas, y todo esto hizo que el marqués de Valdespina, no pudiendo tolerar por más tiempo la constante perturbacion que causaba el partidario, ni la desunion en que mantenia á las fuerzas de Guipúzcoa, fuese el 3 de Julio con los tres batallones guipuzcoanos, que tenia en Lesaca, sobre Vera, sorprendiese allí á Santa Cruz que estaba con parte del 1.°, y despues de una acalorada conferencia le hiciese entregar el mando. No contribuyó poco á que este resultado se consiguiese sin derramamiento de sangre, la prudencia y acertados consejos del respetable vicario de Orio que convenció á Santa Cruz del daño que con su conducta hacia á la causa. A la mañana siguiente, Santa Cruz formó á sus fuerzas, que eran unas cuantas compañías, y en una arenga les dijo que dejaba el mando al marqués de Valdespina para que no hubiese más desuniones ni discordias y que se retiraba á Francia. Despues de esta declaracion parecia terminado todo, pues era lo natural que Santa Cruz diese la misma órden al resto de sus fuerzas que estaban en Arechulegui, pero léjos de hacerlo así, se negó á ello, mal aconsejado por unos cuantos revoltosos que le rodeaban, y se puso de nuevo en actitud tan hostil que fué preciso cercar su casa y reducirle á prision, así como al vicario de Tolosa, al ex-diputado don Cruz Ochoa, y á algunos partidarios que con él andaban. Santa Cruz se escapó aquella misma noche, no se sabe cómo, pero quedando prisioneros los demás jefes, las fuerzas de Arechulegui se sometieron á la autoridad legítima, que representaba el marqués de Valdespina, prometieron obedecer á Lizárraga y por primera vez, el 6 de Julio, se vieron reunidos los cuatro batallones de Guipúzcoa y zanjada la grave cuestion que esterilizaba en ella los esfuerzos de los carlistas.

En aquellos tiempos, en que no teníamos dominado el país ni fortificado ningun pueblo y en que las columnas enemigas todo lo recorrian, teníamos, sin embargo, dos puntos fuertes por naturaleza, que aprovechábamos en grande para la guerra; estos puntos eran Arechulegui y Peña-Plata. Una elevada cordillera de montañas que separa á Guipúzcoa de Navarra, conduce al primero, que está situado á la izquierda de Lesaca y Vera y á la derecha de Oyarzun. Arechulegui, fuera de sus altas peñas y de los malos caminos que hay para llegar allí, no tenia nada de fuerte, pues sus obras se reducen á unos cuantos caseríos esparcidos que servian á la vez de refugio, alojamiento y cuartel general. Sus posiciones son tan formidables, que varias veces fueron rechazadas fuerzas superiores republicanas que quisieron tomarlas, así, que escarmentadas éstas, dejaron por completo á los carlistas en posesion de aquellos cerros, y estos, establecieron allí depósitos de armas y municiones.

Más importante que Arechulegui era la otra fortaleza. Peña-

Plata, por la circunstancia de estar en la misma raya de Francia situada y ser de más difícil acceso. El monte de Peña-Plata nace por la parte de Francia en el valle de Sare, y luego se extiende, por la parte de España, desde Zugarramurdi á las inmediaciones de Echalar. Las diputaciones de Guipúzcoa y Navarra, con las compañías que las servian de escolta, se posesionaron desde el principio de la campaña de las alturas de Peña-Plata y allí vivieron, y allí estuvieron largos meses allegando recursos, introduciendo armas, y trabajando por estender el movimimiento carlista. En Peña-Plata intervino la mano del hombre más que en Arechulegui, pues hubo que construir una especie de cuartel, un fuertecillo y algunas casuchas que sirvieran de abrigo á la guarnicion. Además, Peña-Plata tenia dos pequeños cañones, más bien para adorno que para defensa, pues su principal fortaleza estaba en la difícil subida que por la parte de España presentaba. La columna de Maldonado llegó una vez á Zugarramurdi con ánimo de atacar á Peña-Plata, guarnecida solo por la partida navarra que mandaba el comandante Martinez y la escolta de la diputacion de Guipúzcoa que mandaba don Manuel Velez, pero despues de pasar cuatro dias, no se atrevió á lanzarse al ataque por no exponerse á una derrota segura.

La importancia de Peña-Plata creció desde entónces; los carlistas creyeron que era inespugnable, y para conservarla mejor, construyeron un torreon en el que siempre estaba enarbolada la bandera real, y almacenaron gran cantidad de víveres para poder sostener un sitio en toda regla. Despues construyeron un cuartel, para guardar los prisioneros republicanos que hacian los batallones, y para encarcelar á los voluntarios díscolos ó á los criminales comunes.

El gran servicio que hacia Peña-Plata á los carlistas, era favorecer el contrabando de guerra. Ya hemos dicho, que en los primeros tiempos, el único medio que tenian para proveerse de armas y muniones era comprarlas en Francia é introducirlas á costa de mil esfuerzos de ingenio ó de audacia en su territorio, burlando la vigilancia de los gendarmes franceses ó de los carabineros españoles. El medio era difícil, largo y expuesto, pero como no habia otro, á él tenian que apelar para irse armando. Peña-Plata servia de base de operaciones para el contrabando de armas; de ella salian todas las noches diez ó doce hombres ágiles, resueltos y conocedores del país, que bajando por los peñascos se internaban en Francia, recogian fusiles y se volvian con ellos sin que nadie los viera. Así entraban cada noche diez ó doce armas, y así, aunque el gobierno francés se empeñase y multiplicase sus agentes, no conseguia evitar el contrabando.

Otras veces, los carlistas, en vez de la astucia empleaban la au-

dacia; así, por ejemplo, para armar á la escolta de la diputacion de Guipúzcoa trageron 60 fusiles en una lancha, por el Bidasoa; bajaron los hombres que habian de recogerlos hasta la fábrica de fósforos de Irun, y desembarcando de noche las armas á pocos pasos del cuerpo de guardia de carabineros, hicieron su alijo sin que estos se enteraran de lo que sucedia.

El ingenio, otras veces, suplia al valor, y el plomo para balas pasaba transformado en ruedas de carro, y los cañones en columnas de jardin ó en estátuas de santos. Los aduaneros las miraban, las pesaban, y no podian adivinar que los chapiteles de las columnas que veian eran de plomo pintado. Una vez en su terreno, los carlistas derretian aquella capa de plomo, y la pieza de artilleria que ocultaba, quedaba limpia y en disposicion de servir.

Para todo esto, además de los contrabandistas de oficio, habia multitud de carlistas de todas clases y sexos á uno y otro lado de la frontera, que hacian el contrabando por aficion, por amor á la causa, y por favorecer á sus hermanos ó maridos.

Señoras emigradas en los pueblos de Francia, con pretexto de ver á estos, conducian fulminantes, pistones, espoletas y pequeños objetos necesarios para la guerra, y el contrabando se hacia en tal escala, y por tales medios, que no era posible evitarle.

El pueblo vasco-navarro queria la guerra á todo trance, y cuantas más dificultades se le presentaban, más se avivaban sus deseos. Cada fusil que conseguia pasar representaba una larga historia de sacrificios que habia costado comprarle y entrarle; pero, los que los hacian, se consideraban pagados con saber que el voluntario á quien iba destinado lo esperaba con ánsia, lo recibia con júbilo, lo usaba con valor, y lo conservaba mientras tenia un átomo de vida para guardarle.

¿Qué tiene de extraño que las madres que mandaban á sus hijos á la guerra, hiciesen y pasasen cartuchos para ellos, ó se los quitasen á los soldados liberales como en muchos pueblos sucedia?

El contrabando de guerra era un detalle más, una prueba más de la grandeza del sentimiento carlista y de la fuerza que, la idea de hacer la guerra á la revolucion, tenia en los vasco-navarros. Cuando un pueblo está empeñado en una empresa y sus ancianos y sus mujeres y sus niños la quieren, no hay medio de evitarla, aunque se emplee para ello la violencia, el terror y la crueldad más refinada. Así, por ejemplo: los castigos que en Francia y en España se imponian á los pocos que se cogieron haciendo el contrabando de guerra, no sirvieron de nada. Los que fueron víctimas de ellos, los sufrieron con gusto, y los que no lo fueron, siguieron en su patriótico oficio sin escarmentar ni desistir nunca por el riesgo á que se exponian.

LIBRO SEGUNDO

CARLOS VII EN CAMPAÑA

CAPITULO XXI

El 16 de Julio. — Zugarramurdi. — El alto de Hachuela.

El ejército carlista, despues de la victoria de Udave, empezó ya á inquietar al enemigo y á demostrar al mundo que la insurreccion que pretendia acabar Nouvilas en quince dias, estaba más fuerte y poderosa que nunca. Los voluntarios aumentaban, los batallones crecian y las tropas reales iban dominando el país y haciendo por todas partes el alzamiento.

A principios de Julio, como hemos dicho, organizó Lizárraga el 3.° y 4.° de Guipúzcoa, y con la fuga de Santa Cruz y la sumision de sus fuerzas, la provincia, que hasta entónces estaba más dividida, se halló con cerca de 3,000 hombres armados, formando cuatro batallones, de los cuales los dos primeros eran ya de verdaderos soldados, por haber hecho la ruda campaña del invierno.

Lizárraga queria con estas tropas, que ocupaban el territorio de las cinco villas en las inmediaciones de la frontera francesa, ayudar á la entrada de armas y organizar una seccion de artillería de montaña.

De las tropas navarras, el 5.° batallon se estaba organizando entónces; tenia algunas compañías, ya armadas, en los pueblos del Baztan y de la frontera dándose la mano con las fuerzas de Guipúzcoa, de modo, que á mediados de Julio reuniéronse por la raya de Francia unos 4,000 hombres. Elío, Dorregaray y Ollo recorrian Navarra con otros tantos, Velasco con 2,000 se sostenia en Vizcaya, y como entre Alava y las partidas sueltas se reunian otros 2,000, resultaban más de 12,000 carlistas en armas.

Era aquella suma tan respetable ya, estaban los pueblos tan

contentos al ver tantos batallones, y el espíritu bélico crecia de tal modo, que todos nos figurábamos estar ya próximos al triunfo de la causa.

El entusiasmo aumentaba, las provincias seguían pidiendo fusiles, y como se esperaba ya fundadamente que desembarcasen los comprados en Francia y estábamos seguros de que en llegando se emplearían en seguida, sabíamos que nuestras fuerzas habian de crecer en breve prodigiosamente.

Tambien lo sabia Cárlos VII, que desde su retiro de Francia seguia ansioso el creciente desarrollo de su ejército, admiraba las victorias que conseguia, y ardia en deseos de compartir con sus leales voluntarios las penalidades de la guerra. Su única aspiracion era entrar en España, ponerse al frente de sus batallones y guiarlos á la victoria, y así se lo escribia á los generales, quienes por motivos de prudencia, le aconsejaban que retardase su entrada hasta que adquiriese más consistencia nuestro naciente ejército.

Don Cárlos, sin embargo, insistia en sus propósitos, y al saber que Lizárraga habia llegado á la frontera, le escribió sobre este asunto, manifestándole de nuevo sus deseos y preguntándole si creia conveniente que entrase en campaña, pues tenia prisa por borrar el recuerdo de Oroquieta. Lizárraga le contestó, que ya podia entrar á borrar aquel recuerdo, y que con sus fuerzas le respondia de la seguridad de su Real persona.

Esto bastó: en seguida decidió Cárlos VII entrar en España y empezó á hacer los preparativos necesarios. Lizárraga dispuso las fuerzas por la frontera con tal sigilo, que nadie supo de lo que se trataba, y el 15 todo estaba preparado para la entrada, que se acordó tuviera lugar el 16, por celebrarse en él la fiesta de Nuestra Señora del Cármen y el triunfo de la Santa Cruz.

Zugarramurdi, pequeño pueblo de la frontera de Francia inmediato á Peña-Plata, fué designado para presenciar aquel acontecimiento, que aunque todos deseaban nadie creia tan próximo. Como se habia guardado profundo secreto, ni las autoridades francesas ni los espías de los republicanos supieron nada de lo que se trataba y no pudieron oponerse á los propósitos de Don Cárlos.

El 16 de Julio montó éste á caballo, en uno de los pueblos de Francia, acompañado solo del ayudante de Lizárraga don José Ponce de Leon, que era quien habia intervenido en el asunto, y como si fuera de caza, atravesó la frontera sin ningun contratiempo y pisó tierra española.

Esperábanle, en el límite mismo de Francia, el marqués de Valdespina, que habia llegado la tarde anterior, y Lizárraga, con varios oficiales y algunos legitimistas franceses, y allí, en el mismo momento de entrar en España, aclamaron todos con júbilo á su

Rey, y despues de felicitarle besáronle la mano en señal de homenage.

La noticia llegó corriendo á Zugarramurdi; el pueblo en masa, la oficialidad y los voluntarios, sorprendidos por tan agradable nueva, salieron presurosos á saludarle, y entre los estrepitosos vivas de la multitud, los acordes de la marcha real, el alegre sonido de las campanas y el estruendo de los cañones de la vecina fortaleza de Peña-Plata, hizo el Rey su entrada solemne en el primer pueblo de Navarra, encaminándose en seguida á la iglesia y oyendo piadosamente el santo Sacrificio de la Misa.

Para no llamar la atencion no habia en Zugarramurdi más fuerza que la acostumbrada; pero para evitar cualquier evento, para que Don Cárlos apareciese al frente de una fuerza respetable y para castigar á cualquiera enemiga que tratase de perseguirle, Lizárraga habia ordenado á los tres batallones guipuzcoanos que estaban en Lesaca, que el 16, antes de amanecer salieran, cruzaran el Bidasoa y pasando por Echalar, fueran á ocupar los montes inmediatos á Zugarramurdi y esperasen, en órden de parada, en el alto de Hachuela.

La órden se cumplió al pié de la letra, pero como nadie sabia de lo que se trataba, nos deshaciamos en conjeturas acerca de aquella disposicion, que si por una parte parecia belicosa, por otra indicaba al parecer alguna fiesta. Quién pensaba que aquella formacion en los montes tenia por objeto pasar el general una revista á los nuevos batallones, quién que se les llamaba para hacerles jurar las banderas, quién que para cambiarles los viejísimos fusiles de que estaban armados por otros nuevos, pero nadie esperaba el fausto suceso que allí les reunia. Los cañonazos disparados por Peña-Plata nos anunciaron la verdad, y desde entónces, la voz de «¡el Rey viene, el Rey ha entrado en España!» circuló por los batallones é hizo extremecer de júbilo á los voluntarios.

Cárlos VII se detuvo algunas horas en Zugarramurdi, y ya por la tarde, acompañado de Lizárraga, Valdespina y un corto número de ginetes, subió al alto de Hachuela donde con tanta ansiedad le esperaban los batallones. Es imposible describir la escena de entusiasmo que allí ocurrió.

Al divisar á sus soldados, Cárlos VII no pudo contenerse, y apretando las espuelas al brioso caballo que montaba recorrió á escape la distancia que de ellos le separaba, y radiante de alegría se presentó ante ellos exclamando: «¡viva España!» Un inmenso y prolongado grito de «¡viva el Rey!» le acogió, sobreponiéndose al ruido de las cornetas que batian marcha, y las aclamaciones se sucedieron sin interrupcion mientras que el jóven monarca recorria la línea de batalla formada por sus soldados.

Jóven de gallarda presencia, de hermosa figura, realzada en

aquellos momentos por la viva emocion que esperimentaba, por el sencillo y elegante uniforme que vestia y por el brioso corcel plateado que con diestra mano regia Cárlos VII, al presentarse á sus soldados, á los hombres que voluntariamente habian salido á defender su causa, para compartir con ellos las penalidades de la guerra, personificaba la union de la monarquía con el pueblo, la comunidad de sentimientos entre Rey y súbditos, y recordaba aquellos venturosos tiempos en que, soberano y vasallos, iban juntos á pelear contra los enemigos de la Religion y de la Pátria.

En aquellos batallones que le aclamaban veia Cárlos VII los nobles hijos de su amada España, así como estos veian en él al descendiente de sus antiguos y queridos Reyes. Rey y pueblo, al verse unidos en aquellos momentos, participaban de igual júbilo y mútuamente se admiraban.

Cárlos VII, en cuanto recorrió los batallones por el frente de banderas, se apeó del caballo, y queriendo verlos más de cerca, unirse más á ellos, demostrarles su cariño, pasó entre filas, deteniéndose especialmente ante el de Azpeitia, hablando á unos, preguntando á Lizárraga sobre otros, escuchando con benevolencia cuanto de ellos le decian, concediendo recompensas á los que más se habian distinguido en la campaña, y prodigándoles además palabras de consuelo, de cariño, de elogio y de admiracion por los sacrificios que habian hecho, por la abnegacion y desprendimiento de que tantas pruebas habian dado.

Más de una hora duró aquella escena, hasta que montando de nuevo á caballo Don Cárlos, se puso al frente de sus tropas, y desde las elevadas alturas en que nos encontrábamos, bajamos á pernoctar en Arizcun.

La fausta nueva habia llegado ya; asi que, á pesar de ser de noche, la poblacion entusiasmada, salió á ver al Rey, y entre las aclamaciones, cohetes, iluminaciones, entró Cárlos VII en Arizcun; y como por la mañana en Zugarramurdi fué ante todo á la iglesia para dar gracias á Dios por haberle traido á aquella España que tanto amaba.

CAPITULO XXII

Arizcun. — Fiestas y regocijos. — El amor de los pueblos.

Dos dias se detuvo Don Cárlos en Arizcun, dos dias en los que á cada instante recibió mayores muestras de lo que sus pueblos le deseaban. La noticia de su llegada habia corrido por las comarcas vecinas, y de ellas venian familias enteras á victorearle, á contem-

plarle un instante para volver á su casa con la satisfaccion de haber visto al Rey. Constantemente estuvo en aquellos dias asediada la puerta de su casa por una multitud que aguardaba ansiosa el momento en que el Rey saliera de ella ó se asomara al balcon para prorumpir en vivas y frenéticas aclamaciones, y saludarle con los mil nombres que solo el más profundo cariño sabe encontrar. Ni el pueblo se cansaba de verle, ni el Rey tampoco de admirar la sinceridad con que aquellos habitantes le manifestaban su entusiasmo.

Cárlos VII recibia á cuantos solicitaban verle; mostrábase cariñoso y afable con todo el mundo, y tanta era la dulzura, la benevolencia y el afecto con que á todos hablaba y escuchaba, que nadie se iba de su casa sin salir más contento y satisfecho que habia entrado.

Los jefes y oficiales de las fuerzas guipuzcoanas que habian tenido la alta honra de acompañarle, fueron presentados por el general Lizárraga á S. M., quien no solo les admitió á besar su Real mano, como es de costumbre, sino que habló á todos, se enteró del estado de cada uno y les dió las gracias por su buen comportamiento en tales términos, que unos lloraban de alegría al verse tan apreciados por su Rey, otros sentian aumentar su decision y valor, y todos daban por bien empleados los trabajos y vicisitudes pasadas por la viva satisfaccion que en aquellos momentos sentian.

Para obsequiar al Rey de algun modo improvisáronse bailes populares á la puerta de su casa, y los jefes guipuzcoanos, para darle una idea de su país, bailaron en el átrio de la iglesia, con la solemne gravedad que le distingue, el antíguo zortzico, que forma parte tan integrante de sus costumbres, como los venerandos fueros que les rigen.

Todo era júbilo aquellos dias; á la entrada de Cárlos VII añadíose la organizacion de la artillería de montaña que para la division guipuzcoana habia traido Lizárraga, y la llegada de los uniformes que para el naciente escuadron de caballería habia pedido.

Una y otro se presentaron en Arizcun: la seccion de artillería, compuesta de dos piezas rayadas de á 8, mandábala el capitan Nieves, jóven y distinguido oficial que, procedente del disuelto cuerpo de Artillería, habia venido hacia poco por sus arraigados sentimientos religiosos y por su amor á la monarquía legítima á morir bajo su bandera. El escuadron de Guipúzcoa, uniformado con dolmanes azules, pantalon encarnado y boina blanca, mandábale don Manuel de la Cruz, jóven tambien, tambien procedente del ejército, que habia abandonado por no jurar al extranjero monarca que la revolucion le habia impuesto, y de sentimientos tan

piadosos, creencias tan arraigadas, conducta militar tan bella, que Don Cárlos, al enterarse de las circunstancias que en él concurrian, le escogió para mandar su escolta.

Los nuevos cañones se probaron ante Cárlos VII, quien quedó muy satisfecho de ellos, del capitan Nieves, que en pocos dias habia formado artilleros, y del general, que con tanto celo aumentaba las fuerzas de Guipúzcoa. Para recordar entre ellas su entrada, cambióse el nombre al batallon de Azpeitia dándole el de Nuestra Señora del Cármen; al 3.° se le dió el de El Triunfo, y se ordenó que el 1° y 4.° se llamaran Príncipe de Asturias é Infanta Doña Blanca, respectivamente.

El anciano general Elío, en cuanto tuvo noticia de la llegada de Cárlos VII, se separó de las fuerzas navarras y acudió presuroso á ponerse á sus órdenes. El 18 llegó con sus ayudantes y una pequeña escolta á Arizcun; y, recibido por Don Cárlos con las muestras de deferencia y de cariño á que sus dilatados servicios le hacian acreedor, estuvo enterando á S. M. del estado del ejército, de la situacion del enemigo y de las dificultades que la campaña ofrecia.

El 19 por la mañana salimos de Arizcun, y atravesando montes por malos caminos, pasamos á la vista de Elizondo, pueblo aún guarnecido por los liberales, y fuimos á Vertiz y Narvarte. Don Cárlos se detuvo en el palacio que en el primero de dichos puntos tiene el marqués de Verzolla, sobrino y ayudante del general Elío, y pernoctó en el segundo. De Narvarte fuimos el 20 á dormir á Labayen, y el 21 por Erazun á Leiza, yendo el 22 á Lecumberri.

En todas partes fué recibido con iguales demostraciones de amor por los pueblos que recorria y por los inmediatos que acudian á verle; á cada paso nuevas muestras de afecto, de lealtad y de entusiasmo le ponian de manifiesto que era la esperanza de aquellos sencillos y valerosos montañeses, que en Él veian el defensor de su Religion hollada, de sus sentimientos escarnecidos, de sus fueros pisoteados, de sus costumbres ultrajadas, de sus creencias ofendidas. Cárlos VII era para ellos el restaurador del órden perturbado, el libertador de sus conciencias oprimidas por la revolucion, el continuador de sus tradiciones y el firme sosten de sus venerandas libertades.

Hombres, mujeres y niños así se lo decian en pintorescas y expresivas frases en que, al respeto más profundo, iba mezclada esa cordial confianza con que tratan los hijos á los padres, y esa santa franqueza que prescinde de la forma para expresar los más arraigados y nobles sentimientos del alma.

Testigo de aquel entusiasmo, nunca olvidaré la gran leccion que el amor de los pueblos á su Rey, me dió en aquellos dias memo-

rables sobre la diferencia que hay entre la monarquía tradicional y esas formas de gobierno creadas en, estos tiempos, por los errores liberales con objeto de divorciar á los Reyes de los pueblos. ¡Qué diferencia entre la monarquía que representaba Cárlos VII y aquella otra que dos años antes saliendo de un Congreso no tuvo más fuerza que la escasa que le dió el miedo, ni más arraigo que el de la mudable voluntad de los hombres que la trageron! ¡Cuàntos revolucionarios si hubieran visto el amor de los pueblos á Càrlos VII, tan claro, tan profundo, y tan verdadero como yo lo ví en aquellos dias, hubieran comprendido que sus teorías son en España mas absurdas que en ninguna otra parte!

El sentimiento monárquico se manifestaba con tal fuerza que claramente se veia que estaba en el corazon, en las costumbres y en todos los sentimientos de nuestra pátria.

CAPITULO XXIII

Ovaciones. — La bandera de la Vírgen. — Ibero.

A medida que Cárlos VII, separándose de la frontera iba internándose en el corazon de Navarra, crecian las manifestaciones de alegría general y de entusiasmo que despertaba su presencia en los pueblos, porque los de la frontera y de las montañas vecinas á Francia, no son tan vivos, tan enérgicos y tan francos en la expresion de sus sentimientos como los del interior de aquella provincia.

El 23 de Julio, saliendo por la mañana de Lecumberri, pasó Don Cárlos por las Dos-Hermanas á Irurzun; y deteniéndose allí algunos momentos, siguió luego hasta Asiain, donde pasó algunas horas. Aquel dia se sucedieron por todo el camino las públicas muestras de alegría con tal ardor, con tal sinceridad, con tal afan, que ya pasaron del carácter de manifestaciones para tomar el de ovaciones, como pocos monarcas las habrán recibido en su vida. Parecia que de los pechos de aquellos entusiastas navarros se des bordaba el corazon al ver á su jóven Rey en medio de ellos, corriendo con ellos los azares de la guerra, y todo se les figuraba poco para expresar su agradecimiento, su júbilo, su satisfaccion y su dicha. Al entrar en las poblaciones, hombres, mujeres y niños se

acercaban al Rey, y victoreándole sin cesar, corrian á su lado, le asediaban, le detenian, le hablaban, le contemplaban con ánsia, y los que tenian la dicha de besar su mano ó de tocar siquiera su vestido á su caballo, se consideraban felices y se daban por satisfechos. Al pasar Don Cárlos por los caminos, miéntras duraba la marcha, incesantemente bajaban de los montes como avalanchas grupos que, procedentes de los pueblos ó de los caseríos inmediatos, venian á la carrera para contemplarle un instante. Unos le ofrecian presentes, otros le colmaban de bendiciones; estos derramaban lágrimas, aquellos prorumpian en estrepitosas aclamaciones, muchos le daban consejos, y nunca faltaban algunos que con franqueza y sencillez cristiana, llevados por la pureza de sus sentimientos le encargaban tuviera á Dios presente y confiase más en su auxilio que en el de los hombres. Ancianos habia que, habiendo servido á Cárlos V, hacian un penoso viaje por conocer á Cárlos VII, y despues de saludarle volvian á sus casas contentos para morir en paz.

En Asiain el entusiasmo rayó en locura; los habitantes se enteraron de que íbamos en seguida á atacar el fuerte de Ibero, donde habia una guarnicion republicana, y todos, reforzados con muchos de los pueblos inmediatos, acudieron á la puerta de la casa donde el Rey se habia alojado, y con sus vivas y voces le atronaron miéntras en ella estuvo.

Una escena de imponente y piadosa grandeza ocurrió en Asiain pocos momentos antes de salir, que hizo rayar en delirio el entusiasmo popular. Don Cárlos habia traido consigo una preciosa bandera, regalada por un legitimista francés, que tenia en su centro la imágen de Nuestra Señora de los Angeles de Pouvorville. Como obra de arte, la bandera era preciosa; pero además, el que se la habia regalado á S. M. tenia tal confianza en que la imágen de aquella Vírgen protejeria al ejército que la llevara, que rogó al Rey la tuviera en el suyo. Lizárraga que vió la bandera, pidió á S. M. que se la regalara á uno de los batallones de Guipúzcoa, ya que eran los primeros que habia visto, y que se pusiera el ejército bajo la proteccion de la Vírgen, y Cárlos VII se lo concedió y dispuso entregarla personalmente al 2.° de Guipúzcoa.

Al ir á salir de Asiain el Rey á caballo, teniendo la bandera en la mano, se presentó á los batallones, y dándola á Lizárraga, dijo: « Voluntarios, aquí os entrego esta bandera para que la planteis en Ibero. » Soldados y pueblo acogieron estas palabras con un inmenso grito de entusiasmo, y á duras penas restablecido el silencio, dió Lizárraga las gracias al Rey por aquel precioso regalo, y manifestando á los soldados que era la voluntad del Rey estuviera su ejército bajo la proteccion de la Vírgen, dirigió á la imágen grabada en la bandera una ferviente y tierna plegaria

para que auxiliase á Cárlos 7°, al ejército y al pueblo que tanto la amaban.

Al terminarla, Rey, soldados y pueblo doblaron la rodilla ante la imágen y saludáronla devotamente con tres Ave Marías, rompiendo en seguida la marcha para Ibero entre los atronadores vivas, las lágrimas de júbilo y las ardientes aclamaciones de la multitud conmovida por la muestra de fé y de piedad que acababan de dar el Rey y el ejército.

Una hora despues llegábamos á las inmediaciones de Ibero, y el general Elío, que como Jefe de Estado Mayor General tenia el mando encargó á Lizárraga que dispusiera el ataque é intimase la rendicion á los enemigos. Eran éstos unos 200 carabineros encerrados en dos casas fortificadas, para defender el puente que hay en el pueblo, y como éste se halla próximo á Pamplona, confiando en ser prontamente socorridos, se empeñaron en resistir, y contestaron á tiros á nuestra intimacion. Preciso fué emprender el ataque en toda regla. Lizárraga dispuso que el capitan Nieves con una de las piezas de montaña, desde la hermita que domina al fuerte, á unos 100 metros de éste, rompiera el fuego y le secundara el teniente de la seccion con la otra pieza, desde un punto más distante. Con la compañía de guias de Castilla y algunas guipuzcoanas se dirigió él mismo, acompañado del marqués de Valdespina, á la hermita, y los otros dos batallones quedaron de reserva fuera de tiro, para vigilar el camino de Pamplona y oponerse á cualquiera fuerza que intentase auxiliar á los sitiados.

Rompióse el fuego de cañon, ya bastante avanzada la tarde, y con un valor heróico le secundó nuestra infantería al descubierto, porque el terreno era despejado y no presentaba ni una mata con qué resguardarse. El enemigo se defendió tenazmente, y como el combate se verificaba á corta distancia, el fuego que nos hacia desde las aspilleras era horriblemente certero. Una de sus primeras víctimas fué el capitan de artillería Nieves, quien apuntando el cañon recibió un balazo en la frente que le dejó sin vida; el teniente de artillería cayó al poco, y varios artilleros tambien, sufriendo sobre todo sensibles bajas, los guías de Castilla y las compañías del 2.° de Guipúzcoa, que se batian con un ardor y un entusiasmo imponderable por hallarse cerca del Rey. Llegó en esto la noche, y como con nuestros pequeños cañones aún no habíamos abierto brecha en la casa, tuvo que suspenderse el ataque hasta la mañana siguiente. Don Cárlos, con los generales, fué á dormir al cercano pueblo de Echauri, y á las altas horas llegó el general Ollo, quien sin disparar un tiro se habia apoderado el dia anterior del fuerte que habia en el túnel de Lizarraga, pues á la primera intimacion que hizo, á pesar de tener los enemigos dos obuses, se rindieron entregando su artillería y armamento. Como Ollo era

natural de Ibero y traia más cañones, deseaba que se hiciese de dia para secundar y proseguir el ataque del anterior, cuando la fuga del enemigo nos lo impidió. Antes de amanecer, sigilosamente salieron del fuerte los carabineros, y por los montes, se encaminaron á Pamplona; así, que sin más efusion de sangre el fuerte quedó en nuestro poder y se mandó demoler en seguida para que no volviese á servir al enemigo. Don Cárlos fué recibido en Ibero como en todas partes, y los habitantes daban gracias á Dios por haberles librado de los molestos huéspedes que los oprimian, y felicitaban al Rey por la entrada en el fuerte que el dia anterior aún albergaba á sus enemigos.

CAPITULO XXIV

Consejo en Echauri. — La guerra crece. — Isasondo y Elgoibar.

Al volver de Ibero á Echauri, Don Cárlos encontró en el camino al general Dorregaray que llegaba á ofrecerle sus respetos, y como por la mañana habia llegado Ollo, y seguian con el Rey Elío, Lizárraga y Valdespína, reuniéronse todos en Echauri y tuvieron un largo consejo, en que trataron de las operaciones militares que habian de emprenderse. Era necesario aprovechar el entusiasmo que la entrada del Rey en campaña habia producido entre los voluntarios y los pueblos vascongados y sacar partido del aturdimiento que habia causado al enemigo tan imprevisto suceso, y para ello, preciso era activar la entrada de armas y conquistar por lo menos el terreno que poseian los liberales en las provincias. Se necesitaba redoblar el valor, la actividad y el número de nuestras fuerzas y aprovechar aquellos momentos en que el gobierno republicano de Madrid, combatido en el interior, desautorizado en todas partes y falto de recursos, apenas tenia las fuerzas necesarias para resistirnos. Algunos jóvenes pensaron que atendida esta situacion, bastaria mostrarnos audaces, y dejando las Provincias, emprender con los batallones que pudieran reunirse una expedicion sobre Madrid, que si nos salia bien podia darnos el triunfo, y aunque algun general apoyó esta idea, la mayoría no la creyó realizable todavia, atendida la escasez de nuestras fuerzas, que no po-

drian pasar para la expedicion de 10,000 hombres, la variedad de armamento y la falta casi completa de artillería y caballería. Acordaron, en cambio, en Echauri, tomar la ofensiva contra las guarniciones enemigas que se sostenian en el país, apoderarse á viva fuerza de las que pudiéramos y obligar á los republicanos á levantar las restantes y dejarnos libre el territorio que se estiende á este lado del Ebro, para aumentar entre tanto nuestras fuerzas y darlas la órganizacion militar de que aún carecian algunas. El primero de estos planes era arriesgado, pero rápido y quizás decisivo; el segundo, más fácil, pero tambien más lento y de menos resultado: el primero era más político, el segundo más militar, porque el primero partia de la situacion en que se encontraba España, del ánsia de órden, de paz y de gobierno que habia en todas partes, para esperar que la expedicion encontraría ausilio, proteccion, ó al menos simpatías en muchos pueblos, mientras que el otro solo tenia en cuenta que nuestro ejército era naciente, que carecia de muchos elementos necesarios para emprender una expedicion, que no estaba acostumbrado á batirse en llanuras y que podia fácilmente ser derrotado. Ello es lo cierto, que triunfó la opinion de los hombres de guerra, y que aquella misma tarde se acordó que se separara Lizárraga y las fuerzas guipuzcoanas de Don Cárlos, que éste se uniera con Dorregaray y Ollo á las navarras, y que fueran las primeras á su provincia, que era la más difícil de conquistar por estar casi toda guarnecida, mientras que las segundas acompañaban al Rey por la suya, donde habia muchos más pueblos libres.

Don Cárlos salió de Echauri por la carretera de Salinas, y Lizárraga tomó el camino del valle de Ollo, donde fué á pernoctar.

Resolvióse á tomar en seguida la ofensiva en Guipúzcoa, y con tres batallones y dos piezas se encaminó á ella por Echarri Aranaz y entrando el 26 en Alsásua, que el dia anterior habian abandonado los liberales, llegó á Ataun, primer pueblo de Guipúzcoa, aquella noche y decidió emprender las operaciones al dia siguiente.

Mandaba las fuerzas republicanas de Guipúzcoa el brigadier don José Loma, hombre activo y de valor, que aprovechando lo divididas qae hasta entónces habian andado las fuerzas carlistas de la provincia, se dedicó á la fácil tarea de perseguirlas, no dejarlas parar y alcanzar ventajas nada costosas que le habian valido aplausos y fama entre los liberales. Contener á Loma, buscarle, hacerse respetar y demostrarle que en vez de huir deseaban los carlistas guipuzcoanos encontrarle y medir con él sus armas, era lo primero que debia hacer quien tratara de emprender operaciones en Guipúzcoa. Así lo comprendió Lizárraga, y el 27 pasó á Beasain, y sabiendo que Loma venia de Tolosa á Villafranca, re-

solvió salirle al camino y atacarle con ventaja. De los tres batallones que llevábamos, solo el de la Vírgen del Cármen, antes de Azpeitia, se habia batido, pues los otros dos, armados á principio de mes, no habian oido más tiros que los de Ibero: pero ni este inconveniente ni el de que nuestra artillería, con la muerte de Nieves carecia de jefe, detuvo á Lizárraga. Encargó á su ayudante don Manuel Velez que mandara las piezas, y saliendo con los batallones de Beasain, dando la vuelta á Villafranca, pueblo aún guarnecido, fué á colocarse en las alturas cerca de Isasondo, y emboscando algunas compañías y situando las piezas convenientemente, esperó la llegada de Loma. Venia el jefe enemigo tan desprevenido por la carretera de Tolosa y tan ageno de que los carlistas se atrevieran á salirle al encuentro, que la primera noticia que tuvo fué una descarga que las compañías emboscadas hicieron á su vanguardia. Desordenóse ésta, hizo alto la columna y se refugió en Isasondo, y entónces, Loma dispuso sus fuerzas para contenernos y abrirse paso á Villafranca, pues no juzgó prudente atacar nuestras posiciones. Empeñóse el combate, que duró toda la tarde, haciendo ellos fuego desde la carretera y nosotros desde el monte; la columna fué pasando á Villafranca, cosa que no tratábamos de impedir, pero como lo hacia bajo nuestros fuegos le costaba muchas pérdidas, mientras que nosotros teníamos muy pocas. Al anochecer se encerró en los muros de la villa inmediata, y nosotros, contentos y satisfechos, nos fuimos á Amézqueta y Abalcisqueta.

La accion de Isasondo, aunque de poca importancia material, tuvo gran influencia moral en Guipúzcoa, porque reveló que los carlistas teníamos fuerzas y ánimos para no huir ante Loma, y éste, convencido de ello, calmó sus bríos y dejó de perseguirnos con el empeño febril que antes habia empleado. Las pérdidas que habia sufrido, el órden con que habia visto pelear á nuestros batallones, el estruendo y acierto de nuestra artillería le hicieron comprender que en vez de partidas, tenia ante sí una division organizada, y que no era tan cómodo y poco peligroso ir tras ella como perseguir con 3,000 hombres á doscientos mal armados. Perdió Loma á consecuencia de ella la fuerza moral que tenia, y en cambio nuestros voluntarios crecieron en ánimos; los pueblos carlistas cobraron esperanzas y Lizárraga consolidó la union de los guipuzcoanos y dió el paso más importante para la reconquista de aquella provincia, que tan difícil hasta entónces se habia presentado á nuestras armas.

Preciso era aprovechar los momentos y mostrarse cada vez más audaces. En efecto, Lizárraga atacó en la tarde del 30 la guarnicion de Elgoibar á pesar de estar Loma en Azcoitia y cerca los belicosos voluntarios de Eibar. La guarnicion se encerró en la

iglesia, y para rendirla sin grandes pérdidas, fué preciso dar fuego al edificio. Despues de resistir seis horas, cuando el fuego no la dejó otro recurso, capituló entregando cerca de cien fusiles y muchos cartuchos. Destruimos en seguida las fortificaciones y pusimos en libertad á los prisioneros para que ellos mismos llevaran á Loma la noticia.

CAPITULO XXV

La campaña en Guipuzcoa. Mondragon. — Vergara y Eibar.

Dotado de una actividad extraordinaria y comprendiendo que en la guerra no hay tiempo que perder ni ocasion que desperdiciar Lizárraga, despues de la toma de Elgoibar, resolvió en seguida ir ganando terreno, y se propuso atacar á Motrico. El viaje que hizo Don Cárlos á Vizcaya á principios de Agosto le hizo desistir de este proyecto, porque con sus fuerzas tuvo que ir á Durango; pero en cambio, allí concibió otro que habia de darle excelentes resultados. Interceptó una partida la órden que el general Sanchez Bregua, que mandaba entónces en jefe el ejército enemigo, enviaba á Loma, en la que para evitar que sucediera lo que en Elgoibar, le encargaba levantara las guarniciones de los pueblos poco importantes y las concentrara en los de mayor vecindario y mejores fortificaciones y se enteró por ella Lizárraga de que entre los pueblos que debian conservar los liberales estaban Oñate, Vergara, Mondragon y Azpeitia.

Apoderarse de uno de ellos era desbaratar el plan en que fundaba su defensa el enemigo, pero como todos estaban próximos y podian contar con rápido auxilio, no era cosa fácil hacerlo. El general carlista resolvió, no obstante, atacar á Mondragon, y y aunque Sanchez Bregua se hallaba en Oñate, en cuanto supo que habia marchado para Zumárraga, salió de Durango y cayó sobre el pueblo designado. Habia en él una compañía del regimiento de Sevilla, más 60 voluntarios republicanos, y tenian fortificadas la iglesia, la casa-ayuntamiento y la plaza, que reunia estos edificios, de modo que la toma no era tan sencilla como la de Elgoibar, porque los enemigos podian resistir muchas horas,

y á la mañana siguiente ser socorridos por Loma y por Sanchez Bregua, que estaban á una jornada de Mondragon.

No podia, aprovechando la noche, contar Lizárraga con más de veinte horas para atacar los fuertes y rendir la guarnicion, pero las empleó tan bien, que rompiendo el fuego de cañon el 7 á las cuatro y media desde los montes inmediatos, y apoderándose al anochecer del pueblo, encerró á los enemigos en los fuertes y se apoderó de las casas más próximas. Se incendiaron éstas; el enemigo, huyendo de la quema, abandonó la casa-ayuntamiento y concentró su resistencia en la iglesia, donde se defendió tenazmente toda la noche, favorecido por la fortaleza natural del edificio y por la esperanza de ser socorrido. Amaneció el 8, volvimos á hacer fuego de cañon sobre el fuerte, pasaron horas y la guarnicion no se rendia. El apuro era grande por nuestra parte porque se nos acababan las municiones y sabíamos que Loma venia sobre nosotros, pero Lizárraga no se desanimó; mandó retirar la artillería y continuar con vigor el ataque aunque la columna auxiliadora se acercaba, y esta actitud resuelta engañó tan por completo á la guarnicion, que al ver que pasaban cuatro horas del dia sin ser socorrida, cansada de pelear durante diez y ocho, perdió la esperanza y capituló, entregándose á discrecion en el momento en que la vanguardia de Loma asomaba por el inmediato alto de Campanzar. Nos apoderamos de 200 fusiles y una porcion de cajones de cartuchos, que fué preciso transportar á hombros, y Loma tuvo el disgusto de perder á Mondragon casi á su vista.

Mayor que la de los anteriores fué la importancia de este hecho de armas, que acreditó de hábil y arrojado á Lizárraga, proporcionó fusiles y municiones á sus tropas y desanimó á los liberales guipuzcoanos, que creian eran intomables las guarniciones que Sanchez Bregua les habia dejado.

Reunióse Lizárraga en Aramayona con el general Lerramendi y las fuerzas alavesas, y para aumentar el efecto causado por lo de Mondragon, propúsose en seguida dar un nuevo golpe en Guipúzcoa, pero de mayores consecuencias: encerrar á Loma con su columna en Vergara, donde se encontraba, y rendirla. Para esto, además de las fuerzas guipuzcoanas y alavesas, era preciso pedir auxilio á las vizcainas, y que vinieran tres batallones á completar el cerco de Vergara. Escribió Lizárraga al general Velasco y envió á uno de sus oficiales con instrucciones para que á las cuatro de la mañana del 10 de Agosto estuvieran en posiciones, que se designaban, las fuerzas vizcainas. Las guipuzcoanas y alavesas salieron en la noche del 9 á ocupar las suyas, y al amanecer del 10 se rompió el fuego, pero las vizcainas no estaban en sus puestos, y no pudo llevarse adelante el plan; sostúvose un combate de cuatro horas con Loma, y sin grandes pérdidas nos retiramos á Elorrio.

Eran las nueve y media y en el camino encontramos al batallon vizcaino de Durango que, á las órdenes del baron de Sangarren, venia á auxiliarnos.

La accion de Vergara, aunque no tuvo el éxito que se proponia Lizárraga, acabó de completar el efecto de Mondragon, y privó á los liberales de uno de sus mejores jefes, Urdampilleta, que fué herido. La audacia de atacar á una columna en una villa importante y bien fortificada, hizo ver á Loma que no podia sostener más guarniciones, y el 13 abandonó á Vergara, donde entramos el mismo dia, y dió la órden de abandonar á Oñate, Azcoitia, Azpeitia, Deva, Motrico y otros pueblos, excepto Tolosa, Eibar y los comprendidos en la línea de San Sebastian. Eibar, célebre por su industria de armas y por el génio belicoso de sus habitantes, partidarios acérrimos de la república, nos era sumamente perjudicial y nos habia hecho mucho daño durante la guerra, porque contaba con cerca de 1,000 voluntarios perfectamente armados, los cuales no solo le defendian, sino que con frecuencia salian solos ó en combinacion con Loma, y eran un peligro continuo para los carlistas. Tomarle á viva fuerza era empresa dificilísima; reducirle á nuestra obediencia y atraerle á nuestro lado, parecia casi imposible, pero como sin tenerle en nuestro poder no podríamos disfrutar de tranquilidad en la provincia, Lizárraga se propuso conquistarle por el interés. Aprovechó las circunstancias del momento, las divisiones que habia entre sus mismos habitantes, la desconfianza que los tumultuosos eibarrenses inspiraban á Sanchez Bregua, y sobre todo, el miedo que les causaba perder sus fábricas con la guerra, y envió cartas á las personas más influyentes del pueblo, en las que les decia que, contando ya con fuerzas suficientes, estaba resuelto á bloquear é incendiar el pueblo si se resistia; pero que en cambio, si se le abrian las puertas, ofrecia el más completo olvido de lo pasado, la libertad de la industria armera y la proteccion del ejército Real. Lizárraga, para que los voluntarios no se llevaran los fusiles, prometió además indultar de toda pena y dejar en completa libertad de residir en el pueblo á los que entregaran todo su armamento. Las cartas hicieron tal efecto, que Eibar prefirió la paz y el trabajo á la guerra y aceptó las proposiciones en seguida sin atender á las razones de Sanchez Bregua, quien, comprendiendo la importancia de la entrega de aquel pueblo, hizo cuanto pudo por evitarla ó desarmarle al ménos. El general enemigo salió de Eibar el 14, no consiguiendo más que llevarse con él 200 voluntarios á San Sebastian, y los otros 600 abrieron las puertas á los carlistas y les entregaron las armas en la mañana del 15, dia de la Asuncion de la Santísima Vírgen. A su proteccion atribuyó el piadoso Lizarraga tan favorable suceso, y la dió públicamente las gracias en

Vergara, donde se encontraba al recibir la noticia, haciendo bendecir la bandera de Nuestra Señora, que pocos dias antes le habia entregado el Rey para el 2.° batallon.

Aquel dia, despues de la fiesta religiosa, tuvo lugar otra de muy distinto género pero de tal importancia que bien merece referirse. Lizarraga, formando los batallones Vírgen del Cármen, Triunfo y Doña Blanca que consigo traia, marchó al campo donde se habia firmado el famoso convenio de Vergara, y mandó se desenterrase aquel documento y se le quemase, para demostrar que estábamos resueltos á no tratar con el enemigo y á sostener la guerra hasta conseguir el triunfo.

La ceremonia se llevó á cabo en medio del mayor entusiasmo de los soldados y del pueblo, que habia acudido á ella; y aunque no se encontró en la escavacion que se hizo el documento original que se buscaba, se quemaron en su lugar otros papeles, y se extendió y firmó por los presentes un acta que en seguida se hizo publicar.

Aquella misma tarde pasó Lizárraga á Eibar y Plasencia para tomar posesion de las fábricas de armas y fusiles que le habian entregado por la mañana, y fué recibido en el primero de dichos pueblos, ántes tan hostil á los carlistas, con marcadas pruebas de respeto y simpatía.

La entrega de Eibar proporcionó armamento para un batallon; la de Plasencia una fábrica para proveer á todo el ejército; pero, como por entónces se habia verificado un desembarco de armas en la costa, y con él se habian provisto el 1.° de Guipúzcoa, que estaba en Arechulegui, y los batallones 5.° y 6.°, que en aquellos dias habia mandado Lizárraga se crearan y organizaran en la frontera, resultó que Guipúzcoa ántes que ninguna otra provincia, tuvo seis batallones perfectamente armados y sobra de armas. Aún podian crearse nuevos batallones en ella, pero ántes prefirió Lizárraga que se armaran las provincias vecinas, y entregó á la de Alava 800 fusiles para que el general Larramendi, que hasta entónces tenia poca gente armada, la aumentase.

En los dias siguientes Lizárraga tomó posesion de Azcoitia, Azpeitia y Zarauz, quedando así dueño de toda la provincia, excepto la parte comprendida entre Tolosa é Irun.

La campaña de Guipúzcoa en quince dias habia dado más resultados de los que se podian esperar. Loma tenia 37 pueblos fortificados y guarnecidos cuando Lizárraga le atacó en Isasondo, y ahora no le quedaban más que 10. Lizárraga entónces apenas podia entrar en la provincia, y ahora Loma no podia alejarse de Tolosa: Lizárraga entónces no podia disponer más que de cuatro batallones mal armados, y ahora tenia seis con excelentes fusiles y le quedaban bastantes para dar á sus vecinos; de modo, que en

un mes el aspecto de las cosas habia cambiado tan completamente en Guipúzcoa, que los carlistas, de perseguidos, pasaron á ser dueños de la provincia, y los republicanos quedaron arrinconados en los pueblos inmediatos á la frontera.

La diputacion, que hasta entónces habia estado en Peña-Plata, pasó al interior de la provincia; y, de acuerdo con Lizárraga, ordenó la leva general de todos los hombres de 18 á 40 años para crear nuevos batallones y levantar en masa el pais contra el enemigo.

CAPITULO XXVII

La guerra en Navarra. — Toma da Estella. — Accion de Dicastillo. Victorias.

Miéntras en Guipúzcoa ganaba tanto la causa carlista, conseguia en Navarra nuevos é importantes triunfos casi sin combates. A la entrega del fuerte de Lizarraga y abandono del de Ibero, siguió el levantamiento de la guarnicion de Alsásua el 25 de Julio, punto importante y de suma conveniencia para los carlistas. En los primeros dias de Agosto los republicanos, considerándose débiles para conservar todos los puntos que guardaban en el país, siguieron retirando los destacamentos más separados, y así abandonaron á Santestéban, Elizondo y Zumbilla, dejando por completo en nuestro poder el territorio formado por el valle del Baztan.

No renunciaban, sinembargo, los republicanos á la posesion del país: lo único que hacian era concentrarse, dejando los puntos débiles ó poco defendibles, para afirmarse en los más fuertes; de modo que, á ejemplo de lo hecho en Guipúzcoa, era preciso arrancarles á viva fuerza algunos de éstos, para obligarles á renunciar á su sistema de ocupacion militar.

Con su clara inteligencia y su práctica en la guerra, así lo comprendió Ollo. Ardiendo en deseos de límpiar de enemigos á Navarra, vióse detenido por la marcha de Don Cárlos á Vizcaya, que distrajo algunas fuerzas y no pudo operar con la actividad que deseaba en los primeros dias de Agosto. De vuelta de Guernica,

donde habia ido á jurar los fueros, reunióse Cárlos VII con Ollo en Arraiz el 11, y allí acordaron empezar en seguida á barrer guarniciones, comenzando por las inmediatas á la frontera, para bajar despues á tierra de Estella.

El 12, pasando por Zubiri, fueron los batallones á Espinal y se empezaron las operaciones enviando á Radica con tres compañías de su batallon á atacar á Burguete. Advertidos á tiempo los republicanos, abandonaron el pueblo ántes que llegaran los nuestros, pero en su precipitada fuga dejaron fusiles y abundantes municiones. Siguiendo adelante en su marcha, bajaron nuestras fuerzas á Aoiz el 13; y aunque la villa era importante, tambien la desocuparon los repubicanos ántes de que se la arrebataran. El 14, en cambio, no pudieron huir de la estacion de las Campanas, por haber sido sitiados por nuestras fuerzas, y el destacamento que la guarnecia, compuesto de un teniente y 30 carabineros, se rindió, siendo puestos en libertad despues de entregar las armas. Don Cárlos bajó aquel dia por Eneriz á Obanos y Puente la Reina, pueblos entusiastas, en los que se detuvo el 15 y el 16, pasando por Cirauqui y Mañeru, fué á Abárzuza, donde se le recibió con gran entusiasmo. Los habitantes de Estella acudieron á verle; y, tanto ellos como los de los pueblos inmediatos, animados por su presencia, por la de los marciales batallones que le acompañaban y por la fama de sus recientes victorias, pedian con ardientes esclamaciones y con unanimidad de pareceres, que se tomara á Estella, guarnecida aún por tropas republicanas.

Conformes Don Cárlos y sus generales con el sentimiento de los pueblos y conociendo el gran efecto moral que la toma de Estella causaria en Navarra y en España, resolvieron emprender el ataque en seguida. La ciudad estaba abierta, y las tropas liberales no tenian en ella para defenderse más que el antiguo convento de San Francisco. La solidez natural de este edificio, convertido ahora en fuerte, el número de tropas que le guarnecian, que eran unos 600 hombres y el saber que estaban bien provistos de víveres y municiones, no dejaba duda de que la defensa habia de ser empeñada y dar sobrado tiempo á las fuerzas exteriores para socorrer á la plaza; tanto más, cuanto que á las inmediaciones de ésta operaba siempre la columna llamada de la Ribera, al mando del brigadier Villapadierna. Era, pues, preciso para tomar á Estella, atacar á la guarnicion del fuerte é impedir á la columna de la Ribera que la socorriese, derrotándola por la parte de la Solana, por donde seguramente atacaria. Para esta doble operacion no contábamos más que con los cuatro primeros batallones de Navarra, cuatro piezas de montaña, 80 caballos y algunas partidas, miéntras que el enemigo contaba con un batallon en Estella y seis con numerosa artillería y caballería en la Ribera.

Emprendióse el ataque el 18, encargando á Radica que con su batallon, el 2.°, se apoderase de la ciudad, encerrase al enemigo en el fuerte y le contuviese allí miéntras las demás tropas tomaban posiciones en la Solana. Entraron en Estella los del 2.°, se apoderaron de la calle Mayor y barrio de San Pedro, y los republicanos se encerraron en el fuerte. Para atacar á éste se colocó una batería en el convento de Santa Clara, próximo al que servia de refugio á los enemigos, y se rompió el fuego de cañon, al que ellos contestaron con de terrible fusilería. El 19, Villapadierna hizo una demostracion por la parte de la Solana, pero Don Cárlos, Elío y Ollo con 1.°, 3.° y 4.° le cerraron el paso y le dieron frente; y él, sin intentar forzarle, se retiró. Entre tanto, Dorregaray con Radica y el 2.° continuaban el ataque al fuerte. Además de la de Santa Clara se situó otra batería en el palacio del Duque, y desde ámbas se hizo vivo fuego de cañon, pero aunque la distancia era corta, nuestros proyectiles de montaña se estrellaban contra las paredes, sin causarlas gran daño, y no se adelantaba nada. Villapadierna volvió el 22 á presentarse en la Solana; y aquella vez, con más resolucion ó más fuerzas que la anterior, trabó un combate formal, cañoneando vigorosamente á nuestras tropas. Cárlos VII y Ollo desde Dicastillo le contuvieron con los batallones 3.° y 4.°, y ante la porfiada resistencia que encontró, tuvo que retirarse á Sesma, perseguido por nuestros voluntarios. Ollo fué herido ligeramente en la cabeza en aquel combate, pero continuó al frente de las fuerzas. Entre tanto los sitiados seguian resistiéndose: nuestra artillería habia disparado sobre ellos 400 granadas, casi todas las que teníamos, sin poder abrir brecha, y era preciso apelar á otros medios. Se construyó una mina, se la dió fuego el 24, voló, y el fuerte quedó tan intacto como ántes; pues por un error de cálculo, la mina se habia hecho corta, y reventando en la carretera, no hizo ningun daño al edificio. La situacion iba siendo apurada para nosotros, porque seis dias de fuego iban agotando las municiones y era seguro que Villapadierna volveria, reforzado con nuevas tropas, ántes de mucho, cuando aquella misma mañana el fuerte capituló, entregando la guarnicion sus armas bajo la promesa de ponerla en libertad. El saber que Villapadierna habia sido rechazado y la mina, que ningun destrozo material habia causado, desanimaron á los republicanos, quienes resolvieron rendirse ántes que se hiciera otra más exacta. Mandaba el fuerte el teniente coronel Sanz, y tenia á sus órdenes 3 capitanes, 7 oficiales subalternos y 475 soldados en el momento de la entrega. Durante los seis dias de ataque habia tenido 7 muertos y 16 heridos, miéntras que nosotros, como haciamos fuego á cubierto y el enemigo no contaba con artillería, solo tuvimos 2 muertos y 15 heridos, casi todos por exponerse temerariamente. Además de las armas de la

guarnicion se cogieron en el fuerte de Estella otras muchas que estaban depositadas, y gran cantidad de municiones y víveres. Los prisioneros, acompañados de algunas fuerzas nuestras hasta las inmediaciones de Pamplona, fueron puestos en libertad, volviendo algunos de ellos con nuestros voluntarios para tomar parte en la guerra bajo la bandera carlista.

La rendicion de Estella en aquellas circunstancias era de importancia inmensa para nuestra causa por sí sola, pero la tuvo mucho mayor aún por la victoria que proporcionó al dia siguiente. Con harta razon el general Elío la calificó en su parte de suceso providencial, pues no se esperaba fuera la entrega la víspera de la llegada de las fuerzas auxiliares que con toda urgencia habia pedido Villapadierna.

En efecto, el dia 24 cuando Estella se rendia, llegaba el general enemigo Santa Pau de Zaragoza, con los regimientos de Saboya y Valencia, es decir, cuatro batallones; se unia á las tropas de Villapadierna, tomaba el mando de todas y disponia el ataque á nuestras posiciones de la Solana para el dia siguiente. Ya era tarde; nuestros batallones, con los cartuchos cogidos en Estella, se habian municionado y habian aumentado su fuerza con el 2.° de Navarra que, ocupado los dias anteriores en atacar al fuerte y contener á los sitiados, no habia podido auxiliar á las tropas de Ollo.

El 25, Don Cárlos se situó en Dicastillo, y el 1.° de Navarra ocupó la altura de Robledo, clave de las posiciones. Santa Pau, á las ocho de la mañana, rompió vivo fuego de cañon contra ellos desde Allo, é hizo en seguida avanzar á su infantería. El 2.° de Navarra fué enviado á auxiliar al 1.°, y unidos ambos, cargaron y arrollaron por aquella parte á los republicanos, miéntras por la derecha de éstos el 3.° y 4.° hacian la misma operacion. Rechazada la infantería enemiga en toda la línea, corrió á ocultarse entre la numerosa caballería y artillería que guardaba sus espaldas; y, gracias á ésta, pudo emprender con órden la retirada, evitando el que el ardor de los batallones navarros la convirtiese en derrota. Cuatro mil infantes, 900 caballos y 10 piezas de artillería contaba Santa Pau, y los cuatro batallones navarros, 80 caballos y cuatro piezas de los carlistas le obligaron á retroceder y á renunciar á Estella, que con esta victoria, quedó ya definitivamente en nuestro poder.

La accion de Dicastillo costó á Santa Pau 40 muertos, más de 100 heridos y unos cuantos prisioneros, entre los que se hallaba un teniente coronel, y acabó de levantar el espíritu carlista de los navarros.

El entusiasmo del pueblo llegó aquel dia hasta el delirio; así que, al volver el Rey á Estella desde el campo de batalla y diri-

girse á la iglesia para dar gracias á Dios, fué acogido con verdadero frenesí y victoreado con locura. Aumentó la alegría la llegada de Lizárraga, que con los batallones 2.° 3.° y 4.° de Guipúzcoa, vino á marchas forzadas á duplicar el número de combatientes, por si el enemigo volvia á acometer, y la de los batallones 5.° y 6.° de la misma provincia, recientemente creados, que acudieron tambien á Estella al dia siguiente. Con los fusiles cogidos se armó el 6.° de Navarra, y el 26 pasó Cárlos VII una revista á todas las fuerzas guipuzcoanas y navarras presentes, que ascendian ya á 8,000 hombres.

Desde la entrada del Rey en campaña, sobre todo desde que se emprendieron las operaciones, solo habia transcurrido un mes y nuestro ejército casi se habia duplicado y nuestro territorio se habia estendido considerablemente.

Multitud de jefes y oficiales procedentes del ejército republicano, venian diariamente desde todos los puntos de España á ingresar en nuestras filas y á ocupar un puesto en los nuevos batallones que por todas partes iban formándose. En Estella se presentó á Don Cárlos el brigadier don Torcuato Mendiry, á quien se le nombró en seguida jefe de Estado Mayor de la provincia de Alava para que organizase en ella nuevas fuerzas; el comandante de artillería don Javier Rodriguez de Vera, que fué destinado á Guipúzcoa en remplazo del difunto Nieves, y otros varios que fueron repartidos entre las diferentes comandancias generales, para que en todas fueran organizando las nuevas tropas y poniéndolas prontamente al nivel de los antiguos y ya victoriosos batallones de Eraul, Udave y Dicastillo.

Viendo que el enemigo no se atrevia á atacar á Estella, nuestras fuerzas, dejando la defensiva en que estuvieron algunos dias, volvieron á tomar la ofensiva, marchando las guipuzcoanas á su provincia y las navarras á seguir limpiando de guarniciones á la suya.

El 29 de Agosto bajó Don Cárlos con algunos batallones á Los Arcos, y desde allí pasó á atacar á Viana, pueblo situado á corta distancia de Logroño. El 30 por la mañana se rompió el fuego contra los dos fuertes que tenian los liberales, y al siguiente dia, domingo, se rindió el de San Pedro, á las diez, y el de Santa María continuó resistiéndose hasta las tres de la tarde en que capituló. Cogiéronse en Viana 160 fusiles, y los prisioneros hechos, que ascendian á 150, fueron, como de costumbre, con la generosidad que tanto iba distinguiendo á los carlistas, acompañados hasta Logroño y puestos en libertad.

El general Ollo añadió á los pocos dias nuevos timbres, á su ya esclarecida fama, con otra operacion importante; la toma de Sangüesa y Lumbier, ciudades de Navarra, en la frontera de Aragon

situadas y bien defendidas por los republicanos. Para llevar á cabo esta operacion salió Ollo, el 3 de Setiembre, de Puente la Reina, y pasando por Monreal, dividió sus fuerzas para que atacasen á un mismo tiempo ambos puntos. Envió á Rada con el 2.º de Navarra y una pieza de artillería contra Sangüesa, y él, situándose con tres batallones y la artillería en Arduez y Tabas, intimó la rendicion á Lumbier. Rada atacó la guarnicion de Sangüesa, que capituló despues de alguna resistencia el 4 á las dos de la tarde, pero la de Lumbier siguió defendiéndose todo el dia. Al anochecer se suspendió el fuego de cañon y se dispuso el asalto para las altas horas de la madrugada, pero antes, se les envió una carta de los de Sangüesa anunciándoles que habian capitulado, así que al empezar el asalto se rindieron. Entre ambos puntos se cogieron 250 prisioneros, con sus correspondientes fusiles y municiones, y ambas victorias no costaron á los carlistas más que un alférez y un soldado muertos y tres heridos que tuvieron en Lumbier. Ollo en seguida fué á la Aezcua, para desarmar aquel valle, y al poco se rindió la guarnicion de Valcárlos con los artilleros de la fábrica de Orbaiceta que se habian refugiado en ella.

Navarra quedó así libre de guarniciones desde Aragon hasta Guipúzcoa, y desde la frontera francesa no quedó más que Pamplona en poder de los republicanos.

La campaña habia sido fecunda y de provechosos resultados para los carlistas, quienes, á pesar de las armas cogidas á los enemigos y las desembarcadas, no tenian bastantes para dar á los jóvenes que de todos los pueblos venian á incorporarse á sus filas.

CAPITULO XXVII

Don Cárlos en Guipuzcoa. — Comunion en Loyola. — Bloqueo de Tolosa. — La línea del Oria.

El mes de Setienbre empezaba con buenos auspicios, así que Don Cárlos, viendo que en Navarra no habia temor de que el enemigo intentase nada sério, aprovechó la ocasion para visitar la provincia de Guipúzcoa donde hasta entónces no habia estado. El 4 salió de Eulate, y viendo en el camino á los batallones alaveses, que ya ascendian á cuatro, entró en Guipúzcoa. Recibióle, el 6 en

Vergara, Lizárraga con las fuerzas de la provincia, y el 7 fué á Azcoitia con ellas, acompañándole además los generales Elío, Valdespina y los oficiales de su Real casa.

Era al siguiente dia la festividad de la Vírgen, y en el suntuoso monasterio de Loyola celebráronle piadosamente Rey y batallones con una comunion general y solemne fiesta, á la que concurrieron tambien multitud de habitantes de los vecinos pueblos, que, deseosos de ver al jóven monarca venian presurosos de todas partes. Terminada la fiesta, en medio de los entusiastas vivas de la muchedumbre, acompañado por ella, hizo Cárlos VII su entrada en Azpeitia, y allí como en Navarra y como en todas partes, fué recibido con indecible júbilo y aclamado frenéticamente por el pueblo.

Los republicanos concentraban entre tanto sus fuerzas en Tolosa. A la columna Loma, fuerte de 3,000 hobres, unióse la de Santa Pau, con 9,000, y esta reunion considerable de tropas no dejó duda de que el enemigo abrigaba el propósito de invadir á Guipúzcoa y apoderarse de las fábricas de armas. Con solo sus cinco batallones no tenia fuerzas suficientes Lizárraga para hacer fracasar este propósito; pero esto no obstante, miéntras se avisaba á otras provincias y llegaban refuerzos, fué con ellos al sitio del peligro, sentó su cuartel general en Goyaz y Vidania, y apoderándose de las alturas que dominan á Tolosa, esperó el avance del enemigo, con objeto de hostigarle y retardárselo cuanto pudiera. El 12 por la mañana la columna Loma salió de Tolosa y rompió el fuego contra nuestras fuerzas, y en seguida Santa Pau, con todas las suyas, secundó el ataque. Lizárraga entónces, haciendo fuego, dispuso la retirada, que llevó á cabo con el mayor órden, sin que el enemigo, al ver la seguridad con que marchaban nuestros batallones de posicion en posicion dándole frente, se atreviese á perseguirlos ni á avanzar mucho. Lizárraga fué á Zumárraga, y supo que en Vergara estaba ya Don Cárlos con algunos batallones vizcainos, que Larramendi, con otros alaveses, habia llegado tambien, y en seguida distribuyó estas fuerzas entre Azpeitia, Azcoitia y los montes de Zumárraga, para oponerse á la invasion enemiga. Comprendió Santa Pau que, habiéndose ya reunido nuestras fuerzas, no podia llevar adelante su proyecto, y temiendo aún que le encerrásemos, fué á Villafranca, y de allí, con una marcha muy parecida á la fuga, salió de Guipúzcoa. Lizárraga le persiguió hasta Segura, pero el general enemigo, sin dar un momento de descanso á sus soldados, no paró hasta Vitoria, evitándose así una derrota.

Con la marcha de Santa Pau de Guipúzcoa, quedó únicamente Loma en Tolosa, y Lizárraga, aprovechando la reunion de fuerzas carlistas, que habia entónces en ella, propuso el plan de una ope-



racion combinada, la primera en que habian de entrar los batallones de las cuatro provincias, con objeto de acabar con Loma y con las fuerzas que vinieran á socorrerle. El plan consistia en reunir en los alrededores de Tolosa el mayor número de fuerzas posibles, encerrar á Loma cortándole la retirada á Hernani y San Sebastian, estrechar el cerco de Tolosa con suficientes batallones, y con el resto, que Lizárraga calculaba en 12, esperar en posiciones bien elegidas y fortificadas, á las tropas que vinieran á socorrerle, y batirlas casi con seguridad, en cuyo caso la falta de víveres obligaria á Loma á rendirse.

El plan, aceptado por Don Cárlos y el general Elío, fué puesto en planta en seguida. Lizárraga con los cinco batallones guipuzcoanos, dos vizcainos y dos alaveses, fué á Alegría el 17, y el 18 llegó Ollo con cuatro batallones navarros y cuatro piezas de montaña. El mismo 18 distribuyó Lizárraga las fuerzas: marchó él con los guipuzcoanos á Hernialde y Ezcamendi; envió á los vizcainos á ocupar la hermita de Nuestra Señora de Isazcun, y mandó al general Larramendi con los alaveses y el 3.° de Navarra á Leaburu, dejando á Ollo con los tres batallones restantes en Albistur y Alegría.

Loma, en cuanto se vió cercado, hizo una salida por la parte de Isazcun y atacó á los vizcainos, sosteniendo con ellos un largo combate hasta que, rechazado, tuvo que volverse á Tolosa con bastantes pérdidas, y desde allí se entretuvo en cañonear toda la tarde á las fuerzas de Lizárraga. Estas y las demás bloqueadoras ganaron terreno en la noche del 19, estrecharon el cerco, y Loma, escarmentado con lo ocurrido el dia anterior, no intentó salir. Animadas nuestras fuerzas viendo ya completamente encerrado al enemigo, siguieron aproximando sus trincheras á la plaza el 20 y 21, y los navarros llegaron á apoderarse de la estacion del ferro-carril, y los guipuzcoanos de las fábricas inmediatas, y se empezaron á construir baterías para romper el fuego al dia siguiente.

Por comunicaciones interceptadas sabíamos que Loma pedia socorro á toda prisa, y que le ofrecian que en seguida vendrian fuerzas á procurar levantar el cerco, de modo que se acercaba el momento de reñir en aquellos montes una encarnizada batalla con las tropas auxiliares, que si como era posible, la ganábamos, habia de tener gran influencia en la guerra. Aquellos momentos, previstos ya en el plan de Lizárraga, le parecieron demasiado graves al general Elío, y en la noche del 21 mandó una órden urgente á Lizárraga para que ántes de amanecer levantase el bloqueo, retirase de las inmediaciones de Tolosa las fuerzas y no siguiese adelante en el plan concertado.

En carta particular explicaba Elío á Lizárraga la razon que le impulsaba á no presentar batalla y levantar el bloqueo, dicién-

dole que aunque teníamos municiones para dar una accion, no las teníamos para sostenernos si éramos derrotados; y que por tanto, para no perderlo todo, valia más no exponernos. El general Elío tomaba sobre sí la responsabilidad de la retirada, pues ésta, segun él, nos permitiria conservar las fábrIcas de armas y á Estella que amenazaban ya los republicanos.

Lizárraga obedeció en seguida, y comunicando las órdenes oportunas á las demás fuerzas, levantó el bloqueo en la madrugada del 22, marchando él con sus batallones á Azpeitia; Larramendi con los alaveses y vizcainos á Villafranca, y Ollo con los navarros á Lecumberri. Así quedaron libres Loma y Tolosa, y las fuerzas auxiliares republicanas llegaron á la villa cercada sin disparar un tiro.

Las operaciones en otras provincias hicieron salir de Guipúzcoa á los pocos dias al grueso del ejército republicano, y Lizárraga, quedando solo con sus propias fuerzas contra Loma, resolvió no obstante, cercar á Tolosa é ir ganando terreno sobre su enemigo. Más conocedor de la topografía de Guipúzcoa que Loma, comprendió que la cordillera de Hernio que desde el mar se extiende hasta Tolosa, era la clave de la provincia; y apoderándose de ella en seguida, pasó con sus batallones á Larraul, Cizurquil, Azteasu y Villabona, estableciendo en la izquierda del Oria una línea de defensa permanente, que impidió á Loma el hacer correrías por Guipúzcoa, permitió montar en Azpeitia la maestranza de artillería y fué la guardia avanzada de las fábricas de armas.

Loma atacó la línea en cuanto se estableció, y el 29 de Setiembre hubo en Zizurquil y Villabona un combate que no tuvo más importancia que la de inaugurar una série de encuentros casi semanales, que desde aquel dia se sucedieron cada vez que Loma iba á Tolosa, único punto á donde podia llegar, pues el resto de Guipúzcoa, desde Hernani á Vizcaya, quedó en poder de Lizárraga.

CAPITULO XXVIII

Accion de Cirauqui y Mañeru. — Falta de municiones.—El barco milagroso.

Así como en Guipúzcoa, las operaciones militares giraban sobre Tolosa, así en Navarra era Estella el centro de los esfuerzos del enemigo. Los republicanos no se resignaban á ver que Estella, á tan corta distancia de ellos, estuviera en poder de los carlistas, y cons-

tantemente probaban el modo de forzar nuestra línea y abrirse paso hasta la que ya empezaban á llamar la ciudad santa del carlismo.

Movido por este empeño, hizo una tentativa Primo de Rivera con su columna el 30 de Setiembre, avanzando por Allo; pero, detenido por Ollo que le dió frente con tres batallones, se retiró á Sesma y renunció á sus propósitos. Moriones, que habia sucedido á Santa Pau en el mando superior y contaba con mas fuerzas, hizo en los primeros dias de Octubre, por la parte de Puente la Reina, otra tentativa que le salió más cara, pues dió lugar á que los carlistas consiguieran una victoria en los campos de Cirauqui y Mañeru.

Conocedor Ollo de los propósitos del enemigo, y siempre activo y vigilante, al saber que Moriones habia pasado á Puente la Reina, envió en la tarde del 5 á Mañeru y Cirauqui los batallones 2.°, 3.° y 4.° de Navarra con dos piezas de artillería, á las órdenes de Iturmendi y Radica; dejó á Argonz con los batallones 1.° y 5.° y algunas compañías en Estella, y enviando á Villatuerta á Mendiry con los batallones 1.° y 3.° de Alava, pasó con el 2.° á Lorca, como punto céntrico.

Al amanecer del 6, Moriones atacó la posicion de Santa Bárbara de Mañeru, que defendieron el 2.° y 4.° de Navarra con gran valor largo rato hasta que, viendo Radica el gran número de enemigos, llevado de su arrojo acostumbrado, trató con un rasgo de audacia de contenerlos, y al frente de su batallon les cargó sin contar la desproporcion de fuerzas, á la bayoneta. El enemigo no se intimidó: hizo frente, rompió sobre Radica y su batallon terrible fuego á quemaropa, y causándole grandes bajas, le obligó á retirarse. Afortunadamente ya habia llegado el 3.° de Navarra, que sostuvo á sus hermanos é impidió se convirtiese en derrota la retirada. El enemigo continuó avanzando, nos cogió algunos prisioneros que ¡cosa inaudita! asesinó en seguida, y dueño de Santa Bárbara, se creyó seguro de la victoria. Ollo entre tanto, habia llegado al lugar del combate con el 2.° de Alava, y habia mandado aviso á Mendiry y Argonz de que acudieran en seguida; de modo que, miéntras llegaban, replegó los tres batallones de Iturmendi al amparo del suyo, y se sostuvo hasta las once de la mañana. El enemigo, aunque lentamente, avanzaba, pero á aquella hora llegó Mendiry con dos batallones alaveses, y Argonz con otros dos navarros, y Ollo entónces, colocándose en la altura de Cirauqui, formó sus ocho batallones en línea de columnas, co dos piezas de artillería á la derecha, y tranquilo ya, rompió fuego de cañon sobre la primera columna republicana, á la qu contuvo é hizo desaparecer á los pocos disparos.

Los republicanos conocieron que la llegada de refuerzos les in

posibilitaba seguir adelante y pararon el fuego. Los nuestros, al ver que el enemigo callaba, avanzaron, y el enemigo aunque los contuvo algo, emprendió á las cinco de la tarde la retirada á Puente la Reina en columnas escalonadas y con órden completo. Poco duró éste; nuestras fuerzas, enardecidas al ver al enemigo retirarse, lanzáronse sobre él á la bayoneta, y Radica con el 2.°, que tanto habia sufrido por la mañana, reconquistó á Santa Bárbara, y apoyado por el 1.° fué persiguiendo á los republicanos hasta Puente la Reina, donde entró su retaguardia en bastante desórden, perdiendo muchos fusiles y algunos prisioneros. En esta retirada, al recobrar los carlistas la hermita de Santa Bárbara, encontraron tendidos en dos filas y horriblemente mutilados los cadáveres de los 18 prisioneros que por la mañana habian perdido, é indignados ante la barbarie y ferocidad de los republicanos, olvidaron por primera vez en la guerra su generosidad habitual y dieron tambien muerte á los prisioneros que acababan de hacer. Represalia triste, pero inevitable en aquellos momentos en que al ardor del combate unian los voluntarios la pena y la ira causada por el asesinato de sus compañeros.

El campo de batalla quedó por completo en poder de los carlistas; Moriones se encerró en Puente la Reina, llevándose más de 300 heridos, maltrató al pueblo, y al dia siguiente 7, marchó á Tafalla renunciando así á su proyecto de recobrar á Estella, donde entraron los carlistas victoriosos en medio del júbilo inmenso y de la delirante alegría del pueblo. La victoria conseguida fué por lo tanto importantísima, y no muy sangrienta, pues sin contar los 18 asesinados, los carlistas solo tuvieron 1 jefe, 4 oficiales y 14 soldados muertos y 15 oficiales y 81 voluntarios heridos. Las pérdidas de Moriones no pudieron averiguarse, pero como siempre fueron mayores, en razon á que sus masas, para tomar las posiciones que tomaron, habian sufrido al descubierto terrible fuego, y por la tarde, en la retirada, le sufrieron tambien hasta el mismo Puente la Reina.

No se esplica por qué Moriones atacó solo con sus fuerzas sin operar aquel dia en combinacion con Primo de Rivera que tenia su columna por la parte de la Solana, y cuyo auxilio quizás le hubiera valido la victoria. O Moriones confiaba mucho en sus fuerzas y soñando en el triunfo no quiso dar participacion á Primo de Rivera, ó lo que tampoco sería difícil, éste, ya que no fué llamado, no quiso acudir al combate. El resultado es, que esta falta de acuerdo ó de inteligencia en ambos generales, costó muy cara á los republicanos, que necesitaron todo el mes de Octubre para reponerse en Navarra del descalabro sufrido.

En Guipúzcoa, Lizárraga sostenia contra los contínuos ataques de Loma, la línea que habia establecido en el Oria, y emprendia

la difícil operacion de aislar á Tolosa de Andoain y Hernani, base de operaciones del jefe republicano. Contaba Loma con 3,000 hombres, y en Tolosa, comprendidos los voluntarios, tenia una guarnicion de cerca de 2,000, y como Lizárraga no podia reunir más de 4,000 resultaba, que en número, llevaba el jefe republicano ventaja al carlista. Este, sin embargo, interpuso sus fuerzas entre Andoain y Tolosa y dedicó parte á contener la guarnicion y parte á molestar la columna, y para suplir lo que le faltaba en número, empezó á fortificar sus posiciones sobre Andoain y Tolosa y á interceptar la carretera que unia á ambos puntos por Villabona. Loma, al verlo, quiso á todo trance conservar la comunicacion, y el 17 de Octubre emprendió un reñido combate en que se abrió paso á Tolosa por haberse acabado las municiones á los carlistas. Pernoctó Loma en Villabona, pero Lizárraga, aunque no tenia un cartucho, se mantuvo en Asteazu y en los puntos que ocupaba á la falda del Hernio y Celatum, para impedir que el enemigo avanzase, y no demostrarle con una retirada la crítica situacion en que se encontraba. Si al dia siguiente atacaba Loma, no podia ponérsele resistencia y se hacia dueño de Guipúzcoa, pero afortunadamente, tambien él habia acabado sus cartuchos y al amanecer del 18 fué á reponerlos á Tolosa.

La situacion, sin embargo, no mejoraba, porque Loma tenia depósitos en San Sebastian y Tolosa, podia reponer sus municiones, enterarse por sus confidentes de la escasez de los carlistas y atacarles impunemente, mientras que éstos, en aquellas circunstancias, no podian esperar cartuchos más que del cielo.

La rapidez con que el armamento moderno consume las municiones, el no tener las fábricas necesarias para hacer los cartuchos metálicos y los muchos que se habian gastado en los últimos combates de Navarra y Guipúzcoa, habian producido una terrible crísis que, si la aprovechaba el enemigo, podia tener fatales consecuencias.

Lizárraga habia acudido á todos los medios imaginables para procurárselos; habia pedido á las demás provincias, que, escasas tambien, no habian podido darle; habia recogido los gastados que el enemigo tiraba y habia montado en Azpeitia un taller para recargarlos; habia, por último, encargado á los habitantes de los pueblos por donde pasaba Loma, que quitasen á los republicanos los que pudieran, que él los compraría en seguida; pero, aunque todos estos medios daban algun resultado y los chicos y mujeres de Villabona cada vez que pasaba la columna abrian á los soldados las cartucheras y cogian cuanto podian para llevárselo luego á los carlistas, con todo, no podian estos reponerse, porque tales medios producian algunos centenares de cartuchos y se necesitaban para contener al enemigo millones de tiros.

No habia más esperanza que desembarcara un buque los que hacian falta, pero los desembarcos eran difíciles en aquella época, porque la escuadra enemiga cruzaba la costa constantemente, bombardeaba los puertos, corria continuamente de uno á otro, y sabiendo ya que tratábamos de introducir armas vigilaba extraordinariamente. Las circunstancias apremiaban, la necesidad no admitia espera; ántes de una semana ó teníamos cartuchos ó teníamos que retirarnos de la línea del Oria, y no era fácil que en una semana pudiese hacerse el desembarco. Si embargo de que no habia esperanza alguna, el desembarco se hizo con tan prodigioso conjunto de circunstancias y con tal oportunidad, que todos vieron en él un señalado favor de Dios.

Una mañana, los pescadores de Ondárroa, pequeño puerto que en los confines de Guipúzcoa y Vizcaya poseian los carlistas, vieron un vapor con las calderas apagadas bordear á merced de las olas y los vientos por alta mar, y creyéndole un crucero republicano huyeron de él. Al dia siguiente, el vapor volvió á aparecer, é impelido por el viento se acercó más á la costa. Entónces se convencieron los pescadores de que no gobernaba, que nadie le dirigia y que venia hácia la costa porque le traian las olas pero no porque la mano de ningun hombre le guiara. «Está abandonado,» dijeron unos; «quizás hayan muerto sus tripulantes, quizás una enfermedad, una desgracia, un crímen los haya hecho desaparecer y dejado el buque á merced de Dios,» pensaban otros, y todos contemplaban el barco misterioso sin atreverse á acercársele. «¡Vamos á ver qué pasa ahí dentro!» exclamó por fin el patron de una lancha, y dirigiendo su proa al vapor, se acercó á él, se puso al habla, llamó, y como nadie le respondiera subió, mientras que los demás esperaban con ansiedad creciente el descubrimiento de aquel misterio. El patron recorrió el buque, que se llamaba *Ville de Bayonne*, y al cabo de unos instantes apareció sobre cubierta radiante de júbilo, gritando: «¡El vapor, está cargado de armas y no trae nadie á bordo!» Subieron á él otros pescadores, lo examinaron y hallaron señales de incendio y cajones de fusiles y cajas con cartuchos. El misterio se aclaró entónces: habia estallado un incendio á bordo y la tripulacion, temiendo que se comunicase á los cartuchos y volase el buque, le habia abandonado.

La noticia de que el barco misterioso contenia armas y municiones corrió como un rayo por Ondárroa y los inmediatos pueblos de Marquina y Deva, y los habitantes acudieron á la playa. Era preciso meter el vapor en el puerto cuanto antes y proceder al desembarco en seguida, porque cerca de Ondárroa está Guetaria y allí habia siempre buques de guerra republicanos que acudirían al momento para apoderarse de tan buena presa. Se reu-

nieron cuarenta lanchas pescadoras y remolcando el vapor le metieron en el puerto, y hombres, mujeres y niños acudieron al momento á descargarle, pues como nadie esperaba el desembarco no habia por la costa fuerzas carlistas que le protegieran. Afortunadamente llegó á Deva el capitan don Aguntin Atristain, enviado por Lizárraga con dos compañías para evacuar una comision, y en seguida se trasladó á Ondárroa mientras que por la parte de Vizcaya acudieron las fuerzas más inmediatas.

Ya era tiempo: enterados los de Guetaria de lo que ocurria, enviaron un buque de guerra á apoderarse del cargamento del vapor abandonado, pero éste, ya estaba dentro y las compañías guipuzcoanas y vizcainas impidieron desembarcar á los marinos republicanos. Los carlistas, en su presencia, descargaron el precioso tesoro que Dios les habia regalado y comunicaron en seguida la noticia á las fuerzas.

El vapor traia cuatro mil fusiles y un millon de cartuchos metálicos, más un cargamento de resina y otras materias inflamables. Era el *Ville de Bayonne* buque que hacia el servicio entre Francia y Bélgica é iba á llevar los fusiles á Amberes para trasbordarlos allí á otro barco que tenian preparado los carlistas, con objeto de que burlando la vigilancia de las autoridades los trajese á España. Esta doble operacion les hubiese hecho perder un mes, pero el 15 de Octubre, dia de Santa Teresa, salió el buque de Bayona con rumbo á Bélgica, y aquella misma noche se declaró un incendio. Dos barriles de resina ardian, la humareda que levantaban era tan grande y el peligro de volar tan próximo, que la tripulacion asustada abandonó el buque. El capitan cerró antes las escotillas, y el fuego, en vez de crecer, no se comunicó y se apagó por sí solo. A merced de las olas anduvo el buque abandonado cinco dias, y en ellos, torció el rumbo y solo se vino á Ondárroa, único punto donde los carlistas podian recogerle.

Si las condiciones que se reunieron en el abandono, viaje y entrada del *Ville de Bayonne* fueron prodigiosas, el mayor prodigio fué la oportunidad de su llegada. Lizárraga, que lo supo el 21, ya no temió á Loma, pues aquel suceso le daba municiones para salvar á Guipúzcoa. Ollo y los navarros vieron con tranquilidad la union de Moriones y Primo de Rivera y se decidieron á esperarlos en Montejurra, y en las demás provincias se celebró la noticia con general regocijo. Cantóse un solemne *Te Deum* en todas las iglesias para dar gracias á Dios por aquellos 4,000 fusiles, tan maravillosamente llegados, que representaban 4,000 soldados má y nuevos triunfos para la causa de Cárlos VII, y el pueblo y lo voluntarios tuvieron el desembarco como prueba de la proteccio del cielo.

CAPITULO XXIX

Los Infantes en Estella. — Accion de Montejurra. — Toma de La Guardia.

A los pocos dias de la accion de Cirauqui y Mañeru llegó Don Cárlos á Estella con dos batallones guipuzcoanos, otros dos vizcainos y unos 150 caballos, por si Moriones, uniéndose con Primo de Rivera, volvia á atacar. El general enemigo no tenia gran prisa, así, que nuestros batallones, acantonados en Estella y sus inmediaciones, pasaron el mes de Octubre instruyéndose. El Rey asistia con frecuencia á sus maniobras y su presencia enardecia y entusiasmaba á los voluntarios; el pueblo asistia tambien, pues tomaba con tanto interés como los jefes la instruccion de aquellos nuevos soldados que eran la flor de sus hijos y se enorgullecía de sus triunfos y consideraba como propias sus glorias. Todo era júbilo y contento; el desembarco de armas y cartuchos del *Ville de Bayonne* vino á aumentar la alegría general, pues ya los navarros quedaron seguros de la posesion de Estella.

En los últimos dias de Octubre llegaron á ella los Infantes Don Alfonso y Doña María de las Nieves, que tan brillante y ruda campaña habian hecho en Cataluña. Venia Don Alfonso á ver al Rey, su hermano, para exponerle la situacion del ejército catalan, las condiciones y caracteres de sus jefes y las dificultades que presentaba la guerra en el Principado. Le acompañaban en esta expedicion su inseparable esposa Doña María de las Nieves, jóven princesa que con varoniles ánimos habia hecho toda la campaña, y el brigadier Freixa, que siendo coronel de la guardia civil habia puesto su fuerza al servicio de los carlistas pasándose con ella á nuestro campo donde combatia con algunos oficiales y guardias que le siguieron.

Cárlos VII hizo ver á los Infantes las fuerzas que por aquellos alrededores estaban, para mostrarles el brillante grado de subordinacion, disciplina é instruccion en que se hallaban, y á los pocos dias, Moriones les ofreció ocasion de ver como en el campo de batalla sobresalian en valor, abnegacion y heroismo.

El general republicano, despues de pensarlo un mes, se decidió á atacar de nuevo la línea de Estella por otro punto y con mas elementos que en Octubre. Al efecto, el 3 de Noviembre se reunió en Sesma con Primo de Rivera, y entre los dos y los refuerzos que les habian enviado, juntaron 16,000 infantes, 1,000 caballos y 24 piezas de artillería, muchas de ellas del sistema Krupp.

Loma, al mismo tiempo, empezó á moverse por Guipúzcoa, y los batallones 5.° y 6.° de aquella provincia que estaban en Abárzuza, tuvieron que salir de Navarra para ir apresuradamente á reforzar á Lizárraga que solo tenia cuatro. En cambio de los que se iban, llegaron afortunadamente en seguida Velasco y Larramendi con batallones vizcainos y alaveses, y juntándose á los navarros, formaron un total de 8,000 infantes, 200 caballos y 6 piezas de montaña, fuerza que se creyó suficiente para resistir el ataque de Moriones.

El general Elío situó estas tropas admirablemente en una línea, que se estendia desde Monjardin á Dicastillo por la parte de Montejurra, cuya elevada mole, quedando á retaguardia de nuestro ejército, defendia á Estella de los cañones enemigos.

La víspera del combate, los cinco primeros batallones de Navarra ocupaban respectivamente los pueblos de Arroniz, Barbarin, Dicastillo, Arellano y Villamayor; el 1.° de Castilla estaba en Azqueta, los tres batallones vizcainos en Luquin, Urbiola é Iguzquiza y los tres alaveses en Ayegui; los generales Ollo y Argonz con la caballería en Allo, y en Estella quedaban, á modo de reserva, los batallones 7.° y 8.° de Navarra y el 1.° de Aragon, que por tener mal armamento se les dejó en última línea. Elio estaba á vanguardia en Arroniz, y en cuanto adquirió, la noche del 6, la noticia de que el enemigo emprendería el combate al dia siguiente, ordenó que se concentraran nuestras fuerzas sobre las alturas de Luquin, Barbarin y Urbiola, que abandonaran los pueblos y que al amanecer estuvieran en las posiciones designadas á cada uno de antemano. Así quedó la línea de combate, formada desde las alturas de Santa Cruz, extrema izquierda, por las de Barbarin y Luquin á las de Villamayor, que era nuesta derecha.

El enemigo se hizo esperar: á las nueve de la mañana apareció su vanguardia por el portillo del Cogullo, y desembocando en la llanura de Barbarin, formó en ella sus masas. Radica que ocupaba la vanguardia con su batallon y dos piezas de artillería, rompió con ellas el fuego, á cuya provocacion contestaron en seguida los republicanos colocando 14 piezas en batería y avanzando resueltamente al amparo de sus cañones con la infantería sobre Barbarin. El 2.° de Navarra sostuvo con firmeza la acometida y defendió, á pesar de la desigualdad numérica, con denuedo la posicion, hasta que, faltándole municiones se replegó donde estaba el 3.°, y junto con él y apoyado luego por el 1.° y 4.° defendieron con tal empeño la segunda posicion, que en todo el dia no pudo el enemigo pasar de la primera altura sobre Barbarin. Entre tanto las demás fuerzas republicanas entraban en Luquin y Urbiola, que ántes del combate habian abandonado los nuestros, y desde allí lanzaban luego sus columnas á tomar las alturas inmediatas. Los tres ba-

tallones vizcainos, el 1.º de Castilla y el 5.º de Navarra sostuvieron tambien sus posiciones con tal empeño, que el enemigo fué rechazado, y al anochecer se guareció en los pueblos de Luquin, Barbarin y Urbiola, sin haber conseguido ningun resultado positivo, ántes bien, quedando encerrado por las fuerzas carlistas que, ayudadas á la derecha por el batallon riojano, al mando del brigadier Llorente, le envolvian.

Las fuerzas carlistas durante la noche del 7, quedaron de este modo : el general Dorregaray, teniendo á sus órdenes á Valdespina, Larramendi y Llorente con cinco batallones, ocupaba las alturas de Villamayor; el general Velasco con cuatro batallones, las de Azqueta; el general Ollo, con Argonz, Mendiri y cinco batallones las de Arellano, y las demás fuerzas y la caballeria guardaban á Estella. La accion habia quedado indecisa, y como los carlistas esperaban que al dia siguiente intentase Moriones un nuevo esfuerzo, tomaron sus precauciones para rechazarle, rodeando con sus fuerzas á Montejurra, que siguió siendo la base de su defensa.

Amaneció el 8 diluviando; pero, á pesar del agua, los republicanos hicieron por la mañana una salida impetuosa de los tres pueblos que ocupaban, creyendo que los carlistas, descuidados con la lluvia, no sostendrian sus posiciones. Bien pronto el terrible fuego que recibió á sus columnas las hizo ver que se equivocaban y en seguida se encerraron de nuevo en los pueblos que les servian de guarida. Cesó la lluvia por la tarde, y los republicanos cañonearon violentamente nuestras posiciones; sobre todo, Villamayor, donde estaba Don Cárlos, á cuyos piés estallaron varias granadas. Salieron otra vez á probar fortuna y como fueron nuevamente rechazados sin conseguir ninguna ventaja, se volvieron á Luquin, Barbarin y Urbiola con muchas pérdidas, y desalentados ante la porfiada resistencia que encontraban.

Moriones se convenció de que no le era posible entrar en Estella, y á la mañana del 9, dia del Patrocinio de la Santísima Vírgen, emprendió con su ejército la retirada hácia Los Arcos, llevándola á cabo con órden tan admirable, en tan buena disposicion y con tal acierto, que el anciano general Elío que la contemplaba, no pudo ménos de tributar públicos elogios á los jefes enemigos que la habian dispuesto.

Nada hay en toda guerra que entusiasme más á los soldados que el ver retirarse al enemigo, porque toda retirada es la plena confesion que hace éste de la impotencia en que se encuentra de llevar adelante los planes què abrigaba; pero en el ejército carlista, formado de voluntarios ardientes y decididos, el ver retirarse á sus contrarios, hacia algo más que entusiasmar, enloquecia de júbilo. Así que, el ver á Moriones emprender la marcha

hácia Los Arcos renunciando á Estella, enardeció de tal modo á los carlistas, que lanzándose con ímpetu sobre las masas republicanas, á pesar del terrible fuego de su artillería, las desordenaron en varios puntos y las acosaron y persiguieron hasta la altura del Cogullo, por donde habian venido el dia 7. Allí ya los republicanos estaban en el llano, y formando sus 1,000 caballos y haciendo fuego á la vez con sus 24 piezas, contuvieron á los carlistas é impidieron que la retirada se convirtiese en vergonzosa fuga. Los carlistas ocuparon de nuevo á Luquín, Barbarin y Urbiola, que encontraron saqueados por la soldadesca de Moriones, y volvieron triunfantes á Estella, segunda vez salvada del terrible ataque.

Moriones habia proporcionado una nueva victoria, la más importante hasta entónces de la campaña, al ejército carlista, y dado un brillante dia de gloria á sus enemigos. El júbilo de Estella fué inmenso; celebróse con solemne *Te-Deum* el suceso, y Don Cárlos y el general Elío, al volver con los batallones del campo de batalla, fueron acogidos con una ovacion tan grande, tan expontánea y tan expresiva, que difícilmente se dará otra igual.

Las pérdidas que los republicanos sufrieron en los tres dias, pero sobre todo en los dos primeros, fueron terribles, porque la resistencia que encontraron en nuestros batallones fué sobrehumana. Navarros, vizcainos, castellanos, alaveses y riojanos sostuvieron sus posiciones con tal decision y con tal firmeza, que parecian pegados á las rocas que defendian. En vano los republicanos lanzaban granadas y batallones contra ellos; ni unas ni otros amenguaban los brios de los carlistas, que sufrian impasibles el fuego y la muerte sin moverse de su sitio.

Favorecia además á éstos la natural fortaleza de las posiciones donde tan sábiamente les habia colocado el general Elío, quien, sin embargo, con laudable modestia rehusó la gloria de aquella jornada, atribuyéndola en su parte oficial, á la proteccion de la Santísima Vírgen, en cuyo dia peleaban. Solo así, decia, puede explicarse la retirada, que le sorprendió grandemente, porque Moriones habia prometido á su gobierno entrar á todo trance en Estella, y habia hecho grandes ofrecimientos á sus oficiales y soldados si lo conseguia. En concepto de Elío las muchas bajas que sufrieron los republicanos y la actitud resuelta de los carlistas les espantaron y quitaron los ánimos para atacar el tercer dia.

Las pérdidas de los carlistas, á pesar del horrible cañoneo, consistieron solo en 40 muertos y 170 heridos; y las de los republicanos, aunque apenas molestados por nuestra artillería, fueron casi diez veces mayores, en atencion á que tomando la ofensiva, sufrian mucho al atacar posiciones tan tenazmente defendidas.

Cárlos VII, para perpetuar la importante victoria de Monte-

jurra, mandó se creara una medalla para uso de todos los que habian tomado parte en ella, y encargó á su dibujante de campaña, don Leon Abadías, que le presentase el modelo, en el que, como reconocimiento á la Santísima Vírgen, debia mencionarse que la victoria se habia obtenido el dia de su Patrocinio.

Testigo además Cárlos VII de la pericia desplegada en aquella ocasion por el general Elío y del valor del ejército, recompensó á uno y otro, confirmando al veterano jefe en el empleo de capitan general, que siempre habia rehusado, y otorgando diversas gracias á los que más se habian distinguido en los tres dias de combate.

Miéntras esto ocurria en Navarra, Loma se movia en Guipúzcoa: el dia 9 salió de Andoain para Tolosa con objeto de socorrer á esta villa, á la que el bloqueo en que la tenia Lizárraga empezaba á hacer sufrir mucho. Como desde el mes de Octubre habia Lizárraga fortificado la línea izquierda del Oria, cerrado la carretera de Villabona y casi imposibilitado el paso, Loma tomó desde Andoain el camino por el monte de Velabieta, á la derecha del Oria, sabiendo que por allí aún no habia fortificaciones, ni tropas suficientes para impedirle el paso. La mayoría de las fuerzas de Lizárraga estaba á la izquierda del rio, y á la derecha se hallaba solamente el coronel Aizpúrua con el 1.° de Guipúzcoa y el 6.° de Navarra. Los batallones 5.° y 6.° de Guipúzcoa aún no habian llegado de tierra de Estella; de modo que Loma no halló en su camino el dia 9, más que los dos batallones que mandaba Aizpùpurua. Esto no obstante, empeñóse un combate porfiado, en que fué herido Aizpúrua; y Loma, sufriendo grandes pérdidas, logró pasar á Tolosa. Por desgracia para los habitantes de esta villa, Loma no pudo llevarles ningun convoy, así que el dia 11 salió al amanecer para Andoain, á fin de no gastar en la plaza los escasos alimentos que tenia la guarnicion. Volvió á empeñarse el combate á la salida, y Loma empleó todo el dia en atravesar las tres leguas que le separaban de Andoain, sufriendo tales pérdidas entre ida y vuelta, que renunció á socorrer á Tolosa en adelante: vendió en Andoain el convoy que tenia preparado y declaró que si no venia Moriones con el grueso del ejército á librarla, no podia él con sus solas fuerzas impedir que cayera en poder de los carlistas.

Habia, pues, conseguido Lizárraga á fuerza de combates y de trabajos, el propósito que le llevó á establecer la línea del Oria: aislar á Tolosa de Loma; mantener á éste quieto en Andoain, y procurar apoderarse de aquella. Faltábale artillería para conseguirlo, porque no habia que pensar en tomarla por asalto estando muy bien fortificada y guarnecida, y miéntras se fabricaba en Azpeitia, la cercó rigurosamente á fin de que el hambre la preparase á rendirse. Fué para ello preciso sostener rudos combates

con la guarnicion que hizo vigorosas salidas, pero rechazada siempre, acabó ésta, como Loma, por no moverse, y esperar el auxilio de mayores fuerzas.

Otra victoria notabilísima consiguieron á últimos de Noviembre las armas carlistas en la Rioja con la toma de La Guardia, punto avanzado importantísimo, situado á corta distancia de Logroño, y que aseguraba la posesion de Alava hasta el Ebro. El anciano brigadier Llorente con las fuerzas riojanas que mandaba, la llevó á cabo el 29 de Noviembre por sorpresa, ayudado por varios hijos del pueblo que militaban á sus órdenes. La guarnicion republicana resistió denodadamente algunas horas en las calles y casas, esperando pronto socorro de Logroño; pero, reducida y acosada por todas partes, y habiendo sufrido pérdidas de consideracion, se rindió entregándose á Llorente 186 prisioneros, con muchas armas y pertrechos de guerra.

El territorio carlista, con esta nueva victoria, se extendió hasta la orilla del Ebro, y el ejército republicano perdió con ella una de sus mejores posiciones estratégicas para invadir las provincias por Alava.

CAPITULO XXX

Los alaveses. — Los castellanos. — Su organizacion.

Miéntras se obtenian estas brillantes victorias adelantaba prodigiosamente la organizacion del ejército del Norte y nuevos batallones surgian de todos lados y aumentaban las huestes, ya respetables, de Cárlos VII. Navarra, Vizcaya y Guipúzcoa, con más recursos y territorio que Alava, armaron ántes que ésta á sus hijos, pero llegó por fin, para los alaveses la ocasion de tener fusiles, y en seguida formaron batallones, que bien pronto fueron de los mejores del ejército.

Son los alaveses por naturaleza sufridos, valerosos y sóbrios, de carácter más constante y ménos impresionable que los navarros, más firme y enérgico que los vizcainos y guipuzcoanos, y no tienen tan desarrollado como éstos el espíritu provincial; de modo que se hallaban en mejores condiciones que sus hermanos de las otras provincias para convertirse de pacíficos campesinos en soldados aguerridos.

Aunque con poca gente, los alaveses, habian secundado el alzamiento de Ollo en Navarra, levantando partidas que se sostuvieron durante el invierno á costa de grandes penalidades. En cada uno de los cuatro distritos en que se divide Alava habia un jefe militar con una partida destinada á operar en él. Mandaba el primer distrito Mendivil; el segundo don Celedonio Iturralde; el tercero don José María Montoya, y el cuarto Eguilleta, y entre todos tendrian unos 400 hombres, con algunos caballos. Fué comandante general de la provincia el coronel Lecea, quien tan mala suerte tuvo que, sorprendido en Apellaniz por superiores fuerzas republicanas, perdió 70 muertos, una porcion de heridos y prisioneros, y vió deshacerse y dispersarse el resto de sus fuerzas.

Mucho sufrió Alava con este golpe, y para irse reponiendo de él le costó largo tiempo y penosos sacrificios. Por fortuna, á falta de jefes militares, tenia Alava en su diputado general, D. R. Ignacio de Varona, un hombre de tal desinterés, abnegacion y patriotismo, que él fué el alma y la vida del movimiento carlista.

A Lecea sucedió Aguirre: se reorganizaron algo las fuerzas, aunque sin aumentarlas; y viendo Don Cárlos despues de su entrada en España, el mal estado en que por falta de jefes se hallaba aquella provincia, nombró comandante general de ella al mariscal de campo don José R. de Larramendi, antiguo jefe del ejército, que ahora acababa de venir de Cataluña, donde habia estado, haciendo la guerra á las órdenes del Infante Don Alfonso.

Larramendi se puso el 24 de Julio al frente de las fuerzas de Eguilleta y Montoya, pasó con ellas á Alava, concentró á las demás y se dispuso á organizar la provincia. Sus disposiciones, su presencia animaron al país, y en ocho dias se le presentaron más de 1,000 voluntarios, á los que armó como pudo y mandó á incorporarse á las cuatro partidas existentes para formar cuatro batallones. Dió el mando de cada uno de estos batallones á los jefes de las partidas; el de la caballería al coronel Aguirre, y procediendo con el tacto y el tino necesario, organizó en poco tiempo militarmente á aquella gente de tal modo, que el 10 de Agosto concurrió con las fuerzas de Lizárraga al ataque de Vergara y defendió admirablemente las posiciones que le estaban encomendadas.

La gran dificultad con que luchaba Alava era la falta de armas, y para remediarla, Larramendi estableció en Aramayona un taller donde se recompusieran los fusiles viejos que las demás provincias desechaban. Con los recogidos así, que pasaron de 300, y con 600, tambien viejos, que despues de la entrega de Eibar dió Guipúzcoa, se fué armando Alava y estableciendo aduanas en su territorio, sacó recursos para mantener sus fuerzas, uniformarlas y comprar 1,000 fusiles nuevos. Para Alava eran los fusiles que

venian en el *Ville de Bayonne*, que tan prodigiosamente, despues de ser incendiado en alta mar, llegó á Ondárroa.

La division alavesa empezó ya á ser respetable en Setiembre cuando las operaciones de Tolosa, y acreditó extraordinariamente su valor en la accion de Cirauqui y Mañeru, ocurrida en los primeros dias del mes siguiente.

A la completa organizacion de aquellas tropas contribuyó tambien el brigadier don Torcuato Mendiry, nombrado jefe de Estado mayor de la provincia, quien ayudó y secundó á Larramendi, y le sustituyó durante sus largas enfermedades.

Las tropas alavesas, además de los batallones mencionados, contaban con una magnífica compañía de guias, y otra de verederos, que servia de escolta á la Diputacion. Estaban uniformadas con poncho color de café, pantalon encarnado; y algunos batallones con capotes grises, procedentes, como casi todos los de las demás provincias, de los comprados en Francia y que se habian hecho allí, durante la guerra con Prusia, para la guardia móvil.

Libre Alava de republicanos, la única operacion que tenian que hacer en ella los carlistas era la de apoderarse de Vitoria, la capital, punto importantísimo para el ejército enemigo, y de mucha más importancia militar para nosotros que Bilbao. El general Larramendi lo comprendió así, y se puso á trabajar para lograr la posesion de la plaza. Consiguió tener inteligencias dentro de ella, envió confidentes, dispuso el plan de ataque, y cuando todo lo tuvo corriente, expuso su pensamiento al general Dorregaray, y le pidió le dejase cuatro batallones, respondiéndole que con ellos y los cuatro de Alava tomaria á Vitoria. O el general no lo creyó tan fácil, ó las operaciones de Navarra no le dejaron disponer de los cuatro batallones que pedia Larramendi, ello es que no se le concedieron y no se pudo intentar el golpe, quedando los alaveses reducidos á auxiliar con sus fuerzas á las demás provincias, y á tomar brillante parte en todos los combates importantes que se libraban en ellas.

Los alaveses, subordinados y valientes, eran, como hemos dicho, muy buenos soldados; pero al fin y al cabo, como todos los de las provincias vasco-navarras, tenian cerca sus casas, sus pueblos, y muchas veces deseaban volver á su provincia y no les agradaba andar por las demás.

Las únicas tropas que no tenian este defecto, las que verdaderamente combatian por amor á la causa, sin ningun espíritu de provincialismo, las que por defenderla habian abandonado más completamente casa, hogar y familia, eran los batallones castellanos, que tanta gloria adquirieron en el ejército del Norte.

Verdaderos voluntarios, los castellanos vinieron á campaña desde que hubo carlistas en armas. La bandera de la Religion y

de la Monarquía estaba desplegada, y los hijos de Castilla, católicos y monárquicos, iban á buscarla, lo mismo á las montañas de Guipúzcoa que á las de Cataluña, y á dar su sangre por defenderla donde quiera que hiciesen falta sus generosos sacrificios.

Abnegacion, desinterés, entusiasmo, valor, sobriedad y subordinacion han hecho siempre de los hijos de Castilla los mejores soldados del mundo, y estas cualidades llevadas á un grado heróico, hicieron de los voluntarios castellanos los mejores soldados carlistas.

Los vascongados á la sombra de sus casas, peleaban por ellas; los castellanos en tierra para ellos extranjera, peleaban solo por la causa. A los unos les sostenian sus provincias, les cuidaban sus diputaciones, les atendian sus padres, y sus madres les curaban en los hospitales ó les asistian en los mismos campos de batalla; los otros, privados de todos estos consuelos, faltos casi siempre de recursos, viviendo de las limosnas que les daban las demás provincias, sin ropa muchas veces, sin paga siempre, eran sin embargo los primeros en los combates, y estaban tan contentos y alegres como si disfrutaran de las mayores comodidades.

El espíritu que les habia animado á salir á campaña les sostenia y hacia que se considerasen felices, cuando sufrian por la causa, y dichosos cuando por ella morian.

Al principio los castellanos, que venian aisladamente ó por pequeños grupos á tomar las armas, peleaban con quien se las daba, y vivian confundidos con las fuerzas de las demás provincias. Ya en Marzo Lizárraga organizó con ellos una compañía de guias de Castilla, compuesta casi toda de riojanos, pero en la que habia tambien andaluces y valencianos. Otros se alistaron en los batallones navarros; muchos de Búrgos pasaron á Vizcaya, y una partida levantada en Palencia, fuerte de unas dos compañías, mandadas por el coronel Diaz Ibañez y el teniente coronel Penagos, pasó el Ebro y se incorporó al 3.° de Alava, con unos cuantos caballos.

Cuando el alzamiento fué tomando importancia, el número de castellanos que venian á incorporarse creció de tal modo que el general don Gerardo Martinez de Velasco organizó con ellos dos batallones; el 1.° que honró el nombre de batallon del Cid con que fué designado, y el 2.° ó de Arlanzon, que supo colocar el suyo á tan gran altura como el de su compañero.

Armados por Vizcaya y formando parte de sus fuerzas, estos batallones fueron modelos en todo, y llegaron á alcanzar justa y merecida fama, y á prestar importantísimos servicios. Pero aún habia más castellanos, y sobre todo, sabíase que vendrian á millares en cuanto se les pudiese dar fusiles; así que se nombró un comandante general para Castilla, se mandó que todos los caste-

llanos que estuvieran por las provincias fueran á reunirse á Orduña, y allí se organizó la division en breve tiempo.

El general D. M. Salvador Palacios, que estuvo despues encargado de ellos, reunió varias partidas y organizó los batallones de Búrgos, Palencia y Cruzados de Castilla, más dos escuadrones de caballería. De los tres batallones citados se formaron luego dos, que unidos á los que habia en Vizcaya, hicieron cuatro buenos batallones, y además 150 caballos.

Esta fué la base de la division castellana, que aumentó luego en número y adquirió inmarcesibles laureles por su constancia, su lealtad y su admirable valor, así como por la abnegacion y el heróico sufrimiento de sus individuos, quienes animados de la inquebrantable resolucion de morir ó vencer, venian á la guerra superando, solo para incorporarse á las filas, inmensas dificultades, y dispuestos por lo tanto, á ser héroes ó mártires.

Verdaderos soldados de la idea, peleaban por ella sin que el medro ó la ambicion les guiase; así que no era extraño ver entre los castellanos jóvenes de instruccion, de carrera y de buenas familias bajo el traje de simples voluntarios, llevando sobre sus hombros el fusil con tanto orgullo como pudieran llevar otros la faja de general; habian venido á la guerra como quien vá á una cruzada.

Mil ejemplos de esta resolucion santa y de la consiguiente resignacion para soportar con paciencia todas las privaciones y fatigas de una penosa campaña, pudieran citarse, pero me limitaré á referir uno. Pasaba yo una tarde por delante del 2.° de Castilla cuando de un grupo de voluntarios vinieron dos muy jóvenes á saludarme. Trabajo me costó reconocerlos; pero luego me hallé en ellos á los hermanos de dos amigos mios: llamábase el uno Benigno Sanchez de Castro; el otro Manuel Martin Melgar, y ámbos no tenian aún pelo de barba ni la estatura necesaria para ser soldados. Hijos los dos de familias acomodadas, acostumbrados á la vida sosegada de su casa y sin haber jamás carecido de nada, estaban cuando les encontré, que era en invierno, vestidos con una sencilla blusa de paño gris como uniforme, rotos, súcios y con señales evidentes de haber andado mucho.

—¿Qué haceis aquí, les pregunté: qué sois?

—Somos, me contestaron, cadetes del 2.° de Castilla, y hacemos lo que cualquier soldado.

— Y ¿podeis con el fusil? les dije viendo los allens que tenian al lado, casi tan grandes como ellos.

— Al principio, me contestó Melgar, que era el ménos robusto, nos costaba trabajo llevarlos, pero ahora andamos perfectamente con el fusil, la mochila y 80 cartuchos, y hacemos largas marchas sin cansarnos.

— ¿Sufrireis mucho? añadí entónces.

— ¡Oh! ya sabíamos, me dijo Castro, al salir de casa á lo que veníamos; ya sabíamos que no habíamos de encontrar cama, ni comida, ni descanso, ni comodidades, y todo se lo ofrecimos á Dios de antemano, así que ahora no nos sorprende nada de lo que nos sucede.

— ¿Y haceis el mismo servicio que los soldados?

— El mismo, me contestaron los dos; tanto que ayer sin ir más lejos, estuvimos por la noche de centinela en un punto muy peligroso. Por cierto, añadió Melgar, que el suelo con estas lluvias estaba hecho un lodazal, y yo tuve que pasar mis dos horas paseando sobre un charco.

Aquellos niños, porque por su edad aún no podian llamarse hombres, habian pasado bruscamente de la vida cómoda de la ciudad, á la penosa de la guerra; y, sin embargo, estaban contentos y alegres. Hablándoles tuve ocasion de convencerme de ello y de admirar la firmeza y la energía que les daban sus sentimientos religiosos.

— ¿Habeis entrado ya en accion? les pregunté al despedirme.

— Esa es nuestra única pena, respondieron los dos. Desde que estamos en el batallon aún no ha habido fuego, cuando nosotros deseamos batirnos, porque para eso hemos venido.

— ¿Y no os asusta la muerte que podeis encontrar? añadí entónces.

— ¡Oh! no, morir seria para nosotros una gloria, me contestaron. Lo único que pedimos á Dios es que si una bala nos hiere nos dé el tiempo de confesarnos y que Él tenga en cuenta nuestros sufrimientos.

Los dos, en efecto, se batieron luego como héroes; y los dos, despues de sufrir mucho, murieron como deseaban: Castro á consecuencia de haberle destrozado en Somorrostro una pierna un casco de granada. Melgar sucumbió mucho despues en el hospital de Valmaseda, de resultas de un balazo que recibió al frente de su compañía, de la que ya era teniente. Ambos recibieron ántes los auxilios de la Religion, y tuvieron el consuelo de espirar en brazos de sus madres, que vinieron desde el centro de España á asistirles.

De igual resolucion que éstos habia otros muchos en los castellanos, así que tenian una oficialidad brillante, compuesta de jóvenes instruidos, entusiastas, y que, abrazando la vida militar con gusto, aprendieron muy pronto el arte de la guerra. Tambien tenian muchos jefes, oficiales, sargentos y soldados pasados del ejército republicano, quienes instruyendo á los demás, pusieron en breve á los batallones á la altura de los de cualquier ejército regular.

La division castellana acudia en el Norte á donde hacia falta; ayudaba á todas las provincias, y estaba siempre frente al enemigo; pero se habia organizado con un objeto especial, el de cruzar el Ebro, pasar á Castilla y levantar un nuevo ejército armando á los millares de voluntarios que tambien allí pedian fusiles.

Entre Búrgos, Sória, Palencia, Leon, Valladolid, Zamora y Salamanca se podian armar, segun los cálculos ménos exagerados, más de 20,000 hombres, y formar con ellos un ejército que, operando en combinacion con el vasco-navarro, arrojase de la línea del Ebro á los republicanos. Para ello era preciso que fuera una expedicion fuerte, para sostenerse por sí misma, y bien provista de armas para repartirlas. Los castellanos se ofrecieron á hacerlo, y desde entónces el proyecto de expedicion á las Castillas fué una de las grandes esperanzas del triunfo completo de la causa carlista.

CAPITULO XXXI

Insurreccion de Santa Cruz. — Velabieta. — Retirada marítima de Moriones.

Las victorias conseguidas en Navarra habian permitido á Lizárraga disponer de todas las fuerzas guipuzcoanas, desde mediados de Noviembre, y situándolas convenientemente logró aislar por completo á Tolosa impidiendo que Loma la socorriera. Para ello, además de la línea que ocupaba á la izquierda del Oria formó otra á la derecha, en los montes de Velabieta, situando los batallones 1.° y 5.° de Guipúzcoa en Berrobi y Elduayen y algunas compañías en la casa de Misericordia y alturas inmediatas á Tolosa. Acabó, entre tanto, de formar el 7.° batallon, y empezando á armar el 8.° completó la organizacion militar de la provincia tan rápidamente, que, á principios de Diciembre la division guipuzcoana, auque en contínuos combates entretenida, llegó á una altura tan brillante que nada tenia que envidiar á las demás.

La línea del Oria contenia á Loma en el reducido trozo comprendido entre Irun y Andoain y dejaba el resto de Guipúzcoa, excepto Tolosa, en poder de las armas reales. Los republicanos tenian á su pesar que dejar que las fábricas de Plasencia y Eibar proveyesen de fusiles á los carlistas y que Lizárraga montase en

Azpeitia una maestranza de artillería con el propósito de fundir cañones y morteros de grueso calibre para atacar á las plazas que aún conservaban en su poder. Loma que se veia impotente para contener aquellos progresos, que ya habia renunciado á socorrer á Tolosa con sus fuerzas, pidió á Moriones que viniese con las suyas como única esperanza de salvacion, pero éste no se apresuró á ir porque comprendia que trás él vendrian los batallones carlistas de las demás provincias y que el trasladar la guerra á Guipúzcoa no era conveniente para los republicanos.

La guarnicion de Tolosa empezaba entre tanto á sentir escasez de alimentos. El 27 de Noviembre hizo una salida impetuosa, pero Lizárraga, que tenia admirablemente situadas sus fuerzas, la contuvo con el 1.er batallon por la parte de Isazcun y con el 4.° por la de Hernialde y Alquiza, y estos la desalojaron de las posiciones de que se habian apoderado y la persiguieron á la bayoneta, auxiliados por algunas compañías del 5.° y 7.°, hasta las mismas puertas de la villa. El 1.° de Diciembre, para abatir más los ánimos de los tolosanos ya bastante decaidos, hizo Lizárraga que la artillería de montaña cañonease á la plaza y á los pocos dias usó del medio que tan excelente resultado le habia dado en Eibar, escribiendo una carta al alcalde y autoridades de Tolosa en que les proponia la rendicion como medio de evitar mayores males. Hubo entre los habitantes diversidad de pareceres, no siendo pocos los que opinaban por la entrega, pero prevaleció el de la resistencia fundado en la esperanza, mejor dicho, en la seguridad que algunos tenian de ser prontamente socorridos.

En efecto, el socorro no tardó en venir y por donde menos podia presumirse. En la noche del 6 al 7 de Diciembre, Santa Cruz, que hacia tiempo trabajaba en Francia para volver al mando de sus fuerzas, se presentó en Berrobi al 1er batallon, que por haber sido el suyo le queria, le sublevó, arrastró consigo parte del 5.°, y bajando con ambos á Villabona donde estaba Iturbe con cuatro compañías del 2.°, prendió á éste, y obligó á las otras á seguirle. La conspiracion tramada daba entre tanto sus frutos, porque el capitan Lucía que mandaba la vanguardia sobre Andoain y otro llamado Guereca que ocupaba el puesto más avanzado sobre Tolosa, sublevaban tambien varias compañías del 3.°, y abandonando los puestos de confianza que tenian iban á reunirse con Santa Cruz despues de prender en Cizurquil al comandante Vicuña. Santa Cruz, reuniendo así 18 compañías, fué al amanecer del 7 á Asteazu para apoderarse de Lizárraga, inteponerse entre éste y los batallones 6.° y 4.° y la artillería que en el pueblo de Larraul permanecian fieles, y consumar su desatentada obra de rebelion con un crímen nuevo. Rodeó el pueblo sin hacer ruido, envió cuatro compañías por el camino de Cizurquil para apoderarse de la

casa donde vivia Lizárraga, y él, con el resto de la fuerza entró por la parte baja de Asteazu.

En la parte alta del pueblo estaba Lizárraga solamente con su Estado mayor y dos compañías, muy ageno á lo que pasaba, porque todo este movimiento se habia llevado á cabo con tal presteza y sigilo que nadie se habia dado cuenta de él, cuando, al salir de misa, donde como acostumbraba habia ido antes de amanecer, le participaron que Santa Cruz venia á prenderle. El lance era terrible, pero Lizárraga, dando en aquellos momentos gran muestra de su valor, acudió con su escasa guardia al encuentro de Santa Cruz, y mientras formaban las dos compañías que le quedaban fieles, intimó al rebelde la órden de salir inmediatamente del pueblo porque sino iba á romper el fuego.

Entre tanto, las cuatro compañías que éste habia mandado por Cizurquil entraban en la parte alta de Asteazu, y como aquellas compañías traian preso á Iturbe, Lizárraga, creyendo que mandadas por él venian á socorrerle, se fué derecho á ellas. Cuando se convenció de su error estaba entre los rebeldes; en aquel momento le vi estremecerse y vacilar, pero en seguida se repuso y con voz de trueno exclamó: ¿Qué quereis? ¿A qué venis? ¿Qué buscais? ¿Venis á matarme? ¿Pues aquí me teneis? y juntando la accion á la palabra entró del todo en medio de sus filas y afrontó impávido la muerte.

Mudos de asombro, ante aquel valor, los rebeldes no acertaron á moverse, y confundido por la presencia del general el capitan que los mandaba, echó á correr. Lizárraga, entónces, cogió al primer oficial que venia sublevado, lo mandó á su alojamiento, donde ya estaban formadas las compañías leales, y luego, haciendo lo mismo con los demás, dejó sin jefes á las cuatro compañías insurrectas. En seguida las hizo desfilar una á una por delante de las dos leales y dejar las armas junto á la pared de la iglesia.

Desarmadas éstas, con las que contaba Santa Cruz para dar el golpe de gracia, no se atrevió el rebelde á atacar de frente con las demás y abandonó la parte baja de Cizurquil. Bajaron entónces de Larraul el 6.º batallon de Guipúzcoa y la artillería que mandaban respectivamente los tenientes coroneles don José Ferron y don Javier Rodriguez de Vera, y Lizárraga, en cuanto se vió al frente de fuerzas respetables, se apresuró á tomar disposiciones para evitar que siguiesen al rebelde las fuerzas de que se habia apoderado, y que la guarnicion republicana de Tolosa se aprovechase de aquel disturbio. Mandó al 4.º batallon, que estaba en Hernialde, que contuviese á todo trance á los republicanos si salian; envió aviso al general Elío, que debia estar en Leiza, de lo que pasaba, para que cubriese con tropas navarras la línea de Velabieta aban-

donada por el 1.º y 5.º, y trató de reunir las fuerzas dispersas.

Dirigióse á las cuatro compañías desarmadas, y en una alocucion en vascuence llena de fuego é inspiracion, les hizo ver el gran crímen que habian cometido abandonando sus puestos al frente del enemigo, y escitó de tal modo su patriotismo, que los voluntarios entusiasmados pidiéronle con gritos, lágrimas y exclamaciones que les devolviera los fusiles para emplearlos solo contra los republicanos. Lizárraga volvió á armar las cuatro compañías é hizo saber á los que seguian á Santa Cruz que volviesen á sus puestos y serían perdonados. Las cuatro del 2.º que habia sorprendido en Villabona volviéronse en seguida; Vicuña, con parte del 3.º, vino tambien; empezó le desercion entre los que habia llevado por la mañana, y Santa Cruz, solo con tres ó cuatro capitanes, casi todo el 1er batallon y gente suelta de otros, en junto unos 800 hombres, salió de Cizurquil. Lizárraga, que hasta entónces habia tenido gran cuidado de no disparar un tiro, al ver claramente que aquellos eran los verdaderos rebeldes mandó atacarlos y los gastadores del 3.º rompieron contra ellos el fuego, lo que bastó para dispersarlos y ponerlos en precipitada fuga. Al anochecer la insurreccion estaba completamente dominada y Santa Cruz se alejaba seguido solo de unos 300 hombres.

El daño que habia hecho, sin embargo, era inmenso, porque como el 1.º y 5.º que defendian á Velabieta la habian abandonado, y casi todos los soldados del 1.º habian desaparecido, no teníamos fuerzas para cubrir aquel punto como tampoco los de Soravilla y Choritoquieta, que eran los más avanzados sobre Andoain y Tolosa.

Para colmo de males, Moriones, que tanto habia vacilado en venir á Guipúzcoa, acababa de llegar con diez mil hombres á San Sebastian, por medio de una marcha hábil y rápida á través de Navarra, que le permitió pasar el 5 el puerto de Velate, antes que llegasen nuestros batallones á impedírselo.

Moriones y Loma se unian al mismo tiempo que Santa Cruz nos desunia, de modo que Tolosa primero, y Guipúzcoa entera despues, estaban perdidas si no llegaban á tiempo los batallones navarros, alaveses y vizcainos, é impedian la invasion que nos amenazaba.

Elío y Ollo que seguian de léjos el movimiento de Moriones, que no habian llegado á tiempo para impedirle el paso por el Baztan, estaban en Leiza con cuatro batallones. Al saber lo de Santa Cruz, Ollo bajó á Berástegui con dos, y el 9 por la mañana estaba en las posiciones de Velabieta, que ocupaban antes 1.º y 5.º de Guipúzcoa. Los batallones vizcainos al mando de Velasco, y tres alaveses á las órdenes de Mendiry, estaban en marcha y debian llegar aquella tarde ó á la mañana siguiente, de modo, que si el

enemigo retrasaba unas horas su ataque podíamos contar seguramente con una victoria más.

Por desgracia, Moriones sabia bien lo que pasaba, y para aprovechar la escasez de nuestras fuerzas y la confusion que Santa Cruz habia introducido en ellas, no perdió momento y atacó reunido con Loma en la tarde del 9. Contaban los enemigos con 13,000 hombres por la parte de Andoain, más 1,000 de la guarnicion de Tolosa que saldría al oir el fuego para molestarnos por retaguardia. Nosotros, entre guipuzcoanos y navarros, solo podíamos oponerle aquella tarde 5,000, y nuestra línea, aunque fuerte, era tan sumamente estensa que apenas podíamos cubrirla, porque por una parte teníamos que hacer frente á Moriones y Loma y por otra á la guarnicion de Tolosa.

En los altos de Velabieta estaban Ollo y Rada con el 1.º y 2.º de Navarra, y más tarde, Elío con el 5.º y algunas compañías del 3.º de Navarra. Por aquel lado faltaban las fuerzas guipuzcoanas que se habia llevado Santa Cruz. El centro de nuestra línea, la carretera de Tolosa por Villabona, estaba defendido por el 2.º, 3.º y 5.º batallon de Guipúzcoa, quienes ocupaban la izquierda del Oria sobre Cizurquil y el alto de Urcamendi, mientras que el 6.º y algunas compañías de los otros formaban nuestra estrema izquierda que se estendia hasta los altos de Zárate. El 4.º y parte del 1.º y 7.º estaban sobre Tolosa para contener á su guarnicion, de modo que no podian ayudarnos en el combate principal.

Rompióse el fuego á las dos de la tarde avanzando el enemigo por la carretera de Andoain y dividiendo sus fuerzas en dos columnas; pasó la una el Oria y fué á atacar nuestra izquierda que mandaba Lizárraga, mientras la otra subia á Velabieta y se dirigia contra Elío y Ollo que ocupaban la derecha.

La idea de que eramos pocos y estábamos desorganizados, animaba de tal modo á los republicanos que se lanzaron al ataque con una decision y un ímpetu nunca vistos, cargando de frente sobre nuestras posiciones y queriendo con las puntas de sus bayonetas conquistarlas. Caro les costó este empeño, porque nuestros voluntarios los recibian con mortífero fuego, sembraban el campo de cadáveres y les hacian retroceder con grandes pérdidas. Los republicanos, reforzados, volvieron á la carga, y á las tres horas de combate, cuando ya empezaba á anochecer, lograron apoderarse del alto de Urcamendi que les abria la carretera de Tolosa y el paso por nuestro centro. Las fuerzas guipuzcoanas se replegaron entónces con todo órden á las posiciones de Asteazu, que ocupaban antes del combate, y las navarras, que aún combatian despues de bscurecer, tuvieron tambien que dejar el alto de Velabieta al enemigo. Las pérdidas de éste fueron espantosas, quizás, en proporcion, las mayores de todos los combates habidos, porque la

lucha fué encarnizadísima y al arma blanca muchos ratos. Dos jefes liberales que saltaron á caballo los parapetos defendidos por los navarros, fueron muertos á bayonetazos, así como otros muchos alcanzados en las repetidas cargas. Baste para dar una idea saber que los liberales tuvieron 4 jefes y 23 oficiales muertos, 2 jefes y 41 oficiales heridos y que al dia siguiente enterraban cerca de 300 cadáveres. Nuestras pérdidas, como siempre, fueron menores, no llegando á 300 bajas las que hubo entre todas.

Moriones se habia abierto paso á Tolosa, que era el primero de los objetos que se proponia al ir á Guipúzcoa, pero como lo habia hecho por la escasez de nuestras fuerzas y sin descomponernos, seguimos resueltos á oponernos á su segundo proyecto que era pasar á Azpeitia y destruir las fábricas de armas. Al efecto, Lizárraga concentró sus fuerzas en la mañana del 10 sobre la cordillera de Hernio y Celatun para oponerse al avance de Moriones sobre Azpeitia, y entre tanto, llegaron los batallones alaveses y vizcainos que ya el dia anterior esperábamos. Al mediodía, Mendiry con tres batallones alaveses sostuvo un brillante combate con las fuerzas republicanas que ocupaban á Hernialde, y los enemigos, al ver estos refuerzos, no se atrevieron á avanzar, con lo que perdieron por completo la partida, porque ya al anochecer llegaba por fin Velasco con seis batallones vizcainos. Triplicadas nuestras fuerzas y apoderadas de las formidables alturas del Hernio no juzgó Moriones prudente atacar por aquella parte, y retrocediendo á San Sebastian, embarcó allí sus tropas y las desembarcó en Zarauz para atacar por aquel lado á Azpeitia. Este cambio de línea tampoco le dió resultado, porque, marchando rápidamente nuestras fuerzas durante la noche del 20 al 21 sobre Cestona, ocuparon á Arrona, Oiquina y Aizarna antes que Moriones, y le cerraron el paso á Azpeitia. Lizárraga, que mandaba la línea, distribuyó las fuerzas en admirables posiciones escalonadas y opuso una masa de 18 batallones en un corto trecho, colocándolos de modo, que el enemigo despues de pensarlo bien, hacer varias salidas de Zarauz para reconocer el terreno y convencerse de la solidísima resistencia que encontraría si avanzaba, renunció por completo á sus proyectos de invasion de Guipúzcoa.

Los periódicos de Madrid anunciaban entre tanto, que Moriones habia entrado victorioso en Azpeitia y se encaminaba sobre Eibar, cuando Moriones se veia en el raro caso de no tener por donde salir con su ejército. Invadir á Guipúzcoa le era ya imposible, volverse por el Baztan como habia venido tambien, y correrse por la costa á Vizcaya le costaría sangrientos combates, de modo, que para salir de allí no tuvo otro remedio que buscar su salvacion en el mar, y embargando en los puertos varios buques embarcar sus tropas en Zarauz y marcharse con ellas á Santander.

Esta retirada por mar, que era el fracaso completo del plan de invasion de Guipúzcoa, tuvo para los carlistas la importancia de una victoria y les compensó en seguida de lo que habian perdido en Velabieta. Sus ánimos crecieron grandemente al ver que Moriones con 14,000 hombres se retiraba, Tolosa volvió á ser bloqueada; Guipuzcoa quedó ya asegurada de toda invasion y la fábrica de Azpeitia empezó á fundir cañones, mientras las de Eibar y Plasencia siguieron surtiendo de fusiles al ejército Real.

CAPITULO XXXII

Los batallones càntabros. — El batallon aragonés.

Siendo las provincias Vasco-navarras el centro del movimiento carlista, naturalmente habian de comunicar algunas chispas del fuego bélico que las inflamaba á las provincias vecinas. El Ebro y la línea militar que en él tenian asentada los republicanos, les impedia comunicar el fuego de la insurreccion á Búrgos, Logroño y Sória, con quienes lindan por el Sur; pero podian extenderse al Este por Aragon, y al Occidente por Santander, hasta darse la mano con las fuerzas que á orillas del Mediterráneo operaban en Cataluña, y con las que en las costas del Océano habian armado asturianos y gallegos.

Las razones militares aconsejaban extender el movimiento por ambos lados para dominar todo el Norte de España de mar á mar; pero aunque el terreno era tambien favorable para esta empresa, oponíanse á ella gran número de dificultades. La mayor de todas era que, tanto por Santander como por la parte de Aragon que linda con Navarra y se extiende hasta Cataluña, las ideas revolucionarias estaban muy extendidas, y los habitantes de esas comarcas eran en su mayoría enemigos acérrimos de los carlistas. En Santander, sin embargo, eran numerosos los defensores de Cárlos VII, y algunos tan resueltos, que en cuanto empezaron en Febrero á sonar las fuerzas vizcainas, fueron á unirse á ellas y formaron una partida, que fué aumentando en los meses siguientes. En Junio nombróse comandante general de Cantábria al coronel don José de Navarrete, y éste se puso de acuerdo con la junta carlista, que funcionaba en el mismo Santander, y que allegaba recursos, para alzar algunas fuerzas.

El alma de la junta de Cantábria era don Fernando Fernandez de Velasco, hombre influyente en la provincia por su inteligencia, su decision, lo ilustre de su familia y su acendrado amor á la causa; y éste trabajó tanto para proporcionar armas y hacer un movimiento en Santander, que al fin, ayudado de otros no ménos decididos carlistas del país, consiguieron levantar en una misma noche diferentes partidas, que fueron á reunirse á la que mandaba Navarrete. Conforme lo habian proyectado, en la noche del 20 al 21 de Agosto se levantó un grupo de 70 infantes y 15 caballos en el distrito de Reinosa, otro de 40 en el valle de Camargo, algunos otros en los de Buelna, Iguña y Carriedo; y uniéndose á los primeros, marcharon hácia Valmaseda, punto á donde concurrian al mismo tiempo los que se levantaron en los valles de Trasmiera, Tambien se alzaron algunos en el de Liébana, que quedaron en aquellas admirables posiciones para mantener las comunicaciones de Vizcaya con Astúrias, donde ya habia un núcleo de fuerzas carlistas.

A pesar de que habia por la parte de Ramales una columna republicana de 800 hombres al mando de Pierrad, y algunas compañías de carabineros y guardias civiles en Santander y Liébana, las partidas, siguiendo la marcha que se les habia trazado, llegaron á Villasana el 22, donde las esperaban para protegerlas dos compañías vizcainas, y el 23 entraron en Valmaseda. Los santanderinos vinieron armados con remingtons, berdans y carabinas minies, y uniformados con pantalones y blusas de tela azul, y boinas blancas con borlas verdes.

Reuniéronse en Valmaseda con las fuerzas que tenia Navarrete, y con todas formóse el primer batallon de Cantábria, y con los ginetes y caballos una seccion de caballería. Uniformáronse entónces todos tomando el trage que vestian las tropas de Navarrete, que consistia en boina y pantalon encarnados, blusa de paño azul claro y polaina negra la infantería, y la caballería dolman azul con cordones negros y tres hileras de botones blancos, y pantalon y boina encarnados.

El batallon no llegaba á 300 hombres, ni la caballería pasaba de 20, pero no porque no hubiese más gente dispuesta á empuñar las armas, sino porque faltaban éstas; así que, miéntras la junta se las procuraba, se siguió reclutando gente en los pueblos y se encargó al valiente partidario, don José Diaz (a) Crespo, que con la caballería pasase á recogerlos y los condujese á Vizcaya. Crespo se dió tan buena maña que, haciendo rápidas escursiones y trayendo ora 30, ora 40 reclutas, unas veces caballos, y otras contribuciones que recaudaba, fué aumentando las fuerzas cántabras y proporcionándolas recursos, con los que la junta luego compraba armamento y mantenia á la gente.

En Octubre completo ya el batallon de Cantábria, organizó Navarrete una compañía de guias, otra de cadetes y otra del requeté, y aumentó la caballería hasta formar un escuadron que prestó muy buenos servicios.

Con estas fuerzas pudo ya desafiar á los enemigos, hacer escursiones por la provincia de Santander y entrar en pueblos tan importantes como Laredo, donde á pesar de haber un castillo guarnecido por republicanos, logró penetrar y apoderarse de algunas armas, 30 caballos y sobre 3,000 duros. Empezaron entónces las tropas cántabras á ocupar algunos pueblos, estableciendo en ellos comandancias de armas y poniendo aduanas en Villaverde, La Nestosa y el puerto del Escudo, recaudaron cantidades suficientes para atender al socorro de las fuerzas, que iban creciendo continuamente. En Diciembre pasaban ya de 900 hombres perfectamente armados y aún con fusiles de repuesto los santanderinos que estaban en armas, y aunque habian tenido solo dos acciones poco importantes en Ogeva, se iban haciendo buenos y fuertes soldados.

La marcha de Moriones de Zarauz á Castro-Urdiales y Santander llevó la guerra á su territorio, y los colocó á vanguardia de nuestro ejército en el puesto del peligro, empezando entónces á operar en debida forma.

Cuando empezaba á hacerse el movimiento por Santander se pensó tambien en extender el alzamiento á Aragon, de donde habian venido muchos oficiales y soldados á servir en los batallones navarros. El teniente general don Hermenegildo Ceballos estaba nombrado comandante general del reino de Aragon, el brigadier Gamundi jefe de un distrito, el brigadier Caracuel jefe de la caballería y el coronel don Leon Martinez Fortun jefe de estado mayor. Contábase además con otros varios jefes y algunos oficiales, y para empezar á tener soldados se dió la órden de sacar de todos los batallones navarros los voluntarios aragoneses que hubiera, y que con ellos se formara un batallon.

En efecto, á últimos de Agosto y principios de setiembre se empezó á organizar en Galdeano, bajo la direccion del coronel Fortun, el que habia luego de ser 1.er batallon de Aragon, miéntras Caracuel en Artavia formaba un escuadron, casi todo compuesto de oficiales. En Octubre se encargó del mando de la infantería á un militar recien venido de Cuba, el coronel don Cárlos Gonzalez Boet, y á las órdenes de éste fué el batallon á Irurita á uniformarse. Vestidos los aragoneses con boinas azules, capotes grises claros, pantalones azules y polainas negras, llegaron á Estella pocos dias ántes de Montejurra; fueron armados con malísimos fusiles y ocuparon un puesto en aquella gloriosa jornada como reserva de las fuerzas. A mediados de Noviembre, contando ya

con 300 infantes y unos 40 caballos, casi todos montados por oficiales, se decidieron á hacer una escursion al Alto Aragon, y trasladándose por Mañeru á Lumbier, entraron en la provincia de Zaragoza por Salvatierra pasando luego á Tiermas, Ruesta, y llegando hasta Verdun, ya en la provincia de Huesca. Esta expedicion y el nombre de Gamundi que la mandaba, hizo creer á los republicanos que eran mucho mayores las fuerzas carlistas que la llevaban á cabo; tanto que el batallon cazadores de Madrid, encargado de custodiar aquella parte, retrocedió sin combatir ante las escasas fuerzas de Gamundi, y dejó que los carlistas fuesen á Sós, estuviesen allí algunos dias, pasasen á Uncastillo, destacasen fuerzas á Luesia, y recaudando contribuciones por todo aquel territorio, recogieran armas y caballos y reclutasen alguna gente para aumentar sus filas.

A principios de Diciembre estando el batallon en Sanguesa, recibió un refuerzo de 100 hombres, sacados como los anteriores, de los batallones navarros, y pasó aquel mes haciendo pequeñas expediciones por Aragon y sosteniendo cerca de Sós, hácia el 12, un corto combate con las fuerzas republicanas que iban á ocupar el pueblo.

Gamundi, que mandaba hasta entónces, fué relevado por Caracuel; y éste, sabiendo que se proyectaba una expedicion á Ayerbe para coger 300 fusiles que allí existian, confiando en la pericia del coronel Boet que estaba enterado del plan, se decidió á realizarlo en seguida, y salió con sus fuerzas de Sangüesa el 18 de Enero. Pasando por Luesia y Biel, van éstas á Aguero, en las inmediaciones de Ayerbe; pero ya se habian llevado los fusiles, y entónces marchan por Murillo á Luna, donde llegan el 21 por la noche. En la mañana del 22 el jefe enemigo Delatre con una pequeña columna los sorprende y se traba una accion en las mismas calles de Luna, en la que la superioridad del armamento del enemigo y el desconcierto de los jefes carlistas, hace á los nuestros emprender la retirada y marchar sin detenerse hasta Sanguesa, con pérdida de 4 muertos, 10 heridos y 7 ú 8 prisioneros.

La sorpresa de Luna produjo alguna perturbacion en el ánimo de las fuerzas aragonesas y en el país; pero, nombrado á poco comandante general Lizárraga, y trasladándose con el batallon, al que dió el nombre de Almogávares del Pilar, á Vizcaya, tomó brillante parte en los combates que allí se dieron, y sostuvo á gran altura la proverbial fama de valor de la gente aragonesa.

CAPITULO XXXIII

Las diputaciones. — Las fabricas. — Organizacion militar. — Los telégrafos.

En los seis meses que siguieron á la entrada de Don Cárlos, las no interrumpidas victorias, la reconquista de los pueblos ocupados ántes por el enemigo, el desembarco de armas en considerable número y el continuo pase de jefes y oficiales á nuestro campo, aumentaron de tal modo nuestras fuerzas, que llegaron ya á formar un verdadero ejército de más de 20,000 hombres.

Los jefes militares le conducian á la victoria; pero quien le sostenia, quien le cuidaba, quien le buscaba lo necesario, eran las diputaciones forales ó á guerra de cada provincia, que ejercian el mando supremo en lo civil, y administraban y regian el territorio conquistado. Gracias á las diputaciones se evitaban grandes abusos, no se cometian exacciones indebidas, no cundia la inmoralidad y el despilfarro en la administracion, y se aprovechaban los escasos recursos que en el país se recaudaban.

Sin las diputaciones hubieran tardado más en armarse y vestirse los batallones, y hubiesen los pueblos sufrido más de las autoridades militares.

Por desgracia, éstas que tocaban más de cerca las necesidades del ejército, pedian sin cesar á aquellas que remediasen los males, y como no era muchas veces posible, mediaban contestaciones entre ámbas autoridades, que, sin embargo, nunca llegaron á ser conflictos.

Al frente de las diputaciones estaban personas de arraigo en el país, de reconocido mérito, de bien probado amor á la causa. Presidia la junta de Navarra don Cesáreo Sanz y Lopez, persona respetabilísima, abogado de gran autoridad y de instruccion; y le auxiliaban los señores Marichalar, Mena, Mata y otros, que tambien gozaban de merecido renombre entre sus paisanos. Era diputado general de Guipúzcoa don Miguel de Dorronsoro, escribano de Ataun, célebre ya en la provincia por haberla regido diestramente ántes de la revolucion, y ahora mucho más por la fé, el ardor, la entereza y la honradez con que trabajaba por la causa carlista. De genio adusto, de formas algo bruscas Dorronsoro era un carácter que no se arredraba por dificultades de ningun género y que marchaba adelante siempre por el camino que el deber

le trazaba. En la diputacion de Guipúzcoa estaban los señores Verzosa, Unceta y Elorza, que ayudaban poderosamente al diputado general.

Era en Vizcaya corregidor del señorío don Lorenzo de Arrieta Mascarua, que habia representado á la provincia en las Córtes, y ahora cuidaba con sumo celo sus intereses en la guerra, ayudando al comandante general y administrando al país con la misma regularidad que en tiempos de paz. En Alava ejercia el cargo de diputado á guerra D. R. Ignacio de Varona, hombre de gran nobleza de sentimientos y de tal adhesion á la causa, que por servirla sacrificó fortuna, intereses y afecciones y expuso varias veces su vida acompañando á los soldados al combate, y atendiéndolos y animándolos en todo.

Los pueblos, al ver al frente á tales hombres, tenian confianza en ellos, les obedecian, no se quejaban de exacciones porque sabian era lo que les exigian sus autoridades lo puramente indispensable para la guerra, y éstas á su vez, no dejaban que los jefes militares abusasen de su posicion, y defendian al país de los atentados de algunos partidarios. Así en Guipúzcoa Dorronsoro tuvo que luchar extraordinariamente con Santa Cruz; que, rebelde á toda autoridad, desconocia la de la diputacion, y cobraba por su cuenta contribuciones y hacia cuanto se le antojaba hasta que desapareció y dejó que se pudiera regularizar la administracion.

El mayor inconveniente de las Juntas era que mantenian vivo el espíritu de provincialismo, que cada una tendia á hacer de su provincia un pequeño estado independiente y que este sistema, admirable en el órden civil, cuando influia en el militar, era inconveniente. Cada provincia queria tener su ejército para su territorio, no le gustaba que sus voluntarios salieran de su distrito ni le agradaba que los de las provincias vecinas viniesen al suyo, lo que por la necesidad de emprender operaciones combinadas, sucedia con harta frecuencia.

El interés de la causa hizo, sin embargo, que en lo principal fueran de acuerdo las Juntas, y hasta que, como sucedió á mediados de Noviembre, se reunieran las cuatro para tratar de asuntos generales. Fué uno de ellos el establecimiento de correos que, á partir de 1.° de Enero de 1874, hiciesen el servicio por las cuatro provincias, y llegasen hasta Francia.

De esta manera se iba formando un verdadero Estado independiente dentro de la España republicana, Estado en que Cárlos VII reinaba y gobernaba con completa seguridad. Al abandonar el territorio vasco-navarro y levantar las guarniciones que tenian, pensaban los republicanos haber seguido recorriendo el país invadiéndolo con grandes columnas; pero los repetidos fracasos que sus intentonas sobre Estella habian tenido, y últimamente, la

retirada por mar de Moriones, les hicieron desistir de pisar en adelante el territorio dominado por los carlistas.

Estos por su parte, creíanse tan seguros en sus pueblos y tan libres de una invasion, que en seguida montaron talleres, fábricas y maestranzas para cuanto necesitaban. Sanchez Bregua, al marchar de Plasencia inutilizó, llevándose algunas piezas, la fábrica de armas de aquella villa: Lizárraga hizo que se recompusiera, y procuró que funcionase en seguida para surtir de fusíles al ejército. En Azpeitia montó en cuanto pudo contener á Loma, una maestranza de artillería, y mandó recoger campanas para fundir cañones de grueso calibre. Lo mismo hacia en Vizcaya el brigadier don Cástor Andéchaga, quien de acuerdo con la diputacion y el general Velasco, mandaba se construyera en la ferrería de Arteaga un horno para fundir cañones, que pronto estuvo en disposicion de funcionar. Los navarros establecieron en Vera fundicion de proyectiles de cañon, y en Bacaicuoa y en otros puntos se fabricaban cartuchos para fusiles.

Faltaban elementos, recursos, y con frecuencia las primeras materias; pero como no faltaban actividad ni buenos deseos, todo se emprendia y todo se llevaba á cabo de una manera sorprendente. En tres meses la fundicion de Arteaga dió al ejército buenos cañones y morteros, y la de Azpeitia la siguió, y ya en Febrero hizo varias piezas de batir.

Todo esto daba al país y al ejército un aspecto tan militar que no es posible formarse idea de ello á no verlo. Antes, al principio del alzamiento, todo el mundo deseaba la guerra; ahora todos se habian connaturalizado con la guerra y trabajaban para ella; los unos en las fábricas, los otros en las diputaciones; éstos en los suministros, aquellos en el contrabando; unos en hacer fortificaciones, otros en construir uniformes, y las mujeres y los niños se interesaban tanto en que los voluntarios estuviesen bien vestidos, como en que se fundiesen pronto y bien las campanas y se trasformasen en cañones. La noticia de un desembarco de armas era tan celebrada como la de una victoria, y el espíritu general seguia tan entusiasta y belicoso como al principio del alzamiento.

El ejército habia alcanzado á fines del año 73 una organizacion milttar bastante buena. Los batallones por regla general, estaban bien mandados, regularmente instruidos, uniformemente armados y en buen estado de subordinacion y disciplina. Todos se habian batido en diferentes ocasiones, y como siempre la victoria habia coronado sus esfuerzos, habian alcanzado tal confianza en el auxilio de Dios y en el poder de su propio valor, que se consideraban invencibles.

Un año habia bastado para esta portentosa obra; así que, al felicitar á Don Cárlos el dia de Reyes de 1874 los generales, jefes

y oficiales de su ejército, presididos por don Joaquin Elío, dijo éste que solo con el auxilio de Dios podian haberse conseguido tan grandes ventajas, y Cárlos VII respondió: « Efectivamente; » grandes motivos de agradecimiento tenemos hácia el Señor, que » ha bendecido los esfuerzos de mi valiente ejército. El dia 6 de » Enero del pasadó año (73) recibia en Francia una docena de » fieles servidores: hoy en España recibo con orgullo represen- » tantes de 49 batallones, de varios escuadrones y de una ya res- » petable y bien montada artillería. »

Al hablar así Don Cárlos, se referia solo al ejército del Norte, que en Cataluña, Aragon y Valencia, en Astúrias y en Galicia, en Estremadura, Ciudad-Real y Toledo, tenia en armas tanta gente como en las provincias vasco-navarras.

En el Norte, á medida que el ejército iba creciendo, fueron surgiendo y organizándose los cuerpos auxiliares que son precisos para sostenerle. Así se creó el de administracion militar, el de ingenieros, una seccion de telegrafistas de campaña que avisaban por medio de banderas los movimientos del enemigo, un colegio de cadetes y varios hospitales permanentes con el cuerpo de sanidad militar suficiente para servirlos.

Al principio los carlistas, faltos de medios para guardar y curar sus heridos, los dejaban en los caseríos de las montañas ó en las poblaciones, bajo el amparo de la asociacion de la *Cruz Roja*; pero, no contentos con la proteccion de ésta, ni satisfechos con los cuidados que los aldeanos les prodigaban en sus casas, establecieron, en cuanto les fué posible, una asociacion titulada la *Caridad*, presidida por la Reina Doña Margarita, para socorrerlos en los campos de batalla y asistirlos despues en los hospitales.

Miéntras Doña Margarita desde el extranjero proporcionaba recursos y organizaba ambulancias y hospitales, una señora de generosos sentimientos, de inagotable caridad y de gran fortuna, doña Josefa Vasco de Calderon, madre del brigadier Calderon, la ayudaba poderosamente en esta buena obra, recorriendo los hospitales, curando por sí misma á los heridos y enfermos, y obteniendo de los generales republicanos que les guardasen el respeto y la consideracion de que siempre es digna la desgracia. Así se fundaron los hospitales de Lesaca é Irache en Navarra, Santurce en Vizcaya y Loyola en Guipúzcoa, con otros menores; y así se mejoró considerablemente la suerte de los que derramaban su sangre por Don Cárlos.

El ejército carlista, que se preciaba de católico, no podia tampoco olvidar las necesidades espirituales de sus soldados. Desde el principio de la campaña tuvo capellanes en todos los batallones, y en cuanto vino al Cuartel Real el Ecxmo. Sr. D. José Caixal, Obispo de Seo de Urgel, la autoridad competente le dió la ju-

risdiccion para ejercer el cargo de Vicario general Castrense, y por Real órden de 22 de Noviembre se le dió á reconocer á las fuerzas.

El Sr. Obispo de Urgel, que habia venido desde su diócesis á ponerse al servicio de Don Cárlos, cuando estuvo en el Norte, en vez de seguir al Cuartel Real, se quedó en el Seminario de Vergara, desde donde trabajó por el bien espiritual de sus fieles y por el triunfo de la causa á que se habia consagrado.

Estando en Vergara el Sr. Obispo inauguróse el telégrafo eléctico que habia mandado restablecer Lizárraga entre dicho pueblo y su cuartel general de Azpeitia. Un antiguo empleado del ramo, don J. Avaistegui, ayudado por la diputacion de Guipúzcoa, hizo los trabajos para recomponer la interrumpida línea. El Sr. Obispo puso el primer despacho telegráfico bendiciendo al comandante general y á las fuerzas de Guipúzcoa.

Vizcaya imitó el ejemplo de ésta y el telégrafo eléctrico llegó bien pronto á Durango, y despues se extendió por todas partes y facilitó extraordinariamente las operaciones militares.

Tambien se fundó un periódico titulado *El Cuartel Real*, que empezó en Agosto á publicarse en Peña-Plata y se trasladó luego á Estella.

LIBRO TERCERO

SOMORROSTRO Y ABARZUZA

CAPITULO XXXIV

La guerra en Vizcaya. — Andéchaga en las Encartaciones. — Bloqueo de Bilbao.

La retirada por mar de Moriones y su desembarco en la provincia de Santander, trasladaron, en los primeros dias del año 1874, el teatro de la guerra á la parte occidental de Vizcaya. Hasta entónces, como las operaciones habian girado alrededor de Estella ó de Tolosa, solo Navarra y Guipúzcoa habian tenido que sufrir los horrores de la guerra. Vizcaya se había visto casi libre de este azote desde el principio del alzamiento, y teniendo pocos pueblos fortificados y guarnecidos, tambien tuvieron los carlistas poco que hacer en ella.

La única accion de alguna importancia que hubo en Vizcaya fué la de Lamíndano, ocurrida á últimos de Julio, en la que Velasco, con el batallon de Arratia y 400 castellanos, que se batieron admirablemente, derrotó á la columna de Acosta é hizo que levantaran los republicanos las pocas guarniciones que tenian por la derecha del Nervion.

Trás esta victoria salió á campaña un jefe de reconocido prestigio en el país, de autoridad y valor probados que acabó de consolidar el alzamiento de Vizcaya, levantando en armas la gente de las Encartaciones y valle de Mena que hasta entónces permanecia pacífica en sus casas. Este jefe era el brigadier del ejército don Cástor Andéchaga, que en la guerra civil pasada habia por su valor llegado á tan alta graduacion, y despues de ella habia estado e cuartel en su casa de Sodupe sin tomar mando alguno. A pesar

de su avanzada edad, pues don Castor Andéchaga iba con el siglo, montó á caballo pocos dias antes de lo de Lamíndano, y convocando despues de esta victoria á sus amigos y allegados, pasó á las Encartaciones y arrastró consigo tal número de voluntarios que en poco tiempo formó dos batallones. Andéchaga, que conocia perfectamente aquel terreno, se apoderó del destacamento que guarnecia á Ortuella, bajó á Portugalete, entró en él, encerrando á la guarnicion en los fuertes, sostuvo un reñido combate con la columna de Lagunero que salió de Bilbao en socorro de los de Portugalete, y escarmentó tan duramente á la de Villegas, que operaba por la provincia de Santander, que la obligó á internarse en aquella provincia y á dejarle dominar tranquilamente en las Encartaciones.

Con este refuerzo, con los fusiles desembarcados y con los voluntarios que todos los dias se incorporaban á las filas, Velasco llegó á formar en Vizcaya una respetable division compuesta de diez batallones vizcainos, dos castellanos y un escuadron, perfectamente armados y uniformados todos. A la organizacion de estas fuerzas contribuyó poderosamente el genio militar, los conocimientos y el carácter del coronel don Cárlos Costa, jefe de estado mayor de la provincia, que antes de la guerra se habia distinguido como profesor del colegio de cadetes de Toledo. Entre Velasco, Andéchaga y Costa, la division vizcaina quedó á fines del año 1873 tan perfectamente organizada que nada tuvo que envidiar á las demás. Con ellas asistió á los principales combates que en las otras provincias se habian dado, y al embarcarse Moriones en Guipúzcoa vino precipitadamente por la carretera de la costa desde Arrona y Zumaya áSomorrostro y Onton. Como se creia que Moriones avanzaría por allí, en seguida salieron despues de los vizcainos, Don Cárlos con tres batallones guipuzcoanos, Ollo con varios navarros, Mendiry con los alaveses y luego Lizárraga con otros tres guipuzcoanos, de modo, que en los primeros dias de Enero se reunieron desde Somorrostro hasta Zornoza cerca de 20 batallones carlistas. Cárlos VII estableció su cuartel general en Valmaseda, pero Moriones, al ver esta concentracion de fuerzas y que nuestras tropas ocupaban las terribles posiciones de Salta Caballo, no se movió en unos dias de Santoña y Castro Urdiales, donde habia desembarcado, y despues, en lugar de ir á Bilbao bajó á la ribera de Navarra.

Como los vizcainos habian quedado pronto libres de guarniciones, volvieron tambien muy pronto los ojos á Bilbao y les entró tan fuertemente el deseo de apoderarse de la capital del Señorío, que ya desde Julio del 73 empezaron á bloquearla. Bilbao, situado en una hondura, encerrado entre montañas y comunicándose con el mar por medio de la ria, que empieza en Portugalete, es

importante como plaza comercial y como pueblo rico y abundante en recursos, pero como punto militar, ni su posesion nos era ventajosa ni su pérdida sensible á los republicanos. El punto que para descomponer la base de operaciones del ejército enemigo y para evitar invasiones en nuestro territorio nos interesaba poseer, era Vitoria, pero el sentimiento popular y con él algunos generales, creyeron que era más conveniente, sobre todo más positivo, apoderarnos con la toma de Bilbao de gran cantidad de recursos, y por eso se empezó pronto á bloquear la capital de Vizcaya y á trabajar para lograr su posesion.

Velasco hizo algunos trabajos de zapa en la guarnicion, tuvo inteligencias en la plaza, y pensando que podrian darle buen resultado, dejó á mediados de Agosto de asistir al ataque de Vergara, creyendo que de un momento á otro le iban á abrir las puertas de Bilbao.

Cuando salió al campo Andéchaga se cambió de sistema, pues entónces se montó la fundicion de Arteaga para hacer cañones y morteros con que batir á Bilbao. «El comercio y la industria de la villa no resistiran tres dias de bombardeo,» decian los partidarios del ataque á Bilbao, y sobre todo, no resisten el que se les corte el paso por la ria y se impida el tráfico marítimo que es la fuente de la riqueza.

Empezaron á fundirse los cañones y morteros y á preparar municiones, empezóse á molestar á los buques en el paso por la ria, empezóse á bloquear por tierra á la villa y á rechazar las salidas de su guarnicion, y Bilbao fué quedando aislada y entregada á sus propias fuerzas. Aún, sin embargo, conservaba algunas comunicaciones por la izquierda de la ria con Luchana, el Desierto y Portugalete, puntos fortificados y guarnecidos por los republicanos, de modo, que para atacarle, era preciso apoderarse antes de ellos.

La venida de Moriones á Castro lo retardó, pues hizo creer que venia resuelto á abrirse paso é ir á Bilbao, pero cuando se vió que marchaba con el grueso de sus fuerzas á Miranda, creció el ardor por bloquear á Bilbao, y al efecto, se sacaron de Arteaga los nuevos morteros, y de la ria, antiquísimos cañones que servian de postes, para asestarlos todos contra Portugalete y tomarlo á toda costa. Emprendióse así un sitio en regla á principios de Enero, al mismo tiempo que se atacaba el puente de Luchana y las fortificaciones del Desierto, guarnecidas todas por republicanos.

———

CAPITULO XXXV

Espedicion á Santander.—Toma de Portugalete.—Rendicion de La Guardia.

No era empresa fácil la toma de Portugalete, porque asentada esta villa en la ria de Bilbao, en la ensenada que allí forma el Cantábrico, estaba defendida por dos lados por el agua y tenia además libres por mar sus comunicaciones con Santander y el resto de España. Dos goletas estacionadas en el Abra impedian con su poderosa artillería la aproximacion á la plaza por la costa y el establecimiento de baterias, y defendian el pueblo el batallon cazadores de Segorbe, una seccion de artillería de montaña y una compañía de ingenieros.

A pesar de todos estos elementos de defensa, se resolvió atacar, y se encomendó al general Dorregaray la direccion del sitio que emprendió con los dos pequeños batallones de las Encartaciones al mando del brigadier Andéchaga, y más tarde con el 2.° de Navarra á las del popular Radica. Más que batallones era preciso buena artillería para batir y alejar de la costa á los buques, y por primera vez salieron á campaña los morteros y cañones lisos, hechos en Arteaga con las campanas de Vizcaya.

Estableciéronse sin mirar el peligro con los dos morteros y los dos cañones lisos de á 12, fundidos recientemente, baterias en Sestao y en las Arenas. Para aumentar el número de piezas se hizo fuego además con dos carronadas, dos cañones de hierro viejos y uno tambien de hierro de á 16 centímetros, desenterrados de la costa donde servian de postes, y se colocó el último, á falta de cureña, sobre unas vigas.

Con estas piezas casi inservibles y dos cañones de montaña de bronce, rayados por el sistema Withwort en Arteaga, se consiguió causar algunas averias á las goletas, especialmente á la *Consuelo*, y alejarlas de la embocadura de la ria que se cerró desde entónces con gruesas cadenas para que no pudieran subir por ella los buques.

Alejadas las goletas el 11, rompióse el fuego contra la iglesia, que servia de fuerte á los republicanos, y el 13 empezaron á funcionar los morteros y piezas de á 12 y á causar grandes destrozos en el pueblo.

La guarnicion, esperando que las goletas volverian, se defendia con teson, y como las goletas volvieron y colocándose fuera

del alcance de nuestros fuegos, causaban con los suyos, de mayor potencia, grandes daños, fué prolongándose el sitio.

Moriones, entre tanto, no se movia, y para aprovechar su inaccion pensóse dar un golpe provechosísimo para la causa, apoderándose de Santander, ciudad entónces desguarnecida y abierta, pero de gran importancia por su riqueza.

Habia en Santander en aquellos dias más de 80 millones en metálico que iban para Madrid, y para custodiarlos, y defender la ciudad, que estaba muy descuidada, no tenia el gobierno más que 50 guardias civiles y 200 soldados. Era, pues, cuestion de un par de marchas y unos cuantos batallones el entrar en Santander. El presidente de la junta de Cantabria don Fernando F. de Velasco que así lo comprendió, presentó al general Elío el plan de la expedicion á Santander, envió confidentes á la ciudad y tomó las precauciones necesarias para que pudiera hacerse con seguridad la marcha. Elío encargó la operacion al general don Torcuato Mendiry y puso á sus órdenes al comandante general de Castilla don Santiago Lirio, con siete batallones, 300 caballos y dos piezas de montaña.

Dividiéronse estas fuerzas en dos columnas, una mandada por Mendiry compuesta del 3.° y 5.° de Navarra, 1.° y 3.° de Alava, escuadron del Príncipe y seccion de artillería, y otra, á las órdenes de Lirio, que se compuso del 3.° y 4.° de Castilla, el batallon de Cantabria y las compañías de Guías, más dos escuadrones de Castilla y uno de Cantabria.

Esta columna tenia por objeto ir desde el valle de Mena, donde estaba, sobre Reinosa, romper por allí el ferro-carril que va á Santander, á fin de impedir que por él socorrieran á la ciudad, y bajar luego á unirse con Mendiry. Por su parte, éste, que debia salir despues de aquella, no tenia que hacer más que pernoctar en Ramales y desde allí andar rápidamente las once leguas que separan este punto de Santander.

Lirio, con su columna, salió dirigiendo las fuerzas castellanas á Villasante y las cántabras á Villasana, pero al llegar las primeras al punto á que iban, encontraron la columna republicana de Medina, compuesta de 800 infantes y 25 caballos, ocupando el pueblo. Rompióse el fuego en seguida, y los castellanos, que en junto no eran más que 700 y sin caballería, porque ésta habia ido por otra parte, se sostienen con valor, pero no pueden avanzar. Afortunadamente llegan Lirio y Navarrete con los cántabros y un escuadron de los tres que habia, y la columna al ver el refuerzo, se detiene, vuelve á Villasante y se prepara á retirarse. Lirio distribuye las fuerzas cántabras en buena disposicion y manda avanzar de frente 40 caballos sobre el pueblo, á las órdenes del capitan Manzano, mientras algunas compañías lo flanqueaban. El capitan

Manzano se mete con sus caballos en Villasante, encuentra el pueblo desierto, y creyendo marchaba el enemigo, sale trás él y á la salida es recibido por una descarga que le derriba así como á muchos ginetes y caballos. Las compañías de los flancos llegan á su vez, cargan á la columna y ésta se retira perdiendo 15 prisioneros. Villasante queda en poder de los nuestros; los republicanos asustados, creyendo que los carlistas iban á pasar á Castilla, se retiran á Medina y dejan libre el campo á Lirio que va aquella noche á Espinosa de los Monteros, donde se reune con el resto de la caballería, que á las órdenes de Grajal le esperaba allí.

Mendiry sabe aquella noche el resultado del combate, y viendo que Lirio no tiene enemigos que le estorben cortar el ferro-carril, emprende á la mañana siguiente su marcha sobre Ramales, con objeto de alejar á la columnita que allí habia y abrirse paso á Santander. La columna de Ramales, más prudente que la de Medina, huye en cuanto tiene noticia del movimiento á encerrarse en la fortaleza de Laredo, y Mendiry pernocta con dos batallones en Ramales y deja los otros dos con la artillería en Gibaja.

Todo iba, pues, perfectamente, y no quedaba más sino andar al dia siguiente la distancia que separa Ramales de Santander, con tal rapidez que no tuvieran noticia de ello los enemigos, para lo cual ya se habian cortado los telégrafos y enviado avanzadas de caballería que cerrasen los caminos y ocultasen el movimiento. De Ramales, casi sin descansar, fué Mendiry al alto de Alisas, ya á seis leguas de Santander, y ocupó el puente de Gamonal, donde convergen los caminos que conducen á la ciudad. A las cuatro de la tarde empezó á caer una lluvia menuda, pero contínua, que molestó á los soldados y llenó de barro el camino, y esto bastó para echar á perder todo el plan. Al llegar á Rio Tuerto, considerando que era difícil seguir andando más, mandó Mendiry que se alojasen dos batallones en la Cabada y otros dos en Solares, á tres leguas de la capital. Aún ignoraban en ella la aproximacion de los carlistas, pero al estar éstos tan cerca, como era natural, les avisaron sus espías. El gobernador de Santander, á quien sorprendió la noticia en el teatro, salió apresuradamente para disponer el pueblo á la defensa y hacer embarcar las gruesas sumas que existian en el Banco.

Aún podian de haber seguido su marcha los carlistas, interrumpir esta operacion y llegar antes que se armara el pueblo, que oponia á ello dificultades por haber sido desarmado pocos dias antes á consecuencia del golpe de Estado de Pavía, pero Mendiry esperó toda la noche en Solares, y aunque al dia siguiente amaneció despejado no salió hasta la una y media de la tarde en que fué al Astillero. Desde allí á media hora de la capital, pasó á ésta una comunicacion para que se rindiera. Ya para entónces se habia ar-

mado el pueblo, se habian hecho barricadas, se habia enviado un vapor á Laredo para que trajera la columna que allí habia, asi que nadie pensaba en rendirse y ni aun contestaron á Mendiry.

Este entónces reunió consejo de jefes y les expuso lo difícil y aventurado que era el atacar, pero dijo que él, sin embargo, estaba resuelto á ir adelante, á lo que ya se opusieron casi todos, acordándose la retirada, que se hizo al dia siguiente, marchando entónces de un tiron desde el Astillero á Ramales.

Entre tanto Lirío tampoco hizo lo convenido; pues en lugar de ir á Reinosa, se bajó por el puerto del Escudo á Ontaneda; y en vez de destrozar el ferro-carril lejos de Santander, que era donde convenia cortarlo, se limitó á romperle en Las Caldas, á cinco leguas de la capital, donde ya no tenia importancia la cortadura, que además fué tan ligera, que al poco tiempo estuvo recompuesta.

Así terminó aquella expedicion que, pudiendo ser provechosísima para la causa, quedó reducida á un paseo militar, que hizo ver á los liberales la necesidad de guardar á Santander y de defender la via férrea, que de tanta utilidad habia de serles en las operaciones posteriores.

Por fortuna, á la vuelta de la expedicion se rindió Portugalete, el 22 de Febrero, despues de un sitio de 21 dias y de un prolongado cañoneo, en que nuestra artillería se condujo con notable valor. A pesar de los malos elementos con que contaba, dirigida por los jefes y oficiales del cuerpo, don Juan Maestre, don Julian García Gutierrez y don Rodrigo Velez, que fué levemente herido, y por los de marina, señores Torres, Trugillo y otros varios, fué causando considerables destrozos en el pueblo y fuertes. La guarnicion se defendió tenazmente, y causó con sus fuegos tales pérdidas á los nuestros, que, solo la compañía de artillería de Vizcaya compuesta de 90 hombres, tuvo 40 bajas; pero al fin, viendo que no recibia socorro por mar ni por tierra, empezó á desmayar. Andéchaga, activo y denodado, aprovechó aquella ocasion é hizo á sus batallones avanzar el 20 por la parte de Santurce y apoderarse de varias casas de Portugalete y del barrio del Cuervo. Nuestra artillería entónces abandonó á Sestao para aproximarse más, y se construyó una batería en el Cuervo y otra en San Roque, que rompieron el fuego con gran acierto, casi á boca de jarro, el 21. Los daños que aquel dia se causaron al enemigo y el ver éste que por la tarde se descubrian nuevas baterias, le hacen pedir parlamento y proponer la rendicion de la plaza á cambio de la libertad de sus defensores. El general Dorregaray no admitió esta proposicion, y la guarnicion se rindió con los fuertes y cañones en la mañana del 22, mediante la promesa de ser puesta en libertad en cuanto el gobierno de Madrid hiciera lo mismo con igual nú-

mero de carlistas. El batallon de Segorbe con su jefe, el Sr. Quijada, y su bandera, desfilaron por delante de nuestras tropas, las que se apoderaron de 700 fusiles y dos piezas de montaña. A la rendicion de Portugalete siguió la de Luchana y despues la del Desierto, punto inmediato, defendido por cuatro compañías de Zaragoza y otras dos piezas de montaña; de modo que en pocos dias además de la importante posesion de estos pueblos, se cogieron cuatro cañones, 1,000 fusiles y gran cantidad de municiones.

Cárlos VII recibió con gran amabilidad al jefe de Segorbe, señor Quijada, y despues de decirle que guardaria la bandera de su batallon como en depósito para devolvérsela en Madrid, le dejó ir, bajo su palabra, á gestionar con el gobierno republicano el canje de los prisioneros. En seguida diririgió una proclama á los habitantes y otra á la guarnicion de Bilbao, para que no llegasen, resistiéndose, á verse en el caso de los de Portugalete.

Miéntras estas importante victorias se conseguian Moriones no hizo nada; pero á los pocos dias, para demostrar que vivia, mandó á Primo de Rivera con 6 ó 7,000 hombres y poderosa artillería, á atacar la plaza de La Guardia, defendida por el brigadier Llorente y el batallon riojano, compuesto de 600 plazas. Tres dias se defendieron con gran valor los riojanos; pero al tercero, agotadas las municiones, se desmoraliza la gente, ocurre un grave desórden en que es mortalmente herido el anciano Llorente, y el 1.° de Febrero capitula la guarnicion y entra en la plaza el enemigo, cuando Mendiry con cuatro batallones llegaba á socorrer á los sitiados por la parte de Lagran, é Iturmendi venia con otros tres, por La Poblacion.

CAPITULO XXXVI

Bombardeo de Bilbao.—Posiciones de Somorrostro.—Preparativos de combate.

Con la toma de Portugalete y del Desierto quedó toda Vizcaya, excepto la capital, en poder de los carlistas. Aumentóse el bloqueo de Bilbao; y ya, el apoderarse de aquella villa, fué el punto objetivo de las operaciones del ejército Real. Enfermo y ausente el general Elío, tomó el mando en jefe á últimos de Enero, don Antonio Dorregaray, ascendido por lo de Portugalete á teniente general; y en seguida relevó á Lizárraga de Guipúzcoa, y nombró en su lugar á Ceballos, que mandaba en Aragon: sacó á Velasco

de Vizcaya para encargarle del mando de los castellanos : puso en su lugar al marqués de Valdespina : hizo otros cambios en el personal, ordenó que se uniformara el ejército, y aprovechó la interinidad para tomar diferentes disposiciones, como la creacion de la intendencia general, la de varias direcciones, y otras encaminadas á completar la organizacion militar de las fuerzas.

Entre tanto Moriones, reforzado ya con algunas tropas que la conclusion del sitio de Cartagena habia permitido al gobierno de Madrid enviarle, salió de su larga inaccion, y desde La Guardia bajó con sus fuerzas á las inmediaciones de Estella : el 6 y 8 de Febrero ocupó los pueblos de Lerin, Carcar, Andosilla y Los Arcos, llamando así la atencion de nuestras fuerzas hácia aquella parte.

El general republicano queria hacer salir de Vizcaya nuestras fuerzas, y cuando estuvieran concentradas aprovechar el ferro-carril de Santander para ir ántes que nuestras tropas á aquella parte y abrirse paso á Bilbao.

Dorregaray atraido por su contrario, fué á Estella con ocho batallones, tomó posiciones en sus cercanías y el 9 celebró consejo con Mendiry, Ollo y Argonz para determinar lo que debian hacer, pues no se les ocultaba que Moriones podia tomar el tren en Miranda y volverse á Santander. Se acordó hacer salir á Mendiry hácia Bilbao ; pero ya Moriones, miéntras iba él á Sesma, habia hecho embarcarse en Miranda á algunos batallones con varios convoyes para que se trasladaran por el ferro-carril á Santander y atacara á las escasas fuerzas carlistas que por la parte de Somorrostro habia quedado.

La estratagema habia salido perfectamente al jefe republicano, y como nuestras fuerzas no defendieran el paso heróicamente hasta dar lugar á la llegada de las que traia Mendiry, los republicanos pasaban á Bilbao. Afortunadamente don Cástor Adéchaga, que mandaba las fuerzas de Somorrostro, no se asustó por la llegada á Castro-Urdiales de las brigadas de Catalan y Cortijo, al mando de Primo de Rivera, y aunque sumaban unos 7,000 hombres, las esperó tranquilo con sus dos batallones de Encartados, el vizcaino de Arratia, á las órdenes de Ormaeche y el castellano de Búrgos que mandaba el intrépido Solana. Contra estas fuerzas, que en junto no llegaban á 2,000 hombres, lanzó Primo de Rivera el 15, sus 7,000, amagando por la mañana un ataque á las Muñecas, y acometiendo al mediodia por la parte de Onton, favorecido por los fuegos de la Escuadra. Nuestras fuerzas se defendieron con tal bravura, que el enemigo á las cinco de la tarde tuvo que retirarse con grandes pérdidas, quedando los nuestros en sus posiciones. Andéchaga pernoctó en San Juan de Somorrostro, donde aquella misma noche llegó á reforzarle el brigadier

Berriz con los batallones 1.° de Alava y 8.° de Guipúzcoa, pero considerando que las posiciones de Onton donde habia combatido, no eran tan convenientes para la defensa por tener á su espalda la ria, como las que se extienden desde ésta á San Pedro de Abanto, abandonó á San Juan de Somorrostro, y pasando la ria, se estableció á su derecha; es decir, mucho más cerca de Bilbao. Aunque ganara en posiciones, perdió Andéchaga así no poco terreno, obligando á establecer la línea de defensa en las inmediaciones de la plaza sitiada, lo que nunca es conveniente. Los republicanos ocuparon, pues, sin disparar un tiro, el formidable paso de Salta Caballo, y se bajaron hasta la ria que les sirvió de trinchera para establecer á su amparo su campamento.

El 16 no repitió Primo de Rivera el ataque, sin duda por tener noticia de los refuerzos que nos llegaban. En efecto, aquel dia Velasco con tres batallones castellanos, tomó posesion de las Muñecas; Andéchaga, Berriz y Rada, con otros seis, se extendieron por la parte de Somorrostro, y luego llegó Mendiry con los suyos, y por la noche Ollo con tres batallones navarros y cuatro piezas.

A pesar del ferro-carril, Moriones, que tambien habia llegado, vió su plan descompuesto; porque, creyendo encontrar entre él y Bilbao, solo cuatro ó cinco batallones, que le seria fácil vencer, halló 20, resueltos á resistir hasta la muerte.

El 17 por la mañana llegó Lizárraga con el batallon y escuadron de Aragon, y Ollo tomó el mando de las fuerzas destinadas á contener á Moriones, mientras se encargaba á Valdespina que sitiase á Bilbao con siete batallones.

Reuniéronse bajo la presidencia de Ollo, en consejo los generales, y tomaron las disposiciones más convenientes para aquella defensa, que luego los hechos habian de hacer tan célebre.

A pocos pasos de Somorrostro se extiende una ria, y á su derecha un pequeño valle, tras el que se levantan formidables montes que, partiendo desde Galdames, van por las minas de Ortuella á la carretera que conduce desde Bilbao á Santander, para volver despues á extenderse hasta el mar. Estas posiciones en cuyo centro se levanta, sobre una pequeña altura, el pueblecillo de San Pedro Avanto, fueron escogidas para nuestra defensa. Apoyábanse en el mar por nuestra derecha, en la cadena de montes que desde Sopuerta conducen á Valmaseda por la izquierda: por nuestra espalda en la ria de Bilbao, y la ria de Somorrostro, desde la parte de las Córtes hasta su desembocadura en el mar, era nuestro frente. El punto culminante de aquella série de posiciones es el pico de Mantres que desde el monte Montaño se levantaba en nuestra extrema derecha, delante de San Fuentes y á la orilla del mar. Él dominaba todas nuestras posiciones hasta Portugalete, que quedaba muy á espalda de nuestra linea y ofrecia por el frente que

daba á la ria de Somorrostro, única parte por donde podia atacarle el enemigo, una subida tan dificil que era casi temeridad intentarla. En cambio, por su proximidad al mar, estaba expuesto á los fuegos de la escuadra que surcaba por aquellas aguas desde Castro Urdiales á Portugalete, y tomaba por blanco de sus cañones, ora las cumbres, donde creia podia haber carlistas, ora las baterías y cadenas con que habíamos cerrado la ria de Bilbao.

Además de la fortaleza natural que el terreno nos ofrecia, fortificamos nuestras posiciones con grandes y espesos parapetos de tierra y piedras, á fin de amortiguar el terrible efecto de la poderosa artillería del enemigo, pues en ella confiaban los republicanos para abrirse paso. Mandóse tambien para no gastar municiones y aumentar el efecto de nuestros tiros, que se sufriese el fuego del enemigo sin responder hasta que estuviese á corta distancia, y que entónces se hiciese rápidamente y á la voz de los jefes para descomponer y desbaratar á los contrarios, cayendo sobre ellos á la bayoneta en el momento que empezaran á vacilar ó retroceder. Se formaron con batallones de distintas provincias, cuatro divisiones á fin de que estimulase á los voluntarios el afan de distinguirse, y se determinaron los puntos que debian ocupar cada una, y los generales y jefes que habian de mandarlas. Nuestras tropas ocuparon todo el terreno comprendido entre ámbas rias, acantonándose en los pueblos de San Fuentes, Gallarta, Ortuella San Pedro Avanto, Nocedal, Urioste, Portugalete, San Salvador del Valle, Baracaldo y Burceña. Ollo estableció su cuartel general en San Salvador, y Don Cárlos, que vino con Dorregaray el 18, se situó en el palacio de las Cruces, desde donde podia acudir tanto á la parte de Somorrostro, que estaba á dos horas, como á la de Bilbao, que solo distaba hora y media de su residencia.

Los dias pasaban y el enemigo no daba señales de moverse. Moriones habia entrado en San Juan de Somorrostro el 19, y aquel y los siguientes dias los pasó en establecer bien su línea, distribuir sus fuerzas y levantar baterías. San Juan de Somorrostro fué su centro, la ria su frente, el mar su estrema izquierda, y la peña Corvera que se levanta al lado de las Muñecas, su derecha. Sus posiciones eran como las nuestras, formidables; así que no podíamos pensar en atacarlas de frente ni por la izquierda porque la ria y el mar nos lo impedian y únicamente por su derecha, es decir, por Peña Corvera, podíamos haberlo intentado. Como nuestro objeto era mantenernos á la defensiva, no se hizo nada; pero en cambio, para provocarle y obligarle á atacar pronto, se acordó empezar el bombardeo de Bilbao en la mañana del 21 de Febrero. Se avisó de esta resolucion al brigadier Castillo, que mandaba la plaza, y á los cónsules extranjeros que residian en ella, se dieron algunas horas de tiempo para que salieran las personas que no

quisieran sufrir el sitio, y entre tanto se establecieron en batería seis morteros, los cañones lisos de á 12 hechos en Arteaga, y algunas piezas menores. Bilbao, aunque por su naturaleza no es fuerte, estaba bien defendido por algunas fortificaciones exteriores, varias baterías con más de 40 cañones y 3,000 hombres de guarnicion.

Con nuestros escasos elementos no podíamos ni apagar sus fuegos ni contrarestarlos; así que se resolvió el bombardeo solo para intimidar al pueblo y obligar á Moriones á atacar. En la derrota de éste consistia la toma de Bilbao, porque la villa, segun muchos creian, no resistiria en cuanto supiese que no podia contar con el socorro de las fuerzas exteriores.

Al amanecer del 21, los batallones que habian de sostener le línea de Somorrostro fueron á situarse en sus posiciones, miéntras los que habian de contener á la guarnicion de Bilbao ocupaban las suyas. Era la primera vez que el ejército Real del Norte veia reunidos tantos batallones de distintas provincias para una operacion, y el entusiasmo y el gozo de nuestros voluntarios llegaban al delirio. Cantando y gritando marchaban á sus posiciones con un ánsia de pelear y un convencimiento de vencer, que es imposible encontrar más que en soldados que como ellos tengan tanta fé y tan gran interés en el triunfo de la causa que defiendan.

Un dia magnífico, casi de primavera, daba mayor grandiosidad al espectáculo que presentaba nuestro ejército en sus posiciones. Desde los altos del Escurto y la Cerrada, hácia nuestra izquierda, tuve ocasion de contemplar el precioso panorama que ofrecian por una parte nuestros batallones colocados en sus puntos, los enemigos situados en Somorrostro, y los vapores de Guerra cruzando el mar desde Castro-Urdiales á Portugalete. Mar, valle y montes parecian animados en aquellos momentos, y todo hacia creer que pronto iba á salir de todas partes la muerte y el exterminio. Pasaban, sin embargo, las horas en el mayor silencio. A las doce del dia nuestros morteros rompieron el fuego sobre Bilbao, y al oir su estruendo, prorumpieron en entusiastas aclamaciones nuestras tropas, y empuñaron las armas.

El enemigo no se movió por tierra: contentóse con disparar desde Somorrostro algunos cañonazos á nuestras avanzadas, pero envió tres buques frente á Portugalete, que rompieron un vivo fuego contra las cadenas, más que para romperlas, para animar á los de Bilbao con sus disparos y demostrarles que estaban cerca las fuerzas auxiliares.

Aquella tarde, Cárlos VII, acompañado de un brillante estado mayor, en el que figuraba el general Savalls, recien venido de Cataluña, recorrió las posiciones, visitó á las tropas en sus puntos y acabó con su presencia de enardecer á los soldados que ansiaban llegase el momento de combatir.

CAPITULO XXXVII

Batallas del 24 y 25 de Febrero. — Derrota de Moriones. — Panico de los liberales. — Tolosa.

Aunque la quietud de los enemigos ante nuestras provocaciones era estraña, no nos sorprendia, sin embargo, porque sabíamos que Moriones aprovechaba el tiempo reuniendo artillería y fuerzas considerables para atacarnos.

Nuestra formidable posicion y el número de nuestros soldados exigian del enemigo la mayor prudencia, pues aquí podíamos oponerle 12,000 hombres resueltos y bien municionados, sin contar con otros 3,000 que sostenian el sitio de Bilbao.

El enemigo reunió 25,000 combatientes y unas 40 piezas de artillería por la parte de Somorrostro, destinando además nueve vapores con otras 40 piezas á molestar nuestra derecha que se apoyaba en el mar. Nuestra artillería la teníamos empleada en el sitio de Bilbao ó en la desembocadura de la ria junto á Portugalete, de modo, que solo para oponernos á la de Moriones contábamos con la bateria de Navarra compuesta de cuatro piezas de montaña.

Apenas se habrá visto nunca tal desproporcion entre los medios de ataque y defensa de dos ejércitos ya considerables, pero esta desventaja nada nos importaba porque contábamos disminuirla con la solidez de nuestros parapetos, y sobre todo, con el esforzado ánimo de nuestros voluntarios.

El enemigo fundaba en sus cañones toda su esperanza; á la izquierda de Somorrostro, entre este pueblo y el de Muzquíz, se levanta un monte cónico llamado Monte Janeo que domina el valle y hace frente á Montaño, y en él, y en el pico de Ramos, estableció fuertes baterias de cañones Krupp para barrer toda nuestra línea, al mismo tiempo que situaba otras en San Juan de Somorrostro contra San Pedro Avanto y otras en la Peña Corvera para batir nuestra izquierda, y contaba además con muchas baterias de montaña que irian á donde fuera preciso proteger el avance de la infantería. Indudablemente, iba á caer sobre nosotros una lluvia de hierro y fuego, porque la escuadra, que hasta entónces solo tiraba contra Portugalete y Santurce, no dejaria en el momento del combate de unir sus fuegos á los del ejército de tierra, para batir el pico de Mantres y Montaño.

A pesar de que todo esto saltaba á la vista, nuestros soldados estaban impacientes por que se empeñara el combate, tal era la seguridad de vencer que abrigaban. Tres dias, sin embargo, llevaba ya Bilbao de sufrir el incesante bombardeo de nuestros morteros sin que Moriones se moviese, cuando por fin, en la mañana del 24, un vivo fuego de cañon, al que siguió por algunos momentos el de fusilería, nos hizo creer que el enemigo se decidia á avanzar. Aún no habia llegado la hora, y el enemigo se limitó á cañonearnos en toda la línea para probarnos el alcance y poder de su artillería. Era, en efecto, formidable; sus granadas llegaban á todas partes, reventaban en nuestros parapetos y los destrozaban, levantando nubes de tierra y polvo. Enviaron, tambien, fuertes guerrillas de infantería á diferentes puntos, sin duda para hacer reconocimientos, pero las nuestras acudieron oportunamente y despues de un nutrido tiroteo las obligaron á retirarse.

A las diez de la mañana cesó su fuego, pero el de cañon continuó durante todo el dia. Nuestros voluntarios lo sufrian impasibles, procurando resguardarse de sus estragos, y ansiando que llegase la infantería. La escuadra, entre tanto, seguia cañoneando á Portugalete, y al estruendo de sus piezas, unido á las de Somorrostro, respondia como un eco más lejano el de nuestros morteros y cañones de Bilbao.

A las cuatro de la tarde el enemigo redobló el cañoneo y lanzó algunos batallones por su derecha, con objeto de envolver nuestra izquierda, que ocupaba la brigada Berriz. El fuego, durante un rato, fué vivísimo, y dos de nuestras compañías que estaban sobre la ria, mortificadas horriblemente, tuvieron que retroceder del punto que ocupaban. El resto de las fuerzas se mantuvo firme en sus puntos, y el enemigo no pudo conseguir el objeto que se proponia y retrocedió á Somorrostro.

Don Cárlos presenció desde la llanura, delante de San Fuentes, la última parte del combate y fué durante un rato blanco de los cañones de Monte Janeo, que afortunadamente ninguna baja causaron. En todo el dia tuvimos unas 80 debidas casi todas á la artillería.

Lo ocurrido el 24 fué aviso general que advirtió á todos de lo que nos esperaba el 25. A nadie quedó duda de que preparado ya y dispuesto el enemigo haria el supremo esfuerzo al dia siguiente, asi que antes de amanecer, nuestros batallones estaban preparados para el combate, ocupando las alturas, y generales y jefes en sus puestos. Ollo se estableció en San Fuentes, sobre nuestra derecha, dejando el cuidado del centro é izquierda á Mendiry; Andéchaga se situó á vanguardia y Lizárraga á retaguardia, para mandar la division de reserva, que se componia solo de los batallones 1.° de Aragon, 4.° y 5.° de Navarra y 4.° de Guipúzcoa.

Pasaron las primeras horas de la mañana sin novedad, pero á las nueve, la artillería enemiga rompió con horrible violencia el fuego de cañon en toda la línea. Era que queria proteger el paso de su infantería por varios puentes flotantes establecidos en la ria, operacion que, por carecer de cañones, no podíamos impedir. Dejamos, pues, pasar á la infantería enemiga esperando, como estaba mandado, que se acercara todo lo posible á nuestros parapetos, y los republicanos ocuparon el valle de Somorrosto y fueron avanzando hasta los montes que defendíamos protegidos por su artillería de montaña y por las baterias fijas.

Amenazaban á la vez toda nuestra línea porque por todas partes enviaban considerables fuerzas. Creíamos al principio que atacarian nuestra izquierda como la tarde anterior, pero justamente su plan era lo contrario, atacar nuestra derecha, que aunque era más difícil de vencer, les daba una vez dominada, la posicion más importante. Pronto vimos á los buques dirigir sus fuegos al pico de Mantres y Montaño, concentrar sobre ámbos, los suyos, las baterias de Monte Janeo y pico de Ramos, y pasar la ria por la parte de Muzquiz y avanzar tambien mayor número de fuerzas sobre nuestra derecha que por los otros lados.

El enemigo, en efecto, trataba á toda costa de apoderarse de aquel punto, y mientras destinaba una division á entretener y contener nuestra izquierda y amenazaba con dos nuestro centro, tratando de apoderarse de las Carreras, punto inmediato á San Pedro Avanto, lanzaba tres divisiones contra Montaño y Mantres con objeto de tomarlos por asalto.

Como siempre, el plan de Moriones se reducia á atacar de frente la mayor dificultad y á tratar de vencerla á fuerza de fuerzas y de sangre. Afortunadamente, nuestros generales conocian ya al enemigo, y Ollo, desde antes de empezar el combate, estaba como hemos dicho en San Fuentes, es decir, en la vertiente de Montaño y Mantres que era el objetivo de Moriones. El fuego fué violentísimo ya á las diez de la mañana, y las descargas contínuas de millares de fusiles, tirando con la precipitacion que distingue á las armas modernas formaban tal estrépito, que casi apagaban el formidable estruendo de la artillería.

Al medio dia ya no quedó duda de que todo el ataque se dirigia sobre nuestra derecha. Mendiry y Lizárraga acudieron al lado de Ollo, y juntos, delante de San Fuentes, estuvieron dirigiendo la batalla. La bateria de Navarra, única que teníamos hasta entónces, se colocó á la izquierda del Montaño para batir á los enemigos que avanzaban por aquella parte con furia, y á la una y media llegó el teniente coronel Rodriguez de Vera con las secciones de artillería de Guipúzcoa y Alava, en junto otras cuatro piezas, que mandó Ollo á nuestra derecha.

Defendian tenazmente el punto amenazado nuestros batallones, distinguiéndose el 1.º de Navarra, que á las órdenes del piadoso coronel don Eusebio Rodriguez ocupaba la cumbre de Mantres, y el 2.º, que á las del bizarro y popular Radica se sostenia en Monaño. El enemigo, con un ímpetu admirable, sin que el horrible fuego que por el frente y flanco se le hacia le detuviera, iba avanzando, venciendo las dificultades del terreno y subiendo á la cumbre de Mantres sobre los cadáveres que iba dejando. Aquel ataque era temerario pero nadie retrocedia; nuestros voluntarios veian llegar al enemigo y tampoco se movian, y con la admirable serenidad de soldados veteranos multiplicaban sus descargas sobre los batallones enemigos. ¡ Arriba Cantabria! gritaban los republicanos, animando al regimiento de este nombre que marchaba al asalto de la cumbre, y los soldados de Cantabria, aunque diezmados, seguian subiendo. Desde la llanura de San Fuentes, donde estaba al lado de los generales, veia aquella encarnizada lucha, aquel valor que por una y otra parte se desplegaba con un interés inmenso.

Los republicanos llegaban ya á la cumbre, hacian fuego á tan corta distancia que casi se confundian con los nuestros, un instante más, un pequeño esfuerzo por su parte, un momento de vacilacion por la nuestra y la cumbre era suya, y una vez en Mantres nos barrian irremisiblemente y nos obligaban á levantar la línea y á retirarnos precipitadamente.

Ollo, Lizárraga y Mendiry tenian los ojos fijos en lo alto de la cumbre y miraban con ansiedad el combate; habian enviado ya tropas que reforzasen al 1.º, pero los republicanos estaban más cerca de la cumbre que éstas, asi que era cuestion dudosa el que los del 1.º pudieran sostenerse hasta la llegada del refuerzo. De repente cesa el fuego en el alto y se oye un inmenso grito al que siguen atronadoras aclamaciones, y vemos al 1.º de Navarra lanzarse, con el ímpetu del entusiasmo, á la bayoneta sobre los republicanos, y á éstos vacilar, retroceder, y por último, huir en completo desorden perseguidos por los navarros que siembran la muerte en sus filas. El 6.º batallon llega entónces, se une al 1.º, y ya los nuestros quedan como al principio de la accion señores absolutos del monte que abandonan los liberales para rehacerse junto á la ria.

Eran las dos de la tarde; nuestra reserva habia avanzado por si hacia falta, y el batallon aragonés ocupaba los parapetos de San Fuentes. En aquel momento llegó á ellos el Rey, con Dorregaray y otros generales, y los voluntarios de Aragon, sin darle frente como en estos casos está prevenido, le recibieron con entusiastas aclamaciones, y los acordes de la marcha real anunciaron al enemigo la presencia del monarca, que venia al campo de batalla á compartir con sus soldados el peligro. No tardaron en empezar á

venir granadas y balas por aquel sitio, pero Don Cárlos sin hacer caso de ellas, y á pesar de haber herido algunos á su lado, estuvo enterándose con los generales de lo ocurrido y hablando con ellos. En esto, vimos venir un grupo de soldados navarros conduciendo los prisioneros hechos en la carga del alto de Mantres, y á Cárlos VII adelantarse á su encuentro. Al verle en aquel sitio los voluntarios que los traian, admirados del valor del jóven monarca, prorumpieron en vivas, y los soldados republicanos, absortos, le victorearon tambien, se hincaron de rodillas y le besaron la mano. Pertenecian á los regimientos de Cantabria, Sevilla y San Quintin. Nos dijeron que aún tenian muchas más fuerzas disponibles que las que hasta entónces nos habian atacado, por lo que no era dudoso que se renovaria el combate por la derecha, pues por el centro continuaba con vigor y el enemigo debia creernos cansados y escasos de municiones.

En efecto, algo iban ya faltadonos, y el enemigo, reforzando con sus reservas toda la línea, envió nuevos batallones al asalto de Mantres. El apuro para nosotros fué entónces grande; casi toda nuestra corta reserva estaba ya en fuego y apenas nos quedaba gente disponible. Se enviaron cuatro compañías del batallon aragonés á la izquierda del Montaño y se hizo, al ver amenazada la cumbre, que subiese el 5.º de Navarra. No teníamos ya más fuerzas, pero aquellas fueron suficientes.

El enemigo, cargado nuevamente, fué rechazado al fin, y perseguido hasta la ria, donde algunos, por no buscar los puentes, se echaron de cabeza. La artillería republicana siguió haciendo fuego para proteger y ocultar la retirada de los suyos, y las sombras de la noche que llegaban ya, permitieron á los republicanos desordenados, volverse á sus posiciones.

Habíamos vencido á Moriones, pero aún no sabíamos toda la importancia de nuestra victoria. A la mañana siguiente, 26, al ver el campo de batalla cubierto de cadáveres y heridos, al recoger algunos prisioneros que habian pasado la noche aterrorizados en el teatro de la lucha, al saber el desórden y confusion que habian reinado en los momentos de la retirada, comprendimos que á haberlo conocido por la noche y seguido la persecucion, quizá los hubiésemos hecho abandonar para siempre Somorrostro y el proyecto de socorrer á Bilbao.

De todos modos, la victoria fué importantísima y tuvo un eco inmenso en todo el mundo. El mismo general Moriones confesó su mala suerte, enviando al gobierno el siguiente telégrama desde Castro el 26.

«El ejército no ha podido forzar los reductos y trincheras de San Pedro Avanto, y su línea ha quedado quebrantada. Vengan refuerzos y otro general de prestigio á encargarse del mando.»

Los republicanos habian tenido unas 2,000 bajas; cientos de cadáveres enterraron los nuestros y recogieron una porcion de heridos que cuidaron y enviaron generosamente á los hospitales. Nosotros solo tuvimos 83 muertos y 360 heridos, que unidos á los del dia anterior, dan una suma de 500 bajas, suma pequeña en comparacion del espantoso fuego que en ámbos dias nos habian hecho.

La noticia de nuestra victoria produjo un verdadero pánico en Madrid. Los liberales creian hasta entónces que nos faltaba mucho para ser ejército, y la batalla de Somorrostro les demostró lo contrario. El ejército que sabia resistir á doble número de fuerzas y aguantar la formidable artillería republicana, no necesitaba dar más pruebas de valor y de constancia.

Los republicanos comprendieron que tenian que hacer grandes esfuerzos solo para contenernos, y resolvieron abandonar á Tolosa para traer á Somorrostro las fuerzas que operaban con Loma en Guipúzcoa.

Tolosa pasó á nuestro poder, y Bilbao, al ver entrar en sus muros á algunos prisioneros de la batalla del 25, que envió el marqués de Valdespina para que no dudasen de nuestra victoria, comprendió que el sitio era una verdad y que tendria que sufrir y esperar mucho, antes que el ejército enemigo se repusiese y pensase en socorrerle.

CAPITULO XXXVIII

Serrano en campaña. — Nuestros fuertes. — Tentativa de desembarco.

El rudo golpe dado al ejército republicano en los combates del valle de Somorrostro, no le dejaba en disposicion de moverse en algun tiempo, de modo que podíamos aprovecharle nosotros en hacer alguna operacion útil, destacando parte de nuestras fuerzas de la línea donde no hacian gran falta.

La situacion en que se encontraba España, el crecimiento y fortuna de nuestros ejércitos de Cataluña y del Centro, el primero de los cuales tenia aterrorizadas á las fuerzas enemigas, y el segundo, que aproximándose á las puertas de Madrid amenazaba al gobierno de la república, nos convidaban á mostrarnos audaces y aprovechar los momentos de pánico y desorden producidos por nuestra victoria, para alcanzar otras mayores. Así lo comprendieron varios de nuestros generales, entre otros el general Larramendi, que propuso se enviase una expedicion á Castilla con los batallones de

aquel reino y algunos otros, que podrian por entónces fácilmente pasar el Ebro, ó que si no, se le dejase, como ya habia pensado, tomar á Vitoria. Lizárraga, por su parte, que veia que Santander era la base de operaciones del ejército enemigo, y que por el ferro-carril que une esta ciudad con Madrid recibia éste refuerzos, víveres y municiones y retiraba los heridos, proponia que se enviasen fuerzas á cortarle y destruirle, ó que se atacase al enemigo por su derecha y retaguardia, pero ni éste ni ningun otro plan fué aceptado, porque se creia que bastarian á los republicanos pocos dias para reponerse y que atacarian en seguida nuestra línea.

Así, lo único que se hizo fué fortificarla más y más y prepararse para un nuevo combate en ella.

Los enemigos, entre tanto, contestaban al telégrama en que Moriones les daba cuenta de su derrota, enviándole Zabala, que era ministro de la Guerra, otro en que le preguntaba lo que le hacia falta. Moriones le pidió seis batallones más, dos baterias de á 10, otra Krupp, porque de las que tenia, á fuerza de tanto tirar, se le habian reventado varios cañones en los combates anteriores, y 18 piezas Plasencia, ó sea cañones de montaña, porque le parecian poco los 20 que ya poseia.

El gobierno de Madrid, comprendiendo lo importante que era reanimar pronto el espíritu de su ejército, aún hizo más de lo que pedia Moriones y empezó á sacar fuerzas de todas partes y arbitrar recursos para romper á toda costa nuestra línea y abrirse paso á Bilbao.

Lo primero que hizo fué acordar que el mismo jefe de la república, general Serrano, fuese á tomar el mando de las tropas y á dirigir personalmente las operaciones. Salió Serrano acompañado de un numeroso estado mayor, compuesto de brillantes jefes y oficiales, y con él vino Topete, el marino revolucionario, á tomar el mando de la escuadra del Cantábrico que tambien fué reforzada. Reorganizaron los republicanos los batallones destrozados, reemplazaron con buenos jefes los muertos y heridos, y encargaron del mando de las divisiones á generales de prestigio y nombre, para que el ejército, al verse bien mandado, rico y con poderosos elementos, adquiriese la confianza en la victoria que le habian hecho perder en el mes anterior, la terrible resistencia y las impetuosas cargas que halló en el pico de Mantres.

Dióse además á Serrano gran cantidad de dinero y ámplios poderes para que trabajase por todos los medios en nuestro daño y los liberales, esperando en la buena estrella del general, fueron adquiriendo confianza.

Entre tanto, nosotros seguíamos creyendo de tal manera en la proximidad del ataque, que el general Dorregaray hizo salir el 2 de Marzo, á Lizárraga con algunas fuerzas para Llodio y Areta,

á fin de que se uniera con las que tenia Larramendi y fueran juntos á Valmaseda, porque el enemigo podia atacar por el valle de Carranza con objeto de envolver nuestra izquierda. Algunos movimientos del enemigo habian dado márgen á esta sospecha, pero bien pronto se vió que no habia fundamento, así que Lizárraga y Larramendi despues de visitar á Carranza, reconocer aquellas posiciones y dejar algunas fuerzas, se vinieron, el 5 de Marzo, á Sopuerta, donde estaba el general Velasco, para atender á la izquierda de la línea de Somorrostro y á la parte de las Muñecas que guardaba con las fuerzas cántabras el brigadier Navarrete.

Ollo, entre tanto, fortificaba nuestro centro y derecha; encargaba de la parte de Montaño y Mantres á Radica, y éste añadia á las dificultades naturales que habian encontrado los republicanos el 25 de Febrero, zanjas, fogatas pedreras, railes de ferro-carril, ruedas de wagones y otra multitud de obstáculos colocados con arte, para dificultar la subida y precipitar la bajada de las tropas que intentasen apoderarse del alto. Montaño y Mantres quedaron convertidos en inespugnables fortalezas para el que quisiera asaltarlas, de modo, que si temerario fué el ataque de Moriones por aquella parte el mes anterior, ahora se hizo imposible.

El enemigo contaba como antes con su artillería, que habia aumentado poderosamente, y como nosotros seguíamos no teniendo más que ocho piezas de montaña, preciso fué inventar algo para contrarestar su formidable efecto. La esperiencia nos habia enseñado que los parapetos de tierra y piedra no resistian al contínuo cañoneo del enemigo y que acababan por venirse al suelo ó envolver en sus escombros á nuestros voluntarios, así que se acudió á otro sistema de defensa que inutilizaba casi todo el efecto de la artilleria, resguardando admirab'emente á nuestros soldados.

Este sistema, que luego por sus buenos efectos se generalizó, se adoptó en todo el ejército durante la guerra, y que de seguro pasará á los demás de Europa como la mejor fortificacion de campaña contra la artillería moderna, consistia en abrir zanjas en el suelo, donde se ocultaban hasta la altura de la cabeza nuestros infantes, no ofreciendo así blanco alguno y pudiendo en cambio hacer fuegos rasantes á los que intentasen apoderarse de ellas.

Una vez descubierto por la necesidad y los soldados este sistema de defensa, fué perfeccionandose bajo la direccion de los ingenieros señores Garin y de otros varios oficiales. Se hicieron séries de zanjas comunicándose entre sí y cruzando los fuegos para defender una posicion determinada ó cerrar el paso á alguna parte; se dieron instrucciones á los jefes y soldados sobre el modo de servirse de ellas y de utilizar sus ventajas y se esperó confiadamente el ataque. El sistema de parapetos no fué del todo abandonado y en algunos puntos se conservaron y reforzaron los antiguos ó se

levantaron otros nuevos. Así, por ejemplo, se hizo en San Pedro Avanto y Santa Juliana, pueblecillos situados en el centro de la línea, contra los que dirigian con frecuencia sus tiros los cañones enemigos, pues es de advertir, que desde el combate del 25 de Febrero ni un solo dia dejaron las baterias fijas de Monte Janeo, Pico de Ramos, Somorrostro y Peña Corvera de cañonear más ó menos nuestras posiciones.

Así como Serrano vino á encargarse del mando de los republicanos, el general Elío volvió á principios de Marzo á ocupar su cargo de jefe de estado mayor general en que cesó Dorregaray. Elío no traia como Serrano refuerzos, cañones ni dinero, pues nuestra posicion era tal, que por falta de pólvora habia tenido que disminuirse, y por fin, que suspenderse el bombardeo de Bilbao. La falta de pólvora se remedió sacándola de una casa próxima á esta villa, donde tenian los republicanos 304 cajones, de que se apoderó, en la noche del 5 de Marzo, el comandante del 4.° de Castilla, bajo el fuego del enemigo, y se fundieron además bombas, que ya iban faltando, en las ferrerías del Desierto. Por todo refuerzo, se hizo venir de sus provincias á los batallones 1.° de Guipúzcoa y 7.° de Navarra, más alguna gente suelta con que cubrir las bajas, de modo, que en resúmen quedamos, como en los combates de Febrero, siendo la mitad menos que el ejército enemigo, pues constaba ya éste á mediados de Marzo de 30,000 hombres y 55 piezas de artillería, sin incluir, por supuesto, las de la escuadra.

Bilbao, cuyos fuertes no podia batir nuestra artillería que solo molestaba y destruia la poblacion, seguia resistiéndose con la esperanza de ser socorrido pronto, y nuestras tropas de asedio, compuestas de batallones vizcainos, no adelantaban gran cosa. Solo lograron tomar en la noche del 14 á viva fuerza, en un combate que dieron dos compañías del batallon de Durango, el fuerte del campo Volantin, defendido por 40 carabineros que tuvieron que rendirse, pequeña ventaja que no nos permitió adelantar nada, por lo que siguió la suerte de Bilbao dependiendo de las operaciones de Somorrostro.

El tiempo, que hasta entónces habia sido de primavera, cambió á mediados de Marzo y cayeron abundantes nevadas que causaron algunas bajas en nuestros poco abrigados centinelas. El enemigo, que los tenia más numerosos, sufrió tambien la pérdida de algunos hombres, y retiró parte de sus fuerzas de la línea para abrigarlas en los pueblos de Laredo, Limpias y Colindres, situados á retaguardia de Somorrostro en las cercanias de Santander. Reunieron, así, por aquel lado más de 14,000 hombres, y entónces, pensando que podian lanzarlos por el valle de Carranza sobre nuestra izquierda, volvieron Larramendi y Lizárraga con algunos batallones á Villaverde de Trucios y Valmaseda á fin de contenerlos.

Podia, en efecto, tratar el enemigo de hacer aquella operacion pero tambien podia aprovechar su aproximidad al mar, la estancia de su escuadra en aquellas aguas y la de multitud de vapores en Santander, embarcar en una noche una division, desembarcarla más allá de Portugalete, envolver con ella nuestra derecha ó colocarse á retaguardia de nuestra línea y entrar en Bilbao casi sin disparar un tiro. No creian los nuestros que intentase semejante cosa, á pesar de que habia motivos fundados para sospecharlo, y, en en efecto, mientras el 17 y 18 los alaveses avanzaban á Molinar de Carranza y Lizárraga á Villaverde, embarcaban los republicanos en Santoña y Laredo 8,000 hombres, segun se dijo, al mando de Loma, y con una escuadrilla de más de 20 vapores de diferentes portes entre buques de guerra y mercantes, se lanzaban al mar el 19, dia de la festividad de San José, y se presentaban por la tarde frente á Portugalete y Algorta para desembarcarlos. No contábamos, como hemos dicho, con esta operacion, asi que no habia por la costa más que un batallon desparramado y las piezas de marina sacadas de la ria que estorbasen el desembarco, pero ni unas ni otras hicieron falta. El mar se picó bastante, los marinos no se atrevieron á intentar el desembarco, bajo el fuego de nuestras vetustas piezas, se fueron con sus buques por donde habian venido, y el plan madurado con tanto detenimiento y en el que sin duda confiaban Serrano y Topete, quedó completamente frustrado con aquella tentativa que nos advirtió para lo sucesivo y nos dió mayores ánimos.

CAPITULO XXXIX

S. Pedro Avanto. — Tres dias de batalla. — Heroismo de nuestro ejército.

Despues de la tentativa de desembarco, no podian demorar los republicanos largo tiempo el ataque, para no quedar en ridículo, porque Serrano y los periódicos oficiosos de Madrid habian ya dicho que, cañoneadas nuestras posiciones, reunidos 48 batallones y 70 piezas, solo se esperaba que mejorase el tiempo para forzar nuestra línea. El tiempo mejoró el 20, y como nosotros estábamos impacientes porque nos atacaran y ya habíamos logrado pólvora y proyectiles, redoblamos el bombardeo de Bilbao, arrojando sobre la villa 318 bombas el 18, y otras tantas el 19 y siguientes dias.

Serrano, en efecto, se preparaba para el combate: sabíamos que habia recorrido su línea, examinado la nuestra, hecho terminar la construccion de nuevas baterías, reunido prodigiosa cantidad de municiones y encomendado el cargo de jefe de estado mayor de su ejército, á su sobrino el general Lopez Dominguez y el mando de divisiones á Loma, Letona y Primo de Rivera. Lo que no sabíamos era cuál seria ahora el punto objetivo de su ataque, así es que por todas partes se estaba con la mayor vigilancia.

En nuestra extrema izquierda sobre el pueblecillo de las Córtes, se levanta una série escalonada de montes que forma luego la cordillera de Galdames á Gueñes, y á esta parte se dirigió el primer ataque del enemigo. Mandaba aquel lado el general Velasco, y á él debian acudir tambien Lizárraga y Larramendi, que estaban en Sopuerta.

Al amanecer del 25 de Mayo, dia de la Encarnacion, los republicanos rompieron el fuego con tal violencia y tan considerable número de piezas, que no quedó duda desde el principio, de que por fin empeñaban el combate en regla. En efecto, pasaron como en el mes anterior la ria sus divisiones, y se extendieron por el valle, encaminándose Letona á nuestra derecha, Loma al centro, y Primo de Rivera á nuestra izquierda. Un incidente que ocurrió en esta parte nos comprometió algun tanto al empezar la accion. El 1er batallon de Guipúzcoa, que despues de la insurreccion de Santa Cruz habia sido reorganizado con gente nueva y poco acostumbrada al fuego, se atemorizó ante el diluvio de granadas que le enviaban, y abandonó el parapeto del Portillo, inmediato á las Córtes, que estaba encargado de defender. Apoderóse de él el enemigo, y animado con la ventaja obtenida, lanzóse resueltamente á la toma de los demás y concentró el ataque en aquel lado. Por fortuna los batallones que estaban inmediatos eran el 1.° de Aragon, el 1.° de Alava y el 4.° de Castilla, quienes, ya veteranos, sostuvieron heróicamente sus posiciones, y solos, rechazaron varias veces al enemigo que en gran número subia. Reforzaron los republicanos sus tropas, y entretenidos los nuestros en lo demás de la línea, iban agotándose las fuerzas de los heróicos batallones citados, cuando llegó el brigadier Yoldi con 3.° y 6.° de Navarra y restableció la confianza en la izquierda. Todo el dia sin interrupcion alguna, se sostuvo el violento cañoneo y el espantoso fuego de fusilería por todas partes, pero el enemigo no logró tomar ya ninguna posicion y fué contenido en toda la línea. La noche puso término al combate, quedando Letona en las estribaciones del Montaño, Loma frente á las Carreras y Primo de Rivera en las Córtes, única parte por donde en todo el dia habian logrado avanzar y que de nada les servia porque estaba dominada

por otros muchos parapetos que en nuestro poder conservábamos.

Por el ímpetu con que nos habian atacado, por la posicion en que quedaban no nos cupo duda de que á la mañana siguiente repetirian el combate, á pesar de que sus bajas debian ya ser numerosas. Dormimos aquella noche en el suelo, ocupando los batallones los mismos puntos en que estaban al terminar el combate, para que á la mañana siguiente todos estuviesen preparados. Durante la noche se hicieron venir á nuestra extrema izquierda las cuatro piezas de montaña, que mandaba el teniente coronel Rodriguez de Vera, para colocarlas á la mañana en el cerro de Buena-Vista, donde habian establecido su cuartel general Lizárraga, Velasco y Larramendi, con objeto de batir desde allí el pueblecillo de las Córtes que habian ocupado los enemigos.

Apenas empezaron el 25 á desaparecer las sombras de la noche y á permitir los albores de la aurora que se distinguieran los objetos, cuando los cañones republicanos comenzaron su destructora tarea, disparando sobre nuestra línea con tanta violencia como el dia anterior. Aún no habia salido el sol y ya el fuego de fusilería se mezclaba con el estruendo de los cañones y ensordecia el espacio.

La batalla comenzaba con furia: diríase que por una y otra parte se estaba esperando con impaciencia que llegara el dia para renovarla, porque ni republicanos ni carlistas habian quedado satisfechos con el resultado del combate, y esperaban con la nueva luz, lograr en uno más decisivo, el triunfo que no habian conseguido la víspera.

Por la parte donde yo estaba, que era la extrema izquierda, el enemigo habia fortificado y artillado el parapeto sobre las Córtes, abandonado el dia anterior; y aunque nos hacia desde él vivo fuego, se veia que, escarmentado ya con la resistencia que habia encontrado en los siguientes, renunciaba á asaltarlos. Empezamos á construir una batería sobre las Córtes para colocar los cañones que mandaba Vera y desalojar del pueblo al enemigo; pero éste, en cuanto vió de lo que se trataba, nos ahorró trabajo abandonando el pueblo de las Córtes, que pasó á ocupar en seguida el 5.° de Alava.

El fuego continuaba con el mismo furor sin que avanzasen por ninguna parte las fuerzas republicanas; de modo que nos conservábamos en nuestras posiciones, cuando al mediodia se decidieron por fin á enviar una fuerte columna á nuestra izquierda y á atacar tambien por el centro. La columna que venia hácia la izquierda se encaminaba entre las Córtes y las minas de Ortuella, por un sitio llamado el Manzanal, como para flanquear San Pedro Avanto, miéntras la del centro se dirigia á este punto por el barrio de Pucheta. Una y otra fueron recibidas con admirable serenidad por

nuestros batallones que, levantándose de los parapetos y zanjas, las acribillaron con sus certeros tiros á corta distancia disparados, y sembrando el campo de muertos y heridos, las obligaron á retirarse en desórden y con terribles pérdidas.

Ya no volvieron á intentar ningun avance los republicanos; pero en cambio, desde Monte Janeo y Peña Corvera nos hacian vivísimo fuego de artillería, y desde Somorrostro batian con cañones de grueso calibre la iglesia de San Pedro Avanto y los parapetos inmediatos. El valle ocupado por ellos estaba literalmente sembrado de cañones de montaña, que hacian fuego continuamente, y como al mismo tiempo la escuadra batia nuestra derecha disparando por Poveña, Ciervana y Portugalete, el estruendo y la humareda eran verdaderamente infernales. Puede calcularse que durante las catorce horas que duró el dia, más de 10,000 fusiles y 30 cañones disparaban cada minuto; de modo que el consumo de municiones que por una y otra parte se hizo aquel dia, fué fabuloso.

La noche puso tambien término á la lucha sin que los republicanos hubiesen adelantado un paso ni nosotros retrocedido una pulgada, y como la anterior, la pasamos todos sobre las armas en los mismos puntos, guardando casi el órden de combate para que no fuera al dia siguiente necesario que nadie se moviese.

Calculábamos por las nuestras, que eran ya numerosas, que las bajas del enemigo debian ser muy grandes; pero por si aún tenian ánimos de atacar por tercera vez, pasamos la noche municionando los batallones y reponiendo algo los destrozos causados en nuestros parapetos. Nuestros voluntarios estaban como pegados á ellos: dos dias llevaba el 4.º de Castilla en el suyo, casi sin comer ni beber, con infinidad de bajas; y cuando por la noche se envió alguna fuerza para relevarle á fin de que descansara, pidió que se le dejase en aquel puesto de honor y de peligro; pues ya que se le habia encomendado, queria morir en él ó conservarle. «Lo que deseamos, decian los soldados, son picos y palas para recomponer los parapetos, pero no relevo ni descanso.» Y, en efecto, en vez de dormir, pasaban la noche abriendo nuevas zanjas y levantando otros parapetos.

El 1.º de Alava habia perdido 180 hombres, y sin embargo, no consintió tampoco que se le enviase á retaguardia, así como el 4.º de la misma provincia, que habia sido muy castigado, contestó como los castellanos, que aún eran bastantes para conservar sus posiciones.

El heroismo se comunicaba á todo el ejército, y todos estaban contentos, á pesar de la prolongada batalla, y todos deseaban llegase el tercer dia de pelea para que al fin se decidiese la cuestion.

Era el 27, la festividad de Nuestra Señora de los Dolores, bajo cuya proteccion puso Cárlos V el ejército carlista, y nuestros piadosos voluntarios pensaban que aquel dia nuestra Generalísima les obtendria la victoria, así que aguardaban con ánsia el combate. La luz de la aurora, como en los anteriores, dió la señal de la lucha. Como siempre, la comenzaron los cañones enemigos con su extraordinaria profusion de disparos, y en inundarnos de granadas pasaron las primeras horas de la mañana. El enemigo dirigia sus cañones de mayor calibre á San Pedro Avanto, cuya torre cien veces agujereada por los proyectiles, se mantenia sin embargo en pié, como representando la fortaleza y la constancia de que tan alta muestra estaba dando el ejército carlista en aquellos dias.

El republicano impaciente y furioso por la inaudita resistencia que encontraba, considerando que ya la prolongada lucha habria agotado nuestras fuerzas, nuestras municiones y nuestros ánimos, se decidió por fin á dar aquel dia un formidable ataque. Al efecto, formando con tropas descansadas una fuerte columna en Muzquiz, pasó luego á este lado de la ria y se encaminó á Montaño y Mantres; es decir, á las posiciones más fuertes de nuestra derecha. Su objeto, sin embargo, no era romper por allí sino llamar nuestra atencion y entretenernos fuerzas por aquella parte, para avanzar miéntras tanto resueltamente por el centro, apoderarse de San Pedro Avanto, y rompiendo por allí nuestra línea, dividirnos en dos mitades.

Poco despues de la columna que pasó por Muzquiz, salió otra de Somorrostro, formada por las mejores tropas al mando de Loma, y animada por la presencia de Serrano, y auxiliada á su derecha por las fuerzas de Primo de Rivera, se lanzó al ataque contra Avanto.

La resolucion y el número de los enemigos, el redoblado fuego de su poderosa artillería con que protegian desde todas las baterías el avance de la columna, y la espesa lluvia de proyectiles que de todas partes caian sobre nuestros voluntarios, no les intimidó, antes por el contrario, les animó al combate, porque comprendieron que se acercaba el supremo instante de la lucha.

Cárlos VII los miraba, los generales confiaban en su ánimo, sus madres no les hubieran perdonado el que en aquellos momentos hubiesen retrocedido, así que ni por un instante desmayaron nuestros voluntarios ni pensaron en abandonar sus posiciones. Firmes en ellas permanecian, la muerte aclaraba sus filas, pero no se contaban. Veian al enemigo acercarse, recorrer con un valor tambien heróico la distancia que le separaba de nuestros parapetos y aguardaban que llegase, con la calma de quien está seguro de la victoria.

A vanguardia de la columna republicana que se encaminaba á San Pedro Avanto, protegido por varios batallones desplegados en guerrilla, venia uno de infantería de marina que queria tener la honra de saltar el primero nuestros parapetos. Caro le costó su empeño pues al estar á corta distancia de ellos, los nuestros rompieron de frente y por el flanco tan certero y mortífero fuego, que los marinos caian como las secas hojas de los árboles á impulso del huracan. Animados, sin embargo, por la consideracion de que el ejército entero les contemplaba, ni se desanimaban ni retrocedian, pero caian con tal abundancia, que á los pocos momentos no quedaron ni 100 hombres sanos, de los 700 que venian á vanguardia. Nuestros voluntarios, impacientes, saltan entonces de sus parapetos y cargando á la bayoneta, matan á unos, hacen prisioneros á otros, y acabando con los marinos, obligan á retroceder á la columna que trás ellos venia.

A los pocos momentos se rehace ésta, el batallon de marinos es reemplazado por otro, las guerrillas de los flancos, son reforzadas, y la columna de ataque, guiada por Loma, se lanza de nuevo al asalto de nuestras posiciones, donde otra vez, nuestros mortíferos fuegos la contienen.

A menos de un kilómetro de San Pedro Avanto, forma la carretera á Somorrostro un ángulo con el camino que de las Carreras se dirije á Montaño. Sobre dicho ángulo, habia un parapeto, y trás él, nueve casas divididas en dos grupos, uno más alto que otro, forman el pueblecillo de Murrieta. Era preciso tomarle para pasar á San Pedro Avanto, pero entre este pueblo y Murrieta, aún teníamos otros parapetos. La columna, se dirije al parapeto del ángulo, con la resolucion que los marinos lo habian hecho; el terrible fuego con que se las recibió, la hizo por la tercera vez vacilar, pero reanimada por sus jefes, y sembrando el campo de cadáveres, llegó por fin al parapeto, y asaltándole por los dos lados, logró entrar en él. Los nuestros, le defienden cuerpo á cuerpo, se retiran paso á paso, sin perder un prisionero, y ocupan el grupo de casas más alto, abandonando el más bajo á los republicanos. Creian estos que ya era aquel el único obstáculo que les separaba de San Pedro, pero al ir á avanzar, se encontraron, con que desde los parapetos de San Fuentes, que acababa de ocupar un batallon castellano, les barrian á tiros por la izquierda, mientras de frente les acribillaban los de San Pedro, y por la derecha los de las Minas. Envueltos por estos tres fuegos, perecen á centenares y no pueden pasar. Por más que se esfuerzan sus jefes, ya no avanzan un paso; Serrano les anima inútilmente, Loma y Primo de Rivera, caen gravemente heridos, multitud de jefes y oficiales perecen tambien, y la columna es diezmada entre Murrieta y San Pedro Avanto. Entre tanto, las fuerzas que por nuestra de-

recha habian atacado con Letona á Montaño, son varias veces rechazadas y la noche llega y pone fin al tercer dia de batalla, sin que el enemigo haya tampoco, como en los anteriores, conseguido romper nuestra línea, ni puede ya intentarlo por el considerable número de sus bajas.

La victoria era pues nuestra: Serrano quedaba tan mal parado como Moriones, y como él, tampoco podia socorrer á Bilbao. Su ejército habia sufrido horriblemente. Los batallones de Marina, Las Navas, Ciudad-Rodrigo, Castrejana, Barbastro y Alcolea, quedaron literalmente destrozados y los demás sufrieron mucho. 4,000 bajas lo menos tuvieron los republicanos en los tres dias.

Las nuestras casi llegaban á 2,000, pues la artillería enemiga, con la abundancia de sus disparos, nos habia hecho gran daño, más como nuestros voluntarios estaban tan contentos y animados que durante el combate, no hacian caso de las pérdidas que esperimentaban.

Despues de la victoria, su alegría rayó en delirio, y en efecto, no habia motivo para menos. La resistencia que habian hecho, por lo heróica y lo ordenada, los ponia á la altura del mejor ejército. Los mismos republicanos estaban asombrados, y confesaban que ni creian encontrarla, ni era posible pensar que un ejército sin artillería, se sostuviera impávido tres dias bajo el fuego de 70 piezas, como los carlistas se habian sostenido, y se batieran tan admirablemente como ellos se habian batido contra su infantería, que, como española, era tambien valerosísima.

CAPITULO XL

Despues de la victoria. — Muertes de Ollo y Radica.

Tres dias completos habia durado la batalla, tres dias, tiempo más que suficiente para rendir á un ejército, y sin embargo amaneció el 28 y los republicanos, como de costumbre, empezaron á cañonear nuestras posiciones y los voluntarios carlistas, tan animosos y resueltos como el primer dia, se dispusieron á soportar el cuarto combate. No estaban ya los enemigos en disposicion de darlo, así, que el cañoneo con que saludaran la aurora fué no más que una demostracion de que existian. Como no sabiamos su intento y estábamos tan cerca, al poco rato emprendióse el fuego de guerrillas entre unas y otras avanzadas y fué creciendo hasta el punto de parecer en algunos momentos que iba á renovarse el

ataque. Era ya demasiado; así que como si Dios quisiera que cesase la lucha, vino una espesa niebla que hizo suspender por completo el tiroteo. La calma y el silencio más profundo sucedieron al prolongado estruendo de los dias anteriores y nuestros oidos acostumbrados á él, no se hallaban bien en medio de aquella tranquilidad completa que tan repentinamente se nos habia venido encima.

El combate habia terminado definitivamente, porque á las once de la mañana desapareció la niebla y sin embargo no se renovó el fuego. Entónces tuvimos la satisfaccion de ver nuestra línea intacta y á nuestros batallones, en los puntos que con su sangre habian sabido conservar. Montaño y Mantres se alzaban poderosos á nuestra derecha, como desafiando á los enemigos del mar y de la tierra; en el centro permanecia en pié la agujereada torre de San Pedro Avanto, y nuestros soldados, guardaban los parapetos de las Carreras y Santa Juliana, á tiro de pistola de los enemigos; por la izquierda, seguian las posiciones de las Minas y Galdames, en nuestro poder, el pueblo de las Córtes habia sido recuperado y el enemigo nos miraba desde el parapeto del Portillo, que en la mañana del 25 habia conseguido tomar, de la manera que referimos, pero del que no habia podido pasar.

¿Qué habia pues conseguido despues del porfiado combate de los tres dias?

Estenderse por el valle, perder triple número de hombres que nosotros, quebrantar sus fuerzas, y demostrándonos su impotencia para pasar á Bilbao, animarnos más y más á resistirle.

Así aprovechamos el descanso en municionar á nuestra gente, recomponer los destrozados parapetos y levantar otros nuevos con que inutilizar los esfuerzos de la numerosa artillería republicana. El resultado obtenido no podia menos de lisongearnos porque despues de un mes de preparativos, despues de haber venido Serrano en persona á sustituir á Moriones, despues de haber reforzado el ejército con los mejores batallones y dádole cuantos recursos y elementos de ataque habia creido necesarios, despues de haber dicho sus periódicos en todos los tonos que Bilbao seria libertado por las bayonetas de los soldados de la república, Bilbao seguia sufriendo el fuego de nuestros morteros y los soldados de la república no habian podido atravesar el corto espacio que mediaba entre las Carreras y San Pedro Avanto.

Aunque no era probable, por lo quebrantado que habia quedado el enemigo y el enorme consumo de municiones que habia hecho, que nos atacase en seguida, como estábamos tan próximos, nuestros batallones acamparon en sus posiciones y los enemigos en las suyas. Los republicanos tenian tiendas, nosotros nó, pero nuestros voluntarios con ramas, troncos de árboles y tierra, se

resguardaron de la intemperie, y en todos los altos aparecieron como por encanto, pequeños pueblos donde reinaba dia y noche la más cordial animacion.

Era la primera vez que nuestro ejército formaba campamento y se mantenia mas de un mes en un mismo punto, así que se necesitaban todos los dias grandes convoyes de víveres con que alimentarle. Las diputaciones vencieron admirablemente estas dificultades, mandando todas diariamente las raciones necesarias para las tropas de sus respectivas provincias, las que gracias á la multitud de carreteras y caminos que pasan por las inmediaciones de Bilbao y que estaban en nuestro poder, llegaban con puntualidad y sin tropiezo ni escolta alguna. Desde Sangüesa y el Alto Aragon venian por territorio completamente dominado por nosotros, trigo y vino para las tropas de Somorrostro, así como el enemigo, gracias al ferrocarril de Santander recibia víveres y municiones de todas partes de España. En ninguno de ellos hubo pues escasez ni privaciones, y solo los heróicos batallones castellanos que teníamos, sufrieron algo porque no se les atendia con tanta puntualidad como á los del país. Afortunadamente la sobriedad, el buen espíritu y la abnegacion de los castellanos les hicieron sobrellevar esta diferencia con tanto heroismo, que ni una sola queja hubo en ellos, ni una sola desercion se notó en sus filas, demostrando otra vez más, que así como eran los mejores soldados en la lucha, eran los más fuertes en el sufrimiento.

La mayor alegría reinaba en nuestro campo el 29, al ver, que contra costumbre, las baterias enemigas estaban silenciosas y que la escuadra habia desaparecido de Poveña, la rada de Portugalete y los puntos que habia ocupado. Un silencio sepulcral reinaba entre los republicanos, á quienes veíamos moverse en todos sentidos. En las inmediaciones de Somorrostro formaron una gran masa de batallones que despues fueron á relevar á los que estaban avanzados, operacion que por falta de artillería no pudimos estorbar, á pesar de hacerse á nuestra vista. Tambien los veíamos recogiendo aún heridos y enterrando muertos de los muchos que todavía quedaban por los campos, sin que en todo el dia nos molestasen en lo más mínimo.

Unicamente, por la tarde, tiraron unos cuantos cañonazos, y uno de ellos ¡suerte aciaga! causónos una terrible desgracia.

Delante del pueblecillo de San Fuentes, junto á una de sus casas, contemplando la línea enemiga estaban los generales Elío, Dorregaray, Ollo, el brigadier Rada, el auditor de Navarra señor Escudero y otras personas. Como el enemigo apenas hacia fuego no repararon en que todos juntos formaban un grupo, que sobre el fondo de la casa presentaba admirable blanco á los artilleros republicanos, y tranquilamente hablaban, cuando un ayudante de

Elío vino á llamar á éste. Retiróse del grupo el anciano general, separóse tambien Dorregaray, y en el mismo instante una granada reventó en medio de los que quedaban, derribando á Ollo, Radica y Escudero, quienes, gravemente heridos, fueron al instante recogidos para hacerles la primera cura.

Ollo fué trasladado á San Salvador del Valle, á donde el Rey, enterado de la desgracia ocurrida, acudió en seguida á verle. El general aún pudo conocer á su soberano, darle gracias por aquella muestra de cariño y decirle que moria con dos penas; la de no poder acompañarle á Madrid y la de no haber conocido á S. M. la Reina. Don Cárlos, conmovido, se esforzaba por darle la esperanza de que aún viviria, pero Ollo no se engañaba, sentia que la muerte le llamaba, y en efecto, el 30 entregó su alma al Criador. Solo un mes habia disfrutado el título de conde de Somorrostro, con que el Rey habia premiado sus servicios por la victoria del 25 de Febrero. Murió en los momentos en que nuestro ejército habia llegado á su apogeo y parecia próximo á conseguir el triunfo definitivo.

El otro héroe de Navarra, el bizarro y popular Radica, tardó algun tiempo más en sucumbir; un grueso casco de granada le habia destrozado el muslo quedándose incrustado en él. Fué preciso sacárselo; Radica soportó la penosa operacion con valor admirable, pero sin forjarse tampoco ilusiones acerca de su suerte. Aceptó la muerte que Dios le enviaba, aún en la flor de su edad y cuando la gloria y la fortuna le sonreian, y falleció tan cristianamente como Ollo.

La muerte de uno y otro fueron muy sentidas en el ejército, que los queria extraordinariamente, y sobre todo en la division Navarra, que con su esfuerzo y su ejemplo habian creado. Los soldados querian vengarla á todo trance y proponian lanzarse de noche á la bayoneta sobre el campo enemigo hasta apoderarse de los cañones que habian sido causa de la desgracia. Quizás lo hubieran hecho, porque tenian ánimos y valor sobrado para llevar á cabo aquella empresa, pero el general Elío, prudente siempre, no quiso aprovechar la cólera de sus paisanos, y para calmarlos tomó el mando de ellos, interín el Rey designaba el que debia suceder á Ollo.

La pérdida de éste no influyó nada en aquellos momentos ni causó desanimacion en los soldados, pero fué de gran importancia más adelante, porque faltó al ejército la decision y el carácter, la bravura y el genio militar de que tan señaladas pruebas habia dado en la campaña el malogrado general.

CAPITULO XLI

Parlamentos y negociaciones. — Serrano diplomático. — Tentativas de convenio y soborno.

Desde los altos de Buena-Vista sobre las Córtes, donde tenian establecido su cuartel general Lizárraga, Velasco y Larramendi, contemplábamos el 30 de Marzo, el magnífico panorama que se nos presentaba, cuando á nuestra vista se ofreció el mas extraño espectáculo que podiamos imaginar. Caliente aun la sangre derramada en tres dias de porfiada lucha, insepultos todavía algunos cadáveres, ansiando nuestros voluntarios volver á combatir, vimos á estos en la parte de las Minas que mandaba el brigadier Berriz y en el centro donde debia estar el general Dorregaray, dejar sus posiciones, arrimar las armas á los parapetos y marchar á unirse con los republicanos, que por su parte hacian lo mismo. Al verse unos y otros se abrazaban, corrian y cantaban juntos, formaban alegres grupos en que estaban mezclados roses y boinas, y nadie hubiera creido que los que tan amigos parecian entonces, eran los mismos que pocas horas antes habian pasado tres dias enteros en destruirse.

¿Cómo se habia verificado aquella transformacion? ¿Por qué carlistas y republicanos se mezclaban y confundian en el centro de la línea, mientras que por nuestra parte el que sacaba la cabeza del parapeto que le resguardaba, recibia un balazo de los centinelas enemigos que estaban acechando la ocasion de disparar?

Preguntaron nuestros generales, y tuvimos al poco la explicacion. En la parte mas próxima á nuestra línea habia algunos muertos republicanos que por estar bajo los fuegos de ambos campos, no se habian atrevido á enterrar ni unos ni otros, y á fin de evitar una epidemia y hacer una obra de misericordia, los soldados habian acordado una suspension de hostilidades. ¿Quién la habia pedido? ¿Quién la habia otorgado? Sobre esto reinaba una admirable confusion, pero el hecho cierto era que aprovechando la tregua, los soldados de uno y otro campo habian acudido á saludar á los contrarios, y que en aquellos momentos todos estaban en estrecho consorcio.

Tras los soldados empezaron á hablarse los oficiales, á preguntar los unos por los parientes ó amigos que tenian en el campo contrario, y el parlamento se alargó todo el dia y se generalizó la suspension de hostilidades. Por estas conversaciones supimos las grandes pérdidas que habian tenido, lo quebrantados que estaban, y la imposibilidad de atacarnos pronto en que se veian, y

ellos supieron y vieron la firmeza y resolucion de nuestro ejército.

Acabó el dia, pero al siguiente volvieron á suspenderse las hostilidades, y ahora por la izquierda se mezclaron los soldados así como la tarde anterior fué por el centro. Los jefes y oficiales enemigos convidaban á los nuestros á pasar á sus posiciones, buscaban con gran interés ocasion de hablarles, procuraban favorecer la intimidad que es propia del expansivo carácter de los soldados españoles, y todas estas cosas que el primer dia eran hijas de la sinceridad, tomaban al segundo un carácter muy diferente. Que se proponia el enemigo algun fin con este sistema, era indudable, desde que repetia el parlamento, y aunque este fin no fuese otro que el de ganar tiempo, era evidente que no nos convenia desde el momento que él lo deseaba. Prohibióse pues que los soldados y oficiales hablasen y estuviesen mezclados con los enemigos, y aunque las hostilidades siguieron en suspenso, se hizo que todos estuviesen quietos en sus puestos.

El enemigo entonces acabó de demostrar su propósito, é hizo tales cosas que no nos dejó ninguna duda de que habia cambiado de táctica, y que viendo que por la fuerza no podia con nosotros, queria por el alhago, la seduccion y el interés, hacernos deponer las armas.

Nada mas natural que el enemigo lo intentase, y que el general Serrano que en el año 1872 habia puesto fin á la insurreccion con el convenio de Amorevieta, trabajase para asegurar, con otro tratado, la paz de España y su poder no muy bien parado por nuestra porfiada resistencia. A eso obedecian los parlamentos, las conversaciones de jefes y oficiales y los elogios que los republicanos nos prodigaban, pero para que no quedase duda de su intencion y se viese el plan completo, empezaron el 31 de la manera mas inesperada las negociaciones.

En el punto mas avanzado de nuestra izquierda estaba el batallon aragonés de Almogavares del Pilar, mandado por el bravo coronel don Cárlos Gonzalez Boet, y en el parapeto del Portillo que ocupaba el enemigo, mandaba las fuerzas republicanas el coronel Vargés. Uno y otro jefes habian sido ántes compañeros y amigos en Cuba, y aprovechando el parlamento invitó el republicano al carlista á que pasara á verle. Excusóse cortesmente Boet, pero habiéndole dicho que un oficial enemigo deseaba hablar al general Lizárraga sobre un asunto de la mayor importancia, lo puso en conocimiento de este, quien á su vez se lo participó á Velasco y Larramendi. De acuerdo los tres generales, concedieron autorizacion al oficial enemigo, y acompañado de algunos jefes carlistas subió hasta donde estaba Lizárraga un jóven teniente graduado de capitan, que desempeñaba, si mal no recuerdo, el cargo de ayudante de la brigada Vargés.

¿Venia aquel jóven autorizado por sus jefes ó daba solo aquel paso motu propio? La publicidad con que habia venido daba carácter de mision ó encargo á su conferencia, y confirmó á todos en esta creencia la atencion con que nuestros generales le escucharon. Nada pudimos traslucir de aquella entrevista, pero como despues de terminada, los tres generales escribieron una carta á Elío y se la enviaron inmediatamente, no quedó duda de que de algo importante se trataba. A la mañana siguiente no fué un oficial, sino el cura de Somorrostro quien solicitó hablar á los generales. Concediósele el permiso, y como si la circunstancia de venir del pueblo donde estaba Serrano no fuese bastante para dar carácter autorizado á su misiva, vino el emisario montado en el caballo de un jefe de estado mayor republicano.

Indudablemente venia á hacer proposiciones, y aunque no apareciera claramente autorizado por el general enemigo, no era posible ya suponer que aquello se hiciera sin su conocimiento y aprobacion. El señor cura se avistó con los tres generales citados, sacó un papel, empezó á leerlo, pero al ver que en él se hacian proposiciones para un convenio, le cortaron la palabra y le dijeron no se molestase, pues ellos y los demás generales y el ejército carlista estaban resueltos á no transigir con la revolucion y á luchar contra ella hasta poner á Don Cárlos VII en el trono.

Volvióse el cura embajador por donde habia venido, al oir aquella contestacion, y con ella terminaron en redondo las negociaciones. Previendo sin duda lo que sucedió, guardáronse muy bien los enemigos de darlas solemnidad y de dirigirlas como era lo natural á nuestra cabeza para que así quedase á cubierto la suya del fracaso y no levantase la prensa de Madrid un alboroto contra el general Serrano. Lo que este se proponia, si como parece, tuvo intervencion en el asunto, era en extremo beneficioso para él, porque tendia á presentarle como el pacificador de España, á consolidarle en el poder y á darle gran fuerza y prestigio sobre los demás políticos revolucionarios. De haber conseguido su objeto, quizás la ambicion hubiese cegado al general Serrano y héchole creerse un Napoleon. Por lo pronto alguno de los generales que le rodeaban debia creerlo ya, porque mientras el cura de Somorrostro venia á nuestro campo, el coronel don Cárlos Costa, que habia pasado al contrarió, oia á uno de los jefes enemigos la singular opinion, de que para salvar á España de la demagogia, era preciso la union de los ejércitos carlista y republicano y la creacion de un fuerte poder militar, proclamando á Serrano emperador.

El imperio de Serrano no debia tener sin embargo muchos partidarios en el ejército enemigo, porque pocos dias despues de lo dicho al coronel Costa, escribia un jefe de las tropas que estaban en Somorrostro una carta al coronel Ferron en la que le decia que

varios generales, jefes y oficiales estaban resueltos, para que el ejército liberal no careciese de bandera, á dársela, proclamando rey de España á Don Alfonso XII. Al mismo tiempo los verdaderos republicanos se alarmaban de la actitud que con nosotros guardaban Serrano y los demás jefes, y temiendo que ó se proclamara á Don Alfonso ó al imperio militar, enviaban comisionados á los batallones para mantener vivo el sentimiento republicano, que los jefes querian apagar.

La division que reinaba en el campo liberal no era, pues, favorable á los proyectos de convenio, y mucho menos favorable todavía la ocasion en que se proponia. Nuestro ejército unido, compacto y fuerte, animado por las victorias, no podia menos de oir con soberano desden todo lo que tendiese á concluir la guerra contra sus deseos. Creíase con fuerzas suficientes para llevar á Cárlos VII á Madrid, y en las proposiciones de los enemigos no veia mas que una prueba de debilidad, de miedo y una confesion de su impotencia para vencernos por medio de las armas.

Los mismos jefes liberales, aterrorizados con la formidable resistencia que les habiamos hecho, confesaban que éramos ya un ejército respetable; que no confiaban en concluir la guerra, y que si la demagogia volvia á promover insurrecciones como la de Cartagena, y la indisciplina renacia en sus batallones, nuestro triunfo era seguro, porque la parte más sensata del ejército nos apoyaria y el pais entero nos acogeria con júbilo.

Esto unido á los contínuos elogios que hacian del valor, entusiasmo, constancia y abnegacion del ejército carlista, eran otras tantas confesiones de la bondad de nuestra causa; pero sin embargo ni querian reconocerlo públicamente, ni menos terminar la guerra, uniéndose de buena fé con nosotros, para acabar bajo el reinado de Cárlos VII con la revolucion y la demagogia que tanto les asustaban.

Léjos de esto, todo su afan consistia en destruirnos, y cuando vieron que ni los alhagos ni las negociaciones lograban conmovernos, apelaron á la seduccion y el soborno para ver si conseguian algo. Autorizado por Serrano, uno de sus jefes escribió á un coronel carlista una carta ofreciéndole cuanto quisiere, con tal que abandonara su puesto, pero el pundonoroso jefe entregó la misiva del enemigo con la autorizacion de Serrano, á sus generales y estos, desde entónces ejercieron mayor vigilancia é impidieron todo trato con los republicanos, pues en aquellas circunstancias solo la obra de la traicion podia hacer mella en nuestros entusiastas voluntarios.

CAPITULO XLII

Los asturianos. — La Semana Santa en los montes. — Temporales. — Penalidades del ejército.

En medio de los combates de San Pedro Avanto nos hallábamos, cuando de la parte occidental de España llegó un refuerzo á nuestro ejército, con que no contábamos por lo alejado que estaba de nosotros. Este refuerzo, pequeño en número, pero grande en ánimos, era el batallon asturiano que en el antiguo Principado, cuna de la reconquista de España, se habia levantado en armas y sostenia con gloria la bandera de la restauracion.

Los hijos de Pelayo amantes tambien de las tradiciones y grandezas de España, abrazaron en gran número y con entusiasmo la causa de Cárlos VII, y muy á raíces de la revolucion empezaron á trabajar por ella. La vigilancia del gobierno liberal y multitud de circunstancias impidieron durante mucho tiempo que se hiciera en Astúrias un movimiento sério, pero cuando estalló la guerra en 1872, empezaron á levantarse partidas que, gracias á la escabrosidad del terreno y al acierto de sus jefes, se fueron sosteniendo á pesar del aislamiento en que vivian. Combatidas casi desde su nacimiento, crecieron sin embargo, estas partidas ; y arrancando fusiles á los enemigos ó proveyéndose difícilmente de ellos, fueron armando gente y llegaron á reunir 500 hombres. Con ellos dieron algunos atrevidos golpes de mano, siendo uno de los más importantes el copo de 150 carabineros y soldados de línea, que proporcionó otros tantos Remingtons á los valerosos asturianos. Formóse entónces un batallon y diferentes partidas, y quedando éstas en el país, vino el otro hasta Somorrostro, atravesando las provincias de Astúrias y Santander, completamente dominadas por el enemigo sin el menor contratiempo, y presentóse en nuestro campo despues de haber pasado á corta distancia del ejército republicano.

La habilidad y la audacia de esta expedicion, hecha toda á espaldas del enemigo en su propio terreno, la oportunidad con que habian llegado al combate, y el valor y excelente espíritu de que venian animados, hizo que los asturianos fueran bien recibidos por el ejército, que desde el primer dia los consideró como hermanos.

Como soldados, son los asturianos sufridos, fuertes y constantes; tienen valor sereno é impetuoso, segun las circunstancias

exigen; mucha resistencia, y son dóciles, obedientes y de carácter alegre, de modo que poseen grandes condiciones para la guerra. Al frente de ellos, como comisario régio de la provincia, venia don Antonino Milla, y mandando las fuerzas el coronel don Angel Rosas y otros jefes y oficiales, casi todos hijos del país ó de las vecinas provincias de Castilla.

Como al terminar la terrible batalla de los tres dias los republicanos habian quedado tan próximos á nosotros, no tuvimos más remedio que seguir en nuestras posiciones de combate y acampar en ellas. Los enemigos, despues de haber pasado gran parte del mes anterior á la intemperie, por fin habian traido gran número de tiendas de campaña. Plantáronlas en las inmediaciones de Somorrostro, en el alto de Janedo y en el valle inmediato á las Córtes y cercano á San Pedro Avanto; pero como nosotros no teníamos tiendas, seguimos acampados al raso. En la derecha y centro de nuestra línea los pueblecillos de San Fuentes, San Pedro Avanto, Nocedal, Ortuella y Santa Juliana albergaban durante la noche gran número de batallones; pero en nuestra izquierda, donde no habia más casas que las pocas de las Córtes, formóse un verdadero campamento. El ingenio natural del soldado buscóse pronto abrigo: ora construyendo con tierra, piedras y ramas barracas ó chaolas, ora cavando el suelo y abriendo cuevas donde albergarse en las tempestuosas noches del mes de Marzo.

En lo alto del cerro de Buena-Vista levantóse con tablas y pieles un caseron que servia de refugio y cuartel general á los generales Lizárraga, Larramendi y Velasco; al rededor de ella acampó la artillería de Guipúzcoa y Alava que mandaba Rodriguez Vera, y más adelante, encima ya de los enemigos, los batallones aragonés, castellanos y alaveses que defendian aquella parte de la línea. Bien pronto se hicieron los soldados á la nueva vida del campamento y alegremente pasaban los dias y las noches, que no estaban de servicio, distrayendo sus ócios en mejorar las condiciones de sus improvisadas viviendas, ó en entonar alrededor de las hogueras, himnos guerreros y canciones populares que en su niñez habian aprendido.

Por las noches, las músicas de todos los batallones tocaban la retreta sucesivamente en toda la línea, y á su compás, entonaban belicosos cantares los soldados y prorumpian en entusiastas vivas á Cárlos VII, mientras que los enemigos, que los oian, tiroteaban á nuestras avanzadas y lanzaban á su vez injurias y denuestos á sus vecinos. El toque de silencio ponia fin á estas discordias, y desde entónces, hasta el amanecer, reinaba profundamente por todas partes.

Llegaron á los pocos dias los solemnes de la Semana Santa, y el general Lizárraga, que jamás olvidaba el que los soldados cumplie-

ran sus deberes religiosos, dispuso lo conveniente para que en aquellas alturas pudiesen celebrarse los divinos oficios y se construyese un sagrario donde estuviese expuesto el Santísimo, como en los monumentos de las iglesias se acostumbra á tener en dichos dias.

Al efecto, se subieron ornamentos de la iglesia de Sopuerta, y én un monte que dominaba todo nuestro campo y el contrario, para que de todas partes pudiera verse bien, empezó á construirse un rústico edificio destinado á recibir al Rey de los reyes.

La idea pareció bien á todos, y oficiales y soldados pusiéronse á trabajar con ahinco. Levantóse con tablones una especie de casa cerrada por tres partes, pero completamente abierta por un frente para que las tropas pudiesen ver el fondo, y cubriósela con su correspondiente tejado. En la misma tierra del monte se cortó un altar que se revistió con los paños traidos de las iglesias vecinas; con tres tablas cubiertas de tela se formó el sagrario, y colocando un crucifijo en el centro, seis candeleros en los lados y otros tantos faroles de papel en el techo, quedó formado el templo en pocas horas.

Pobre era el templo, pobres sus adornos, pero grande el espectáculo que ofrecia. A la vista de ámbos ejércitos, dominándolos como desde las alturas del cielo, celebráronse los divinos oficios el jueves Santo, en los que comulgaron los generales y muchos oficiales y voluntarios. Desde los montes inmediatos asistieron los demás á la fiesta y cuando, terminada ésta, quedó el Santísimo en el improvisado Sagrario, siguiendo la cristiana costumbre del ejército español, vinieron las tropas desarmadas y por grupos á rezar las estaciones. Nuestros voluntarios, que no se contentaban con esta práctica piadosa, como católicos de veras, honraron á su divino Salvador velando dia y noche el Sagrario y acudiendo constantemente á las inmediaciones del rústico templo para ofrecer allí sus penas y fatigas. Al que murió en la cruz por redimirnos.

Dos oficiales republicanos, que pidieron ver á nuestros jefes, fueron testigos de esta escena y quedaron admirados de la sincera devocion, de la piedad y de la compostura de nuestros voluntarios.

Aquella misma noche levantóse un furioso huracan seguido de un temporal que hizo no pudieran celebrarse públicamente los oficios el viernes Santo, y el mal tiempo que reinó en los siguientes dias causónos grandes molestias. Chubascos torrenciales y vendabales impetuosos destrozaban las débiles casas de tierra y ra[illegible] donde se abrigaban nuestros soldados, quienes tenian que sufri[illegible] lluvia noche y dia sin tener manera de secarse. El temporal arre[illegible] el 9 y fué tomando espantosa violencia á cada instante: en la [illegible]che del 11 desplegó toda su furia y dió en el suelo con casi to[illegible]

las barracas y chaolas que existian, abrió hasta la de los generales y causó infinidad de destrozos en las otras. Al amanecer del 12 nuestro campo estaba hecho una lástima, pero miramos al enemigo, que por estar más bajo recibia además de la del cielo el agua de multitud de arroyos, y lo vimos en peor estado aún que el nuestro. Las tiendas de campaña habian desaparecido, grandes charcos y pequeñas lagunas ocupaban su lugar, y sus soldados buscaban entre las aguas los útiles de cocina, las mantas y multitud de objetos que en ellas habian desaparecido.

Para dar una idea de lo violento del temporal, baste decir que aquella noche muchos temieron ahogarse, y que en uno y otro ejército, guardias y avanzadas dejaron sus puestos y fueron á albergarse donde pudieron. Los republicanos hasta abandonaron los cañones, verdad es que no habia temor de que se los quitáramos porque era imposible dar un paso entre las lagunas y lodazales que se formaron. Un caso notable ocurrió aquella noche. Entre un parapeto nuestro y otro suyo, habia una casa que fué durante todo el dia deseada con ánsia por los soldados de una y otra parte. Unos y otros la querian para pasar la noche, pero como estaba entre dos fuegos, los unos impidieron á los otros acercarse durante el dia. En cuanto anocheció, y las sombras impidieron verse, salió de su parapeto la compañía carlista y se lanzó á la casa; los republicanos, movidos del mismo deseo, salieron tambien de su trinchera, pero llegaron tarde; los nuestros ocupaban la casa de que ellos creian apoderarse. La lluvia arreciaba, los republicanos forcejeaban por abrir la puerta y los carlistas en vez de recibirlos á tiros, compadecidos de su situacion, les dijeron: «si dais palabra de no tirar, os abriremos y pasareis la noche con nosotros.» Los republicanos dieron la palabra, entraron en la casa, y unos y otros pasaron la noche juntos repartiéndose amigablemente las pocas provisiones que llevaban y calentándose en la cocina. A la mañana siguiente volvieron todos á sus puestos, sin que durante el tiempo que estuvieron juntos hubiera habido la menor reyerta. El agua hizo buenos amigos, por unas horas, á los que ántes eran enemigos encarnizados.

El temporal sirvió para que por una y otra parte se retirasen muchas tropas y se paralizase durante algunos dias toda clase de operaciones, lo cual era conveniente para el enemigo, que entretanto reorganizaba y reforzaba su ejército, pero no para nosotros que nada adelantábamos con la quietud.

CAPITULO XLIII

Apuros de Bilbao. — Proyectos de asalto. — Refuerzos y planes de los republicanos.

Dos meses hacia que la capital de Vizcaya sufria el bombardeo de nuestros morteros y los rigores del sitio, y naturalmente, aunque nuestra artillería no era numerosa ni buena, habia causado grandes destrozos. El asedio prolongado que ántes del verdadero bloqueo habia sufrido, era sin embargo, lo que mayor daño causaba á Bilbao, porque empezaba á faltarle alimentos y á encarecerse muchos artículos de primera necesidad. Como confiábamos que Bilbao se rendiria á consecuencia de una batalla dada fuera de sus muros, y como Bilbao no se habia rendido ni pensaba rendirse aunque ganáramos otra tercera, pues tenia intactos sus fuertes y completa y disciplinada su guarnicion, era preciso pensar en conquistarla de otro modo.

Opinaban unos que debíamos cambiar de sistema: batir en detall cada uno de los fuertes, concentrando sobre el elegido toda nuestra artillería y no bombardear más á la poblacion, miéntras otros pensaban que se debia intentar el asalto, y aunque fuera sacrificando gente, apoderarse á toda costa de la villa enemiga.

Estar continuamente en las posiciones de Somorrostro, batirse cada mes y destrozar á la columna liberal que intentara forzar el paso, no nos daba á Bilbao en mucho tiempo ni nos convenia, porque los republicanos cubrian sus bajas y buscaban refuerzos con más facilidad que nosotros; así que no pocos pensaban que era preferible levantar la línea, dejar á Bilbao y caer miéntras el enemigo se daba cuenta de lo que hacíamos, sobre otro punto, y obtener alguna ventaja que compensara lo que dejábamos.

Para tratar de todas estas cuestiones reuniéronse el 12 de Abril en San Salvador los generales Elío, Dorregaray, Mendiry, Larramendi Lizárraga y otros varios, bajo la presidencia de Don Cárlos VII, y despues de deliberar mucho, unánimemente ó poco menos, se acordó no levantar la línea y esperar en ella el tercer ataque del enemigo.

El estado de nuestro ejército era tan bueno cómo en Marzo; la posiciones se habian fortificado más y más; la línea estaba más firme que ántes; teníamos muchos más cartuchos que en los com bates de Marzo, porque además de estar municionadas las tropas habia un millon de repuesto; así que se creyó no era de temer qu

el enemigo, aunque trajese más batallones, consiguiera lo que ya por dos veces no habia conseguido. Estas razones movieron á todos á seguir como estábamos y á esperar el ataque del mes de Abril, con tanta confianza como habíamos esperado el de Marzo. Los proyectos de asalto á Bilbao ya no pasaron adelante á pesar de que habia jefes que con sus batallones se ofrecieron á ir los primeros, y que indudablemente hubieran entrado aunque fuese perdiendo las dos terceras partes de su gente, y lo único que se hizo fué dar algunas órdenes á las fuerzas carlistas que en el Centro y Cataluña existian, para que distrajeran á las republicanas é impidieran que acudiesen á Somorrostro todas las de España. Tambien se pensó en que pasasen por el Alto Aragon á Navarra algunos batallones catalanes para que viniesen á reforzarnos y ayudarnos. Con objeto de examinar el estado de nuestro ejército del Centro y comunicarle instrucciones á fin de que operando todos de acuerdo, se consiguiese que los republicanos no pasasen á Bilbao, se envió desde allí á Aragon á don José Sanchez Muñoz, ayudante del marqués de Valdespina, que por ser del país podria fácilmente buscar y conferenciar con nuestros jefes que en aquellas comarcas operaban.

De esta manera la guerra se concentraba en Bilbao, pues que el enemigo lo sacrificaba todo á libertarla y nosotros á tomarla. Para él, en efecto, era cuestion de vida ó muerte, porque nuestra porfiada resistencia durante dos meses y nuestras victorias, habian menoscabado su crédito, y daban en el extranjero pobre idea de su poder y de sus fuerzas. ¿Qué gobierno es ese, decian las gentes en España y el extranjero, que no puede en dos meses socorrer á una capital sitiada? Y, ¿qué fuerza tan grande es la de los carlistas que pueden desafiar, contener y derrotar cuantos batallones envia contra ellos la república?

Los combates de San Pedro Avanto habian hecho conocer á todo el mundo nuestra fuerza; y así como los republicanos comprendieron por ellos que tenian frente á frente un verdadero ejército, organizado, aguerrido y resuelto; así las naciones todas vieron ya en el alzamiento carlista un movimiento formal, grave, y que podia en poco tiempo, quizás en la batalla que se preparaba, tomar un vuelo prodigioso y dominar en la mayor parte de España. Si Bilbao caia en nuestro poder despues de la derrota del ejército, ni la república podria remediar la desmoralizacion que entraria en éste, ni contener nuestro avance hácia Castilla. Las potencias se verian precisadas á reconocernos como beligerantes, cosa á que ya algunas estaban dispuestas, y aumentando nuestros recursos y elementos, nuestras probabilidades de triunfo aumentaban de una manera fabulosa.

El gobierno de Madrid que comprendia todo esto, y que pesaba

las deplorables consecuencias que una tercera derrota podria causarle, trabajaba prodigiosamente para evitarla.

Serrano continuaba al frente del ejército en Somorrostro, cubriendo sus bajas y reanimando su espíritu, pero conociendo al mismo tiempo que necesitaba mayores fuerzas y mejores generales, encargó la formacion de un tercer cuerpo de ejército, y dióle el mando al capitan general don Manuel de la Concha.

Nosotros supimos esta noticia y lo que se trataba de hacer, por un parte que el general Lopez Dominguez, jefe de estado mayor de Serrano, enviaba al gobernador de Bilbao, brigadier Castillo, en que exhortándole á que siguiera resistiendo, le decia « tenemos 24,000 hombres en Somorrostro y viene Duero con 16,000 para flanquear derecha, así que Bilbao será pronto libre. »

Supimos en seguida que en efecto el general Concha, que á pesar de sus años era un prodigio de actividad, estaba organizando con carabineros, guardias civiles y gente sacada de todas partes, un tercer cuerpo de ejército. Se componia éste de tres divisiones mandadas, la primera por el general Echagüe, la segunda por Martinez Campos y la tercera por Reyes; y más que el número de combatientes que llevaba, que no eran pocos, nos ponia en cuidado por el jefe que lo mandaba y por el objeto que traia.

Hasta entónces los generales que habíamos tenido enfrente no eran temibles, porque faltos de pericia, se limitaban á atacar las más veces á ciegas, por donde nosotros precisamente queríamos, y se estrellaban contra las dificultades que de intento les habíamos preparado para que se estrellaran; pero el general Concha, hombre de superior inteligencia militar, de grandes conocimientos, no podia caer en los errores de los demás, y de seguro habia de ponernos, con sus planes, en mayoresa puros que ninguno. Aún sin embargo, podíamos frustrarlos y derrotarle como á Moriones y á Serrano, pues si no los detalles de su plan, conocíamos su objeto, que era atacar por nuestra izquierda para envolverla y hacernos levantar el sitio. Así lo habia dicho Lopez Dominguez, así lo decian los periódicos de Madrid, entre ellos *La Epoca*, que aseguraba que el ejército no atacaria ya las posiciones de Somorrostro de frente sino por otra parte, y como esto era lo natural y lo lógico, pues que tan mal les habia ido en los ataques anteriores, no podia quedarnos duda de que el próximo vendria por nuestra izquierda.

Poco tardamos, en efecto, en convencernos de ello; pues lo republicanos empezaron á hacer movimientos por aquella part dirigiendo algunas tropas por Colindres y Limpias para amen zarnos por Carranza y Villaverde. ¿Eran aquellos movimient falsos como los del mes anterior lo habian sido, y no obedecian

otro objeto que el de distraer fuerzas de la línea de Somorrostro, ó se preparaban en efecto á atacarnos por aquel ladó?

Nuestros generales creyeron que el enemigo, como era natural, no fingiria sino que atacaria realmente por la izquierda, pues tenia fuerzas para ello, y como de aquella parte estaban encargados Larramendi, Velasco y Lizárraga, acordaron éstos el 18 que, quedando Larramendi sobre Galdames con los alaveses y el batallon aragonés, pasase Velasco con el 1.° y 2.° de Castilla á Carranza y Villaverde de Trucios, y se pusiese en relacion con los dos batallones cántabros, que á las órdenes del brigadier Yoldi, seguian ocupando las Muñecas.

El 19 se trasladó Velasco, y como las noticias posteriores confirmaban lo que se presumia, seguimos enviando fuerzas á nuestra izquierda. El general Elío que mandaba en jefe, creia que por allí sería el ataque, y dejando encargado de la línea de Somorrostro á Dorregaray, se trasladó el 21 á Sodupe, acompañado de Andéchaga y los batallones que éste tenia á sus órdenes.

Aunque las posiciones de Villaverde, Carranza y las Muñecas eran buenas, no estaban tan fortificadas como las de San Pedro Avanto, y necesitaban por lo tanto más fuerzas para cubrirlas; por lo que para evitarlo, en los dias posteriores se empezaron á abrir zanjas y parapetos. Nuestra línea, naturalmente se extendió y debilitó; pues en vez de comprender como ántes, desde el mar hasta los altos de Galdames y las Muñecas, se prolongó hasta Carranza y Santa Cruz de Arcentales; es decir, más de tres leguas. Esto nos obligó á tener muy diseminadas nuestras tropas y á llamar á la izquierda más batallones.

El 25 el general Elío, que estaba algo enfermo y que creia inminente el ataque, llamó á su lado á Lizárraga para que le ayudase; y juntos se trasladaron á Villaverde de Trucios y Arcentales para conferenciar con Velasco y Andéchaga. El brigadier Aizpúrua, con los batallones 7.° y 8.° de Guipúzcoa, llegó tambien al mismo punto el mismo dia, y como solo teníamos al 3.° y 4.° de Castilla y al asturiano, resultó que para defender la nueva línea no contábamos más que con 11 batallones, de los más cortos.

Mas de tres leguas ocupaba esta pero su conservacion era para nosotros importantísima porque avanzada sobre la extrema izquierda de la línea de S. Pedro Avanto, defendia la parte que sobre las Córtes ocupaba el general Larramendi, cerraba el paso de la carretera que de Somorrostro por Sopuerta conduce á Valmaseda, é impedia el que nos flanquearan y envolvieran tomando el camino de Sodupe.

Para tan importante objeto eran pocos los once batallones que teniamos allí, pues además de la gran estension que tenian que guardar se componian de poca gente, tanto, que uno con otro no

llegaban á quinientas plazas. Sin embargo, el general Elío ó los creyó suficientes, ó no consideró prudente desprender otros de la línea de Somorrostro, donde estaban los navarros, alaveses y guipuzcoanos, pues distribuyendo los 11, se preparó con ellos á resistir á Concha.

El 26 nuestras fuerzas quedaron de la manera siguiente: Andéchaga con los dos batallones encartados y Yoldi con los dos cántabros, en Talledo y las Muñecas respectivamente: Aizpurua con lo dos guipuzcoanos, en Villaverde, y Velasco con los cuatro castellanos y el asturiano por Santa Cruz de Arcentales hasta Carranza; es decir, á la extrema izquierda. Elío y Lizárraga ocupaban el centro de la nueva línea en Tráslaviña, quedando así Andéchaga á su derecha, y Velasco á la izquierda.

El combate no podia tardar porque las fuerzas enemigas se aproximaban casi á tiro de las nuestras. El 27 sostuvieron ya un ligero tiroteo con Andéchaga, y éste tanto por esto como por las noticias que habia adquirido, participó á Elío que seguramente el enemigo atacaria por allí á la mañana siguiente; al mismo tiempo el general Dorregaray, que tambien habia observado movimiento por la línea de Somorrostro, le avisó que creia seguro el ataque á la mañana siguiente por aquella parte. El anciano general leyó los dos avisos y en víspera de la batalla que tanta importancia habia de tener, con la calma que le era proverbial, dijo: «No creo que ataquen por las dos partes á la vez, veremos mañana cual acierta.»

CAPITULO XLIV

Accion de las Muñecas. — Muerte de Andéchaga.

Las noticias que se recibieron durante la noche del 27 no dejaron duda ya de que á la mañana siguiente iba á emprenderse el ataque. ¿Seguia el general Elío dudando por cuál de las dos líneas lo emprenderian ó aparentaba aquella duda para que todos estuviesen vigilantes en sus puestos? Lo cierto era que, entre el aviso del general Andéchaga y el del general Dorregaray, el primero aparecia con más probabilidades porque tenia el enemigo á la vista, á corta distancia del pueblo de Talledo, que ocupaba con los batallones encartados, y porque se sabia además que parte de la

artillería que habia en Somorrostro y algunos de los batallones de Serrano, se habian unido á los de Concha sobre nuestra izquierda.

En vista de esto, al amanecer del 28, Elío, acompañado de Lizárraga, salió de Arcentales y fué al punto que ocupaba Andéchaga, que era el amenazado por el enemigo, para encontrarse presente al combate. Llegamos á las siete de la mañana por la carretera de Sopuerta, y ántes de bajar á Talledo vimos frente á nosotros, y sobre dicho pueblo, una fuerte columna enemiga entre la que distinguimos, tan cerca estábamos, muchos guardias civiles. Va á romperse el fuego en seguida, nos dijeron, y los generales, entónces, se situaron en la carretera, entre el pueblo de Talledo donde estaba Andéchaga con sus dos batallones, y el alto de las Muñecas que ocupaba Yoldi con los dos suyos.

El enemigo, sin embargo no se movia ni daba señales de atacar, pues al contrario parecia muy ageno á ello, porque al poco rato la columna que habia en el alto rompió filas, y solo quedaron á la vista pocos soldados. Esto no obstante, se mandó al 7.° de Guipúzcoa, que llegó á eso de las nueve, que tomara posiciones á la izquierda de Andéchaga dejando algunas fuerzas en la carretera. De los 11 batallones que estaban por aquella parte solo teníamos cinco, pues Velasco con los cuatro castellanos estaba en Santa Cruz de Arcentales, á dos leguas largas de Talledo, y el asturiano y el 8.° de Guipúzcoa cubriendo otros puntos lejanos. Era poca fuerza, asi que, á las nueve y media, Elío envió á su confidente Simon, conocido en el ejército con el nombre de «el General» con instrucciones para Velasco, á fin de que en cuanto oyese fuego viniese con sus tropas á socorrernos, y como tambien se habia advertido á las fuerzas de nuestra derecha, es decir, de la línea de Somorrostro, que en caso de ser solamente nosotros los atacados nos auxiliaran, esperamos con calma al enemigo.

El dia, sereno y despejado, era sumamente caloroso; el sol abrasaba, las horas iban pasando sin novedad y ya creíamos que no habia ataque, cuando á la una y media de la tarde se rompió el fuego sobre Talledo. Este desdichado pueblo, situado á la falda de las Muñecas, tiene ante sí un barranco que le hace casi inaccesible, pero en cambio está completamente dominado por varios montes que á medio tiro de fusil se alzan sobre él. A pesar de eso, don Castor Andéchaga, sin calcular la fuerza del armamento moderno se habia empeñado en sostenerlo, y en él estaba encerrado con parte de su fuerza. La otra ocupaba á su izquierda un pequeño cerro, trás el que se levantaban escalonados y á distancia de unos 500 metros uno de otro, una plataforma y un monte cónico más elevado. Forman tres posiciones de regular defensa estas tres alturas, mientras que Talledo, por estar en el hondo, no servia

dara nada más que para impedir la subida á las Muñecas. Desgraciadamente, el enemigo no necesitaba subir por Talledo cuando podia envolvernos apoderándose de las tres posiciones citadas y, sobre todo, podia destruir el pueblo y desalojarnos de él con su numerosa artillería. En efecto, apenas roto el fuego empezaron á asomar cañones por todas partes y á llover granadas sobre Talledo y sobre las Muñecas, y, como en los combates anteriores, ni teníamos artillería que oponer á la suya ni otro remedio que aguantar su mortífero fuego. Aguantáronle, como solian, nuestros soldados, y á pesar de sus estragos y del considerable número de batallones que el enemigo desplegaba no se desanimaron.

Los republicanos lanzaron sus masas resueltamente al ataque á eso de las dos de la tarde. Desde la falda de las Muñecas veíamos todas sus fuerzas que eran formidables, pues además de la columna que por la mañana habíamos visto sobre Talledo y que se compondria de unos 5,000 hombres, avanzaba otra de otros tantos sobre las posiciones de nuestra izquierda y lanzaba otra, próximamente igual, por nuestra derecha, á apoderarse de las Muñecas. Más de 30 cañones y unos 15,000 hombres atacaban nuestra línea, defendida por cinco batallones sin artillería. La desproporcion era espantosa, así que la resistencia, para ser eficáz, debia ser heróica, pues no nos quedaba más esperanza que la llegada de Velasco con los batallones que estaban alejados del lugar del combate. Para ello se le habia enviado por la mañana al confidente Simon, más al observar los preparativos de la batalla, Lizárraga, que comprendió el peligro, envió á su ayudante don Manuel Gadeo á buscarle á todo escape, á fin de que viniese pronto y nos salvara, ayudándonos á sostener hasta la noche las posiciones, pues que durante ella podrian llegarnos más refuerzos.

Mientras llegaba Velasco, nuestros voluntarios, como era de esperar, se batian heróicamente. Acostumbrados ya á aquella guerra, ni les imponia el tremendo fuego de la artillería ni les arredraban las numerosas masas de infantería. Vencedores en los demás combates, las aguardaban con calma y las recibian á corta distancia con mortífero fuego. Por todas partes se sostenian con tenacidad, escepto en la extrema izquierda, donde ahogados por el número tuvieron que retroceder del primer cerro que ocupaban á la plataforma que á 400 metros de allí se alzaba. En ella se sostuvieron largo rato haciendo terrible daño al enemigo, que enardecido por la pequeña ventaja obtenida avanzaba resuelto, y le obligaron dos veces á retroceder y reforzarse. Andéchaga denodamente se sostenia tambien en Talledo, á pesar del horrible fuego con que le acribillaban, pero como allí no hacia más que sufrir y las fuerzas enemigas de la derecha avanzaban é iban á envolverle, mandóle Elío que saliera y se replegara á las Muñecas para ampararse

en las fuerzas de Yoldi. El combate en la izquierda se animaba cada vez más y para mantenerle tuvimos que enviar algunas compañías del 7.° de Guipúzcoa y de los batallones cántabros. A la hora y media de combate ya no teníamos un soldado de reserva, pues todos eran pocos para atender á las tres columnas enemigas.

Velasco no llegaba; nuestra ansiedad crecia, pero afortunadamente los ánimos de nuestros soldados no disminuian. Su número, sin embargo, menguaba, y el de los enemigos iba en aumento porque aunque caian muchos cubrian de sobra sus bajas con las reservas. A las cuatro, la plataforma de la izquierda tuvo que ser abandonada para replegarse las compañías que la defendian al montecillo cónico que ocupaba la tercera posicion. Allí, por fin, llegó Velasco, pero solo con los batallones 1.° y 2.° de Castilla, cuando le esperábamos con cuatro. Sin embargo, sostuvo la posicion, y los heróicos castellanos deseando desquitarse del tiempo que habian tardado en llegar, procuraron reconquistar la posicion abandonada. Unas cuantas compañías, tres á lo sumo, lanzáronse denodadamente á la bayoneta: el enemigo, que ya ocupaba el alto, las recibió con terrible fuego desde que las vió moverse, pero ellas, despreciándole, siguieron avanzando con admirable decision por la llanura que de un monte á otro se estendia, sin que detuviesen su empuje los estragos que las balas causaban en sus filas. La distancia se iba acortando; ansiosos seguíamos con los ojos, desde la altura donde estaban los generales, el avance de los castellanos y admirábamos su bravura, pensando que el éxito más completo iba á coronarla. Los nuestros habian llegado á la falda del montecillo y empezaban á subirle; el fuego se hacia á cien metros y ya los más ligeros, animando á los que venian detrás, se adelantaban hasta tiro de pistola de los republicanos é iban á cruzar con ellos sus bayonetas, cuando éstos, que asombrados de tanto denuedo empezaban á retroceder, fueron reforzados con un batallon. Los castellanos tuvieron que renunciar á su empresa, cuando ya la consideraban asegurada, y emprendieron una retirada más heróica, si cabe, que habia sido impetuoso el ataque, porque á pesar del mayor número de enemigos fueron retrocediendo paso á paso, haciendo fuego y con tal órden, que los republicanos no se atrevieron á lanzarse en su persecucion y los dejaron llegar á donde estaba el resto de sus fuerzas sosteniendo la tercera posicion.

Miéntras esto ocurria por la izquierda, don Cástor Andéchaga desistia por fin de su empeño de defender á Talledo y sacaba sus fuerzas del pueblo ántes de que las cercasen los republicanos, que por derecha é izquierda avanzaban. Habíalo ya hecho y salido á la carretera para ver el avance del enemigo, cuando éste, que

observó el grupo que formaban Andéchaga y su estado mayor, hizo una descarga sobre él. Cayó en el acto muerto el desdichado general y su capellan al lado, pero recogieron sus cadáveres y los pusieron en salvo. Sus soldados, en cuanto supieron la muerte del general, desmayaron y empezaron á desordenarse por la carretera, pero fueron contenidos en seguida por Lizárraga y las fuerzas del 7.º de Guipúzcoa, que con el mayor órden y valor se mantenian firmes.

Aún defendian los castellanos tenazmente el montecillo, como última posicion de la izquierda, así que no podian avanzar por aquel lado; pero como evacuado Talledo y avanzando por las Muñecas no teníamos fuerzas que oponerles, fué preciso abandonar el alto. Elío bajó á la carretera, y encargando á Lizárraga, que hasta entónces habia estado con él, que dispusiese y dirigiese la retirada, se fué á Sopuerta.

Lizárraga contuvo á los batallones encartados, procuró reanimarlos y con el mayor órden, al paso regular, bajó con las fuerzas tambien á Sopuerta ya al caer de la tarde, sin que el enemigo los persiguiera ni tratara de ir adelante. Los republicanos se contentaron con tomar posesion de las Muñecas, que tanta sangre les habia costado y que no hubieran llegado á poseer á no ser por la falta de los cuatro batallones que con sus falsos movimientos nos entretuvieron por la parte de Carranza.

La ventaja conseguida en aquella jornada por los republicanos fué un paso, pero nada mas que un paso dado hácia adelante. Quedábales, sin embargo, para librar á Bilbao mucho que hacer todavía, pues nuestra línea de San Pedro Avanto permanecia íntegra, y el movimiento envolvente que iniciaban podia aún fracasar en las alturas de Galdames ó en las inmediaciones de Sodupe y Gueñes por donde, por lo que veíamos, trataban de ir á Bilbao.

A nosotros nos tocaba disponer bien las fuerzas para que no nos sucediera lo que en las Muñecas nos habia ocurrido : encontrarnos pocos frente á muchos enemigos, miéntras nuestros compañeros estaban sin batirse guardando posiciones que nadie pensaba en atacar.

CAPITULO XLV

Combate de Galdames. — Heroismo de los Castellanos. — La linea de Castrejana. — Su abandono.

Apenas amaneció el 29 salió Elío con los batallones cántabros y los encartados de Sopuerta donde habíamos pasado la noche, á Galdames, donde ya nos esperaba el 7.° de Guipúzcoa. El enemigo bajaba hácia Sopuerta, de modo que nuestro objeto era acercarnos á la izquierda de la línea de San Pedro Avanto, que defendia el general Larramendi, para apoyarle é impedir que el enemigo la flanqueara. Para que este plan, único que entónces podia darnos buen resultado, lo tuviera, era preciso concentrar nuestras fuerzas y colocarlas en los puntos por donde el enemigo intentase pasar. Al efecto se llamaron las fuerzas de Velasco y Aizpúrua, que no habian tomado parte en las Muñecas; es decir, dos batallones de Castilla, el 8.° de Guipúzcoa y el de Astúrias, y el general Elío envió á los coroneles Costa y Ferron, jefes de Estado Mayor de Castilla y Aragon respectivamente, para que reconociesen las posiciones y situasen bien las fuerzas que estaban en San Estéban y San Pedro de Galdames. Podia el enemigo venir por aquella parte, que era la más cercana á las posiciones de las Córtes, ó por la de Valmaseda á Gueñes, así que el general Elío fué á este pueblo como punto céntrico, para atender á ámbos lados. En Gueñes encontramos la brigada Aizpúrua, á Velasco con el 1.° y 2.° de Castilla, y como nosotros traíamos al 3.° y 4.°, nos reunimos bastante gente. Estaban los batallones animadísimos, deseando combatir y esperando vencer, pues la retirada de la tarde anterior no habia amenguado sus bríos por atribuirla á la desigualdad de fuerzas con que habíamos tenido que luchar.

Los republicanos, en cambio, no se daban gran priesa para renovar la lucha. Sabíamos que Concha con su cuerpo de ejército habia bajado á Sopuerta poco despues de salir de allí nosotros, y oíamos un gran cañoneo por la parte de San Pedro Avanto. Era que el enemigo desde las Muñecas asestaba sus piezas contra las posiciones de las Córtes, que ocupaba el general Larramendi, y que desde Somorrostro y Muzquiz cañoneaba y amagaba nuestra línea de San Pedro para entretener á los batallones que á las órdenes de Dorregaray la defendian é impedir que nos auxiliáramos. Ni por allí ni por aquí nos atacaban. Sus masas estaban quietas, limitándose, ya al caer de la tarde, á avanzar una columna por

los montes que hay entre Sopuerta y Galdames hácia Zaya, punto distante solo tres cuartos de hora de nosotros. Teníamos los puentes de Gueñes minados y dispuestos á volarlos si el enemigo pasaba adelante, pero pernoctó en Zaya y nosotros en Gueñes, sin que ocurriera ninguna novedad.

Aquella situacion no podia durar, así que el 30 esperábamos un gran combate. Desde por la mañana el enemigo empezó á moverse, y vimos formarse una gran columna y evolucionar por los montes inmediatos á Gueñes. Tan pronto parecia que se dirigian á Valmaseda, tan pronto que bajaban á Sopuerta, ora que se encaminaban á Galdames, ora, en fin, que venian sobre Gueñes; y lo que hacian era entretenernos y confundirnos. Multitud de confidentes y varias parejas de caballería teníamos apostados sobre el enemigo para comunicarnos noticias de cuarto en cuarto de hora. Las noticias llegaban de todas partes, pero como por todas partes se movian y por ninguna se lanzaban resueltamente, no era posible averiguar su plan. El general Elío pasó el dia sobre el puente de Gueñes, ora examinando con sus anteojos los movimientos del enemigo, ora recibiendo á los confidentes ó leyendo los oficios que le enviaban, pero sin saber á punto fijo á qué atenerse. Teníamos batallones que se habian situado á la derecha de Gueñes sobre el portillo; otros á la izquierda hácia Valmaseda, y algunos quedaban con nosotros. Todos aprovechaban el tiempo fortificando las posiciones que habian ocupado, pues ya se habia hecho regla en nuestro ejército construir parapetos y abrir zanjas en donde quiera que hubiera un monte que conservar.

Pasaban las horas y el enemigo no atacaba, únicamente como el dia anterior, cañoneaba la línea de San Pedro; ya iba cayendo la tarde, y acostumbrados á que el enemigo no peleara de noche, perdíamos la esperanza de que hubiera combate, cuando cerca de las seis un cañonazo disparado á nuestra vista, en los montes entre Gueñes y Galdames, nos demostró lo contrario. A aquel cañonazo siguieron otros, y luego una columna enemiga empezó á avanzar, justamente por el punto donde teníamos ménos fuerzas; es decir, por la derecha de Gueñes. El cañoneo siguió hasta las seis y media, hora en que empezando á caer el dia, creíamos se suspenderia el combate, como acostumbraban á hacerlo los republicanos para renovarle con la luz de la aurora. Bien pronto el fuego de fusilería nos sacó de nuestro error, porque á medida que las sombras de la noche avanzaban, favorecidos los republicanos por ellas, atacaban por las alturas la izquierda de nuestra línea de San Pedro y la derecha de la de Gueñes; es decir, trataban de envolver al general Larramendi por su izquierda é interponiéndose entre él y nosotros, cortarle.

El plan de Concha, hábilmente preparado y oculto hasta entón-

ces, aparecia claramente en toda su extension. Era audaz si no sabia la escasez de fuerzas que teníamos por Galdames; pero, si como es de presumir, sabia que solo un batallon podia oponérsele en el acto, era casi marchar sobre seguro. De todos modos, cuando nos convencimos del objeto de los enemigos, al ménos cuando ya se vió, era tarde para remediar el daño. El enemigo iba, al romper por aquella parte, á dividir nuestro ejército interponiéndose entre las fuerzas de Dorregaray y las nuestras, y corriéndose por los montes sobre Castrejana ántes que aquellas se retirasen de la línea de San Pedro Avanto, iba á encerrarlas entre el mar y la ria y á coparlas allí. Nunca se vió ejército alguno en mayor peligro que aquella noche, ni nunca el heroismo de unos pocos salvó á los muchos de una catástrofe.

Las fuerzas que atacaban en el nocturno combate los montes de Galdames, eran la division mandada por Martinez Campos; las que defendian la posicion más interesante, el batallon de Cruzados, 4.° de Castilla, al mando del jóven é intrepido comandante Solana. Este batallon de pocas plazas, porque en los combates anteriores habia perdido ya muchas, era sin embargo por lo aguerrido y valeroso, uno de los mejores del ejército, y en aquella noche se cubrió de gloria. Atacado por fuerzas tan superiores que ni siquiera las podian contar, los bravos castellanos las rechazaron por tres veces y otras tantas, cargando á la bayoneta sobre ellas, las causaron grandes pérdidas y las cogieron algunos prisioneros. Atemorizados ante esta defensa tan heróica, suspendieron los republicanos el combate por algun tiempo, y viendo que no habia manera de tomar de frente aquellas posiciones, favorecidos por la oscuridad de la noche, envolvieron á los castellanos, se acercaron á ellos gritando ¡ viva el Rey! para que creyeran que los que por retaguardia venian eran carlistas que les llegaban de refuerzo, y cuando estuvieron encima se lanzaron sobre ellos á la bayoneta. A pesar de esto, los castellanos defendiéronse largo rato como leones, trabándose un encarnizado combate cuerpo á cuerpo, y á tiros, bayonetazos y hasta mordiscos, peleáron miéntras les fué posible. Envueltos, por fin, y agobiados por el número, dió su jefe la órden de dispersarse, y así lograron casi todos bajar con Solana á eso de la una y media á Sodupe. El combate habia durado desde las siete hasta las once y media de la noche y habia costado infinidad de gente á los enemigos; pero la pérdida de los altos de Galdames nos obligaba á levantar la línea de San Pedro Avanto. La resistencia que habian hecho los castellanos, con la que habian retrasado cinco horas el avance de los republicanos, salvaba al ejército de Dorregaray de caer prisionero.

Al empezar el combate nocturno Elío, volando los puentes de Gueñes, fué á Sodupe, donde recibió noticia de que tambien eran

atacadas las posiciones de Larramendi, supo que el general Dorregaray opinaba por retirarse á la segunda línea, y vió que en efecto era imposible sostenerle. Entónces hizo que Lizárraga escribiese á Dorregaray la órden de retirarse de la línea de San Pedro Avanto á la de Castrejana, operacion que afortunadamente ya este general habia empezado á hacer ántes de ordenársela, porque el tiempo apremiaba.

Los republicanos no avanzaron ya durante la noche, escarmentados con las pérdidas que habian tenido, y el plan de Concha se frustró en parte, porque los batallones de la linea de San Pedro Avanto fueron retirándose tranquilamente, y pasando la ria, se hallaron al amanecer del 1.° de Mayo en Castrejana. Puestas ya en salvo las fuerzas de Dorregaray, que eran los batallones navarros, alaveses, guipuzcoanos y algunos sueltos, como el aragonés, que habia sostenido con el general Larramendi la retirada de las posiciones de las Córtes, era cosa fácil salvar las que tenia Elío, pues teníamos el camino á Castrejana expedito.

El anciano general concentró sus fuerzas en Sodupe al amanedel1.° de Mayo, y mandando al batallon asturiano á vigilar al enemigo y contenerle si era preciso, hizó ir desfilando por Alonsótegui á los demás. Estaba ya el enemigo en Gueñes y nosotros en Sodupe; es decir, á media hora, pues con su calma acostumbrada el general Elío no queria moverse hasta que supiera que todos estaban en salvo. Ya no quedaba en Sodupe más que él con Lizárraga y sus respectivos ayudantes, cuando Elío volviéndose á éste, le dijo: «retírese V. tambien, Lizárraga, y llévese su Estado mayor y el mio, quiero quedarme solo con mi ayudante para que conste que fuí el último en retirarme.» Así se hizo y á la media hora se nos reunió en Alonsótegui.

Al poco rato entramos en nuestra segunda línea, que por estar inmediata al puente de Castrejana tomó este nombre, y que se creia era mejor para la defensa que la de San Pedro Avanto. «Aquí podremos estar otros tres meses, decian algunos, de modo que todo lo que Concha ha conseguido es hacernos cambiar de línea.» En efecto, con este objeto se habia escogido y preparado la línea de Castrejana y se habian construido por órden de don Cástor Andéchaga multitud de parapetos y fortificaciones, á fin de que si teníamos que retirarnos de la de San Pedro, pudiésemos sostenernos allí, y asi lo creia tambien el general Elío.

La línea de Castrejana, sobre la ria de Bilbao y defendida por ésta, se hallaba sin embargo tan inmediata á la villa, que los cañones de sus fuertes al ver llegar á nuestros batallones, empezaron á lanzarnos granadas y á causarnos sensibles pérdidas. Esto bastó para que muchos dijeran que teniendo al enemigo á retaguardia y estando bajo el fuego de la artillería de Bilbao, teniendo

por un lado la ria, y para atravesarla en caso necesario solo dos frágiles puentes de barcas, y teniendo sobre nosotros y dominándonos á corta distancia el cerro de Santa Agueda, que Concha no tardaria en ocupar para emplazar allí cañones y barrernos impunemente, no era posible sostenernos mucho tiempo, al ménos sin experimentar grandes pérdidas, y que convenia, por lo tanto, abandonarla ántes de sufrirlas.

Sobre estas dos opiniones, la de conservar ó la de abandonar la línea, estaba el deseo del Rey de conservarla; pero esto no obstante, era la opinion de no poderla sostener tan universal, que los generales Elío, Dorregaray, Mendiry, Velasco, Lizárraga y otros, se reunieron aquella misma tarde en consejo y acordaron, ya que el Rey no estaba presente para modificar su deseo, abandonar la línea durante la noche, levantar el sitio de Bilbao y retirar todo el ejército á la parte de Durango, á donde irian Elío y Dorregaray para avisárselo á Don Cárlos.

CAPITULO XLVI

Bilbao libre. — Pérdidas y ventajas. — Abnegacion de los Vizcainos. Detencion de Concha.

Mientras nuestros generales acordaban la retirada de Bilbao, el enemigo ocupaba nuestras antiguas posiciones de San Pedro Avanto, que tanta sangre le habian hecho gastar inútilmente en los meses anteriores y que ahora tan fácilmente se le venian á la mano. Sorprendido por nuestro movimiento de retroceso avanzaba con tal lentitud por el terreno conquistado que hasta las seis de la tarde no llegó frente á Castrejana, donde, como hemos dicho, estaban nuestros batallones desde el amanecer. Al verlos otra vez en posiciones, guardando trincheras y parapetos, creyó le retaban á nuevo combate, y, comprendiendo que la nueva línea que ocupábamos no era cosa de tomarla al momento, detuvo su avance para preparar el ataque en regla á la mañana siguiente.

Esto era justamente lo que esperábamos para empezar la retirada con toda seguridad, asi que en cuanto oscureció se dió órden de que aumentara el bombardeo sobre Bilbao para encubrir con él nuestro movimiento y hacerles creer que no pensábamos en levantar la línea. Se mandó que empezaran á desfilar los batallones.

Elío y Dorregaray fueron á Zornoza á donde debian ver al Rey, para darle cuenta de la operacion y exponerle las razones que les habian movido á no defender la segunda línea, y dejaron á Mendiry encargado de conducir en la retirada á las tropas, y á Lizárraga, para ayudar á Valdespina en el levantamiento del sitio de Bilbao y en la retirada del inmenso material de artillería que allí habia reunido.

A las ocho de la noche, en medio de un silencio sepulcral, empezaron los batallones á cruzar la ria para pasar á Deusto, mientras que los morteros y baterias de sitio hacian fuego sobre Bilbao por última vez. A medida que los batallones iban pasando iban callando las baterias más alejadas y retirándose los morteros y cañones, mientras que las más próximas á la carretera de Durango sostenian el fuego para que el enemigo no cayese en la cuenta de lo que se hacia. Podia, sin embargo, haber tenido noticia de ello la guarnicion de Bilbao é intentar una salida, y para impedirlo se situaron dos batallones vizcainos en puntos convenientes. Afortunadamente, el enemigo ó no se apercibió de nada ó no se atrevió á salir, pues sin la menor molestia se hizo la operacion. A las once y media de la noche la bateria de Azúa lanzaba las últimas bombas, y á la media hora, retirados los dos morteros que allí habia, que eran los últimos que faltaban, salieron Lizárraga y Valdespina y Bilbao quedó libre.

Los batallones marchaban por las diferentes carreteras y caminos á los puntos que se les habian designado, y el tren de batir, más multitud de carros con víveres y municiones, seguia hácia Durango, sin que afortunadamente hubiera tropiezos ni dificultades. Tan acertadamente se habia dispuesto la operacion y tan exactamente se cumplieron las disposiciones, que, aquella retirada fué por los mismos enemigos calificada de admirable, porque ni un hombre ni un fusil perdimos en ella ni hubo en ella un solo momento de confusion.

Llegábamos á Zornoza, al amanecer del 2 de Mayo, cuando una salva de 21 cañonazos que oimos á nuestra espalda nos anunció que Bilbao celebraba su libertad. Aquellos cañonazos ponian término á la campaña que en el mes de Enero habíamos emprendido, y á nuestras pretensiones de apoderarnos de la capital de Vizcaya. La pérdida para nosotros era sensible y dolorosa, no tanto por la importancia y los recursos que la posesion de Bilbao nos hubiera podido dar, puesto que al fin esto era un bien futuro no logrado, como porque con nuestra retirada perdíamos todo el territorio que ocupábamos de Bilbao á la provincia de Santander, y Portugalete, el Desierto y el valle de Somorrostro, que tanta sangre nos habian costado, quedaban en poder del enemigo.

La pérdida más dolorosa, porque es siempre la más funesta en

las guerras, era la del tiempo que habíamos empleado en bloquear y bombardear á una plaza que al fin no caia en nuestras manos y la de los recursos y gente que en atacarla habíamos gastado.

En cambio de aquella campaña sacábamos, para que todo tenga compensacion en este mundo, grandísimas ventajas. La primera, la mayor de todas, era la consideracion que con su heroismo y su constancia habia sabido ganarse nuestro ejército. Tres meses habíamos contenido el empuje de los batallones republicanos, resistido la formidable pujanza de su artillería, desbaratado los planes de Moriones y Serrano y tenido en jaque todo el poder del gobierno de Madrid. Esto nos habia valido gran consideracion en el extranjero, que entónces apreció toda nuestra fuerza y el poder que nuestras ideas daban á los soldados que las defendian, y nos habia valido tambien la consideracion del ejército enemigo, que en Somorrostro conoció por fin que no eran desordenadas é indisciplinadas partidas nuestros batallones, sino un ejército, segun palabras de sus mismos jefes, digno de respeto y admiracion, y por último, nos habia valido, que era lo principal, la unificacion de nuestras fuerzas.

En Somorrostro olvidaron nuestros voluntarios que eran vizcainos, guipuzcoanos ó navarros, pues operando los de distintas provincias en una misma division y obedeciendo á jefes que no eran de su país, dejaron de acordarse de que eran provincianos y no pensaron más sino en que eran carlistas y debian rivalizar en valor y abnegacion. Allí, además, se endurecieron en las fatigas, se acostumbraron á los grandes combates y á los campamentos, perdieron el miedo á la artillería y aprendieron á usar con todas sus ventajas las armas modernas. En una palabra, se hicieron, no ya soldados sino héroes, y adquirieron la disposicion necesaria para llevar á cabo las mayores empresas. Al retirarse de Bilbao el ejército Real del Norte estaba formado y podia ponerse frente á cualquiera de los mejores del mundo.

Lo asombroso de aquellos voluntarios no era sin embargo su valor, sino sus ánimos, y viéronse éstos palpablemente despues de la retirada. Ni durante esta operacion ni despues de ella desmayaron, ántes por el contrario, manifestaron en su actitud, en sus conversaciones y en su manera de proceder que ansiaban volver á combatir y borrar con una brillante victoria la amargura que el abandono de Bilbao les habia causado. Sentíanse fuertes y poderosos, conservaban todavia viva la fé en el triunfo de su causa, así que no dieron importancia al término desfavorable que habia tenido la campaña de Vizcaya. Contribuia mucho á ésto el que por haber sido los combates de las Muñecas y Galdames parciales y con pocos de nuestros batallones, y costádonos solo 200 bajas el ejército se habia retirado intacto sin batirse siquiera, de modo que

atribuia la retirada á necesidad de cambiar de posicion, á plan de nuestros generales y no á superioridad ó victoria de los republicanos. Para los carlistas no fué, dígase lo que se quiera, ni una derrota ni un desastre el no tomar á Bilbao, sino una desventaja que creian poder compensar en breve. Era la primera vez que en año y medio se retiraban ante el enemigo, y tan acostumbrados á vencerle estaban que ni siquiera concebian que en combate general pudieran ser arrollados y vencidos.

A estas disposiciones del ejército respondia el pueblo carlista en el mismo sentido y animado de igual espíritu. Vizcaya, como á quien tocaba más de cerca la desgracia, fué la primera en hacerla frente: estaba en aquellos dias el antiguo señorío reunido en junta de Merindades, reunion que hacia 70 años no se habia celebrado, y el 3 de Mayo la provincia elevó al Rey su Señor un mensage de adhesion declarando que estaba resuelta á *vencer ó morir* en la contienda. La entrevista del Rey con los representantes de Vizcaya fué solemne, majestuosa é imponente, porque allí se vió una vez más la íntima union del pueblo con la Monarquía tradicional y los sacrificios que estaba éste dispuesto á hacer por aquella. Habíamos sido vencidos en lo de Bilbao entre otras cosas por no tener artillería suficiente para batir á la de la plaza y á la más numerosa del ejército enemigo, pues Vizcaya se comprometió á comprar cañones y traer 10,000 fusiles á costa de sus propios recursos. Las demás provincias, al ver la abnegacion de los vizcainos, procuraron imitarlos, y la junta de Navarra el 6 de Mayo, y las de las otras despues, dieron manifiestos de adhesion al Rey y de esperanza á los pueblos, que por cierto no lo necesitaban.

El entusiasmo era general, aún no se habia gastado, así que la idea de comprar cañones y mejorar nuestro armamento se popularizó de tal modo, que los voluntarios renunciaron generosamente parte de su escaso haber para que el producto de este sacrificio se destinase á tan patriótico objeto.

Armarse mejor para vencer ántes era la aspiracion de pueblo y ejército, de modo que la retirada de Bilbao, y no se tome á exageracion, produjo en vez de decaimiento aumento de ánimos y enardeció la guerra en vez de amenguarla.

Por su parte, el general Concha, se durmió sobre sus laureles y en vez de seguir trás de nosotros despues de librar á Bilbao y atacarnos en Durango, se detuvo en la capital de Vizcaya y nos dejó tiempo para prepararnos á recibirle si se decidia á avanzar por aquella parte, ó para acudir á donde quisiera trasladar su ejército.

CAPITULO XLVII

La Reina en España.—Preparativos contra Estella.—Proyectos de espediciones.

A mediados de Mayo, terminada con el levantamiento del sitio de Bilbao la campaña de Vizcaya, dejó el general Elío la direccion de las operaciones militares, quedando solo como Ministro de la guerra, y se encargó de ellas con el empleo de jefe de E. M. G. del Ejército, don Antonio Dorregaray. Mientras este cambio ocurria en nuestro campo, en el contrario Serrano volvia á Madrid y quedaba Concha al frente del ejército que animado con nuestra retirada, pensaba concluir en breve la guerra. Concha sin embargo se entretuvo en entrar en Orduña, bajar á últimos de Mayo á Salvatierra é ir costeando, por decirlo así, nuestro territorio sin decidirse á invadirle aun por ninguna parte. Ya que él estaba en Navarra conveníanos llamarle la atencion por otra parte y al efecto el 30 de Mayo el general Ceballos empezó á bombardear á Hernani para ver si acudia hácia Guipúzcoa ó rendir sino la plaza.

Los de Hernani quisieron no ser menos tenaces que los habitantes de Bilbao y aguantaron el bombardeo que por espacio de tres dias arrojó sobre sus casas 300 bombas, 200 granadas y 500 proyectiles; no se rindieron, y nuestras tropas se retiraron dejando sin embargo alguna para bloquear la plaza y molestar á la guarnicion. Entre tanto Lizáraga con las fuerzas aragonesas y el 9.° de Navarra hacia una entrada por el alto-Aragon, llegaba á Verdun y enviaba destacamentos hasta las mismas puertas de Jaca, con objeto de distraer fuerzas de las que los republicanos concentraban en las inmediaciones de Estella, punto objetivo segun empezaba á decirse, de las futuras operaciones de Concha.

Los primeros dias de Junio habian pasado así y cuando todo el mundo empezaba á fijarse en Estella, un fausto suceso vino á aumentar el entusiasmo que en el país y en el ejército carlista reinaban. Este suceso fué la entrada en España de S. M. la Reina Doña Margarita, que de Francia venia á visitar á su esposo y á conocer á sus denodados voluntarios

El 1.° de Junio entró Doña Margarita por Urdax, donde la esperaba el coronel Iribarren, jefe de la frontera, y de alli se encaminó á Elizondo y Santestéban, donde se reunió con el Rey Don Cárlos que se habia adelantado hasta aquel pueblo para recibirla.

No conocian los pueblos ni los voluntarios personalmente á Doña

Margarita, pero conocíanla ya por sus virtudes y sus buenas obras. Todos sabian los piadosos sentimientos de la Reina, todos sabian la solicitud, el cariño y el desvelo con que procuraba atender á las necesidades más sensibles de la guerra, todos sabian que durante ella estaba desde Francia velando porque se cuidara y se curara á los heridos, y nadie ignoraba que á ella debian los batallones botiquines y medicinas, ambulancias y hospitales, y que de ella habia nacido la asociacion benéfica titulada *La Caridad*, que tan humanitarios servicios prestaba en los campos de batalla. ¿Qué extraño es que la presencia de la Reina produjera en aquel pueblo entusiasta los mismos efectos que la entrada del Rey habia causado?

La Reina fué recibida en todas partes con un júbilo, con una alegría y con unas demostraciones de afecto tan grandes, que más de una vez la conmovieron profundamente. Los pueblos por donde pasaba la saludaban alborozados, los batallones la aclamaban con ardor, y por todas partes encontraba testimonios tan vivos del amor de aquellas provicias á sus Reyes, que todo cuanto hasta entónces la habian dicho, le parecia poco en comparacion de lo que estaba viendo.

De Navarra pasó Doña Margarita á Guipúzcoa, visitó á Tolosa, Azpeitia, Azcoitia y Vergara, y en todas partes su primer cuidado era ver los hospitales y conventos, enterarse de la situacion de unos y otros, y dar á todos muestras de su inagotable caridad.

Estella estaba sériamente amenazada entre tanto, pues ya Concha, saliendo de la inaccion en que se encontraba, empezaba á reunir tropas en las cercanías de la ciudad. Los republicanos daban tal importancia á la posesion de Estella, creian tan segura la conclusion de la guerra si la tomaban, que, para conseguirlo, estaban preparando hacia un mes hombres y municiones sin reparar en ningun género de sacrificios. Decíase que á la entrada en Estella, el ejército, ó al menos su general en jefe don Manuel de la Concha, estaba resuelto á proclamar rey de España á don Alfonso y á concluir con la república, cosa que proyectada ya en Bilbao no habian hecho sin duda por la presencia de Serrano, pero fueran ó no fundados estos dichos, lo cierto era que los liberales tenian grandísimo empeño en entrar en Estella. Tambien era cierto que Concha, para amedrantar al país y hacer que depusieran las armas los voluntarios, amenazaba con llevar la guerra á sangre y fuego y darla un carácter que hasta entónces no habia tenido. Ya su entrada en Bilbao se señaló con multitud de incendios en las inmediaciones, que obligaron al gobernador militar de la plaza, general Castillo, á dar un bando enérgico para reprimirlos, así qu een Navarra era corriente la idea de que el ejército de Concha, si vencia, causaria grandes destrozos en el país.

Grandes eran los aprestos que el enemigo hacia para atacarnos así que la defensa de Estella se tomó con gran interés por nuestra parte. Se encargó al general Mendiry que habia sustituido á Ollo en Navarra, que fortificara los montes que rodean á la ciudad, se hicieron algunos fuertes esteriores, se levantaron por todas partes parapetos y zanjas y se llamaron además de los navarros muchos batallones de las demás provincias para que guarnecieran las inmediaciones.

Todo parecia poco para defender á Estella, todo se desatendia para atender á Estella y la guerra se concentraban de nuevo al rededor de una plaza.

Al terminar la campaña de Somorrostro se proyectaron dos espediciones una para pasar con Velasco á Castilla, y otra que á las órdenes de Lizárraga debia ir al bajo Aragon á robustecer los batallones que allí operaban á las órdenes del general Marco y fortalecer el ejército del Centro que mandaba el Infante Don Alfonso. Ambas expediciones eran importantes, ámbas distrayendo fuerzas republicanas y llamando su atencion por comarcas lejanas, defendian á Estella, pero ámbas se paralizaron para que concurriesen las tropas que habian de tomar parte en ellas al combate que se preparaba. La expedicion á Castilla se aplazó solamente, pero de la de Aragon se desistió por completo. Los batallones de Almugávares del Pilar y el 3.° y 4.° de Castilla, que debian formarla, fueron destinados á la línea, mil fusiles remington, que debia llevar la expedicion se dieron á los batallones 10.° y 11.° de Navarra que se estaban formando y cuatro cañones sistema Withwort, los primeros de aquella clase que venian al ejército carlista fueron enviados á Estella para aumento de la escasa artillería que teníamos.

El general Dorregaray, como jefe de Estado mayor general, dió una proclama á los voluntarios anunciándoles los propósitos de Concha, y diciéndoles, que aunque entrara en Estella, no se desanimaran, porque la pérdida de aquella plaza, no era la de la guerra, pero á pesar de esto se seguian con intranquilidad los movimientos del enemigo, y el país entero esperaba con ánsia el resultado del combate.

Afortunadamente los ánimos de nuestros voluntarios eran los mismos de siempre, y si esperaban la batalla con ánsia, era porque contando con la victoria estaban impacientes hasta alcanzarla.

Tambien la esperaba la Reina, pues hasta que se librara la batalla, no pensaba dar por terminada su visita á España.

CAPITULO XLVIII

Abarzuza.—Muerte de Concha.—Retirada del ejército liberal.

Acercábanse los últimos dias de Junio, cuando los republicanos terminaron sus preparativos de ataque, reuniendo en la Ribera de Navarra un ejército numeroso que se hacia ascender á 50.000 infantes, 2,500 caballos y 80 cañones de diversos calibres. Su general en jefe, don Manuel G. de la Concha, al verse con tantas fuerzas, creyóse seguro de acabar la guerra y combinó un plan de batalla que debia darle por resultado, no ya la toma de Estella, que era para él un detalle, sino el copo de varios batallones carlistas y el desaliento y la derrota de los demás.

Hay que confesarlo ; Concha era grande en sus planes y nunca se contentaba como los otros generales republicanos, con atacarnos para abrirse paso, sino que tendia á darnos golpes mortales de los que difícilmente pudiéramos reponernos. Era para nosotros peligrosísimo además, porque sabia ocultar perfectamente sus pensamientos hasta el instante de ejecutarlos, y acabábamos de ver en Somorrostro, la noche del combate de Galdames, que rápido en el obrar así como era lento en concebir, no dejaba tiempo para remediar el mal que nos causaba.

Temíamos ahora que sucediera una cosa parecida porque la línea de ataque á Estella era sumamente extensa y podia venir por muchas partes, así que para evitar descuidos y no presentar puntos débiles, se acordó estrechar la línea y hacer la defensa á corta distancia dé la ciudad, cosa que, aunque no libre de inconvenientes, presentaba la ventaja de poder tener á la mano nuestras fuerzas para acudir al punto necesario.

Mendiry como comandante general de Navarra mandaba la línea, y Dorregaray como jefe de E. M. G. todas las fuerzas. Se componian estas de nueve batallones de Navarra; cuatro de Guipúzcoa, cuatro de Alava, tres de Vizcaya, cuatro de Castilla, uno de Cantábria, otro de Aragon, otro de Astúrias y otro de Guías del Rey, en resúmen 28, más tres ó cuatro escuadrones y diez piezas de montaña; es decir que la desproporcion entre nuestro ejército y el republicano era aun mayor que en Somorrostro. A pesar de ella y á pesar de cuanto se decia sobre los planes de Concha, los ánimos de nuestros voluntarios eran en cambio mayores que nunca, y los del país tan grandes, que hasta las mujeres y los niños deseaban llegase cuanto ántes el combate.

Por fin en la mañana del 25 emprendió el ejército republicano

su movimiento de avance enviando fuerzas por la carretera de Oteiza á Estella, sobre Villatuerta. A la una grandes masas flanquean por los montes á los de la carretera, y situando una batería delante de Oteiza y otra sobre Villatuerta, protegen con sus cañones el movimiento. Nuestras fuerzas les tirotean y molestan para retrasarles, pero sin hacer gran resistencia, así que los republicanos se apoderan sin dificultad de Villatuerta, Legarreta y Murillo, y cruzando la carretera de Pamplona, entran en Lorca. Unicamente al entrar en Villatuerta los nuestros les cogieron un pequeño convoy y ocho prisioneros entre los que venia el capitan prusiano M. Smith.

Nuestra línea, ántes de emprenderse el ataque, se extendia de Allo á Eraul, por Dicastillo, Morentin, Aberin, Venta de Echavarri, Villatuerta, Zurucain, Grocin, Murugarren, Muru á la bajada del puerto de Eraul. Nuestra extrema derecha era Allo, y estaba defendida por el 1.°, 2.°, 5.° y 7.° de Navarra, á las órdenes de Zalduendo; el 2.° y 4.° de Alava á las del brigadier Alvarez, y los cántabros y asturianos á las de Yoldi. Dos piezas de montaña estaban en Echavarri, y la caballería por Allo. Nuestro centro comprendia desde la hermita de Santa Bárbara de Villatuerta á Muru, y lo defendian los batallones 3.°, 4.° y 6.° de Navarra, á las órdenes de Pérula, el 1.° y 2.° de Castilla á las de Zariátegui, y los batallones vizcainos de Munguia y Bilbao á las de Fontecha. Nuestra izquierda de Muru á Eraul, la defendian el 9.° de Navarra, 2.° de Alava, 1.° y 2.° de Guipúzcoa y 3.° y 4.° de Castilla, á las de los coroneles Costa é Iturbe, más el de Almogávares del Pilar á las de Boet. La reserva, que estaba en Estella la formaban los guias y el 1.° de Alava, con los batallones 3.° y 4.° de Guipúzcoa.

En vista del pronunciado movimiento del enemigo sobre nuestro centro é izquierda y del avance que habia llevado á cabo en la tarde del 25, fué preciso modificar esta disposicion y reforzar los puntos amenazados. Para ello se hizo que la brigada Alvarez y el 1.° de Navarra pasasen á Estella, y el 3.° y 4.° de Guipúzcoa fuesen á Azcona, y se dispuso salieran más fuerzas de la derecha que no peligraba tanto, para trasladarse hácia Abárzuza.

El 26 la division de Echagüe entró en este pueblo y la de Martinez Campos en Zurucain. Sitúan sus baterías los republicanos en las inmediaciones y rompien un horroroso fuego de cañon, que dura todo el dia, sobre nuestras posiciones de Muru y Murugarren que tenian enfrente. Solo nuestras antiguas piezas de bronce le contestan algo, porque los cuatro cañones Withwort que acabámos de recibir, faltos aún de municiones y cureñas, no podian hacer fuego. Los republicanos en cambio, con el número y poder de sus Krupps y Plasencias, destrozaban nuestros parapetos;

pero afortunadamente no nos causan, gracias á las zanjas, muchas pérdidas. El fuego de guerrillas entre la infantería es continuo y redoblado, pero aún no es tampoco aquel dia el designado para atacar. Al anochecer estalla una horrorosa tormenta que hace suspender el combate y molesta grandemente á los soldados, quienes, sin embargo, sufren la lluvia en sus puestos para no perderlos.

Entre tanto el ejército republicano vá cometiendo desmanes por donde entra. Las amenazas de Concha, cuyo carácter duro era hasta de los suyos temido, empiezan á cumplirse. La guerra toma un carácter que hasta aquel dia no habia tenido, porque Abárzuza, Arizala Zabal y Villatuerta son incendiados y los campos inmediatos pisoteados por la caballería, que se entretiene así en destruir las cosechas. La desesperacion de los navarros es grande al ver sus casas incendiadas y sus campos destruidos, y en el ejército carlista crecen los ánimos y avívase el ardor ante los excesos que vé cometer al enemigo.

En esta disposicion amaneció el 27, dia designado por Concha para el ataque decisivo, y nuestros generales viendo ya claramente que el objeto del republicano era extenderse por nuestra izquierda, rebasar por allí nuestra línea y cortarnos la retirada á las Amezcuas, al mismo tiempo que romper por nuestro centro para entrar en Estella, procuraron reforzar centro é izquierda para oponer el mayor número de tropas posibles al enemigo.

Al efecto, mandaron á los batallones 1.º, 3.º y 4.º de Alava y 1.º de Navarra á Murugarren, y al 3.º y 8.º de Navarra y 1.º de Aragon á Muru, para defender el centro, quedando allí como de reserva, al mismo tiempo que enviaron á las posiciones de Eraul ó sea de la izquierda, al 2.º de Navarra y al vizcaino de Durango, que acababa de llegar de su provincia. El brigadier Zalduendo con 7,º y 8.º de Navarra y los vizcainos de Munguia y Bilbao, fueron tambien á Muru; de modo que se concentraron por aquella parte más de la mitad de nuestras fuerzas.

Aún eran pocas en comparacion de las masas que desplegaba el enemigo, y como éste tenia gente para amenazar por todos lados, acometer con decision por una parte, y envolvernos y flanquearnos por otra, habia algunos de nuestros jefes que daban á Estella por perdida y consideraban segura la entrada del ejército republicano. Los que así pensaban creian que nuestro empeño principal debia consistir en no dejarnos envolver y asegurar nuestra retirada á las Amezcuas, para que Concha no la cortase y no copase algunos batallones.

Dios, que dá y quita las victorias como Señor de los ejércitos hizo que sucedieran las cosas muy al contrario de lo que presumian los hombres. Concha, que queria emprender temprano

ataque, no pudo hacerlo porque sus tropas estaban sin racionarse esperando un convoy que no llegaba. Por fin, llegó el convoy con 20,000 raciones al mediodia, y sin repartirlas á las fuerzas completamente, empezaron el ataque á las dos de la tarde. La brigada Molina, saliendo de Zabal inició el combate lanzándose hácia Murugarren protegida por el formidable fuego de la artillería. A vanguardia venia el batallon de Ramales, y la division de Echagüe se dirigió á la hermita de Abárzuza y continuó su movimiento hácia Eraul y Echavarri, lanzándose así, como se suponia, sobre el centro é izquierda. A las cuatro el fuego de fusilería era ya vivísimo, y al mismo tiempo que la division Echagüe avanzaba, otras tres columnas salian hácia Muru, Grocin é inmediaciones de Villatuerta.

La hora suprema se acercaba: nuestros batallones con su acostumbrada impavidez aguardaban el ataque, y el batallon de Ramales pagó bien pronto el honor de marchar á vanguardia, pues fué diezmado y rechazado, igualmente que el de Cuenca que fué á auxiliarle. El brigadier Molina que mandaba esta brigada, cae herido y toda su gente retrocede. Pronto, sin embargo, es reforzado: nuevos soldados reemplazan á los muertos y renuévase el combate con ardor llegando los enemigos, gracias á su número, á tocar á Murugarren. Unas compañías del 4.º de Alava y otras castellanas cargan á la bayoneta y rechazan y desordenan á los que tanto habian avanzado, cogiéndoles 23 prisioneros, y una tempestad que estalla suspende por algun tiempo el combate. A las seis, que se despeja el cielo, vuelven los cazadores enemigos á la carga con tanto impetu y en tan considerable número, que por algunos instantes parece que van á arrollarlo todo. Entónces el 3.º y 4.º de Alava les contienen por el centro, y cargándole á su vez, les rechazan mientras que por la izquierda el 2.º de Navarra y el de Durango sostienen en lucha encarnizada sus posiciones, sin que el enemigo pueda avanzar.

Eran las siete de la tarde y los republicanos no habian conseguido tomar ninguna de nuestras posiciones, y no hacian en sus repetidos ataques más que perder gente. La noche se venia encima, y Concha impaciente al ver el poco fruto de su ataque, se esforzaba desde la carretera de Abárzuza en hacer avanzar á los suyos sobre Muru. Avanzan en efecto, pero rechazados y cargados á la bayoneta, se desordenan y bajan precipitadamente. Al ver en derrota á sus tropas, Concha quiere contenerlas, se encamina al monte para exhortarlas y animarlas con su presencia, y al ir á montar á caballo, una bala le hiere mortalmente y cae en brazos de sus ayudantes, junto á una casita cercana á Muru. Privados de su jefe los republicanos no pueden ya reponerse, ni tener ánimos para repetir el ataque y se limitan á sostener el fuego hasta bien

entrada la noche para impedirnos el que los persigamos. Echagüe sucede á Concha en el mando, y en seguida ordena la retirada general del ejército á Tafalla y Logroño, que lleva á cabo favorecido por la oscuridad de la noche.

Entre tanto los nuestros, satisfechos de la victoria pero ignorando aún la muerte del general enemigo y la retirada completa que le habia seguido, continuaban en sus posiciones. Así pudo retirar el enemigo toda su artillería, pues hasta la madrugada no fué perseguido. Entónces aún se hicieron algunos prisioneros que habian quedado por los montes dispersos, y se recuperó el terreno que habian ocupado los republicanos.

El júbilo de nuestros voluntarios y el de los paisanos fué tan completo y tan grande que rayó en locura, pero al entrar en Abárzuza y Zabal, al contemplar los incendios y destrozos que los republicanos habian llevado á cabo solo por afan de destruir, su cólera é indignacion fueron grandísimas.

Eran, en verdad, excesos de tal naturaleza los cometidos por las tropas de Concha, qué para evitar su repeticion y corregirlos en adelante, el general Dorregaray, creyendo que era preciso hacer un castigo ejemplar, mandó diezmar los prisioneros que en la accion y retirada se habian hecho, y fusilarlos por incendiarios. Era la primera vez que el ejército carlista procedia con tanto rigor, pero las ruinas humeantes de los pueblos, las cosechas destruidas, los alaridos de los arruinados habitantes le impelian á ello. Aparte de este castigo, no se olvidaron las leyes de la humanidad ni mancharon los carlistas sus manos con actos de venganza. Lejos de eso, unos 200 heridos que el enemigo dejó en su retirada fueron recogidos, curados y asistidos en nuestros hospitales con el mayor esmero, y devueltos luego á sus filas.

El Rey y la Reina que estaban en Guipúzcoa, en cuanto supieron la victoria fueron á Estella, y Don Cárlos en una alocucion que dirigió á los voluntarios, les recordó que la muerte de Concha y la derrota de su ejército ocurria el dia en que se celebra la aparicion de Santiago en Clavijo. Al mismo tiempo les elogiaba por su admirable valor, porque en efecto, todos los batallones habian peleado heróicamente, y concedia algunas recompensas á los jefes que más se habian distinguido.

El efecto de la victoria de Abárzuza compensó á los carlistas con creces del disgusto producido por la retirada de la línea de Somorrostro, y al mismo tiempo les privó de su adversario más terrible. Entre los liberales el fracaso del plan de Concha, la muerte de éste, las pérdidas de su ejército, que se hicieron ascender á 4,000 bajas y la retirada hicieron decaer sus ánimos de tal modo, que por algunos dias reinó verdadero pánico en Madrid. Figurábanse que los carlistas sacarian gran provecho de la victo-

ria y de la situacion en que quedaba el ejército republicano, y como al mismo tiempo que en el Norte, iban prósperamente las tropas Reales de Cataluña y el Centro, llegaron á temer sériamente por la causa liberal.

Las fuerzas y el poder carlista habian, en efecto, llegado á su apogeo, y en número, resolucion y armamento no tenian que envidiar á nadie. Faltábales únicamente artillería, y un desembarco verificado á principios de Julio, les proporcionó cañones de los mejores sistemas modernos, que podian competir y aventajar á los de los republicanos.

CAPITULO XLIX

Estado del Ejército del Norte. — Cuerpos especiales. — La caballería.

A los pocos dias de la victoria de Abárzuza para que la Reina viera reunidos gran número de batallones, se verificó en la falda de Montejurra una gran parada, á la que concurrieron casi todas las tropas que habian tomado parte en el combate. Formaron la línea 28 batallones de distintas provincias, siete escuadrones y tres baterías de montaña, y acompañaban á Don Cárlos y Doña Margarita en la revista, un numeroso y brillante cortejo de generales y oficiales que componian su Estado Mayor y Real Casa.

El aspecto de las tropas era brillante; no estaban ciertamente bien uniformadas ni vestidas con la pulcritud y elegancia de un ejército que vive en tiempo de paz y bien atendido; pero en cambio, habian adquirido en la ruda campaña que llevaban, el aire marcial, la soltura en los movimientos y la resolucion que solo es propia de los soldados españoles.

El problema de formar un ejército con gente combatida y perseguida desde que salia de su casa, estaba resuelto; porque ejército y ejército regular en su organizacion, en sus costumbres y en su modo de vivir, eran ya las tropas carlistas del Norte.

Año y medio habia transcurrido apenas desde que Ollo, Lizárraga y Velasco habian entrado en las provincias para hacer e alzamiento, acompañados de muy pocos, y en este tiempo, com batiendo siempre, se habian creado, instruido y armado suficien temente, para batirse con fuerzas superiores en número y organizacion, más de cuarenta batallones carlistas.

Aún no hacia un año que para recibir á Cárlos VII no podian

reunirse más que tres batallones en las cercanías de Francia, y ahora formaban en las inmediaciones de Estella 20,000 hombres solo para vitorear á sus Reyes.

El crecimiento y la organizacion de las fuerzas carlistas habia sido tan rápido como pasmoso, atendiendo á las infinitas contrariedades con que habia tenido que luchar; pues á parte de las suscitadas por el enemigo, siempre á corta distancia de nuestras fuerzas, la falta de recursos, la de armamento, la desunion y los errores de los hombres, habian retardado mucho todavía el resultado que ahora se tocaba.

A principios de Julio, Navarra contaba con diez batallones, Guipúzcoa con nueve, Vizcaya con diez, Alava con seis, Castilla con cinco, y además existian otros dos de Cantabria, uno de Astúrias, uno de Aragon y otro de la Rioja, lo que hacia ascender á 44 batallones el número de los de línea que estaban ya en disposicion de combatir. Aún no eran estas todas las fuerzas que existian en el ejército del Norte, porque aparte de los tercios ó reservas que aún no se habian organizado ni armado, habia ya, prestando servicio, varias partidas y cuerpos especiales. En Navarra, por ejemplo, se habia organizado un batallon de ingenieros, y en las demás provincias algunas compañías del mismo instituto.

En Guipúzcoa existia una compañía de telegrafistas aéreos, que colocados en los altos anunciaban por medio de banderas los movimientos del enemigo; en Alava una de verederos que servia para guiar á las tropas en las marchas, y en Castilla y en Cantabria compañías de guías compuestas de soldados escogidos. Para surtir de oficiales al ejército y reponer las bajas que ocurrian, se habian formado al principio compañías de cadetes, que luego pasaron al colegio de infantería establecido en Oñate, y las diputaciones tenian además sus escoltas, sus aduaneros, sus guardias forales para cuidar de la administracion de las provincias, recaudar los impuestos y sostener el órden, y en caso de necesidad batirse con el enemigo. Los servicios de sanidad y administracion militar contaban tambien con el personal necesario, y los telégrafos eléctricos restablecidos en el territorio carlista, facilitaban las operaciones militares y contribuian á la rapidez de los movimientos.

Dos cuerpos especiales existian además para la guarda y acompañamiento de S. M.: un batallon de infantería denominado Guías del Rey, compuesto al principio de 25 hombres escogidos por cada provincia de las que tenian batallones en el ejército del Norte, y el escuadron denominado de Guardias á caballo, á cuya formacion habia presidido el deseo de hacerle un cuerpo distinguido. Cuantos entraban en él tenian que vestirse, armarse y equiparse por su cuenta, uniformándose con arreglo á los modelos establecidos, y como este era un gasto considerable, de ahí que la

entrada estuviese limitadísima. Esto no obstante, muchos jóvenes distinguidos así de las provincias vasco-navarras, como de Castilla, Andalucía y toda España entraron en él, y despues de instruirse rápidamente en el servicio militar, formaron la escolta de Cárlos VII.

La infantería y los cuerpos especiales habian sido relativamente fáciles de crear y organizar en comparacion de la caballería, pues además de ser esta de por sí el arma que mas cuidados exige, la circunstancia de ser el país vasco-navarro montuoso y falto de caballos, la hacia mas difícil para los carlistas. Sin embargo á pesar de todas las dificultades la caballería fué formándose. Al entrar Ollo encargó á Pérula que la mandase, y éste, recogiendo los jacos que encontraba en el país y montando en ellos á los voluntarios que se preciaban de ginetes, fué formando el primer escuadron de Navarra. En Vizcaya y Guipúzcoa tambien se organizaron escuadrones, y Alava tuvo la suerte de que pasase á ella y sirviese en su distrito la partida castellana de los célebres Hierros, que formada en el alzamiento anterior en Búrgos y Palencia y provista de mejor ganado que el que habia en el Norte, cruzó el Ebro y vino á refugiarse á las fuerzas carlistas.

La caballería del ejército republicano dió tambien un respetable contingente al ejército real. Jefes, oficiales y soldados se fueron pasando con armas y caballos á nuestro campo, y aunque nunca venian mas de cuatro ó seis juntos, sumándolos todos, pudo formarse un escuadron llamado de don Jaime, que servia de escolta al general en jefe. Este escuadron, que mandaba el malogrado Sanjurjo, fué el que cargando en Eraul decidió la batalla en nuestro favor.

Pocas ocasiones de combatir tenia la caballeria en el Norte, pero á pesar de esto prestaba excelentes servicios al ejército ora vigilando al enemigo y avisando sus movimientos, ora haciendo servicio de parejas por las carreteras para trasmitir noticias con rapidez, ora escoltando las convoyes, ora en fin haciendo rápidas escursiones por las provincias vecinas para sacar de ellas recursos y armas.

Cada provincia tenia su caballeria; Castilla, Astúrias, Aragon, Cantabria tenian cada una su escuadron que internándose en Búrgos, Huesca ó Santander respectivamente, traian voluntarios, caballos y dinero para las fuerzas de sus provincias. En las vasconavarras, Guipúzcoa y Vizcaya tenian sus escuadrones, casi inactivos, pero en Navarra y Alava haciéndolos correr por la Rivera y la Solana la primera, y por la llanada de Vitoria la segunda, prestaban buenos servicios.

Cada escuadron estaba armado y uniformado de distinta manera; los vizcainos llevaban chaqueta roja con alamares negros y pantalon azul, miéntras que los guipuzcoanos llevaban dolman

negro y pantalon encarnado. Estos usaban lanzas, los otros tercerolas Remington y en Navarra, donde habia varios escuadrones, habia secciones de tiradores y de lanceros.

De los escuadrones sueltos se pasó á formar regimientos y se organizaron tres: con la caballeria de Navarra se formó el del Rey, con los escuadrones de Guipúzcoa, Vizcaya, Alava y el de pasados, el regimiento de Borbon, y con la caballeria traida por los Hierros de Búrgos y aumentada por varias espediciones con gente castellana, el regimiento de Cruzados de Castilla.

Quedaron aún sueltos varios escuadrones para prestar servicios especiales, así que entre buenos y medianes contaba el ejército con 1,600 caballos, organizados de la manera que dejamos dicha, poco despues del año de verificarse el alzamiento.

Nada prueba tanto la fuerza inmensa, el arraigo y la popularidad que tenia el carlismo, como la celeridad y firmeza con que se formó el ejército del Norte en medio de las contrariedades y tropiezos uqe encontró desde el principio. Ya lo hemos dicho al principio, la guerra era esencialmente religiosa y popular, así, que el país se sacrificaba con gusto por hacerla y trabajaba con ahinco por conseguir el triunfo que deseaba. ¿ Cómo sino se explica satisfactoriamente la trasformacion de hombres tan pacíficos como los vasco-navarros, en los aguerridos batallones que vencian á las tropas de Moriones, Serrano y Concha ?

CAPITULO L

El armamento de los carlistas. — Los desembarcos.. — Organizacion de de la artilleria.

Nada más raro, nada más inverosimil, nada más maravilloso ni nada que demuestre mejor las cualidades y defectos de los carlistas que la manera de armar su ejército. Con gran dificultad y á costa de inmensos sacrificios se habian proporcionado considerable número de fusiles para el alzamiento de la primavera del 72, aunque no tantos como se necesitaban, y con el fracaso de aquel movimiento, la derrota de Oroquieta y el convenio hecho con Serrano en Amorevieta los perdieron todos. Esto sucedia en Junio, en Diciembre se lanzaban de nuevo á la guerra con el próposito de alzar al país en masa y formar un gran ejército. No tenian fusiles, ni tenian recursos para proporcionárselos, pero etinan la fé y la constancia que todo lo vencen y la esperanza de que Dios les ayudaria. Y en efecto aunque lentamente fueron te-

niendo armas, parte compradas en el extranjero é introducidas por los contrabandistas de la frontera, parte sacadas del país, parte en fin arrancadas al enemigo. Aquel armamento era de todas las clases y edades imaginables en armas de fuego; así que cada partida parecia un museo en el que figuraban desde el grueso trabuco de chispa hasta el elegante Remington. Con tal diversidad de armamento no se podia hacer la guerra, porque habia gran dificultad de municionar la gente; pero sin embargo la guerra se hacia, porque en los combates, el que tenia cartuchos tiraba y el que no los tenia esperaba ó á que los otros vencieran, ó á que llegara el momento de usar el arma blanca.

Cuando las partidas fueron engrosándose y formando batallones y empezaron á dominar el territorio, el contrabando de guerra fué tomando mayores proporciones y empezaron á armarse los carlistas de la manera que dejamos descrita. Ya tuvieron pequeños talleres de cartuchos, depósitos ocultos de municiones y constante entrada de fusiles; pero entónces se encontraron con que el consumo de cartuchos era mayor que la produccion, y la demanda de armas mucho más considerable que la oferta. Así sufrieron crisis tan terribles como las de tener que correr las tropas reales, por no poder hacer fuego á las republicanas y las de verse obligadas á despedir á los voluntarios que se les presentaban, por no haber fusiles para tantos como los querian.

Fué, pues, preciso pensar en traer grandes cantidades de fusiles del mismo sistema, con las correspondientes municiones, más para esto habia dos grandes dificultades; la de proporcionarse el dinero necesario para hacer compras y la de buscar medios de introducir el armamento de una vez y no tan lentamente como se hacia hasta entónces. Vizcaya, á poco de empezar el alzamiento, suministró una cantidad respetable y el general Velasco la dedicó á comprar fusiles. Comisionó para ello á su jefe de estado mayor, el teniente coronel don A. Argüelles, y éste fué al extranjero en busca de las armas deseadas. Las demás provincias tambien necesitaban armamento y no podian suministrar recursos con que comprarlos; nueva dificultad que tambien se logró vencer. Varios carlistas acaudalados se reunieron, y comprendiendo la necesidad de hacer un esfuerzo para sostener la guerra, dieron un millon de reales para comprar fusiles.

Con dinero ya se podian buscar armas, y al efecto comisionaron para ello á los señores Lasuen y don Tirso Olazábal, que habian tambien contribuido á la junta. Ambos señores fueron á Inglaterra, se avistaron con Argüelles, que habia comprado ya fusiles en Bélgica, y se enteraron de los que habia de venta en Francia. En Inglaterra encontraron pocos y esparcidos por distintos sitios; los de Bélgica, sistema Chassepot, les parecieron caros, por salir á 44

pesetas cada uno, pero en cambio encontraron en Francia una verdadera ganga. El gobierno francés, para sostener la guerra de Prusia, habia comprado en los Estados-Unidos gran cantidad de fusiles Allen ó Berdan reformado, y no habiéndolos usado su ejército, los tenia almacenados en los arsenales y queria deshacerse de ellos.

El precio á que los vendia era barato, porque no salian á 25 francos cada uno comprándolos por millares; el número que podia vender considerable, y las condiciones de los fusiles, que ya habia examinado un armero carlista, excelentes, asi que no habia que vacilar. El 21 de Abril sacó el gobierno francés á subasta 8,000 fusiles en Versalles, y don Tirso Olazábal los adquirió al precio indicado y al de 45 pesetas el millar de cartuchos. Argüelles, al ver esto, rescindió al contrato que habia hecho en Bélgica y compró otros 3,000 Allen para Vizcaya, de modo que con poco dinero se hicieron los carlistas con 11,000 magníficos fusiles sin estrenar y dos millones de cartuchos.

Entónces surgió otra nueva dificultad; la manera de transportar todo este armamento al territorio carlista burlando al gobierno francés, que los creia vendidos á Inglaterra, y al gobierno republicano de Madrid que, en cuanto se enterase del objeto á que se destinaban, procuraria cogerlos. Afortunadamente, don Tirso Olazábal, encargado de esta comision, era hombre que no se arredraba por ninguna clase de dificultades porque consagraba su celo, su inteligencia y la prodigiosa actividad de que estaba dotado á vencerlas. Creyó que la manera mejor de transportar los fusiles en grandes cantidades era llevarlos por el mar á las costas de Guipúzcoa y desembarcarlos allí, y aunque la operacion era arriesgada, porque los cruceros republicanos podian impedirla, como llenaba el objeto la prefirió á todo. Aceptado el sistema, era preciso procurarse buques que se dedicaran á contrabando tan peligroso, y un noble carlista, antiguo oficial de marina, proporcionó uno comprando el yacth de vapor *Deerhond*, y otros carlistas el barco de vela *Queen of the Sea*, que pusieron al servicio de la causa. Este último tomó los fusiles en Francia, los desembarcó en Inglaterra para que el gobierno francés supiese habian llegado á su aparente destino, los volvió luego á embarcar y los trasbordó en el mar al vapor *Deerhond*, el cual, con su precioso cargamento, vino á las inmediaciones de Fuenterrabía, donde Olazábal con lanchas pescadoras los desembarcó á la luz del dia y á la vista de las inmediatas guarniciones republicanas. Tres desembarcos sucesivos dieron á los carlistas los 3,000 fusiles destinados á Vizcaya y otros 7,000 de los comprados por Olazábal. La operacion se habia hecho con toda felicidad; solo quedaban ya 1,000 fusiles que traer cuando el *Deerhond* fué apresado con ellos frente á Biarritz.

Como aparecia como dueño del buque y sus efectos un coronel inglés, se entabló el correspondiente pleito para que se declarase mala presa y se devolviese, como en efecto se devolvió, pero entre tanto los carlistas se quedaron sin vapor. Fué preciso buscar otro; Doña Margarita proporcionó los fondos necesarios y se compró el *Orfeon*, con el que se trageron los cartuchos correspondientes á los fusiles desembarcados. Terminada la operacion felizmente, volvia el *Orfeon* á Francia y se fué á pique en Socoa, nueva desgracia que dejaba segunda vez á los carlistas sin medio de transportar las armas adquiridas. Justamente, entónces, lo necesitaban más que nunca, porque, visto que los desembarcos eran posibles, habian ya logrado dinero y Olazábal habia comprado 11,000 Allens y tres millones de cartuchos que existian en el arsenal de Bayona.

El gobierno de Madrid, que ya tenia noticia de todo esto, redoblaba su vigilancia en el extranjero para enterarse de las compras de los carlistas, reforzaba la costa de Guipúzcoa con una verdadera escuadra que estuviese como de centinela perpetua en los puertecillos dominados por las armas reales y trabajaba de todos los modos imaginables, para impedir nuevos desembarcos. Para burlar toda esta vigilancia, figuraron los carlistas que los fusiles comprados en Bayona eran para Bélgica y se resignaron á enviarlos allí para traerlos despues á Guipúzcoa.

Los 4,000 primeros, con un millon de cartuchos, salieron en efecto para Amberes en el *Ville de Bayonne*, vapor que hacia el servicio entre Francia y Bélgica, y cuando los carlistas no podian esperarlo, el buque, como hemos dicho, se incendió casualmente; la tripulacion le abandonó en el mar y él solo fué á Ondárroa prodigiosamente y se verificó el desembarco con toda felicidad, un mes ántes de lo que ese speraba.

Este suceso maravilloso para los carlistas, que llegaron á calificarlo de milagro, no fué el único en que salieron ganando más de lo que pensaban, porque á poco de él les ocurrió otro lance que aunque de distinto género, prueba no menos su buena fortuna.

Despues de la retirada de Bilbao, Vizcaya habia encargado se compraran cañones, y el coronel de artillería señor Maestre habia traido de Andalucía algunos miles de duros con el mismo objeto. Los cañones se compraron en Inglaterra, de modo que era preciso irlos á buscar allí, y para hacer en un viaje dos cosas, se cargó a buque que iba por ellos con 5,000 fusiles y dos millones de cartuchos. El buque llegó á Newport para embarcar los cañones; un oficial carlista, el señor Verdugo, presidia las operaciones, y un inglés daba la cara. El inglés era agente del gobierno de Madrid, y cuando fué á salir el buque declaró que pertenecia á la embajada española en Lóndres porque se lo habia vendido. Figúrese, el

que pueda, el disgusto de los carlistas al saber que sus cañones, sus fusiles y sus cartuchos se hallaban por medio de una estafa en poder de sus enemigos. El lance era apurado porque, naturalmente, el gobierno de Madrid, aparente dueño del cargamento, no lo soltaria; sin embargo, Olazábal fué á Inglaterra, se enteró del asunto, amenazó con armar un pleito ruidoso y probar que la venta era fingida, y tales cosas hizo, que el gobierno de Sagasta, para no perder los fusiles y que éstos no fuesen á poder de los carlistas, se resignó á pagarlos al que figuraba como dueño, y éste á dar el dinero á sus legítimos compradores.

Olazábal puso á los fusiles mayor precio del que le habian costado, asi que el gobierno republicano, no solo pagó su importe sino que dió á los carlistas 20,000 duros de ganancia. Con este dinero, suministrado por sus enemigos, compraron un vapor de rapidísima marcha, llamado el *Notre-Dame de Fourvieres*, le cambiaron el nombre por el de *London* y, entre tanto, encargaron les construyesen otros 19 cañones, que pagaron tambien en parte con el dinero del gobierno republicano. Tenian ya adquiridos ocho cañones de batalla que un buque, no atreviéndose á desembarcarlos en las costas del Norte habia dejado en Gibraltar, y los trasladaron á Inglaterra donde los unieron á los 19 ya hechos, los embarcaron en el *London* y los enviaron á España.

Este buque marchaba tan admirablemente que á la hora y dia indicados de antemano llegó á Bermeo, el 9 de Julio, donde ya le esperaba Olazábal, y desembarcó durante la noche las 27 piezas que traia.

Por fin tenian cañones los carlistas, y cañones modernos de los mejores sistemas. Un mes ántes, Olazábal les habia enviado cuatro Withwort de acero por la frontera francesa, metidos en unas columnas de plomo para que creyesen en las aduanas que eran objetos de adorno, de modo, que á principios de Julio se encontraron con 31 piezas nuevas, que, con las que tenian cogidas al enemigo ó hechas en Azpeitia y Arteaga, daban un total de más de 50 cañones.

Pasados del ejército tenian los carlistas más de 30 jefes y oficiales del cuerpo de artillería, que ya se habian distinguido en Somorrostro y Bilbao, de modo que, con personal inteligente y buenas piezas, organizaron admirablemente la artillería. En esta arma fueron, como era natural, tardíos pero seguros. Buscaron para montaña los cañones más ligeros y de mayor alcance que se conocen, es decir, los Withwort de á cuatro, y para batalla y sitio los Wolhiwich de á ocho y los Wavaseur de á siete.

Unos se cargaban por la boca, otros, como los Krupps y Plasencias que usaba el enemigo, por la recámara, pero todos podian ya

competir y aventajar á éstos, en el rayado y alcance y en la prontitud de la carga.

Luego del primer desembarco se empezó la organizacion de las baterias creándose cuatro montadas, que mandaron los capitanes del cuerpo señores Brea, Prada, Rodriguez Vera y García Gutierrez, y dos de montaña, que mandaron los señores Velez y Reyero.

Los nuevos cañones, no hay que decirlo, causaron en el ejército y en el pueblo carlista inmensa alegría, pues con ellos creian ámbos asegurado el triunfo. En efecto, materialmente el ejército estaba ya completo, organizado y hecho á la guerra, y moralmente tambien, porque la reciente victoria de Abárzuza habia llevado el entusiasmo hasta un punto indecible.

Yo no lo vi, porque pocos dias ántes de ella habia dejado el ejército del Norte para pasar por Cataluña al del Centro, pero al dejarle, marchaba con la confianza de oir pronto hablar de sus nuevas victorias y verle adelantar en el camino del triunfo. Sin embargo, no fué así, y otro año y medio bastó para que del brillante estado en que le dejaba, viniese á parar al triste fin que será objeto de los siguientes capítulos.

Antes, sin embargo, daré á conocer las fuerzas carlistas que en Cataluña y el Centro sostuvieron tambien la guerra y consiguieron victorias no menos notables que las del Norte, aunque fueron al fin tan infructuosas como aquellas.

LIBRO CUARTO

LA GUERRA EN CATALUÑA

CAPITULO LI

Del Norte al Centro. — Viaje por Francia. — Los voluntarios catalanes.

Pocos dias ántes de la memorable jornada de Abárzuza recibió el general Lizárraga el nombramiento de jefe de Estado Mayor general de los ejércitos del Centro y Cataluña, y la órden de unirse cuanto ántes á S. A. el Infante Don Alfonso de Borbon, que los mandaba en jefe. El deseo que yo tenia de conocer todas la fuerzas carlistas, el de recorrer las provincias catalanas, teatro de tantas victorias de las armas Reales, y el porvenir inmenso que veia para la causa carlista en la organizacion del ejército del Centro, compuesto de aragoneses, valencianos y castellanos, me impulsaron á despedirme de el del Norte, y á acompañar á Lizárraga en su expedicion. Como yo quisieron otros varios jefes y oficiales acompañarle, y juntos nos dispusimos á pasar al Centro. El viaje, por no haber conseguido los carlistas dominar el Alto Aragon y establecer una línea de comunicaciones desde Navarra á Cataluña, era largo; pues teníamos que ir á Francia, tomar en Bayona el ferro-carril á Perpiñan y desde allí encaminarnos á la frontera de Cataluña para penetrar en ella por territorio carlista.

No era tampoco fácil el viaje, porque teníamos que burlar á las autoridades francesas, que internaban á cuantos pódian coger; mas nosotros tomamos las precauciones convenientes, y marchando por grupos separados y con pasaportes en regla, los gendarmes no nos molestaron y llegamos felizmente á Perpiñan, punto designado para reunirnos.

Perpiñan era en la frontera de Cataluña lo que Bayona en la de

Navarra: un centro de conspiracion perpétuo, un refugio de emigrados y un punto de comunicacion entre los carlistas y el resto del mundo. Por Perpiñan se proveian los voluntarios catalanes de armas, vestuario y municiones; por Perpiñan pasaba la correspondencia entre los ejércitos del Norte y Centro, y en Perpiñan se recibian y esparcian, por medio del telégrafo y la prensa, las noticias de las victorias carlistas, que el gobierno de Madrid tenia buen cuidado en ocultar ó desfigurar.

Los legitimistas del país por amor á la causa de la Monarquía española, los comerciantes por interés y los emigrados catalanes por afecto, burlaban á las autoridades francesas y protegian este contínuo movimiento con tal sigilo y destreza, que casi nunca pudieron la policía ni el cónsul republicano de Perpiñan, impedirlo por completo. Tampoco á nosotros nos impidieron continuar nuestro viaje hasta Prats de Molló, último pueblo de Francia, que por estar á tres horas solamente de Camprodon, villa ocupada ya por los carlistas, era el que nos ofrecia más fácil camino. Unos á pié, otros á caballo, pero disfrazados todos, pasamos de Francia á España sin ningun inconveniente, y nos encontramos sanos y salvos otra vez entre voluntarios de Cárlos VII.

Habia en Camprodon, además del comandante militar y varios oficiales, una seccion de aduaneros y otra del batallon de Zuavos que nos ofrecieron las primeras muestras de los voluntarios catalanes. Al llegar fuimos recibidos con júbilo, y los vivas á Cárlos VII fueron por uno y otro lado ardientemente repetidos.

Era el aspecto del pueblo, el del país y el de los voluntarios muy diferente del que presentaban las provincias del Norte; pero á cien leguas de distancia y bajo diferentes trajes, encontrábamos los mismos corazones, veíamos semblantes animados de los mismos sentimientos; y, aunque en otra lengua, oíamos las mismas aclamaciones que estábamos acostumbrados á escuchar. Nos encontrábamos en otro país pero entre hermanos, y por tanto, estábamos en nuestra tierra, que nuestra era toda aquella donde se peleaba por Cárlos VII.

Cataluña habia sido la primera comarca de España que se habia lanzado en el alzamiento de Abril del año 1872 á la guerra; Cataluña la que se habia sostenido sola contra todo el poder de don Amadeo, y la que con su constancia habia dado lugar á que volviesen á empuñar las armas, las provincias Vascongadas y Navarra; Cataluña llevaba ya más de dos años de porfiada lucha, y todas sus montañas, regadas con abundante sangre de sus valerosos hijos, eran otros tantos testimonios de su adhesion inquebrantable á la causa de Cárlos VII. Más de cien victorias, algunas de gran importancia, habian ya colocado á inmensa altura la fama de los voluntarios catalanes y esparcido por el mundo, orlados de

gloria, los nombres de Castell, Tristany, Savalls, Auguet, Francesch, Galcerán, Miret y otros caudillos de aquel puñado de valientes.

Mucho más extensas, mucho más ricas pero tambien mucho más divididas en opiniones las provincias catalanas que las vasco-navarras, no habian dado tanta gente como éstas á la causa carlista, por lo que tampoco se habia dominado el país como en el Norte. En Cataluña, á excepcion del trozo más septentrional de la provincia de Gerona, no tenian los carlistas territorio exclusivamente suyo, porque por todas partes andaban las columnas republicanas, y así no se habian establecido líneas de defensa permanentes, ni fundado á su amparo, fábricas, maestranzas y talleres como los que existian en Navarra, Guipúzcoa y Vizcaya. Siempre errantes, siempre peleando, descansando pocas veces y viviendo continuamente cerca del enemigo, los voluntarios catalanes tenian un carácter distinto á los del Norte, tan distinto como diferentes eran las condiciones de ambos países, y la clase de guerra que en uno y otro se hacian. En Cataluña, donde los voluntarios en armas no llegaban á 12,000, nunca se reunian para una operacion más de 6,000, ni jamás juntaban los republicanos 10,000 combatientes. Aquellas concentraciones de fuerzas que se verificaban en el Norte para atacar á Bilbao ó defender á Estella: aquellos ejércitos que los enemigos reunian en Somorrostro ó Abárzuza, no se conocian en Cataluña. Las tropas enemigas marchaban en columnas por brigadas ó divisiones: las carlistas por batallones ó brigadas, y como unas y otras iban por todas partes, tropezábanse con frecuencia, y con suma facilidad habia sorpresas, encuentros imprevistos ó emboscadas, en que por regla general, salian perdiendo los republicanos. La falta de recursos y la escasez de armamento y municiones la suplian los voluntarios catalanes con su arrojo; pues para proveerse de cuanto necesitaban asaltaban los pueblos fortificados que servian de depósito á las columnas enemigas, y se apoderaban de fondos, cartuchos, fusiles y cañones. Así habian logrado armarse 20 batallones; así se habian reunido más de 40 piezas de artillería, sin necesidad de desembarcos, y así se habian llevado á cabo hechos tan admirables, como el copo completo de la columna Nouvilas, y los asaltos y tomas de ciudades como Berga, Vich é Igualada.

La guerra de Cataluña era más accidentada que la del Norte, y su historia, por lo mismo, más variada. En una parte se peleaba en grande escala; en otra en detalle; en un ejército se daban grandes batallas; en el otro atrevidos golpes de mano. En el Norte se conseguian las victorias principalmente por la disciplina de las tropas y los acertados planes de los generales, y en Cataluña bastaba la pericia de éstos, que lo demás lo hacia el proverbial arrojo de los voluntarios.

Bastaba verlos para conocer á la primera mirada la diferencia entre uno y otro ejército. Los voluntarios que encontramos en Camprodon, diversamente armados y uniformados, no muy prácticos en la ordenanza y servicio militar, pero todos ágiles, resueltos y vigorosos, revelaban en sus rostros, ya curtidos por la lucha, que eran hombres aguerridos sí, pero que les faltaba algo para ser soldados. Se les conocia que no sabian los detalles de la táctica ni tenian ese espíritu de subordinacion que forma los ejércitos; pero en cambio, en sus miradas, en sus gestos, en su varonil apostura, demostraban que no habria empresa, por árdua y difícil que pareciera, que no acometiese su valor, ni peligro que fuera capaz de contenerlos. Harto lo demostraban sus hechos en los dos años de campaña que llevaban y la brillante historia de sus combates, que referiremos brevemente.

CAPITULO LII

La primera partida. — Castell. — Tristany.—Francesch. — Entrada en Reus.

En los primeros dias de Abril de 1872 estaba España, bajo el reinado de don Amadeo de Saboya, entregada por completo á la gente revolucionaria que la dominaba, protestando en silencio contra ella pero sin atreverse á lanzarse á las armas, cuando circuló la noticia de que en las inmendiaciones de Barcelona se habia levantado una pequeña partida carlista. Ni aún los más entusiastas defensores de Don Cárlos dieron importancia á la noticia, porque una partida al fin y al cabo no era para llamar la atencion en tiempos en que tan agitados estaban los ánimos, y porque se creia que si los carlistas se lanzaban á la lucha, lo harian, no en pequeño, sino arrastrando algunos batallones y levantando provincias enteras por su causa.

Aquella partida, á quien nadie daba importancia, empezó sin embargo la guerra que debia durar cuatro años. Fuese por equivocacion, fuese por demasiado arrojo, ó bien porque las circunstancias le empujasen á ello, un jefe carlista, ántes que llegase la órden para hacer el levantamiento general, reunió en Barcelona á unos cuantos hombres resueltos y se propuso salir con ellos. Al efecto los citó, en la noche del 6 de Abril, en el inmediato pueblo de Gracia, hizo llevar unas cuantas armas, y repartiéndolas entre

los presentes, que no llegaban á 60, proclamó Rey de España á Cárlos VII á las puertas de la capital de Cataluña.

Aquel hombre que tanta audacia demostraba llamábase don Juan Castell; era ya anciano y habia servido á Cárlos V en la guerra civil pasada, llegando por su valor á merecer el alto empleo de brigadier. Conocido ya bien por sus opiniones persiguiéronle despues de la revolucion terriblemente los liberales, y encerrándole por conspirador, le tuvieron largos meses en una prision.

Castell, que á pesar de los años no habia perdido su energía, deseaba salir al campo para demostrarla, y en cuanto le pusieron en libertad empezó á conspirar aún más que ántes y logró por fin reunir unos cuantos que le siguieran. Tal fué el orígen de la partida de Gracia.

Levantado ya en armas Castell creyeron los amadeistas fácil cosa cogerle en seguida y destacaron numerosas fuerzas en su persecucion. ¿Qué ha de hacer ese hombre, decian, más que huir unos dias para caer despues en nuestras manos? y los carlistas por su parte pensaban, sino decian, poco más ó menos lo mismo, y allá en su interior se lamentaban de la suerte que estaba reservada al valeroso veterano.

Ni unos ni otros sabian quien era Castell, porque ni unos ni otros sospechaban siquiera todos la habilidad, toda la energía, todas las cualidades de excelente guerrillero que le adornaban.

Castell las dió á conocer en seguida; solo con sus 60 hombres bajó por la cuenca del Llobregat, recorrió la provincia de Barcelona por entre las fuerzas enemigas, supo conservar y aumentar las suyas, y se burló de tal modo de sus numerosos perseguidores que á los pocos dias ya no sabian estos que hacer para cogerle. Castell, vigilante, activo, incansable, era una sombra que se les escapaba de entre las manos cuando creian que iban á tocarla, era una centella que pasaba rápidamente ante su vista, y era sobre todo la causa de su desesperacion, porque por más que le buscaban nunca podian encontrarle.

Su partida crecia, encontraba proteccion en los montes y en los pueblos, marchaba con completa seguridad por todas partes y cansaba y desesperaba á los soldados amadeistas que trataban de seguirla. Así, sola en toda España, recorriendo las cuatro provincias catalanas, se mantuvo cerca de un mes hasta que el 21 de Abril estalló la insurreccion carlista. Castell tuvo ya infinidad de compañeros de armas que dividieron con él la persecucion, pero quedóse con la gloria de haber enseñado á todos el camino y de haberse sabido sostener sólo contra el poder del gobierno.

Fué en Cataluña, como en todas partes, el alzamiento del 72 un desengaño para los carlistas, porque contando con que el ejército regular le auxiliaria y figurándose empezarle con una base militar

y algunas plazas fuertes, vieron defraudadas sus esperanzas y se encontraron sin más fuerzas que unos cuantos paisanos mal armados.

Levantáronse no obstante en armas en las cuatro provincias catalanas varias partidas, siendo las más notables las de Gerona y Barcelona, y empezaron á sostener encuentros con los destacamentos amadeistas y á desarmar voluntarios nacionales y á hacer la guerra como podian. ora aumentando sus fuerzas, ora debilitando las del enemigo. A mediados de Mayo ya entre todas las partidas llegarian á 1,000 hombres, de modo que el alzamiento iba siendo importante. Para mandar á Cataluña, habia sido nombrado comandante general del Principado el general don Rafael Tristany, modelo de lealtad y consecuencia, hombre cuya adhesion á la causa de la legitimidad venia de abolengo, y militar que en la pasada campaña de 1848 habia conquistado mucha gloria derrotando en Aviñó á superiores fuerzas enemigas. Don Rafael Tristany, que jamás habia querido reconocer á los gobiernos revolucionarios de España y vivia en la emigracion, pasó en 1860 al servicio del rey de Nápoles, y allí como general se distinguió tambien combatiendo al ejército del Piamonte.

Con esta fama ya adquirida, con el prestigio de su nombre en Cataluña, con su reconocida honradez y lealtad, esperaban mucho los carlistas de Tristany, asi que de todas partes le apremiaban para que entrase en campaña. En efecto, el 26 de Mayo, estando ya en armas Savalls y otros jefes, vino Tristany de Francia y entró acompañado de unos 40 hombres, casi todos oficiales, en Cataluña.

Don Rafael Tristany quiso ante todo enterarse por sus propios ojos del movimiento carlista del Principado, ver á todos los jefes que mandaban fuerzas, inspeccionar el estado de éstas y recorrer y animar con su presencia las cuatro provincias que tenia á sus órdenes.

Empezando por la de Gerona unióse á poco de su entrada á la partida de Barrancot, fuerte de 30 hombres, encontró luego en la parte de Mieras á la del Chic de Sallent y luego fué á buscar al brigadier Estartús, comandante general de la provincia, para ponerle de acuerdo con su segundo, el coronel Savalls.

Halló en efecto á Estartús, y reuniendo entre ámbos unos 300 hombres sostuvieron en las Presas, el 7 de Junio, un encuentro ventajoso con una columnita de guardias civiles que salia de Olot, obligándola á retroceder en desórden. Al dia siguiente reunióseles Savalls con sus fuerzas, y juntos fueron á atacar la guarnicion de San Feliu de Pallarols, rindiéndola y apoderándose de 40 fusiles. Pasaron á Breda, atacaron despues á la guarnicion de San Hilario, donde tambien cogieron otros 30 fusiles, y despidiéndose de Sa-

valls pasó Tristany, acompañado de Vila del Prat, á Taradell, cuya guarnicion tambien rindió el 20; hizo lo mismo el 22 con la de Salella, y como entre ámbos puntos cogió más de 100 armas se encontró con más fusiles que soldados.

Estando en San Boy supo que Castell se hallaba en Perafita con 200 hombres, y le llamó á su lado. Tristany llevaba ya 14 caballos, que dió á Castell para que le auxiliaran en sus marchas, y éste fué el fundamento de la caballería carlista de Cataluña.

Vistas las fuerzas de Barcelona pasó Tristany á examinar las de Tarragona, que se componian entónces de 150 hombres á las órdenes de Sanz, y con ellas sostuvo en la Llacuna, contra la columna Baldrich, un reñido encuentro. Desde allí, despues de sostener otro combate, terminó Tristany su escursion pasando á la provincia de Lérida, donde el brigadier Torres, anciano de 80 años que la mandaba, solo habia podido reunir 40 hombres. Tristany, con la gente que llevaba, se sostuvo allí por algun tiempo, y el 17 de Julio atacó en el punto denominado el Bancal, cerca de Sanhauja, á una columna de 200 guardias civiles, á la que destrozó haciéndola gran número de bajas.

De las provincias catalanas, la más entusiasta por la causa carlista, la que estaba dispuesta á dar mayor número de voluntarios al ejército Real, y la que en efecto se los dió luego, era la de Tarragona. A pesar de esto, por su situacion especial á orillas del Ebro, por no ser tan montañosa como las otras, era tan difícil hacer en ella un movimiento formal que los carlistas impacientes censuraban con dureza al comandante general, que habia nombrado la junta de Barcelona para dirigir el alzamiento, porque tardaba en lanzarse al campo. El que así censuraban llamábase don Juan Francesch: era un hombre de 40 años, y no se sabia de él más sino que habia sido brillante oficial de ingenieros, que se habia distinguido por su valor en la guerra de Africa, que inutilizado por una hèrida se habia retirado del servicio el año 1860, siendo ya comandante, y que dejando las armas, se habia dedicado á enseñar matemáticas desde entónces.

Francesch, sin embargo, era un genio militar, dotado de gran inteligencia, de valor heróico y de condiciones de mando tan excelentes, que sobrepujaba con mucho á la inmensa mayoría de los jefes carlistas.

Atrevido en sus concepciones, grande en sus planes, Francesch remontaba su mirada cien varas más alta que la de las inteligencias vulgares, y verdadero genèral, en vez de limitarse á la pequeña guerra de encuentros y partidas, meditaba grandes planes de campaña para ir derecho al objeto de la guerra, es decir, para llevar á Cárlos VII á Madrid.

Los carlistas que no le conocian, al verle inactivo murmuraban

de él, pero Francesch no se movia porque para llevar á cabo sus pensamientos necesitaba soldados, necesitaba recursos, y unos y otros le habian faltado. Creia, como la mayor parte de los jefes, contar con tropas regulares del ejército, y, como éstas no quisieron pelear por Cárlos VII, vióse en su lugar con unas cuantas partidas de paisanos entusiastas y valientes, sí, pero no tan á propósito para la guerra que meditaba Francesch, como los batallones ya formados. Viendo que éstos no venian, se decidió por fin Francesch á salir con los otros, para que no le creyesen cobarde ó traidor, y resolvió sacar de ellos el mayor partido posible, haciendo una operacion que bastase desde el primer momento para proporcionarle armas y recursos, para desconcertar y asombrar al enemigo y para dar inmensa importancia al movimiento carlista de Tarragona.

La operacion, que inmortalizó su nombre, consistia en tomar á Reus, ciudad importantísima y rica, apoderarse allí de armas y recursos, aumentar considerablemente sus fuerzas, y cayendo con ellas como el rayo sobre la capital de la provincia, cogerla ántes de que se diesen cuenta de ello las fuerzas liberales.

Francesch tenia á sus órdenes 450 hombres: Reus es una poblacion de 30,000 habitantes, en la que además de multitud de liberales armados estaba gran parte del regimiento caballería de Bailen, 2.° de carabineros. Nadie, por tanto, podia sospechar siquiera que la partida de Francesch se atreviera á entrar en Reus, pero el audaz jefe carlista, contando con esta misma confianza del enemigo, combinó un admirable plan para sorprender la ciudad y apoderarse de la guarnicion. Al efecto, alejóse de ella muchas leguas, y cuando nadie podia soñarlo cayó sobre el ferro-carril, á hora en que pasaba un tren para Reus, inutilizó el telégrafo, hizo bajar á los viajeros, metió en los wagones á sus voluntarios y á toda máquina se dirigió á la ciudad deseada. A corta distancia de ella paró el tren, bajó con su gente, y dividiéndola convenientemente en grupos, para que entrasen á la vez en la ciudad por diferentes puntos á la hora en que los oficiales y soldados de la guarnicion estaban de paseo, se lanzó á ella resueltamente. Tan bien concebido estaba el plan, tan perfectamente dictadas todas las disposiciones que la sorpresa fué completa. Entre seis y siete de la tarde del 30 de Junio de 1872, Francesch y sus voluntarios invaden á Reus por diferentes partes, siembran la alarma y el espanto en el pueblo, cogen prisioneros por calles y plazas á los jefes y soldados de Bailen, se apoderan del comandante militar, toman la casa de la Ciudad y están á punto de conseguir por completo su plan. Quedaba solo al enemigo el cuartel de caballería, donde se resistia la guardia de prevencion y los pocos soldados y oficiales que habian podido llegar, cuando Francesch, para acabar pronto con

la resistencia, se dirigió á él á fin de hablar á los enemigos y amenazándoles con el incendío del edificio, hacer que se rindieran. Allí encontró la muerte, porque al verle dos oficiales enemigos, que conocieron por su uniforme que era el jefe carlista, hicieron fuego con tal acierto que le derribaron mal herido. Entónces, como era natural, desbandóse su gente, abandonó precipitadamente la ciudad, y Francesch, recogido por los enemigos, que admirados de su valor le atendieron y cuidaron, murió al poco tiempo con la resignacion de un cristiano.

Fué una pérdida inmensa para los carlistas, porque si Francesch no muere acaba la operacion comenzada y dá con ella extraordinario vuelo al alzamiento de Cataluña. Los liberales, unánimemente, confesaron que habian ganado con su muerte más que con una batalla, pues el antiguo comandante de ingenieros valia por un ejército.

Solo el plan y el modo de tomar á Reus bastaron para inmortalizar á Francesch, porque al hombre se le conoce por sus hechos, y en la toma de Reus reveló á la vez ingenio, audacia, prevision y energía nada comunes, y demostró que poseia muchas de las cualidades que Dios concede á los grandes capitanes.

CAPITULO LIII

Savalls y los carlistas en Gerona. — Los primeros combates. — Acciones de Arbucias y Vidrá.

Al dia siguiente de nuestra llegada á Camprodon vino el general Savalls, que tanta fama habia alcanzado en el mundo por sus victorias. Conocíale yo de ántes, por haberle visto en Roma, asi que al volverle á ver le encontré transformado. Ya no era el ex-capitan de cazadores pontificios, sino el comandante en jefe de la primera division del ejército Real de Cataluña. Conservaba su rostro los rasgos de energía y firmeza de ánimo que le habian ya dado á conocer en el servicio de Su Santidad, pero en su mirada viva manifestábase aquela dotes militares que tantos triunfos les habian dado, y en sus facciones revelaba la astucia y constancia que habia tenido que usar para sostener la guerra y hacerse temible á los enemigos. Veíase su genio vivo é inquieto en sus acciones, en sus gestos imperativos su costumbre de mandar y hacerse

obedecer, y en su porte se notaba esa superioridad de carácter que no se para en dificultades para vencer, y que se desarrolla más á medida que son mayores los obstáculos con que se tropieza. Savalls sin embargo era el tipo completo del guerrillero, más que el de un oficial superior, y por lo tanto necesitaba más libertad y menos trabas para mandar, que el general de un ejército organizado.

Satisfecho con las coronas de laurel que habia ganado, hallábase Savalls en su nueva posicion al frente de sus batallones, como un rey en sus dominios, y asi mandaba en absoluto. Muchos le han acusado de indisciplinado, díscolo, sanguinario y otros escesos, sin considerar quizás que la clase y circunstancias de la guerra que habia tenido que hacer le disculpaban en parte, así como su rápida elevacion y la condicion humana, explicaban muchas de las impetuosidades y faltas de subordinacion de que dió muestras.

Al principio de la campaña, Savalls apenas se distinguia de sus voluntarios, pero desde que tuvo tropas aguerridas y pueblos sumisos desplegó el aparato de general. Vestia con lujo y llevaba un trage de colores vivos: usaba, como sus soldados, levita encarnada, solo que iba adornada con botones y bordados de oro; pantàlon azul claro con franja dorada, y en vez de boina usaba kepis rojo con el entorchado de mariscal de campo; la faja de general en la cintura, más grandes cruces y placas en el pecho y un pequeño látigo en la mano, completaban su equipo, porque jamás llevaba espada.

El principio de la guerra en la provincia de Gerona, que él mandaba, habia sido duro, y reñida la lucha que tuvo que sostener para conservarla por Cárlos VII.

El 6 de Abril, el mismo dia que Castell iniciaba en Barcelona el movimiento, levantábase en Tayala, pueblo de la provincia de Gerona, una partida compuesta solo de siete hombres de corazon esforzado. Un jóven oficial del ejército, don Felipe Sabater, baron de Montesquieu, y dos mozos de escuadra llamados Ferrer, el uno, y Aymamie el otro, todos tres jefes luego distinguidos, formaban en ella. A esta primera partida, que creció luego hasta tener 64 hombres, siguieron despues las de Barrancot, Sala de Granollers, Manuel Puigvert y la titulada compañía de Mieras, ninguna de las cuales llegaba á 100 hombres. Cada una operaba por separado, distraia las fuerzas del enemigo que podia, tiroteaba á estas si tenia cartuchos, huia ó se ocultaba si no podia resistir, pero sostenia la guerra y proclamaba á Cárlos VII por montes y pueblos. Faltábalas unidad y direccion y para dársela entró, á principios de Mayo don Francisco Savalls, con el empleo de coronel y el cargo de 2.° comandante general de Gerona, pues se habia dado el mando superior de la provincia, á Estartús.

Savalls entró solo con unos cuantos hombres, pero uno de ellos

llamado Auguet, valia por un ejército. Aquellos hombres tenian en su ánimo fuerzas suficientes para luchar y vencer, ¿qué les importaba el número de los que les acompañaban? Bien pronto dieron una prueba insigne de su audacia y de su ingenio, pues ántes de incorporarse á las partidas, llevaron á cabo un golpe de mano. Habian de pasar los ocho ó diez que eran, por cerca de Tarradas, pueblo donde estaban armados los vecinos liberales y organizados en milicia nacional, bajo el nombre de voluntarios de la república. Pasar cerca de ellos era exponerse á ser muertos ó hechos prisioneros, porque los voluntarios republicanos, que no solian batirse con las partidas, eran muy aficionados á perseguir á la gente suelta, y á molestar á los que no podian resistir. Los compañeros de Savalls vieron el riesgo, pero en vez de huirle, se fueron resueltamente á él; para que no nos molesten los de Tarradas, pensaron, lo mejor es desarmarlos; y dicho y hecho: Savalls, Auguet y sus ocho compañeros se van al pueblo, sorprenden de noche á los voluntarios, les hacen creer que traen consigo mucha gente y sin disparar un tiro logran que les entreguen las armas.

Contentos y satisfechos entónces continuaron su viaje hasta incorporarse á una de las partidas. El 16 de Mayo se les reunió la que mandaba don Salvador Costa, con Sabater, Ferrer y Aimamie, y Savalls nombró su jefe de Estado Mayor al capitan Sábater y se dispuso ya á entrar en operaciones. Tenia entre todos unos 250 hombres, y no vaciló en atacar con ellos al enemigo. En efecto, el 21 de Mayo de 1872 tuvo el primer encuentro en Segaró, y dos dias despues en Llorá encerró á una columnita de carabineros, causándola algunas bajas. Estos choques, que la fama aumentaba, empezaron á darle importancia y animan á salir al campo á los carlistas que aún estaban en sus casas; pero tambien llaman la atencion de las tropas republicanas, que señalan á Savalls como blanco de su persecucion, y no le dejan tiempo ni lugar para reposarse. El 4 de Junio le atacan en Riudarenas pero contiene á los enemigos matándoles á un comandante; y el 12, estando entre Arbucias y Breda, sostiene un reñido choque con el batallon de Navarra. Este encuentro, que tuvo lugar en las inmediaciones de una casa llamada de Hosta, fué de alguna importancia. Los carlistas cogieron prisioneros á un capitan y varios soldados de Navarra y celebraron el hecho tanto, que valió á Savalls el empleo de brigadier.

Ya para entónces habia entrado en la provincia el comandante general Estartús; pero este hombre, en quien al principio se tenia confianza, no hizo nada: se escondió, riñó con Savalls y concluyó por pasarse al enemigo á principios de Julio. Savalls quedó así mandando en jefe en la provincia y sosteniendo multitud de encuentros, en que ninguna ventaja de consideracion lograban las

tropas liberales, lo que ya era de gran valor para los carlistas cuyos voluntarios iban acostumbrándose al fuego y los combates. Así sostuvo uno en San Pedro de Osor el 5 de Julio; otro el 8, en la Sellera de Anglés; otro en Tabertet el 19, otro en San Pedro de Torrelló el 23, y otro el 25 en las inmediaciones de San Quirico de Besora. Tanto batallar y andar tenia á la gente cansada, y para darla algun reposo fué Savalls á principios de Agosto al Plá de la Calma. Precisamente entónces habian ya concluido los amadeistas con las partidas del Norte, y reforzado con batallones traidos de allá su ejército de Cataluña, pues se proponian acabar en breve con la insurreccion del Principado. El 8 de Agosto, miéntras descansaban los carlistas en el Plá, cayó sobre ellos el batallon cazadores de Madrid creyendo desbaratarlos; mas los voluntarios de Cárlos VII le hacen frente y se baten contra él con gran denuedo durante dos horas. Entre tanto llega el general enemigo Baldrich con 5,000 hombres, artillería y caballería: comienza otra accion y bate, dispersa y desbarata á los carlistas de tal modo, que para evitar el caer todos en poder del enemigo, tienen que dividirse en tres grupos y marchar en distintas direcciones. Uno de ellos va á Villabareig, otro se encamina á Frígola y el tercero pasa con Savalls á esconderse en Viladrau. El enemigo, con aquel golpe dió casi por terminada la guerra en Cataluña, porque las pérdidas de los carlistas habian sido grandes, la dispersion completa y la desanimacion de pueblos y voluntarios inmensa. No contaba sin embargo, con la entereza del genio catalan, ni con el valor y carácter de los carlistas. En cuanto Baldrich, que ya no encontraba enemigos, dividió sus fuerzas, los grupos carlistas volvieron á unirse, los voluntarios que se habian ocultado se incorporaron á sus filas, otros nuevos vinieron á reemplazar á los perdidos en el combate, y al cabo de ocho dias las fuerzas carlistas estaban otra vez como si nada les hubiese sucedido, tanto, que el 17 de Agosto se atrevieron á sostener un pequeño encuentro en San Pedro de Torrelló.

El brigadier Hidalgo, al saberlo, fué con su columna tras ellos y los atacó en Vidrá al dia siguiente. Es Vidrá un pueblo situado en medio de montes, en terreno tan sumamente accidentado, que las casas están, por regla general, esparcidas; ocupando las unas, pequeñas colinas, y otras ocultas en hondonadas, excepto unas cuantas que al lado de la iglesia forman el núcleo de la villa. Al verse en aquella posicion con el enemigo, Savalls manda á Augnet con alguna gente á sostener una altura, fuera del pueblo, coloca parte de su fuerza en una casa, y él con la restante se mete y fortifica en la llamada del Caballé, inmenso edificio con gran patio y tápias que le dan el aspecto de un castillo. La accion se sostiene con gran brio por una y otra parte, y los liberales que se acercan

á la casa sufren grandes pérdidas. Al fin consiguen alejar á Auguet y rodear la casa, pero al ir á atacarla, es herido Hidalgo. Entónces los liberales, sabiendo que dentro estaba Savalls pero no encontrándose despues de varias horas de accion y acercándose la noche con fuerzas para asaltarla, apelan al recurso de cercarla por todas partes y llamar á otra columna para apoderarse de ellos á la mañana siguiente. «No os escapareis de esta,» gritaban los de Hidalgo á nuestros soldados; y en efecto, cogidos como en una ratonera, casi ya sin municiones ni víveres, parecia que no tenian los carlistas más remedio que rendirse.

La noche habia llegado entre tanto, y cada hora que pasaba era una gran ventaja para los amadeistas, que esperaban por momentos el refuerzo. Una magnífica luna iluminaba la casa y pueblo, de modo que pensar en huir, era imposible. Afortunadamente aparecen algunas nubes, y aprovechando la oscuridad que producen, Savalls se decide á salir á todo trance. Ordena á los suyos que de uno en uno y en completo silencio le sigan, que si el enemigo les hace fuego se lancen sobre él á la bayoneta, y para darles el ejemplo toma un arma y rompe la marcha. Todos le siguen sin vacilar, las nubes protectoras ocultan por completo la salida, y pasando fuera de camino, sin ser notados de los centinelas enemigos, se ven sanos y salvos en la montaña.

Los liberales á la mañana siguiente intiman la rendicion á la casa, y viendo que nadie les hace frente, se resuelven al cabo de mucho á entrar y la encuentran vacia.

El pájaro que creian tener en la jaula habia volado y se preparaba á darles nuevos disgustos.

CAPITULO LIV

Cataluña sola. — Constancia y apuros de los carlistas. — Habilidad de Castell. — Accion de Balaguer.

Hemos dicho que terminado completamente un mes despues de lo de Amorevieta, el alzamiento que en Abril llevaron á cabo las provincias vasco-navarras, pudieron al principio del verano disponer los amadeistas de los batallones que por allí tenian, y reforzar con ellos su ejército de Cataluña.

Este aumento de enemigos, la desanimacion que en toda España habia causado entre los carlistas lo ocurrido en el Norte, el haber perdido la esperanza de que las tropas regulares se les pasaran y

la escasez de recursos, gente y armamento, eran motivos más que suficientes para que los jefes y voluntarios catalanes no creyesen prudente continuar la guerra y disolviesen las partidas levantadas.

Parecia una locura que solo 3,000 hombres, que á tantos á lo sumo ascenderian los voluntarios carlistas armados en Cataluña por entónces, osasen desafiar todo el poder del gobierno de don Amadeo, y no temiesen verse frente á frente contra el ejército de España que en masa iria contra ellos, porque en ningun punto de la península habia fuerzas que le distrajesen; pero los catalanes no se arredraron, y con heroismo admirable continuaron peleando.

Cárlos VII les habia dicho que si se sostenian solos hasta el invierno, les prometia que para entónces en las provincias vasconavarras se llevaria á cabo otro alzamiento, y á fin de animarlos concedió, en alocucion dirigida el 16 de Julio, á catalanes, aragoneses y valencianos, la devolucion de sus antiguos fueros y libertades. ¿Cómo no habian ellos de corresponder á la confianza de su Rey? Cárlos VII los necesitaba, y ellos estaban prontos á sacrificar sus vidas por su causa. Los jefes todos contestaron al Rey que Cataluña se sostendria hasta el invierno, y cumplieron su palabra.

No era, sin embargo, cosa fácil seguir la campaña; porque aunque la escabrosidad del terreno, las grandes montañas y desfiladeros protegian á los carlistas, eran tan numerosos los soldados de don Amadeo, que por todas partes les perseguian y acosaban. Españoles tambien los soldados liberales, catalanes muchos de ellos, y tan conocedores como los carlistas del terreno, ni la falta de caminos, ni la altura de los montes, ni las dificultades de la guerra les detenian; sobre todo cuando, contando siempre con la superioridad del número, armamento é instruccion, iban casi seguros de la victoria. Para sostenerse contra tales enemigos no habia otro recurso que la habilidad, la energía y la constancia de los jefes carlistas. Los liberales querian combatir siempre, y andaban buscando el tener encuentros para acabar ántes la guerra; los carlistas, cuya victoria consistia en prolongarla, debian rehuirlos y no pelear más que cuando la ocasion ó las circunstancias, les fueran muy favorables. Pero esta táctica tenia sus dificultades, porque para seguirla se necesitaban hombres de hierro que no se cansasen con las penosas y precipitadas marchas que á veces tendrian que hacer; se necesitaba gente sóbria, que se contentase con lo poco que pudiera hallar en los pueblos de la alta montaña; y, sobre todo, era preciso que los que hicieran la guerra tuvieran esfuerzo y ánimos suficientes para no acobardarse por las dificultades, ni desistir de su empresa por las derrotas que necesaria-

mente habian de sufrir. Jefes hábiles y voluntarios fuertes demostraron ser en efecto, los que sostuvieron la campaña del verano de 1872.

El anciano Castell, sobre todo, se cubrió en ella de gloria. Savalls enalteció su fama, y don Rafael Tristany, que desde Mayo mandaba en jefe, animando á todos y yendo ora con unos, ora con otros, hizo levantar gente y ayudó con ella á los demas. Castell con Galceran, Miret y otros varios jefes y cerca de 500 hombres, recorria la provincia de Barcelona, burlaba diestramente á las columnas, y cuando la persecucion arreciaba, se iba á la de Gerona, á la de Lérida y hasta las inmediacionss de Aragon. El enemigo formaba hábiles planes para cogerle, para cerrarle el paso, para obligarle á batirse; pero él los frustraba siempre, se les escapaba de entre las manos, desaparecia y aparecia á veinte leguas de donde creian tenerle. Así cansaba á las columnas que le perseguian, desesperaba á los generales y jefes enemigos y era el asombro de todos por la rapidez y acierto de sus movimientos, por su conocimiento prodigioso del terreno y por su fortaleza y energía de ánimo. A pesar de sus setenta años, Castell caminaba á caballo dias enteros, sufria calores y lluvias, hambre y molestias ; dormia poco, y activo siempre, aunque al parecer de mucha calma, apenas paraba ni descansaba nunca. Su valor y su serenidad admirables salváronle en muchas ocasiones de graves riesgos, No temia al peligro lejano, ni se apuraba jamás por los inconvenientes que pudiera tener una empresa. Una vez que la acometia lo hacia sin vacilar, sin volver atrás, y ponia para llevarla á cabo, todos los medios y recursos que su genio militar le sugeria. Siempre esperaba á que estuviese cerca el peligro ó inmediato el el enemigo para tomar sus disposiciones, y tal era en esto su calma que más de una vez entraban las tropas amadeistas en los pueblos que él ocupaba, al mismo tiempo que montaba á caballo para ponerse al frente de las suyas. Como Castell habia hecho la guerra de los siete años y la campaña del 48 en Cataluña, como ya en aquella época habia mandado batallones, conocia el país, la gente y la clase de guerra que hacia como ninguno y de todo sacaba las mayores ventajas posibles. Era con sus soldados y con los pueblos cariñoso, pero severo cuando la necesidad lo exigia, de modo que le respetaban y temian, sin que, sin embargo, ni aun sus mayores enemigos le tachasen de cruel y sanguinario.

Cuando encontraba ocasiones favorables para dar golpes de mano ó lograr ventajas positivas, las aprovechaba sobre la marcha. Perseguido siempre, aún tenia tiempo para asaltar pueblos y llevar á cabo empresas tan arriesgadas como la toma de Manresa, en que cogió prisionero al coronel Rokiski y la entrada en Tarrasa, villa guarnecida por 500 voluntarios, ó para reñir acciones como

las de Valcebre y otras, en que escarmentó duramente á los amadeistas.

Savalls por su parte, combatia valerosamente en su territorio durante los meses de Agosto, Setiembre y Octubre, y sostenia en Castelltersol, Anglés, San Pedro de Osor y otros puntos, diversos encuentros que, aunque no todos eran afortunados, tampoco eran completamente desfavorables. Así pasaba el verano é iba acercándose el invierno; pero al llegar Noviembre, los amadeistas, que no querian que la campaña se prolongase, redoblaron para concluirla pronto la persecucion y aumentaron el número de sus batallones. El apuro de los carlistas fué entónces grande, su situacion crítica y la terminacion, ó al ménos la disminucion de la guerra, estuvo muy próxima.

La habilidad y la audacia de Castells les sacó adelante de aquella crisis. Viendo que todos estaban apurados y perseguidos, pará descargar á los demás de enemigos, concibió el plan de atraerlos sobre sí, llamándoles poderosamente la atencion. Al efecto se encaminó con cerca de 500 hombres á la provincia de Lérida, y sabiendo que en el importante pueblo de Balaguer se celebraban entónces las fiestas del Santo Cristo, á quien tanta devocion tienen los naturales del país, entró en Balaguer para asistir á las fiestas. Como era de esperar, en seguida una columna enemiga, la mandada por el coronel don Eduardo Gamir, fué á atacarle. Castells, que no queria otra cosa, en vez de rehuir el encuentro ó de esperar en los montes al enemigo, le esperó en el pueblo, fortificó ligeramente con barricadas las calles y el puente sobre el Segre y aceptó el combate. Gamir acometió fiado en sus fuerzas y artillería, pero cayó herido, y sus soldados fueron rechazados. El jefe de cazadores de Cataluña que le sucede en el mando de la columna, cambia entónces de táctica, y en vez de acometer se encierra y fortifica en un convento y llama á las fuerzas inmediatas para que entre todas encierren y cojan á Castells. La posicion de Balaguer junto al Segre, rio caudaloso, cuyos pasos y puentes son contados, y cerca del Nogueras que camina por la parte de Aragon, facilitaba de tal modo este proyecto, que parecia imposible se escaparan los carlistas. Cogidos entre los dos rios, no tenian más remedio que intentar abrirse paso aceptando un combate desigual, ó rendirse. Las columnas amadeistas de Arrando y Andía vinieron á toda prisa á tomar la ribera del Segre, ocupar los puentes y completar el cerco, al mismo tiempo que se adelantaban las fuerzas de Aragon para cortarles toda retirada por aquella parte, y salia de Lérida el gobernador militar de la provincia, brigadier Corbalan, con la columna Arraoz para ayudar á la de Gamir, que seguia en las puertas de Balaguer. En combinar este plan, mover las tropas, situarlas convenientemente y prepararse

para el ataque, habian empleado los amadeistas tres dias, y Castell permaneció en Balaguer aquellos tres dias dejando formarse la tempestad que le iba á caer encima. Sus voluntarios, que sabian los preparativos del enemigo, estaban asombrados de la inmovilidad de Castell; pero confiando en él, no murmuraban. Los amadeistas pensaban que Castell, viendo imposible la huida, trataba de defenderse en Balaguer para sucumbir con gloria, y se prepararon á sitiarle, para lo que Corbalan con su columna fué á unirse á la de Gamir que seguia en las cercanías del pueblo. El anciano general habia conseguido su objeto; casi todas las fuerzas enemigas estaban en movimiento para cogerle y habian abandonado á las demas tropas carlistas. Hora era ya de ponerse en salvo. Para ello aguardó á que Corbalan llegara á las inmediaciones de Balaguer, y solo cuando ya estaba encima, salió del pueblo con su calma acostumbrada. Era de noche, y Castell que sabia bien su situacion, fué hácia Ager y emprendió la marcha rio arriba como para buscar un puente. Las columnas enemigas los guarnecian todos. La retaguardia carlista, alcanzada al salir de Ager, sostiene un ligero tiroteo con Corbalan. Castell retrocede y toma rio abajo, como para huir ó buscar otra salida; las columnas amadeistas, engañadas por este movimiento, van tras él y desguarnecen los puentes por considerar ya innecesario guardarlos. Entónces el jefe carlista, contramarchando nuevamente y pasando por entre las columnas con rapidez vuelve rio arriba, las deja á retaguardia y pasa el Segre con toda tranquilidad por el célebre puente del Espía, inmediato á Oliana.

Quedaron los amadeistas confusos y asombrados al ver como se habia burlado de sus planes el astuto general, y públicamente declararon que las marchas de Castell habian sido habilísimas por su parte, y admirables por la de los voluntarios que las habian llevado á cabo. «Con jefes y soldados de esta clase, decian, no vale la estrategia, porque aún estando cogidos se escapan.»

CAPITULO LV

La campaña del invierno. — Los Infantes en Cataluña. — La republica en España.

El descanso que á las demás fuerzas carlistas produjo la audacia de Castell fué de corta duracion. Los amadeistas volvieron sobre ellas con furia, resueltos á terminar la campaña ántes que llegasen los rigores del invierno. El regimiento de Toledo, con cuatro piezas de artillería, atacó á Savalls en Bendá el 19 de Noviembre, y despues de un encarnizado combate le obligó á retirarse. A últimos del mismo mes, parte de las fuerzas de Savalls, al mando de Frígola, empeñan imprudentemente una accion casi á las puertas de Gerona en que son batidas, y al retirarse, pasan por San Sadurni, donde, Cabrinety, que era uno de los jefes más populares y audaces del ejército enemigo, las destroza y causa grandes pérdidas.

Para reanimar á la gente, y porque el país lo pedia, Savalls dispone atacar la importante villa de Olot, guarnecida por carabineros y voluntarios de la libertad, y el 5 de Diciembre cae sobre ella. Los enemigos resisten al principio en las calles, pero los carlistas avanzan y se apoderan de la poblacion encerrando á los carabineros y voluntarios en las iglesias de San Estéban y Altura que tenian fortificadas. Desde allí se defienden con teson; los nuestros los atacan con bravura, pero cuando se preparaban á rendirlos la noticia de que llegaba una columna en socorro de los sitiados les hace abandonar el campo y no acabar de apoderarse de la villa.

Aunque incompleta la operacion, reanimó algo á los carlistas quienes durante todo el mes se batieron con gran frecuencia porque las columnas les iban siempre encima. Asi, el dia 7 tienen un encuentro en la Sellera de Anglés, el 14 otro en San Quirico de Besora, el 17 en San Pedro de Osor, el 18 en Viladrau, el 25 en la Sellera y el 27 en San Pedro. Casi todos les son algo favorables, por lo que á pesar de los esfuerzos de los enemigos, la campaña se sostiene con igual fuerza que en el verano; el invierno llega y con él se cumple la promesa hecha por Cárlos VII á los catalanes de volver á levantar las provincias del Norte. En efecto, á mediados de Diciembre aparecen en Navarra y Guipúzcoa las primeras partidas, y Ollo comienza el alzamiento con aquella energía y aquel valor que le eran propios.

Los catalanes ya no se ven solos batiéndose contra las fuerzas enemigas de toda España, porque el gobierno de don Amadeo tuvo que enviar batallones á Navarra. Sin embargo, aún dejó en Cataluña bastantes para sostener la guerra, y la guerra siguió con furor.

La independencia con que operaban hasta entónces los jefes catalanes, cada uno de los cuales vivia en su provincia, y la falta de acuerdo que entre ellos existia, perjudicaba grandemente al éxito de la campaña. Preciso era, para dar impulso á la guerra y para vencer al enemigo, combinar operaciones, aunar las fuerzas carlistas y tener una autoridad superior que, dirigiendo á todos, fuese de todos igualmente obedecida. Esta autoridad era el Infante Don Alfonso de Borbon y de Austria, hermano de Don Cárlos VII, á quien éste habia nombrado general en jefe del ejército del Centro y Cataluña.

El Infante Don Alfonso, jóven de 22 años, que habia hecho ya sus primeras armas en Roma, batiéndose con valor en el regimiento de Zuavos Pontificios á que pertenecia, entró en campaña á últimos de Diciembre para tomar el mando de las fuerzas de Cataluña. Acompañábanle su jóven esposa Doña María de las Nieves de Braganza, que queria compartir con él los peligros y penalidades de la lucha, y algunos servidores. El general don José de Larramendi, nombrado ayudante de campo del Infante, fué á buscarlos hasta la frontera, y la augusta pareja penetró, no sin grave riesgo, en España, por la provincia de Gerona.

La empresa que iban á acometer los Infantes era dificilísima, porque además del peligro contínuo en que la persecucion de los enemigos iban á ponerles y de la vida llena de privaciones que iban á encontrar, habian de tropezar tambien con dificultades é inconvenientes de todo género, en un país que no conocian, entre gente ruda, de carácter fuerte y acostumbrada á la libertad é independencia de la guerra de partidas.

Los voluntarios catalanes aún no eran soldados en toda regla, ni la mayor parte de sus jefes verdaderos militares. A unos y otros faltábales mucho para ser un ejército regular. El Infante, sin embargo, no vaciló en ir á mandarlos, ni su esposa en acompañarle. Gran prueba de valor dieron SS. AA. en aquella ocasion, demostrando que consideraban la guerra como una especie de cruzada y que al venir á ella, venian decididos á sufrirlo todo y á no retroceder ante ninguna dificultad.

Los jefes de Cataluña no creyeron que era prudente el que los Infantes se pusiesen en seguida al frente de las fuerzas y SS. AA. tuvieron que estar ocultos en los caseríos de la alta montaña y andar errantes algun tiempo de uno en otro, y verse á lo mejor en grave peligro de caer prisioneros. Así por ejemplo, el 23 de Ene-

ro, estando en las inmediaciones de Sellen, las tropas amadeistas sorprendieron y dispersaron á las de Frígola, mataron á éste é hicieron algunos prisioneros. Los Infantes presenciaron la accion desde una casa próxima, y se retiraron tan á tiempo, que las tropas liberales, que advertidas de su presencia fueron á buscarles, no pudieron hallarles. Los amadeistas, para demostrar lo cerca de ellos que habian estado, cogieron el pañuelo de una jóven y lo pasearon en triunfo diciendo que era el manto de Doña Blanca, nombre con que designaban á Doña María de las Nieves.

Al poco ocurrian en España graves acontecimientos: el 11 de Febrero abdicaba don Amadeo de Saboya y se proclamaba en Madrid la república. El desórden se enseñoreaba de todo, y el ejército enemigo, hasta entónces tan fuerte y disciplinado, empezó á resentirse del estado general del país. En Cataluña, sobre todo, cundió la indisciplina y la anarquía en las filas de los batallones y muchas tropas se insubordinaron y se negaron á obedecer á sus jefes.

No habian esperado á este momento los Infantes para ponerse al frente de los carlistas catalanes, sino que ya ántes, al tener noticia de la proclamacion de la república, fueron escoltados por una compañía del batallon de Savalls, 1.° de Gerona, á Vidrá, y de allí pasaron á Besora, donde, el 23 de Febrero, revistaron á las fuerzas de la provincia de Gerona, que los acogieron con vivas y entusiastas aclamaciones.

El instante de obrar con energía habia llegado; aquellos momentos eran preciosos, y el Infante, que lo comprendió así, se dispuso á emprender importantes operaciones que tuvieron completo éxito y adornaron al ejército catalan con los primeros laureles de la victoria.

CAPITULO LVI

La artillería carlista. — Ataque de Ripoll. — Combate con Martinez Campos. Toma de Berga.

Despues de su atrevida marcha de Balaguer fué el general Castell perseguido tenazmente por las tropas liberales, que se empeñaron en acabar con el veterano jefe que tan heróicamente sostenia la guerra. Castell siguió burlando durante mucho tiempo á los enemigos, pero por sobra de confianza ó por esceso de calma lograron estos sorprenderle dos veces, una en Sallen y otra en Caserras, y causarle algunas pérdidas. Hubiérase sin duda repuesto

de ellas y continuado la campaña, más los propietarios carlistas de la provincia de Barcelona se quejaron de él y trabajaron cerca del Infante para que le relevara del mando. El Infante accedió, relevó á Castell de su cargo y puso al frente de las fuerzas de Barcelona á don Gerónimo Galceran, hombre puro, de grandes convicciones religiosas, de valor heróico y muy popular en el país.

Queria el Infante aprovechar las circunstancias y dar algunos golpes atrevidos, y para ello empezaron las fuerzas de Gerona por sitiar el 7, 8 y 9 de Marzo á Conanglell, á fin de apoderarse de la remonta de caballos que allí existia. No pudieron lograrlo, pero en cambio, á los pocos dias reunió Don Alfonso las fuerzas de Gerona y Barcelona para llevar á cabo una operacion importante, la toma de Ripoll, villa fortificada y guarnecida por carabineros y voluntarios de la libertad. El Infante distribuyó las fuerzas en dos divisiones; la primera, á las órdenes de Galcerán se componia de los batallones de Barcelona y el 2.° de Gerona, que mandaba Auguet; la segunda, mandada por Sabater, de los batallones 1.°, 3.° y 4.° de Gerona y el de Zuavos que acababa de formarse. La que mandaba Galcerán recibió la órden de ocupar las posiciones de la Gleva para oponerse al paso de toda columna que viniera de Vich, y la segunda, la de asaltar entre tanto á Ripoll. Contaba ésta, además de la fuerza indicada, con un escuadron y un cañon de montaña, que era el primero que poseian los carlistas. Faltos estos de artillería, y no sabiendo como procurársela, encargaron á un herrero del país que les construyese un cañon ocultamente. La obra no era fácil, pero el cañon se hizo, y entónces se tropezó con la dificultad de sacarlo del sitio donde se habia construido, que era una villa guarnecida por los republicanos, sin que estos supiesen el género de mercancia que pasaba ante sus ojos. Despues de mil dificultades, envuelto en paja y como si fuera otra cosa, salió el cañon sin novedad y llegó á poder de los carlistas, quienes con él se creian ya invencibles.

La pieza era de hierro, y aunque tosca, hacia fuego, y, sobre todo, ruido; se la montó inmediatamente en una cureña y se creó una seccion de artillería que se puso á las órdenes del bravo jefe don Francisco de Sagarra, que ya en la pasada guerra habia servido en el arma.

El 24 de Marzo, terminados estos preparativos, se emprendió el ataque de Ripoll. Muy confiados los carlistas en el efecto moral que iba á hacer sobre los enemigos su cañon, le colocan en posicion conveniente, disparan, y ¡oh desgracia! el cañon rompe las ruedas de la cureña y se viene al suelo al primer tiro. Afortunadamente, en una de las fábricas inmediatas á Ripoll habia ruedas, se apoderan de ellas los carlistas, reponen las rotas y colocan la pieza en bateria y vuelven á hacer fuego. El cañon y la cureña re-

sisten bien, las granadas que arroja llegan perfectamente á la poblacion, y al tercer ó cuarto tiro, viendo los republicanos que la cosa iba de veras, se asustan y corren á refugiarse en los fuertes que tenian. La dificultad de tomar á Ripoll consistia en la de pasar bajo el fuego del enemigo por el puente que está á la entrada de la villa en comunicacion con la carretera á Vich y Barcelona, pero los carlistas la resuelven cargando el 1.° de Gerona y los Zuaves bizarramente, por la carretera, merced á lo cual pasan el puente y se hacen dueños de la poblacion. Los enemigos se defienden entónces en tres edificios, la iglesia de San Pedro, la parroquia y la casa cuartel, esperando que de Olot ó de Vich, ó de ámbas partes, vendrian á socorrerlos pronto. En efecto, de Vich sale una columna con este objeto, pero tropieza con las fuerzas de Galcerán y Auguet y se da en la Gleva una sangrienta accion que concluye por hacer retroceder á la columna; por desgracia, las fuerzas de Conanglel, que salen á ayudar á las de Vich y toman parte en el combate, hieren mortalmente á Galcerán.

Como la columna no se habia abierto paso siguió entre tanto el ataque á Ripoll. Los carlistas prenden fuego á la parroquia y sus defensores se rinden, excepto cuatro que siguen disparando por lo que Savalls los manda fusilar. Toda la noche continúa el combate contra los dos fuertes, y á la mañana siguiente, para batir de cerca á los enemigos, se coloca el cañon en la casa de Budallers. Allí es herido el jefe de artillería señor Sagarra, pero el cañon se encarga al comandante Serrano Casanova, sigue haciendo fuego, y á su amparo van nuestras fuerzas estrechando á la guarnicion. Entónces saben los carlistas que de Olot viene en socorro de los sitiados una columna, mandan para contenerla parte del 4.° de Gerona y aprietan el ataque. Los de la casa cuartel se rinden sin condiciones, los de la iglesia de San Pedro tambien, y los carlistas dueños, de la guarnicion y pueblo, no pueden sin embargo gozar de la victoria.

La columna que venia de Olot en socorro de los sitiados llega, y los vencedores tienen que salir hácia Capdevanol donde ya estaban los Infantes y Savalls. Al frente de la columna venia un hombre desconocido hasta entónces, el brigadier Martinez Campos, oficial de Estado Mayor que se habia distinguido en Cuba, y que ansioso de láuros venia apresuradamente á libertar á Ripoll. Grande fué su rábia al ver que llegaba tarde, pero ya que no podia libertarla propúsose vengarla y en persecucion de los carlistas se fué hácia Capdevanol. Figurábase que estos eran como los insurrectos de Cuba que jamás daban frente á las tropas, pero se equivocó lastimosamente porque los carlistas le aguardaron, sostuvieron con valor su ataque, le rechazaron, y matándole su caballo le hicieron volver con sus tropas á Ripoll.

En dos dias habian ganado tres victorias los carlistas, y esto animó muchísimo al país y á los voluntarios. El Infante quiso aprovechar este entusiasmo y puso en seguida en ejecucion otro plan parecido, pero más audaz que el de Ripoll, el de tomar á Berga, que, por su posicion, es la llave de la alta montaña de Cataluña. Al efecto, con los batallones de Zuavos, 1.° y 3.° de Gerona y el 1.° de Barcelona, que mandaba el jóven Miret, fué sobre Berga, situando á Auguet con el 1.° de Gerona en Gironella, para contener á la columna que podia venir en socorro de la plaza por Prats de Llutsanés.

Berga, más fuerte que Ripoll, estaba tambien mejor guarnecida. En vez de algunos carabineros y voluntarios la defendian 600 soldados y cuatro compañías de nacionales. Mandaba á estas fuerzas el comandante señor Morales, y además de una muralla con 20 tambores tenia la plaza, para su defensa, un castillo. A la intimacion de que se rindieran contestaron á balazos los republicanos, y los carlistas, entónces, rompieron el fuego de artillería; el cañon viejo ya, tan solo con el servicio hecho en Ripoll, se les descompuso en seguida, más asaltando la muralla entran en el pueblo y á fuerza de valor y de heroismo se van apoderando de todas las obras de defensa y encierran al mayor número de enemigos en el cuartel. Catorce horas dura la lucha, en que se distingue por su temerario arrojo Miret, y al cabo de ellas, los del cuartel capitulan, y los del castillo, viéndose aislados, se rinden. Hiciéronse dueños los carlistas en Berga de 1,800 fusiles y gran número de efectos de guerra, cogiendo cerca de 1,000 prisioneros.

La toma de Berga fué el 27 de Marzo ; causó á los republicanos gran espanto y á los carlistas gran alegría. Era la primera victoria de tanta importancia que conseguian, y para conmemorarla hizo Don Cárlos acuñar una medalla con la inscripcion siguiente : «Berga por Cárlos VII, 27 de Marzo de 1873. »

Don Rafael Tristany volvió á aparecer en Cataluña y á operar por as provincias de Barcelona, Lérida y Tarragona. Asaltó á la Pobla de Segur y la rindió, cogiendo 100 prisioneros, y en seguida, sin combate, se le entregó la guarnicion de Gerri. El 2 de Mayo fué nombrado comandante general de Lérida y Tarragona, y poniéndose al frente de aquellas fuerzas pasó á las inmediaciones de Cardona, donde estaban los Infantes Don Alfonso y Doña María de las Nieves para acompañarlos en la expedicion que proyectaban por Lérida. Tristany, en efecto, los llevó por Pons al interior de la provincia, y sabiendo que en Sanhauja habia fuerzas republicanas de caballería resolvió coparlas. Estaba Sanhauja guardada por 125 nacionales y un escuadron del regimiento de Calatrava. Tristany, el 17 de Mayo, las atacó con el 1.° de Lérida, tomó

el pueblo, y despues de un empeñado combate consiguió rendir á la guarnicion apoderándose de 60 caballos y cerca de 200 armas. Los Infantes, que habian asistido al combate, entraron en Sanhauja el 18, y esta nueva victoria amedrentó á los republicanos y dió ánimos á los carlistas de Lérida.

CAPITULO LVII

Toma y accion de S. Quirse. — Victoria de Alpens. — Asalto y rendicion de Igualada.

Una de las páginas más notables de la guerra de Cataluña, por las circunstancias especiales que en ella concurren, y por las consecuencias á que dió lugar, es la toma de San Quirico de Besora, vulgarmente dicho San Quirse. Hállase este pueblo situado á la derecha de la carretera que de Vich va á Ripoll, casi á mitad de camino de ambos puntos, y por su posicion sobre un rio y por tener algunas fábricas, consideraron conveniente los republicanos fortificarle y guarnecerle. Defendíanle dos compañías del regimiento de América, cuando el 7 de Julio se le ocurrió á Savalls atacarle. A los primeros cañonazos la guarnicion no quiso resistir y se rindió, dejándola Savalls en libertad completa. Los republicanos marcharon á Vich y los carlistas, despues de detenerse algun rato en San Quírico, se fueron á Ripoll, es decir, en direccion opuesta. Los soldados puestos en libertad encontraron á poca distancia á una columna que venia de Vich á socorrerlos, y la contaron lo ocurrido. La columna, mandada por un coronel, se componia de algunas fuerzas del ejército con artillería, y de cuerpos francos ó voluntarios de la república, que no eran modelos en disciplina y subordinacion. Creyendo que los carlistas estaban aun en San Quírico, resuelven vengarse sorprendiéndolos y marchando sobre la villa, emplazan los cañones en posicion conveniente y empiezan á bombardear las casas. Trabajo inútil; los carlistas estaban ya camino de Ripoll. Al saberlo los voluntarios entran en el pueblo que no les resiste y allí, ¡vergüenza causa decirlo! se entregan á toda clase de excesos contra los pacíficos moradores. La sed del oro les perturba la razon, roban y saquean las casas, y no contentos con esto, prenden fuego á muchas, y envuelven en humo y ruinas al pueblo. La iglesia es profanada, las feroces turbas la saquean, y haciendo mofa de todos los objetos religiosos,

tiran imágenes, roban alhajas, se reparten las vestiduras sacerdotales y destruyen ó se llevan cuanto tenia.

Los vecinos consternados huyen pidiendo á Dios el castigo de aquellas profanaciones, y algunos se dirigen camino de Ripoll á dar cuenta á los carlistas de lo que ocurria. Aún no habia Savalls llegado allí, cuando le advierten de lo que pasa en San Quírico. Inmediatamente vuelve sobre él con sus fuerzas y envia por delante un escuadron y dos compañías. Los saqueadores é incendiarios, al saber la aproximacion de los carlistas no tienen valor para esperarlos. Salen del pueblo en confuso tropel para tomar la carretera de Vich. La vanguardia carlista rompe el fuego sobre ellos y la caballería les carga con decision. Los republicanos, que quieren salvar lo que llevaban, solo piensan en huir y no saben resistirla. Los unos son acuchillados, los otros muertos por los tiros de la infantería, y antes de que el resto de las fuerzas carlistas llegase, su vanguardia sola habia puesto en fuga á la columna y sembrado el campo de cadáveres. Al reconocerle, vieron los carlistas horrorizados que casi todos los muertos tenian vasos sagrados ó alhajas que acababan de robar en la iglesia, espectáculo que les impresionó grandemente, por lo que, recogiendo piadosamente los objetos robados, los devolvieron á la iglesia, y entraron en e pueblo para ayudar á los vecinos á apagar los incendios que habian prendido los republicanos.

Terminada la accion vuelven los carlistas á Ripoll, hasta el 9 de Julio por la mañana, en que salen de allí casi sin direccion fija. Aquel dia iban sin embargo á conseguir una victoria importantísima. Cerca de Alpens estaban los Infantes con el batallon de zuavos: Saballs con las fuerzas de Gerona, y un batallon de Barcelona va á incorporarse á SS. AA. Eran las once de la mañana cuando se reunieron y entre todos, por ser cortísimos los batallones catalanes, apenas pasaban de 1,000 hombres. Esto no obstante, animado por las ventajas conseguidas en los últimos dias, el infante Don Alfonso se decidió á atacar á la columna Cabrinety, que era la que por su disciplina y subordinacion y por el valor de su jefe, daba más qué hacer á los carlistas. Savalls, que habia tenido diferentes encuentros con Cabrinety, conocia todo el poder de este jefe, y si no le temia, por lo menos evitaba encontrarle, aun cuando tenia tantas ganas de cogerle, que aquella mañana al salir de Ripoll habia anunciado este propósito. Al saber los deseos del Infante se alegró y se dispuso á ejecutar sus órdenes. Teniendo noticias de que Cabrinety estaba en Prats de Llutsanés, se propusieron sorprenderle durante la noche en dicho pueblo, para lo que fueron al barrio de Alou á esperar que oscureciese, y enviaron una pareja de caballería en observacion á la posada de Vila del Boy. Nunca más claramente que en aquella ocasion se vió confirmado aquel adagio

que dice « el hombre propone y Dios dispone » porque apenas tomadas estas precauciones por los carlistas, tuvieron la suerte de coger dos confidentes de Cabrinety, que enviaba como exploradores, y saber además por la pareja de caballería que tenian apostada, que el jefe enemigo con su columna se dirigia á Alpens. El plan primitivo vino al suelo ante esta noticia, pero decidido el Infante á atacar á Cabrinety, resolvió presentarle accion en el mismo Alpens. Al efecto se mandó á Auguet con su bizarro batallon á apoderarse del pueblo antes que llegara el enemigo que estaba ya inmediato, para que tomase las casas como base de la defensa. Auguet por un lado y los republicanos por otro, llegaron al mismo tiempo al pueblo, y la vanguardia del primero compuesta de trabucaires, se encontró en la plaza con la de los segundos, formada por 70 voluntarios de Solsona. Una descarga de trabucos que hace rodar por el suelo á muchos voluntarios es la señal del combate que se emprende con encarnizamiento desde los primeros instantes. Cabrinety tenia mas fuerzas que los carlistas, pues disponia de tres batallones de cazadores, dos piezas de artillería y 70 caballos, en junto 1,500 hombres; así que al verse detenido se empeñó, contando con su número, en tomar el pueblo. La posicion de Alpens es mala por estar rodeada por montes que formando una sola cordillera, la envuelven por todas partes. Solo tiene entre desfiladeros dos salidas, una á Prats y otra á Borredá. Savalls aprovecha estas circunstancias diestramente y mientras Auguet sostiene el ímpetu de los republicanos en el pueblo, manda á Puigvert con el 3° y 4° de Gerona á cortar la retirada á Prats, y al 1° de Barcelona á las órdenes de Camps, le envia á cerrar el paso á Borredá. Los zuavos y el 1° de Gerona quedan de reserva, y luego van á reforzar á Auguet. Cabrinety con parte de su fuerza, se apodera de algunas casas y sostiene la lucha en el pueblo, mientras la otra parte de su columna, dividida en dos secciones, trata de franquear los caminos á Prats de Llutsanés y Borredá para abrirse paso. Divididos en tres grupos los republicanos no pueden aunar sus esfuerzos, y los carlistas logran interponiéndose entre unos y otros, aislarlos completameute. El grupo de republicanos que trataba de tomar el camino de Borredá agotadas sus municiones, habiendo sufrido muchas pérdidas y viendo que no podia abrirse paso, se rinde prisionero. Los carlistas envian parte de las fuerzas que tenian allí á reforzar el camino de Prats, y otra parte á las órdenes de Sabater á Alpens, donde además llegan los zuavos. La lucha se sostiene en el pueblo durante muchas horas; los republicanos completamente encerrados, tratan de abrirse paso, pero en vano, porque sus salidas son siempre rechazadas: en una de ellas muere Cabrinety, con lo que se desaniman sus soldados, y aunque continúan resistiéndose algun rato, acaban por rendirse

á discrecion á las dos de la madrugada. Los que iban á Prats ya habian tambien depuesto las armas, de modo qqe toda la columna con artillería y caballos quedó en poder de las tropas reales. Solo un comandante y algunos soldados sueltos lograron escapar de aquella terrible jornada, para llevar la noticia del desastre á toda España.

La victoria de Alpens dió á los carlistas catalanes una fuerza moral y material inmensa, porque además de haber concluido con la mejor columna enemiga, contaron con una buena seccion de artillería y un escuadron de magníficos caballos. No se durmieron ademas sobre sus laureles, sino que aprovecharon el pánico causado por la derrota de Cabrinety, marchando al dia siguiente, 11, sobre la villa de Bagá, guarnecida por dos compañías del regimiento de Bailen, á las que intimaron la rendicion. Habia entre estas fuerzas un oficial carlista, el Sr. Cantarero, y varios soldados; así que al segundo cañonazo que se les disparó se apresuraron á rendirse sin combatir. Cantarero y la mayor parte de sus soldados entraron voluntariamente en los batallones carlistas, y los que no quisieron fueron perfectamente tratados y se les mandó á reunirse con los prisioneros hechos á Cabrinety.

No era lo de Bagá, sin embargo, hecho bastante importante para satisfacer el deseo de victorias que despues de lo de Alpens habia entrado á los carlistas; asi que el Infante meditó una operacion que habia de sembrar el espanto en el ejército enemigo. La operacion era difícil, arriesgadísima y muy comprometida, porque ponia en juego á la vez casi todas las fuerzas Reales de Cataluña; pero el Infante se resolvió á hacerla, y una vez dispuesto, llamó á Prats de Llutsanés, donde tenia su cuartel general, á Savalls que andaba por las cercanías. Llegado Savalls le dijo que pensaba tomar á Igualada; y aunque éste, considerando la dificultad de la empresa, creyó que era más fácil tomar á Vich, donde casi no encontrarian resistencia, el Infante no desistió de su propósito. Juntos salieron de Prats y fueron á Suriá, donde se les incorporó el general don Rafael Tristany con las fuerzas de Lérida y Tarragona, reuniendo así más de 3,000 hombres con tres piezas de artillería y unos 200 caballos. Era ésta la mayor concentracion de tropas carlistas que hasta entónces se habia verificado en Cataluña, pero aún no eran muchas para la operacion que se proyectaba.

Igualada, importante poblacion de la provincia de Barcelona, rica é industriosa, era enemiga acérrima de la causa carlista. Cas todos sus habitantes estaban armados y dispuestos á resistir hasta el útimo trance, y además contaban para su defensa con un batallon del regimiento infantería de Navarra y una porcion de soldados de diversos cuerpos. La poblacion estaba además fortificada

por todas partes: exteriormente con una tapia aspillerada, y por el interior con más de cien barricadas, que obstruian las calles y dificultaban el acceso. No habia más remedio que tomar todo aquello á viva fuerza y á pecho descubierto. Los carlistas se acercaron á ella, y á las ocho de la mañana del 18 de Julio, rompieron el fuego. Sabian que la parte más débil de la fortificacion era la que miraba al lado de Calaf, y por allí atacaron. La resistencia fué obstinada: pasóse todo el dia combatiendo, hasta que á la noche parte del 1.° de Gerona saltó las tapias del hospital, é introduciéndose en la poblacion, logró dividir en dos partes á sus defensores. De éstos, los que se ven aislados, combaten con la fuerza de la desesperacion hasta que caen muertos ó son hechos prisioneros; y los que quedan reunidos concentran sus fuerzas en el segundo recinto y empiezan á defender las calles, las casas y las barricadas. Los carlistas protejen la entrada por la parte de Barcelona, de los zuavos y otras fuerzas que por allí sitiaban el pueblo, y ya dentro todos, atacan á la bayoneta á los enemigos. Toda la noche y gran parte del dia 19 se pasa en esta tremenda lucha: los republicanos no abandonan las casas y barricadas sin defenderlas una á una y regarlas todas con sangre propia y de carlistas; pero éstos, haciendo prodigios de valor, las van tomando todas sin desanimarse por las terribles pérdidas que sufren. Por fin, despues de 36 horas contínuas de combate, logran encerrar en el cuartel y en la iglesia á los restos de la guarnicion, y cuando ya iban á rendirlos saben que viene por el camino de Barcelona la columna del Chic de las Barraquetas, fuerte de 1,500 hombres, para socorrer á los sitiados. Los carlistas daban ya por perdidos sus esfuerzos: hacen retirar su artillería y abandonar algunas de las posiciones que ocupaban, no considerándose al pronto con fuerzas para contener á la vez á la columna y á los sitiados; pero ante la idea de perder lo que tanto trabajo les costaba ganar, se deciden á jugar el todo por el todo y siguen sitiando á la guarnicion y envian para contener á la columna de socorro seis compañías del 1.° de Gerona, con la caballería, que no era necesaria en la poblacion. Encuentran estas á la columna en el cercano punto de Vilanoveta y la cargan con tal décision, que la desbandan y dispersan, de modo que parte emprende la fuga á Barcelona, parte es pasada á cuchillo, y el resto, que se habia refugiado en las casas, se rinde. Los de Igualada, esperando el socorro, seguian defendiéndose con teson; pero en lugar de éste llegan los carlistas victoriosos, y entónces ya al anochecer del 19 capitulan.

Los Infantes hicieron su entrada solemne en Igualada y pasaron allí la noche en señal de triunfo. La lucha habia sido reñidisima, la más terrible de Cataluña; 800 hombres perdieron los republi-

canos; más de 300 los carlistas, pues el 1[er] batallon de Gerona tuvo 100 bajas, y los zuavos y demás fuerzas perdieron tambien mucha gente. Los rasgos de valor fueron innumerables, pero distinguióse mucho por su temerario arrojo el coronel don Martin Miret, que mandaba las tropas de Barcelona. Tambien se distinguió el batallon de zuavos, creado á imitacion de los pontificios, por el Infante, y en el que habia algunos oficiales extranjeros que habian servido con S. A. en Roma. Uno de ellos, el holandés Wils, mandaba el batallon. En los momentos en que trataba de tomar una barricada que defendian tenazmente los republicanos, Wils manda, para animar á los zuavos, desplegar la bandera del batallon, que ostentaba la imágen del Sagrado Corazon de Jesus, y marchar con ella al asalto. El abanderado es muerto por una descarga que le hace el enemigo; Wils recoge entónces la bandera teñida en sangre, la enseña á sus soldados, se dirige con ella en la mano al enemigo, pero cae tambien atravesado. Antes de morir arroja la bandera á la barricada donde estaban los republicanos, y los zuavos, para que éstos no la cojan, saltan el obstáculo que se les oponia, toman la barricada, recuperan la bandera y vengan así la muerte de su jefe.

Todo el combate de Igualada está lleno de episodios de esta naturaleza que seria prolijo enumerar; pero que prueban, tanto la heróica defensa de los republicanos, como el más heróico valor que desplegaron los carlistas para apoderarse á pecho descubierto de ellos y de sus fuertes.

CAPITULO LVIII

El coronel Freixa y la Guardia civil. — Accion de Caserras. — Los gefes de Cataluña. — Marcha del Infante.

Hemos dicho diferentes veces que los carlistas para llevar á cabo su alzamiento, contaban con la connivencia del ejérito regular, muchos de cuyos jefes y oficiales en repetidas ocasiones les habian ofrecido poner sus espadas y los batallones ó regimientos que mandaban, á las órdenes de Cárlos VII. Con estas tropas debia en el Norte y en Cataluña, en Castilla y en Andalucía haberse iniciado el movimiento, pero la vigilancia del gobierno de Madrid en unas partes, la delacion de algunos traidores en otras, y la falta de valor y de palabra de casi todos los jefes y oficiales comprometi-

dos, frustraron cuantos trabajos habian hecho los carlistas ántes de la guerra, para atraer á su lado el poder militar del ejército.

Empezada ya la lucha y en campaña los batallones, era más difícil hacer un movimiento militar, porque los jefes y oficiales carlistas que servian en el ejército liberal, ó eran muy vigilados ó tan perseguidos que tenian que escaparse y pasar uno á uno al ejército real. A pesar de estas dificultades, los carlistas no desistian de su propósito y mantenian comunicaciones con algunos jefes y oficiales que militaban en el campo contrario, á fin de que con las fuerzas que mandaban se vinieran al suyo.

Uno de estos jefes, el coronel don Cayetano Freixa, que mandaba el tercio de la guardia civil de Cataluña, se puso de acuerdo con el Infante don Alfonso y el general Tristany para llevar su fuerza á los carlistas, y en vez de faltar como tantos otros á su promesa, tuvo la lealtad de cumplirla y el valor de llevarla á cabo con grandísimo riesgo de su vida.

El coronel Freixa, como jefe superior, residia en Barcelona; parte de sus soldados estaban en la capitanía general; los demás distribuidos por la ciudad, de modo que solo el sacarlos era comprometido y presentaba grandes dificultades. Freixa con corazon esforzado y ánimo sereno las afrontó todas, y sin ponerse de acuerdo con ninguno de los jefes del cuerpo, sin mas auxilo que el de su hijo el capitan don Joaquin, resolvió reunir todas sus fuerzas y pasar con ellas al campo carlista. Al efecto comunicó á la guardia civil de Lérida, Tarragona y Gerona, la órden de acudir en un dia dado al punto que les citaba, y él se propuso sacar la de Barcelona y marchar con ella al lugar de la cita.

Los carlistas por su parte debian acudir tambien para recoger aquellas tropas, teniendo cuidado antes de cortar los telégrafos, á fin de que el gobierno no pudiese impedir la concentracion de los guardias de las otras tres provincias.

Freixa en la noche del 21 de Julio dió á los guardias de Barcelona la órden de salir á campaña; reunió los de los diversos cuarteles, y con 300 infantes y un escuadron de 50 ginetes salió de la ciudad sin decir á donde, y se encaminó por San Boy hácia la montaña. Vencida la dificultad de abandonar á Barcelona, quedábale la mayor, la de hacer saber á sus fuerzas el sitio á donde las llevaba. El coronel Freixa fiado en su prestigio sobre los guardias, en el amor que le tenian, y en que el espíritu de un cuerpo destinado á mantener el órden, era naturalmente hostil á la revolucion y á la anarquía republicana, la abordó de frente. Al efecto al llegar el 22 por la madrugada á la Palma, hizo formar en columna á la infantería y caballería, y apeándose él del caballo, expuso en una arenga á la tropa el propósito con que allí la habia traido. «En el campo carlista, les dijo, está el honor y la dignidad del ejército;

se defiende la Religion, el órden y la Patria; en el republicano solo se encuentra el desórden y la anarquía; yo me voy con los carlistas, vosotros podeis escoger ahora y el que quiera servir á Cárlos VII que me siga.» La mayoría de los guardias, comprendidos los jefes y oficiales, victorearon á su coronel ó se adhirieron con ardor á sus palabras, y ya como carlistas le siguieron para incorporarse á las fuerzas que mandaba Don Alfonso. Tuvieron la desgracia de que estas, escarmentadas sin duda con la falta de palabra de otros jefes anteriormente comprometidos, ó no creyeron que Freixa cumpliria la suya, ó se retrasaron por cualquier otro motivo, pues ni acudieron al punto de la cita, ni cortaron el telégrafo.

El plan de Freixa vino así al suelo despues de haber hecho la parte principal, que era sacar las fuerzas de Barcelona, pues el gobierno impidió por telégrafo que se reunieran los guardias de Lérida, Gerona y Tarragona, envió una columna en persecucion de Freixa, de cuyo lado se habian separado ya algunos jefes, oficiales y guardias, y alcanzándole á los dos dias le desordenó el resto de la gente. Freixa entonces acompañado de su hijo Don Joaquin, de los capitanes del cuerpo Don Antonio Camacho, Don Santiago Fernandez y de algunos oficiales y guardias, logró unirse á los carlistas el 29 y ponerse en Centellas á las órdenes del Infante Don Alfonso, quien los recibió con el aprecio y reconocimiento á que por su decision se habian hecho acreedores.

Justamente las tropas carlistas de Cataluña necesitaban de jefes y oficiales que hubiesen servido en el ejército y tuviesen los conocimientos miltares precisos para convertir las partidas en batallones, regularizar la guerra, y sacar todo el fruto posible de las importantes victorias que á cada paso conseguian, pues estas y los generosos esfuerzos del país, se exterilizaban casi siempre por la falta de acuerdo, la sobra de incuria, y las malas condiciones de carácter, de muchos de los jefes carlistas del Principado.

Para remediar estas faltas, para dirigir las operaciones, para unificar los esfuerzos, habia venido á Cataluña el Infante Don Alfonso, pero aunque S. A. era de corazon recto y amaba ante todo la justicia, su juventud por una parte, los consejos de algunos de los que le rodeaban por otra y el espíritu altivo y algo díscolo de los catalanes, habian dificultado el logro de sus buenos deseos. Las tropas carlistas de Cataluña seguian siendo partidas adornadas con el nombre de batallones, las operaciones se resentian de la falta de unidad, y la autoridad de S. A. era poco apreciada ó desconocida por algunos jefes.

Los voluntarios no querian ser mandados por jefes que no fueran del país; estos, para mantenerlos á su devocion, les permitian libertades no conformes con el órden y disciplina que debe te-

ner un ejército, y rechazaban por lo tanto unos y otros á cuantos querian regularizar la administracion, educar militarmente á los voluntarios y someterlos al sábio régimen de las ordenanzas.

Cuando las tropas republicanas se desordenaron é insurreccionándose contra sus jefes y oficiales al grito de ¡abajo los galones! los echaron de las columnas, heridos en su dignidad, humillados en su amor propio, resolvieron en gran número ir á servir á Cárlos VII. Más de 300, entre jefes y oficiales, hubieran pasado de este modo á nuestras filas, pero sabiendo que eran mal recibidos por Savalls, nada atendidos por los demás jefes, y mirados con desconfianza por los voluntarios, se abstuvieron en su mayoría de ir y privaron á la causa carlista de elemento tan importante para formar un ejército, como es una oficialidad distinguida y resuelta.

Al lado del Infante habia jefes y oficiales procedentes del ejército. El anciano y distinguido don Ignacio Planas, general que habia ocupado ya ántes importantes puestos en España y América, hombre digno, virtuoso y honrado, militar entendido y valiente, conocedor del país y de la gente con quien vivia y organizador por educacion y por sistema; el general Larramendi, de quien tantas veces hemos tenido ocasion de hablar con elogio; el general Moya, que, aunque de mal carácter y de dudoso nombre entre los carlistas, era al fin militar de toda la vida, y Freixa, ascendido á brigadier, procuraban ayudar á S. A. á organizar y regularizar las tropas de Cataluña. Más en cuanto trataban de hacer alguna cosa que tendiera á regimentar la vida de aquella gente ó á coartar las atribuciones de sus jefes, la voz de traicion se levantaba contra ellos y corriendo y circulando de boca en boca, les obligaba á abandonar el campo y á volverse al Norte.

En cambio los jefes del país tenian entre sí rivalidades, aspiraban casi todos al mando supremo y no se favorecian mútuamente. Castell, relevado del mando, vivia en Francia retirado; Tristany, depuesto y oculto durante una larga temporada habia perdido gran parte de su prestigio, y solo Savalls habia ganado en nombre y en fama acaparando además de la de sus victorias la gloria de cuantas conseguian sin él, tanto el Infante como los demás jefes de Cataluña.

Precisamente Savalls, aunque habia pasado gran parte de su vida en un ejército regular, era de todos los jefes de Cataluña el de genio más díscolo, el de costumbres menos regulares, el de carácter más indisciplinado y el de mayor ambicion, asi que conforme iba adquiriendo importancia iba dificultándose el arreglo del ejército de Cataluña. El vulgo, que le veia derrotar columnas, creia que era el hombre destinado á llevar á Cárlos VII á Madrid, pero los que veian que sus victorias eran infructuosas y que jamás sabia aprovecharlas, no podian estar satisfechos de su conducta.

La situacion de los jefes del Principado era tanto más de lamentar cuanto que los voluntarios aguerridos por año y medio de durísima campaña, habian logrado una confianza en sí mismos, una bravura y un valor imponderables. Acostumbrados á los combates iban ya á ellos con una serenidad y una decision tan grande que los republicanos, ni aún con triples fuerzas, podian resistirlos. Asi por ejemplo: á mediados de Agosto de 1873 trataron las columnas enemigas de entrar un convoy en Berga, y el Infante, para impedirlo, reunió á Tristany y Savalls con sus fuerzas. Los carlistas apenas llegarian á 3,000 hombres; los republicanos traian 5,000 para socorrer á la plaza, y 2,000 dentro de ella para salir á ayudarles, y esto no obstante, les presentaron batalla á todos en Caserras el 16 de Agosto, les hicieron un gran destrozo y les quitaron un cañon, que con otro cogido anteriormente en Oristá vino á aumentar la artillería carlista de Cataluña. En la accion de Caserras, donde Tristany y Savalls pelearon al frente de sus tropas como á porfia, el primero fué herido en un pié y al segundo le mataron el caballo que montaba. En Setiembre hubo otra accion en Puigrei muy reñida, más tanto valor y tanta sangre se esterilizaba por las discordias que hemos indicado, y que cada dia iban en aumento, hasta el punto de que, el Infante, viendo que apenas era atendido, despues de devorar grandes amarguras y de exponer repetidas veces á su augusto hermano, el señor Don Cárlos VII, la angustiosa situacion de Cataluña, tuvo que salir de ella y pasar por Francia al ejército del Norte, para exponer de palabra á Don Cárlos, los medios más conducentes para arreglar el desórden que tanto daño hacia á su causa.

Los Infantes, que como hemos dicho llegaron á Estella poco ántes de la batalla de Montejurra, fueron luego á Francia y tardaron aún una larga temporada en volver á Cataluña.

CAPITULO LIX

Tristany en el mando. — Nuevas acciones. — Combates de Bañolas y Olot.

Con la salida del Infante quedó de comandante general interino de Cataluña don Rafael Tristany, que desde Mayo habia mandado las fuerzas de la provincia de Lérida y Tarragona. Tristany, de lealtad inmaculada, de conducta intachable, dotado como militar de un golpe de vista excelente, y que como político reunia tambien ventajosas condiciones, no tenia sin embargo todas las necesarias para encauzar á los demás jefes, ordenar el ejército y mejorar

grandemente la situacion. Supo, sin embargo, sostenerse y contener á los otros, que no fué poco, y á pesar de sus males intestinos los carlistas catalanes siguieron venciendo y los republicanos perdiendo casi todas cuantas acciones libraban.

El 18 de Octubre, Tristany, que habia bajado á la Esplaga de Francoli, supo que la columna mandada por el coronel Maturana, quien por su actividad habia logrado el sobrenombre de el Rayo, habia sorprendido en Prades á unos cuantos carlistas y se habia quedado á pernoctar. Inmediatamente, Tristany se dispuso á coparla, salió para Prades con el batallon de Guías de Cataluña, dos de Tarragona, uno de Lérida y uno de Barcelona, en junto unos 2,000 hombres, y cerró el pueblo por todas partes durante la noche. Al amanecer del 19, Maturana, que era valiente, al saber su posicion empeña un combate encarnizado para abrirse paso á toda costa. ¡Trabajo inútil! Los voluntarios carlistas se baten con un valor admirable, animados por la presencia de los coroneles Cercós y Moore, y las disposiciones de Tristany dan tan excelente resultado, que la columna del Rayo es completamente destruida. Su jefe, el jóven Maturana, es muerto con otros 14 oficiales; otros 12 caen prisioneros con multitud de soldados, y los carlistas, vencedores, cogen un cañon y dos cureñas y casi todas las armas de los republicanos.

En cambio perdieron al valiente jefe don Isidro Pamié Cercós que gozaba de gran prestigio en Tarragona. Los batallones de aquella provincia, tan entusiasta por la causa carlista, quedaron desde entónces á las órdenes del jóven coronel Moore, hombre de valor sereno que estaba dotado, como descendiente de Inglaterra de esa calma habitual á los hijos de Albion que les hace marchar de frente á los peligros y no asustarse nunca aunque los vean muy próximos. Moore, á quien castellanizando su apellido llamaban los voluntarios Mora, mandó á los de Tarragona casi hasta el fin de la guerra y se distinguió por su valor en muchas de las más importantes acciones de Cataluña.

Mientras que Tristany, despues de lo de Prades, aprovechaba el tiempo durante el mes de Noviembre por Lérida y Tarragona, Savalls obtenia tambien algunas ventajas en la de Gerona, que era en la que con más frecuencia operaba, y en una parte de la de Barcelona.

Savalls, que nunca habia cortado la via férrea, que mediante un convenio con las empresas de ferro-carriles dejaba circular los trenes, al ver que los republicanos fortificaban la via en las estaciones de Sils y Empalme para impedirle bajar al Ampurdan, atacó á la primera y la tomó en 23 de Noviembre; los de Empalme se rinden y los otros destacamentos parecidos se retiran para evitar la misma suerte.

A los pocos dias, el 28, Savalls se propuso atacar la importante villa de Bañolas, situada á tres leguas de Gerona, y para lograrlo se encaminó á ella con el 3.er batallon de la provincia y mandó á Auguet con el 1.° y 2.° á contener á las fuerzas que tratasen de socorrer á la plaza. El 3.° de Gerona, á las órdenes de don Manuel Puisgvert, asalta la villa, se apodera de la poblacion y encierra á los republicanos que la guarnecian en el cuartel, el monasterio y la iglesia que les servian de fuertes. Allí se resisten obstinadamente esperando pronto socorro, y, en efecto, acuden á darselo las columnas reunidas de Reyes y Casalís, fuertes de 3,000 infantes, 200 caballos y seis piezas de artillería.

Auguet con los dos batallones 1,° y 2.° de Gerona, los mejores, más aguerridos y más bien armados de Cataluña, presenta accion á ambas columnas en Riudellots de la Creu y emprende con ellas un combate que quedará como uno de los más célebres de Cataluña. En él los carlistas, á pesar de batirse contra doble número de republicanos, les detienen durante seis horas, les cargan á la bayoneta tres veces y concluyen por rechazarlos, causarles cerca de trescientas bajas y hacerles replegarse á un monte. La guarnicion de Bañolas abandona el pueblo entónces, se reune á la columna que marcha, y los carlistas triunfantes entran ya como señores en la villa.

A consecuencia de la toma de Bañolas, vários pueblos de la provincia dejan las armas y abren sus puertas á los carlistas. Savalls para aprovechar la ocasion manda á Puigvert que con el 3.° de Gerona y 50 caballos baje al Ampurdan y recorra aquel territorio, y él, entre tanto, con el 1.° de Gerona y el 2.° de Barcelona más la artillería vá á atacar por segunda vez á Olot, cuya posesion deseaba con ansia.

Puigvert sale el 9 de Diciembre, recorre con felicidad el Ampurdan y los republicanos, atemorizados, desguarnecen y abandonan los pueblos de Aviñonet, Vilafau, Peralada y Rosas. En cambio Savalls, como la vez anterior, encuentra una formidable resistencia en Olot. El 11 le ataca con la artillería, el 12 le asalta con su gente, los republicanos se repliegan y encierran en los fuertes de Altura, San Esteban y Hospicio, pero viendo el corto número de carlistas que los atacan, cobran ánimos, les cargan en una impetuosa salida y les obligan á retirarse del pueblo. Ya al anochecer llegan en auxilio de los carlistas los batallones 2.° y 3.° de Gerona y el 6.° de Barcelona y al verse con fuerzas suficientes, rodean á Olot y le sitian rigurosamente, para no sufrir más pérdidas en nuevos asaltos.

Saballs se estableció en Ridaura y encargó á su jefe de E. M. el distinguido jóven D. Felipe Sabater, baron de Montesquieu que sostuviera el cerco con tres batallones y que los mantuviera á

16

costa de los vecinos liberales de Olot en castigo de haber hecho pagar estos la fortificacion de la villa, á los habitantes carlistas de la misma. A los pocos dias, Savalls con casi todas las fuerzas se marcha y deja á Sabater con un batallon solamente, para seguir bloqueando á Olot. Sabater, que era militar de profesion y que desde el principio de la campaña habia trabajado al lado de Savalls para organizar las fuerzas de Gerona, en cuanto se quedó solo frente á Olot llamó la 1ª y 2ª reserva, es decir, los somatenes y paisanos armados de las inmediaciones que ya ántes habia organizado semi-militarmente, para ayudar á las tropas de combate en casos como el presente, y con ellos sostuvo el bloqueo y rechazó varios ataques y salidas de los sitiados, durante tres meses que estuvo Olot en poder de los republicanos.

CAPITULO LX

Toma de Vich. — Entrada en Manresa y Vendrell. — Copo de la columna de Nouvilas. — Rendicion de Olot.

El año 1874 empezó con gran suerte para los carlistas catalanes, pues D. Rafael Tristany dió en los primeros dias de Enero uno de esos golpes de audacia, tan bien combinados y tan valerosamente llevados á cabo, que honran á cualquier general. Este golpe fué la toma de la importante ciudad de Vich, en la provincia de Barcelona.

Vich ciudad episcopal, rica y poblada, era además de gran importancia militar, porque servia de centro de operaciones á las columnas republicanas que tenian en ella almacenes de armas, vestuario y pertrechos de guerra. Como centro militar, Vich estaba perfectamente fortificado y guarnecido. Tenia para su defensa una muralla exterior con dobles aspilleras, tambores y baluartes; otra interior de mamposteria, las bocas-calles cerradas con barricadas y la catedral y los principales edificios convertidos en otros tantos fuertes. Defendian todo este recinto un batallon de Navarra, algunas compañías de América, 500 voluntarios republicanos, 200 caballos y una seccion de artilleria rodada compuesta de dos piezas krupps de batalla, de modo que sumaban entre todos unos dos mil hombres.

Ni el número ni la fortaleza arredraron á Tristany, quien amagando el 3 de Enero un ataque á Manresa, para llamar la atencion de las columnas hácia aquella parte, volvió á Prats de Llutsanés,

y allí reunió el 8 las fuerzas que habian de atacar á Vich. Componíanse estas del batallon de Zuavos que tanto se habia distinguido en Igualada, del 1.º, 3.º y 5.º de Barcelona, á las órdenes del coronel Miret, del 1.º y 2.º de Tarragona, á las de Moore, y del 1.º de Lérida. Un escuadron de Barcelona y dos secciones de otro, acompañaban á Tristany, quien, por toda artillería, contaba solo con una pieza de montaña.

A las ocho de la noche, llega á las inmediaciones de Vich, y allí distribuye las fuerzas que habian de dar el asalto. Encarga al teniente coronel Querol, con cuatro compañías, la izquierda; al coronel Miret, con el 3.º de Barcelona y dos compañías del 2.º de Tarragona, el centro; y al hermano del célebre Galcerán, con otras cuatro compañías, tambien del 2.º de Tarragona, la izquierda, y él con el resto de las fuerzas, queda de reserva. A las nueve en punto de la noche empieza el asalto; los carlistas bien dirigidos sorprenden á algunas guardias, entran en la villa y al acudir la guarnicion, al ruido del combate, se encuentra con los carlistas dentro del primer recinto y tiene que retroceder y abandonárselo. Los republicanos, reponiéndose enseguida de la sorpresa, empiezan á defenderse con bravura, y durante treinta y seis horas, sostienen un combate encarnizado, en todas las calles barricadas y casas. Tristany, Miret, Moore y Galcerán, al frente de los suyos, dirigen el ataque durante aquel dia y medio de contínuo batallar, y apoderándose una á una de todas las posiciones, logran encerrar á los republicanos que aún quedaban en la catedral, último baluarte de su defensa. Parte de la guarnicion huye y se salva; la otra se rinde y los carlistas se apoderan del batallon de Navarra, de 130 caballos y de dos cañones Krupps con todas las municiones y armamento que habia en depósito. Los republicanos tuvieron 42 muertos y 105 heridos y más de 200 prisioneros, mientras que las bajas de los carlistas, fueron relativamente cortas.

La lucha habia sido horrible, y la victoria asombró tanto á los carlistas, que apenas la creian. Al dar cuenta de ella al Infante, decia Tristany en su parte oficial estas palabras, muy parecidas á las que empleaba Elío al hablar de la toma de Estella. « Un sueño » parece, Serenísimo Señor lo ocurrido. A las treinta y seis horas » todo estaba en nuestro poder, lo que más que al valor de nues- » tras tropas, hay que atribuirlo á la milagrosa proteccion de la » Providencia que cada dia se vé con más claridad. »

La toma de Vich proporcionó á los carlistas gran cantidad de armas y municiones, y considerables recursos para sostener sus tropas que no andaban, los dias anteriores á ella, muy sobradas.

Tristany meditó al poco otro golpe parecido, y el 4 de Febrero

con los batallones de Zuavos, 1.°, 2.° y 3.° de Lérida, 1.°, 3.° y 5.° de Barcelona y una pieza de montaña, cayó sobre la importante poblacion de Manresa que defendia un batallon de América, los de voluntarios republicanos de Berga y Figueras, y cerca de 1,000 paisanos del mismo Manresa, armados en milicia. Tenia además de estas fuerzas tres cañones, uno de ellos de grueso calibre, y la seguridad de ser prontamente socorridas; de modo que necesitaban los carlistas terminar pronto la lucha, apoderándose de la poblacion. A las diez de la noche la atacaron bruscamente por un solo punto, y á pecho descubierto penetraron en la ciudad y fueron apodérándose de los fuertes. Aquella misma noche, 200 soldados liberales, asustados de la violencia del ataque, abandonan uno de los fuertes y salen de la poblacion; en la madrugada del 5 se escapan tambien los que guarnecian el fuerte de Puigterrat, y no quedan mas que unos 500 hombres encerrados en la catedral. Los carlistas, dueños ya de la poblacion, se preparaban á rendirlos, cuando saben que llega en socorro de los sitiados la columa Mola y Martinez. Mandan al 4.° de Tarragona á detenerla y mientras este la entretiene, recogen mas de 1,000 armas, el cañon de á 16 que tenian los republicanos, mas de sesenta prisioneros y se marchan mandando á los habitantes destruir la fortificacion. Durante el ataque, en que como en todos se distinguió mucho Miret, habian tenido los carlistas 15 muertos y 40 heridos, y más del doble los republicanos.

Aunque no tan completa como la de Vich, la entrada en Manresa fué celebrada como victoria por los carlistas, que no creyeron hubiera ya plaza alguna en Cataluña capaz de resistir á sus acometidas.

Entretanto las fuerzas de Saballs, que no habian tomado parte en estos combates, seguian bloqueando á Olot, bloqueo que daba ocasion á multitud de choques con la guarnicion que salia y con las columnas que entraban á socorrer á los sitiados. Los más importantes fueron el asalto de 19 de Enero, en que los carlistas despues de llegar hasta la plaza de Olot, fueron rechazados; una accion librada el 3 de Febrero en Castellfollit, contra una columna; otra en Ridaura el 6, el combate de San Juan les Fons, dado el 8 y otro sostenido el 11 en el ya célebre paso de Rindellots de la Creu, en el que la columna Pieltain fué destrozada y obligada á encerrarse en Sarriá.

Por este tiempo Saballs, llamado al Cuartel Real, en virtud de las quejas del Infante, va al Norte, se presenta á Cárlos VII en S morrostro, cuyas posiciones visita el 21 de Febrero y detenido arrestado unos dias, hasta dar explicaciones de su conducta, vuc ve á Cataluña á principios de Marzo.

Tristany conseguia entretanto una nueva victoria, apoderá

dose el 3 de Marzo de Vendrell y cogiendo allí dos cañones, 600 fusiles y 17 caballos, de modo, que Saballs, al ver que todas conseguian victorias menos sus fuerzas, que seguian atacando infructuosamente á Olot, se preparó á rendir á toda costa á aquel pueblo que hacia ya mas de tres meses le resistia.

Al efecto reunió en Vich las fuerzas de Gerona y las de Barcelona, mandadas estas por Miret que tanto se habia distinguido en los asaltos anteriores, y el 8 marchó con ellas sobre Olot. Mandó á Auguet con el 2.° y 3.° de Gerona á Mieras, para que vigilase á la columna Nouvilas y él marchó sobre la codiciada villa, con el 1.° de Gerona, el 1.°, 2.° y 5.° de Barcelona y tres compañías del 3.° á las órdenes de Miret.

Era ya para los carlistas catalanes, tres veces rechazados de Olot, cuestion de honra apoderarse de él; así que en la noche del 9 de Marzo le asaltan con una bravura indescriptible y consiguen penetrar en el recinto. El batallon de Manila y los voluntarios republicanos confiados en los anteriores sucesos, se defienden tambien con un valor heróico, pero los carlistas logran encerrarlos el 10 en los fuertes y rechazar la salida que intentan. El combate continúa el 11, y aquella tarde saben que viene en socorro de la plaza la columna Nouvilas, y entónces se retiran con tal desgracia, que el coronel Marti y una compañía que estaba en una casa, son hechos prisioneros por la victoriosa guarnicion.

Por cuarta vez Olot se escapaba á los carlistas; pero éstos, en vez de desmayar, revuélvense airados contra la columna que venia á quitarles la presa, y ocupan las posiciones de Castellfollit para impedirla el paso. Entónces fué cuando tuvo lugar la victoria más memorable del ejército catalan, el copo completo de la columna Nouvilas.

Ocupaban, como hemos dicho, los carlistas las posiciones de Castellfollit, en la carretera de Olot á Gerona, cuando el 14 de Marzo saben que el general enemigo Nouvilas con 3000 infantes, 200 caballos y 4 piezas de artillería venia de Tortellá y Arguelaguer por Besalú á atacarlos. Entre todos no sumaban los carlistas tantos hombres como los que tenia Nouvilas; pero, confiados en su esfuerzo y en la escabrosidad del terreno, no solo le esperan sino que van á buscarle. Venia Nouvilas por Montagut y sierra de Toix á Castelar, y los carlistas, para entretenerle. envian algunas fuerzas que le atacan en este punto. Nouvilas, al verlas, comete la imprudencia de detenerse, y dá así tiempo de llegar á los batallones que por distintos puntos venian sobre la columna. En lucha ésta con el 1.° de Gerona, llega Auguet con el 2.°; el 1.° se repliega, y el enemigo creyendo que se retiraba, se apodera muy ufano de la sierra de Toix, punto justamente de cita de los demas batallones. Allí, en efecto, acuden Miret y Galcerán con el 5.° de

Barcelona y algunas compañías del 3.°, y allí le cargan por todas partes, y el 2.° de Gerona con Auguet, se apodera de la artillería. Nouvilas aún tiene energía para rehacer su desbaratada columna y formarla, mas entónces llegan nuevas tropas carlistas, le rodean por todas partes, y entusiasmadas por la victoria, se lanzan á la carga sobre los asombrados republicanos, á los que causan 200 bajas. Nouvilas, á quien en aquel terreno estorba su caballería y bagajes, no puede abrirse paso. Llega la noche y con ella la confusion y el pánico entre los republicanos, y Nouvilas, perdido por completo, se rinde á discrecion con sus tropas, caballos, cañones y bagajes. Componíase la columna del batallon de Navarra, cogido ya ántes en Vich, de el de Cádiz y de los de cazadores de Arapiles y Barcelona, más secciones de guardia civil y carabineros; una batería completa, dos escuadrones y 70 acémilas. De todo ello y de 70,000 duros que traian, se apoderaron los carlistas, quienes no cabian en sí de gozo al ver en su poder y á costa solo de unas 70 bajas, las mejores tropas republicanas de Cataluña.

El efecto moral de esta victoria fué inmenso, y su primera consecuencia la entrega de Olot. Sabater, como jefe de Estado mayor de Savalls, participó al jefe de cazadores de Manila, que guarnecia la villa, el suceso: le hizo comprender que los carlistas victoriosos asaltarian nuevamente á Olot; que ahora no podia ser socorrido en mucho tiempo y le propuso que capitulase. Accedieron los republicanos y se firmó la capitulacion más curiosa de la presente guerra. Los republicanos se comprometieron á entregar la poblacion con sus fuertes, cañones, municiones y efectos de guerra existentes en los almacenes, y los carlistas en cambio, les concedieron el salir en libertad, armados y llevando 10 cartuchos por plaza. Pidieron además los de Manila ir á Barcelona, y para acompañarlos y que no les hicieran fuego las tropas carlistas, fueron hasta las puertas de la capital de Cataluña, escoltados por dos parejas de caballería del escuadron de Gerona.

¡Curioso espectáculo debió ser el de un batallon de cazadores republicanos, armado, marchando bajo la proteccion de cuatro ginetes carlistas!

Al fin, el 17 de Marzo, Savalls entró en Olot que tanta sangre le habia costado; y allí, en los fuertes que ocupaban ántes los prisioneros carlistas, encerró á la columna Nouvilas. Se apoderó al entrar de la artillería, armas sobrantes y cartuchos que habian dejado los de Manila; de modo que en tres dias recogió siete cañones, cerca de 4,000 fusiles y más de 200 caballos.

La rendicion de Olot produjo la de otros 20 pueblos fortificados, y el copo de Nouvilas espantó tanto á las otras columnas, que en mucho tiempo no se atrevieron á socorrer más pueblos. Savalls,

para acabar con los enemigos, se detuvo pocos dias en Olot. El 21 de Marzo cayó sobre Blanes, derrotó á dos batallones de voluntarios y se apoderó de la villa y dos cañones. La guarnicion de Tordera capituló el 23 y le entregó 1,200 fusiles; la de Llagostera se fué dejándole dos cañones el 25, y la de San Feliu de Guixols el 26; de modo que en una semana recogió casi tantas armas como las que en la anterior habia ganado, y se quedó dueño y señor de la provincia de Gerona, pues los republicanos tan aterrorizados estaban, que se encerraron en la capital y en el formidable castillo de Figueras.

Savalls tuvo en aquellos dias la suerte de Cataluña en sus manos, pues nadie se atrevia á resistirle. Era esto al fin del mes de Marzo, justamente cuando el ejército Real del Norte derrotaba en la batalla de los tres dias, frente á San Pedro Avanto, al de Serrano; de modo que nunca, en toda la guerra, estuvo tan cercano el triunfo de los carlistas como entonces. Sin embargo, ni en Cataluña ni en el Norte se aprovecharon aquellas estupendas victorias, y los republicanos cobraron ánimos y fueron rehaciendo sus destrozados ejércitos.

CAPITULO LXI

Paso del Infante al Centro. — Organizacion y caracter del ejército catalan. — La diputacion del Principado.

A las victorias del mes de Marzo siguió un período relativamente próspero y de descanso en el mes de Abril, pero la situacion interior de los carlistas catalanes no mejoró. Las rivalidades entre los jefes siguieron, y como la conducta de Savalls dejaba que desear al Infante, éste al volver á Cataluña para pasar al Centro, suspendió del mando á Savalls y le tuvo arrestado algunos dias. Queria S. A. al volver á aquel ejército, castigar á una de sus cabezas, para que las demás viendo su energía, se corrigieran, pero esta medida no produjo los resultados que se esperaban. El Infante Don Alfonso, siempre acompañado de su esposa, doña María de las Nieves, volvió á entrar de nuevo en campaña por Cataluña á principios de Mayo y se reunió á las fuerzas de Tristany. Iba con él, con Freixa, Miret y algunos batallones de Barcelona y el 2.° de Gerona, que en ausencia de Auguet mandaba el bravo y honrado Vila de Viladrau, cuando casi de sorpresa les

atacaron en Prats de Llutsanés las columnas reunidas de Esteban y Cirlot, que en junto tenian unos 6,000 hombres. Los carlistas se vieron muy apurados pero se salvaron, gracias á su acostumbrado arrojo. El 2.° de Gerona estuvo rodeado por los enemigos y á punto de ser copado; más ántes que rendirse, Vila de Viladrau que lo mandaba y que era hombre de gran corazon, cargó á la bayoneta tan decididamente sobre la mayor columna que le cerraba el paso, que ésta retrocedió y le dejó salir del círculo de hierro en que le tenia encerrado. Miret fué nuevamente herido en esta accion, que costó casi tanto á los liberales como á los carlistas, y no tuvo ningun resultado positivo.

El Infante fué á Solsona el 13 y reunió allí con Tristany casi todas las tropas de Cataluña. Proponíase S. A. pasar el Ebro para ir á mandar personalmente el ejército del Centro, pero ántes quiso arreglar y organizar definitivamente el de Cataluña. Para ello decidió nombrar á Tristany comandante general en propiedad del Principado, y organizar con las fuerzas de las cuatro provincias dos divisiones. La primera comprendia las fuerzas de Gerona y Barcelona, y la segunda las de Lérida y Tarragona. Dió el mando de la primera division á Savalls, que con esto volvió á su gracia, y el de la segunda á don Francisco Tristany, hermano de don Rafael. Entre las dos divisiones tenian cuatro brigadas. La primera mandada por Auguet, constaba de cuatro batallones de Gerona, los mejores sin disputa de Cataluña. La segunda mandábala Miret, y constaba de siete pequeños batallones de Barcelona. La tercera, á las órdenes de don Francisco Tristany, la componian los cinco batallones de Lérida, y la cuarta, que mandaba Moore, otros cinco de Tarragona. Estos 21 batallones apenas llegarian á 8,000 hombres, pues tan corto era el número de sus plazas que, excepto los de Gerona, ninguno tenia 400.

En cambio poseia cada brigada magníficos escuadrones formados con la caballería cogida al enemigo. Los de Gerona y Barcelona en equipo, armamento y monturas nada tenian que envidiar á los de cualquier ejército regular. Tenian ya los carlistas, con los cañones cogidos, organizadas completametamente dos baterias de montaña que marchaban con la infanterla, pero las piezas de batalla y sitio, de que se habian apoderado en diferentes pueblos, estaban ocultas para que no las recuperase el enemigo.

El armamento de la infantería dejaba mucho que desear, porque aunque los carlistas habian cogido en Cataluña millares de fusiles no se habian cuidado los jefes de uniformarlos, asi que en cada batallon habia armas de tres ó cuatro clases distintas, cosa muy perjudicial para la guerra. Tampoco tenian los catalanes fábricas de cartuchos metálicos, de modo que las más de las veces andaban escasos de municiones y aún faltos completamente, en

cuyo caso apelaban para proveerse de ellas al supremo recurso de asaltar una plaza fuerte y tomarla á pecho descubierto. El asalto de una plaza, sin artillería que la bata de antemano y abra brecha, es siempre operacion arriesgadísima, y sin embargo era la que con más frecuencia emprendian y en la que mayor éxito obtenian las tropas reales de Cataluña. Ni fosos ni murallas, ni barricadas, ni fortalezas en regla detenian á los catalanes, quienes acometedores por carácter, marchaban impávidos contra todas las dificultades que se presentaban y las vencian con su esfuerzo y arrojo.

El natural ardor de los catalanes hacíales que en campo raso se batieran admirablemente mientras iban avanzando, que su tendencia fuera á atacar al arma blanca y que más bien necesitaran los jefes contenerlos que empujarlos, para que no comprometieran el éxito de los combates. En cambio, ni guardaban órden en las batallas ni calma y prudencia en las retiradas, pues cada voluntario tendia á marcharse por donde creia encontrar mejor salida. Esto probaba la falta de disciplina que habia entre los catalanes, porque nunca tanto como en los casos adversos sirve el órden para aminorar las ventajas del enemigo.

La caballería, que como hemos dicho era magnífica, prestaba á los carlistas grandes servicios. Constantemente estaban los escuadrones catalanes sobre las columnas enemigas, hostigándolas con sus disparos, persiguiendo á sus confidentes, cogiendo á sus rezagados y avisando de todos los movimientos á los jefes carlistas. Los escuadrones catalanes, comprendiendo perfectamente la mision de la caballería en los tiempos modernos, protegian, envolvian y auxiliaban á sus tropas y vigilaban y hostigaban á las contrarias. Cuando llegaban las raras ocasiones de pelear que ahora encuentra la caballería, la carlista cargaba con bravura, ora contra los escuadrones republícanos, ora contra la infantería que marchaba en desórden. Así, por ejemplo, en San Quirse, en Tordera y en Bañolas y en otros puntos, un solo escuadron destrozó y acuchilló á columnas republicanas que retrocedian ante los fuegos de nuestros infantes. Llegaron los carlistas catalanes á tener más de 400 caballos, divididos en cinco escuadrones que nunca reunieron en regimientos.

La artillería de montaña que tenian era ocho piezas de bronce rayadas, cogidas á Cabrinety, Maturana y Nouvilas con los mulos y atalajes correspondientes, de manera, que estaba materialmente tan bien montada como la del ejército republicano. No tenian en Cataluña los carlistas los oficiales facultativos necesarios para montar maestranzas, fábricas y fundiciones, pues solo uno, el coronel don Amado Claver, jefe dignísimo, estuvo algun tiempo con el Infante, asi que hicieron en Camprodon y otros puntos

obras que carecian de aquella perfeccion que lograron en el Norte las fábricas de Azpeitia, Arteaga y la de proyectiles de Vera.

La vida errante que llevaban las fuerzas catalanas, y el no tener hasta que tomaron á Olot ningun territorio fijo dominado por ellas, hacia que no diesen ninguna importancia á la artillería, que más bien les estorbaba que les ayudaba. Por esto ocultaron los gruesos cañones cogidos en Olot y Manresa y las piezas Krupp de que se apoderaron en Vich.

Tampoco el cuerpo de Ingenieros estaba muy adelantado en Cataluña, porque ni les gustaba á los voluntarios batirse detrás de trincheras, ni habian comprendido aún los jefes toda la importancia que se daba en el ejército del Norte á la construccion de zanjas y parapetos como medio de defensa en los combates. Esto no obstante, habia en Cataluña un par de compañías de ingenieros que en algunos raros casos hicieron ligeras obras de fortificacion.

En cambio todos los jefes catalanes tuvieron gran empeño en organizar en sus brigadas el célebre cuerpo de Mozos de Escuadra, que tan popular habia sido en el Principado por los grandes servicios que en pró del órden habia hecho, persiguiendo criminales y defendiendo la propiedad. La revolucion disolvió á los Mozos de Escuadra por considerarlos reaccionarios, y los carlistas, obrando hábil y políticamente, trataron de reorganizarlos para que el país viera que favorecian lo bueno.

Ya Castell, al iniciar el movimiento en Abril del 72, llevaba en su partida Mozos de Escuadra, que luego fué aumentando. Savalls, Tristany y Miret, tambien organizaron compañías de Mozos que marchaban casi siempre á vanguardia, servian de escolta á los generales y se batian cuando llegaba el caso, como soldados aguerridos que eran todos.

Los Mozos de Escuadra conservaron entre los carlistas su trage tradicional, sin abandonar siquiera su molesto sombrero de copa alta por la boina. En las demás tropas catalanas habia una variedad de uniformes extraordinaria.

Los zuavos creados por el Infante llevaban la chaquetilla abierta y el ancho calzon gris que usaban los del Egercito pontificio, sin más diferencia que la de haber sustituido la boina al kepis que llevaban los de Roma.

El batallon de Savalls, 1.° de Gerona, usaba el trage de su general, boina roja, levita encarnada y pantalon azul turquí los oficiales, y blusa roja, en vez de levita, los soldados. El 2.° de Gerona, ó de Auguet, se distinguia por sus blusas azules y sus barretines ó gorros del país. Los demás batallones llevaban losuniformes que el Infante con gran generosidad habia comprado en Perpiñan, ó los que les habian procurado sus jefes, ó en último resultado no llevaban ninguno, como sucedia con casi todas las fuerzas de Tarra-

gona que aunque entusiastas eran las mas pobres de las catalanas.

La caballería estaba en cambio perfectamente uniformada. Los escuadrones de Gerona y Barcelona usaban boina blanca ó roja, dolman de paño encarnado con alamares negros, pantalon azul con franja roja y media bota de cuero. Sables toledanos y tercerolas Remington cogidas al enemigo eran su armamento, y los caballos y monturas las que usaban los republicanos.

Entre infantería, caballería y demás cuerpos, apenas llegaban los catalanes á 10,000 combatientes y nunca pudieron pasar de esta cifra, á pesar de los millares de hombres que tuvieron alistados en los somatenes y reservas, y de los millares de fusiles que les repartieron. La razon de este corto número de tropas es muy sencilla; los voluntarios catalanes costaban mucho. Los primeros jefes que levantaron partidas cometieron la grave falta de dar á cada soldado dos pesetas diarias, y los voluntarios se acostumbraron á este sistema y no quisieron admitir otro. Así era desconocido en Cataluña el racionamiento de las tropas; los jefes no se cuidaban más que de sacar el dinero necesario para pagar á sus soldados, y estos con su dinero se mantenian y vestian. Cuando no habia fondos surgían graves conflictos, y hasta motines, y cuando los habia y no peleaban, se hacian viciosos jefes y soldados. La oficialidad estaba mal pagada y como la administracion no marchaba nada bien, se cometian abusos y excesos que desmoralizaban á las tropas. Por estas razones aquel ejército no aumentaba ni prosperaba, pues á pesar de sus victorias, siempre faltaba dinero para mantenerle.

Al volver los Infantes en Mayo, aunque no se detuvieron en Cataluña más que unos dias, quisieron hacer algo para mejorar la situacion del principado. Al efecto el 17 dió Don Alfonso una órden á Tristany para que organizase la administracion y servicios públicos, y le encargó que obrase en armonía con los demás jefes, concentrase verdaderamente el mando, y organizase el ejército bajo la base de la más severa disciplina. Encargó además S. A. á Tristany que centralizase la direccion de los hospitales, correos y confidencias, y le mandó que le diese cuenta de todo la que hiciera, pues él iba á partir inmediatamente par Valencia y Aragon.

En efecto, SS. AA. saliendo de Solsona, y atravesando sin detenerse, el campo de Tarragona, abandonaron á Cataluña á últimos de Mayo, y pasando el Ebro frente á Flix, se reunieron al ejército carlista del Centro. Pasaron tambien con SS. AA. los generales Freixa y Moyá, el batallon de zuavos, una batería de montaña, un batallon formado con soldados desertores ó prisioneros del ejército enemigo y el 5.º escuadron de Cataluña. Queria además Don Alfonso que pasara Miret con la brigada de Barcelona para ayudar

á los de Aragon y Valencia, pero como aun hacian falta aquellas fuerzas en el principado, las dejó que contlnuaran allí.

Para que la obra de reorganizacion que encargaba el Infante á Tristany fuese ayudada en lo civil y administrativo por personas de autoridad y arraigo, era necesasio que, á ejemplo del Norte, se crease una diputacion que entendiese en la recaudacion de impuestos, distribución de fondos, administracion del país y cuidara de que el ejército estuviera bien atendido. La idea era excelente, y cuando se llevó á cabo nombráronse para la diputacion catalana personas dignas, honradas y queridas en el país; pero los males de aquel ejército eran tan grandes, que no podia ya desarraigarse ni corregirse.

CAPITULO LXII

Viage por Cataluña. — Los brigadieres Auguet y Miret. — El paso del Ebro

Aunque el Infante pasó al Centro conservó el mando en jefe de las fuerzas catalanas que formaban un solo ejército con las de Aragon y Valencia; pues queria S. A. unificar las operaciones y ayudar con las primeras á las segundas. Precisamente los catalanes que tambien tienen un exagerado amor á su país, no querian de ninguna manera salir de él y esto y otras muchas causas secundarias, produgeron tal tirantez de relaciones entre el Infante y Tristany y los demás jefes catalanes que todos reclamaron á don Cárlos pidiendo la separacion de los dos ejércitos de Cataluña y del Centro y la independencia del primero.

En esta situacion estaban los carlistas cuando pasé por Cataluña. La agitacion de los ánimos era tan grande, que desde que entré por Camprodon tuve mil ocasiones de convencerme de ella por las conversaciones que jefes y oficiales tenian. Lizárraga, despues de ver á Savalls, fué con él á conferenciar con Tristany que, enfermo y disgustado, estaba oculto en las inmediaciones de Olot; trató al llegar á esta villa, de arreglar aquellas diferencias que tan perjudiciales eran á la causa; y al efecto, despues de conferenciar con los generales y jefes, habló con los principales propietarios y logró que éstos retirasen la exposicion que habian enviado al Norte, á cambio de la promesa que les hizo de apoyar una peticion

y proyecto concediendo atribuciones á la diputacion del Principado, que habia escrito el Sr. Milá de la Roca.

En Olot tuve ocasion de ver los batallones de Savalls y Augue y aquel magnifico escuadron de Gerona del que tantas veces hemos hablado con elogio, que eran sin disputa las mejores tropas de Cataluña. En Olot ví tambien más de 600 prisioneros entre oficiales y soldados de la columna Nouvilas, á los que Savalls tenia encerrados y trataba entónces con bastante consideracion.

Olot donde tanto tiempo habian resistido los republicanos, es una poblacion tan carlista que por su entusiasmo me recordaba los pueblos de Navarra y provincias vascongadas. Era el cuartel general de Savalls y siempre que la visitaban él ó sus tropas, recibianle los habitantes con ardientes aclamaciones y frénetica alegria.

Salímos de Olot el 1° de Julio al amanecer y al despedirnos de Savalls nos dió la noticia de que las tropas del Norte habian conse guido una importante victoria en Estella. De Olot, subiendo las terribles montañas del Esquirol, fuímos por el Coll de Cabra á Manlleu, donde encontramos al brigabier Miret y acompañados por él entramos ya de noche en Vich.

En el camino habíamos recibido noticia detallada de la victoria de Abárzuza y la muerte de Concha, de modo que eramos los primeros en llevar á Vich la importante nueva. Esperaban allí á Lizárraga las tropas y habitantes, así que al llegar este, la noticia corrió de boca en boca y el pueblo en masa se apresuró á celebrarla. Vich en su inmensa mayoría es carlista, tan carlista como pueda serlo Estella, y aquella noche lo demostró manifestando ruidosa y frenéticamente su alegría por la victoria obtenida. Echáronse á vuelo las campanas de las iglesias, ilumináronse todas las casas, salieron por las calles las músicas de los batallones y la de la ciudad, y hombres, mugeres y niños, aclamando á Cárlos VII y al ejército del Norte, se dirigieron á la catedral, donde iba á cantarse un solemne *Te Deum*. en accion de gracias. Aunque grande y espaciosa, la catedral llenóse de gente. Al salir de ella volvieron las aclamaciones y vivas á atronar el espacio ¡y las músicas á recorrer las calles y plazas manifestando el pueblo su alegría con bailes y regocijos hasta bien entrada la noche. Aquellos transportes de júbilo, aquel entusiasmo general, aquella espontánea alegría que encontraba en Vich me demostraban que los sentimientos carlistas, que el amor á la causa de la religion y de la monarquía eran tan populares en aquella parte de Cataluña como en Navarra, y me confirmaron en la idea que adquirí en el Norte de la inmensa fuerza y arraigo que los principios simbolizados por nuestra bandera, tienen en el pueblo español.

Al llegar á Manlleu encontramos al brigadier Miret que vino con nosotros á Vich y esto me ofrece ocasion de decir algunas pa-

labras sobre dos de los jefes más importantes de Cataluña; D. Francisco Auguet y D. Martin Miret.

Auguet, que habia entrado en campaña con Savalls era ya brigadier y mandaba las fuerzas de Gerona. Miret era tambien brigadier y comandante general de las de Barcelona. Uno y otro habianse hecho notables por su valor y por su arrojo en la guerra y populares en el país, por sus victorias. A parte de esto ni en edad, ni en figura, ni en carácter, tenian la menor semejanza.

Don Francisco Auguet tendria unos cincuenta y dos años; habia ya servido anteriormente á los carlistas y vivia del comercio emigrado en Francia cuando empezó esta guerra. Entró entónces en Gerona y fué en la dura campaña que se hizo en aquella provincia el más poderoso auxiliar de Savalls. Tan conocedor del país como él, dotado de un genio más reflexivo, de un carácter más firme y de un enérgico temple de alma, no habia para Auguet dificultades. Siempre, aunque fuera con fuerzas inferiores, se batia con ventaja contra el enemigo, y entusiasmaba con su serenidad, con su acierto y con su ejemplo. Tenia á sus soldados en completo órden, mantenia la disciplina en todo su vigor, y duro y severo con los suyos, no les permitia excesos de ninguna clase. Su batallon, el 2.º de Gerona, fué bien pronto modelo en todo y terror de los republicanos, que le conocian de lejos solo en el mayor órden con que peleaba. Auguet era honradísimo, sóbrio y modesto personalmente hasta el punto de rechazar cuantos elogios le prodigaban y no querer admitir ascensos. «Si yo no sirvo para mandar más que un batallon, solia decir las raras veces que hablaba, ¿para qué darme una brigada?» Y, en efecto, Auguet se contentó siempre con hacer un papel secundario en la provincia de Gerona, en la que Savalls mandaba á su antojo. Auguet iba donde le enviaban, combatia en las condiciones que le ponian, y con tal heroismo se portaba en todos los encuentros, que él solo los decidia casi todos en favor de los carlistas. Las gentes que veian que Auguet estaba siempre en primera línea, y que Savalls se hallaba siempre alejado del combate; que veian que en los momentos decisivos Auguet era el que tomaba las resoluciones arrojadas y daba, al frente de los voluntarios, aquellas impetuosas cargas á la bayoneta, de que Savalls tenia noticia cuando se las contaban despues de la victoria, decian que Savalls debia á Auguet su fama y su nombre. En este juicio habia evidente exageracion: Auguet ejecutaba admirablemente lo que se le mandaba; tenia buen golpe de vista militar para acudir al momento donde era preciso, pero ni concebia los planes de combate, ni las operaciones combinadas. Eso lo hacia Savalls, quien despues de dar las disposiciones, enviaba las tropas al combate y solia quedarse lejos esperando la noticia de la victoria. Savalls era el pensamiento y

Auguet el brazo ejecutivo; uno y otro se completaban, y juntos obtuvieron grandes victorias, mientras que si se hubiesen separado regularmente hubieran sido vencidos.

Auguet parco en palabras, grave en su trato, modesto en su porte, es hombre de buena estatura, regulares facciones y severo pero simpático rostro. Usaba bigote y perilla rubios, y en sus modales y maneras veíase al militar de conviccion. En su mirada fija y penetrante revela el valor sereno y la inflexibilidad de carácter que le distinguian y ese golpe de vista tan certero que le ha hecho ganar tantas acciones. Vestia cuando yo le ví un traje elegante por lo sencillo, compuesto de boina roja, guerrera azul oscura con botones dorados y pantalon azul con franja encarnada. No llevaba insignias que indicasen su grado, ni condecoraciones que recordasen sus hazañas, pero decian de sobra quién era, el respeto y la consideracion con que le saludaban soldados y paisanos.

D. Martin Miret, brigadier y comandante general de Barcelona, tenia 28 años, estaba dotado de un carácter impetuoso y ardiente; y era, como jóven, vivo y entusiasta. Su fisonomía expresiva, su animada conversacion y la movilidad de sus facciones, demostraban su genio belicoso é inquieto y su decision y bravura. Miret estudiaba en la Universidad de Barcelona cuando salió á la guerra. Se puso al frente de una partida, proponiéndose ser general; y lo fué á costa de su sangre y de su ingenio. Estudió táctica, organizacion militar, regularizó cuanto pudo sus batallones, pero sobre todo se batió con tal denuedo y arrojo y expuso tanto su vida, que acabó por lograr la posicion que tenia. La especialidad de Miret era el asalto y toma de pueblos fortificados: distinguiéndose en los de Berga, Vich, Igualada y Manresa, que hizo en combinacion con las demás fuerzas, y en otros varios que llevó á cabo con las suyas. En ellos recibió varias heridas, que solia curarse sobre la marcha sin guardar cama. Así, cuando yo le ví en Manlleu, estaba restableciéndose de la última que habia recibido en un brazo en la accion de Prats de Llutsanés; pero, á pesar de ella, montó á caballo y se vino con nosotros á Vich.

Miret era de despejado ingenio y regular instruccion, así que hablaba á un tiempo de teología y táctica, de organizacion militar y de política europea, con bastante acierto en todo, pero con alguna exageracion en sus juicios. Batallador por naturaleza, recordaba con entusiasmo los ciento y tantos combates en que ya habia tenido parte, y los veintidos asaltos de pueblo que habia dado. Miret queria organizar, uniformar é instruir á su brigada, que se componia de unos 2,500 hombres repartidos en pequeños batallones, y para ello les hacia ejercitarse en maniobras militares cuando el enemigo se lo permitia, y procuraba que hubiese en su brigada buenos jefes y oficiales instructores.

Desde Vich, descansando en San Feliu de Saserras y luego en Suria, fuimos á Igualada, donde vimos reunidos los batallones de Barcelona y Tarragona. Unos y otros eran de poca gente, pero muy aguerridos. Los de Tarragona estaban pobremente vestidos y nada bien armados, porque, ocupados casi todos los pueblos de la provincia por republicanos, apenas podian entrar en ella sin sostener sangrientos y casi diarios combates. El coronel don J. Moore que mandaba aquella fuerza, era un jóven de 32 años, alto, rubio, de buena presencia y que demostraba en su cara su extranjero orígen. Su mirada dulce, su fisonomía afable y su voz suave encubrian un valor nada comun, que ha llegado en muchas ocasiones á convertirse en audacia. Moore vestiu elegantemente una guerrera azul y pantalon encarnado con botas altas, cubria su cabeza con un kepis rojo, llevaba pendiente de la cintura una preciosa espada de honor que le habian regalado, y ostentaba en su pecho la cruz de San Fernando laureada, que por uno de sus brillantes hechos de armas habia ganado. Su fuerza combatia, como hemos dicho, casi todos los dias. El batallon republicano Fijo de Ceuta y los cazadores de Reus eran la contínua pesadilla de aquella brigada, á la que apenas dejaban parar en su territorio. Todo el campo de Tarragona estaba surcado de columnas republicanas, y los pueblos defendidos por voluntarios, á quienes en toda Cataluña se les designaba por sus hechos, con el odioso nombre de Cipayos.

Los carlistas, para pasar el Ebro y bajar á Aragon y Valencia, tenian que cruzar el campo de Tarragona rápidamente, evitando el encuentro con las columnas y cipayos y buscar la barca de Flix, que estaba en la opuesta orilla del rio, y que por ser el único punto que dominaban los del Centro, era el único punto por donde podian atravesarle. Todos los que iban de Cataluña al Centro tenian que hacer esta peligrosísima correria, y muchos, al intentarla, habian caido en poder de los enemigos. Los Infantes Don Alfonso y Doña María la habian hecho sin novedad, el mes de Mayo, y nosotros, dejando el 7 de Julio á las fuerzas de Moore en Ulldesmolins, la hicimos felizmente, pasando por la Pobla de Granadella á la Palma, desde donde nos encaminamos al Ebro. Una gran barca, que bajo el castillo de Flix tenian los carlistas, vino á recogernos, y en ella atravesamos el rio, que en esta y en la otra guerra, tan perjudicial ha sido á nuestra causa.

El Ebro dividia los ejércitos carlistas de Cataluña y Centro; la orilla izquierda era de Cataluña, la derecha del Centro, y el ún punto de comunicacion entre ambos la frágil barca de Flix.

CAPITULO LXIII

La toma de Seo de Urgel. — Ataque á Puigcerdà. — Castellon de Ampurias. Acciones notables.

La segunda mitad del año 1874 fué para Cataluña muy variada, y para la causa carlista casi tan provechosa como la primera. Calmada en Julio la escitacion que reinaba entre los jefes del Princido, pasó don Rafael Tristany, á principios de Agosto, al Centro para ver al Infante, y tomando sus órdenes, terminar una enojosa cuestion pendiente.

Entre tanto, el brigadier don Francisco Tristany, hermano de don Rafael, llevó á cabo, con las fuerzas de Lérida que mandaba, un hecho de armas brillantísimo que dió gran gloria y suma importancia á la causa carlista. Nos referimos á la toma de la ciudad y fuertes de Seo de Urgel.

La Seo de Urgel, asentada á la derecha del Segre, en los confines de España y Andorra, era una plaza fuerte de segundo órden, pero bien artillada y guarnecida suficientemente para evitar un golpe de mano. Los carlistas, que tantos pueblos habian tomado por asalto, aunque deseaban extraordinariamente apoderarse de ella, no se habian atrevido á atacarla, porque no era lo mismo asaltar una tapia y unas cuantas barricadas en Vich ó Igualada, que tomar á viva fuerza una ciudadela artillada con docenas de cañones. Para tomar la Seo era preciso, ó un sitio en regla, para el cual no tenian elementos los carlistas, ó la entrega por venta de la plaza, para lo que no contaban con recursos, ó por fin, un plan atrevidísimo y una audacia inmensa.

Un entusiasta defensor de la causa, que conocia á palmos el terreno y que hacia tiempo meditaba el medio de apoderarse de la Seo, proporcionó el plan de ataque á los carlistas, y Dios les dió tanta audacia y buena suerte para llevarlo á cabo, que la Seo de Urgel fué tomada no menos notablemente que Morella lo fué en la otra guerra.

El autor del plan, cuando lo tuvo bien pensado, se lo comunicó á don Francisco Tristany diciéndole: « Ahí tiene V. el medio de apoderarse de la Seo de Urgel el 16 de Agosto á medio dia, con 200 hombres solamente y sin disparar un tiro. » Examinó Tristany el plan, y tal conocimiento habia en él de la localidad y tan bien pensado estaba, que lo aceptó en seguida.

La ciudad de la Seo, situada en un llano, tiene tres fuertes exteriores en los montes vecinos. El mayor de ellos es una ciudadela en regla que domina á los otros. En el plan se proponia lo primero tomar la ciudadela, contando para logarlo con que á pocos pasos de ella habia un fortin, llamado la Lengua de Sierpe, que estaba ruinoso y abandonado. «En metiendo en ese fuerte, decia el plan, 200 hombres sin que nadie los vea, la ciudadela es de Cárlos VII.» Difícil era conducirlos hasta allí y colocarlos, á cien pasos de los enemigos, sin que los vieran ni oyeran, pero aún estando dentro del fortin ¿cómo habian de asaltar la ciudadela separada de él cincuenta metros?

El del plan resolvia todas las dificultades, diciendo: «Para que los 200 hombres lleguen á la Lengua de Sierpe, sin ser vistos, es preciso que marchen y contramarchen ántes, á fin de que nadie sospeche á donde se encaminan; que los conduzcan buenos guías, para que no pasen por ningun pueblo, y que lleguen al fuerte abandonado precisamente á media noche, cuando más dormidos esten los habitantes de Monferré y los soldados de la ciudadela entre quienes han de situarse.» Una vez dentro tenian los carlistas otra dificultad, la de pasar doce horas escondidos sin moverse ni hacer el menor ruido para esperar á que llegase la tarde de dia 16 de Agosto, en que debia darse el asalto.

El autor del plan fijaba como circunstancia precisa la tarde de 16 de Agosto, porque sabia que en ella el pueblo de Castellciudad, inmediato á la ciudadela, pero al otro lado del que debia asaltarse, celebra la fiesta de la Asuncion de la Vírgen. Era costumbre tradicional dejar á la mitad de la guarnicion de la ciudadela, despues de la lista de medio dia, bajar al pueblo para participar de la fiesta, y como Castellciudad, está al lado opuesto de la Lengua de Sierpe no quedaba frente á ésta más que un centinela paseando por la muralla designada para el asalto. Con dos hombres resueltos que saliesen del escondite donde estaban los 200, y aprovechando los momentos en que el centinela estuviese de espaldas, plantasen una escala de antemano preparada, subiesen por ella y cogiesen al centinela, estaba asegurada la subida de los demás. Dentro ya los carlistas de la plaza de armas no tenian más que rendir á la escasa guarnicion que quedaba en la ciudadela, apoderarse de los cañones, asestarlos contra la ciudad y el castillo y bombardearlos si resistian.

El plan era de difícil ejecucion, porque dentro de la Lengua de Sierpe, en las doce horas que habian de estar ocultos, podian los carlistas ántes de intentar el asalto ser descubiertos y presos; porque en el momento de acercarse á la muralla podian ser vistos por el centinela, y porque aún estando dentro de la ciudadela podian tropezar con circunstancias que lo echaran todo á perder. Don

Francisco Tristany no se arredró por las dificultades, aceptó el plan y llamó á los jefes de sus fuerzas para proponérsele.

El comandante García, natural de Estremadura, se comprometió á llevarlo á cabo y escogió los 200 hombres que le parecieron mejores, mandados por oficiales valerosísimos, entre los que iban el teniente Colell y el alférez Espar, jóvenes ámbos que por ser del país y conocer perfectamente la Seo y sus fuertes podian prestar importantísimos servicios.

Salió García con 200 hombres de Solsona, el 13, y marchando y contramarchando y ocultándose de noche en los bosques, entró en la noche del 15 sin ser visto en el abandonado fuerte. Allí, á cien pasos de los soldados republicanos, estuvieron los carlistas ocultos trece mortales horas, temiendo á cada instante ser descubiertos. Por un momento creyéronse perdidos, porque un perro al pasar con unos soldados enemigos por delante de la puerta del vetusto edificio que les servia de escondite, se puso á ladrar con furia, más los republicanos no hicieron caso del aviso del animal y siguieron su camino.

Llegó por fin la una de la tarde, hora designada para el asalto. Hacia un sol abrasador; en la plaza de armas de la ciudadela no habia nadie y el centinela de la muralla se paseaba descuidado, cuando Espar y Colell, aprovechando un momento, salieron á la carrera de su escondite, plantaron la escala que llevaban, y subiéndola en un segundo entraron por una tronera en la ciudadela.

El centinela los vió cuando le cogieron; ya era tarde. Otro centinela, que estaba en el Macho, tambien los vió cuando estaban dentro, y, poseido de un pánico terrible, en vez de gritar ó hacer fuego se tiró de donde estaba para escapar ántes.

La entrada quedó asi libre, pero era necesario acabar la empresa rindiendo á la guarnicion que estaba recogida en el cuartel del Macho. El alférez Espar fué directamente á la puerta del cuartel, y, apareciendo como por encanto ante los asombrados republicanos y apuntándoles con un arma, les intimó la rendicion.

Entre tanto, García y los demás soldados subian por la escala, entraban en la ciudadela y marchaban á las puertas de los cuarteles y pabellones. Sorprendidos asi los republicanos en medio del dia ni siquiera intentaron resistir; de modo que á los diez minutos la ciudadela estaba en poder de Cárlos VII. Dos soldados republicanos tuvieron tiempo para descolgarse por la muralla y bajar á advertir á los de Castellciudad y el castillo lo que ocurria. En la ciudad estaba el brigadier, gobernador militar, con parte del ba tallon de Écija, y en el castillo el resto de la fuerza, cuando vinieron á avisarles lo que pasaba. El gobernador militar, sin creer del todo la noticia, se dirigió al castillo á tiempo que un cañonazo dirigido contra éste, desde la ciudadela, le confirmó en su desdicha.

García en cuanto se apoderó de la ciudadela encerró á los prisioneros, distribuyó su gente y mandó á unos cuantos artilleros enemigos, de los que acababa de coger, que cargasen las piezas que enfilaban al castillo é hiciesen fuego. Aunque de uno á otro fuerte no hay 400 metros, los dos primeros cañonazos ni siquiera tocaron al castillo. García amenazó con la muerte á los artilleros si no apuntaban bien, y entónces uno de ellos se presentó gritando: « tambien yo soy carlista; venga un cañon que yo acertaré. » En efecto, apuntó y el tercer disparo destrozó la puerta del castillo.

Los republicanos que le guarnecian viéndose dominados por la ciudadela, con cuya artillería no podian competir, le abandonaron y bajaron á la ciudad á unirse al resto de las fuerzas. Reinaba entre estas tal espanto y confusion, que no sabian que hacerse. Inspiradas por la rábia y la venganza, cogieron en la ciudad á los canónigos, sacerdotes y personas tachadas de carlistas y las encerraron en la catedral, como para exigir la devolucion de la ciudadela.

La noche hízoles variar de consejo; y en vez de resistirse, pensaron que era mejor abandonar la ciudad. El gobernador militar, con las fuerzas de Ecija y artillería, tomó el camino de Puigcerdá; los voluntarios republicanos, en número de 300, prefirieron seguir el camino que conduce á la vecina república de Andorra, y lo acertaron.

D. Francisco Tristany con el resto de su brigada, habia venido á ver si García lograba su intento, y sabiendo por los cañonazos que lo habia conseguido, bajó á cortar al enemigo la retirada á Puigcerdá. Tropezó con los nuestros el batallon de Ecija, y á la primera descarga que le hicieron, viéndose perdido, rindióse á discrecion. D. Francisco Tristany entró victorioso en la ciudad con los prisioneros, unióse á García y los suyos, y la Seo de Urgel con sus tres fuertes y sus 50 cañones, el batallon de Ecija y los artilleros, pasó á poder de Cárlos VII.

La toma de Seo de Urgel produjo en Cataluña, en España y luego en Europa una impresion grandísima, porque fué la primera plaza fuerte de que se apoderaron los carlistas. Por desgracia para ellos, los mismos ánimos que les dió esta victoria les perjudicaron grandemente.

Savalls, que habia atacado infructuosamente á Puigcerdá en Abril del año anterior, creyó ahora favorable la ocasion para tomarla, y reuniéndose con las fuerzas vencedoras de la Seo, la atacó el 26 de Agosto. Puigcerdá resistió denodadamente; los carlistas, con valor heróico, dieron varios asaltos que fueron rechazados; y prolongándose el sitio algunos dias, dió tiempo á que el general Lopez Dominguez, que mandaba las tropas republicanas

de Catalnña, reuniese 10,000 hombres y viniese con ellos en socorro de la plaza. Los carlistas tenian alrededor de esta fuerzas de las cuatro provincias catalanas; mas aunque no llegaban á 5,000 hombres entre todas, trataron, destacando algunas, de oponerse á Lopez Dominguez. El 3 y 4 de Setiembre, en las inmediaciones de Castellar de Nuch, tuvo lugar un combate encarnizado, en el que favorecidos los republicanos por su número y una espesa niebla que ocultaba sus movimientos, lograron abrirse paso y obligaron á los carlistas á retirarse de Puigcerdá. Los republicanos incendiaron muchas casas y cometieron grandes excesos.

Olot, Vich é Igualada que no estaban fortificados, volvieron á poder de los republicanos, y volvieron en sus alrededores á librarse sangrientos combates. En Olot estuvo tan apurada la columna Arrando por el sitio que la pusieron los carlistas, que al fin les abandonó el pueblo sin fortificarle. En cambio, en Vich levantaron de nuevo los republicanos las murallas, reforzaron todas las obras y las artillaron de modo, que los carlistas que trataron en 3 de Octubre de impedirlo, fueron rechazados con sensibles pérdidas.

Entre tanto Don Cárlos aprobaba el 2 de Agosto el proyecto concediendo atribuciones á la diputacion de Cataluña de que hablamos ántes; separaba el ejército del Principado de el del Centro que mandaba su hermano, el Infante Don Alfonso, y encargaba del primero á don Rafael Tristany. Estas medidas, que fueron bien recibidas en Cataluña, calmaron algo la agitacion de ánimos que reinaba hacia tiempo; pero, como era natural, ninguna influencia ejercieron en el ánimo de Savalls.

Poco tiempo ántes de ellas habia éste, indignado por el asesinato de tres de sus voluntarios en Olot y por la conducta de los republicanos, fusilado á una porcion de prisioneros procedentes de las fuerzas de Nouvilas, sin consultar á Tristany ni al Infante, sus jefes superiores. El fusilamiento, que los carlistas fueron los primeros en reprobar enérgicamente, hizo poner el grito en el cielo á los republicanos, quienes acusaron al ejército Real de cruel y sanguinario, cuando en dos años de guerra y entre tantos jefes como en el Norte, Aragon, Valencia, Cataluña y Castilla mandaban fuerzas y cogian prisioneros, solo habia aquel ejemplo, y cuando ellos no se habian distinguido en los últimos combates por su humanidad.

Sin embargo esta conducta de Savalls y sus fracasos militares ante Puigcerdá y Olot iban desacreditándole, cuando obtuvo una victoria tan brillante en Castellon de Ampurias, que su fama volvió á crecer y su popularidad rayó á mayor altura que nunca. Estaba en Castellon el brigadier republicano Anton Moya con una respetable columna de infantería, dos cañones Krupps y alguna

caballería; y Savalls que lo supo, se resolvió á atacarle. Empeñóse en el mismo pueblo una reñida accion el 4 de Noviembre; parte de las fuerzas republicanas se encerró en la iglesia, otra parte salió fuera del pueblo para contener á los carlistas; pero, vencida, derrotada y acuchillada ésta por la caballería de Gerona, que al verla en dispersion la cargó resueltamente, la que estaba en la iglesia tuvo que rendirse. Moya con 200 hombres, quedó prisionero; el resto de su fuerza pereció en el combate, y los dos cañones Krupps pasaron á poder de Savalls.

Poco despues de este suceso Tristany atacó, el 16 de Diciembre cerca de Cardona, á la columna Weyller; la desordenó y quitó un cañon Plasencia, que fué el primero de este sistema de que se apoderaron los carlistas.

Antes de concluir el año ocurrió una variacion importantísima en el ejército Real. Elio dividió las fuerzas del Norte, Castilla y Cataluña en capitanías generales: nombró para desempeñarlas á Mendiry, Mogrovejo y Lizárraga, encargó á Dorregaray del mando del ejército del Centro, que éste ejercia, y destinó á Tristany de jefe del Cuarto Militar de S. M.: variaciones que no fueron provechosas en ninguna parte, y mucho ménos en Cataluña, donde dieron orígen á multitud de cuestiones.

CAPITULO LXIV

Savalls en el mando. — Conferencia con Martinez Campos. — Vuelta de Castell. — Combates.

Al empezar el año 1875 con la caida de la república y la proclamacion de Don Alfonso XII al trono de España, los carlistas catalanes encontrábanse más divididos que nunca por sus discordias intestinas. Tristany, llamado por Don Cárlos á su lado, no creyó prudente dejar el mando hasta que viniese Lizárraga á sustituirle, y como éste esperó en el Centro la llegada de Dorregaray, siguió Tristany mandando en Cataluña hasta mitad de Febrero. Un ataque infructuoso á Granollers, compensado á poco por una accion favorable en Prades, fueron las únicas operaciones del mes de Enero. Llegó Lizárraga para tomar el mando del Principado y se encontró con una carta del general Elío en que le ro-

gaba se entendiese con Tristany á fin de que se quedaran los dos en Cataluña dividiendo amistosamente el mando. No era esto posible, así que Tristany reclamó y fué repuesto en la capitanía general y Lizárraga fué llamado al Norte. Precisamente esta resolucion no gustó á Savalls, que queria á toda costa no estar á las órdenes de Tristany; y trabajó tanto contra él y en favor propio, que logró quedar á mediados de Marzo de capitan general de Cataluña. Tristany fué al Norte, y Lizárraga, que dos meses ántes habia sido destinado á mandar el Principado, se encontró ahora á las órdenes de Savalls. En tres meses habíanse nombrado tres capitanes generales para Cataluña, quedando en definitiva el que mayor fama de vencedor gozaba, pero el que luego los hechos demostraron convenia ménos para tan elevado puesto.

Savalls, que ganaba sorprendentes batallas, no sabia aprovecharse de sus triunfos, y nunca lo demostró más claramente que cuando mandó en jefe en Cataluña. Acababa á principios de Marzo de derrotar en Bañolas á la columna Cirlot y perseguirla hasta las mismas puertas de Gerona, cuando á mediados del mes supo que el general Martinez Campos, á quien los alfonsinos habian encargado del mando de su ejército, trataba de apoderarse de Olot. El general enemigo queria empezar así una campaña que, terminando con la toma de la Seo de Urgel, acabase con el ejército Real de Cataluña; y para ello, además del empuje de sus batallones, contaba con ciertos carlistas pertenecientes á la fraccion de Cabrera, que le favorecian. Savalls trató de defender á Olot, y el 16 salió de allí con las fuerzas de Gerona y Barcelona para ocupar las posiciones del Esquirol, donde casi con seguridad podia derrotar al enemigo, pero llegó tan tarde á Embás que ya no pudo subir á donde se proponia. Retrocedió el 17 por la mañana á Olot y mandó á su jefe de Estado Mayor, el coronel Morera, que fortificase y defendiese la villa, y á Auguet y Miret con sus batallones, que defendiesen las inmediatas alturas de La Piña y Monte Olivete. Él con Lizárraga se situó entre medias en la casa llamada el Ventolá, y esperó el ataque del enemigo. Martinez Campos que, sin que se le opusiera resistencia séria habia pasado el Esquirol, llegó en la tarde del 17 por la carretera á las Presas, y al ver á nuestras fuerzas hizo alto para disponer el ataque al dia siguiente. Siendo la defensa á tan corta distancia de la plaza y en posiciones nada formidables, era de esperar lo que sucedió el 18. Martinez Campos, formando su tropas en las Presas, envió batallones sobre batallones á la Piña. Auguet que la defendia con el suyo auxiliado desde Monte Olivete por Miret, se defendió con teson, rechazó por dos veces al enemigo, pero al fin tuvo que retirarse y dejar la posicion á los alfonsinos. Perdida La Piña, que era la más importante de nuestras posiciones, y en retirada Auguet y Miret,

abandonó Morera con el 1.° de Gerona, que no habia entrado en fuego, á Olot, y vino á replegarse con las demás fuerzas al Ventolá. El enemigo entró en Olot, y nosotros, en lugar de retirarnos, quedamos en posiciones molestando con nuestra artillería á la plaza, que dos horas ántes era nuestra. Savalls bajó al cercano pueblo de Ridaura y se propuso bloquear á Olot cuando el enemigo tenia dentro 8,000 hombres y nosotros no llegábamos á 3,000. Morera con un batallon y un cañon Plasencia pasó al Ventolá, que era ahora nuestra vanguardia. Miret ocupó La Piña nuevamente, y como el enemigo habia dejado fuerzas en Monte Olivete y subido allí artillería, todos los dias se pasaban en contínuo tiroteo.

El 21 de Marzo, domingo de Ramos, cansado de nuestras contínuas provocaciones, dispuso Martinez Campos que sus fuerzas hicieran una impetuosa salida, y en efecto salieron, y sorprendieron en medio del dia á Morera y se apoderaron tan rápidamente del Ventolá y del cerro de San Miguel, que dominaba á Ridaura, que apenas dieron tiempo para retirar el cañon Plasencia. Dominada por los fuegos del enemigo, nuestra posicion en Ridaura era tan comprometida que Savalls mandó á Auguet con su batallon á contener á los alfonsinos, mientras se disponia para retirarse á Ripoll. El combate que empezaba de tan mala manera para los carlistas les proporcionó una victoria completa. Auguet con su batallon recuperó la hermita de San Miguel en un rudo combate al arma blanca, y acudiendo Miret por su derecha y el coronel Aymamie con el 1.° de Gerona por la izquierda, cogieron entre los tres al enemigo, le causaron grandes pérdidas y le persiguieron hasta Olot. Martinez Campos tuvo que salir con la artillería y caballería á proteger la retirada de los suyos, y nosotros volvimos á ocupar el Ventolá y la posiciones perdidas.

Al dia siguiente, con pretesto de recoger el cadáver de un capitan de cazadores de Manila muerto en el combate, vinieron unos oficiales alfonsinos á hablar con Morera y le invitaron á bajar á Olot. Uno de los ayudantes de Martinez Campos habló tambien con Morera, y á consecuencia de su entrevista vino éste á Ridaura y anunció á Savalls que el general alfonsino deseaba tener con él una conferencia. Savalls consultó el caso con Lizárraga, y puestos de acuerdo los dos, escribieron á Martinez Campos diciéndole que estaban dispuestos á asistir donde quisiera verlos, con tal que suspendiera las hostilidades y los trabajos de fortificacion que estaba haciendo en Olot. Accedió el jefe enemigo y se convino en avistarse con nuestros generales el viernes 26 de Marzo en el Hostal de la Corda, punto intermedio entre Olot y Ridaura pero dentro de la linea carlista.

Era tan insólito el deseo de Martinez Campos, tan fútil el motivo que alegaba para ver á nuestros generales, que evidentemente

encerraba en su mente algun plan político. Acababa entónces el general Cabrera de manchar su historia reconociendo á don Alfonso XII, y como trabajaba para que siguieran su ejemplo otros carlistas, pareció á muchos que el proyecto de conferencia de Martinez Campos obedecia al mismo propósito de terminar la guerra por un convenio. Así fué en efecto, porque á poco de llegar Martinez Campos, y despues de cambiar con Savalls y Lizárraga corteses saludos, habló de la cuestion Cabrera, y dijo á los nuestros, que otros generales carlistas estaban dispuestos á seguir el ejemplo del antiguo caudillo tortosino. Lizárraga, á quien Savalls habia de antemano autorizado para que hablara por los dos, le contestó que ellos nunca serian traidores á su Rey, que se batirian por él hasta el último extremo, y aún trató de probar á Martinez Campos que ni el trono que habia levantado en Sagunto podria sostenerse mucho tiempo, ni la política alfonsina haria la felicidad de España, cuya única salvacion estaba en la monarquía legítima y en las doctrinas de Don Cárlos VII.

Despues de hablar el jefe alfonsino de la cuestion de cange de prisioneros y heridos, dió por terminada la entrevista y volvió á Olot, acompañado de Morera, quien se detuvo en la ciudad hasta la noche. Muchos de nuestros soldados, aprovechando la tregua, bajaron á Olot, y algunos alfonsinos vinieron á Ridaura. Savalls, en cuanto acabó la conferencia, se fué á San Juan de las Abadesas, diciendo á Lizárraga que volveria al dia siguiente, más en lugar de volver mandó que el 1.° de Gerona y la caballería fuese á buscarle á Ripoll porque queria ir á despedir á Tristany y á inspeccionar la Seo de Urgel.

Quedó, pues, Lizárraga con solo 2,000 hombres frente á Olot, en posicion tan crítica, que llamó á los jefes para darles cuenta de lo ocurrido, y uno de ellos le hizo ver que habia muchos motivos para desconfiar y para estar prevenido. En efecto, Martinez Campos, que se habia marchado de Olot dejando allí al frente de las fuerzas á Arrando, apareció á los pocos dias con otra columna en Vich para encaminarse á Ripoll, y operando en combinacion con las tropas que tenia en Olot cogernos entre dos fuegos. En la noche del 5 de Abril reunió Lizárraga todas las fuerzas que ocupaban la línea de Olot y marchó con ellas á Ripoll, para pasar allí ántes que llegara Martinez Campos que venia por la carretera de San Quirce. El batallon Guías de Tristany entretuvo en el camino á los alfonsinos, y dió tiempo á que, situando Lizárraga algunas compañías en los altos de Ripoll, molestaran en su entrada en la villa á Martinez Campos. No hubo pues combate sério sino un ligero tiroteo, despues del cual los carlistas fueron á Capdevanol y Borredá.

Entre tanto Savalls con su batallon bajaba de la Seo por las in-

mediaciones de Berga, y Martinez Campos entónces, aprovechando la ocasion, se encaminó rápidamente á la Seo para presentarse ánte sus murallas y proponer al gobernador la entrega de la plaza. Como no llevaba artillería de batir era evidente que confiaba para ganarla más en el oro que en la fuerza, así que á los primeros tiros que le dispararon desde la ciudadela, retrocedió y volvióse con sus tropas, á las que dijo, para escusar el viaje infructuoso y penosísimo que habian hecho, que tenia por objeto hacer un reconocimiento.

Lizárraga venia entre tanto á toda prisa desde Santa Coloma de Farnés á la Seo, para cortar la retirada á Martinez Campos, pero encontró en Prats de Llusanés á Savalls y le entregó las fuerzas. Juntos fueron á Ripoll, y Lizárraga se dirigió á Vidrá á ver á la diputacion, mientras Savalls con los batallones bajó á Breda y sostuvo un encuentro poco importante.

Con la marcha de Tristany encargóse al veterano general Castell del mando de la segunda division, Lérida y Tarragona, y en seguida de ponerse al frente de las fuerzas las condujo á la victoria entrando con ellas en Aragon y derrotando en Tragó á la columna de Delatre que operaba por Huesca y que trató de oponérsele. Savalls pasaba el tiempo en Ripoll ó las inmediaciones de Vich, casi sin combatir; no ayudaba á la diputacion en su tarea de regularizar la administracion, y ni aumentaba el ejército ni contenia los progresos del enemigo, ni ayudaba con armas á los carlistas del Centro, que le habian pedido algunas de las que debian sobrar en Cataluña.

Cuando Martinez Campos, á últimos de Junio, pasó con muchas de sus fuerzas al Centro, entónces Savalls bajó hasta las inmediaciones de Barcelona, que estaba, como todo el Principado, casi sin tropas, y tomó el 27 á Molins del Rey y contuvo en San Feliu á una de las columnitas alfonsinas que quedaban.

Fué ésta su última operacion de alguna importancia, porque á mediados de Julio atacó por tercera ó cuarta vez á Puigcerdá, tan inoportunamente, que Martinez Campos le obligó á levantar el bloqueo, y apoderándose de sus morteros y municiones, emprendió el sitio de Seo de Urgel, de que daremos cuenta en otra parte.

LIBRO QUINTO

EL EJÉRCITO DEL CENTRO

CAPITULO LXV

El Territorio del Centro. — El Maestrazgo. — Movimiento frustrado.

Pocos dias nos bastaron para recorrer el territorio de Cataluña de Norte á Sur, es decir, desde Camprodon, en la frontera francesa, hasta la orilla del Ebro, y para ver al paso los generales, los batallones y los pueblos carlistas del Principado. Conocia ya los ejércitos reales del Norte y Cataluña, pero mi deseo principal, que me habia movido á separarme del primero, era, como dejamos dicho al principio del libro anterior, el conocer al que por operar en el corazon de España llamaban los carlistas ejército del Centro.

Mis deseos se vieron al fin satisfechos al atravesar el Ebro por la barca de Flix y pisar la orilla derecha del mencionado rio, que es el límite septentrional del ejército del Centro. Contiénele por el Este el mar Mediterráneo, pero ni por el Sur ni por el Oeste tenian las armas carlistas límite fijo, porque ora podian bajar los batallones reales de monte en monte y de sierra en sierra hasta el estrecho de Gibraltar, ora llegar á las puertas de Madrid, ora por fin, rodeando la capital de España, atravesar la Península desde el Mediterráneo hasta Portugal. Ni obstáculos naturales, como el Ebro en el Norte, ni líneas militares, detenian á los carlistas en el Centro, pues ya por una, ya por otra parte, podian burlar á las columnas enemigas y correr de una en otra por casi todas las provincias de España. Santés, haciendo expediciones desde Valencia hasta Madrid, y luego Lozano, bajándose hasta Andalucía y en-

Pablo Montañés, el coronel Alegre y el teniente coronel Polo, levantaron tambien algunas fuerzas, pero Alegre fué hecho prisionero y muerto en Mosqueruela; y Polo y Montañés tuvieron que dejar los infantes que llevaban y encaminarse con los ginetes que tenian, á operar por la parte de Molina á donde ya habia ido á refugiarse Madrazo.

Tambien por la parte de Castilla hubo partidas. El general Palacios ayudado por Villalain, Florida y Martinez del Campillo, levantó alguna gente en las montañas de Cierzo, entró con ella en Molina de Aragon, pueblo muy importante y muy carlista, y llegó á reunir 300 hombres, á los que se incorporaron luego parte de los procedentes de Aragon. El general Marco salió tambien al campo con 40 paisanos, cansado de esperar las promesas del ejército, más al llegar á las inmediaciones de Cantavieja, fué sorprendido por fuerzas superiores, y perdiendo al teniente coronel don Joaquin Gil, que fué muerto, y varios prisioneros, se le dispersó el resto de gente y tuvo que ocultarse.

Los amadeistas acosaron de tal modo á las nacientes partidas que en todas partes las fueron obligando á desaparecer, pero aún se hubieran sostenido algunas y reaparecido otras, si los sucesos del Norte, la voz de que habia muerto Don Cárlos en Oroquieta que hicieron circular los liberales y otras causas interiores no lo hubieran impedido.

El movimiento terminó en breve, pero no sin que costara alguna sangre. Los carlistas, figurándose que las tropas regulares se les iban á pasar no las hacian fuego al principio, pero estas, en cambio apenas daban cuartel á los prisioneros. Así mataron al coronel Alegre despues de rendido, y así tambien, la columna Perruca, compuesta de guardias civiles y nacionales de Torrijos, mató cruelmente en la Granja de Lozano á dos prisioneros cogidos á Madrazo.

La irritacion producida por estos escesos fué grande y creció más y más al saber los pueblos que algunos de los jefes amadeistas que tan encarnizadamente defendian á la revolucion, habian comprometido su palabra y puesto sus espadas al servicio de Cárlos VII.

La guerra se reprodujo de nuevo al ver que Cataluña se sostenia. Agunos jefes del Maestrazgo, como Vallés, pasaron el Ebro y fueron á operar en el Principado y otros como Cucala, quedaron ocultos en el país, para salir de su escondite con nuevas partidas, en cuanto cesara la persecucion que se les hacia.

En todas partes el espíritu carlista era el mismo: nunca se daba por vencido; y, á pesar de las contrariedades y derrotas, pugnaba por levantar la cabeza y reproducir la guerra, convencido firmemente de poder lograr la victoria. Jamás partido político al-

guno ha tenido la constancia y la fé que los carlistas mostraron en la desgracia, porque jamás ninguno ha unido tanto sus intereses á la causa católica, ni peleado con más fé religiosa que los carlistas peleaban.

CAPITULO LXVI

Las partidas del Maestrazgo. — Los gefes populares. — El alzamiento de Valencia.

Así como la constancia y firmeza de los catalanes hizo que se sostuviera la guerra todo el año 72, así en el Centro el ardoroso entusiasmo de los pueblos renovó la lucha. No se resignaban los carlistas á la idea de estar sujetos á los revolucionarios, y aunque los victoriosos soldados de don Amadeo ocupaban militarmente el territorio, dominaban el país y castigaban á los que intentaban moverse, los partidarios de Cárlos VII seguian firmes en su empeño de armar la guerra. Para lograrlo conspiraban, buscaban fusiles, reclutaban gente y se disponian á emprender otra campaña.

Cucala, labrador de Alcalá de Chisvert, decidido y conocedor del país, reunió unos cuantos amigos, y formando con ellos una pequeña partida, empezó á recorrer el Maestrazgo. Cucala, aunque no era militar ni hombre de instruccion, pues ni siquiera sabia escribir, supo sostenerse algun tiempo y burlar, gracias á su sagacidad, á las fuerzas enemigas que le perseguian. Tuvo astucia tambien para sorprender algunos destacamentos amadeistas, y esto bastó para que los pueblos empezaran á enaltecerle y en alas de la fama, se hiciera en poco tiempo célebre su nombre.

No era, sin embargo, Cucala hombre á propósito para mandar en jefe en el país ni para dirigir el movimiento y hacerle prosperar. Era preciso que fuera otro jefe ú otros varios, que tuviesen influencia y popularidad, para arrastrar con su ejemplo á los vacilantes y conducir á los entusiastas. Los pueblos querian que se hiciese cuanto ántes, y ansiaban porque apareciese un jefe. A últimos del año 1872, nombrado comandante general del Maestrazgo el coronel don Joaquin Ferrer, púsose de acuerdo con Piñol, Cucala, Polo, Segarra y otros jefes, y acordaron lanzarse al campo. En efecto, el coronel don Ramon Piñol (a) Panera, hon-

rado y leal carlista, sacó de Tortosa, su pátria, unos cuantos hombres armados, y levantando en el inmediato pueblo de Roquetas, el 20 de Noviembre, una partida de 100 hombres, lanzóse á campaña con ella. Reuniósele don Miguel Laporta, de Gandesa, con otros tantos, y el 25 se puso al frente de todos en Canet lo Roig, el comandante general Ferrer, que habia levantado 70 hombres. Cucala, por su distrito de Alcalá de Chisvert, levantó otra partida, de modo que en ocho dias pasaron de 400 los carlistas armados en el Maestrazgo.

En Diciembre salieron otros jefes: Polo levantó en las inmediaciones de Morella 200 hombres, y como las demás partidas iban creciendo, empezaron ya á dar los carlistas algunos golpes atrevidos. A principios de Enero Ferrer y Cucala con 400 hombre, y Piñol con otros tantos, resolvieron desarmar á la vez á los nacionales de Gandesa y Bot, y se encaminaron á ambos pueblos. Los de Gandesa huyeron, pero los de Bot rindieron las armas á los carlistas, quienes, con la generosidad que les era propia, les pusieron en libertad y les trataron amistosamente. A los pocos dias, estando los carlistas reunidos en Peñarroya, les atacó la columna Arjona, compuesta de carabineros y nacionales, pero la rechazaron cogiéndola cinco prisioneros.

Aumentó entónces tanto la persecucion, que Ferrer, Cucala y Panera con sus fuerzas, tuvieron que pasar el Ebro y operar en Cataluña, dejando en el Maestrazgo á Polo y Ciscó de Vallibona. A últimos de Enero volvieron Ferrer y Panera, y el primero fué á las inmediaciones de Morella, y el segundo á las de Horta.

El 28 de Febrero Ferrer tuvo la desgracia de ser sorprendido y muerto por el enemigo en Castel de Cabres. Su pérdida fué muy sentida en el país, donde le querian mucho, y produjo gran perturbacion, pues parte de su gente se dispersó; y la de Panera, viéndose acosada, tuvo que repasar el Ebro é ir de nuevo á refugiarse á Cataluña, donde seguia Cucala.

La parte de las fuerzas de Ferrer que se salvó en Castel de Cabres fué á las órdenes de un sobrino de éste llamado don Vicente y de don Tomás Segarra, hácia Valencia, donde estuvo á principios de Marzo, con la partida de Martinez, que operaba por aquel distrito y fué luego á incorporarse á la de Polo.

Panera volvió el 10 de Abril con su fuerza á cruzar el Ebro por Flix, sosteniendo un combate con la guarnicion de aquel punto, y en seguida se dirigió á Batea para coger á los nacionales. Huyeron éstos, los persiguió Panera, causándoles grandes pérdidas, hasta Calaceite; y cuando iba á apoderarse de ellos, supo que fuerzas enemigas de Cataluña venian á cogerle y habian ocupado todos los pasos del Ebro. Con suma habilidad supo burlarlas Panera, y pasando el Ebro por Fayon, volvióse á Cataluña; mas su

marcha y la extremada persecucion que se les hacia, obliga á los demás jefes del Maestrazgo á ocultarse y disolver las partidas. Comisionado por los jefes, pasa Segarra á Cataluña á dar cuenta al Infante de lo ocurrido, y Don Alfonso, comprendiendo lo importante que era el que hubiese fuerzas carlistas en el Maestrazgo, manda que vuelvan á salir á campaña los que se hubiesen ocultado y que se sostengan á toda costa. D. Tomás Segarra, jóven resuelto y entusiasta, tuvo el mérito de cumplir la órden del Infante, aunque no tenia armas ni recursos para llevarla á cabo, pues pasó el Ebro, y levantando, ya en Mayo, una pequeña partida en Masdemberge, mandó que volviesen á las filas Reales los que habian pertenecido á ellas; y aumentando así sus huestes, recorrió á pesar de la persecucion que le hacian, las inmediaciones de Tortosa y Morella.

Por fin el movimiento prospera: Polo vuelve á salir al campo, Segarra le ayuda; don Vicente Ferrer se lanza tambien á la guerra, y entre los tres reunen ya 300 hombres. Cucala, que seguia en Cataluña con 200, viene á unirse á éstos á últimos de Junio, y los carlistas se sostienen ya en el Maestrazgo todo el verano.

El Infante nombra entónces para mandarle y dirigirle al brigadier Vallés, que operaba en Tarragona, y cruzando éste el 9 de Agosto el Ebro, acompañado de Panera y 600 hombres, ahuyenta á los enemigos de Valderrobles y Beceite el 10, se reune con Cucala, Segarra y Polo el 12, y van juntos á la Cenia. Allí empieza Vallés á organizar la que habia de llamarse division del Maestrazgo, creando batallones, á los que da nombre por órden de su antigüedad en campaña. El 1.° le forman las fuerzas de Cucala, el 2.° las de Segarra, el 3.° las de Polo y el 4.° y 5.° las de Vallés y Panera.

En seguida emprende operaciones militares en que le favorece la suerte de las armas, pues enviando á Segarra hácia Alcalá de Chisvert, marcha con las demás fuerzas á atacar la ciudad de Segorbe, en la que despues de un rudo combate, entra el 20, apoderándose de muchas armas, caballos y pertrechos de guerra. La toma de Segorbe, ciudad episcopal é importante, da mucho nombre á los carlistas y el entusiasmo del país por la causa aumenta, por otro notable hecho de armas que llevaron á cabo al poco tiempo.

Segarra ataca á una fuerza enemiga en Iglesuela, y la encierra en Cantavieja. Panera acude en auxilio de Segarra, y entre los dos toman á Cantavieja rindiendo 150 soldados que la defendian. Para aprovechar el efecto moral pasa Segarra á Maella, cuya guarnicion se le rinde, y luego á Batea donde tambien le entregan las armas los nacionales, á los que con la generosidad acostumbrada, ponen los carlistas en libertad. Recogen éstos muchas armas, aumentan considerablemente sus fuerzas, y Segarra ataca

á los nacionales de Ulldecona, quienes despues de resistir dos dias se entregan. Vallés y Panera toman en Octubre á Benisanet y se encaminan á Aragon, comenzando, tales eran ya sus ánimos, á bloquear la importante plaza de Morella, operacion de que encargan á las fuerzas de Segarra.

Hecho ya el alzamiento en el Maestrazgo y empezando á levantarse algunas partidas en Aragon, quisieron los valencianos no ser menos que sus vecinos y trabajaron con ardor para reunir y armar gente. Dióse la direccion del movimiento al coronel don José Santés, y éste logró ponerse de acuerdo con algunos otros jefes, que se encargaron de reunir en un dia dado á los que voluntariamente se ofrecieran á empuñar las armas.

Santés salió del mismo Valencia con unos 100 hombres, el 23 de Agosto de 1873, y se encaminó á la casa denominada Más del Rey, distante unas cuatro horas de la capital, donde habia citado á los demás jefes. En efecto, aquella noche y al siguiente dia fueron viniendo de los pueblos inmediatos y de la rivera los comprometidos, con lo que se juntaron ya cerca de 300 hombres. Vinieron éstos armados con distintas clases de fusiles, pero traian bastantes *Berdans*, procedentes del ejército, por lo que se podian batir ya con el enemigo.

El alzamiento de Valencia estaba hecho; pues habia ya un núcleo respetable de fuerzas. Santés, montando sobre una mala jaca, sola caballeria que tenia su naciente ejército, salió aquella misma tarde á operaciones. Encaminóse á Rivarroja y Benalguacil, pueblos defendidos por unos 300 nacionales, los desarmó sin encontrar oposicion, y apoderándose de sus fusiles armó con ellos á otros 100 voluntarios que se le incorporaron y quedóse aún con armas para repartir á los que fueran llegando.

El 25 de Agosto fué con sus fuerzas á Villar del Arzobispo; el 27 desarmó en Chulilla otros 100 nacionales, y recogiendo gente por el camino vióse, á los cuatro dias de su salida de Valencia, al frente de 600 hombres. Santés formó con ellos dos compañías denominadas de Guías, mandadas por don Peregrin Serrano, y dos batallones, á los que llamó 1.° y 2.° de Cazadores.

De Chulilla, por Losa y Domeño, entraron los carlistas en Chelva, donde tambien desarmaron los nacionales y aumentaron sus fuerzas. A principios de Setiembre salió Santés de Chelva llevando ya cuatro compañías de Guías, mandadas por su primo don Simon Santés, y dos regulares batallones que en junto llegarian á 1,000 hombres. Con estas fuerzas se apoderó de Utiel, donde cogió una porcion de uniformes que sirvieron para vestir á los Guías. El trage de éstos consistia en boina blanca, blusa encarnada, pantalon azul y polainas encarnadas, lo que iba dando ya á la gente de Santés el aspecto de verdaderas tropas.

A todo esto, las republicanas, escasas en número, no le perseguian, y Santés tuvo la suerte de no encontrar á su paso más que voluntarios nacionales, los que por no batirse le entregaban las armas. Así, desde Utiel, sin disparar un tiro, desarmó á los de Fuente Robles, Campo Robles, Landete y Ademúz, pueblo importante de la provincia de Cuenca donde se detuvo tres dias. En el camino se le incorporó la partida de Vidal, fuerte de 200 hombres, de modo que formó ya seis compañías de Guías, una escolta personal, y completó los batallones de Cazadores. Faltaba caballería, pues hasta entónces no habia podido reunir más que 20 caballos, pero á pesar de esto iban sus fuerzas siendo ya tan respetables que pasando por Aras, Alpuente y Landilla, se le rindieron los nacionales de los tres pueblos y le entregaron las armas.

Un oficial de administracion militar del ejército, llamado don Benito Cherri, carlista entusiasta y valeroso, levantó por su influencia una partida de 100 infantes, arrastró consigo unos cuantos soldados de caballería republicana, y poniéndose al frente de todos fué á reforzar á Santés, uniéndose con él en Alcublas.

Las fuerzas de Valencia, á los 15 dias del alzamiento, sumaban ya 2,000 infantes y 50 ginetes. Las del Maestrazgo, más numerosas aún, bajaron, mandadas por Cucala y Merino, á reunirse con las de Santés, y juntas todas, en número de 5,000 hombres, fueron á Liria. Una columna enemiga llegaba al pueblo, pero al ver tantos carlistas huyó sin combatir. Estos se detienen en la hermita de San Miguel, que domina á Liria, y allí bendicen solemnemente las banderas de sus batallones. De Liria pasan á Cheste, donde se completa el batallon de Guías hasta 800 hombres, desarman á los nacionales del Real de Monroy, marchan luego á Lombay y Catal dau, pasan por Carlet, y andando toda la noche van por Alberique á Játiva. Esta expedicion, hecha por el riquísimo territorio denominado la Rivera de Valencia, para sacar recursos y caballos, a fin terminó con un combate.

Santés, Cucala y sus 5,000 hombres llegaron á Játiva el 21 de Setiembre por la mañana, y aquella misma tarde vino la columna Arrando con 3,000 infantes y algunas piezas de artillería. Arrando, al ver el número de carlistas y lo avanzado de la hora, no se atreve á atacarles en seguida, pero cañonea toda la tarde á Játiva y prepara la accion para la mañana siguiente. Los carlistas toman posiciones en el castillo y se preparan tambien, y el 22 empréndese el combate. Nunca, hasta entónces, habian entrado en fuego las fuerzas de Santés, por lo que se dispersan y desordenan al poco dejando algunos prisioneros á los republicanos. Las de Cucala, más aguerridas, cargan sobre éstos resueltamente, recuperan á Játiva y les cogen dos comandantes y 360 soldados prisioneros, con sus fusiles y pertrechos.

A pesar del suceso, la dispersion de las fuerzas de Santés fué tan grande que tardó varios dias en reorganizar los batallones que habian tomado parte en el combate. Volvió á Chelva, reunió otra vez á su gente y formó un nuevo batallon, con lo que ascendieron los valencianos á cuatro: el de Guías, que mandaba don Simon Santés, y tres de Cazadores, mandados, el 1.° por Rivera, el 2.° por Alpuente, y el 3.° por Aznar. La caballería aumentó hasta 200 caballos y empezó á prestar buenos servicios.

Las fuerzas del Maestrazgo, las vencedoras en Játiva y Segorbe, eran dobles en número que las de Santés, de modo que en el Reino de Valencia habia por Octubre más de 6,000 carlistas armados.

CAPITULO LXVII

El levantamiento de Aragon. — El general Marco. — Sus operaciones y combates.

Pocas provincias más carlistas, más entusiastas y más decididas habrá en España que las de Teruel y Zaragoza, por la parte situada á la derecha del Ebro. Millares de hombres resueltos y valerosos estaban en ellas ansiando tomar las armas y pelear por Cárlos VII, con tanto ardor, con tanto fuego y con tanta abnegacion como los navarros y vascongados, y, sin embargo, el alzamiento de Aragon fué lento, tardío y dificilísimo. Por una parte la falta de armas, y por otra la de buena direccion, retrasaron considerablemente la espansion de los sentimientos carlistas de que estaban animados la mayoría de los aragoneses, y dieron lugar á una porcion de infructuosas tentativas.

Terminado, como hemos dicho, el movimiento del 72, ocultos Marco, Gamundi, Madrazo y Montañés, muertos ó presos otros jefes y perdidas gran cantidad de armas, era difícil intentar nada sério, pero, sin embargo, la tenacidad de los carlistas no se daba por vencida, y, como en las demás provincias, pugnaba por lanzarse nuevamente á la lucha.

A principios de 1873, animados con las noticias recibidas del Norte y deseando secundar el movimiento por el Centro, se reunieron algunos jefes de Aragon. Madrazo, nombrado comandante general de Guadalajara y Cuenca, inició el movimiento. Ayudado por Martinez, (del Campillo) Florida y otros varios, reunió en Fe-

brero una partida de 100 hombres y salió con ella á campaña, más sorprendido por fuerzas de la guardia civil en la venta del Coscojar, fué herido defendiéndose, perdió 23 prisioneros y el resto de su gente se dispersó con lo que se acabó el movimiento.

No escarmentaron los carlistas con este desastre, puesto que al mes siguiente lanzábanse otra vez á campaña.

El nuevo movimiento lo dirigian tres hombres de mucha influencia en el país; uno el brigadier don Pascual Aznar, antiguo jefe carlista conocido por el Cojo de Cariñena; otro don Francisco Cavero, hijo del conde de Sobradiel y oficial procedente del cuerpo de caballería, y por último, don Francisco Sancho, muy estimado en Calatayud. Estos tres nombres, la fama de valor que tenia Cavero y el entusiasmo general, hacen que se reunan á ellos muchos jefes y oficiales y que en el mes de Marzo salgan de Zaragoza misma con 200 hombres. Esta fué su desgracia, porque descansando en Santa Cruz de Nogueras fueron alcanzados por superiores fuerzas enemigas. Trabóse un encarnizado combate, pues la gente carlista, aunque corta en número era escogida, pero al fin, herido Cavero y otros muchos, fueron todos hechos prisioneros.

El fracaso de Santa Cruz de Nogueras tuvo mayor importancia que el anterior, porque como iban gran número de jefes en la partida y todos fueron muertos ó prisioneros, los carlistas de accion quedaron sin cabezas.

No faltaron sin embargo al poco tiempo hombres resueltos que se decidieran á salir á probar fortuna, y en Junio se levantó don Domingo Calvo con 30 hombres, el coronel Calvera con 40, y un sacerdote, llamado mosen Pacho, llevóles tambien alguna gente de la parte de Teruel. Estas partidas buscaron el amparo de las del Maestrazgo, y unidas con otra que levantaron dos hermanos, conocidos con el nombre de los Tuertos de Albalate, sostuvieron por las inmediaciones de Cantavieja pequeños encuentros con las columnas enemigas.

Un labrador sin instruccion, pero enérgico y valiente, llamado Blás Carceler, y conocido por el Seco de las Parras, logró tambien reunir 200 hombres fuertes y robustos, y aunque fué batido en Palomar supo de nuevo juntarlos y sostenerlos varios meses perfectamente disciplinados.

El brigadier Vallés, con las fuerzas del Maestrazgo, fué á Aragon, entró el 18 de Octubre en la importante ciudad de Caspe, desarmó á los nacionales, y entusiasmados los del país con el suceso formaron un batallon de 400 hombres, que, mandado por don Juan Pellicer y don Pascual Lapuerta, siguió algun tiempo á las órdenes de Vallés, y luego se sostuvo solo por las inmediaciones de Horta hasta el mes de Noviembre.

Tambien el brigadier Villalain, á quien además de las provin-

cias de Guadalajara y Cuenca se le dieron á mandar los distritos aragoneses de Calatayud y Daroca, intentó en Agosto y Setiembre levantar la gente, para lo que vino de Búrgos y Soria con una partida de 30 caballos. Villalain, valiente hasta la temeridad, recorrió con ellos las provincias de Logroño, Soria, Guadalajara, Teruel y Zaragoza, más ni pudo aumentar su gente ni hacer un alzamiento formal.

Aragon, sin embargo, estaba deseándolo; el entusiasmo crecia á medida que se recibian noticias de los prósperos sucesos que obtenian en el Norte y Cataluña las armas Reales, y pedia armas para que sus hijos se lanzaran á la lucha y jefe que los condujera al combate.

Aragon veia que estaba llamado en aquellos momentos á decidir la guerra en favor de los carlistas, formando con los millares de sus hijos que lo deseaban un nuevo ejército Real, y se dolia del abandono y falta de recursos en que se encontraba. Cosa sencilla era en efecto á tener recursos, haber armado en ocho dias 8,000 aragoneses, haber puesto con ellos en grave apuro á los republicanos y dado inmenso vuelo á la causa carlista.

Por diferentes motivos no pudo hacerse esto, que quizás hubiera dado el triunfo á Cárlos VII; pero el celo, la iniciativa individual de algunos entusiastas aragoneses y la resolucion del general Marco lograron por fin en Octubre llevar á cabo un movimiento serio en Aragon.

Estaba nombrado para dirigirle un jefe superior que figuraba en el ejército enemigo, y el general Marco debia secundarle; mas viendo éste que el primero no salia á campaña ni cumplia sus ofertas, se decidió á llevar el solo á cabo el alzamiento. Citó al efecto á los jefes de las diferentes partidas que ya existian y á los que debian levantar nuevas fuerzas para el 8 de Octubre en el campo de Bello, y apareciendo él en la noche del 7 en el pueblo de Luco con algunos hombres, proclamó á Cárlos VII y se lanzó á la guerra. Acudieron el 8 las demás fuerzas, y Marco reunió ya 600 hombres, de los que 400 habian levantado y organizado ya los jefes don Miguel Arnau y don Ildefonso Puerto. Las fuerzas enemigas de Daroca y Monreal, en cuanto tuvieron noticia de la aparicion de Marco salieron en su persecucion, mas éste por la sierra de Fuentefría se encaminó á Cantavieja.

La noticia del alzamiento corrió con la velocidad del rayo por Aragon, que tanto la deseaba, y en seguida salieron de muchos pueblos para unirse á los carlistas numerosos grupos de entusiastas jóvenes, y se le agregaron la fuerza del Seco de las Parras y otras partidas, con lo que aumentó Marco sus tropas considerablemente.

El 12 de Octubre, dia de la Vírgen del Pilar, patrona de los ara-

goneses, reunió Marco en el pueblo de Estercuel 1,200 hombres, y despues de oir misa en celebridad de la fiesta en medio del mayor entusiasmo de sus voluntarios, marchó por Ejulve á Cantavieja, donde se detuvo algunos dias para organizar las fuerzas. Creó con estas unas compañías de guias y dos batallones, dando el mando del 1° á Arnau, el del 2° á Calvera, y encargó de ser jefe de E. M. de la naciente division aragonesa á don Ildefonso Puerto, antiguo y distinguido oficial de la guardia civil.

Debian haberse levantado al mismo tiempo que las de Marco otras fuerzas carlistas en los distritos de Tarazona, Almunia y Ateca, pero á pesar de que personas de mucha influencia en el pais, entre ellas don Bonifacio Marin, cura de Jarque, habian trabajado mucho para lograrlo, no pudo llevarse á cabo el plan, y los comprometidos en él tuvieron que ir á reunirse con Marco en Cantavieja.

El 22, en cuanto regularizó éste sus tropas, salió de allí para emprender operaciones, y se dirigió á Molina de Aragon, ciudad carlista en extremo, pero guarnecida por los enemigos. Con ánimo de tomarla fué el 26 al Povo, mas al saber su aproximacion, se retiró de Molina la guarnicion y parte de los nacionales, entregando los demás las armas, con lo que entró en ella el 27 sin combate y en medio del mayor entusiasmo. Valió la entrada en Molina muchas armas, voluntarios y recursos á las fuerzas carlistas, que aumentaron además con la llegada del bravo coronel don Andrés Madrazo, que al frente de 110 hombres se les incorporó allí. Encargóle Marco el mando y la formacion del 3er batallon, y unidos todos se encaminaron á Rubielos de Mora para uniformar las fuerzas.

Esta primera expedicion, tan feliz como rápida, aumentó la popularidad de Marco, animó más y más á la guerra á los aragoneses, quienes viendo por fin un movimiento formal en su tierra, se decidieron á favorecerle. Así acudieron á Rubielos distinguidos propietarios; ingresaron en las filas reales ilustrados y valientes jóvenes de buenas familias, y crecia de tal modo el número de soldados, que se completó el 3er batallon y se formaron ya escuadrones de caballería.

Las tropas aragonesas empezaron á uniformarse, adoptando por traje boina encarnada con borla blanca, chaquetilla azul y pantalon de pana azul tambien, con vivos encarnados una y otro.

Salieron de Rubielos el 10 de Noviembre á las órdenes de Marco 2,000 infantes y 100 caballos, viéndose obligado por la falta de armas á despedir á muchos que venian todos los dias á sentar plaza en los batallones. Este hecho, que sucedia lo mismo en el Norte, Cataluña, Valencia y Maestrazgo, prueba la popularidad de la guerra carlista, y la facilidad con que, á tener armas,

hubieran podido en pocos dias duplicarse los ejércitos reales.

A mediados de Noviembre emprendió Marco otra expedicion con objeto de caer sobre Daroca. Llegó allí con los batallones 1.° y 2.° y mandándoles que asaltaran el pueblo, envió á Madrazo con el 3.° á tomar á Villafeliche. Resistiéronse los de Daroca, pero los carlistas, horadando la muralla bajo el fuego enemigo, avanzaron bizarramente distinguiéndose al frente de los guías, el bravo jóven don Pedro Calvo y el comandante don Manuel Aparicio. Apoderáronse los carlistas de la guardia civil de caballería, se hicieron dueños de la poblacion y encerrando el resto de las tropas enemigas en dos fuertes, recaudaron fondos, recogieron caballos y pertrechos de guerra y salieron tranquilamente.

Entretanto, Madrazo con el 3.° de Aragon, sorprendia el fuerte y pueblo de Villafeliche, pero los nacionales se preparaban á resistir, cuando interponiendo su influencia y popularidad, don Bonifacio Marin, logró que entregaran las armas á los carlistas sin efusion de sangre.

Reunió Marco sus fuerzas que ascendian ya á 3,000 infantes y 150 caballos, en Manchones y fué con ellas á tomar á Ateca, pero no lo pudo lograr por impedírselo la aproximacion de una columna republicana. Dominó, sin embargo, en esta expedicion, la ribera del Jiloca, y cruzando el señorío de Molina y Sierra al Este de Albarracin, volvió á Rubielos de Mora, incorporándose en el camino la fuerza que á las órdenes de don Juan Bautista Pellicer habia estado con Vallés por el Maestrazgo.

La organizacion de las fuerzas aragonesas fué mejorando: en sustitucion del coronel Arnau, nombróse á don Calixto Cortés, persona muy apreciada; se empezó á formar el 4.° batallon; se crearon algunas partidas volantes para recaudar fondos y reclutar gentes y se mejoró el armamento y uniforme.

Estableciose á principios de Enero en Cantavieja una maestranza ó taller de armas para recomponer los fusiles y se creó un colegio de cadetes, á fin de surtir de oficiales á los batallones, dirigido por el valiente é ilustrado don Joaquin de La Cambra.

Marco adquirió además gran prestigio y logró la confianza del país, por la honradéz y celo con que montó la administracion civil y militar, por la moralidad y buena conducta de sus tropas y por su buen comportamiento con los pueblos. Tuvo por estas condiciones, la suerte de que se le unieran personas dignísimas y le ayudasen con sus consejos y nombres, propietarios como don Manuel Lapardina y don Antonio Salvador, que eran muy queridos en el país; sacerdotes tan populares como don Mariano Navarro y don Bonifacio Marin, y una juventud, brillante, cristiana y entusiasta por la causa de Cárlos VII.

Ningun carlista puede negar á Marco la gloria de haber impul-

sado el débil movimiento de Aragon, haber animado al país y haber organizado honrada y lealmente, en poco tiempo y sin elementos, una division numerosa y fuerte.

CAPITULO LXVIII

Espediciones de Santés. — El general Palacios. — Entrada en Albacete.

El movimiento carlista del Centro adquiere verdadera importancia á fines del año 1873. Las fuerzas del Maestrazgo mandadas por Vallés, Panera, Cucala, Segarra y otros jefes empiezan á ser respetables y á operar como batallones, y las de Valencia, adquieren gran renombre, por las atrevidas expediciones que hacen á las órdenes de su jefe, el coronel don José Santés y Murgui.

Santés, á quien la fama enalteció tanto durante una temporada, aunque de edad mediana, procedia de la pasada guerra. Habia vivido largo tiempo emigrado en Francia y al venir á España trajo del extranjero costumbres, modales y hasta carácter francés. Vivo, locuaz, desembarazado en su porte, ávido de gloria aunque escaso de conocimientos militares, supo Santés, sin embargo, aprovechar las favorables circunstancias en que se encontraban los carlistas valencianos y captarse sus simpatías y correr con ellos el extenso territorio que los desconcertados republicanos le dejaban libre. Santés no era batallador, así que por regla general esquivaba los encuentros con el enemigo ; pero en cambio buscaba las ocasiones de dar fáciles golpes de mano, aprovechaba los descuidos de sus contrarios, y contando con buenas confidencias, burlaba sus planes, y llevaba á cabo los propios con admirable éxito. La habilidad de Santés consistía en saber hacer marchar rápidamente á sus voluntarios y caer en el momento oportuno sobre el punto que se proponia, cualidad que le dió excelentes resultados mientras mandó fuerzas.

La expedicion y toma de Cuenca, empezó á darle fama y por esta razon la referiremos brevemente. El 4 de Octubre de 1873 salió Santés de Chelva con los batallones Guías de Valencia, 1.° y 2.° de cazadores y escuadron de caballeria del Cid, y al amanecer del 5 sorprendió á la villa de Pedralva y destacando uno de sus batallones á Gestalgar, pasó el 6 por Chiva y fué el 7 á Utiel pueblo importante donde se detuvo hasta el 9. De alli, por Caudete y Villargordo, va á pernoctar á la Minglanilla, donde recoge armas

y caballos y recibe el refuerzo de 65 voluntarios alicantinos que venian á incorporarse á las filas Reales. Entró el 11 en Iniesta y marchando sin parar toda aquella noche para sorprender á los republicanos de Tarazona de la Mancha, desarma á 80 que encuentra en Casasimarro y coje luego 18 prisioneros á los de Tarazona. El 13 pernocta en la Motilla, el 14 en Campillo de Alto Buey, desde dónde haciendo una larga y penosa marcha va á parar el 15 á Almodóvar del Pinar. Allí descansa hasta las siete de la noche y protegido por las sombras, sale con todas sus fuerzas para dar el golpe que meditaba, apoderándose de Cuenca.

Aunque Cuenca es capital de provincia, teníanla los republicanos por hallarse alejada del teatro de la guerra, por su natural fortaleza y por su misma importancia tan desguarnecida, que no habia mas que 100 soldados, 24 guardias civiles, ocho caballos y un batallon de milicia nacional. No llegaban, pues, sus defensores á 600 hombres y Santés que lo sabia perfectamente, aprovechó la ocasion para tomarla á poca costa. Para ello, andando toda la noche del 15, sorprende á la ciudad á la mañana siguiente, enviando cuatro compañías por la derecha, tres por la izquierda y situando otras dos en los puentes. Los republicanos tratan de oponerse á aquel combinado ataque y de acudir á todas partes, pero Santés con el 2.° de cazadores, los guias, la compañía Sagrada y su escolta, entra en la ciudad y toma el hospital y la Glorieta mientras que el teniente coronel Rivera se apodera de algunas casas y el de igual graduacion don Simon Santés, primo de don José, del castillo y la Hermita. Cercan entónces á los soldados en su cuartel y á los voluntarios republicanos en el instituto de segunda enseñanza, y amenazándoles con incendiarlos se rinden unos y otros, mediante capitulacion que firman el gobernador civil don Miguel Sardies, el militar don José P. Oñate, y Santés. Soldados y voluntarios son puestos en libertad, á cambio de sus armas y efectos de guerra lo que proporciona á los carlistas 300 fusiles, 70 caballos, gran cantidad de municiones y una respetable suma en metálico, procedente de las contribuciones y fondos del Estado. Santés, se detiene en Cuenca hasta el 17, en que va á Fuentes y pasando por Carboneras, Reillo y Cardenese, cruza el 20 el Cabriel, por Mira, va el 21 á Utiel, y entra en Chelva triunfante el 23, á los veinte dias de su partida. La expedicion llevada á cabo con tanta celeridad, casi sin combates ni perdidas, le habia hecho dueño de mas de 500 fusiles, muchos miles de duros, y habia dado á los carlistas la posecion de una capital de provincia, la primera de España en que entraron en esta guerra.

La fama de este suceso corrió aumentada por los pueblos, y millares de voluntarios salieron de sus casas para alistarse en los batallones de Santés; y tantos se presentaron, que no habiendo

armas para todos, fué preciso licenciár á muchos despues de inscribirlos y darles palabra de que se les llamaria, á medida que hubiera nuevos fusiles que repartirles.

Como en el Maestrazgo las fuerzas carlistas iban tambien en aumento, pensóse que ya era tiempo de que viniese á mandarlas un general de autoridad y prestigio, y Don Cárlos nombró para este cargo á don Manuel Salvador Palacios, de quien ya hemos dicho que habia mandado las provincias de Guadalajara y Cuenca en el movimiento de 1872. Palacios, que estaba en el ejército del Norte, organizando en Orduña los batallones castellanos, aceptó el cargo á pesar de su avanzada edad, y pasando por Francia á Cataluña, cruzó el Ebro por Flix y se puso, en 5 de Diciembre, al frente de las fuerzas de Valencia y Maestrazgo. Mandaba á las primeras Santés, estaba encargado de las segundas el brigadier don Francisco Vallés, pero habia entre éste y los jefes inferiores, como Cucala, algunas divergencias que hacian no reinase la mayor armonía, y operando con independencia unos de otros, causasen bastante perjuicio á la causa.

La mision de Palacios era unificar las fuerzas, ahogar aquellas rencillas, sobreponerse á todos los jefes y transformar las partidas en batallones disciplinados, que obedeciesen al jefe superior y operasen acorde y combinadamente.

Palacios la emprendió sin descuidar no obstante las operaciones militares. Así, en aquel mismo mes, las fuerzas del Maestrazgo se apoderaron por sorpresa de Sagunto, importante poblacion cercana á Valencia, y las de Santés recorrieron el territorio denominado la Rivera, entrando en Canals, Enguera y Onteniente. La suerte favorecia á Santés hasta el extremo de que al pasar el ferrocarril de Valencia, detuvo un tren en que venian dos oficiales y 40 soldados de caballería conduciendo 119 caballos para un regimiento del arma, que sirvieron á los carlistas para aumentar la suya.

El 21 de Diciembre la vanguardia de la columna Veyler, compuesta de los batallones de Sória y Albuera, ataca á los carlistas en Bocairente, pero es rechazada con grandes pérdidas. Acude el resto de la columna y trábase entónces una reñida accion, que cuesta á los carlistas 142 bajas, y más de 300 á los republicanos, los que, escarmentados, no se atreven á perseguirlos. A fines del año las fuerzas carlistas de Valencia, Aragon y Maestrazgo pasaban de 15,000 infantes y 300 caballos; y tal era el entusiasmo del país y el afan con que sus habitantes seguian pidiendo armas, que á tenerlas, en pocos dias podia duplicarse aquel ejército.

El año 1874 empezó para los carlistas del Centro con gran suerte. El brigadier don Angel C. Villalain, célebre partidario que



en la pasada guerra se hizo notable por su arrojo y que mandaba en esta las fuerzas de Guadalajara y Cuenca, entró el 5 de Enero en la importante ciudad de Sigüenza, y desarmando á los nacionales y tropas que la guarnecian, se apoderó de 280 fusiles y algunos efectos de guerra.

Santés por su parte dió un golpe más importante apoderándose el 10 de Enero de Albacete, capital de provincia como Cuenca y más bien guarnecida que aquella. Habia en Albacete 150 soldados, 110 guardias civiles y 700 nacionales, y Santés con 1,600 infantes y 150 caballos los atacó. El combate duró seis horas, y sin hacer gran resistencia, los republicanos se rinden, entregando á Santés mas de 1,000 fusiles, muchos efectos de guerra y cerca de un millon de reales. Por su parte Cucala entra el 12 en Liria, y con todo esto crece el entusiasmo en el país.

Como el ejército enemigo del Centro habia tenido que acudir al sitio de Cartagena donde, los republicanos rojos con algunas tropas y parte de la escuadra se habian proclamado en canton independiente, no tenia casi fuerzas para perseguir á los carlistas; mas rendida Cartagena, el general Lopez Dominguez, que mandaba las tropas sitiadoras, vino con ellas contra los carlistas. Lopez Dominguez se propuso entrar en Chelva; los nuestros no se lo impidieron, pero al salir le aguardaron en los desfiladeros de la Salada, y le causaron multitud de bajas, con muy pocas por su parte.

A principios de Febrero hay un combate de escasa importancia en Nules, y Santés se bajó entre tanto hácia Cuenca, miéntras Vallés con sus fuerzas iba á bloquear á Morella, y Palacios con las suyas volvia á ocupar á Chelva.

Llevaba ahora Santés, al bajar sobre Cuenca, otro plan que el de volver á entrar en ella, pues pensaba acercarse tanto á Madrid, que asustase á sus habitantes é hiciese creer al gobierno en la posibilidad de ver á los carlistas á la puerta de la capital de España. En efecto, Santés desde Utiel se baja, el 18 de Febrero, á Tarancon, donde es muy bien recibido por la gente del país, que no habia visto á los carlistas, y enviando fuerzas á Sacedon, llegan sin tropiezo á dos jornadas cortas de Madrid.

CAPITULO LXIX

Toma de Vinaroz y Amposta. — Disensiones. — Nuevos combates.

Miéntras amenazaba Santés á la capital de España, conseguian en las orillas del Mediterráneo las tropas del Maestrazgo á las órdenes de Vallés una importante victoria apoderándose de la ciudad y puerto de Vinaroz, punto importantísimo, muy fortificado, artillado con siete piezas y tan liberal que en la pasada guerra jamás pudieron tomarlo los carlistas. En esta, todos sus habitantes estaban armados y dispuestos tambien á defenderse; pero un sargento de móviles, de acuerdo con los carlistas, les prometió abrir la puerta de Calig á hora convenida, y aunque no pudo hacerlo, asaltaron las murallas las tropas de Segarra y entraron por ellas. La guarnicion, que mandaba el coronel Navarro y se componia de cuatro compañías de Mérida y Castrejana, de alguna fuerza de carabineros y de nacionales, aunque sorprendida al ver dentro del pueblo á los carlistas, se defendió bizarramente seis horas; pero al fin tuvo que rendirse, quedando prisionero el coronel Navarro que la mandaba, el brigadier Arin que estaba en ella de paso, y otros jefes y oficiales. Los carlistas se apoderaron de tres cañones de hierro, dos de bronçe de á 16 y dos obuses de á 24; más de 800 fusiles, 300 escopetas y multitud de pertrechos de guerra. El efecto moral fué, sobre todo, inmenso; primero, porque Vinaroz se creia intomable, y despues, porque se vió que los carlistas tenian fuerzas para operar á la vez en las inmediaciones de Madrid y en las orillas del Mediterráneo.

Los carlistas no se durmieron entónces sobre sus laureles, sino que inmediatamente fueron á Amposta, situada en la desembocadura del Ebro, y la atacaron. La guarnicion la abandonó dejándoles tres cañones, mas eran como los de Vinaroz, piezas de grueso calibre, destinadas á defender la costa; y como los carlistas no necesitaban sino piezas de montaña, tuvieron que enterrar los 10 cañones que habian cogido en ambos puntos, y seguir operando sín artillería. El coronel Corredor, á imitacion de Santés, bajó á la Ribera de Valencia y tomó á Gandia, y á principios de Marzo dióse una accion en la Minglanilla, que tuvo alguna importancia y pudo ser decisiva á estar mejor dirigida. Iban Palacios y Santés con algunos batallones y más de 300 caballos, cuando al llegar al puente de Contreras supieron que venia sobre ellos la brigada Calleja.

Santés manda que avance á escape toda la caballería para entretener al enemigo miéntras tomaba posiciones la infantería, que estaba en la carretera; pero Palacios ordena á los infantes que avancen y á la caballería que retroceda. Estos movimientos encontrados producen alguna confusion y desórden en nuestras fuerzas, que aprovecha el enemigo para acribillar á balazos á los nuestros. Por fortuna la fuerza de Cucala, que se habia mandado por otro lado, ataca á los republicanos por retaguardia, les desordena y coge algunos prisioneros y efectos, é impide que causen más daño á las otras fuerzas.

Afortunadamente los carlistas siguen despues obteniendo victorias, y el 19 de Marzo entran Palacios y Santés en Fuente la Higuera, y al dia siguiente se apoderan de la importante ciudad de Almansa, sacando de ella considerables recursos y efectos de guerra.

La fama de Santés padecia entre tanto grave detrimento, porque por diversos conductos y por personas de diferentes clases empezaron á censurarse sus actos, á comentarse algunas de sus expresiones y á querer conocer sobre todo el destino que habia dado á las cuantiosas sumas recogidas en sus expediciones. Los jefes de sus tropas acusábanle al mismo tiempo de su poco amor á los combates, y tales y tan grandes fueron las quejas que se levantaron contra él, que el general Palacios, cuya energía era conocida, le destituyó, le arrestó, y mandando formarle causa, le envió prisionero á Cantavieja.

Los batallones de Santés, uno de los cuales mandaba el intrépido y luego famoso cuanto malogrado jóven don Miguel Lozano, siguieron, como era natural, al general Palacios, quien dando pruebas de mucha firmeza, se puso al frente de casi todas las fuerzas en Flix, y las dirigió una alocucion para que conociesen los fines que le habian movido.

Tenia, sin embargo, Santés sus partidarios, y como gozaba de popularidad entre los soldados, cundió entre algunos cierta desanimacion, y empezaron á notarse deserciones que perjudicaron bastante al buen espíritu y disminuyeron el número de combatientes. Siempre han sido las disensiones uno de los mayores males de los partidos militantes, y sobre todo, entre los carlistas, que se apegaban y encariñaban con los jefes que les habian dado algunas victorias, hasta el punto de no ver sus inconvenientes y defectos.

Cinco de los batallones de Santés fueron encomendados á Vallés, pero luego se pusieron á las órdenes del coronel don Manuel Monet, hombre de no muy recomendables antecedentes privados pero que, habiendo sido oficial de la guardia civil, gozaba como militar, fama de valiente, entendido y organizador, que era justamente lo que más necesitaban en el Centro los que hubiesen de mandar aquellos poco ordenados batallones.

Los republicanos, por su parte, no molestaban mucho á los carlistas y los combates no eran frecuentes, pues solo cuando de propósito buscaban las fuerzas Reales á las columnas solia haberlos. Verdad es que la falta de municiones y la diversidad y mala clase de armamento que tenian las fuerzas del Maestrazgo y Valencia las hacia ser prudentes en arriesgarse, pues habiendo batallones armados con escopetas, naturalmente, no podian combatir sino en muy ventajosas posiciones con la infantería republicana, armada de Remingtons y Berdans y siempre bien provista de cartuchos. Los fusiles de sistema moderno que los carlistas habian cogido á los enemigos, tenian el grave inconveniente de consumir pronto las municiones, que no habia facilidad en reponer, pues solo podian hacerlo apoderándose de los depósitos y fuertes que tenian los republicanos.

Vallés, hombre organizador y metódico, dotado de buenas cualidades, trató de uniformar y aumentar el armamento de las fuerzas del Maestrazgo, desembarcando por la costa una gran cantidad de fusiles, operacion que era fácil desde que la toma de Vinaroz dió un puerto á los carlistas. Para adquirirlos, abrió un empréstito y reunida la cantidad suficiente, mandó comprar 4,000 carabinas Miniés, que, siendo de gran alcance, tenian la ventaja de no necesitar cartuchos especiales.

Las operaciones en Valencia giraban alrededor de Chelva. La columna Montenegro quiso entrar en ella á últimos de Mayo, y Monet, con 3,000 hombres, la opuso tan fuerte resistencia en la Salada, que no pudo lograrlo. Vino entónces en auxilio de los republicanos la columna Calleja y obligó á los carlistas á retirarse á Domeño; perdiendo éstos 54 hombres, y cerca de 200 los republicanos. Se distinguió en este combate, por parte de los carlistas, don Miguel Lozano, que mandaba el batallon de Cazadores de la Lealtad, 1.º de Valencia, y que luego habia de ser tan célebre.

Las tropas aragonesas, de vuelta de su expedicion á Daroca, siguieron organizándose y fortaleciéndose. El general Marco montó admirablemente, como dejamos ántes apuntado, la administracion civil, y encomendó la militar al celo de don Francisco Romero, logrando así tener á sus tropas bien atendidas y pagadas, y contentos y satisfechos á los pueblos, que le entregaban gustosos las contribuciones que pedia.

En estas condiciones, cuando todo hacia esperar que prosperasen los carlistas aragoneses, surgió una cuestion grave, entre e general Marco y el brigadier Villalain, que, aunque terminó con la prision de éste en Cantavieja, causó considerables perjuicios á Aragon.

La suerte tampoco fué ya tan favorable á Marco como lo habia sido en sus primeras expediciones, pues las tropas republicanas se-

dedicaron con ardor á perseguir á los carlistas aragoneses y consiguieron darles algunos rudos golpes. Así fueron, por ejemplo, sorprendidos en Checa, y más adelante al salir de Caspe, donde perdieron alguna gente y sobre todo ánimos.

La sorpresa de Caspe produjo algun descontento que costó trabajo calmar y fué causa de que empezara el general Marco á perder parte de su prestigio.

Esto no obstante, siguieron haciendo algunas expediciones provechosas los carlistas y volvieron á entrar en Molina; pasaron á la provincia de Cuenca, entraron en Cañete y reanimaron algo su espíritu.

A principios de Mayo, la columna Despujols intentó apoderarse de Cantavieja, que defendian solo Lacambra, con el colegio de cadetes, y Puerto, con una partida de 80 hombres, pero fué rechazada de las mismas puertas de la poblacion; suceso que celebraron extraordinariamente los carlistas y que les aseguró por mucho tiempo la posesion de Cantavieja.

CAPITULO LXX

Los Infantes en el Centro. — Sus disposiciones. — Combates de Gandesa y Alcora. — Ataque á Teruel.

Hemos dicho, que el Infante Don Alfonso, acompañado de su esposa, Doña María de las Nieves, entró en Cataluña con objeto de pasar al Centro, y, que despues de reunir en Solsona á Tristany, con casi todas las fuerzas del Principado, se encaminó al Ebro con una pequeña escolta. Atravesando rápidamente el peligroso campo de Tarragona, SS. AA. llegaron con toda felicidad á la barca de Flix y por ella pasaron á la derecha del Ebro, es decir, al ejército del Centro. Esperábalos Panera con parte de las fuerzas del Maestrazgo, quienes los recibieron con gran júbilo y no menor entusiásmo. La llegada del Infante creíase que contribuiria á dar vida y animacion á aquellas tropas, á mejorar su organizacion y disciplina y á obviar ciertos obstáculos que dificultaban hasta entónces, la unidad de mando, la regularidad en la administracion y el órden en todo.

Don Alfonso venia en efecto animado de los mejores deseos é inspirado por su amor á la justicia, queria á toda costa, normali-



zar y arreglar aquel ejército, que era, para la causa carlista, el ejército de mas porvenir, pero sobre todo, queria comunicarle su valor y conducirle enseguida á la victoria. Acostumbrado Don Alfonso á los brillantes triunfos de los carlistas catalanes, á sus arriesgados asaltos y tomas de plazas, propúsose hacer lo mismo en el Centro, y para ello, más que jefes organizadores, sumisos y peritos en el arte de la guerra, buscó jefes populares, de arrojo y valor notorio, que entusiasmando á los voluntarios, los condugeran á la victoria.

Recto en sus intenciones, lo primero que hizo Don Alfonso, fué dar desde Flix, el 24 de Mayo, una alocucion á las tropas del Centro, en la que les decia, que venia á premiar, el valor heróico, la abnegacion y constancia de los voluntarios, á castigar los delitos y faltas que se hubieran cometido y á restablecer, segun sus palabras, como habia hecho en Cataluña, el principio de autoridad y la disciplina.

La obra era magna; Don Alfonso, que no contaba 25 años, muy jóven para llevarla á cabo por sí solo, de modo, que necesitaba el concurso de personas de talento, carácter y buena voluntad para ayudarle en la empresa. Sobre todo, necesitaba el auxilio de hombres de peso y tino, que procediendo con la cordura conveniente, calmasen en vez de ahondar las divisiones que existian. Don Alfonso, además de su esposa que ejercia gran influencia en su ánimo, tenia á su lado, como consejeros, á los generales Lafuente, Freixas y Moya y á unos cuantos oficiales de Estado Mayor, entre los que figuraban sus primos don Francisco y don Alberto de Borbon, hijos del infante don Enrique. Los generales Lafuente y Freixa, eran hombres dignos y prudentes, pero el general Moya que ejercia como jefe de Estado Mayor del ejército más influencia que los otros en el ánimo de S. A., era duro, violento y apasionado de carácter, cualidades que naturalmente habian de producir funestas consecuencias.

Así, á poco de entrar S. A., se empezaron las variaciones de mando por relevar al Brigadier Vallés que habia hecho en el Centro y Cataluña una ruda campaña, del cargo de comandante general del Maestrazgo que ejercia, y se pusieron los batallones 1.° y 6.°, que iban con él, á las órdenes del coronel don Tomas Segarra que mandaba ya el 2.° y 5.° Enviáronse tambien á los depósitos, á muchos jefes y oficiales, y se tomaron otras disposiciones, que léjos de aumentar las simpatías por el Infante, empezaron como habia pasado en Cataluña á malquistarle los ánimos.

La suerte de las armas tampoco le fué favorable al principio. El 4 de Junio, sostuvo en las inmediaciones de Gandesa un encuentro con las columnas Despujols y Delatre, en el que, aunque los carlistas se batieron bizarramente y atacaron á la bayoneta di

ferentes veces á las fuerzas enemigas que estaban en la ciudad, no consiguieron ningun resultado positivo y tuvieron por, fin que retirarse á Cherta, pues la caballería enemiga que era numerosa les hizo retroceder. Sus pérdidas no fueron grandes, ni sus ánimos sufrieron detrimento porque ni los republicanos lograron derrotarlos ni pudieron, por lo tanto, perseguirlos.

SS. AA. fueron internándose en el Maestrazgo y pocos dias despues, el 14, hallándose en Lucena, supieron que el general enemigo Montenegro, con 5,000 infantes, ocho cañones y 400 caballos iba á Alcora. El Infante mandó entónces al coronel don Pascual Cucala, con cuatro batallones á observar al enemigo, sin órden de atacarle, pero la gente de Cucala, más animosa que disciplinada, al ver cerca á los republicanos, rompió el fuego y empeñó con ellos el combate. Al estruendo, salió el Infante con el batallon de Zuavos, el Expedicionario de Valencia que se componia de 200 soldados pasados del campo enemigo, una pieza de artillería y el 5.º escuadron de Cataluña y llegó á la altura de San Cristóbal en el momento que se retiraban dos de los batallones de Cucala. Los otros dos batallones y el 1.º del Maestrazgo que habian llegado por otra parte, combatian aun, por lo que S. A. mandó enseguida al batallon Expedicionario y cuatro compañías de Zuavos á sostenerlos, con órden de irse replegando todos á un punto conveniente para atraer al enemigo y derrotarle. Este, que comprendió la intencion, cesó en seguida su ataque y se encerró en Alcora volviendo entónces los carlistas á ocupar sus primeras posiciones. El combate quedó pues indeciso y los carlistas tuvieron 12 muertos y 40 heridos. Entre los primeros estaba el comandante de Guías Ferrer, y entre los segundos Panera, Cucala, y el general Moya, quien no volvió ya á mandar fuerzas.

Los Infantes fueron á Adzaneta y recorriendo despues diversos pueblos de Castellon y Valencia en los que fueron recibidos con gran entusiasmo, pasaron á principios de Julio á Aragon y se unieron á las fuerzas que allí mandaba el general don Manuel Marco. Queria el Infante inaugurar su entrada en Aragon con la toma de Teruel, capital de provincia y punto importantísimo, y para ello dispuso asaltarlo de noche, á ejemplo de lo que se hacia en Cataluña. Al efecto llegó con sus fuerzas y las de Marco en la noche del 3 de Julio á las puertas de Teruel y aunque los aragoneses no estaban acostumbrados á estas operaciones, se lanzaron al asalto con el proverbial valor que los distingue. La compañía de guias y dos del 1.º de Aragon, que mandaba Madrazo, superando todos los obstáculos se metieron dentro del recinto enemigo y fueron avanzando por él, atemorizando á los republicanos y apoderándose de varias casas.

Un esfuerzo más y Teruel era de los carlistas, cuando la noticia

de que llegaban fuerzas auxiliares en socorro de los sitiados les hizo retirarse. Por desgracia ó por equivocacion, no se dió la órden á las compañías que estaban dentro de la plaza, y aisladas y cortadas en seguida por el enemigo, se defendieron bravamente hasta la madrugada en que, viéndose sin salida posible, tuvieron que rendirse.

Este fracaso lamentable por sí solo, tuvo aun peores consecuencias porque los consejeros de S. A. hicieron recaer toda la culpa sobre el general Marco, y el Infante airado le destituyó, le mandó preso á Horta y en órden general que publicó en el ejército y periódicos del Centro, le acusó gravemente del suceso y al mismo tiempo le sometia á un consejo de guerra para juzgarle militarmente.

Llevaron los aragoneses, entre los que era Marco muy querido, tan á mal este suceso, que fueron necesarios los esfuerzos de personas influyentes y la energía de las autoridades para evitar un conflicto y contener á los voluntarios que trataban de abandonar sus batallones. Aun así las deserciones fueron numerosas y la desanimacion tan grande y perjudicial para la causa carlista en Aragon, que en mucho tiempo no se repuso de estos disturbios.

Lo peor fué que S. A. el Infante Don Alfonso, que era quien menos parte tenia en ellos, apareció á los ojos del público como el autor de todo, pues los enemigos de Marco se escondieron tras él para herirle.

CAPITULO LXXI

Toma de Cuenca. — D. Alfonso y D. A María. — Variaciones de mandos.

Tiene el Infante Don Alfonso como general la notable cualidad de no desmayar por los sucesos contrarios, y la de aumentar sus ánimos á medida que aumentan las dificultades. Así á raiz mismo de lo de Teruel concibió el audaz proyecto de apoderarse de Cuenca, ciudad mucho mas difícil de tomar que la aragonesa de que no habian podido apoderarse nuestras fuerzas.

Cuenca no estaba ahora desprovista de guarnicion y fortificaciones como cuando entró en ella Santés, pues desde entónces la habian los liberales preparado para resistir un ataque en regla, artillándo la con cuatro cañones rayados, cerrándola con tapias

aspilleradas, murallas, tambores y barricadas, y proveyéndola de víveres y municiones. Defendíanla además un batallon de infantería, otro de milicia nacional, una batería de artillería, dos escuadrones de caballería, y algunos guardias civiles y carabineros, en junto 2,000 hombres, mandados por el brigadier don José de la Iglesia, militar pundonoroso y valiente.

El Infante que Cuenca además de esto sabia que por su proximidad á Madrid no podia carecer de socorro muchos dias, no se arredró sin embargo, y se resolvió á atacarla y tomarla rápidamente. Reunió fuerzas de Valencia, del Maestrazgo y las de Castilla á las órdenes de Villalain y con ellas, el batallon de zuavos, una batería de montaña y cerca de trescientos caballos encaminóse á ella, llevando como jefe de E. M. al general Freixa. El 13 de Julio atacaron los carlistas los arrabales y se empeñó una lucha formidable. La guarnicion confiada en su número, en sus fuertes y en sus municiones, emprendió la defensa con decision. El brigadier Iglesia, á quien el Infante intimó la rendicion, contestó: «quiero que si S. A. me coje, coja á un hombre de honor;» y enardeciendo á los suyos con su ejemplo y acudiendo á todas partes, presentó por todas formidables obstáculos á los carlistas. La noche del 13, todo el 14 y su noche continuó el combate con igual furia sin interrumpirse, sin descansar y sin conseguir ninguna ventaja positiva. Ya ante tan porfiada resistencia iban los carlistas creyendo imposible tomar la ciudad, y algunos creyendo que no tardarian en llegar fuerzas auxiliares, hablaban de retirarse y renunciar al asalto, cuando el Infante Don Alfonso dando prueba de su esforzado ánimo dirigió palabras llenas de fuego á los que vacilaban. «Que no se me hable de retirada, les dijo; hoy el ejército del Centro perece, ó Cuenca queda en poder de Cárlos VII. Id de nuevo al combate; atacad esos muros con ánimo y sabed que si en ellos encuentran la muerte todos los volutarios del Centro, yo su General en jefe, iré con el último que quede á morir tambien.»

Ante resolucion tan firme, ante órdenes tan terminantes nuestros jefes ya no vacilan. El brigadier Villalain, cuyo arrojo era proverbial; los jóvenes comandantes don Miguel Lozano y don Julio Segarra, oficiales ambos procedentes del ejército enemigo, dan el ejemplo, y pasando bajo una lluvia de balas, se apoderan del segundo recinto. Julio Segarra encuentra allí una heróica muerte, pero los demás entran y se esparcen por la ciudad, y los republicanos al verlos se aturden y desconciertan y empiezan á replegarse. Quedábales aún el castillo para defenderse, pero cansados por el prolongado combate de tres dias, en que ni habian descansado ni comido, desconfiando ya de que los socorrieran y desanimados al ver el empuje y decision de los carlistas, se ri-

den á las tres de la tarde del dia 15, quedando el brigadier Iglesia prisionero con sus cuatro cañones y toda la guarnicion.

El ataque de Cuenca, como hecho de armas, fué admirable, y toda la gloria corresponde al Infante, que la tomó con la entereza y energía que desplegó en tan críticas circunstancias. Sin embargo, su esposa Doña Maria de las Nieves, que con su acostumbrado valor habia asistido á ella, escribió una carta, en que modestamente decia que «la toma de Cuenca fué para ellos un verdadero milagro, y que era preciso confesar que Dios y la Santísima Vírgen les habian favorecido extraordinariamente.»

Era la víspera del dia de Nuestra Señora del Cármen cuando Cuenca se rindió, y los carlistas tenian razon para considerar que Dios les habia favorecido grandemente en la empresa, pues en las cincuenta y seis horas que duró la lucha, no llegaron sus pérdidas á 100 hombres. Los republicanos dentro de las murallas, tuvieron casi tantas, y sobre todo perdieron los ánimos de tal manera, que se rindieron cuando aún tenian cientos de granadas y millares de cartuchos para defenderse, y cuando las columnas auxiliares no podian tardar mucho en llegar.

El efecto moral y material de la toma de Cuenca fué inmenso; pues por una parte demostró la audacia y resolucion del ejército carlista, que atacaba capitales de provincia tan bien defendidas y á tan corta distancia de Madrid situadas; y por otra, dió á los carlistas cuatro cañones de batalla, 2,000 fusiles, dos escuadrones de caballería y una cantidad tan grande de cartuchos, que con ella tuvieron para sostener largo tiempo la guerra. Cuenca servia de depósito de municiones á los republicanos; de modo que ahora proveyó largamente á los carlistas, que tan necesitados de ellas andaban siempre.

SS. AA. entraron en la ciudad y fueron á alojarse al palacio episcopal, siendo recibidos y atendidos por el Illmo. Sr. Obispo de la diócesis, D. Miguel Payá, que tan brillante papel habia hecho en el Concilio del Vaticano. El Sr. Obispo de Cuenca dijo el 16 la Misa, en la que comulgaron los Infantes y un gran número de jefes y oficiales, y despues de terminada, se cantó un solemne *Te Deum* en accion de gracias por la victoria.

No hay hecho en toda la guerra de que los republicanos hayan querido sacar más partido que de la toma de Cuenca para acusar de crueles y sanguinarios á los carlistas, para pregonar por el mundo que su ejército no merecia más nombre que el de horda de bandidos y asesinos, y para denigrar al Infante Don Alfonso que lo mandaba, y tratarle como á un criminal vulgar.

Interesaba demasiado en aquella época al gobierno de Madrid poner en mal lugar á los carlistas y disminuir la importancia de sus victorias, para que las quejas que exhaló con motivo de

toma de Cuenca pasen á la historia como dogmas de fé. Varias potencias extranjeras, en vista del crecimiento y organizacion del ejército carlista, de las grandes batallas que en los campos de Somorrostro habia dado, y de sus victorias en Cataluña, mostrábanse dispuestas á reconocerle como beligerante. El gobierno de Madrid trataba de evitarlo rebajando el poder, el valor y la consideracion de los carlistas, y para ello aprovechaba expecialmente cuantas ocasiones se le presentaban, de acusarlos de sanguinarios y bandoleros. Este es el orígen de las acusaciones que llovieron sobre ellos á consecuencia de la toma de Cuenca, donde al entrar los carlistas despues de cincuenta y seis horas de ataque, cometieron algunos soldados sueltos excesos parciales, de esos que, por desgracia, son frecuentes hasta en ejércitos tan regulares y disciplinados como el prusiano.

Pero en estos excesos ni el Infante Don Alfonso ni el general Freixa, su jefe de Estado Mayor, tuvieron la menor parte, ni los demás jefes carlistas tampoco; ántes por el contrario, todos trataron de reprimirlos, y dictaron órdenes y disposiciones severas para impedir que se repitieran. Los prisioneros fueron como en todas partes, tratados con consideracion, y el brigadier Iglesias, al volver en libertad á Madrid, hizo justicia á los Infantes, confesando como caballero, que á él y á los suyos les habian tratado los carlistas dignamente, que SS. AA. habian hecho todo lo posible para humanizar la guerra, y que en ningun modo debian imputárseles los excesos que sin conocimiento suyo pudieran cometer algunos de sus soldados.

Despues de detenerse en Cuenca dos dias, los Infantes salieron de allí con un inmenso convoy de efectos de guerra cogidos en la plaza. Enviaron delante á un batallon á las órdenes del comandante Giner, hijo del baron de Benicasin, y á un escuadron á las del coronel Acuña, para custodiar y conducir á los prisioneros; mandaron á otras fuerzas por otro lado para escoltar las cuatro piezas de artillería cogidas, y ellos con las municiones y demás efectos de guerra que se podian transportar en caballerías, se dirigieron con los demás batallones á Chelva. La primera de estas expediciones fué sorprendida en Salvacañete por la columna Lopez Pinto, quien la quitó los prisioneros que llevaba, y aún la hizo algunos, entre ellos el comandante Giner; pero las otras dos con la artillería y municiones, llegaron sin tropiezo ninguno á Chelva.

Al volver de Cuenca SS. AA. encontraron en Santa Cruz de Moya á Lizárraga que iba á presentárseles, y entónces yo que tanto lo deseaba, tuve ocasion de ver á los Infantes, á quienes hasta entónces no conocia.

Don Alfonso y Doña María iban cuando los encontramos, mon-

tados en dos preciosos caballos tordos que parecian gemelos, seguidos de unos cuantos ayudantes y oficiales y á la cabeza del batallon de zuavos, que estaba encargado de su guardia.

Poco tiempo despues, aprovechando unos momentos en que hizo alto la fuerza, se apearon SS. AA., el general nos presentó á ellos y pude verles y oirles de cerca.

Don Alfonso es alto, delgado, de facciones finas, nariz aguileña, cabellos rubios, pálido rostro, mirada lánguida y dulce fisonomía. A pesar de algunos rasgos de semejanza, diferénciase notablemente de su hermano Don Cárlos VII, tanto en la figura como en el carácter, pues Don Alfonso recuerda por uno y otro los antíguos príncipes de la Casa de Austria, miéntras que en sus negros ojos muestra más claramente Don Cárlos la sangre española que corre por sus venas.

Don Alfonso vestia un sencillo y elegante trage de campaña, compuesto de boina encarnada con borla de oro, guerrera negra abierta, chaleco blanco, pantalon encarnado y botas de montar. No usaba más insignia que el fagin de teniente general sobre el cinturon del sable, que era tambien sencillo. Doña María de las Nieves, la llamada por los liberales Doña Blanca, es efecto, de color blanco, de bella y agradable fisonomía, de mirada penetrante y dulce, que contrasta con el carácter valeroso y resuelto de que ha dado tantas pruebas en la guerra. La Infanta Doña María, sobreponiéndose á la debilidad de su sexo, acompañaba siempre á su esposo en los peligros y combates; y, niña aún, sufria las marchas y molestias de la campaña, que en Cataluña y el Centro no eran pocas, como los más decididos voluntarios. Tambien, como su esposo, vestia sencillamente: llevaba un traje negro de montar, adornado con cordones igualmente negros, y un pequeño escudo pontificio en el pecho, y cubria sus rubios cabellos con una boina encarnada con borla de oro.

Los Infantes eran amables con todo el mundo, especialmente con sus más allegados servidores, á quienes consultaban, atendian y trataban con gran confianza. Su séquito se componia de pocas personas, pues no gustaba á SS. AA. el aparato de los generales en jefe; de modo que apenas habia en el ejército del Centro, Estado Mayor ni verdadera organizacion militar. El Infante se entendía con los generales ó jefes de brigada y disponia las operaciones y dictaba las órdenes segun le parecia más conveniente.

Desempeñaron, no obstante, á su lado el cargo de jefes de Estado Mayor general del ejército, los generales Moya y Freixa, y por último Lizárraga. A la llegada de éste nombró el Infante á Moya, á pesar de su herida, comandante general de Valencia; dió á Freixa el cargo de presidente de una junta de clasificacion de oficiales que se creó por entónces; puso al frente de las fuerzas de

Aragon al brigadier don Pascual Gamundi, que acababa de llegar del Norte y era muy deseado por sus paisanos, y dejó de comante general de Guadalajara y Cuenca al brigadier Villalain.

Las fuerzas de Valencia se componian de dos divisiones, llamada la primera de Valencia, y la segunda, del Maestraezgo; y las de Aragon y Castilla, de una respectivamente, formando entre todas un total de 20 batallones.

CAPITULO LXXII

Vage por el Ejército del Centro. — Pueblos, Gefes y batallones. — Caràcter de las tropas.

Desde que atravesamos el Ebro por Flix, hasta que encontramos en Moya á los Infantes, habíamos recorrido de Norte á Sur casi todo el territorio que comprendia el ejército del Centro, visitado las principales ciudades y pueblos que dominaban los carlistas, visto la mayor parte de sus tropas y conocido á muchos de sus principales jefes.

Este viaje fueme sumamente provechoso, porque me dió exacta idea de aquel ejército que tanto deseaba conocer.

En la ciudad de Gandesa encontré las primeras fuerzas del Maestrazgo. Eran unas compañías pertenecientes á uno de los batallones que habia mandado Vallés; estaban pobremente vestidas y armadas, pero compuestas de jóvenes resueltos y valientes. Dos dias despues vi en Zurita los batallones 1.° y 2.° de Aragon, y luego el 3.° con la caballería, es decir, todas las fuerzas de que se componia la division organizada por Marco.

Mandábalas interinamente, desde los sucesos de Teruel, el coronel Pallés, hombre de unos cincuenta años, grueso de cuerpo, ancho de cara, de genio impetuoso, y, como buen aragonés, de carácter franco. Era por su valor y decision muy popular y querido en el país. El coronel don Andrés Madrazo mandaba el 1.° de Aragon; Madrazo, verdadero modelo de consecuencia y lealtad, habia sido en todos los movimientos hechos en Aragon de los primeros en armas, se habia distinguido por su valor y su honradez y se habia captado las simpatías de pueblos y voluntarios.

Entre los tres batallones aragoneses habian llegado á reunir cerca de 3,000 hombres, pero cuando los vi apenas llegaban á 2,000, y la caballería no pasaba mucho de 100 caballos.

Los voluntarios aragoneses eran gente entusiasta, resuelta y valerosa; dura para la fatiga, sóbria y sumisa á sus jefes. Tienen los aragoneses por su firmeza y por el proverbial arrojo á que los mueve su ardoroso carácter, tan admirables condiciones de soldados, que en todas las guerras han figurado entre los primeros de España. Faltábales ahora, por las circunstancias especiales de la campaña, la costumbre de los combates, pues la division aragonesa apenas se habia batido, más estaba animada del mejor espíritu y deseaba que viniesen á mandarla jefes capaces de conducirla á la victoria.

Por esta razon recibió al brigadier Gamundi con gran entusiasmo, pues el nombre que por sus hazañas anteriores habia logrado éste, hizo creer á los voluntarios que á sus órdenes iban á obtener grandes triunfos.

Dejando á las fuerzas aragonesas en Zurita, pasamos á Cantavieja, pueblo celebérrimo en la pasada y en la presente guerra, por haber servido en ámbas de cuartel general, centro de organizacion y resistencia, depósito de municiones y fortaleza de los carlistas.

Los aragoneses creian que era Cantavieja, por su posicion, una especie de ciudadela inespugnable. En efecto, en la guerra pasada era casi intomable Cantavieja, pero el mayor alcance de las armas modernas quitóla ahora toda su importancia. Bastaba verla para convencerse de ello, pues rodeada por todas partes de montañas que la dominan, aunque situada tambien en un alto no puede resistir á la poderosa artillería rayada. Solo por la parte de Mirambel presenta una subida empinada y difícil el camino á Cantavieja, y esto que dificulta el acceso á la plaza por aquel lado es su única fortaleza. El Infante, comprendiéndolo así, mandó con harta razon que se considerara Cantavieja como plaza abierta y que no se intentase defenderla sériamente, sino, á lo más, librarla de cualquier golpe de mano.

Estaban, cuando pasé por Cantavieja, presos por los sucesos de Teruel y su adhesion á Marco, el canónigo Abril, persona de alguna influencia en el país, y el teniente coronel Lacambra, goberbernador que habia sido de la plaza y carlista decidido y valeroso.

En Mosqueruela, donde fuímos despues, se hallaba el 4.° batallon de Aragon, organizándose entónces y todavía desarmado, y residia allí el tribunal militar del ejército, presidido por el auditor general don Marcial Gomez de Bonilla. Sometidos al tribunal, y sumariados para dar cuenta de su conducta, se hallaban entónces los dos hombres célebres del reino de Valencia, Santés y Vallés, circunstancia que me proporcionó ocasion de conocerlos.

El coronel Santés, tan celebrado por liberales y carlistas, tan famoso por sus expediciones, es grueso, de pequeña estatura, de

fisonomía vulgar, de exagerados modales, y no revela en su persona, tener hábitos militares ni aún las condiciones de un simple guerrillero. Los únicos rasgos notables que en él se encuentran, son cierta locuacidad y viveza en su conversacion y gran desenvoltura para hablar de sus acciones, hija, sin duda alguna, de su prolongrada permanencia en Francia.

El brigadier don Francisco Vallés, jefe que habia sido de las tropas del Maestrazgo, era persona instruida, grave y séria; de antecedentes respetables, y que, á pesar de que como abogado parecia ageno á las cosas de la guerra, se habia portado en la campaña como militar, siendo de los primeros jefes que se lanzaron al campo, de los que con más teson se sostuvieron y de los que más regularmente organizaron sus fuerzas. Vallés, político al par que militar, ni cometia exacciones ni disgustaba á los pueblos, por lo que éstos le querian entónces, mas luego manchó su historia desertando.

De Mosqueruela fuímos á Rubielos de Mora, y de allí, hasta que encontramos á los Infantes en Moya, no vimos ya más fuerzas. El territorio estaba sin embargo dominado por los carlistas, quienes en todos los pueblos tenian comandantes de armas, es decir, jefes militares que, con unos cuantos hombres cada uno, conservaban el órden, avisaban á las tropas carlistas los movimientos de los enemigos, las proveian de cuanto necesitaban, y mantenian las comunicaciones con los centros directivos. Los comandantes de armas eran utilísimos y prestaban importantes servicios al ejército Real. Ellos, extendiéndose de pueblo en pueblo desde Francia hasta las inmediaciones de Madrid, ponian en relacion á los carlistas del Centro y Cataluña, y formando una red de confidencias alrededor de las fuerzas enemigas, advertian á tiempo á las suyas de sus movimientos. Gracias á ellos, marchaban tranquilos de una á otra parte los carlistas que se separaban de las filas; encontraban en los pueblos guías, proteccion y amparo; y podian, como nosotros lo habíamos hecho, venir desde Camprodon, en la frontera de Francia, hasta las inmediaciones de Cuenca, es decir más de 50 leguas, sin tropezar con un enemigo ni dejar de ver boinas un solo dia.

Chelva, donde fuímos á parar con los Infantes, es un pueblo grande, cabeza de distrito de las provincia de Valencia, situado en la parte montañosa que al Norte de la misma se extiende y que por su elevada situacion, su difícil acceso y la fortaleza de las posiciones que le rodean, habia servido desde principios del alzamiento de cuartel general á los carlistas valencianos. Chelva era tan célebre en el Centro como Estella en el Norte ú Olot en Cataluña, pues de allí salian y allí volvian á parar todas las expediciones.

De regreso los Infantes de Cuenca, se detuvieron varios dias en Chelva, que me sirvieron para acabar de conocer los jefes y los batallones del Centro, pues alli se reunieron las tropas de Valencia, de Castilla y del Maestrazgo, excepto las de Cucala.

Mandaba las de Valencia durante la enfermedad del general Moya, un coronel llamado don Manuel Monet, de edad ya avanzada, que por haber sido oficial de la guardia civil gozaba de regular concepto militar, y era tenido como organizador y ordenanzista. Sus antecedentes morales no eran de los mejores ni ejemplar su conducta, por lo que nadie extrañó el triste fin que tuvo más adelante.

Cinco batallones divididos en dos brigadas formaban entónces las fuerzas de Valencia. La primera brigada, compuesta de tres, se llamaba de Chelva, y la segunda de Segorbe. Entre las dos apenas contaban 3,000 hombres, cuando poco tiempo antes pasaban de 5,000. El mejor batallon era el 1° de Valencia, denominado de Guias. Mandábale el teniente coronel don Antonio Oriol, jóven de distinguida familia, de carácter enérgico y de aficiones tan militares, que aunque no habia servido hasta entónces, cumplia sus deberes y los hacia cumplir á sus soldados como un veterano. Otro de los mejores batallones era el que hasta entónces habia mandado don Miguel Lozano, jóven oficial procedente del ejército, que luego se hizo tan notable.

Los batallones valencianos estaban compuestos de voluntarios excelentes; dóciles, sumisos y valerosos. Iban todos los dias á la instruccion militar, en la que estaban regularmente impuestos, y maniobraban con la soltura de tropas formales. No tenian muchas plazas, ni buen armamento, ni tampoco estaban aguerridos, pero era tan bueno su personal, que no necesitaba más que buenos jefes y oficiales, para ponerse á la altura de los batallones del Norte.

Las fuerzas de Valencia, siguiendo la piadosa costumbre del ejército carlista, rezaban todas las tardes formadas con armas en la plaza pública, el santo Rosario, y eran en sus costumbres morigerados y prudentes.

La division del Maestrazgo, más numerosa que la de Valencia, se componia de ocho batallones repartidos en tres brigadas. La primera, llamada de Castellon, constaba de tres batallones, y la mandaba el célebre don Pascual Cucala; la segunda, compuesta de dos, estaba á las órdenes de don Juan Ponce de Leon, y se llamaba de San Mateo, y la tercera ó de Gandesa, formábanla tres batallones, y la mandaba don José Agramunt, mas conocido por el cura de Flix.

Cinco escuadrones, uno por cada brigada, componian la caballería de ambas divisiones, pero peor mandada que la infantería,

dejaba más que desear que esta en instruccion, disciplina, equipo y armamento. El primer escuadron de Valencia tenia mejor personal y ganado, y era por sus uniformes y monturas el más vistoso. Componíase su traje de boinas blancas, chaquetas amarillas con cordones negros y pantalon encarnado, y estaba armado con tercerolas y excelentes sables. En los demás habia tiradores y lanceros, pero montados en malos caballos y con pobres trajes.

Tuvo la caballería del Centro la desgracia de no estar bien mandada ni organizada regularmente, pues la dirigia un mejicano titulado el brigadier Herranz, que era digno hijo de su desordenado pais.

Formaban la division de Castilla tres batallones y 200 caballos, procedentes de Guadalajara y Cuenca, y los mandaba el célebre don Angel Casimiro Villalain. La gente que la componía era buenísima, sufrida y valerosa, pero estaban como sus hermanos del Norte pobremente asistidos, sin uniformar la mayor parte y nada bien armados. Villalain, que como leal y como valiente era notable, era tosco, duro, de cortos alcances y de malas condiciones para jefe. Mortificaba á sus soldados, á los pueblos de las provincias que mandaba, y á los oficiales que iban á sus órdenes, así que en vez de aumentar, sus fuerzas iban siempre en disminucion, porque preferian servir en otro lado, á ir con él á su propio territorio.

Además de estas fuerzas y las de Aragon tenia el Infante para su uso personal, un batallon de zuavos y un escuadron que le servia de escolta. Los zuavos, que tanto se habian distinguido en Cataluña por su bravura, aumentaron el número de plazas en el Centro, pero perdieron en cambio mucho en subordinacion y disciplina. Como cuerpo de preferencia estaba orgulloso, por lo que no era bien visto de los demás, muy especialmente cuando ni en táctica ni en instruccion era modelo.

En cambio la escolta de caballería era sin disputa el mejor escuadron del ejército del Centro. Formado todo con los caballos cogidos á los escuadrones enemigos, tenia el mismo equipo y armamento que estos, más la ventaja de un personal excelente. Era además en subordinacion y disciplina un modelo, gracias al celo, instruccion y cuidado de su jefe el teniente coronel don Juan de Herrera, caballero sevillano, antiguo oficial del ejército, bravo, prudente y piadoso, que por su respetable figura, por su carácter y su firmeza, parecia un tipo de las Cruzadas.

La única artillería que habia en el Centro se componia de una batería de cuatro piezas de montaña, pues las de batalla cogidas en Cuenca y las de plaza procedentes de Vinaroz y Amposta, estaban enterradas. Era comandante general de artillería el coronel don Amado Claver, persona dignísima, oficial instruido procedente del cuerpo facultativo, y mandaba la batería el bravo comandante Curto, que habia sido oficial práctico en el ejército enemigo.

Administracion, sanidad militar, fábricas, maestranzas y talleres, todas las ruedas auxiliares de un ejército existian ya en el carlista del Centro, pero todo estaba en embrion y desórden, formando una especie de caos. Habia, como hemos dicho, un personal excelente en los batallones, una masa admirable para haber hecho un gran ejército, pero faltábales órden, direccion y buenas cabezas para lograrlo.

Los jefes y oficiales del ejército del Centro, valian, por regla general muy poco, y muchos perjudicaban más que favorecian á los carlistas. Debiase esto á la deplorable costumbre que tenian en el Norte de enviar al Centro, es decir, léjos á los oficiales que les estorbaban; á la apatía y poco carácter que para limpiar de ellos á las tropas, tuvieron ciertos jefes superiores y á la presion, que la fingida popularidad de algunos partidarios, ejercia sobre los generales. Faltas graves que produjeron deplorables consecuencias é inutilizando los grandes elementos que tenian los carlistas en el Centro, quizás les impidieron el triunfo completo de su causa.

Las fuerzas del Centro, jamas pasaron de 15,000 hombres, cuando á estar bien dirigidas pudieron, sin gran esfuerzo, llegar á 40,000. Tan grande era el entusiasmo del país y la multitud de carlistas que en Aragon, Valencia y Castilla deseaban solamente tener armas para lanzarse á la lucha, que en ocho dias podia duplicarse el ejército.

CAPITULO LXXIII

Proyectos y Reformas. — Ataques à Teruel y Alcañiz. — La Diputacion de Valencia.

Valiente y batallador por naturaleza el Infante Don Alfonso, y entusiasmado además con la toma de Cuenca, creyó que para vencer no habia mas que combatir, y propúsose á los pocos dias de estar en Chelva, emprender nuevas operaciones. Antes, sin embargo, mandó á Villalain que sus tropas volvieran á Guadalajara y Cuenca y encargó á don Miguel Lozano, jóven de quien tantas veces hemos hablado, que formara un batallon expedicionario para bajar con él á las provincias de Alicante y Murcia y extender nuestras armas por el Sur de España.

Preciso era ante todo fortalecer, organizándole sólidamente, un ejército de tan diversos elementos compuesto y procurar mantenerle, regularizando la administracion, ordenando los servicios públicos y evitando y conteniendo abusos que por muchos se cometian. Para ello, además de la junta clasificadora, que habia de examinar los antecedentes de los jefes y oficiales, propuso Lizárraga al Infante unas cuanias reformas, encaminadas á mejorar la situacion de las tropas y dar confianza al país. Fué una de ellas la creacion de una Intendencia militar que centralizando la recaudacion impidiese las recaudaciones parciales de los jefes de cuerpo, que cansaban á los pueblos, y daban ocasion á muchos excesos.

Nombróse Intendente general del ejército, al general don Manuel Salvador Palacios, que parecia por su probidad y honradez, digno de misiou de tanta confianza, y sub-intendente al señor Roca; mandóse, que á ejemplo del Norte, no se diese á los voluntarios más que la racion y dos reales diarios, pero que en cambio, se aumentase el sueldo de los oficiales que era cortísimo·

S. A. entretanto, reunió en Jérica la mayor parte de las fuerzas de Valencia, y Maestrazgo, y avisó á las de Aragon que se le reuniesen para operar á la ofensiva contra la columna republicana de Lopez Pinto y dar un golpe importantísimo. Lo que se proponia el Infante, era atacar á Teruel nuevamente, y para ello salimos el 2 de Agosto de Jérica, y el 3 nos encaminamos, desde Sarrion á la capital amenazada á cuyas inmediaciones llegamos al anochecer. Venian con nosotros el batallon de Zuavos, el de Lozano y las brigadas da Chelva, Segorbe, Gandesa, Castellon y San Mateo, es decir, 13 batallones, cuatro piezas de artillería y 300 caballos, y esperábamos que vinieran los de Aragon, para poder á la vez sitiar la plaza y batir á las columnas que fueran á socorrerla.

Aquella misma noche tomaron posiciones nuestras fuerzas y se envió á Lozano y Agramunt con sus batallones á apoderarse de los arrabales de Teruel, operacion que llevaron á cabo antes de amanecer, con poco fuego, pues la guarnicion enemiga se encerró en la plaza. Situamos dos de nuestras piezas en el Cementerio, otras dos en la altura de Santa Bárbara y en cuanto fué de dia se empezó á cañonear la ciudad. Contestó enseguida el enemigo, enviando algunas granadas al cerro de Santa Bárbara, donde estaban los Infantes, y en contínuo tiroteo, se pasó el dia 4 sin ninguna novedad. Dispuso S. A. que aquella noche, antes de que saliese la luna, se diese el asalto, y se encargó la operacion á una compañía de Zuavos, mandada por el teniente Vidal, y á un batallon de la brigada de Castellon, mandado por el coronel Vizcarro. Provistos de escalas, picos y útiles adecuados al objeto, marcha-

ban estas fuerzas, cuando se supo que llegaba una columna enemiga y se suspendió la operacion retirándonos todos antes de amacer, pues las fuerzas aragonesas no habian acudido y no podíamos á la vez atender á los de Teruel y á los de afuera. A nuestra vista, entró el 5 sin disparar un tiro, la columna enemiga y entónces marchamos á Cedrillas y Alcalá de la Selva, donde se nos incorporó Gamundi que habia recibido tarde la órden de acudir á Teruel.

El Infante, léjos de desanimarse por no haber conseguido su propósito, procuró enseguida hacer otra operacion, así que, saliendo el 10 de Alcalá de la Selva, fuimos por Fortanete, Zurita y Aguaviva, á parar el 13 á Calanda, entusiasta pueblo de Aragon, cercano á Alcañiz, contra el que nos dirigíamos. Venia con nosotros el general don Rafael Tristany que acababa de llegar de Cataluña para conferenciar con S. A. y en Calanda nos esperaban Gamundi y Pallés con las tropas aragonesas. Fuimos aquella tarde á Castellserás, donde ya se distribuyeron las tropas para asaltar inmediatamente á Alcañiz. El pueblo, bien fortificado, guarnecido y artillado, habia de oponer séria resistencia y justamente se encargó el asalto á los aragoneses que apenas se habian batido y no habian hecho nunca operaciones de esta clase.

Apenas los Infantes con los zuavos habian tomado posiciones en el cerro del Cuervo, cuando el enemigo recibió con tan terrible fuego á los batallones aragoneses, que éstos retrocedieron hasta donde estaba el Infante, excusándose sus jefes con que no tenian municiones. « En la plaza las habia » contestó con firmeza Don Alfonso, y reprendiendo duramente á los aragoneses, dispuso la retirada á Valdealgorfa, dejando algunas fuerzas para contener á la guarnicion si salia. Sostuvieron éstas con los republicanos aquel y el siguiente dia diversas escaramuzas, y reuniéndose el 15 por la tarde al resto de las fuerzas, fuimos á Calaceite, y el 16 pasamos á Gandesa, desde donde Tristany, Herranz y otros jefes marcharon á Cataluña.

Desde allí los Infantes fueron á Vinaroz y Benicarló, donde se detuvieron varios dias. Aprovecháronse los primeros de éstos en tomar varias disposiciones importantes para organizar el país y el ejército; y una de ellas fué la de convocar á los carlistas más influyentes del reino de Valencia para crear una diputacion que, á ejemplo de las del Norte, cortara los abusos, administrara fielmente los intereses públicos y ayudase á la intendencia.

A pesar de que el país era rico y extenso, el ejército del Centro vivia tan pobremente que ni tenia para atender á los batallones, ni para comprar fusiles y desembarcarlos en los puertos que en el Mediterráneo poseíamos. Estos males eran fáciles de corregir, pues mientras todos buscaban recursos, nadie habia caido en la

cuenta de que, por ejemplo, en las salinas de Amposta habia una cantidad de sal tan grande, que solo con venderla, se podian sacar más de 6 millones, y que con algo más de órden, podian en todas partes duplicarse los ingresos. Lizárraga, ayudado de su jefe de Estado Mayor, el inteligente coronel don José Ferron, presentó á S. A. un plan de Hacienda, á fin de proporcionar recursos para un ejército doble del que existia; otro para repartir entre los pueblos, y vender en poco tiempo toda la sal de Amposta y los Alfaques, y otro para hacer una expedicion importante á la Rivera de Valencia y al campo de Zaragoza con objeto de sacar en ambos lados recursos, armas y caballos con que aumentar el ejército.

Desgraciadamente acababa el Infante de recibir en Benicarló, con su ascenso á capitan general, la noticia de la separacion de su mando del ejército de Cataluña, que hasta entónces dependia de él, y esta noticia le disgustó tanto, que desde aquel momento anunció su propósito de marcharse del Centro, para lo que pidió á Don Cárlos VII la correspondiente licencia. Ello fué que ya no volvió S. A. á hacer personalmente ninguna operacion de guerra miéntras permaneció en el mando, y que no se pudieron llevar á cabo ninguno de los proyectos. Empezóse á repartir la existencia de sales que habia, pero en cuanto se apercibieron de ello los republicanos, ocuparon de nuevo y fortificaron á Amposta, é impidieron así que acabasen los carlistas una operacion tan benefi ficiosa para ellos.

A principios de Setiembre, sabiendo que el ejército republicano al mando del general Pavía, se encaminaba á Aragon, dispuso don Alfonso bajar con las fuerzas de Valencia y el Maestrazgo á amenazar á Castellon. Al efecto el 5 fuimos á Onda y el 6 bajámos á Villarreal, pero sabiendo que habia una columna enemiga en Burriana retrocedimos al dia siguiente á Onda y luego á Segorbe.

Propuso entonces Lizárrga que fuesen algunos batallones á Aragon para auxiliar á las fuerzas de Gamundi é impedir que las enemigas talaran y devastaran, como anunciaba Pavia, aquel territorio, pero S. A. creyó que en vez de socorrer á Aragon era preferible hacer una expedicion por la Rivera de Valencia. Era en efecto este plan muy oportuno, pues alejado el ejército enemigo nos daba tiempo para recorrer libremente la Rivera, así que salímos muy contentos de Segorbe y fuimos á pernoctar á Náquera y Bétera á la vista yá de Valencia. Por desgracia en esto quedó la espedicion, pues al saber que habia en Valencia algunas fuerzas retrocedimos y pasando el 11 á la vista de Liria, cuya guarnicion tiroteó nuestra retaguardia, fuimos á Pedralba. Entonces dispuso S. A. que Cucala solo con su brigada hiciese la espedicion á la Rivera y él para encubrir el movimiento fué con el resto de las

fuerzas á Segorbe donde entramos el 14 y permanecimos quietos várias dias.

Entre tanto Gamundi sostenia á principios de Setiembre un brillante combate en Mora de Rubielos con la columna Lopez Pinto, pero agobiado luego por las fuerzas de Pavía fué muy perseguido y vióse en grandes apuros para salvar su gente. Mandóse que la brigada de Gandesa fuese á auxiliarle, pero aún con ella no pudo oponerse sériamente al enemigo que tenia allí el grueso de sus tropas.

CAPITULO LXXIV

Espedicion de Lozano.—Correria de Cucala.—Marcha de los Infantes.

Mientras descansaban los Infantes en Segorbe, salian, Cucala con su brigada hácia la Rivera de Valencia, y Lozano, con su batallon, para Alicante y Múrcia. Ambos jefes llevaban el mismo objeto; distraer fuerzas enemigas, recorrer territorios no visitados por los carlistas, sacar de ellos voluntarios, armas, recursos y caballos con que aumentar nuestro ejército, y destrozar los ferrocarriles de Valencia, Alicante y Múrcia, que, facilitando á los republicanos grandemente sus operaciones, nos perjudicaban sobremanera.

Cucala llevaba 2,000 infantes y 150 caballos; Lozano contaba solo con 500 de los primeros y 33 de los segundos, pero á pesar de esta diferencia, hizo mucho más y dió más importancia á la causa carlista su expedicion, que la del popular caudillo del Maestrazgo.

Don Miguel Lozano, jóven distinguido, de arrogante figura, simpático rostro, excelente carácter y esmerada educacion, era natural de Jumilla y habia pertenecido ántes de la guerra al ejército, donde por su valor y prendas personales fué muy querido de sus jefes y compañeros. Sus opiniones carlistas, su ódio á la revolucion, le hicieron pedir su licencia absoluta, y separándose del ejército republicano vino al campo donde combatian los suyos, y, al frente de un batallon valenciano, peleó con valor por Cárlos VII en Domeño, Teruel y Cuenca.

Desde que el Infante Don Alfonso, apreciando en lo que valian

sus buenas cualidades, le encargó hiciese una expedicion por las provincias de Alicante y Múrcia, que tanto conocia, Lozano, como buen militar, se aplicó ante todo á organizar sus fuerzas, y sacando de todos los batallones los voluntarios murcianos, alicantinos y andaluces que quisieron unírsele, formó un batallon corto en número, pero brillante por su personal y disciplina. Buscó tambien oficiales jóvenes, instruidos y valerosos, para poder con ellos formar nuevos batallones, y con sus 500 infantes y 33 caballos salió de Chelva el 14 de Setiembre. Mandaban la infantería, el teniente coronel Gonzalez Fernandez, hombre de edad avanzada, perteneciente á la otra guerra, y el distinguido jóven señor Berenguer, oficial procedente del ejército; y la caballería, el capitan Samper, muy conocedor del terreno.

La expedicion, pasando por Utiel, fué á acampar el primer dia cerca de Caudete, y atravesando al siguiente el rio Cabriel pernoctó ya en Casas Ibañez, pueblo de la provincia de Albacete. De allí se dirigió sobre la vía férrea, y sorprendiendo el 17 un tren de mercancías cerca de Alpera, inutilizó el ferro-carril por aquella parte. El 18 sorprendió Lozano la estacion de Pozo Cañada, cogió el tren mixto que venia de Cartagena, y montando á su infantería en los wagones, se dirigió con ella al importante pueblo de Hellin, mandando á su caballería á Tobarra, para que destrozase la estacion y tirase un puente. Lozano fué perfectamente recibido en Hellin, rico pueblo del que sacó fusiles, caballos y recursos, y montando otra vez en el tren fué á Agramunt, donde se le reunió la caballería, que tambien habia sacado en Tobarra armas y recursos.

Hasta entonces marchaba Lozano por la vía férrea, pero queriendo separarse de ella para internarse en el país, no le pareció prudente dejar en manos del enemigo, y á retaguardia suya, un arma tan poderosa como el ferro-carril, y al efecto, prendió fuego á los dos trenes que tenia, y envió uno en direccion á Múrcia y otro hácia Albacete, para inutilizar ámbas vías; cortó los telégrafos, y, amenazando á los empleados con pasarlos por las armas si volvian á utilizar la vía, se alejó. ¿Qué militar de sentido comun no hubiera hecho lo mismo, ni qué otros medios más que los fuertes á que autoriza la guerra podia emplear Lozano?

La expedicion se encaminó despues á la provincia de Almería; entró en Velez Blanco y Velez Rubio, pasó á Lorca, ciudad importantísima, donde fueron recibidos con gran entusiasmo, visitó á Huescar, y volviendo por María á Velez Blanco entró, á principios de Octubre en Jumilla, pátria de Lozano.

La amabilidad de su carácter, la generosidad de su conducta, la subordinacion y excelente comportamiento de sus tropas, abrian á Lozano las puertas de todos los pueblos, ganábanle el afecto de país y favorecian á los carlistas, que, no conocidos alli hasta en-

tónces, eran tenidos ántes de verlos en poco favorable opinion. Lozano, con su tacto, con su prudencia, fué cambiando ésta tan completamente, que todos querian ya ver y obsequiar á las fuerzas Reales y se deshacian en elogios de ellas.

Cuando entraron en Lorca era la feria de la ciudad, y Lozano, con su gente, tomó parte en el regocijo público; sus soldados guardaron el órden más completo, y él, y sus oficiales, asistieron al teatro, portándose en todas partes como caballeros; así que ya en Huescar fueron recibidos con entusiasmo por el ayuntamiento, clero y pueblo, y tratados como amigos. Lozano visitó el convento que existia, y, sabiendo la gran penuria en que se encontraban las religiosas, las regaló 4,000 reales en nombre de Cárlos VII y sus voluntarios, hecho que fué por todos celebrado.

Mientras moralmente ganaba tanto en el país, marchaba materialmente la expedicion viento en popa; todos los dias se le incorporaban grupos de voluntarios, recaudaban sus tropas miles de duros y recogian armas y caballos, con lo que se aumentó el batallon hasta 600 plazas, y el escuadron á 70 ginetes.

Desde Jumilla pasó Lozano á Novelda y Elche, riquísimos pueblos de la provincia de Alicante, cuya capital, al verle á sus puertas, se asustó y empezó á fortificarse; más como no tenia Lozano semejante objeto, bajóse por Crevillente y Callosa á Orihuela, ciudad episcopal, importantísima y sumamente carlista. Las tropas Reales, no hay que decirlo, fueron recibidas en Orihuela con loco entusiasmo, y aumentadas considerablemente, pues 200 hombres de la poblacion ingresaron en ellas en el acto.

Las columnas republicanas, que hasta entónces no habian podido dar con Lozano, se acercaron tanto, que éste tuvo á media noche que abandonar á Orihuela. Al amanecer, alcanzado por la de Arnaiz, Lozano tomó posiciones y la dió frente, más los republicanos no se atrevieron á empeñar una accion y se contentaron con disparar unos cuantos cañonazos á su retaguardia. Por Moratalla y Blanco fueron despues los carlistas á Cieza, y allí ya tuvieron un rudo encuentro. Llegaba la avanzada de caballería de éstos á la estacion cuando tropezó con la columna de Portillo. La columna se apoderó del pueblo, envió dos compañías al castillo, y mandó otras en guerrilla á los inmediatos olivares. Lozano envió 50 hombres á contener á los del castillo, desplegó tambien guerrillas por los olivares y dejó dos compañías de reserva en la carretera de Múrcia. Su caballería estaba casi toda alejada del sitio, más con la poca que tenia cargó al enemigo. La accion duró dos horas; los republicanos que estaban en los olivares fueron cargados á la bayoneta y precisados á encerrarse en el pueblo; la caballería enemiga, queriendo á su vez cargar por la carretera, fué rechazada y destrozada por la reserva carlista, más, cuando la accion se

decidia por él, tuvo Lozano noticia de que llegaba otra columna y emprendió la retirada con órden, perdiendo solo 25 de los 30 hombres que habia enviado al castillo, los cuales cayeron en poder de la segunda columna. Tuvieron los carlistas un teniente y 11 soldados muertos; un comandante, un capitan y 28 soldados heridos, de modo que en junto perdieron unos 70 hombres, pero no los ánimos ni los brios, pues, ántes al contrario, vieron que podian batirse con ventaja aún con superiores fuerzas enemigas.

Volvió Lozano á Jumilla, entró despues en Yecla y Montealegre, y sabiendo que en la estacion de Pozo Cañada estaban, contra lo que habia dispuesto, preparando los empleados del ferrocarril los medios de transportar tropas, fué á ella, cogió cuatro empleados, é hizo que fueran pasados por las armas, como habia ya ántes advertido.

De Navas de Abajo, por las Peñas de San Pedro, pasó Lozano á Bogarra, y allí terminó trágicamente su hasta entónces tan brillante expedicion. Al salir de las Peñas, el teniente coronel Gonzalez, que mandaba el batallon, desertó de sus filas, fué á buscar al enemigo, y tropezando con la columna Daban la participó que Lozano iba á pernoctar á Bogarra. Con tan segura confidencia, Daban hizo apretar el paso á su gente y á media noche cercó á Bogarra, y, acto contínuo, rompió el fuego de cañon y fusilería sobre el pueblo. Sorprendido Lozano, trató de reunir su gente, y con 250 infantes y algunos caballos logró abrirse paso y salir á las fábricas de Riopar. El resto de su infantería logró tambien salvarse, dispersándose, pero Daban cogió aún 150 prisioneros, toda la caballería, brigada y tesorería con los fondos existentes. Afortunadamente eran pocos, porque Lozano, cauto y prudente, á medida que iba recaudándolos los depositaba en lugar seguro para enviarlos al ejército del Centro, que los destinaba á comprar fusiles.

Lozano, viéndose con tan poca gente, reunió á los jefes y oficiales, y, diciéndoles que era ya imposible continuar la expedicion, les encargó que volviesen á Chelva, pues él se iba al Norte á dar cuenta á Don Cárlos de lo ocurrido. Separóse de las fuerzas, y acompañado de un jefe y tres oficiales, todos disfrazados, tomó en Ventas de Cárdenas el tren para dirigirse á Málaga y Gibraltar. Al llegar á Linares tuvo la desgracia de ser conocido y preso por los republicanos, que se propusieron vengarse de los malos ratos que les habia dado, como en efecto lo hicieron fusilándole en Albacete.

La sorpresa de Bogarra fué el 16 de Octubre, de modo que la expedicion Lozano habia durado un mes, recorrido cuatro provincias, recaudado cerca de un millon de reales y dado gran importancia á los carlistas.

Cucala, que, como hemos dicho, salió al mismo tiempo que ella con cuádruples fuerzas, limitóse á hacer una correria de siete dias, en los que entró en Játiva y Onteniente, pasó por las inmediaciones de Alcoy y Almansa, sostuvo dos pequeños combates y se volvió sin haber conseguido ningun buen resultado, ántes por el contrario, causando gran irritacion en el país por los escesos que en Játiva y otras partes cometieron sus insubordinados voluntarios.

A principios de Octubre encargóle S. A. que atacara resueltamente á Amposta, pero fué rechazado con pérdidas considerables.

Tampoco le fué bien á Villalain, en el mes de Setiembre, por Guadalajara y Cuenca, pues sostuvo en Taravilla una accion de dudoso éxito, á la que siguió una persecucion encarnizada y una sorpresa en la Alcarria, en la que perdió unos machos de brigada con los fondos que llevaba. Decayeron tanto con ella y con el cárácter de Villalain sus batallones, que todos los dias llegaban á Chelva voluntarios de sus fuerzas que desertaban por no estar á sus órdenes.

El general Moya falleció á principios de Octubre, y el Infante nombró en su lugar comandante general de Valencia á don Gerardo Martinez de Velasco, que acababa de llegar del Norte. Esperando S. A. la licencia que habia solicitado para separarse del Centro, pasó un mes entre Segorbe y Alcora, hasta que llegó allí el general don Eustaquio Diaz de Rada con una mision de Don Cárlos. Salieron entónces los Infantes para Adzaneta y San Mateo, donde recibieron ya el permiso de ausentarse, y por la Cenia y Cherta fueron á Gandesa.

Allí Don Alfonso se despidió del ejército del Centro con una órden general, que se leyó públicamente á las tropas, en la que decia que, no pareciéndole conveniente la separacion de las fuerzas de Cataluña de su mando, se marchaba con pena, despues de haber reclamado en vano que se le volviesen á unir los dos ejércitos. Por otra órden general relevó del mando á Lizárraga, á quien suponia autor de la separacion de ambos ejércitos, y nombró general en jefe interino de el del Centro á Velasco, que pocos dias antes habia llegado.

Lleváronse SS. AA. del Centro el batallon de zuavos, el escuadron de escolta y la batería de montaña, de la que regalaron un cañon á Cucala, y se marcharon por Flix, acompañados de Rada, Herranz, Santés y otros varios jefes y oficiales que formaban s . cuartel general.

CAPITULO LXXV

Mando del general Velasco. — Accion de Villafranca. — Reposicion de Lizárraga. — Sus medidas.

En malas condiciones dejó el Infante el ejército del Centro al general Velasco, porque al mismo tiempo que la desanimacion y el desórden cundian en nuestro campo, preparábanse los republicanos á emprender una ruda campaña. Para ello aumentaban sus fuerzas y las ponian á las órdenes del general Jovellar, hombre cauto y entendido, que en lugar de pasearse como su antecesor de una parte á otra, trataba de desalojarnos, con estudiados planes y combinados movimientos, de nuestras más fuertes posiciones.

Al efecto invadió el Maestrazgo, llegó á puntos que se creian inaccesibles, se apoderó de Villahermosa, destruyendo nuestra fundicion y cogiendo nuestras municiones; pasó á Vistabella, de donde hizo huir intendencia, oficinas é imprenta, y aunque no logró otras ventajas materiales, ganó con estas operaciones gran influencia moral.

Contuvo oportunamente el ardor del enemigo la accion librada con la columna Despujols en Villafranca del Cid, que pudo ser una gran victoria; pero que, aun incompleta, nos valió mucho. Hallábanse próximas las fuerzas aragonesas, las del Maestrazgo y las de Valencia cuando Velasco, que iba con estas últimas, supo que estaba Despujols en Villafranca del Cid con la mitad de fuerzas que él podia reunir y en muy mala posicion. Era la ocasion tan oportuna para coparle, que Velasco dió las órdenes convenientes á Gamundi y Cucala para que por diferentes partes cayesen sobre el pueblo, miéntras él acudia á reforzarles. Tomadas las disposiciones necesarias con bastante acierto y animadas las tropas, empezaron el combate las aragonesas y la brigada de Segorbe, lanzándose á la bayoneta sobre Villafranca en el momento en que Despujols salia. Desordenaron la retaguardia de éste, y cogiéndole prisioneros y bagajes, le fueron detrás. Cucala entónces rompió el fuego de frente y por los flancos, y el enemigo envuelto por todas partes y sin poder retroceder al pueblo, estuvo á punto de rendirse. El desórden con que peleaba la gente de Cucala le salvó, porque abandonada por ésta una posicion, quedaron comprometidos el 1.° y 2.° de Valencia que, llevados de su ardor, habian avanzado demasiado. Despujols que vió la falta, mandó cargar á su caballería, y sorprendiendo ésta á dos compañías valencianas,

las acuchilló y logró abrir un paso por donde, aunque perseguida, pudo marchase á Morella la columna.

Bastó, sin embargo, esta accion para imponer respeto al enemigo, demostrándole que no era prudente enviar solas columnas de 3,000 hombres por el Maestrazgo.

Velasco, despues de ella, anduvo recorriendo el país; fué á Chelva á principios de Noviembre, bajó luego á Utiel y proyectó una expedicion por la Rivera de Valencia, que no pudo llevar á á cabo causa de las disposiciones del enemigo.

Trató Velasco, ayudado de su jefe de Estado Mayor el inteligente coronel don Pedro Vidal, de mejorar el estado del ejército del Centro y de contener la disolucion de las tropas carlistas, adoptando el sistema de contemporizar con los jefes populares, para lo que mandó sobreseer las causas incohadas contra algunos, y repuso á otros en los puestos de que habian sido destituidos. Propúsose tambien vestir uniformemente á los batallones, para que, exteriormente siquiera, pareciesen tropas regulares.

Estas medidas no eran poderosas para tener á raya las ambiciones y desobediencias de algunos jefes, así que Cucala volvió á operar con los hábitos de independencia que tanto le gustaban, recaudando contribuciones por su cuenta y promoviendo conflictos con las autoridades; Villalain aumentó con su conducta el disgusto de los pueblos y voluntarios de Guadalajara y Cuenca, y en todas las fuerzas, excepto las de Aragon, empezaron á notarse deserciones y descontentos.

Velasco sacó fuerzas de todas partes para formar un batallon escogido que, con el título de Guías, le sirviera de escolta; y, cuando á principios de Diciembre iba á tomar otras medidas, llegó una Real órden reponiendo á Lizárraga en el cargo de que le habia relevado el Infante, y nombrándole además general en Jefe interino del ejército del Centro.

El 6 de Diciembre entregó Velasco en San Mateo, el mando en jefe del ejército, que habia desempeñado mes y medio, y quedóse con el cargo de comandante general de Valencia y Maestrazgo que antes ejercia.

Lizárraga, en cuanto se puso al frente de las tropas, empezó á buscar con energía los medios de salvar á aquel ejército, y para ello trató inmediatamente de mantenerle, de armarle mejor y de moralizarle. Faltaban, como hemos dicho, á los carlistas del Centro recusos y fusiles, y sobrábanles muchos malos jefes. Lizárraga para remediar estos males estudió en seguida el proyecto de imponer una contribucion de guerra á los liberales del país, que fuese bastante para mantener á las tropas. Para mejorar y aumentar el armamento envió á don Tirso Olazábal el dinero recaudado por la expedicion Lozano, á fin de que con él comprase 4,000 fu-

siles Allens y una batería Witworth, y los desembarcase en el Mediterráneo, por los mismos medios que tan hábilmente habia empleado para desembarcar miles de armas en el Norte.

Trató además Lizárraga de fortalecer á las tropas de Aragon y Castilla, para lo que concedió á la diputacion aragonesa facultades administrativas con que pudiera comprar fusiles y mantener sus fuerzas, y dió el mando de Castilla al brigadier Vallés, destituyendo y prendiendo á Villalain, de quien tantas quejas habia recibido.

Para moralizar la administracion de Valencia buscó personas respetables que ayudasen á la diputacion de aquel reino con sus recursos y nombres, y se propuso castigar severamente á todos los malos empleados.

No descuidaba por esto las operaciones militares, pues encargó á Vallés que recorriera las provincias de Guadalajara y Cuenca para reanimarlas, y á Gamundi que hiciera provechosas expediciones á Calatayud y Daroca. Lizárraga por su parte recorrió el Maestrazgo y Valencia, y tomó en Lucena la disposicion más militar y que mejores resultados podia dar á los carlistas del Centro, la destruccion de los ferro-carriles de Zaragoza y Valencia que le envolvian.

Dió para ello un bando disponiendo que cesara por completo la circulacion de trenes desde Madrid á Zaragoza y Valencia, anunciando que para que se cumpliera haria pasar por las armas á cuantos empleados se cogieran sobre la via. Esta disposicion, cuyo cumplimiento habia ya costado la vida al valeroso Lozano, justificábanla las necesidades de la guerra, y el mismo clamoreo con que la acogieron los liberales, probaba su conveniencia para los carlistas.

Mandó Lizárraga que unas cuantas partidas bajasen á los ferro-carriles para ejecutar su órden, pero ocurrió entónces un suceso que le hizo agrandar considerablemente sus proyectos.

A últimos de Diciembre el ejército republicano del Centro proclamó rey de España á don Alfonso XII, y Lizárraga, creyendo que este suceso dividiria al ejército enemigo y produciria grave perturbacion, trató de aprovecharla en beneficio de la causa carlista, haciendo con sus tropas un movimiento de avance sobre Madrid, para impedir con él que llegase allí don Alfonso XII.

El 1.º de Enero de 1875, estando en Chelva, mandó Lizárraga á los brigadieres Gamundi y Boet que con las fuerzas aragonesas bajasen á tomar á Guadalajara; ordenó al general Velasco que con su batallon y los tres de Cucala pasase por las puertas de Valencia á la Rivera, á fin de que llamase por allí la atencion del enemigo y encubriese el movimiento principal que debia llevar á cabo él con seis batallones de Valencia y el Maestrazgo, y Vallés con

los tres de Castilla. Era el objeto de Lizárraga tomar á Aranjuez, Molina de Aragon y Guadalajara, rompiendo en el primero y último punto los ferro-carriles, antes de que por el de Valencia viniese don Alfonso á Madrid, como estaba anunciado. La concentracion de los enemigos en las capitales para evitar un alzamiento republicano, favorecia la operacion de los carlistas, mas Velasco y Cucala, atacando infructuosamente á Vinaroz, y Gamundi y Boet cayendo enfermos, no pudieron llevar á cabo la parte que les estaba encomendada, con lo que se frustró el plan.

Lizárraga, no obstante, mandó á Vallés que avanzase sobre Aranjuez y Molina, y con objeto de ayudarle, salió de Chelva el 6 de Enero encaminándose á Ademuz. Era ya tarde para apoderarse de Aranjuez, en donde el enemigo habia situado fuerzas que protegiesen la via; pero aún logró Vallés tomar á Molina, atacándola la noche del 13 de Enero y cogiendo en ella 80 prisioneros, muchas armas y recursos.

A todo esto Lizárraga, que solo era general en jefe interino, recibió la noticia de que Dorregaray, encargado en propiedad del mando del ejército del Centro, habia ya pasado el Ebro por Flix, y con objeto de recibirle y entregarle las tropas, salió de Ademuz el 17.

Los dos generales se encontraron en Rubielos de Mora el 22 de Enero, y Lizárraga al entregar el ejército del Centro á Dorregaray, dióle cuenta lealmente del estado en que se encontraba y de las medidas que habia tomado para armarle y mejorarle. Recomendóle que para bien de sus operaciones, mantuviese en vigor el bando que sobre ferro-carriles habia dictado; que hiciese venir los los fusiles encargados á Olazábal y dejóle consignadas en una extensa Memoria, escrita por su jefe de Estado Mayor, las condiciones y caractéres de los jefes y tropas del Centro.

Constaban éstas de cuatro divisiones: la de Valencia, que tenia dos brigadas con seis batallones; la del Maestrazgo, tres brigadas con nueve; la de Aragon, dos brigadas con seis, y la de Castilla, una de tres, lo que daba un total de 24 batallones con 10,000 infantes. Además habia un regimiento de caballería en Valencia, otro en el Maestrazgo y seis escuadrones en Aragon y Castilla, lo que sumaba de 900 á 1,000 caballos; y como además habia otras fuerzas especiales, contaba en junto el ejército carlista del Centro con 14,000 hombres.

CAPITULO LXXVI

Dorregaray en el Centro. — Sus operaciones militares. — La traicion de Cabrera. — Accion de Alcora.

Velasco y Lizárraga, generales que no mandaron en jefe cada uno más que mes y medio, no tuvieron el tiempo necesario para reorganizar y mejorar la situacion del ejército del Centro. Faltó además á uno y otro el concurso de jefes de su completa confianza en Valencia, Maestrazgo y Castilla, y la poderosa ayuda de una buena oficialidad. Dorregaray vino á mandar el Centro en mejores condiciones, pues trajo del Norte la ilimitada confianza de Don Cárlos VII, expresada en una carta que publicó *El Cuartel Real*, y el personal necesario de jefes para ponerlos al frente del ejército.

Estos jefes, amigos, protegidos y elevados por Dorregaray, de cuyo cuartel general habian formado parte en la campaña del Norte, eran los brigadieres don Antonio Oliver, su jefe de Estado Mayor, don Rafael Alvarez, nombrado comandante general del Maestrazgo. y don Fernando Adelantado, jefe de la division de Valencia. Todos eran jóvenes, todos militares de profesion, pues Oliver y Adelantado procedian del cuerpo de Estado mayor, y Alvarez del de Marina, y todos se habian distinguido ya en la guerra por su valor ó sus conocimientos.

Con estos jefes, con el coronel don Salvador Ordoñez, nombrado comandante general de caballeria, y con el brigadier don Cárlos Gonzalez Boet, que desempeñaba ya el cargo de jefe de Estado mayor de Aragon; tenia Dorregaray militares entendidos que le ayudasen en todas partes á organizar sólidamente aquel ejército que se le confiaba.

El país y los voluntarios, que habian sido mandados en un año por cinco generales en jefe diferentes, ansiaban que llegase el dia en que hubiese uno duradero, y estaban dispuestos á favorecerle y ayudarle cuanto pudieran, porque ni buena voluntad ni elementos para formar un gran ejército faltaban á los carlistas del Centro. Lo que les faltaba era autoridad, órden, armas, recursos, y sobre todo, acertada direccion en las operaciones militares y en la gestion de los intereses públicos,

En cuanto llegó Dorregaray empezó á ordenar y montar más militarmente el ejército, y sus primeras disposiciones encaminadas á este objeto fueron bien recibidas.

A poco de su llegada las tropas aragonesas, á las órdenes del popular Gamundi y del bizarro Boet, llevaron á cabo una operacion importante, ya hacia tiempo preparada, el asalto y toma de la ciudad de Daroca. Defendia á ésta el teniente coronel Sancho con dos escuadrones de Almansa y una compañía de infanteria; mas los carlistas, asaltando la muralla en la noche del 6 de Febrero, empeñaron ya dentro del pueblo un rudo combate con la guarnicion, y al cabo de doce horas la rindieron, apoderándose de Sancho con 184 soldados y 140 caballos, sin perder ellos más que 20 hombres entre muertos y heridos.

Este hecho de armas y las disposiciones militares que en la organizacion de los batallones habia demostrado Boet, diéronle gran popularidad y aumentaron y fortalecieron considerablemente el ánimo de las tropas aragonesas, que, por sus excelentes condiciones estaban llamadas á ser las mejores de aquel ejército.

Dificultaban la buena organizacion de las fuerzas del Maestrazgo los hábitos de independencia á qué Cucala y otros jefes populares las habian acostumbrado, mas fuéronse haciendo desaparecer esos hábitos y subordinándolas á la autoridad. El 8 de Marzo, al frente de ellas, sostuvo el brigadier Alvarez en la Cenia un combate con la columna Morales, que fué favorable á los carlistas. Morales se encerró en Vinaroz; Echagüe, general en jefe enemigo, fué en su auxilio con otra columna para llevarle á Castellon, mas acudiendo Dorregaray con tres batallones de Valencia en apoyo de Alvarez, empeñaron el 17 de Marzo en Cervera, cerca de San Mateo, una accion, en la que causaron muchas pérdidas á los alfonsinos, aunque no pudierou cerrarles el paso é impedirles llegar á Castellon.

Pocos dias despues Adelantado sostuvo en Camporobles un pequeño encuentro con la columna Arnaiz, que no tuvo consecuencias, y con esto concluyeron las primeras operaciones militares del general Dorregaray.

Por aquel tiempo el general Cabrera, que hacia años vivia retirado en Inglaterra, abandonó la causa carlista por la que con tanta gloria habia vertido su sangre, y reconociendo en Paris á Don Alfonso XII, firmó con sus representantes un convenio á fin de seducir carlistas y acabar la guerra. Cabrera, traidor á su causa, quiso arrastrar con su ejemplo á otros varios, y naturalmente, se fijó en el ejército del Centro, donde, por haber sido el teatro de sus hazañas en la guerra pasada, creia conservar alguna influencia. En efecto, los generales Palacios, Gamundi y otros varios jefes de los que ahora militabanen el Centro, habian servido en la pasada guerra con Cabrera y conservado luego con él amistosas relaciones, mas la influencia del antiguo caudillo tortosino no pudo arrastrarlos á su lado. Esta influencia era en los pueblos

y voluntarios tan escasa, que la conducta del traidor solo produjo indignacion y desprecio.

Gamundi, solicitado directamente por Cabrera que le envió una carta para que le siguiese, contestóle secamente rechazando sus proposiciones; y Dorregaray, Alvarez y Adelantado públicamente tambien, censuraron la conducta del traidor y la dieron á conocer á sus tropas en enérgicas órdenes generales, que fueron por éstas muy aplaudidas. Ni un solo voluntario faltó á sus deberes ni abandonó su puesto, pero algunos oficiales comprometidos con Cabrera, desertaron aisladamente y se pasaron al enemigo. Trataron tambien de hacerlo el coronel Monet, de quien en otras ocasiones hemos hablado nada favorablemente, y el subdelegado de Hacienda, Sr. Codina, al que se acusaba de aumentar su fortuna á costa de los fondos públicos, pero cogidos y juzgados militarmente, fueron pasados por las armas en el Collado.

Con este ejemplar castigo y con otras medidas enérgicas logró Dorregaray infundir completa confianza á su ejército y hacer reconocer al enemigo la importancia y fortaleza que iban adquiriendo las fuerzas del Centro.

Los alfonsinos conocian ya que nuestras tropas eran verdaderos batallones y los trataban como tales, guardando en las relaciones que tenian con los carlistas para cange de prisioneros, las mismas consideraciones que entre ejércitos beligerantes se acostumbran á usar. Así, por ejemplo, á principios de Mayo para cambiar los prisioneros que de una y otra parte se habian hecho, mediaron comunicaciones entre uno y otro campo, y el dia 4 se celebró en Cabanes el cange solemnemente, con asistencia de millares de espectadores venidos á presenciarlo. Dos compañías carlistas conducian á los prisioneros alfonsinos: dos compañías de la reserva de Baeza á los prisioneros carlistas; y formando unas frente á otras, fueron los oficiales de los dos bandos opuestos, que en aquel momento estaban juntos, llamando uno á uno á los prisioneros respectivos, quienes por su órden pasaban del campo contrario al campo donde estaban los suyos. Parejas de caballería alfonsina y carlista guardaban el órden y contenian á la multítud mientras duró el acto, y luego de terminado volvieron liberales y carlistas á sus respectivos cantones.

Poco tiempo despues de este suceso dióse entre Alcora y Lucena una accion importante. Las columnas alfonsinas, mandadas por el general Montenegro y el brigadier Chacon, salieron el 26 de Mayo respectivamente de Castellon y Onda para atacar juntas á Dorregaray, que con las fuerzas del Maestrazgo y algunas de Valencia les esperaba en posiciones á la izquierda de Lucena. Avanzando la columna Chacon tropezó con las fuerzas de Alvarez y Cucala y empeñó con ellas un rudo combate, en que los carlis-

tas, batiéndose con admirable valor, la rechazaron varias veces y la causaron grandes pérdidas. Montenegro envió entónces parte de su columna en socorro de la de Chacon, más Dorregaray reforzó á los suyos con Villalain y un batallon valenciano y el combate se sostuvo con viveza todo el dia, hasta que, ya al llegar la noche, Montenegro se encerró con los suyos en Alcora y Dorregaray volvió á Lucena. Retiráronse al dia siguiente los alfonsinos, con más de 300 bajas, á Castellon, y los carlistas, que en junto habian per dido unos 100 hombres, avanzaron á Onda y celebraron aquella victoria, que fué ya la última que obtuvieron.

CAPITULO LXXVII

Invasion de Jovèllar. — Dorregaray abandona el Centro. — Cantavieja.

A últimos de Mayo, el general Echagüe, que mandaba el ejército alfonsino del Centro, fué relevado de este cargo. Al despedirse de sus soldados les anunció que le remplazaria otro general que dispondria de más fuerzas y recursos que los que él habia tenido, y, en efecto, así fué. Era el nuevo general don Joaquin Jovellar, á la sazon ministro de la guerra de don Alfonso XII, quien, ántes de ponerse al frente de las tropas, preparó en silencio desde Madrid todos los elementos y recursos necesarios para conseguir la victoria, por medio de un plan combinado que acabaria en breve tiempo la guerra.

Este plan, que ántes de ejecutarse dieron á conocer los periódicos, consistia en reforzar el ejército del Centro con tropas del Norte y Cataluña, reunir así 40,000 hombres, é invadiendo con ellos el país forzar á los carlistas á pasar el Ebro y abandonarle ó á perecer. El plan propuesto por Cabrera, segun unos, ó segun lo más probable por el general Gándara, fué discutido y adoptado por los jefes alfonsinos, y se encargó Jovellar de llevarlo á cabo. Sacó para ello fuerzas del Norte, mandó á Martinez Campos que con parte del ejército de Cataluña pasase al Céntro á ayudarle, y él, provisto de gruesas sumas de dinero, rodeado de un brillante Estado Mayor, fué por el ferro-carril á Valencia para emprender una campaña que habia de ser tan breve como decisiva.

No se asustaron los carlistas por tan formidables preparativos

ni por la confianza que en su plan tenian los alfonsinos, ántes por el contrario, confiados siempre y animosos hasta el último extremo, deseaban que viniesen pronto los enemigos para probarles su valor y entereza.

Los voluntarios de Cárlos VII, los hijos del pueblo que habian empuñado las armas con entusiasmo para defender su Religion y su Rey, no contaban nunca el número de sus enemigos. ¿Qué les importaba que Jovellar reuniese 40,000 hombres si estaban resueltos á pelear hasta morir?

El entusiasmo de los carlistas era grande, pero la situacion del ejército del Centro no era la mejor para resistir la avalancha que se le venia encima. Seguian los batallones de Valencia y Maestrazgo tan mal armados como al principio, pues aún no habian llegado los 4,000 fusiles encargados en Enero; carecian las tropas de municiones, por la falta de recursos para comprarlas, y los ferro-carriles continuaban surcando el territorio del Centro, poniendo en comunicacion á Madrid con Zaragoza y Valencia, y facilitando extraordinariamente á los enemigos, que disponian de ellos, cuantas operaciones militares intentaban.

Dorregaray los habia conservado, y para armar su ejército habia pedido en vano á Savalls los fusiles y municiones que creia sobraban á los carlistas catalanes, así que llegó la hora del combate y se encontró casi desarmado ánte un enemigo fuerte y poderoso.

No llegaban sin embargo las fuerzas alfonsinas á los 40,000 hombres anunciados, y como las carlistas pasaban de 12,000, la desproporcion entre unas y otras no era mucho mayor, siendo las carlistas dueñas de escoger sus posiciones de combate, que lo que estaban acostumbradas á encontrar desde que empezaron la guerra. Además, como el ejército alfonsino aumentaba en el Centro á costa de los del Norte y Cataluña, podian en ámbas partes aprovechar los carlistas la ocasion para dar atrevidos golpes de mano y obligar á los enemigos á disminuir las fuerzas que atacaban á Dorregaray, de modo que la campaña que Jovellar iba á inaugurar no parecia, militarmente, tan breve y segura como decian sus partidarios.

El 9 de Junio llegó Jovellar á Valencia, pasó al poco á Castellon, y á mediados de mes salió á campaña. Emprendió, sin embargo, las operaciones el general Martinez Campos, pasando el Ebro con parte de las fuerzas de Cataluña y sitiando el castillo de Miravet y el fuerte de Flix, puntos ámbos que en la orilla del rio guarnecian los carlistas. Miravet estaba artillado con piezas de sitio y defendido por unos 200 hombres, pero escaso de víveres y municiones, así que despues de defenderse bravamente algunos dias se rindieron. Flix era un pequeño fuerte, levantado sobre el pueblo del mismo nombre, que no tenia más objeto que defender la

barca por donde los carlistas pasaban el Ebro, por lo que tampoco pudo sostenerse mucho tiempo contra los ataques de la artillería alfonsina y se rindió tambien.

Entretanto, Jovellar con el grueso de sus fuerzas fué avanzando por la parte del Maestrazgo, que pertenece á Castellon, á fin de empujar á los carlistas hácia el Ebro, donde los esperaba Martinez Campos con sus tropas. Dorregaray, en lugar de evitar la persecucion diseminando sus batallones, los reunió para hacer frente al enemigo y contenerle, y con parte de ellos trató el 29 de Junio de oponerse al avance de Jovellar. Presentóle accion en el barranco de Monlleo, en las cercanías de Villahermosa, y el enemigo, que deseaba combatir para completar su plan con una victoria, la aceptó en seguida. Batiéronse los carlistas con decision y arrojo; por un momento comprometieron gravemente á la vanguardia alfonsina, pero, reforzada ésta, viéronse obligados á ceder el campo y á emprender, aunque con órden, la retirada. En el combate halló gloriosa muerte el brigadier Villalain, peleando con su acostumbrado denuedo al frente de sus tropas.

Al mismo tiempo que Jovellar atacaba á Dorregaray, otras fuerzas alfonsinas batian á Alvarez y los batallones del Maestrazgo en Chert, y en San Agustin á los valencianos, que mandaba Adelantado. Dorregaray, marchando en retirada, pasó por las inmediaciones de Cantavieja, donde entró su jefe de Estado Mayor, el brigadier Oliver, para encargar á la guarnicion de la plaza que se defendiese. En efecto, los alfonsinos llegan á Cantavieja el 30 por la tarde y rompen el fuego contra las trincheras que en las inmediaciones deella defendian los nuestros. Mientras los enemigos se entretienen en atacar la plaza Dorregaray va á unirse á las fuerzas aragonesas, que mandaban Gamundi y Boet, las que animadísimas por la entrada en Cariñena, que habian llevado á cabo á principios de mes, estaban dispuestas á batirse. Juntas ya casi todas las fuerzas del Centro en Villarluengo, Dorregaray, no creyendo posible sostenerse, ánte la invasion enemiga, en el territorio que Cárlos VII le habia confiado, acordó pasar el Ebro y abandonar el país.

La gravedad de la decision que iba á tomar, el disgusto que el abandono del Centro causaria á los batallones y el efecto moral que el paso del Ebro produciria entre los carlistas de toda España, le hacen ántes reunir una junta de generales y jefes para consultarles. En esta junta hubo alguno, Boet, segun creo, que protestó como carlista contra la operacion que se le proponia, más añadiendo, que estaba como militar, dispuesto á obedecer á su general en jefe, no tuvo ya Dorregaray dificultad en llevar á cabo su propósito.

1A efecto, acompañado de Gamundi, Boet y fuerzas valencianas

y aragonesas, seguido de Alvarez con las del Maestrazgo y de Adelantado con las de Valencia, es decir, al frente de 21 batallones, tres regimientos de caballería, una pieza de montaña y algunas partidas sueltas, pasó el Ebro por Caspe y sus inmediaciones, y abandonando el Centro penetró en el alto Aragon el 3 de Julio, yendo á parar á Bujaralóz.

Ascendian las fuerzas de Dorregaray á 10,000 infantes y 800 caballos, un verdadero ejército, tan subordinado y sumiso, que, á pesar del disgusto que le causó el salir de su territorio natural obedeció en todo á sus jefes como soldados veteranos. Díjose á éstos, para vencer la resistencia pasiva que oponian, que el objeto de aquella operacion era librarse de Jovellar marchando por el alto Aragon á Navarra, para reunirse al ejército carlista del Norte, armarse y municionarse allí y volver, por la provincia de Sória, al Centro.

En efecto, Dorregaray emprendió la marcha hácia el Norte por la provincia de Huesca, que invadió con sus tropas, rompiendo en Sariñena el ferro-carril á Zaragoza. Entró en Barbastro, amenazó á Huesca, más al saber que la columna Delatre con 3,000 hombres le cerraba el paso al Norte, retrocedió á Cataluña y entró en ella por la provincia de Lérida. Separóse de él entónces el coronel don José Agramunt, con un batallon y un escuadron de la brigada de Gandesa que mandaba, y marchando hábilmente por entre las columnas alfonsinas, llegó sin perder un hombre á Navarra.

Mientras Dorregaray pasaba el Ebro é iba á Cataluña, los ejércitos de Jovellar y Martinez Campos se entretenian en sitiar á Cantavieja, plaza, como hemos dicho, de tan escasa importancia, que ni el Infante ni Lizárraga, cuando mandaron el ejército del Centro, la habian considerado digna de fortificarla. Dorregaray, por el contrario, mandó que se hicieran en ella obras de defensa, la artilló con dos cañones de los cogidos en Cuenca, hizo construir parapetos y trincheras en los montes que la rodeaban, y cuando decidió abandonar el Centro, reforzó su guarnicion, dejando en ella tres batallones de los mejores del ejército, dos de ellos castellanos y el 3.° de Aragon. Tenian entre los tres 1,500 hombres, y como además estaban en Cantavieja la compañía de cadetes, una de artillería, otra de ingenieros, los obreros militares, la intendencia general, la diputacion de Aragon, se reunieron en ella unos 2,000 hombres, lo que ya más perjudicaba que favorecia la defensa, pues no habia víveres abundantes ni agua para tanta gente.

El brigadier señor García Albarran mandaba las fuerzas de Castilla; el bravo teniente coronel señor Escalona el batallon aragonés; Los señores Martí y Goñi los cadetes, y Lacambra era gobernador de la plaza. Tomó el mando de ésta y de las fuerzas Albar-

ran, como jefe de mayor graduacion, y empezó la defensa el 30 de Junio.

Despues de un corto combate, que sostuvieron en las trincheras esteriores tres compañías, retiráronse los carlistas á la plaza, y los alfonsinos situaron en los montes que la dominaban unas cuantas baterias Plasencias y rompieron con ellas el fuego de cañon. La única muralla de Cantavieja era una tápia de medio metro de espesor, con tres séries de aspilleras, que cerraba el camino de Iglesuela. Como esta obra se habia hecho solo para rechazar cualquier golpe de mano de la infantería enemiga, no estaba en disposicion de resistir un ataque en que jugase la artillería. Los alfonsinos no necesitaron para batirla traer cañones gruesos, pues situando 20 piezas de montaña á corta distancia suplieron, con la profusion de sus disparos, el poco calibre de sus Plasencias.

Los carlistas colocaron uno de sus cañones junto al Portal de la Fuente; el otro, al lado del hospital, y con ellos sostuvieron el fuego. A los tres dias de sitio redobló el enemigo el suyo con tal intensidad, que empezó á abrir brecha y causó numerosas bajas á la guarnicion. No tenia ésta medios para curar á sus heridos y se los pidió al enemigo en un parlamento á que asistieron Albarran y Martí. Concediéronsele los alfonsinos, suspendiéronse las hostilidades, propusieron á los carlistas que abandonasen la plaza, más éstos no aceptaron, por lo que volvieron el quinto dia á romper el fuego con más violencia que los anteriores.

Hasta entónces estaban las tropas carlistas animadísimas y resueltas á resistir, esperando que Dorregaray vendria á auxiliarlas y levantar el sitio, pero cuando supieron que éste habia abandonado el país, que el enemigo tenia todo el tiempo necesario para arrasar á Cantavieja y vieron que iban á faltarles agua, víveres y municiones, empezaron á desmayar. El espantoso fuego, que á modo de salvas hizo la artillería enemiga el quinto dia de sitio, y los destrozos causados por las 3,000 granadas que ya habian dirigido contra la plaza, iban disminuyendo los ánimos de los defensores, cuando, al oscurecer, oyeron en el campo alfonsino el toque de ataque y á los batallones enemigos, dando atronadores gritos, lanzarse al asalto por las tres brechas que ya habian abierto sus cañones.

Recobran entónces sus ánimos los carlistas, acuden presurosos á la brecha, y, batiéndose encarnizadamente toda la noche, rechazan tres asaltos consecutivos que les dieron los alfonsinos, á los que causan grandes pérdidas y les obligan á retirarse. Por una y otra parte desplegóse gran valor. Un oficial alfonsino llegó á poner el pié en la muralla, pero fué muerto por un oficial carlista. Combatióse en el asalto al arma blanca, y hasta á pedradas, y además de la resistencia que encontraron los alfonsinos en la brecha, des-

concertóles la iluminacion súbita de una gran cantidad de fósforo que arrojaron por ella los carlistas, para disipar las sombras de la noche, en cuyo favor confiaban los enemigos.

A la mañana siguiente pidieron éstos parlamento para enterrar los muertos y retirar los heridos que habian quedado en la brecha. Los carlistas habian ya agotado sus municiones, y desanimados, á pesar de su victoria, por la seguridad de no ser socorridos, entablan negociaciones para capitular pidiendo se les conceda la libertad absoluta. Como era natural, no la concedieron los alfonsinos, pero, en cambio, los tenientes coroneles Martí y Lacambra, propusieron una capitulacion honrosisíma que aceptó el enemigo.

Concedióse en ella los honores de la guerra á los defensores de Cantavieja, así que, formados, con armas y batiendo marcha, salieron de la plaza al mismo tiempo que Jovellar entraba.

El fuerte del Collado tambien se rindió, y las partidas sueltas y comandancias de armas que quedaron en el país despues de la marcha de Dorregaray, fueron rindiéndose ó desapareciendo, con lo que á los pocos dias de ella no quedó un carlista armado en el Centro.

Así perdió la causa de Cárlos VII el territorio más extenso que habia poseido, y el ejército, que, por su posicion especial, parecia el más apto para abrirle las puertas de Madrid.

LIBRO SEXTO

LA SEO DE URGEL

CAPITULO LXXVIII

Los fuertes de La Seo. — El Diario del sitio.

Terminada á principios de Julio la campaña del Centro con la retirada y el paso del Ebro que llevaron á cabo los batallones carlistas á las órdenes de Dorregaray, volvió á Cataluña Martinez Campos con sus tropas, y vinieron además á auxiliarle las de Jovellar.

Como Dorregaray tambien, desde Huesca, habia retrocedido á Cataluña, trasladóse el teatro de la guerra al Principado, porque allí acudieron los ejércitos enemigos, proponiéndose concluir con los nuestros.

Tenian, sin embargo, Savalls y Castells cerca de 10,000 hombres, y como Dorregaray traia otros tantos, podia costar muy caro á los alfonsinos su empeño, si nuestros jefes acertaban á operar acorde y combinadamente.

Los enemigos, en lugar de batir á nuestros ejércitos, prefirieron atacar á la Seo de Urgel, única plaza de consideracion que tenian los carlistas, y á la que las relaciones de los periódicos y la fama popular presentaban como una especie de Sebastopol ó Cartagena, capaz por su sola fortaleza de resistir un sitio largo tiempo.

Tocóme estar dentro de los muros de la Seo desde ántes de ataque, y así pude convencerme de la exageracion con que entre los carlistas se hablaba de su fortaleza. Es la Seo una plaza de

segundo órden, destinada solamente á servir de centinela en la frontera de la insignificante república de Andorra. Era la Seo fuerte en los tiempos en que no habia cañones rayados, pero desde que los hubo perdió su importancia militar, y los gobiernos de España la dejaron abandonada por no aumentar los gastos de la pátria haciendo en ella las obras necesarias para ponerla á la altura de lo que los adelantos bélicos de los modernos tiempos exigen.

Falta de todos ellos la encontraron los carlistas al conquistarla, y aunque se les acusa de no querer los adelantos del siglo y de amar lo antiguo, solo por ser viejo, de buena gana hubieran sustituido todas las antigüallas de la Seo, sobre todo sus monumentales cañones esculpidos por fuera y lisos por dentro, por modernas piezas de acero rayadas, si el estado de su hacienda siempre pobre, la apatía de su carácter siempre confiado, la falta de tiempo y otras causas no se lo hubiesen impedido.

No siendo fuerte la Seo por sus obras de defensa ni por sus cañones, tampoco lo era por su posicion. Situada á la derecha del Segre en el valle que forma este rio, que viene de Francia, al juntarse con el Balira, que precipitadamente baja de Andorra, rodeada por todas partes de elevadas montañas y en las cercanías de la inmensa sierra del Cadís, que levanta hasta las nubes su jigantescas moles, hállase la antiquísima episcopal ciudad de la Seo, defendida solo por una vetusta tápia aspillerada, que adornan varios tambores y puertas almenadas. Separada de ella por el Balira, se levanta una pequeña cordillera compuesta de tres cerros de desigual altura, y en cada uno de ellos, á modo de cetinelas perpétuos, están edificados los tres fuertes que fueron el objeto de la defensa.

Ciudad y fuertes son dos cosas distintas, independientes, y unidas solo por una carretera que, saliendo de la puerta de la Princesa y atravesando el Balira, conduce á los segundos. La ciudad está en el llano y los fuertes en los montes, dominándola y amenazándola constantemente con sus cañones, de modo que en caso de ataque, lo que interesa conservar no es la ciudad sino los fuertes.

Asiéntanse éstos en una cadena de montañas, mejor dicho, de picos de desigual altura, que sigue la derecha del Bàlira hasta las inmediaciones de su confluencia con el Segre. En el punto más cercano á ésta y en el cerro más elevado y espacioso, está construido el mayor de los fuertes, la ciudadela, con objeto de dominar á los otros dos y ser el principal punto de resistencia. En el cerro intermedio se levanta el castillo, fortaleza inespugnable en tiempo de los moros; y en el más cercano á Andorra y á la ciudad, que es á la vez el ménos elevado, se halla la torre de Solsona. Famosa en los siglos medios esta torre, estaba destruida ya

hacia algunos años y completamente abandonada cuando vino á los carlistas, quienes, como restauradores de lo pasado, empezáron á reconstruirla y levantarla con tal calma, que llegó el sitio ántes de que estuvieran terminadas las obras necesarias para su defensa. Los tres fuertes se unen entre sí por un camino, que era cubierto cuando tenia tápias que le resguardasen, pero que, desde que se cayeron hace años, quedó completamente al raso. Entre la ciudadela y el castillo, en el declive que forman los montes que sirven de asiento á ambos fuertes, se extiende el infortunado pueblo de Castellciudad. Sus casas, por aprovechar terreno, fueron en tiempos pacíficos, acercándose á las paredes de los fuertes, sin pensar en que llegarian dias como los últimos, en que solo hallarian en sus poderosos vecinos destruccion y muerte. Como Castellciudad está sobre el puente de Balira que conduce á la Seo, su posesion es importantísima, porque dá la del rio y sirve de comunicacion entre la ciudadela y el castillo.

A la espalda de Castellciudad y de los fuertes, á tiro de fusil de ellos pero más elevada, se levanta otra sierra, la del Cuervo, que por todas partes los domina. De aquí sencillamente resulta que la imprevision de nuestros abuelos al construir los fuertes lo más cerca que pudieron de la ciudad, en vez de construirlos en el punto más elevado, los hizo completamente inútiles para estos tiempos, pues con las armas modernas quien es dueño del Cuervo es, solo por este hecho, señor de los fuertes.

La razon y una simple ojeada de estas posiciones, indicaban que, siendo el Cuervo la llave maestra de la Seo, en él debia estar la mayor y más sólida defensa; así que, ya que á los ingenieros de pasados siglos no se les ocurrió hacer allí la ciudadela, ni era posible á los de ahora trasladarla, debia por lo ménos levantarse en el Cuervo un nuevo fuerte, y artillarlo si se querian defender los otros tres. Aunque esto era lógico y natural, los liberales mientras tuvieron en su poder la Seo, no pensaron hacerlo por no gastar; y cuando vino á nuestro poder, tampoco se hizo por no tener con qué, ó por considerar que ya habria tiempo de hacerlo cuando estuviéramos en Madrid. El caso es que llegó el sitio, y esta posicion tan interesante no tenia una mala torre con un par de cañones para su defensa, ni contaba con más obras de fortificacion que unas cuantas zanjas, abiertas en ella por los prisioneros de Nouvilas, bajo la direccion del dintinguido jefe de ingenieros, Sr. Argüelles.

Sin contar con la ciudad, tenian los carlistas que sostener dos líneas: la formada por la ciudadela, Castellciudad, el puente del Balira, el castillo y la torre de Solsona, que estaban en el mismo plano; y la segunda, que se componia solamente de la sierra del Cuervo á espaldas de la primera.

Esta idea de la localidad, la dá de las malas condiciones en que estaban colocados, y sirve para apreciar mejor la defensa, y comprender cuánto ánimo y cuánto valor necesitaron los sitiados para suplir cuanto les faltaba, y para resistir hasta el último extremo.

La historia del valor y de los sufrimientos, de la firmeza, y la constancia, de las penalidades y desgracias de los defensores de la Seo es tan interesante, que yo, que tuve la honra de pelear con ellos, voy á darla á conocer detalladamente.

Me limitaré para ello á copiar el *Diario* que escribí durante el sitio, en los cortos momentos que los cañones enemigos y los deberes de mi cargo me dejaban libres, porque en sus páginas están retratados los diferentes períodos de la lucha, tanto los primeros dias de animacion como los de horribles y encarnizados combates, y los últimos momentos en que, perdida ya toda esperanza, peleaban solo los carlistas para enaltecer la honra de su bandera, y no rendirla manchada.

CAPITULO LXXIX

Marcha de Dorregaray.—Llegada del enemigo.—Los primeros tiros.

Ciudadela de la Seo, 18 *de Julio.*

Meses hacia que estábamos esperando el sitio de esta plaza, meses hacia que sabiamos que el tomarla era el único pensamiende Martinez Campos, y sin embargo hoy nos han sitiado por sorpresa.

¿Cómo ha de pasar el enemigo, deciamos, los terribles desfiladeros que ha de atravesar para llegar hasta aquí? ¿Cómo ha de atreverse á venir por unos sitios donde bastan dos compañías resueltas para no dejarle pasar? ¿Cómo se ha de determinar á establecerse en una zona tan alejada de su base de operaciones, y á quedarse en un país donde le han de faltar toda clase de recursos, y donde nuestras fuerzas fácilmente podrán cortarle las comunicaciones y dejarle sitiado? Y ante tales razonamientos, fortalecidos con el de que para emprender un sitio es necesario traer artillería gruesa, y esta no podia venir sino por el cielo ó por Francia, considerábamos como irrealizable y temerario el propósito que se atribuia á los enemigos.

Pero si en alguna ocasion creíamos que se atrevieran á intentarlo, nunca pensábamos que fuera en esta, en que los dos caminos que conducen á la Seo de Urgel, el de Puigcerdá y el de Pons, los teníamos cerrados, el primero por Savalls con las fuerzas catalanas, y el segundo por Dorregaray con las procedentes del ejército del Centro. Lo inverosímil ha sucedido. Ayer estábamos ayudando desde aquí al general Savalls en su tercer sitio de Puigcerdá, y hoy están allí los enemigos; ayer estaban entre estos y nosotros 16 batallones carlistas al mando de Dorregaray y hoy no nos separan de ellos mas que piedras, árboles y algunas varas de distancia.

Los alfonsinos han venido de la manera más inopinada. Las fuerzas carlistas del Centro habian llegado á las inmediaciones de esta plaza; ayer estaban en Orgañá, Oliana y Pons, los generales Dorregaray, Adelantado, Alvarez, Boet y Gamundi con los batallones del Maestrazgo, Aragon y Valencia cerrando el paso de ésta al enemigo. Alvarez que estaba en Orgañá se hallaba en comunicacion con nosotros y á su demanda se le habian enviado desde aquí varias cargas de municiones para que distribuyera á sus soldados, y se estaba buscando calzado para enviarles. Esta madrugada, con objeto de hablar en Orgañá á Dorregaray y animar á su ejército, salieron de aquí el Sr. Obispo de la Seo y el vicepresidente de la Diputacion de Cataluña. En el camino encontraron á unos paisanos que les advirtieron no siguieran adelante, pues las fuerzas carlistas habian marchado hácia Solsona y ya estaban en Orgañá las alfonsinas. Volviéronse porque estando en Orgañá los enemigos, habian pasado ya los terribles desfiladeros y no tenian dificultades para llegar á la Seo, de modo que no tardaríamos en verlos más que lo que tardaran en recorrer las tres leguas que de nosotros les separaban.

No habia tiempo que perder; era necesario prepararse á recibir la molesta visita, que por hallar la puerta franca se nos echaba encima, y en efecto desde las primeras horas del dia nos hemos dispuesto á demostrarles con nuestros cañones, que no era lo mismo llegar á nuestra vista que subir á nuestros fuertes.

El momento en que venian no podia ser mas inoportuno para nosotros, pues como Savalls estaba sitiando á Puigcerdá, teníamos allí casi todos los artilleros é ingenieros de la Seo, y un convoy de municiones y dos morteros en el camino de la Cerdaña. La plaza además no contaba con la guarnicion necesaria, pues esta mañana se componian nuestras fuerzas, del 2.° de Lérida que no sumaba 300 plazas, y de los inválidos y veteranos, casi todos desarmados, con los que no teníamos siquiera la gente precisa para cubrir el servicio en tiempo de guerra.

Un jefe de pocos ánimos se hubiera acobardado ante aquel

conjunto de circunstancias tan desfavorables, pero el general Lizárraga, con el valor que le distingue, no vaciló ni un instante, y poniendo en juego su actividad dictó apresuradamente las disposiciones para que se subiesen á los fuertes cuantos víveres y efectos se pudiesen sacar de la ciudad y para que todos se preparasen á la defensa en el corto tiempo que tardarian en llegar los enemigos. Su plan consistia en abandonar la ciudad ya que no tenia fuerzas suficientes para conservarla, encerrarse en los fuertes, defender lo posible la sierra del Cuervo y resistirnos. « La marcha, le dije, del ejército del Centro sin disputar el paso de los desfiladeros de Orgañá, indica que no nos puede socorrer. » « No le hace, me contestó, nos sostendremos á todo trance y daremos tiempo á que se rehaga y en combinacion con Savalls nos auxilie.»

Avisó enseguida á este lo que ocurria para que salvase la artilleria con que atacaba á Puigcerdá y ordenó al jefe que mandaba el convoy que iba por el camino de la Cerdaña, que enterrara los morteros, los inutilizase ó los tirase al rio, ántes que el enemigo se apoderara de ellos.

En estos preparativos estábamos cuando á pocos metros de la plaza, apareció una masa de hombres avanzando hácia ella sin temor á los cañones. Era el 4.° batallon de Lérida que, por no caer en manos de los alfonsinos venia á refugiarse á la Seo. Este refuerzo providencial animó á todos y fué para el general un gran recurso : « Ya puedo, exclamó, sostener algun tiempo la ciudad y reforzar los otros puestos ; » y envió á los fuertes á las compañías del 2.° y dejó al 4.° en la ciudad.

Poco despues nos llegó el aviso de que la vanguardia enemiga estaba á una hora de distancia. Subimos á la ciudadela para abarcar mejor todas las posiciones y los pocos artilleros que habia se colocaron en sus baterias dispuestos á hacer fuego á la primera señal. Esperábamos con impaciencia al enemigo; eran ya las 12 y no se le divisaba, pero á poco se empezaron á ver algunos bultos por la sierra de Navinés y luego negras líneas que formando un reguero, como las hormigas en verano, se estendian por la cordillera hácia Alás. De vez en cuando relucian sus fusiles y bayonetas y al atravesar un pequeño claro distinguíamos con nuestros anteojos los infantes de los ginetes. Desfilaban todos á larga distancia para no trabar conocimiento con nuestras granadas y formando un arco bajaban á Alás. Al llegar allí, en vez de seguir por los montes pasaron el Segre y se apoderaron del camino de la Cerdaña. Así nos aislaron de Savalls y de nuestros artilleros. Creiamos que cogerian á estos prisioneros, pero el coronel del arma D. Francisco Sagarra llegó en aquellos momentos de Puigcerdá y nos tranquilizó diciéndonos que los artilleros habian pasado frente á Alás antes que el enemigo y que no tardarian en

llegar. « Con ellos vienen, añadió, una porcion de mulos con efectos que hemos retirado de Puigcerdá; únicamente no se han podido traer los morteros; pero el teniente Michel que los manda, los inutilizará antes que entregarlos. »

A poco llegó el capitan Chaves con el personal de la batería rodada; nuevo refuerzo que hacia mas fácil la defensa por lo que fué acogido con alegría.

Los enemigos siguieron desfilando toda la tarde y marchando por el camino de la Cerdaña á Puigcerdá sin aproximársenos; marcha que nos indicó que, dejando de perseguir á Dorregaray, creian preferente caer sobre Savalls para alejarle de estas inmediaciones y aislarnos de nuestras fuerzas exteriores.

Entre tanto hemos seguido subiendo efectos de la ciudad porque es preciso prepararse para vivir mucho tiempo y resistir bien.

Hay sin embargo alguien que trata de impedírnoslo; hemos encontrado un obús de la ciudadela clavado y obstruido un cañon, y como si hechos tan graves en tales momentos, no bastasen para revelar la existencia de manos traidoras, en el castillo ha roto, no se sabe quién, la máquina de hacer cartuchos. El general ha mandado instruir sumaria para castigar inmediatamente á los autores de tan criminales hechos y ha encargado á todos la mayor vigilancia. Esto último no es preciso: todo el mundo considera la defensa de la plaza como cosa propia y vigila y hace cuanto puede. Los voluntarios estan animadísimos.

Esta mañana en el momento de alarma se presentó á Lizárraga, D. Rafael Feu, jóven de una de las principales casas de la Seo y le pidió con insistencia le admitiese como voluntario. «Tengo el permiso de mi madre, dijo, y vengo á morir por la religion.» Su resolucion ha gustado y ha sido admitido en el 4° de Lérida. Parece valiente y sobre todo buen católico.

—

19. Hemos pasado la noche en los pabellones de la plaza de armas. No hay duda, el sitio va á ser un hecho.

Nunca me he visto sitiado, y aunque de todas las operaciones militares es la que ménos me gusta, me alegro de ser testigo y actor de la defensa de la Seo, por lo mismo que presenta tan mal aspecto.

Por lo pronto hemos recibido esta madrugada el refuerzo de algunos artilleros, que se escaparon ayer de entre las manos del enemigo y han logrado esta noche llegar á la Seo. Con ellos ha venido el teniente Michel, jóven alsaciano, instruido, valiente y buen carlista. Recibió en el camino de la Cerdaña la órden para que inutilizase los morteros que traia, y no pudiendo hacer otra cosa, los arrojó al Segre, con lo que necesitarán dias y trabajos los alfonsinos si intentan sacarlos para tirarnos con ellos.

Martinez Campos llegó anoche hasta los Baños de Martinet, ca-

mino de Puigcerdá. Savalls levantó á tiempo el sitio y marchó hácia Ripoll, sin duda para unirse á Dorregaray. El señor Obispo, que salió de aquí para Cerdaña, por poco cae en poder de los enemigos. Estos, que han sabido su marcha, le han seguido y buscado, pero afortunadamente no han dado con él, á pesar de ofrecer 1,000 duros al que descubriera su paradero.

Como en todo el dia no se nos han acercado los alfonsinos, hemos seguido sacando de la ciudad víveres y efectos y reforzando con obras de campaña nuestras desmanteladas baterías.

A larga distancia hemos visto una columna enemiga como de 3,000 hombres subir por los montes de Labastida y Navinés, y tomar la direccion de Solsona. Sin duda vá trás de Dorregaray para alejarle de aquí mientras que los de Puigcerdá alejan á Savalls.

—

20. Tampoco han aparecido hoy los enemigos por estas cercanías. Sabemos que están en el camino de la Cerdaña, que ocupan á Martinet, pueblo á tres horas de nosotros, que tienen guardias por aquellos montes, y que han situado un batallon en el sitio en que Michel despeñó los morteros.

Hemos tenido que embargar en la ciudad telas de vestidos para hacer saquetes de pólvora para nuestros cañones. Estamos tan faltos de todo, que ni siquiera esto teniamos. Lo único que abunda es la pólvora, solo que es del año 23 y de tan mala calidad, que es preciso mezclarla para que haga efecto.

—

21. Esta madrugada ha vuelto á la ciudad el señor obispo, prefiriendo, al saber que nos sitiaban, venir á su sede que marchar á Francia ó Andorra. Quiere animarnos con su presencia en los combates y penalidades, y seguir la suerte que Dios nos depare.

El dia iba como los anteriores pasando sin novedad, cuando á las cuatro de la tarde el centinela del Macho gritó : « ¡ ya están ahí! » Todo el mundo corre presuroso á la muralla para ver quiénes son los que se acercan, y al cabo de algunos minutos por el camino de la Cerdaña desembocan numerosas fuerzas. Desde la batería de San Armengol que mira á la ciudad, he visto una larga hilera de soldados encaminarse á la Seo. Venian sin precaucion alguna, como quien va por terreno conquistado y en vez de cruzar el Segre frente á Alás y dirigirse á aquel punto, seguian á la ciudad. Sin duda pensaban que íbamos á abandonarla solo al ver asomar su vanguardia. En esta confianza llegan á un cuarto de hora de la poblacion y se ponen bajo los cañones de los fuertes. Entónces les sacamos de su error. El general dá la voz de fuego; el cañon de 24 que hay en la batería de San Armengol dispara, y

su poderosa voz retumbando por los vecinos montes, esparce por los ámbitos nuestro grito de guerra.

El enemigo entiende este aviso; vé que no dejamos la ciudad, y entónces se detiene: parte de sus fuerzas se ocultan en un bosque á orillas del camino, y los restantes comienzan á vadear el Segre y se dirigen á Alás. De los dos Krupps que tenemos, colocamos uno en la batería de San Armengol y lanzamos algunas granadas á los del bosque.

El general manda que una de las compañías que hay en la ciudad salga, y por los montes de Enserail vaya á molestar al enemigo en el paso del rio. A poco nuestra fuerza tropieza con una guerrilla alfonsina y se rompe el fuego. Los nuestros le sostienen desde su posicion hasta que la noche pone fin á esta escaramuza.

Los primeros tiros han sonado ya; ¿cuántos seguirán á estos?

A las diez de la noche el enemigo hace una tentativa sobre la ciudad. En vano llega hasta las tapias y tirotea á los centinelas. No se le hace caso, y despues de un rato se retira.

CAPITULO LXXX

Preparativos de defensa. — Nuestros cañones. — La Cruz de La Seo.

22. Desde las primeras horas de la mañana el enemigo ha ido estableciendo el cerco, para lo que sacando las fuerzas que tenia en Alás, las ha ido corriendo por la izquierda del Segre á Labastida, Navinés, y luego, atravesando el rio mas abajo de la ciudadela, á Arfa y el Plá de San Tirso.

Todo el dia hemos estado viendo desfilar soldados, llegar á los pueblos y establecer guardias en los montes vecinos, pero fuera del alcance de nuestros cañones.

El sitio va siendo verdad; ya tenemos cerrados los caminos de Orgañá y Puigcerdá, y las fuerzas que han bajado de Enserail á la izquierda del Balira, se han apoderado del camino de Andorra. Estas no han hecho su operacion tan tranquilamente como las otras, porque una compañía del 4° de Lérida, que ha salido de la ciudad les ha tiroteado, y la torre de Solsona vecina á ellos, ha estrenado sus cañoncitos lanzándoles algunas balas rasas.

Los alfonsinos entónces nos han devuelto el saludo con que ayer les recibimos. A las cuatro y media una batería colocada á prodigiosa distancia, en un cerro cerca de Alás, ha roto el fuego sobre la ciudad y se ha entretenido el resto de la tarde en romper los

tejados de la Seo. Tambien nos ha lanzado algunas granadas al castillo y la ciudad, para probarnos que alcanzaban sus tiros.

No les hemos contestado porque nuestros viejos cañones no llegaban hasta donde han colocado sus Placencias, y no era cosa de gastar en saludos las pocas municiones Krupps que teniamos.

Se ha puesto lo ocurrido en conocimiento de los generales Savalls y Castells diciéndoles que haciendo grandes esfuerzos podria sostenerse el sitio todo lo más un mes, porque los fuertes están desmantelados y nos falta hasta lo mas preciso.

¿Acaso ántes de ese tiempo no podrán reunir entre Savalls, Castells y Dorregaray 24 batallones, caer sobre un flanco del enemigo, arrollarle y libertarnos? Aunque no lo hagan, cumpliremos con nuestro deber y pelearemos como corresponde á militares cristianos y á defensores de una causa santa.

Nuestras resolucion es inquebrantable.

—

23. Nuestros fuertes están convertidos en inmensos talleres; reina una actividad prodigiosa, dia y noche se trabaja, y todo, el mundo, desde el general al último soldado, hacen algo para el bien comun. Los artilleros refuerzan sus débiles baterías, levantan espaldones y se cubren de los fuegos de los enemigos; los carpinteros hacen cureñas para montar tres obuses y algunas piezas de las 20 que, por falta de ellas, teníamos por el suelo; la administracion militar recoge vino, trigo y otros artículos en la ciudad; los ingenieros y la infantería talan los bosquecillos y alamedas que se extienden en la confluencia del Balira y Segre, para que los enemigos no se oculten en ellos y nos molesten, y los prisioneros suben leña.

Por su parte los enemigos tambien trabajan levantando parapetos y fortificándose en los altos donde hemos visto sus guardias. El grueso de sus fuerzas está en Alás y por el camino de la Cerdaña vemos contínuo movimiento de tropas.

Sabemos que nuestros vecinos son de 6 á 7,000 hombres, que su general en jefe está en los baños de Martinet disponiendo los convoyes de material de guerra y provisiones que han de traer de Puigcerdá, que está haciendo una carretera en el estrecho desfiladero de la Cerdaña para que pasen los cañones de batir y que además tiene empleado un batallon y una porcion de paisanos, en sacar del Segre los morteros que arrojó Michel.

Todo esto no nos deja duda de que la lucha va á ser empeñadísima, pues el enemigo dispone de grandes medios.

Sabemos tambien que Francia, accediendo á lo solicitado por el gobierno de don Alfonso, ha dejado pasar los cañones de batir por su territorio y que están ya en Puigcerdá.

¡Qué vergüenza para Francia que lo ha consentido y para los que han pedido tan desusado favor!

Para defendernos contamos solo con 1,100 hombres, de los cuales no todos están armados, y como con ellos tenemos que guarnecer la ciudadela, el castillo, la torre de Solsona, Castellciudad, el puente sobre el Balira y la importante sierra del Cuervo, no nos quedan soldados para conservar la ciudad. Necesitaríamos para mantenerla otros dos batallones, pero como no llegan los que se habian pedido, ni es fácil ya que pasen, tenemos que abandonarla para atender á lo principal, que es la sierra del Cuervo. La pérdida de la ciudad, por estar en llano, no puede hacernos mucho daño, así que desde esta noche quedará á merced del enemigo. El general ha dispuesto que las fuerzas que la guarnecen la abandonen y pasen á acampar en la sierra del Cuervo y Castellciudad.

—

24. El enemigo no se ha atrevido á entrar en la ciudad abandonada, así que, en cuanto se ha hecho de dia, han vuelto á ella algunas de nuestras fuerzas para seguir sacando efectos y talando las arboledas, más con órden de retirarse á los fuertes ántes de oscurecer.

Los trabajos de fortificacion continúan. En la ciudadela se ha hecho, con troncos de árboles y tierra, un largo espaldon entre el primero y segundo recinto, á lo largo de la muralla, para librar de los fuegos de los montes vecinos á la gente que haya de colocarse en ella. Dos compañías, más los 30 prisioneros que teníamos, se han dedicado á esta obra que ha dirigido el general en persona. Los artilleros siguen cubriendo y reforzando las baterías. El coronel Sagarra, su jefe, los dirige y trabaja cuando es necesario; los oficiales hacen lo mismo, y todo se va poniendo en mediano estado de defensa. Michel, que está encargado del polvorin y del almacen, se distingue sobre todo por su actividad é inteligencia. Carga bombas y granadas, hace saquetes y cartuchos, gradúa la pólvora, arregla las espoletas, y, para descansar, trabaja en la herrería ó en la carpintería ó se pone como los demás á ayudar las obras de fortificacion.

Los armeros tambien trabajan en la recomposicion y arreglo de fusiles viejos para armar con ellos á los inválidos, veteranos y gente suelta, que asciende á unos 300 hombres.

El 2.° y 4.° de Lérida no tienen en junto más que 600 hombres, los que están, segun costumbre de Cataluña, armados con toda clase de fusiles. Abundan, es cierto, los Remingtons y los Berdans, pero esto, léjos de servirnos de ventaja, es un inconveniente, porque tenemos pocos cartuchos metálicos y con la rotura de la máquina no los podemos fabricar. Se ha montado en cambio un pe-

queño taller para recargar los ya usados.

Entre los tres fuertes hemos logrado poner en bateria 30 piezas. La ciudadela cuenta con dos morteros de á 21, tres obuses de á 16, cuatro cañones de á 24, cuatro de á 12, dos de á 8, dos Krupps de batalla y una piececita de á 4 para barrer los fosos. En el castillo hay un obus, un cañon de á 12, otro de á 11 y siete de á ocho. En la torre de Solsona tenemos dos de á ocho, en el piso superior, y uno de á diez en la muralla. Escepto los Krupps, no hay una sola pieza rayada, ni siquiera de construccion moderna. He visto las fés de bautismo de nuestros cañones; ninguno baja de ochenta años. Hay uno que perteneció á la ciudadela de Arras, cuando Arras era nuestra. Otros tienen gloriosas heridas de la guerra de la independencia ó del sitio sostenido el 23.

Tenemos unos 9,000 proyectiles, de los que solo 3,000 son huecos, y los demás, balas rasas que apenas nos servirán para nada. La dotacion de los dos Krupps no llega á 400 granadas, casi todas sin espoletas, y algunos botes de metralla.

Aún no sabemos cuantas piezas traerá el enemigo, pero es seguro que nos aventajará en número y en calidad. Todos sus cañones serán rayados, de modo que va ser el sitio de la Seo un combate entre la artillería antigua y la moderna.

La ventaja no es nuestra. Para luchar con algun éxito ha dispuesto el general que no se haga fuego sino á corta distancia y á tiro seguro, para causar el mayor número de bajas posibles, pues no podemos pensar en desmontar las piezas enemigas, que colocarán fuera de nuestro alcance.

Hé visitado el castillo y la torre de Solsona. En ambas partes se trabaja tambien apresuradamente. El castillo, cuyas baterias están muy descubiertas, procura taparlas; la torre, construida en este mes y cuyas obras aún no están terminadas, tendrá que defenderse en las malas condiciones en que se encuentra. No hay en ella polvorin ni repuesto de víveres, ni nada más que las cuatro paredes y el tejado que se terminó hace ocho dias. Sin embargo, como no nos conviene abandonarla, se ha mandado que todas las noches se releve su guarnicion, que se compone de 50 soldados y 12 artilleros, y que se le envien diariamente raciones y municiones para sostenerse. Esto es incómodo y expuesto, porque como no hay camino cubierto será necesario hacer el relevo bajo el fuego de los alfonsinos.

Esta tarde, un inglés, corresponsal de un periódico, que viene con el ejército enemigo, ha venido á vernos. Lizárraga, políticamente, le ha hecho comprender que no estábamos para recibir visitas de curiosos, así que no ha visto más que la plaza de armas. Justamente, en el momento que entraba, terminaban nuestros voluntarios de rezar el santo rosario y victoreaban á la Religion, al

Rey y á Cataluña, de modo que el inglés puede dar noticia á su nacion y aviso á los alfonsinos, del valor y entusiasmo de nuestra gente.

. Tambien ha visto levantar una cruz en medio de la plaza de armas, que colocaban nuestros soldados como bandera, y ha observado con admiracion la fé, el respeto y la piedad con que los voluntarios saludaban el signo de nuestra Redencion, bajo cuya sombra van á combatir.

CAPITULO LXXXI

Fiesta religiosa. — Sorpresa de Macia. — Bombardeo de la Ciudad.

25 Julio. Hoy hemos celebrado la fiesta del Glorioso Patron de España y los dias del Príncipe de Astúrias, como á soldados católicos y como á monárquicos correspondia. Al amanecer se ha izado en la ciudadela la bandera nacional, que han saludado ésta y luego el castillo y la torre de Solsona con las salvas de ordenanza. Despues, en la espaciosa plaza de armas, se han reunido cuantas fuerzas estaban libres de servicio para oir la misa que ha dicho el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo don José Caixal. Terminada ésta, el venerable prelado ha dado su solemne bendicion á las tropas, á los fuertes, á los efectos de guerra, y ha pedido á Dios nos auxilie en la lucha, nos dé fé y valor en los combates, abnegacion y constancia en los sufrimientos, y paciencia y firmeza en las penalidades que traiga consigo el asedio.

En seguida ha dirigido una breve y sentida exhortacion á los voluntarios, recordándoles la proteccion visible que Dios habia concedido siempre á los que por Él peleaban y con fé sincera le pedian su auxilio, y la que el glorioso Santiago, terror de la morisca gente, habia dispensado á los verdaderos soldados de la Cruz. «Si quereis la victoria, nos ha dicho, haceos con vuestra conducta dignos de ella, y, si Dios nos tiene escogidos para que muramos por su causa, no os dé pena, que nuestro sacrificio será fecundo y nuestros hermanos en la fé, sacarán el fruto de nuestra sangre.».

Escuchado con religioso silencio por toda aquella multitud rmada, ha sido al final aclamado ardientemente, mezclándose stos gritos con entusiastas vivas al Rey, á la Religion y á España, ue lanzaban conmovidos todos los pechos.

Nada más grande que esta explosion de sentimientos de lealtad, abnegacion y entusiasmo á la vista de un ejército enemigo y en víspera de terribles combates, ni nada más elocuente que la alegría, la paz interior y el contento que se observaba en los semblantes de nuestros voluntarios al hablarles de las penalidades que van á sufrir, de los peligros que han de afrontar, de la muerte que á muchos ha de herir.

¿Qué importan los trabajos, qué importan los peligros, qué importa la muerte, decian todos aquellos vivas, cuando se sufre, se pelea y se muere por Dios?

Al ver la animacion y gozo de aquellos soldados, no podia ménos de acordarme de la fé de los primeros mártires del cristianismo, del valor de los que luego iban á morir en las Cruzadas, luchando por conquistar el Sepulcro de Cristo, y del entusiasmo y constancia de los que en Granada y en Lepanto, perdian generosamente sus vidas, por defender la Religion católica. Los tiempos y los lugares cambian, pero los corazones de los verdaderos creyentes son los mismos siempre, y siempre la misma su grandeza de aspiraciones, su nobleza de sentimientos, su desprendimiento de la vida.

Con soldados así el triunfo es seguro, porque si ellos no lo logran, de su sangre generosa brotarán otros que lo alcancen. Podrán morir ellos, pero su espíritu no morirá, ni tampoco la causa que defienden.

Los alfonsinos, á pesar de nuestros cañonazos, han guardado profundo silencio, como si no quisieran perturbarnos en tan solemne dia. Ni siquiera han disparado un tiro, y eso que la torre de Solsona ha hecho las salvas con bala para alejar á un grupo de curiosos que andaba frente á ella.

El general llama al anochecer al comandante del 4.°, don Ceferino Escolá y le encarga una operacion arriesgada para el dia siguiente. Se trata de dar una sorpresa, y con este objeto saldrá esta noche una compañía. ¡Que Dios la ayude y el Apóstol Santiago la dirija!

—

26. Al amanecer se oye vivo fuego de fusilería en el cerro de Macía, punto donde los liberales tienen una avanzada. De repente cesa éste, y á los pocos momentos vemos arder las barracas donde se albergaban los enemigos. La victoria es nuestra, la operacion encomendada á Escolá ha salido bien, pero aún no sabemos de qué manera ha conseguido su objeto.

El general le habia mandado que saliera con una compañía, sorprendiera la guardia del cerro de Macía, la desalojara de allí y abriera el paso al recaudador Roca, que á aquella hora debia llegar con su escolta para entrar en los fuertes trayendo al-

gunos recursos. El paso estaba abierto, ¿pero habia llegado Roca? No tardamos en ver bajar desde el cerro de Macía más fuerza de la que habia subido, y entre ella pudimos descubrir con nuestros anteojos roses y pantalones encarnados. ¡Traen prisioneros! exclamamos llenos de alegría, y las aclamaciones con que acogieron á la compañía expedicionaria las guarniciones de la torre de Solsona y del castillo, nos acabaron de demostrar que la victoria habia sido completa.

En efecto; al poco entraron en la ciudadela Escolá y Roca, trayendo ocho prisioneros del regimiento de Búrgos y una porcion de fusiles que habian cogido al enemigo. Escolá habia salido á media noche con 60 hombres, habia subido hasta más allá del cerro donde estaba la avanzada enemiga, y cuando empezaban á desaparecer las sombras se habia lanzado sobre ella. Dió á sus soldados la órden de que al estar á 20 pasos, hicieran una descarga y se lanzaran resueltamente á la bayoneta, contando con sorprender por completo el puesto enemigo; pero como los alfonsinos sabian que estaban en guerra, vigilaban y no se les sorprendió indefensos. Antes de llegar los nuestros, los vieron y los recibieron con una descarga. Escolá y el valeroso Mirats que le acompañaba, no se desanimaron, no vacilaron siquiera, sino que á la carrera se lanzaron al parapeto enemigo, saltaron la zanja que le defendia, y venciendo con su valor la resistencia que le oponian sus defensores, se apoderaron de él, causando al enemigo seis muertos, ocho prisioneros y una dispersion completa. Quedaron los nuestros dueños de la posicion apoderándose de 23 fusiles remingtons, tres cajones de cartuchos y multitud de efectos de guerra. En seguida incendiaron cuanto no podian traer á los fuertes, y á la luz del incendio vino Roca con su escolta, que puntualmente habia acudido á la cita.

Despues de lo del cerro de Macía nos han tiroteado las avanzadas, pero ha pasado el dia sin novedad. El enemigo ha situado algunas fuerzas en el cerro de las Forcas, sobre la ciudad, que se han entretenido en hacer fuego á cuantos bajaban á ella de los fuertes y á cuantos salian con efectos para los mismos. He estado en la ciudad y he visto, por la aproximacion de los puestos enemigos á ella y por el fuego que éstos nos hacian al pasar el camino que conduce á la ciudadela, que ya no nos será posible conservarla ni aun de dia, para no perder gente inútilmente.

---

27. La situacion continúa como los dias anteriores. Sin embargo, sabemos que Martinez Campos ha llegado á Alás procedente de los baños de Martinet, donde ha estado apresurando la construccion del camino real que ha de facilitar el paso de sus cañones, y los demás preparativos del sitio. Su venida nos indica

que están ya terminados y que pronto va á empezar el ataque en regla.

Roca saldrá por la noche para dar cuenta á los generales Castells y Savalls de nuestra situacion, pedirles multitud de efectos que necesitamos y que manden por los alrededores fuerzas que molesten al enemigo.

—

28. Esta noche, aprovechando el abandono en que la dejábamos, han entrado los alfonsinos en la ciudad de la Seo. Con este paso ganan mucho terreno para estrecharnos, pero se ponen por completo bajo nuestros fuegos. La ciudad está á 600 metros de la torre de Solsona, 800 del castillo y 1,000 de la ciudadela. No tiene más obras de defensa que una tapia aspillerada con algunos tambores, y como está completamente dominada por los fuertes no puede causarnos grandes perjuicios. Esto no obstante, el general Lizárraga oficia á los alfonsinos para que la evacuen, anunciándoles que si no lo hacen la bombardeará. En seguida recorre á caballo los fuertes, arenga en cada uno á las guarniciones, las dice que el ataque está próximo, que ha de ser largo y terrible, pero que es preciso resistirle con energía, peleando con valor y sufriendo con firmeza. Las palabras de Lizárraga son acogidas con ardientes aclamaciones, y los voluntarios, animadísimos y contentos, se preparan al combate.

El jefe enemigo que ha entrado en la Seo contesta en otro oficio al del general, diciendo que no piensa en evacuar la ciudad, y que por lo tanto ha avisado al vecindario el bombardeo.

A las doce rompemos el fuego desde la ciudadela y le secundan el castillo y la torre de Solsona con gran viveza y acierto. Con los cañones batimos la tápia de la ciudad que nos dá frente y las casas avanzadas donde el enemigo puede ocultarse para molestarnos. Con los obuses y morteros batimos el resto de la ciudad. A la una y media sale de Alás una bateria enemiga de montaña que vemos subir por los montes de la derecha, y á las dos otra, situada en los montes del camino de Puigcerdá, rompe el fuego contra la torre de Solsona á larga distancia. Seguimos el bombardeo hasta las tres de la tarde en que se suspende. Entónces, la bateria salida de Alás aparece en uno de los montes de Labastida, tambien á inmensa distancia pero dominando completamente la ciudadela, y nos hace fuego durante otras tres horas. Más de treinta de sus proyectiles entran en la plaza de armas, pabellones y talleres, rompiendo objetos y agujereando paredes, más otros dan en las murallas y baterias y allí hacen poco efecto. Son todos de cañones Plasencias, y, por regla general, están bien dirigidos. Esto no obstante, no tenemos más que un herido leve en la ciudadela y tres en el pueblo de Castellciudad. A las seis se retira la bateria enemiga des-

pues de habernos disparado más de 100 cañonazos, por supuesto, fuera del alcance de nuestros tiros.

Al anochecer se oye vivo fuego de fusilería por la parte opuesta, es decir, por la sierra del Cuervo; algunas balas entran en la ciudadela y hacen un herido. La causa del fuego ha sido el que el enemigo ha tratado de devolvernos la sorpresa del cerro de Macía, sorprendiendo á la compañía que estaba en la sierra del Cuervo. Los nuestros se han batido admirablemente, han rechazado al enemigo, y, cargándole á la bayoneta, le han perseguido hasta sus trincheras.

Esta leccion, que les debe haber costado algunas bajas, les enseñará á no acercársenos tanto otra vez, y á no pensar que estamos desprevenidos.

—

29. Por la mañana hemos visto subir una columna enemiga por los montes de Vilamitjana, como para impedir se acerquen á socorrernos fuerzas exteriores. La columna ha vuelto luego, y, por la tarde, algunas de las fuerzas de Arfa han pasado por Navinés á Alás. En todo el dia ha habido poco fuego. Se conoce que aún están preparándose para atacarnos con furia.

CAPITULO LXXXII

Combate de Monferré. — Ataque á la Torre de Solsona.— Victoria de nuestra artilleria.

30. Hemos tenido una accion de tres horas, en toda regla, que ha debido ser terrible para los enemigos. Al amanecer vimos pasar á la carrera desde Alás, por el camino que siguiendo la izquierda del Segre vá por frente de la ciudadela á Arfa, á cuatro ginetes, que aparecieron luego en Monferré, que despues cruzaron por la hondonada que está á las faldas de la sierra del Cuervo y que al fin desaparecieron. No dudamos que iria entre ellos Martinez Campos para hacer un reconocimiento por aquella parte, y desde entónces tuvimos fija en ella nuestra atencion, por si por ella ocurria algo nuevo.

En efecto, á medio dia observamos que entraban fuerzas enemigas en el pueblecito de Monferré, situado á la espalda de la ciudadela á 800 metros de la punta llamada Lengua de Sierpe, en una hondonada, y las disparamos algunos cañonazos, pues era

demasiado cercana su vecindad para dejarlas tranquilamente. Ellos salieron al llano que les separaba de la ciudadela y con el mayor descaro se pusieron á hacer una trinchera. A esta provocacion contestamos, como era natural, aumentando el cañoneo y colocando tiradores en la Lengua de Sierpe que hostilizasen á los trabajadores. Los alfonsinos despliegan entónces fuertes guerrillas y rompen vivísimo fuego de fusilería; nuestras baterias de San Odon y de la Sangre, que enfilan á Monferré, contestan con granadas y metralla, más los enemigos, airados al verse tan ofendidos y deseosos de vengar las pérdidas que esperimentan, avanzan hácia nuestros muros. El general, que los ve tan ciegos, manda á una compañía de las que hay en Castellciudad que salga, los ataque á la bayoneta y en seguida se repliegue á la Lengua de Sierpe á fin de atraerlos. Entre tanto coloca allí y en la estacada dos compañías, y manda á los artilleros que carguen las piezas con metralla y que, al estar muy cerca los alfonsinos, rompan el fuego.

La compañía expedicionaria llega, ataca á las guerrillas enemigas y éstas caen por completo en el lazo, es decir, en la tentacion de cogerla prisionera á nuestra vista. Para ello, aprovechando los pliegues del terreno, mandan por derecha é izquierda compañías y avanzan resueltamente por el centro hasta 500 metros de los muros. La metralla de nuestras baterias y los certeros tiros de nuestros infantes los reciben entónces y los hacen caer por docenas, pero esto parece que aumenta su cólera porque contestan con terrible fuego avanzando. En mi vida he visto valor más inútilmente desplegado que el de aquellos soldados á quienes llevaba á la muerte la tenacidad y falta de inteligencia de sus jefes.

¿Se propondrian imponernos con su audacia? Por fin, despues de sufrir horribles pérdidas, cesaron en su temerario empeño, retrocedieron á Monferré y nosotros disminuimos el cañoneo.

En los momentos en que avanzaban los alfonsinos nuestra metralla les ha causado grandes destrozos, y nuestros tiradores desde las aspilleras, los han diezmado. Uno de los mejores ha hecho caer á cuatro. Como el combate era á corta distancia, y al descubierto, hemos visto estos detalles, así como luego las camillas recogiendo heridos. Algunos, de seguro, no los recogerán hasta la noche por no exponerse á nuestros tiros. Por nuestra parte solo hemos tenido un muerto y dos heridos de la compañía que salió á atraerlos. En la ciudadela, á pesar del diluvio de balas que nos han enviado, no hemos tenido ni un contuso.

Al anochecer salen algunos voluntarios á recorrer el campo de combate; traen la espada y el ros de un capitan, fusiles y bayonetas, y dicen que el suelo está lleno de sangre y de destrozos. Calculo las pérdidas de los temerarios alfonsinos en más de 100 hombres.

Despues de la accion, el Sr. Obispo, que de Castellciudad ha subido á la ciudadela, ha predicado á las tropas al terminar el Rosario y ha bendecido y colocado en la plaza de armas, sobre el cuartito destinado para capilla, la cruz que nos ha de animar en los combates.

El sitio donde se ha plantado la cruz está muy al descubierto, para que la puedan ver bien los enemigos y sepan que á su amparo nos encomendamos.

El jóven que sentó plaza el 18, Rafael Feu, es un valiente; desde el principio del combate ha estado hoy en la estacada haciendo fuego con la serenidad de un veterano, á pesar de ser el primer dia que oia silbar balas por cima de su cabeza. Su fé y su entusiasmo religioso le hacen despreciar el peligro y desear la muerte.

—

31. La artillería enemiga ha empezado su obra de destruccion al amanecer. Una bateria de sitio colocada en las inmediaciones de la ciudad, detrás del Seminario nuevo, ha roto un vivísimo fuego contra la torre de Solsona. Otra bateria que ha aparecido luego en el Plá de las Forcas, altura que hay á la izquierda del Balira, ha secundado á la primera, escogiendo tambien por blanco de sus tiros á la Torre. En Navinés, que es la altura que domina todo y desde la cual se vé hasta el último rincon de la ciudadela, han situado otra bateria para cañonear á ésta. Con las tres han hecho frecuentes disparos; la de Navinés y las Forcas se componen de cañones de montaña, pero la de la ciudad, de piezas de grueso calibre, lo que nos indica que han llegado ya algunas de las que esperaban de Puigcerdá.

La lucha entre la artillería antigua y la moderna está empeñada, y para sostenerla por nuestra parte, con ventaja, tenemos que suplir con valor y serenidad la fuerza y alcance que falta á nuestros cañones.

Hoy hemos concentrado nuestros fuegos sobre la bateria de la ciudad, que es la que más daño hace á la Torre, y hemos sufrido que nos tirarán á mansalva las de Navinés y las Forcas, á que por su distancia no podemos contestar con fruto. ¡Oh! Si tuviéramos cañones rayados!

De diez á dos de la tarde suspende el enemigo el fuego contra la ciudadela, pero sigue abrasando á la torre, pues como sabe que las obras de ésta son recientes y que los cañones que la defienden on tres de poca fuerza y alcance, no teme acercarse. La baten on piezas rayadas de á 12 y á 600 metros de distancia. Las gra-adas enemigas levantan nubes de polvo al reventar contra los nuros y causan grandes destrozos. Afortunadamente manda la rtillería de la torre el jóven alférez don Lúcas Puerta, quien, con

una serenidad y valor extraordinarios, contraresta cuanto puede al enemigo haciendo certeros disparos con sus piezas por las troneras, y aprovecha los boquetes que abren en los muros los proyectiles alfonsinos para hacer fuego por ellos.

El castillo ayuda á la torre, y nosotros, desde la ciudadela, hacemos vivo fuego á la bateria del Seminario con los obuses, krupps y piezas de 24.

El combate dura todo el dia y nubes de tiradores enemigos, emboscados en las orillas del Balira y del Segre, en el camino de Andorra y en Monferré, nos molestan entre tanto con sus frecuentes disparos, pues con los fusiles remingtons á todas partes llegan sus balas.

A las seis de la tarde se retira la bateria enemiga de Navinés, y entónces, con los morteros que tenemos en la plaza de armas, bombardeamos hasta el anochecer la bateria de la ciudad. La última bomba que tiramos revienta en el Seminario nuevo y causa grandes destrozos en la bateria enemiga, con lo que la obra de destruccion que habia emprendido esta contra la torre de Solsona no queda impune. Hemos visto llevar heridos á la ciudad. Se conoce que nuestros fuegos han sido certeros y les han causado muchas bajas.

A pesar de los destrozos que han hecho en la torre los enemigos, solo hemos tenido en ella tres contusos, en la ciudadela en todo el dia tres heridos de bala de fusil, y otros dos en Castell-ciudad.

El gobernador de la torre oficia al general diciéndole que, en vista de los destrozos que se le han causado, cree muy posible traten de asaltarla por la noche. Se refuerza la guarnicion con 25 hombres del 4.° y se envian además 25 ingenieros para que recompongan los desperfectos que sea posible remediar, y resistan el asalto ó el cañoneo del dia siguiente.

—

1.° de Agosto. El dia ha empezado con fuego en el cielo y en la tierra. Hace un calor insoportable y los cañones atruenan y ensordecen el espacio desde el amanecer.

Creyendo ya segura su presa, el enemigo ha avanzado la batería de la ciudad desde el Seminario nuevo hasta las Teulerías para batir á la torre casi á boca de jarro; es decir, á cuatrocientos metros.

Lizárraga, que comprende que de dejarla funciona acaba hoy con la torre, manda que se concentren tambien todos nuestros fuegos sobre la batería de las Taulerías, y que cañones, obuses y morteros disparen á todo tirar sobre ella, para apagar sus fuegos.

Empezamos el cañoneo, y en seguida la batería enemiga de Navinés, que comprende nuestra intencion, tira á toda prisa sobre

la ciudadela, haciéndonos vivísimo fuego de flanco, mientras otra nueva batería que aparece en la ciudad nos acañonea de frente. La infantería enemiga, encubierta por las sinuosidades y accidentes del terreno, aumenta el estrépito con sus continuados disparos, y entre todos se arma un estruendo espantoso. Ciudad, fuertes, monte, todo aparece cubierto de humo, y el olor de la pólvora se extiende por la atmósfera.

La torre de Solsona se defiende con teson; sus cañoncitos siguen haciendo fuego y disparando metralla sobre los enemigos, que por todas partes la acosan, y su guarnicion, en las banquetas de la muralla, causa bajas á la artillería y contesta á la infantería enemiga.

Los artilleros de la ciudadela, dirigidos por su jefe, el coronel Sagarra, se portan admirablemente, haciendo notabilísimos disparos desde las baterías de S. Armengol ó del primer recinto y de la Sangre, únicas que enfilan á la ciudad, y tirando con los morteros y obuses por elevacion.

A la tarde va disminuyendo el cañoneo enemigo, y nosotros continuamos el nuestro hasta que calla por completo la batería de las Taulerías. Hemos apagado sus fuegos, quizá desmontando alguna de sus piezas; ello es que dejan en paz á la torre, y que retiran de la batería muchos heridos.

Nosotros hemos tenido un muerto en la ciudadela, el oficial de administracion militar, don Francisco Solans, á quien llevó esta mañana la cabeza una granada, y algunos heridos en la torre. En el castillo no ha ocurrido novedad. El gobernador de la torre participa que los destrozos materiales que hoy ha sufrido son tan grandes, que han inutilizado la parte nueva de la misma, derribado el tejado y hecho imposible que jueguen los cañones que estaban en el piso superior. En vista de esto, el general manda se retiren los cañones al castillo, operacion que se hace con toda felicidad, á pesar de que el enemigo, que oye el ruido, dispara algunos cañonazos y tiros para impedirlo.

Aunque desmantelada la torre, se manda al gobernador que se sostenga en ella hasta el último extremo, que rechace los asaltos que intente el enemigo y que en último recurso la vuele ántes de abandonarla.

No hay palabras para elogiar el valor de Puerta y de los artilleros que mandaba; han estado haciendo fuego sobre el enemigo hasta que los escombros amontonados les han impedido mover sus cañones.

—

2. Al estruendo de ayer ha sucedido hoy un gran silencio. La artillería enemiga no dá señales de vida y solo las guerrillas emboscadas en la márgen del rio, nos molestan con sus disparos.



Este silencio es la prueba de que nuestra victoria de ayer fué completa.

Al medio dia la batería enemiga de las Forcas, á la que no contestamos ayer, tira con dos cañones sobre la torre, pero la de Taulerías sigue muda. Con uno de nuestros Krupps, colocado en la batería de la Sangre, tiramos á las Forcas, y nuestras granadas, apuntadas por el capitan Chaves, van certeras á reventar sobre los cañones enemigos. Dejan éstos de tirar sobre la torre y envian á la ciudadela varios proyectiles. Uno entra en el almacen de cartuchos, revienta en cien pedazos, y uno de ellos rompe un cajon de pólvora, la esparce por el suelo, y, ¡cosa admirable! ni se inflama ésta ni causan ninguna desgracia.

Las demás baterías siguen callando, lo que es prueba de que hemos inutilizado sus cañones gruesos. Sabemos además que ayer les causamos muchísimas bajas, entre ellas la de un brigadier, gravemente herido, que dirigia el ataque contra la torre.

Al oscurecer vemos tres hogueras en los montes de San Juan del Hern. Su luz causa viva alegría en nuestros voluntarios, porque todos saben que es la señal que nos dijo Roca indicaria la aproximacion de nuestras fuerzas á la plaza. Se contesta disparando tres cohetes, y al verlos se apagan las hogueras, lo que nos confirma la noticia.

Todas nuestras baterías tienen grandes señales del combate de ayer, pero ningun cañon ha sufrido.

Hoy no hemos tenido ningun herido, por lo que, al terminar el Rosario, que ahora rezamos de noche, dá el Sr. Obispo gracias á Nuestra Señora de los Angeles, cuyo dia es hoy, por los beneficios que en él nos ha dispensado.

CAPITULO LXXXIII

Dias de calma. — Los baterias enemigas. — El circulo de fuego.

3. Como ayer, silencio completo por la mañana; como ayer la batería de las Forcas la emprende al medio dia contra la torre de Solsona; pero hoy, en vez de limitarnos, como ayer, á dispararla algunos cañonazos, la dirigimos los Krupps, los obuses y morteros y al cuarto de hora de recibir una lluvia de proyectiles, la obligamos á callar.

—

4. El enemigo sigue mudo. Por la mañana uno de sus bata-



llones sube á los montes de Labastida, donde colocaban ántes sus cañones Plasencia. Le disparámos algunas granadas con un obús, la cuarta cae en medio de ellos, y entónces desaparecen para librarse de otras.

Por la tarde un grupo de oficiales, que algunos creen es Martinez Campos y su Estado Mayor, examinan desde el monte de Navinés la ciudadela: sin duda tratan de establecer allí una batería, porque es el sitio de donde más daño nos pueden hacer. Nos han dicho que el jefe enemigo herido el otro dia, es el general Saez de Tejada, pero no sabemos si la noticia es positiva.

—

5. Un confidente ha logrado pasar las líneas enemigas y entrar en la ciudadela trayendo pliegos para el general. Viene á tiempo porque ya hacia dias no teníamos noticias del exterior. Sabemos por él que el coronel Guiu, con los batallones 1.° de Lérida y 4.° de Aragon, ha estado la noche pasada cerca del cerro de Macía, pero que no se ha atrevido á romper la línea enemiga sorprendiendo aquel puesto. Esto es una contrariedad grande porque contábamos con que entrara el 4.° de Aragon para defender con más éxito la sierra del Cuervo y el pueblo de Castellciudad. La falta de decision de Guiu en hacer lo que le habia encargado Lizárraga, puede costarnos muy cara. En fin, en manos de Dios está nuestra suerte, y Él dispondrá lo que más nos convenga.

La visita que ayer hizo el enemigo al monte de Navinés tenia el objeto que nos figurábamos, establecer una batería. Esta tarde hemos visto que estaban levantando allí un parapeto con sacos blancos, sin duda para trabajar á cubierto. La posicion es tan interesante para ellos y tan perjudicial para nosotros, que no nos conviene dejarla en paz. Se encarga al capitan Chaves, que manda las piezas Krupps, que no les deje establecer la batería, para lo que coloca un cañon en la plaza de Armas, único sitio desde donde se les enfila, y rompe el fuego. Con asombrosa punteria Chaves planta la segunda granada en medio de los sacos de tierra, que vuelan en pedazos, y los proyectiles siguientes van como lanzados con la mano al mismo sitio, causando gran destrozo. Tambien se hacen algunos disparos sobre Monferré, donde se mueven los enemigos, disparos que se repiten por la noche. El enemigo solo ha tirado algunos cañonazos á la torre desde las Forcas, y hecho fuego de fusilería á todas partes.

—

6. El parapeto de Navinés, cañoneado ayer con tanto acierto por Chaves, ha desaparecido durante la noche. Se conoce que no han querido los alfonsinos servir por más tiempo de blanco á nuestras granadas.

Continùa el silencio, que solo nosotros interrumpimos de vez en cuando para alejar á los que se aproximan á los fuertes.

Los enemigos, escarmentados de los combates de estos dias, aguardan á traer más artillería para batirnos con mayor ventaja, y van entre tanto estrechando el cerco. Hoy han cortado la acequia que conducia agua á Castellciudad, de modo que para proveernos de ella sin gastar la de los algibes de los fuertes, que son muy pequeños, habrá que bajar á buscarla al Balira. Esto no es difícil teniendo guarnecido á Castellciudad y conservando el puente sobre dicho rio. Con el fuego de estos dias se nos han acabado las espoletas para granadas Krupps. No ímporta; arrancamos las que nos tira el enemigo y no revientan, las arreglamos y se las devolvemos luego con nuevas granadas. Se dan dos reales por espoleta á los soldados, asi que, en cuanto cae un proyectil, le buscan para traerla.

—

7. La luz del dia nos enseña una batería que ha levantado el enemigo durante la noche, en el cerro de Navinés cerca del parapeto cañoneado el otro dia. Como la posicion es tan dominante que desde ella se puede batir la Lengua de Sierpe y toda la ciudad la, se conoce que los alfonsinos quieren conservarla á todo trance, á pesar de la certera puntería de nuestros cañones. Hoy les hemos hecho fuego con un obús, con tan buen éxito como el dia pasado con los Krupps, para que ya que tienen gusto en estar allí, al ménos lo paguen caro.

Una mujer que ha logrado subir de la Seo, nos dice que el enemigo tiene en la catedral 10 cañones de batir y dos morteros. La notícia debe ser cierta, porque ya en los dias transcurridos han tenido tiempo para traer más artillería y sacar del rio los morteros. La confirma además la multitud de obras que por todas partes hacen los alfonsinos para establecer baterías.

—

8. Los alfonsinos trabajan y callan. En las inmediaciones de Monferré estan levantando una batería, y como el 30 de Julio, con el mayor descaro se ponen á hacer parapetos y abrir zanjas en la llanura que se extiende entre Monferré y la Lengua de Sierpe. Como aquel dia, rompemos desde las baterías de S. Odon y de la Sangre un vivo fuego de cañon, al que contestan solo con fusilería, pero sin incurrir en la tenacidad que la vez pasada. Hoy se limitan á proteger con tiradores á los que trabajan, y á hacerlos seguir en su faena á pesar de nuestro fuego.

Al medio dia una granada nuestra incendia una casa de la Seo. Se ven acudir al incendio los soldados enemigos, y entónces cañoneamos y bombardeamos con viveza la ciudad. El enemigo se venga contestándonos desde el Plá de las Forcas, las Taulerías,

el Seminario nuevo y otra batería á retaguardia de la ciudad, y enviándonos una lluvia de granadas que, ¡cosa admirable! no nos causan ningun herido.

Mientras por el frente de la ciudad nos cañonean así, tratan los alfonsinos de nuevo de aprovechar la ocasion, para dar un ataque violento á la sierra del Cuervo. La compañía que hay allí se defiende vigorosamente en las zanjas hasta que llega otra, y entre las dos rechazan al enemigo. Reforzado éste en seguida, al ver el corto número de los que sostienen la posicion, vuelve con violencia á la carga; pero el general, que tenia previsto este caso, manda al comandante Freixes, del 2.° de Lérida, con otras dos compañías, las cuales, en cuanto llegan, cargan á los enemigos, les arrollan, les persiguen y les cogen fusiles y prisioneros. Nuestra artillería, que durante el combate no habia podido jugar, por estar casi mezclados los nuestros con los alfonsinos, en cuanto éstos emprenden la retirada, se la apresura con sus disparos.

Esta nueva leccion solo nos ha costado dos heridos; en cambio, los alfonsinos han perdido muchos, segun nos cuentan los prisioneros. Son éstos dos soldados del regimiento del Príncipe, fuerza que es la que guarnece los montes frente al Cuervo; se les envia al castillo para que se unan con los ocho del otro dia y los 30 que habia ántes de empezar el sitio. Estos 40 prisioneros nos sirven ahora de trabajadores.

—

9. Lo primero que vemos al salir el sol, es que está terminada la batería de Monferré. Los alfonsinos han aprovechado la noche para ir adelantando sus trabajos. Está visto que su nuevo plan consiste en rodear á la ciudadela de un círculo de cañones y abrir brecha por la Lengua de Sierpe. Cañoneamos de nuevo á los de Monferré; y, como siempre, nos contestan con un diluvio de balas de fusil.

Al otro lado del Segre en el caminito que va lamiendo su orilla desde Alás al Plá, vemos luego dos cañones de batir solos, y tres carros con unos objetos grandes, que á primera vista no adivinamos lo que pueden ser.

Este descubrimiento nos llena de asombro. ¿Qué hacen aquellos cañones á tiro de bala de nosotros? ¿Los ha puesto el enemigo para que intentemos salir á cogerlos? La verdad es que el verlos tan cerca es una tentacion para nuestros voluntarios, muchos de cuales se brindan irreflexivamente á ir por ellos, sin pensar que está de por medio el Segre, y que, aunque parecen abandonados, no dejarán de tener su guardia. En efecto, se disparan unos cuantos tiros á aquella parte, y en seguida de los matorrales de la orilla del rio, de los árboles, de las piedras del camino, de todas partes,

sale una lluvia de balas, que nos prueba tiene el enemigo ocultas grandes fuerzas al lado de los cañones para guardarlos.

Entónces nos explicamos lo que ha debido ocurrirles. Trasladarian los alfonsinos durante la noche los cañones desde la Seo al Plá para colocarlos en Monferré, por el camino más corto, y habiéndose retrasado por cualquier circunstancia la operacion, les ha sorprendido el dia en frente de la ciudadela, no se han atrevido á seguir adelante, y dejando los cañones en el sitio, aguardan á que llegue la noche, para acabar de arrastrarlos á su destino.

Por desgracia, aunque están á tan corta distancia, han tenido tiempo suficiente para desenfilarlos de la batería de S. Odon, única que mira á aquel lado, y no los podemos desmontar. Preciso es, sin embargo, intentarlo, y para ello se ensancha la última tronera de la batería de S. Odon, desde donde, aunque malamente, se les puede hacer fuego. Se encarga al alférez Serra, que la manda, que procure desmontarlos tirando sobre ellos con un cañon de á 24. Serra empieza á hacer fuego, y al segundo cañonazo el enemigo que ve nuestra intencion, dispara con furia sobre la batería de S. Odon desde la de Navinés que la domina. Serra, aunque bajo el fuego enemigo, continúa disparando con la misma serenidad que si tirase al blanco en un ejercicio; sus balas rozan las ruedas de los cañones, rectifica la puntería y espera desmontarlos, cuando una granada venida de Navinés rebienta encima de él y envuelve en humo y llamas toda la batería. Resuena un grito horrible de dolor y angustia, y entre la espesa humareda vemos á Serra ardiendo, á sus piés una masa informe y voraces llamas extenderse por el ángulo de la batería. La granada enemiga ha estallado en el momento que un artillero conducia tres saquetes de pólvora, y los ha inflamado matando instantáneamente al infeliz conductor, quemando á Serra y otro artillero y causando el desastre que veíamos. Los enemigos salen fuera de su batería para contemplar el extrago que han hecho, mas en aquel momento una granada que dispara el alférez Puig, con uno de nuestros Krupps, castiga su insolencia, estallando en medio de aquella multitud de curiosos, y sembrando entre ellos la muerte.

Apagamos entretanto el incendio, se retira al muerto, se traslada á Serra y al artillero herido al hospital y enseguida toma Michel el mando de la bateria y como si nada hubiere ocurrido, prosigue haciendo fuego con un valor que á los mismos enemigos debe asombrar. Por su parte, estos siguen disparando desde Navinés, y desde la Seo, con una nueva batería que han abierto delante del paseo de la Princesa, en las tapias de la casa de Riembau. Les contestamos desde la batería de San Armengol, con tal acierto, que á los pocos cañonazos se les hace callar.

Sus tiradores nos envian millares de balas y los que están emboscados guardando los cañones del camino, no dejan de hacer fuego ni un instante, por lo que se les tira con metralla para poder herirlos entre las matas que los ocultan.

En tal estado llega la noche, y como lo natural es que la aproveche el enemigo, para llevarse los cañones, se hace fuego de metralla y fusilería sobre el camino, á fin de retrasarles la operacion, ó causarles durante ella muchas bajas.

Lizárraga ha hecho salir esta noche á dos oficiales con pliegos para los generales Castells y Saballs, dándoles cuenta de lo mucho que adelantan en sus trabajos los alfonsinos, y diciéndoles, que todas las noticias indican que preparan un ataque formidable, que procuraremos resistirle, pero que nos auxilien á tiempo, pues saben el estado en que se encuentran los fuertes.

—

10. Como era de esperar, los cañones y carros que estaban en el camino, han desaparecido durante la noche á pesar del fuego que á bulto hemos hecho sobre ellos. De seguro están ya en Monferré y no tardarán en darnos señales de su presencia.

En toda la mañana, ni por allí ni por ninguna parte hace fuego el enemigo, señal evidente de que no han acabado sus trabajos.

Esta ociosidad me permite examinar despacio las baterías que han ido levantando, ya á nuestro alcance y á pesar de nuestros cañones, y calcular por su número y situacion el objeto á que las destinan.

En la ciudad, delante de la puerta de la Princesa, han levantado con sacos una batería de seis troneras; otra en Navinés, otra en Monferré, otra en las Forcas y hoy ha aparecido una nueva, á este lado del Balira, entre el castillo y la torre de Solsona. Calculamos que en ella colocarán más de treinta cañones y que situarán los de montaña donde más les convenga, de modo, que nos abrumarán con sus fuegos. Por la posicion de estas baterías vemos que la de las Forcas y la de este lado del rio, las destinan á acabar con la torre de Solsona, que las de la Princesa la asestan contra el lienzo de la ciudadela que mira á la poblacion y comprende al Macho y la batería de San Armengol; que la de Navinés la dirigen contra las de San Odon y la lengua de Sierpe, y que desde la de Monferré van á destrozar á esta, á las de San Pablo y de la Sangre que enfilan perfectamente. Como desde Navinés y Monferré pueden tambien barrer la Sierra del Cuervo, resulta que han redondeado su círculo de fuego y que nos tienen en él cogidos por completo.

Los momentos terribles se acercan, y ahora es cuando vamos á necesitar de todo nuestro valor para aguantar el horroroso cañoneo que nos preparan. Confío en que sabremos resistirle.

La batería nueva ha empezado ya tarde á cañonear á la torre, la de las Forcas la ayuda. Como la torre no tiene ya artillería contesta por ella la del castillo. El enemigo, sin responderla prosigue derribando las piedras de la torre que aún quedaban en pié y ensañándose contra su victima. La guarnicion impávida, aguanta el fuego y prepara las bayonetas y alabardas para el momento del asalto.

Poco antes de anochecer, salen de la Seo, para distintos puntos oficiales á caballo. Se conoce que van á llevar órdenes para mañana. No hay duda ya, mañana es el ataque que hace dias preparan. ¡ Que Dios nos dé ánimos para pelear y fuerzas para resistirle!

CAPITULO LXXXIV

Ataque general. — Perdidas y destrozos. — Lluvia de fuego.

11. ¡ Qué dia más terrible el de hoy ! A las ocho de la mañana, la artillería enemiga ha roto un vivísimo fuego desde Navinés y enseguida le han secundado desde tres ó cuatro puntos de la ciudad, desde las Forcas, y por primera vez, con cañones gruesos, desde Monferré. Los alfonsinos nos han envuelto en fuegos por todas partes y desde todos lados nos han enviado proyectiles. Por primera vez, tambien, el espantoso estruendo de sus morteros se ha unido á la poderosa voz de sus cañones, y bombas de 27, granadas de á 12, de á 8, Krups y Plasencias han caido con vertiginosa precipitacion y extraordinaria abundancia durante catorce horas, sobre nuestros muros, en los que se estrellaban levantando pedazos que, cual nuevos proyectiles, llevaban la muerte y ei estrago á todas partes.

Nuestra artillería ha hecho heróicos esfuerzos para contrarestar á la enemiga, pero el número y la superioridad de esta la abrumaba. Durante dos horas, solo la artillería ha hablado, más á las diez de la mañana, el enemigo ha empezado á lanzar granadas sobre el Cuervo y á tirar con furia sobre la torre de Solsona rompiendo por todas partes un vivo fuego de fusilería. Al mismo tiempo, hemos visto numerosas fuerzas de infantería rodear á la torre, mientras una larga columna se dirigia por los cerros de Macía á atacar el Cuervo. Ante este peligro, se manda enseguida al comandante Escolá, que con las fuerzas del 4.° aumente las que

guarnecian la sierra, y que cuando oiga allí fuego, acuda él mismo, con las dos compañías que tiene de reserva en Castellciudad.

A medida que los batallones enemigos avanzan por Macía aumenta el cañoneo, y cuando ya están cerca, vemos salir nuevos batallones de Monferré para atacar por el flanco la codiciada altura. El empeño de apoderarse de ella es evidente: ocho batallones avanzan sobre el Cuervo, por tres puntos diferentes, mientras otros tres asaltan la torre y los demás nos hostigan por todas partes.

Solo cuatro compañías podemos enviar al Cuervo y para auxiliarlas, desde las baterías de San Pablo y la Sangre hacemos fuego con cañones y fusiles. El enemigo entónces concentra sus tiros sobre nosotros y nos acribilla desde todas partes.

El general aunque está enfermo, se levanta, acude á la batería de San Pablo, blanco de los cañones enemigos, y entre las bombas y granadas que revientan sin cesar sobre nuestras cabezas anima á todos, dirige el combate, y auxilia cuanto puede á las fuerzas que defienden el Cuervo. A pesar del certero fuego que, desde las zanjas que coronan la sierra hacen estas apesar del de la ciudadela y castillo, los alfonsinos, fiados en su número, avanzan resueltamente en batalla con fuertes guerrillas y aunque caen á docenas, logran subir á la altura por tres partes. En aquel momento, llegaban 50 hombres del 2.° que enviábamos á reforzar á los del 4.° pero no sirven más que sostenerles en su retirada. En efecto, ¿qué pueden 200 hombres en campo abierto contra 4,000?

Los enemigos coronan el Cuervo, y envalentonados quieren perseguir á los nuestros y acercarse á Castellciudad, pero entónces desde San Pablo, les cogemos completamente al descubierto y les ametrallamos. Los monumentales cañones de á 24 que allí teniamos, se nos inutilizan, y en medio de la lluvia de balas que los enemigos nos envian, desde el Cuervo y de las granadas y bombas que siguen lanzándonos, tenemos que quitarlos y reemplazarlos con los dos Krups. Chaves que los manda, los apunta con su admirable acierto contra las compañías enemigas y al tercer bote de metralla que las envia, las obliga á ocultarse. Lisonjeado por el exito, apunta de nuevo para enviarles granadas, pero en aquel momento, una bala que entra por la tronera, le atraviesa el pecho y cae moribundo en los brazos del general. Le sustituye Puig y el fuego continúa toda la tarde con igual violencia; la ciudadela es el blanco de todos los cañones y de millares de fusiles que sin cesar disparan sobre ella y el estruendo y la humareda, nos impiden ver lo que sucede, hasta que soldados procedentes de la torre de Solsona, nos anuncian que tambien ha caido esta en poder del enemigo.

Cañoneada toda la mañana la torre, es atacada por cuatro ba-

tallones, mientras se libraba el combate del Cuervo. Los enemigos, confiados en que en la torre ya no teníamos artillería avanzan denodadamente, llegan á los fosos plantan las escalas y comienzan el asalto. Los 50 infantes que la defienden los dejan llegar y á quemaropa rompen sobre ellos el fuego, y á los que intentan subir, los arrojan á bayonetazos al foso. Los alfonsinos, porfiados, vuelven á la carga, los nuestros, les lanzan entónces granadas de mano, piedras y cuantos proyectiles encuentran. Los fosos se llenan de muertos y heridos, pero sobre ellos suben nuevos asaltantes, que á su vez caen atravesados por las alabardas y bayonetas de nuestros bravos.

Tres horas se sostiene esta espantosa lucha, en que el valor por una y otra parte escede á toda ponderacion. Dos de nuestros oficiales caen muertos en la brecha que defendian con heróico arrojo; otros nueve voluntarios quedan fuera de combate, y los 38 restantes se sostienen hasta que el gobernador, don Miguel Robí, para que no caigan prisioneros, les manda abandonar la torre y retirarse al castillo y la ciudadela. Los nuestros salen, y el enemigo, creyendo que iban á volar la torre, no se atreve á subir, hasta que pasado un cuarto de hora entra en las ruinas que quedaban. El castillo las cañonea en seguida; la ciudadela tambien, y así continúa el fuego hasta la noche, en que el enemigo concentra sus tiros sobre Castellciudad. A los horrores del dia añádese entónces el de un violento incendio que con sus granadas logran producir en el pueblo. Los alfonsinos, aprovechándose de la luz de las llamas, arrojan balas incendiarias que alimentan el voraz elemento, y hacen que tome el fuego tales proporciones que no se le puede contener de ningun modo.

Los habitantes de Castellciudad, aterrorizados al ver sus casas destruidas, acuden á las puertas de los fuertes á buscar refugio; las mujeres y niños piden con gritos y lágrimas que se les permita entrar, y el terror y el espanto que demuestran, su dolor y pena nos causan vivísima compasion. Sin embargo, como el acceder á lo que piden seria nuestra perdicion, no se les permite la entrada, y, en cambio, el general oficia á Martinez Campos pidiéndole, por humanidad, deje salir á los habitantes del pueblo ya que con tanto ensañamiento ha incendiado sus hogares.

A las diez de la noche para por fin el espantoso cañoneo, y, mucho despues, contesta Martinez Campos, con formas desabridas, que permitirá mañana la salida de mujeres y niños, no carlistas, y que, para ello, suspenderá el fuego de cuatro á siete, lo que no es gran mérito, porque sus artilleros deben necesitar descanso despues de la jornada de hoy. En ella han tenido los alfonsinos inmensas pérdidas, pues solo el asalto de la torre les ha costado 200.

Las nuestras son muy sensibles: el capitan Chaves, muerto á los pocos momentos de caer herido; un oficial y dos soldados del 2.° abrasados por una bomba en la estacada; el teniente Folch, gravemente herido en la batería de la Sangre que mandaba; varios soldados del 4.° que han caido en el Cuervo, otros en Castellciudad, y los oficiales y soldados del 2.°, que tan gloriosamente sucumbieron en la torre luchando cuerpo á cuerpo con los asaltantes, elevan nuestras pérdidas á 40. El incendio ha causado víctimas tambien, porque por apagarlo ha sufrido algunas graves quemaduras el vice-presidente de la diputacion, don Juan Mestre, quien como los demás heridos de Castellciudad, es trasladado al hospital de la ciudadela. Con ellos sube el Sr. Obispo, y luego se trae de la iglesia á S. D. M., que se coloca en la capillita de la ciudadela, porque la iglesia, como casi todo el pueblo, ardia. Se dá parte de lo ocurrido á los generales Savalls y Castells, diciéndoles vengan á toda prisa á socorrernos.

—

12. Una fuerte batería aparece al amanecer en el alto del Cuervo, á 500 metros de la nuestra de San Pablo. El enemigo no ha perdido el tiempo; como es natural, trata de sacar partido de sus ventajas. La torre de Solsona está tan inutilizada, que, aunque la ocupan, nada nos pueden hacer desde ella.

Los alfonsinos, aprovechando la suspension de fuego, salen fuera de sus baterías y parapetos; los nuestros suben á la muralla, y unos y otros se contemplan con curiosidad y acaban por hablarse. Entre tanto salen los vecinos de Castellciudad, cuyas casas siguen ardiendo. Se rompe el fuego de cañon á las nueve. La batería de Navinés empieza á vomitar granadas. Se la contesta durante un rato, más luego comienza como ayer el cañoneo desde todos los puntos, y, entónces, ni contestar podemos. La artillería moderna, con su vertiginosa rapidez de disparos, apaga la voz á la antigua y causa destrozos inmensos con la fuerza de sus proyectiles. Durante todo el dia nos cañonean y bombardean á su gusto, con profusion de municiones y con furia verdaderamente infernal. Hay momentos en que nos lanzan dos bombas y diez granadas por minuto. Todas entran en la ciudadela, porque á la corta distancia que las tiran las ponen, como con la mano, donde quieren.

Los destrozos materiales que nos causan son inmensos, pero bajas no tenemos, porque escepto la gente de servicio, toda la demás pasa el dia en el Macho, el cuartel y los almacenes acasamatados, con órden de no salir sino en caso urgente. La noche pone fin al cañoneo, pero, en cambio, empiezan en ella á bombardearnos.

Seguimos no sabiendo nada de los generales Savalls, Dorregaray y Castells, que empiezan á hacernos falta. Esto nos entristece, porque sospechamos si habrán sido batidos, cuando el enemigo ha

podido traer más de 40 piezas y el inmenso convoy de municiones que suponen los millares de proyectiles que nos ha lanzado entre ayer y hoy.

—

13. Más horroroso que el de los anteriores ha sido el cañoneo de hoy; creíamos que ya no era posible nos lanzaran más bombas y granadas, pero se conoce que hoy ha querido echar el resto la artillería enemiga y espantarnos é imponernos con la superioridad de su número y la fuerza destructora de sus proyectiles. Al amanecer han comenzado el fuego todas sus baterias, y, sin interrumpirle ni un minuto, han continuado hasta las nueve de la mañana, en que lo han redoblado, disparando entónces con prodigiosa rapidez. Desde Navinés nos hacen descargas con los cañones Krupps como pudieran hacerlas con fusiles, pues disparan á la vez las cinco piezas que allí tienen.

Decididamente, tan espantoso cañoneo tiene algun objeto; ó piensan que vamos á rendirnos aterrorizándonos con su estrépito, ó quieren, al amparo de sus cañones, asaltar la ciudadela ó apoderarse de Castellciudad; ello es, que á eso de las diez aumentan en violencia, y que desde la sierra del Cuervo rompen infinidad de tiradores el fuego de fusilería. Como, por su posicion, nos dominan, barren con sus disparos la plaza de armas y acribillan á balazos todas las baterias.

No cabe duda ya; el enemigo trata de dar un paso atrevido y ver si consigue con su arrojo rendirnos. Sus tiradores salen de las zanjas que les ocultaban en el Cuervo, y á pecho descubierto empiezan á bajar al llano que los separa de Castellciudad; los de Monferré dejan tambien sus trincheras, y, en batalla, se dirigen á la Lengua de Sierpe.

El momento es crítico; un instante de vacilacion ó de duda puede perdernos, haciendo desfallecer á los soldados. «A la muralla todo el mundo,» grita en aquel instante Lizárraga, y, dando él mismo ejemplo, se coloca en la plaza de armas y distribuye la gente entre los puntos amenazados. El Sr. Obispo, á la puerta de la capilla, bendice á los que van á la muerte, anima con su palabra á todos, y en medio del diluvio de balas, granadas y bombas enemigas, nuestros voluntarios presurosos cubren la muralla, se extienden por la estacada y guarnecen las baterías, victoreando á la Religion, al Rey y á la Pátria.

Los enemigos están á 300 pasos; nuestra artillería, silenciosa hasta entónces, empieza á lanzarles metralla, y nuestros infantes una lluvia de balas; vacilan los alfonsinos ante tal recibimiento, que de seguro no esperaban, se detienen en sus puestos y al cabo de dos horas de fuego, viéndonos tan resueltos, se retiran á sus fortificaciones.

Por hoy hemos vencido; el enemigo, que nos creia desanimados, ha visto que no le tememos, que deseamos se nos acerquen sus infantes, y ha renunciado al asalto. Nuestros voluntarios están contentísimos con lo ocurrido; les alhaga la idea de que vengan á asaltar, de que se presenten los enemigos, de que puedan emplear sus bayonetas, pues les disgustaba estos dias el monótono martilleo de la artillería, contra la que no podiamos hacer más que cruzarnos de brazos.

La demostracion de hoy va á hacer que el enemigo se limite á cañonearnos y no intente dar más pasos atrevidos, que le costarán mucho. Así ha pasado toda la tarde cañoneándonos y á las primeras sombras de las noche hemos visto como ayer las brillantes espoletas de sus bombas surcando el cielo, dirigirse sobre nosotros.

Hemos tenido tres muertos y algunos heridos, entre ellos el alférez de artillería Roca; en el castillo, donde tambien ha habido hoy mucho fuego, solo un muerto y siete heridos. Los destrozos materiales son tremendos. El violento cañoneo de estos tres dias, ha dejado señales indelebles por todas partes. El cuartel, el polvorin, los almacenes y el hospital, hechos á prueba de bomba, resisten bien, pero los pabellones, talleres y tapias aspilleradas, están ya por los suelos; en las murallas van abriendo brechas y las baterías están destrozadas. La de la Sangre destruida por completo; la de San Armengol en muy mal estado; la del Macho inutilizada por haber hundido una bomba la escalera y deshecho las troneras, y la de San Pablo hecha una criba, tantas son las granadas y bombas que en ella han reventado.

CAPITULO LXXXV

Combates exteriores. — Heroismo de Castells.

14 Antes de amanecer el comandante Freixes, que estaba de vigilancia, avisa al general que se oye fuego por la parte de Adrall. La noticia produce un efecto mágico, porque es prueba de que nuestros sitiadores son atacados por fuerzas carlistas. Por fin nuestros amigos de fuera tratan de socorrernos. Todo el mundo sale de los cuarteles y almacenes para presenciar el combate : el enemigo desde el Cuervo nos hace fuego de fusilería, y á las seis empieza á cañonearnos. Al mismo tiempo vemos que hace subir

batallones hácia la parte de San Juan de Hern, señal indudable de que allí están los nuestros. En efecto, un cañonazo disparado desde un bosque sobre los alfonsinos que suben y el fuego de fusilería que le sigue, nos lo demuestra. Un batallon enemigo se despliega haciendo fuego hácia la derecha, otros varios suben de la Seo y forman en un monte. Los nuestros disparan tres ó cuatro cañonazos mas, pero en seguida se retiran, en lo que dan á conocer que son pocos para empeñar un combate en regla y que solo han venido para darnos la seguridad de que cerca de nosotros están nuestros amigos.

Desde la lengua de Sierpe se ha oido tambien fuego por la parte de la Parroquia. No hay duda : los nuestros rodean á los enemigos y quizás no tardemos en presenciar un gran combate. La esperanza nos hace forjarnos mil ilusiones. Se nos figura que los tiros de esta mañana no han sido más que un encuentro de avanzadas y que no tardarán en aparecer batallones nuestros por todas partes y obligarán á los enemigos á levantar el sitio.

Las horas pasan sin novedad y los alfonsinos entre tanto siguen con su horrible cañoneo, destruyendo nuestras murallas y baterías. A las diez una de sus granadas ha prendido fuego á la de San Armengol; hemos acudido á apagar el incendio que iba tomando proporciones alarmantes, y los alfonsinos han concentrado entonces todos sus fuegos sobre aquella desdichada batería. El coronel Sagarra, Michel y otros hemos estado con veinte soldados apagándole y lo hemos conseguido, á pesar de que contínuamente reventaban las granadas enemigas entre nosotros. Solo hemos tenido un herido leve, y en el resto del dia un muerto y seis heridos.

La situacion de ánimos no es tan buena como los dias ateriores. La mayoría de los voluntarios sigue contenta y riéndose de las granadas y bombas, pero unos cuantos empiezan á desmayar no creyendo que nos socorran.

Anoche salieron de Castellciudad 17 de estos que tuvieron la mala suerte, al tratar de pasar la línea enemiga, de ser cogidos y fusilados por los alfonsinos. Esto que se sabe por uno de los que logró volver, y el haber castigado á dos que hablaban de pedir parlamento, contiene á los medrosos, pero, sin embargo, es un cuidado más para el porvenir. Tambien tenemos otro más; el del agua, que es preciso bajar á buscar todas las noches, por no tocar á la de los pequeños depósitos que existen. El enemigo, que ha notado esto, molesta con tiradores á los que van por agua durante la noche y dispara algunos cañonazos para intimidarnos, de modo que ha de bajar una escolta para proteger la operacion. Se ha encargado al comandante del 4°, don Ceferino Escolá, que con 200 hombres defienda á Castellciudad, es decir, las pocas casas que

no consumió el incendio, conserve el puente sobre el Balira, el molino de harina que está en la orilla y dirija la subida del agua, servicios importantísimos todos, que esperamos desempeñará cumplidamente.

—

15. Hoy, fiesta de la Santísima Vírgen, se han dicho las Misas en el cuartel para que las pudieran oir todos, en lugar de decirlas en la capillita como los demás dias.

A pesar de la festividad los alfonsinos trabajan en hacer nuevas obras, y por lo visto, empiezan las de aproche, porque por la parte de Monferré están haciendo una nueva batería delante de las de morteros y cañones que allí tenian. Por la parte de Navinés vemos cambian de posicion su batería acercándola más.

Espantamos á los trabajadores de Monferré con disparos de metralla, que los obligan á retirarse; lanzamos granadas sobre los de Navinés, y entónces rompen contra nosotros un vivísimo fuego que dura todo el dia; al caer de la tarde comienzan á bombardearnos, y en cuanto se hace completamente de noche se acerca su infantería á los fuertes, y dispara sobre ellos con tal precipitacion, que parece que van á asaltar ó á apoderarse de Castellciudad.

Quizás intentan, en las sombras de la noche, hacer lo que no les salió bien el dia 13. Nuestros voluntarios, como entónces, acuden presurosos á sus puestos, se extienden por la estacada, contestan con decision al fuego del enemigo y otra vez los alfonsinos son rechazados y tienen que desistir de su empresa. Su infantería se retira y calla, pero en cambio nos bombardean con gran violencia. Las contínuas detonaciones de los morteros, seguidas de la explosion de las bombas, del estruendo de los techos que se derrumban, de las paredes que caen y de las piedras que á montones se desprenden y ruedan, dan á la noche un aspecto lúgubre y pavoroso.

En las primeras horas de ella hemos tenido una desgracia. Rafael Feu, el jóven que voluntariamente habia querido compartir con nosotros las penalidades del sitio, ha muerto. Salia á las diez de la capilla, donde acababa de confesarse, cuando al pasar por la plaza de Armas estalló una bomba á su lado. Uno de los cascos fracturóle un brazo y penetró en el pecho, arrojándole al suelo moribundo. Acudieron á él presurosos algunos oficiales y soldados para trasladarle al hospital; pero él, con semblante sereno y apacible dice: «no os molesteis, me muero;» y dirigiendo una mirada afectuosa y llena de alegría al sacerdote que acudia á administrarle la extrema-uncion, exclama: «habia ofrecido mi vida por la Religion, se la habia ofrecido á la Vírgen, y la Vírgen la acepta y me lleva en su dia.» Su voz se apaga, su mirada sigue

los movimientos del sacerdote, sus lábios se entreabren como para murmurar la postrera oracion, y al acabar de recibir el último Sacramento con que la Iglesia despide de este mundo á sus hijos, espira entre las oraciones y lágrimas de sus compañeros de armas, á quienes su fé y resignacion conmueven y admiran. Todos se retiran diciendo: ¡ha muerto como un mártir! y no pocos le envidian. En efecto, su sacrificio ha sido completo. Pensaba morir cuando se despidió de su madre; y esperando la muerte, ha vivido hasta hoy. ¡Feliz él que ha conseguido el premio que anhelaba!

En el castillo una granada ha herido al gobernador, don Pablo Ortiz. Para reemplazarle se ha nombrado interinamente á mosen Diez, pues tiene valor probado y carácter para hacer frente á las terribles circunstancias que se nos vienen encima. Para colmo de males, tenemos ya muchos heridos. El médico don José Gallud, los atiende noche y dia con gran celo, pero nos faltan muchas cosas para curarlos bien.

—

16. Nuestras esperanzas han comenzado hoy con el dia. Al alborear la aurora hemos oido vivísimo fuego de fusilería par la parte de Navinés. Fuerzas nuestras atacan aquella posicion y en cuanto empieza á clarear vemos á los alfonsinos bajar en dispersion del primer parapeto que ocupaban y refugiarse en el segundo. El gozo no cabe en nuestros pechos; la alegría rebosa en todos los semblantes. Los nuestros triunfan, van á apoderarse de aquellos endiablados cañones que tanto daño nos han hecho. Todos estamos en la muralla contemplando el combate, y desde la batería de S. Odon hacemos fuego con obuses y cañones á la de Navinés, para que se animen los nuestros, y para que los enemigos tengan que atender á dos lados. En efecto, de los cinco cañones que allí tienen los alfonsinos, dirigen dos sobre las fuerzas que les han arrojado del primer parapeto, y procuran hacernos callar con los otros tres. Se unen á éstos en seguida los de Monferré, la ciudad, las Forcas, y todos tiran sobre la ciudadela; pero á nosotros nos interesa hacer ver á nuestros amigos que vivimos, y á pesar de la profusion de granadas que nos caen, seguimos haciendo fuego á todos lados.

Fuerzas enemigas de la Seo y de Alás suben entre tanto á reforzar á los de Navinés; el combate va siendo cada vez más lejano; los nuestros desaparecen, y á las ocho de la mañana un silencio completo nos anuncia su retirada.

¡Qué desilusion tan grande! Por algunos momentos nos habíamos figurado que cañones, baterías y soldados enemigos iban á desaparecer ante las bayonetas de los nuestros, como habian desaparecido los que ocupaban el primer parapeto, pero nos hemos

engañado. Los nuestros eran pocos en número. Castells con dos batallones ha hecho un esfuerzo heróico, pero le han rechazado los alfonsinos, no por su valor sino por su superioridad. Al retirarse á nuestros auxiliares, se han llevado nuestras esperanzas.

Nuestros voluntarios están demudados y taciturnos: á la alegría de esta madrugada ha sucedido una tristeza y un silencio sepulcral. No murmuran, no dicen nada como si temieran desanimarse hablando sobre lo ocurrido, pero en todas las caras se ve el profundo disgusto que causa siempre un desencanto; ya, la idea de que los nuestros no pueden romper el cerco, está en todos; y la de que nosotros tampoco podemos hacerle levantar, viene en seguida.

Desde hoy tenemos, ¡cosa triste! que luchar sin esperanza pero como nuestro deber, nuestra honra, nuestros sentimientos nos mandan luchar hasta no poder más y resistir hasta el último extremo, nos resistiremos. ¿Qué importa haber perdido la esperanza de ser socorridos? ¿Qué importa si aún tenemos víveres, municiones y soldados? Si caen las paredes, si nuestros cañones apenas pueden hacer fuego, si no podemos contrarestar á los enemigos, tenemos todavía ánimo para aguardar serenos que suban á las murallas y para arrojarlos de ellas á bayonetazos.

Así piensan la mayoría de nuestros voluntarios, y en sus miradas brilla la firme resolucion de llegar hasta el último extremo de resistencia.

CAPITULO LXXXVI

Dias terribles.—Los enemigos interiores—Toma de Castellciudad. —Asalto frustrado.

17. El bombardeo nocturno ha hecho tambien grandes destrozos, pero no ha causado ni un herido. Durante el dia nos cañonean, no con el furioso vértigo de los anteriores, sino con una calma y método mucho peor, porque revela el ensañamiento, la crueldad y el órden en la destruccion. Antes tiraban para aturdirnos, para destrozar todo, para matar; ahora tiran para aumentar las ruinas, para agrandar las brechas, para echar por los suelos lo que, con gran trabajo, recomponemos por la noche.

Así los daños que nos causan son mayores; destrozada por los

cañones del Cuervo la batería de San Pablo, barren con metralla toda la plaza de armas; más firmes, sin embargo, en nuestro empeño, á cada obra que destruyen hacemos otra nueva. En la batería citada hemos abierto una zanja que permita ocultarse á nuestros infantes, y hemos levantado á cierta distancia de la muralla un espaldon que reciba la metralla enemiga.

Dos mujeres que han venido del Plá nos dicen que el general Castell fué quien atacó ayer á los de Navinés, que al principio les sorprendió y cogió prisioneros, pero que luego tuvo que retirarse. ¿Volverá con más fuerzas?

El enemigo se conoce que le persigue, porque han disminuido sus tropas, quedando solo las necesarias para contenernos.

A la tarde empiezan los alfonsinos á bombardear á Castellciudad; sus proyectiles vuelven á incendiar el pueblo, que arde esta vez espantosamente. Entónces rompe un vivísimo fuego de cañon sobre el desdichado pueblo, con objeto de que le abandonemos. Su empeño se vé otra vez frustrado; Escolá con su gente aguanta el incendio y la lluvia de proyectiles que cae sobre Castellciudad, y permanece en el puesto que se le ha confiado.

La infanteria enemiga desde el Cuervo nos acribilla á balazos, para no dejarnos reparar la brecha de San Pablo y la que han abierto en el primer recinto frente á la ciudad, y pasamos la noche entre llamas, bombas y tiros, reparando los destrozos del dia. Nuestra constancia parece que se acrisola cada hora conforme aumentan las dificultades y son mayores los peligros que nos cercan.

—

18. El bombardeo ha durado hasta el amanecer, y ha servido, ¡cosa admirable! para apagar el incendio de Castellciudad, pues las bombas han derribado las casas que ardian. A pesar de la luna y del incendio, toda la noche se ha estado subiendo agua y reparando los desperfectos causados. El coronel de artillería, Sagarra, ayudado por Michel, con los obreros, artilleros é infantes, dirige las recomposiciones, levanta nuevas obras y hace cuanto se necesita, con un celo y actividad incomparables.

El aspecto de la ciudadela cambia por completo por la noche. Durante el dia está toda la gente, excepto la de servicio, oculta; al extenderse las sombras de la noche, toda sale de los cuarteles y almacenes: los obreros á trabajar, los brigaderos y asistentes, con su escolta, bajan al rio; la infantería se extiende por la muralla y la estacada; los horneros y panaderos emprenden su tarea. Los demás pasean, recorren el recinto, examinan los desperfectos causados durante el dia por los cañones enemigos, y por lo ménos respiran; pues para ventilar los cuarteles y almacenes é impedir se desarrolle una epidemia, se ha mandado que nadie duerma ni

pase la noche en ellos. Así están todos preparados y en sus puestos, para que en caso de alarma ó asalto, no haya confusion ni vacilaciones. Cada jefe está encargado de la vigilancia de un frente, y cada oficial de los soldados que están á su alcance; por todas partes tenemos dispuestas granadas de mano, y una compañía encargada de arrojarlas en caso necesario. Toda la gente aguarda ansiosa é impaciente el momento del asalto, porque estamos seguros de rechazarle.

Como las bombas durante la noche se ven venir, tenemos vigilantes que en el momento de disparar dan el grito de «bomba va;» y, gracias á este aviso, se evitan muchas bajas, y pueden los operarios dedicarse á sus trabajos.

Hoy han vuelto á prender fuego á Castellciudad, que decididamente desean que abandonemos, más no adquiere consistencia el fuego. El bombardeo nocturno arrecia. Durante él baja por agua más gente que otras noches, pues nos interesa mucho llenar el algibe. El enemigo, que nota esta procesion contínua, hace descargas frecuentes al camino, pero, á pesar de ellas, se sube el agua y se llena el algibe, es decir, nos proveemos para tres dias.

—

19. El enemigo guarda un silencio desusado; cañoneamos á Monferré, y la artillería de Navinés, por primera vez, no nos contesta. Esto nos anima y bombardeamos á Monferré y el Cuervo; entónces nos contestan, pero con tanta pausa, que nos hacen comprender, que, ó se les han inutilizado las piezas ó están faltos de municiones. No es extraño; nos han tirado ya tantos miles de cañonazos que por grandes que fueran los convoyes, que trageron al principio, deben habérseles concluido.

¿Si no les dejarán llegar otros? ¿Si los habrán incomunicado nuestros hermanos de á fuera?

Por la tarde tiran algo más que durante el dia y nos matan á un voluntario y hieren á dos. Poco á poco nos han llenado el hospital. A pesar de haberse trasladado los heridos más leves al castillo tenemos las salas llenas, se nos acaban los colchones y sábanas, las hilas y vendages, y nos vemos con este motivo en un nuevo conflicto por no saber donde colocar los heridos y por temer que se desarrolle una epidemia. Antes teníamos un hospitalito en Castellciudad, pero los incendios han acabado con él y no podemos enviar allí á nadie, de modo que no hay más remedio que habilitar una salita junto al polvorin.

Al empezar la noche, los enemigos se acercan á la Lengua de Sierpe é intentan volar un trozo, aplicando, no sabemos si una bomba ó dinamita, es decir, una cosa que produce una fuerte esplosion. Afortunadamente no causa daño, y todo se reduce á una pequeña alarma. Desde la Lengua de Sierpe se disparan algunas

granadas y bombas á los enemigos; todo el mundo empuña las armas, pero los alfonsinos, prudentemente, no se acercan y se limitan á tirar algunos cañonazos.

Sabemos que les han llegado 30 carros con municiones.

—

20. Llevamos ya un mes completo de sitio. El enemigo nos lo recuerda empezando á cañonazos á las siete con verdadera furia; ya tiene municiones en abundancia y va de nuevo á hacernos pasar terribles dias. Afortunadamente estamos ya acostumbrados, y aunque nos derriben del todo las pocas paredes que tenemos ¿qué importa?

Al anochecer aumenta el fuego de un modo horroroso. Otra vez llueven granadas y bombas por todas partes, y con tal abundancia, que parece tienen prisa por acabar con nosotros.

A pesar de tanto fuego no habíamos tenido ni un herido, cuando un accidente terrible é imprevisto viene momentáneamente á sembrar el espanto en nuestros voluntarios. Una bomba ¡caso rarísimo! penetra por la chimenea del cuartel, que se hallaba lleno de gente, y bajando hasta el suelo revienta en medio de la muchedumbre. El humo y la polvareda que levanta ciega á todos, oscurece el cuartel y produce un pánico inmenso, porque nadie se dá cuenta de lo ocurrido. Piensan unos que ha volado el polvorin, otros, que se hunde el cuartel, todos gritan y se apresuran á buscar la puerta, que no encuentran, y á los alaridos de desesperacion y espanto de unos, únense los lamentos y ayes de los heridos por el funesto proyectil. Por fin salen los soldados, despéjase la entrada, y merced á varios hachones se puede penetrar en el cuartel y darse cuenta de lo ocurrido. Creíamos encontrarlo sembrado de muertos, pero solo ha habido dos y siete heridos, casi todos leves.

La impresion producida por tan terrible escena, unida á los apuros en que nos encontramos, á las deserciones que todas las noches ocurren en Castellciudad, al estado de los voluntarios y á las murmuraciones de algunos cobardes, aumentan de tal modo la gravedad de nuestra situacion, que el general Lizárraga, para conjurarla, reune á los soldados y les dirige la palabra animándoles y exhortándoles á mantenerse firmes y á no desconfiar. El señor Obispo les predica tambien. Como siempre, se reaniman, y dando repetidos y entusiastas vivas acuden, como los dias anteriores, contentos á sus puestos, y se empiezan los trabajos de reparacion en la bateria de San Pablo, muy destrozada, y en la tápia que mira á la Seo, donde los cañones enemigos han abierto gran brecha.

La infantería alfonsina, como de costumbre, nos tirotea, pero, en cambio, no hay bombardeo esta noche.

—

21. Escepto algunos cañonazos con que ellos y nosotros saludamos el dia, reina completo silencio durante las primeras horas. En ellas tenemos el disgusto de convencernos de que tambien, durante la noche, han desertado varios de los voluntarios que estaban en Castellciudad y de los que bajaban por agua. La repeticion de este gravísimo hecho prueba, como ya sospechábamos, que hay en nuestras filas agentes del enemigo que trabajan en las sombras por quitarnos cuantas fuerzas puedan. Urge averiguarlo, y el general encarga á los más leales que por todos los medios investiguen y busquen quien seduce á nuestros voluntarios. A poco se secuestran dos cartas, que, procedentes del enemigo, traian para el sargento del 2.° de Lérida Miguel Más, y para otro que se ha escapado, firmadas por el alcalde de la Seo. En ellas les dice que tienen concedido indulto, que se apresuren á presentarse con los que tengan la misma *santa* intencion, y que avisen de ello á Oliva. Como Oliva es el teniente ayudante del 2.°, las deserciones quedan esplicadas por su influencia, y la traicion manifiesta. Se prende á Oliva y á Más, se encarga al teniente coronel fiscal, señor Fernandez, que sin levantar mano les forme consejo de guerra y que procure averiguar los cómplices que tengan, para que, descubiertos cuantos cobardes y traidores haya, caiga rápidamente sobre ellos el justo y merecido castigo de su alevosía.

Por desgracia, no hay tiempo para ello; los sucesos se precipitan, pues la obra de la traicion se conoce estaba muy adelantada y á primera hora de la noche da sus resultados. El comandante Escolá, en cuanto oscurece, bajó como de costumbre á Castellciudad, cuya defensa le estaba confiada, y distribuyó la gente para la subida del agua y vigilancia del pueblo. A las nueve oimos fuego en él, y varios soldados que llegan corriendo á la ciudadela nos dan la noticia de que el enemigo ha entrado en Castellciudad. El hecho, por desgracia, es cierto: La traicion, venta ó descuido, permite, no se sabe cómo, llegar á los alfonsinos hasta el pueblo y sorprender á las guardias exteriores. Escolá reune á los suyos, se bate cuerpo á cuerpo con los enemigos y emprende la retirada al castillo; otros voluntarios suben á la ciudadela, y el enemigo queda á los pocos minutos, y casi sin pérdidas, dueño del pueblo, que es en aquellos momentos la llave de los fuertes.

Sin Castellciudad no hay agua, no hay comunicacion entre el castillo y la ciudadela, no hay esperanza alguna de salvacion. Nuestros dias, nuestras horas están contadas; en la ciudadela, el depósito ó algibe no tiene más que para cuatro dias, en el castillo para dos. El dilema que se nos presenta es terrible; ó arrojamos en ese plazo al enemigo del pueblo que nos ha arrebatado ó tenemos que sucumbir.

El general, en aquellos momentos supremos, pone en juego to-

da la fortaleza de su alma, y con su ejemplo, con sus palabras, con sus miradas, infunde ánimo á todos y domina la dificilísima situacion que nos ha creado la inopinada pérdida del pueblo. Se coloca en la puerta de la ciudadela, á 20 pasos de Castellciudad, y con voz enérgica manda que se bajen los krupps y los obuses disponibles y que se empieze á cañonear el pueblo; ordena que se arrojen granadas de mano á las primeras casas, que la infantería contínuamente haga fuego sobre ellas, y dispone que se incendie la barricada que de la ciudadela conducia á Castellciudad.

« A las armas todo el mundo, exclama, y una vez incendiado el pueblo, caeremos sobre el enemigo y le arrojaremos de allí á bayonetazos. »

La cerca ó barricada, formada de árboles, arde en seguida; al resplandor de sus llamas cañoneamos al pueblo y fusilamos á cuantos enemigos se presentan á descubierto; el castillo sigue nuestro ejemplo, arroja camisas embreadas sobre las casas que tiene más cerca y dispara granadas y metralla sobre las más lejanas. A los pocos momentos el pueblo arde por dos partes, y á la siniestra luz del doble incendio se encarniza el combate. El batallon enemigo cazadores de Manila, que es el que ha entrado en el pueblo, tira á todas partes, ocultándose sus hombres en las paredes arruinadas, los techos hundidos, los declives del terreno y cuantos accidentes favorables se le ofrecen para librarse de nuestros disparos; así aguanta el horrible fuego que le hacemos y nos contesta con viveza. Como estamos tan cerca, se mezclan á los tiros violentas imprecaciones de una y otra parte, y los cañones alfonsinos, al ver la furia con que tratamos de abrasar á Castellciudad, la defienden, lanzándonos granadas y metralla. Los momentos son terribles. Por una y otra parte se pelea con furia sin igual.

En esto nos avisan de la Lengua de Sierpe, es decir, del extremo opuesto, que los enemigos han formado en Monferré, que avanzan silenciosamente arrastrándose por el suelo y que sin duda alguna intentan asaltar en toda regla, aprovechando los momentos en que tan entretenidos nos ven con los de Castellciudad. Tal noticia hace al general variar el plan, porque ya no podemos caer sobre nuestros molestos vecinos ni salir á arrojarlos, sino que hemos de procurar rechazar á los que se nos vienen encima.

Se dejan fuerzas que contengan á los de Castellciudad si intentan secundar por allí el asalto, se sigue haciendo fuego de cañon y fusilería y el general recorre la estacada, se dirige á la Lengua de Sierpe, que refuerza con alguna gente y excita á todos á cumplir como buenos y á no desmayar ni vacilar un instante. « Quietos todos en sus puestos, manda, y no hacer fuego hasta que el enemigo haya plantado las escalas en la muralla y esté subiendo. Entónces solamente se hará fuego á la voz del jefe, y se arroja-

rán sobre los asaltantes bombas, granadas de mano y toda clase de proyectiles. El éxito será seguro. Que ni siquiera, añade, dén el quién vive los centinelas á los que se acerquen á asaltar, ni hagan la menor cosa que indique al enemigo el recibimiento que le espera.»

Dadas estas disposiciones, todo queda en silencio por aquella parte: los enemigos, vientre en tierra y cubiertos por sacos que van empujando ante ellos, avanzan como culebras sin hacer el menor ruido, con tales precauciones, que se creeria no se movia nadie, si cien ojos vigilantes no expiaran en las sombras sus acciones y los vieran acercarse.

Por ambos lados se guarda un silencio sepulcral, que solo interrumpen los acostumbrados alertas de los centinelas. El de la Lengua de Sierpe, se pasea con la misma tranquilidad é indiferencia que si no supiera lo que iba á suceder á los pocos momentos y ningun signo avisa á los enemigos que estamos preparados.

En esta confianza llegan junto al muro, al pié de la brecha que sus cañones han abierto, y nuestros voluntarios, cumpliendo militarmente su consigna, contienen su impaciencia y ni disparan ni se mueven. Los enemigos, entónces, levantan las escalas que han traido á rastras y cubiertas para que no hicieran ruido, las aplican al muro y se lanzan al asalto.

Un extruendoso viva á Cárlos VII, la voz de fuego, á la que sigue una descarga y la explosion de las bombas que teníamos enterradas en la brecha para este caso, acoje su audaz tentativa y siembra la muerte y el espanto en sus filas. Sorprendidos, aterrorizados con este recibimiento, dejando las escalas, huyen los asaltantes con tanta precipitacion, como lentitud emplearon en llegar, y el toque de ataque con que nuestros veteranos celebran la victoria, acaba de hacerles desaparecer.

A las tres de la madrugada, todo queda en silencio, y nuestros voluntarios salen al campo de Monferré y traen en triunfo las escalas, los sacos, las herramientas que el enemigo llevaba para el asalto, con más, los roses y los fusiles de los que han muerto al intentarlo. Como señal de victoria, se colocan las escalas al lado del asta bandera para que el enemigo las vea.

—

22. Tan pronto como amanece, los alfonsinos, en venganza de la derrota de la noche, hacen desde Monferré un vivísimo fuego de cañon y fusilería á la Lengua de Sierpe. Esto es más cómodo que volver al asalto, y sobre todo, más seguro y ménos expuesto, á percances como el pasado. El fuego no dura mucho tiempo ¿y para qué han de gastar municiones? A pesar de nuestros esfuerzos, á pesar de nuestra victoria sobre los asaltantes, los enemigos permanecen en Castellciudad. Eso basta para perdernos, porque

cada minuto que pasa, es una gota menos de agua para nuestros voluntarios. Por desgracia, la sola idea de que nos vá á faltar el agua, apura á los mas bravos. Los cobardes y traidores se aprovechan de esta situacion para sembrar la desconfianza y la discordia, y así al mediodía, sabe, que algunos soldados empiezan á hablar de capitulacion y algunos de los amigos de Oliva, tratan de insubordinarlos.

Acude enseguida Lizárraga al cuartel, reune á todos y les habla con enegía y franqueza, diciéndoles, que nuestra situacion, aunque apurada, no es desesperada todavía; que en aquellos momentos es cuando se conocen los valientes y los leales, y sobre todo, cuando más se necesita la union. « Intentemos, añade, arrojar de Castellciudad al enemigo, y así, cumpliremos como bravos y no caerá la mancha de cobardía sobre nosotros. »

¡ Si, á Castellciudad ! ¡ á Castellciudad ! exclaman unánimes los voluntarios en quienes estas palabras producen un efecto mágico, y la agitacion se calma y todos esperan tranquilos las órdenes del general.

Para preparar la salida, para quebrantar á los enemigos, que defienden al pueblo, para acabar con las casas que aún quedan de pié á pesar de los incendios anteriores, manda el general que se abra en el muro una nueva tronera y se coloque allí un Krup, que se baje un obus al primer recinto y que se haga fuego sin cesar. En cuanto anochece dispone que se bombardee el pueblo, y á pesar de que por estar este enclavado entre la ciudadela y el castillo es muy fácil que los proyectiles caigan en nuestros mismos fuertes, el alferez de artillería, Gracian Lizárraga, que dirige los morteros, dispara con tal acierto, que las bombas caen en los edificios ocupados por los enemigos y vuelven á incendiarlos. A la luz de las llamas, nuestra infantería, hace fuego á la contraria durante toda la noche, y esta, aunque le quedan pocas guaridas, porque las bombas se las van destruyendo, se sostiene tenazmente, y contesta con bravura á nuestros disparos.

En aquellas ruinas atacadas con tanta furia, y defendidas con tanto teson, está nuestra suerte. El enemigo perece entre ellas, pero no las abandona. Nuestras bombas le diezman, pero no le hacen desistir de su empeño. Hay que apelar al último recurso, las bayonetas, ó intentar arrojarle al arma blanca. Al amanecer, se decide la salida á fin de que el castillo con quien no podemos comunicarnos, la vea y la secunde, y se encarga de ella al comandante del 2.° de Lérida, don Antonio Freixe.

CAPITULO LXXXVII

El último recurso.—La sed.—Capitulacion.

23. Todo está perdido menos el honor. Hemos sido rechazados de Castellciudad. El enemigo, cuando ha visto la salida, ha desatado contra nosotros toda su artillería, mientras que la infantería que ocupaba el pueblo lo defendia con descargas á quemarropa. A pesar de esto, Freixes, ha cumplido como un bravo, llegando con ocho hombres á la puerta de la primera casa ocupada por el enemigo, que ha tratado de incendiar. El, como los demás, ha tenido que retirarse al fin, é igual suerte les ha cabido á nuestros hermanos del castillo, que secundaron por su parte la salida. Los enemigos tenian en Castellciudad más gente que nosotros en ambos fuertes. Era natural lo que ha ocurrido, pero nuestro honor y nuestro deber nos mandaban hacer este último esfuerzo.

Vueltos á los fuertes sin esperanza ya de arrojar á los enemigos, la desanimacion se apodera de nuestros voluntarios. El general quiere, sin embargo, cumplir su deber hasta el último extremo, y no rendirse mientras quede una gota de agua para dar tiempo á] que, si pueden nuestras fuerzas exteriores ayudarnos, nos socorran.

Esta idea no es, por lo visto, la de todos, porque á las diez de la mañana nos avisan, que varios de nuestros soldados que guardan la puerta de entrada, han saltado la muralla y presentádose al enemigo en Castellciudad. Acude el general á la puerta y averigua, que el capitan Requesens, que montaba la guardia, la ha insubordinado y enviado á parlamentar con el enemigo á tres soldados. Releva la compañía, prende á Requesens y encarga de la guardia de la puerta á Mariano Espar, jóven que, por haber asaltado el año anterior la plaza, es de completa confianza, á fin de que no permita acercarse á los alfonsinos.

Los del castillo, por su parte, parlamentan con los enemigos, pero se separan sin entenderse y para demostrarnos su firmeza, rompen otra vez el fuego de cañon sobre Castellciudad. El enemigo contesta vigorosamente durante una hora, y luego cesa de repente, toca parlamento, y envia con bandera blanca al teniente coronel Fuentes, ayudante de Martinez Campos, quien trae un oficio de éste para Lizárraga. Fuentes entra en la cindadela con los ojos vendados. Basándose en la comision de Requesens, escribe Martinez Campos, que habiéndole ofrecido algunos soldados la entrada ren los fuertes, y estando esuelto á aceptarla, prefiere, sin embar-

go, dirigirse á Lizárraga, por si es de la misma opinion que sus subordinados. «El general habla con dignidad á Fuentes, le dice, que se equivoca Martinez Campos al suponer que tiene francas las puertas, que los que le habian ofrecido abrírselas, ya no están en ellas, y que en cambio, está él dispuesto á sostener la disciplina entre sus soldados, y á rechazar á los enemigos que suban, aunque una ú otra cosa le cueste la vida.» Sin embargo, añade que, ante la gravedad de las circunstancias, quiere consultar la opinion de los jefes, para lo cual, pide veinticuatro horas de tiempo, y que se le permita comunicar con el castillo. Fuentes, concede el plazo y el permiso y dice que se conteste el 24 á la una de la tarde. Escolá viene de parte del castillo y Fuentes se vá. En cuanto sale, forma el general á las fuerzas en la plaza de armas, les entera de lo ocurrido y les dice, que habiendo los oficiales Requesens y Oliva, tratado por su cuenta con el enemigo, son indignos, por su cobardia, de estar entre nosotros y merecen, por su traicion la muerte, pero que por las circunstancias va á castigarles en lo que mas debieran temer, en la honra. Enseguida manda que se presenten, y ante las banderas, los exhonera, los expulsa del ejército y de la comunion carlista y hace que los echen de la ciudadela para que no estén más entre nosotros. El consejo se reune para tratar lo más conveniente dadas las circunstancias.

—

24. El Consejo ha acordado capitular si se nos conceden los honores de guerra y el salir armados y en libertad de volver á nuestras filas. Soy comisionado para llevar el oficio á Martinez Campos, y me recibe éste y me presenta á Jovellar. Ambos jefes me dicen que no pueden aceptar el concedernos la libertad, así como nos conceden sin inconveniente los honores de guerra, en atencion á nuestra heróica defensa. Les digo que no tengo instrucciones para ese caso, y que nuestros voluntarios prefieren resistir á quedar prisioneros. Encargan al coronel de Estado Mayor, Gamir, que suba conmigo á la ciudadela para que vea á Lizárraga; y éste, en vista de lo propuesto por los enemigos, pide otras 24 horas para deliberar, que tambien le son concedidas.

Nos es tan doloroso rendirnos, que solo tratamos de ganar tiempo para ver si llueve y tenemos agua, ó si atacan nuestros compañeros de fuera y echamos á los enemigos. Por eso pedimos plazos, porque cada hora se aviva nuestra esperanza, y porque el ganar tiempo es la única arma, el último recurso que nos queda.

El enemigo los concede, no por generosidad, sino porque le tiene cuenta. Sabe tan bien como nosotros, que mañana se acaba el agua en el castillo y pasado, en la ciudadela, y no quiere molestarse en combatir ni sufrir nuevas pérdidas.

Pero ¿y si lloviera? Nunca hemos mirado tanto al cielo como en aquellas horas. La más lijera nube es un motivo de alegría, pero las nubes se desvanecen sobre nuestras cabezas, y el sofocante sol del mes de Agosto recuerda á cada instante que es preciso tener agua para vivir. Todo el mundo está á media racion; es decir, todos tenemos sed, que aumenta con la vista de los vecinos rios que á nuestros ojos serpentean. El suplicio de Tántalo se reproduce en aquellas horas; y, á pesar de que nuestros voluntarios miran con ánsia las espumosas corrientes del Balira y Segre, no se impacientan, y aguardan con calma la resolucion de sus jefes y el momento en que se abra el algibe para darles la escasa racion que les corresponde.

Así pasa aquel dia, triste por demás, y llega la noche á atormentarnos con sus sombras, y á afligirnos con su silencio. ¡Cuánto echamos de menos el estallido de las bombas! Cien veces le hubiéramos preferido á la tranquilidad funesta que reina.

—

23. La situacion de nuestros ánimos ha cambiado por completo, la esperanza ha renacido en todos los corazones, la alegria se manifiesta en todos los semblantes, y la satisfaccion se revela en todas las conversaciones. Anoche nos creíamos completamente perdidos. y hoy nos figuramos completamente en salvo. Nunca hubiéramos imaginado una reaccion tan grande, tan general como la que ha ocurrido. Ayer nuestros más valientes voluntarios dejaban con pena sus fusiles, miraban al cielo con tristeza, y por sus rugosas mejillas caian silenciosas lágrimas; hoy cogen sus fusiles con entusiasmo, límpian los cañones apresuradamente, se abrazan unos á otros, gritan y cantan como locos, y no se acuerdan de que mañana no tendrán agua, ni de que el enemigo espera por minutos nuestra capitulacion. Todos están resueltos á resistir y á hacer otro nuevo esfuerzo para sostenernos.

Tan extraordinario cambio débese á un suceso más extraordirio todavía. Esta madrugada, atravesando las líneas enemigas, pasando por sus avanzadas y sufriendo el fuego de los centinelas alfonsinos, ha logrado penetrar en la ciudadela un confidente, de valor heróico, enviado por el general Dorregaray, para traer una carta á Lizárraga. La ansiedad por conocer las noticias que traia era tan grande, que al saber su llegada los voluntarios han acudido presurosos á escucharle, y ha sido preciso que hablara á todos y digera públicamente su comision. «Dorregaray está en Labanza, á tres horas de la Seo, nos ha dicho, y me ha enviado con una carta y otros compañeros, para que os diga que Savalls está próximo á reunírsele con 14,000 hombres, que Castells tambien vendrá, y que juntos, harán un esfuerzo supremo para salvaros. Mis compañeros y la carta han perecido en el camino, pero yo, á

pesar de que los centinelas alfonsinos me cerraban el paso y disparaban sobre mí á quemaropa, he logrado llegar aquí para traeros la noticia y deciros que nuestros generales se disponen á socorreros.»

Escuchado con ansiedad, aplaudido y victoreado aquel valiente, nuestros voluntarios oyen en seguida con júbilo al general, que les dice que en vista de tales noticias, no piensa rendirse, sino aguadar á que tengan tiempo de reunirse nuestros auxiliares; y, entre tanto, sufrir con paciencia la sed y el fuego de los alfonsinos, y rechazar con valor cualquiera nuevo asalto que intenten.

Esperaremos, dicen á una nuestros voluntarios, y resistiremos cuanto fuere preciso; y corren de nuevo á empuñar las armas, sacar municiones y prepararse para el combate. Ninguno piensa en rendirse sabiendo que está cerca de nosotros Dorregaray con sus batallones, y que no tardarán en reunírsele nuevas fuerzas.

El general dispone que, preparados todos para el combate, no se haga fuego miéntras no le rompa el enemigo, puesto que solo se trata de ganar tiempo, y puesto que el parlamento dura hasta la una de la tarde. Nadie se moverá hasta aquella hora; y entónces, en vez de contestar al enemigo, no se le dirá nada sobre sus proposiciones, y si viene á preguntar, se le hará saber que estamos aún resueltos á resistir.

Las horas pasan, llega la de la cita, y al ver que no acudimos á ella, sube á la ciudadela el jefe de Estado Mayor de Martinez Campos, brigadier Ortiz, y pide hablar al general. En cuanto le ve le dice: «sé que han cambiado Vds. de opinion y que están dispuestos á resistir; sé que lo hacen Vds. porque han recibido, no sé cómo, noticias de Dorregaray, que está cerca; este Señor escribia á V. una carta que ha caido en nuestras manos, y para que vea V. que es verdad, el general Martinez Campos me encarga se la entregue á V.» Ortiz entrega á Lizárraga la carta que perdió el compañero de nuestro confidente, carta en que, á más de lo dicho por éste de palabra, ofrecia el general Dorregaray enviarnos un batallon si nos hacia falta. Al terminar su lectura, Ortiz añadió: «Cuanto dice esa carta es falso: ni Savalls tiene 14,000 hombres, ni Dorregaray puede enviar á Vds. el batallon que promete: ni juntos ni separados pueden hacernos levantar el cerco todos los carlistas catalanes. Es inútil, por tanto, que resistan Vds.»

Lizárraga entónces le dice que puesto que los generales carlistas al fin le ofrecen socorrerle en breve, su deber militar, su honra, le obligan á aguardar este socorro, y á no rendirse hasta que sepa que ellos no pueden cumplir la oferta. «Hagan Vds. lo que quieran, añade; estoy resuelto á esperar y á resistir entre tanto.»

« Pues entónces, para no derramar más sangre, replica Ortiz,

concedo á V. otras 24 horas de plazo y la autorizacion de que uno de sus oficiales vaya á hablar á Dorregaray, ya que está tan cerca, y traiga su respuesta ántes de que el plazo termine.» Se acepta la proposicion y sale para ver á Dorregaray Escolá con el confidente que entró por la mañana, llevando el encargo de decirle que aquella misma noche trate á la desesperada de socorrernos, pues sino al dia siguiente la falta de agua obligará al castillo á rendirse, y nosotros tendremos que seguirle.

Ya hoy en el castillo no habia una gota; nadie ha bebido, pero todos prefieren pasar así 24 horas de suplicio y esperar el socorro á rendirse.

Nuestra última esperanza está en la noche.

—

26. La noche ha pasado sin novedad. Ni las fuerzas de Dorregaray han intentado socorrernos, ni Escolá ha vuelto. Cada hora del dia que pasa nuestra esperanza disminuye, porque es evidente ya que ni Savalls se ha unido á Dorregaray, ni éste puede hacer nada. Tenemos que resignarnos á sucumbir y á apurar el caliz de la amargura.

La situacion del castillo debe ser apuradísima. Con permiso de los enemigos paso, por órden del general, á verla; y ante mis ojos se presenta un espectáculo horrible y desconsolador. La sed está impresa en todos los semblantes. Los ojos apagados, las megillas hundidas, las voces entrecortadas y suplicantes de unos, anuncian que se les va acabando la vida; miéntras que las miradas extraviadas, las expresiones violentas y la desesperacion de otros, demuestran los últimos esfuerzos de las naturalezas más vigorosas. «Nadie ha bebido desde anteayer, me dice el gobernador, ni hemos podido comer por falta de agua para condimentar los alimentos: para apagar la sed de los heridos, ha sido preciso escurrir el barro del algibe, colar el líquido cenagoso que hemos extraido y darlo en dósis homeopáticas. Unas cuantas horas más, y todos morimos; unos de desfallecimiento, y otros de desesperacion. Las fuerzas humanas no llegan á más.»

El plazo concedido pasa: Escolá no vuelve, y, ante cuadro tan desconsolador, no hay más remedio que rendirse. Así lo resuelve el general, y nos encarga al coronel Sagarra y á mí que vayamos á extender la capitulacion, á fin de obtener las mayores ventajas posibles.

Cumplimos tan triste mision: conseguimos que se nos hagan los honores de la guerra con toda solemnidad y que se guarden á nuestros voluntarios las consideraciones á que por su valor se han hecho dignos. Se conviene en que el castillo se rinda aquella tarde, y que su guarnicion suba con armas á la ciudadela para que se reuna á la de ésta, y se rindan juntas á la mañana si-

guiente. Ninguno de nosotros irá á Cuba. Hemos protestado contra la prision del Sr. Obispo, pero en balde.

—

27. Por última vez, ántes de separarnos de estos muros, nos contamos. ¡Qué pena nos causa esta operacion! Somos 300 ménos de los que empezamos el sitio. ¡Cuántos amigos, cuántos bravos nos faltan! La muerte ha arrebatado á los más valientes y á los mejores: muchos buenos gimen en el lecho del dolor: los cobardes han desaparecido en los dias de mayores angustias. Los artilleros han pagado largo tributo de sangre: despues de Chaves ha muerto el teniente Folch y el honradísimo y valeroso alférez que mandaba la del castillo, que tantos servicios heróicos habia prestado. Están heridos Serra, Roca y Michel. El 2.° y 4.° de Lérida han perdido tambien bastante gente, y las fuerzas sueltas, hasta la administracion militar, han tenido dolorosas bajas. Los oficiales, relativamente, han rufrido más que los soldados; han muerto 12 y tenemos otros tantos heridos.

En cuanto á nuestros muros, nuestras baterías, nuestros cañoestán de tal modo destrozados por los proyectiles enemigos, que apenas podrán aprovecharlos los vencedores. Estos se asombran de los destrozos que han causado y del valor con que los hemos sufrido, resistiendo con tan pocos y malos elementos como teníamos. Satisfaccion triste, que, sin embargo, nos consuela, porque es la demostracion de que hemos cumplido con nuestro deber, y el mundo entero lo reconocerá.

Nuestras fuerzas forman á las siete: las enemigas tambien. Se estienden éstas desde la puerta de la ciudadela hasta la Seo, y ánte ellas desfilan las nuestras batiendo marcha, con las banderas desplegadas, las armas terciadas y las frentes erguidas. Los generales enemigos Jovellar y Martinez Campos presencian el desfile en Castellciudad, saludan nuestras banderas y entran despues en la ciudadela, miéntras nosotros, al llegar á la puerta de la Princesa, dejamos las armas en pabellones y quedamos prisioneros.

Los cañones enemigos anuncian la victoria, cuyas consecuencias lamentables no tardarán en tocar nuestras fuerzas exteriores.

CAPITULO LXXXVIII

Disolucion del Ejército del Centro.—Campaña final de Castell en Cataluña.

Mientras duró el sitio de la Seo estuvo Dorregaray, con el ejército del Centro, recorriendo á Cataluña, unido unas veces y separado otras de las fuerzas carlistas del Principado. Savalls, que mandaba á éstas, no auxilió mucho á las otras, pretestando que Dorregaray no le inspiraba confianza, con lo que los batallones valencianos y aragoneses se vieron desatendidos y sufrieron en Cataluña toda clase de privaciones.

Era, sin embargo, tan excelente el espíritu de las tropas del Centro, tan completa su subordinacion y tan arraigado su amor á la causa carlista, que, á pesar del poco descanso, los muchos sufrimientos y la contínua persecucion que encontraron en Cataluña, siguieron constantes y animosas á las órdenes de sus jefes y se batieron bizarramente contra el enemigo.

Así, por ejemplo, 11 batallones, que á las órdenes de Alvarez y Adelantado venian de Calella con Savalls, y cinco batallones catalanes, encontraron cerca de San Salvador de Breda á la columna Weyler, compuesta de 6,000 infantes, ocho cañones y varios escuadrones, y la atacaron con tal decision, que, despues de un rudo combate, la hicieron retroceder, causándola unas 500 bajas.

No fueron, sin embargo, frecuentes los combates, porque la escasez de municiones que tenian las fuerzas del Centro las obligó á esquivarlos, huyendo, casi contínuamente, el encontrar á las columnas enemigas. Tampoco, por esta razon, podian concentrarse las tropas carlistas y se veian obligadas á subdividirse y operar por brigadas. A principios de Agosto reunió, sin embargo, Dorregaray la mayor parte de su ejército en Prats de Llutsanés, pero el 5 tuvo que salir de allí y marchar él, con algunas fuerzas, por un lado, y Alvarez, Adelantado y Gamundi, cada uno con sus respectivos batallones, por otros.

La caballería del Centro, compuesta de tres regimientos, con cerca de 800 caballos, recorria el llano de Urgel, unas veces llegando hasta Aragon, pero en otras tenia que internarse por las montañas, y entónces, perdia, en las penosas marchas que hizo, muchos caballos y gran parte de su fuerza.

Savalls y Dorregaray, nunca se encontraron, mientras estuvie-

ron juntos en Cataluña, y ni operaron de acuerdo en bien de la causa, ni mejoraron la mala situacion de sus respectivos ejércitos.

En cambio el general Castells procuró cuanto pudo sostener á los del Centro, trató de combinar con ellos algunas operaciones y llevó consigo constantemente batallones aragoneses.

La guarnicion de la Seo de Urgel luchaba entre tanto, y, viéndose apurada, pedia la socorriesen con urgencia. Castell quiso, en efecto, socorrerla; pidió á Dorregaray y Savalls que le auxiliasen para ello con sus fuerzas, y les presentó un plan de ataque para hacer levantar á los alfonsinos el sitio. Dorregaray, alegando la falta de municiones de sus tropas y la necesidad de pasar con ellas á Navarra, se escusó de la operacion. Savalls, que andaba por las inmediaciones de Vich, prometió acudir á la Seo cuando destrozase á una columna que venia de Barcelona, pero, como el tiempo urgía, Castell se decidió á atacar solo á los sitiadores de la Seo para que no se dijera nunca que, ánte el peligro, habia abandonada á sus compañeros.

Tenia Castell solamente dos batallones, el 3.° de Lérida y el 4.° de Aragon, una pieza de artillería y unos cuantos caballos, nada, en comparacion de las fuerzas que sitiaban á la Seo, pero, á pesar de la superioridad del enemigo, le atacó el 14 de Agosto, por la parte de Adrall, con objeto de apoderarse de la batería que los alfonsinos habian situado en la sierra del Cuervo. El ataque fué rudo, pero, rechazadas nuestras fuerzas, tuvieron que retirarse. Castell, entónces, creciendo en ánimos, pensó atacar á los alfonsinos por otra parte, para cogerles de sorpresa, y haciendo una marcha habilísima atravesó el Segre y cayó en la madrugada del 16 sobre las guardias avanzadas de la batería de Navinés. Los carlistas no tenian cartuchos, pero Castell les dió la órden de que cargasen á la bayoneta sobre los enemigos y saltasen los parapetos. Catalanes y aragoneses, rivalizando en valor, se lanzaron, en efecto, sobre la trinchera enemiga, se apoderaron de ella y de la compañía que la guardaba, y avanzando sobre la batería de Navinés, á la que cañoneaban á la vez los carlistas de la ciudadela de la Seo, emprendieron aquel glorioso combate de que en otra parte dimos cuenta.

Dorregaray, viendo que no podia pasar á Navarra con siete batallones, volvió á acercarse á la Seo, y, entónces, el 25 de Agosto, ofreció enviar á Lizárraga uno de sus batallones. Ya era tarde; los fuertes de la Seo se rindieron, y Dorregaray, dejando la mayoría de su ejército en Cataluña, pasó con los batallones de Guías y 1.° de Valencia el alto Aragon, y forzando la marcha entró en Navarra el 5 de Setiembre.

Castell, en cuanto supo la rendicion de la Seo, quiso vengarse atacando á Jovellar, y le esperó el 29 de Agosto en las terribles

posiciones de Oliana, más viendo que no venia el general alfonsino, y sabiendo que habia entrado en Agramunt la columna Enrile, compuesta de siete compañías y dos escuadrones de los regimientos de Húsares y Alfonso XII, resolvió sorprenderla. Dispuso para ello sus tropas convenientemente, y al amanecer del 31 entró con ellas en Agramunt, y trabó un combate tan violento, que causó á los alfonsinos 50 muertos y 80 heridos, y les cogió 114 prisioneros, entre ellos varios oficiales y el jefe del escuadron de Alfonso XII con sus caballos.

Esta victoria, aunque gloriosa para el anciano general, no tuvo ya poder para contrarestar el movimiento de disolucion que acababa con el ejército del Centro y empezaba á comunicarse al de Cataluña. Los batallones valencianos quedáronse sin generales. Dorregaray pasó al Norte; Adelantado se fué á Francia, á restablecerse de dolencias anteriores; Alvarez se separó de sus fuerzas para curarse en Camprodon una herida, y los jefes subalternos que tomaron el mando trataron de salir cuanto ántes de Cataluña y marchar á Navarra. El coronel Rivera, con los valencianos, el coronel Vizcarro, con los del Maestrazgo y el coronel Francisco, al frente de la caballería, intentaron pasar el alto Aragon por la provincia de Huesca, pero apercibidas las tropas alfonsinas, y bien situadas sus columnas, se lo impidieron á todos, batiendo á unos y obligando á otros á entrar en Francia. Millares de carlistas dieron entónces ejemplo admirable de la firmeza de sus convicciones, prefiriendo emigrar al extranjero á acogerse al indulto que les ofrecian los enemigos.

Los batallones aragoneses se conservaron más tiempo, gracias á las cualidades militares del brigadier Boet, que los mandaba, pero ya á últimos de Octubre intentaron pasar á Navarra, y, aunque avanzaron sobre Huesca marchando con gran habilidad, al fin, despues de sostener varios combates, tuvieron tambien que entrar en Francia.

Así pereció, á los cuatro meses de sacarle de su territorio, el ejército del Centro, que tan sufrido, tan obediente y tan valeroso se habia mostrado.

Entre tanto, el de Cataluña perdia gran parte de sus ánimos. Savalls, acusado por no haber socorrido á la Seo, era destituido y sumariado, reemplazándole el veterano don Juan Castell, que habia inaugurado la campaña con tanto valor como habilidad. Castell no desmintió ahora su merecida fama, ántes bien, la enalteció haciendo una campaña final notabilísima. Perseguido por un ejército enorme, acosado siempre por diez, doce y hasta diez y seis columnas, supo, dividiendo sus fuerzas, esquivar los encuentros del enemigo, y, uniéndolas á tiempo, dar aún á éstos rudos golpes y alcanzar victorias. Así, el 20 de Octubre, destrozó en Espinalvet

al batallon de América, y el 8 de Noviembre sorprendió en la Pobla de Lillet á los alfonsinos y les cogió 125 prisioneros.

De nada, sin embargo, valian ya las victorias, porque no todos los hombres eran del temple de Castell. Muchos jefes se presentaron á indulto, otros entraron en Francia, y el número de carlistas armados disminuyó tan rápidamente que los alfonsinos pudieron operar por batallones. Martinez Campos, entónces, mandó armar los somatenes, dió un bando terrible para que los pueblos persiguiesen á los carlistas, y aunque Castell trató de impedirlo, no pudo ya contener su gente y vióse precisado á emigar á Francia con los pocos leales que le quedaban.

A mediados de Noviembre concluyó la guerra en Cataluña, y desde entónces no tuvo ya Don Cárlos más soldados que los 40,000 que componian el ejército del Norte, los que, victoriosos aún, conservaban enteros el valor, el entusiasmo y la decision que tanto les habian distinguido en toda la campaña.

LIBRO SEPTIMO

LA TERMINACION DE LA GUERRA

CAPITULO LXXXIX

Operaciones en el Norte. — La linea del Carrascal. — Irun y Urnieta.

Dejamos de hablar de las operaciones militares del ejército carlista del Norte, en el momento en que, triunfante de Concha en Abárzuza y fortalecido con el desembarco de numerosa artillería rayada, parecia llamado á tomar considerable importancia, y ahora volvemos á él, para referir lo que impidió que la alcanzase y lo que hizo no auxiliara, en los momentos de peligro, á sus hermanos del Centro y Cataluña.

La historia dará algun dia, con su severo fallo, la explicacion de muchos hechos que, por nuestra parte nos limitaremos á apuntar, pues, firmes en el propósito que manifestamos al principio, no queremos juzgar acontecimientos recientes, ni hacer consideraciones personales que en muchos casos pudieran parecer acusaciones.

Despues de la victoria de Abárzuza, dos caminos se presentaban á los carlistas, lanzarse audazmente sobre el derrotado ejército enemigo y abrirse el paso á Castilla, ó fortificarse en su territorio para impedir nuevas invasiones del enemigo y acabar la organizacion de sus tropas. Este camino fué el que escogieron, pues desde entónces no pensaron más que en establecer líneas militares que impidiesen á los republicanos el entrar en las provincias y que aislasen á las capitales en ellas enclavadas.

Evidentemente, el sistema de líneas tenia sus ventajas, pero tambien tenia inconvenientes que no tardaron en tocarse. Fué el primero de ellos, la pérdida de actividad del ejército carlista, que empeñado en defender posiciones, pasó inmóvil meses y meses esperando arma al brazo que los enemigos vinieran á atacarlas.

Así pasaron los meses de Julio y Agosto de 1874 sin mas incidentes que la toma de la Guardia, llevada á cabo el 5 de Agosto por el brigadier Alvarez, que mandaba las fuerzas alavesas; una accion encarnizada sostenida el 12 en Oteiza, contra la columna de Moriones, por los batallones navarros que mandaba Mendiri, y la toma de Calahorra. En La Guardia, los carlistas que entraron por sorpresa, se apoderaron de tres cañones y 300 fusiles. En Oteiza, forzados por el número, tuvieron que ceder el pueblo al enemigo, pero batiéndose con valor, le causaron muchas pérdidas y le obligaron luego á retirarse. La expedicion á Calahorra, pueblo de Logroño, situado en la márgen derecha del Ebro, fué llevada á cabo con habilidad por el brigadier Pérula, y dió por resultado apoderarse de la poblacion, sacar de ella cuantiosos recursos y volver tranquilamente con sus fuerzas á Navarra.

No tuvieron, sin embargo, estos sucesos gran importancia y como el ejército carlista estaba ansioso por lograr victorias, emprendióse á principios de Setiembre una operacion de trascendencia, el bloqueo de Pamplona, capital de Navarra, cuya posesion deseaban tanto los carlistas del pais, como los de Vizcaya habian deseado la de Bilbao.

Pamplona, plaza fuerte de primer órden, admirablemente artillada y guarnecida, no podia ser tomada por asalto ni por sitio dados los elementos que tenian los carlistas así que decidieron rendirla por hambre, bloqueándola rigurosamente é impidiendo que las columnas republicanas subiesen á socorrerla. Favorecia para este propósito á los carlistas, la situacion de Pamplona, enclavada en el territorio dominado por ellos, y rodeada de montañas, cuya posesion les era fácil conservar. El camino que conduce de Tafalla á Pamplona, ofreciales, sobre todo, admirables posiciones de defensa por que la Sierra de Alaiz le corta, la Peña de Unzué le domina y las estribaciones de los Montes del Perdon le dificultan. Este camino al pasar por Mendivil y Unzué, entra en un terreno denominado el Carrascal, que hizo ya famoso en la otra guerra el genio militar de Zumalacárregui, y ahora fué tambien escogido por los carlistas para impedir á los republicanos acercarse á Pamplona.

El general don Torcuato Mendiry, que mandaba los batallones navarros, que era excelente militar y conocedor del país, ocupó el Carrascal á mediados de Setiembre, con 8,000 hombres, y esperó confiado al enemigo. Moriones, que operaba por Tafalla con do-

ble número de soldados que el general carlista, no se atrevió á atacarle de frente en el Carrascal, más Laserna, general en jefe del ejército republicano, que amenazaba al mismo tiempo á Estella, obligó á Mendiry, por acudir á socorrerla á retirarse y, entónces, Moriones aprovechó la ocasion y entró en Pamplona. Dejó, sin embargo, tropas en el Carrascal para que protegieran el paso de convoyes, y situó en Biurrun 6,000 hombres, fuerza que creyó más que suficiente para evitar un golpe de mano. Los carlistas, sin embargo, resolvieron atacarles, y el brigadier Pérula, con los batallones 2.° y 3.° de Navarra y 2.° de Castilla, se lanzó el 21 sobre Biurrun, y despues de un combate encarnizado, arrojó del pueblo á los republicanos, cogiéndoles cerca de 100 prisioneros y causándoles muchas pérdidas. Fué la accion de Biurrun una de las más gloriosas para los carlistas, porque las fuerzas que tomaron parte en ella, dieron prueba de un valor, de un arrojo y de una decision imponderables, al tomar á la bayoneta un pueblo defendido por mayor número de republicanos. Don Cárlos para premiarlas, concedió la corbata de San Fernando á las banderas de los batallones 2.° y 3.° de Navarra y 2.° de Castilla y al 1.er escuadron de Navarra que habia cargado con ellos.

Moriones, con el resto de sus fuerzas, sostúvose el 22 de Setiembre en Barasoain, cañoneó desde Tiebas á los carlistas y preparó un nuevo combate. Habia llegado ya para entónces Mendiry con varios batallones y algunas piezas de artillería de las últimamente desembarcadas, así, que el 23 por la mañana, atacan los carlistas toda la línea, es decir, las posiciones de Barasoain, Olcóz, Unzué y Monte de San Juan, y los republicanos se retiran á Tafalla, hasta cuyas puertas los persiguen las tropas Reales á las órdenes de Dorregaray que habia acudido al combate y de Mendiry que lo habia dispuesto. Esta victoria, produjo algunas disensiones entre los generales citados, que hasta entónces habian marchado acordes y que rivalizaron luego hasta que marchó Dorregaray al ejército del Centro, y se alejó del Norte.

La línea del Carrascal, quedó despues de estos combates en poder de los carlistas, quienes empezaron á fortificarla añadiendo á las dificultades naturales otras artificiales, para imposibilitar en adelante que los republicanos pasasen á Pamplona. Entretenidos en estos trabajos estuvieron los meses de Setiembre y Octubre, más como la paralizacion no les convenia, porque pueblos y voluntarios querian la guerra activa, y estaban ansiando nuevas victorias, dispusiéronse á principios de Noviembre á tomar la ofensiva, atacando la plaza de Irun situada en la frontera de Guipúzcoa y Francia.

Como los carlistas tenian ya cañones rayados de acero, establecieron contra Irun varias baterias, que rompieron el 4 de Noviem-

bre vivo y certero fuego sobre las republicanas, á las que así como á la poblacion, causaron grandes destrozos. Los carlistas no se decidieron á asaltar el pueblo, continuaron cañoneándole el 5 y 6, pero entónces, Loma embarcándose en una lancha en San Sebastian, subió por el Bidasoa hasta Irun, animó con su presencia á los defensores de la plaza y les prometió que les socorrería enseguida. En efecto, el general Laserna que mandaba el ejército republicano, vino por mar con 10,000 hombres á San Sebastian, unióse á las fuerzas de Loma y fué en socorro de Irun. Para impedir esta operacion, tenia el general don Hermenegildo Ceballos, que mandaba las fuerzas carlistas de Guipúzcoa, siete batallones situados en las posiciones de San Marcos y Jaizquibel, más sorprendidos estos, aún no se sabe como, se retiraron dejando el paso libre al enemigo. Las fuerzas que sitiaban á Irun, tuvieron á su vez que retirarse á Vera y este fracaso disgustó grandemente al ejército carlista acostumbrado á triunfar. Echóse la culpa del caso á Ceballos, pero sometido á un consejo de guerra, fué absuelto libremente. Los republicanos señalaron su entrada en Irun, como casi todas sus operaciones en Guipúzcoa, de una manera indeleble por lo afrentosa, pues quemaron multitud de caseríos y con sus incendios asolaron la frontera.

No tuvieron en cámbio valor para perseguir á los carlistas que se habian retirado á Vera y Lesaca y les esperaban en posiciones así que Laserna, dejando algunos batallones como refuerzo á Loma, volvióse por mar á Santander y de allí á Logroño.

Bien pronto una brillante victoria compensó á los carlistas del fracaso de Irun. Loma al frente ya de un verdadero cuerpo de ejército, intentó á principios de Diciembre abrirse paso á Tolosa aprovechando la ocasion de que el general carlista Egaña, que mandaba ahora en Guipúzcoa, tenia pocas fuerzas. Al efecto, el 7 saliendo los republicanos de Hernani, empezaron á cañonear á Urnieta y obligaron á los carlistas á abandonarle para defender el camino de Andoain. Egaña, sin embargo toma excelentes disposiciones, anima á sus fuerzas y sostiene el combate todo el dia para dar lugar á que al siguiente le lleguen refuerzos. Loma, por su parte, preparóse tambien para dar un ataque decisivo y en efecto el 8, dia de la Inmaculada Concepcion, rompió el fuego muy de mañana y envió enseguida al general Blanco con una fuerte columna al ataque de las posiciones carlistas. El combate fué encarnizado y largo; los carlistas reforzados por el general Mogrovejo con algunos batallones, entre ellos el de Guías del Rey, cargan á la bayoneta á los republicanos, toman á Urnieta y causándoles muchos muertos y prisioneros les desordenan y hacen retirarse precipitadamente á San Sebastian. Loma fué herido gravemente; y Mogrovejo tambien, de modo que carlistas y liberales perdieron cada uno

un general, solo que á los primeros les quedó Egaña para completar la victoria, mientras que Blanco, que mandaba á los segundos, no pudo hacer más que apresurar su retirada á San Sebastian.

CAPITULO LXXXX

D. Alfonso XII en el Norte. — Operaciones en Navarra y Guipuzcoa, Lacar y Lorca.

La república desaparece á fines del año 1874, por un movimiento militar que proclama en Sagunto rey de España á don Alfonso XII, más los carlistas, léjos de deponer las armas, prepáranse á sostener la guerra contra su nuevo enemigo con tanto valor y decision como la habian hecho contra los dos anteriores. Ni don Amadeo, ni la república en sus diferentes formas, habian podido acabar con ellos, así que pensaron que tampoco don Alfonso lograria vencerlos.

El nuevo gobierno de Madrid, que habia triunfado precisamente porque prometia acabar la guerra en breve plazo, trató en seguida de llevar á cabo su propósito y lograr la paz de España, bien fuera por negociaciones, bien por la superioridad de las armas. Así, en cuanto llegó á Madrid don Alfonso anunció, para aprovechar el entusiasmo de los primeros momentos, que iba éste á emprender importantes operaciones en el Norte y reforzó considerablemente su ejército.

El carlista seguia bloqueando á Pamplona y fortificándose en la línea del Carrascal, que desde el mes de Setiembre guardaba, de modo que la capital de Navarra estaba ya hacia cuatro meses aislada del resto de España y sin recibir ningun socorro de á fuera. Propusiéronse, ánte todo, los alfonsinos socorrer á Pamplona, para evitar que cayera en poder de los carlistas, pero, además, quisieron dar á éstos un golpe tan rudo que les desanimara para seguir la guerra, y al mismo tiempo adornase con el laurel de la victoria al jóven monarca que habian ploclamado.

A mediados de Enero, don Alfonso XII, acompañado del general Jovellar, su ministro de la Guerra, salió de Madrid para el ejército del Norte, y el 22, en las inmediaciones de Peralta, pasó revista á unos 40,000 hombres y tomó el mando en jefe. Dió don

Alfonso en seguida una proclama á los carlistas para que depusieran las armas, más, como estos no pensaban en semejante cosa, fué preciso emprender las operaciones.

El ejército alfonsino era formidable. Constaba de tres cuerpos, mandados, el 1.° por Moriones, el 2.° por Primo de Rivera, y el 3.° por Loma, que reunian 70 batallones, ocho regimientos de caballería y 150 piezas de artillería, cifras en que no van incluidas las tropas y cañones que guarnecian las capitales, puntos estratégicos y línea del Ebro. Los carlistas escasamente podian oponer la mitad de fuerzas, más animados por la solidez de sus posiciones, por sus anteriores victorias y por su entusiasta y valeroso espíritu, aguardaban con impaciencia el combate.

A últimos de Enero comenzaron las operaciones por todas partes, pues mientras Moriones, con el 1er cuerpo, y Primo de Riveral con el 2.°, se movian en Navarra, Loma, con el 3.°, combatia en Guipúzcoa.

Tenian en Navarra los alfonsinos el propósito de socorrer á Pamplona, pero entre ésta y Tafalla alzábase imponente y aterradora la línea del Carrascal, que, principiando en Puente la Reina, cortaba el camino y obstruia el paso. Guardaban el Carrascal Mendiry, con cerca de 30 batallones, y la mejor y mayor parte de la excelente artillería carlista, así que era empresa temeraria pensar en atacarle de frente.

Los alfonsinos decidieron efectuar un movimiento envolvente que les permitiera entrar en Pamplona sin pasar por el Carrascal, caer despues por la espalda de dicho punto sobre los carlistas, amenazar al mismo tiempo á Estella, y cortando al ejército Real sus comunicaciones con dicha plaza, tomarla y batirle. Para ello contaban los alfonsinos con la superioridad de sus fuerzas, con el exacto conocimiento que les daba de los carlistas un bien montado espionaje, y con otros elementos secretos que el tiempo se encargará de aclarar.

Moriones, desde San Martin de Unx por Cáseda, emprendió el movimiento envolvente el 1.° de Febrero, y, el 2, despues de una marcha penosa en que no fué hostilizado más que por algunas fuerzas sueltas, llegó con sus 30 batallones á Pamplona, y, situando algunos en Tiebas, amenazó por retaguardia el Carrascal. Entre tanto, para entretener allí las fuerzas carlistas, hacian los alfonsinos desde Artajona y Tafalla, donde tenian el 2.° cuerpo y la division Despujols, demostraciones por el frente é izquierda del Carrascal, en una de las cuales, Pérula, con algunos batallones, sostuvo un combate glorioso. Tenian, sin embargo, tantas fuerzas los alfonsinos, que pudieron, sin inconveniente, llevar á cabo su operacion principal, atravesar el Arga entre Mendigorría y Larraga, dirigir varias columnas sobre Estella, ocupar á Oteiza, y, cor-

riéndose por Lácar y Lorca, cortar el camino á Puente.

La situacion de los carlistas fué entónces apuradísima, pues viéronse amenazados por todas partes, separados de Estella, y en peligro de perder parte de su ejército con toda la artillería. Mendiry, al ver al principio el movimiento de Moriones, pensó en atacarle, más no se atrevió por no separarse de Estella; cuando supo que habia entrado en Pamplona hizo un cambio de frente sobre Añorbe para establecer su segunda línea en la sierra del Perdon, más llególe la noticia de que el 2.° cuerpo de ejército alfonsino habia tomado el monte Esquinza y ocupado á Lácar y Lorca; comprendió que era insostenible ya la línea de Puente la Reina al Carrascal y la levantó retirándose en la noche del 2 al 3 á Cirauqui y Mañeru, mientras mandaba al general Argonz con 10 batallones sobre Estella.

Terrible efecto causó á los batallones carlistas la retirada del Carrascal, porque despues de haber estado fortificándola cuatro meses, abandonarla sin combatir les era más doloroso que perderla en lucha encarnizada. La moral del ejército carlista iba á sufrir con aquella operacion más que con una derrota, así que era preciso á toda costa reanimarle é impedir que los alfonsinos llevasen á cabo, el plan que tan admirablemente les iba saliendo.

Así lo comprendió Don Cárlos VII, quien, conociendo admirablemente á sus voluntarios, ordenó á Mendiry en la mañana del 3 que tomase la ofensiva y atacase á los enemigos que guarnecian los pueblos de Lácar y Lorca. Mendiry, considerando muy arriesgada aquella operacion, hizo á Don Cárlos prudentes observaciones, trató de suspender el ataque hasta el dia siguiente, pero Don Cárlos se mantuvo firme, ordenó terminantemente á Mendiry que atacase aquella tarde, y el general obedeció á su Soberano.

Reunió, entónces, Mendiry 12 batallones, dividiólos en cuatro columnas iguales que puso á las órdenes de los brigadieres Pérula, Cavero, Balluerca é Iturralde, y avanzando con ellos sobre Lácar lanzólos resueltamente al ataque.

Desde una altura inmediata, junto á una batería, contemplaba Cárlos VII el avance de sus voluntarios, que, ébrios de valor y entusiasmo, presagiando la victoria corrian sobre Lácar, despreciando el fuego de los enemigos, para caer sobre ellos á la bayoneta. Una brigada, á las órdenes de Bargés, compuesta de los regimientos de Astúrias y Valencia y una batería, ocupaba á Lácar, y á dos kilómetros escasos estaba, en Lorca, el general Fajardo con la brigada Viergol. Tenian, pues, los alfonsinos más de 6,000 hombres, pero estaban tan descuidados y tan agenos á que los carlistas tuviesen ánimos para atacarlos en los pueblos, que les cogieron éstos de sorpresa. Los de Lácar intentaron resistir, pero en vano, porque los voluntarios de Cárlos VII tomaron e

pueblo á la bayoneta; y en un combate tan breve como encarnizado, mataron 600 alfonsinos, les hicieron 300 prisioneros, les cogieron tres cañones Plasencia, y persiguiendo á los fugitivos se lanzaron sobre los que de Lorca venian á socorrerlos, los rechazaron y dispersaron tambien y completaron la victoria. El general Argonz, con diez batallones, debia secundar el ataque de Mendiry por la parte de Villatuerta y cortar á los fugitivos, más saliendo fuerzas alfonsinas de Oteiza se lo impidieron, pues en contenerlas empleó sus tropas, hasta que la noche puso término al combate.

Perdieron en él los alfonsinos toda la fuerza moral que habian ganado, y perdieron el órden y los ánimos de tal modo, que al retirarse iban creidos de que los carlistas les seguian para coparles, cosa que, en efecto, hubiera sido facilísima con solo haber continuado la persecucion. Don Alfonso XII retrocedió aquella tarde á Larraga; sus jefes acusábanse mútuamente del desastre de Lácar y Lorca, y Bargés, Viergol y otros varios, fueron sometidos á un consejo de guerra para averiguar su conducta.

En el campo carlista todo era entretanto plácemes y alegrías; Rey, generales y voluntarios, celebraban el suceso que les habia salvado de una catástrofe, y el entusiasmo de Estella, librada por tercera vez del enemigo, escedia á toda ponderacion.

Lácar, militarmente considerado, fué un golpe de arrojo y de heroismo por parte de los batallones carlistas. Como á porfia desplegaron todos un valor extraordinario, y navarros, castellanos, alaveses y guipuzcoanos, que formaban las cuatro columnas de ataque, pelearon aquel dia igualmente animados de frenético ardor. Así lo reconocieron los alfonsinos, quienes, al dar cuenta del ataque, dijeron que los carlistas habian caido sobre ellos impulsados por el vértigo de la desesperacion.

Mientras en Navarra sucedia lo que acabamos de referir, Loma, con el 3.er cuerpo de ejército trataba en Guipúzcoa de abrirse paso á Azpeitia. Desembarcando fuerzas en Guetaria el 27 de Enero, se apodera del alto de Gárate, sobre Zarauz, y el 29 entra con otros batallones en Orio y Usurbil. Egaña deja algunas fuerzas á las órdenes del brigadier Aizpurua sobre Zarauz, y con las demás molesta á las de Orio. El 31, el general alfonsino Blanco pasa á Zarauz, desembarca allí Oviedo para reforzarle y avanzar sobre Azpeitia, y los de Orio, atrevesando la ria, se unen con ellos. Todas estas operaciones cuestan muchas pérdidas á los alfonsinos, pero no les abren el paso, por lo que el 3 de Febrero atacan á Indamendi, Meagas y Urola, y despues de un reñido combate se apoderan de las dos primeras, más conservan los carlistas la tercera posicion. El 4 atacan por mar los liberales á Zumaya y Deva, y son rechazados. El 5 los carlistas sorprenden á Blanco en las po-

siciones de Indamendi, que recuperan, y Loma se vuelve á Zarauz sin pensar ya en llevar adelante su plan sobre Azpeitia. Confiaba, sin embargo, en que Oviedo, que se habia apoderado del monte Burunza, que está sobre Andoain, le conservase, pero los carlistas le arrojaron de él y le obligaron á retirarse á San Sebastian, donde fueron tambien Loma y Blanco.

En diez dias de campaña perdieron los liberales en Guipúzcoa más de 1,000 hombres, no consiguieron internarse en el país y dieron con el fracaso de sus planes tantos ánimos á los carlistas como los que en Navarra les dieron los sucesos de Lácar. Quedaron, pues, reducidos á la nada los proyectos que de acabar en breve la guerra habian formado los alfonsinos; vieron éstos que no podian conseguir por entónces ninguna ventaja positiva que quebrantara los ánimos de los carlistas, y, mientras combinaban nuevos planes de ataque y movian ciertos agentes con quienes contaban, suspendieron las operaciones militares. Don Alfonso XII, á los pocos dias de Lácar, volvió á Madrid acompañado de Jovellar, y al frente del ejército quedó el general Laserna, que luego fué reemplazado por Quesada.

CAPITULO LXXXXI

Organizacion del Estado carlista. — El cuartel real. — Ministerios y Direcciones.

Al amparo del ejército Real del Norte, en el territorio dominado por él, formóse otra España distinta de la que gobernaban los liberales, un verdadero Estado independiente, que guardaban y defendian con sus bayonetas los voluntarios carlistas, y en el que reinaba y gobernaba Don Cárlos VII con tanta seguridad como pudiera hacerlo en Madrid. Las líneas militares establecidas en la frontera de aquel Estado impedian á los liberales penetrar en el interior, así que los pueblos alejados de las líneas vivieron en una paz completa más de dos años, sin ver en ellos á un enemigo, y sin tener apenas relaciones con el resto de España.

Gracias á esta paz interior, pudieron los carlistas, como hemos referido anteriormente, montar fábricas, fundiciones y maestranzas; restablecer los telégrafos eléctricos y el servicio de correos con Francia; organizar por completo su ejército, y arreglar y

regularizar de tal modo el país que llegaron á formar una verdadera nacion, de reducido territorio sí, pero de más importancia que algunas de Europa y América.

Tenia Don Cárlos VII, solo en el Norte, 40,000 soldados, y como en las demás provincias de España disponia de otros tantos, necesitaba para atender á todos y gobernar á los pueblos que los mantenian, obrar en todo como Rey, y tener como los monarcas, ministros que le ayudasen, consejeros y tribunales que le ilustrasen, y autoridades y jueces que mantuviesen el órden é hiciesen cumplir las leyes. Todo esto lo fué teniendo Don Cárlos poco á poco, conforme las circunstancias de la guerra se lo fueron permitiendo, porque todo ello era necesario para el buen régimen de su pequeño Estado.

En el territorio carlista no habia verdadera capital: Don Cárlos recorria los pueblos todos, visitaba las líneas y acudia donde estaban sus tropas, porque al mismo tiempo que monarca, era general en campaña, que debia ir donde las necesidades de la guerra le llamaban. En los períodos en que no habia operaciones militares importantes residia Don Cárlos en Tolosa, Durango ó Estella, yendo alternativamente de una á otra, para no cansar mucho á los pueblos con el alojamiento de su séquito. Tenia Don Cárlos á su lado un general, jefe de su cuarto militar; otro de secretario de campaña; dos ó cuatro como ayudantes de campo, y además seis oficiales de órdenes y un gentil-hombre. Para su escolta creóse un batallon escogido, llamado Guias del Rey, que mandó algun tiempo don Cárlos Calderon, y se distinguió en varios combates, y un escuadron de caballería á las órdenes del marqués de Vallecerrato, compuesto de jóvenes oficiales, vestidos todos y equipados por su cuenta. El escuadron de Guardias á caballo, modelo siempre de subordinacion, distinguióse en Lácar, única accion donde intervino. Toda esta gente, con más los oficiales de administracion militar, médicos y capellanes agregados, formaban el Cuartel Real que seguia y acompañaba á Don Cárlos, y estaba á las órdenes inmediatas del jefe de su Cuarto Militar. Desempeñó primero este cargo el duque de la Roca, y luego los generales Benavides, Tristany y Mogrovejo. Como secretario militar tuvo Don Cárlos, durante toda la campaña, al general don Isidoro Iparraguirre, y como ayudantes de campo á muchos generales que no ejercian mando de tropas.

En Abril de 1874, cuando el ejército carlista estuvo ya formado y el país dominado por él á cubierto de invasiones, Don Cárlos creó tres ministerios, uno para el despacho de los asuntos de Guerra, otro para los de Estado y Relaciones Exteriores, y otro para los de Justicia, Gobierno político y Hacienda. El ministerio de la Guerra encargóse, como era natural, al anciano general Elío; el

de Estado dióse al general de Marina, Martinez Viñalet, y el tercero al conde del Pinar. Los ministerios tuvieron residencia fija; el de la Guerra estableciose en Zumárraga, y en Vergara los otros dos, ménos importantes y con ménos personal que el primero, pues los asuntos militares lo absorbian todo.

Creáronse además, para atender á las necesidades del ejército, direcciones de las armas y cuerpos que le componian. Mendiry desempeñó la de Infantería; el marqués de Valdespina la de Caballería; don Luis Maestre la de Artillería, y don Francisco Alemany la de Ingenieros. Suprimiéronse luego las dos primeras, y quedaron solo las segundas por ser de cuerpos especiales. Tambien los de Administracion y Sanidad militar tuvieron sus direcciones, que desempeñaron respectivamente los generales Benavides y Belda, y el clero castrense, su vicario general en el señor Obispo de Urgel.

Todas estas dependencias, necesarias unas y convenientes otras, luchaban sin embargo con la dificultad inmensa de la escasez de recursos que agobiaba á los carlistas. Vivian éstos á costa del pais que dominaban, y como el territorio que ocupaban era reducido y pobre, y muy numerosas las necesidades de la guerra, faltábanles con frecuencia los medios para llevar á cabo lo que se proponian, y no teniendo á veces para lo imprescincible, no podian gastar en cosas que, dadas las circunstancias, parecian de lujo. Así, cuando los batallones mal vestidos carecian de uniformes y los fusiles de abundantes municiones, las diputaciones forales, encargadas de velar por los intereses de las provincias, no veian bien el numeroso personal empleado en el Cuartel Real, ministerios y dependencias auxiliares, y pedian su reduccion, y hasta la supresion de algunas que consideraban por lo ménos prematuras. Habia, sin embargo, alguna exageracion por parte de las diputaciones en estos juicios, exageracion hija de la sencillez administrativa á que estaban acostumbradas por el régimen foral de las provincias, donde no se conocian la mayor parte de las dependencias inherentes á una monarquía y á un ejército considerable. Creian muchos que estando en guerra abierta, no se debia pensar más que en operaciones militares, cuando la verdad era que, sin descuidar éstas en lo más mínimo y dándolas toda la importancia que merecian, debia además cuidarse del buen gobierno de los pueblos, de mantener relaciones amistosas con los partidarios que la causa carlista tenia en el extranjero, y de aumentar, con hábil y cuerda política, las simpatías que en la España y en el mundo católico despertaban los defensores de la Religion y de la Monarquía.

Por estas razones era importante cuanto tendia á mejorar la organizacion militar y civil del Estado carlista, y á dar interior y

exteriormente, buena idea del régimen á que estaban sometidos los pueblos gobernados por Cárlos VII, y de la paz y bienestar relativo que disfrutaban en medio de una lucha encarnizada.

La primitiva organizacion de los ministerios carlistas, que en vez de este nombre usaron el antiguo de Secretarías de Estado, sufrió una modificacion importante, pues se hizo una secretaría especial para la seccion de Gracia y Justicia, que se encargó á don Pablo Diaz del Rio, y se suprimió la de Estado, que desempeñaba el general Viñalet, fundiéndose en la de Gobierno político y Hacienda que continuó á cargo del conde del Pinar. El ministerio de la Guerra continuó como estaba, más por enfermedad de don Joaquin Elío pasó sucesivamente á los generales Planas, Llavanera y, por último, á D. Elicio Berriz, quien desempeñándole concluyó la campaña.

Al suprimirse el ministerio de Estado, creóse en cambio la direccion de Relaciones Exteriores, que estuvo á cargo de don Ceferino Suarez Bravo, antiguo y distinguido diplomático, y cuando los carlistas tuvieron ya ferro-carriles y telégrafos, nombraron director general de comunicaciones al conde de Belascoain, que la desempeñó con gran actividad y celo. Restablecióse, gracias á sus trabajos, la línea férrea de Andoain á Alsázua, y á su solemne inauguracion asistió D. Cárlos con sus generales, el clero y pueblo de Tolosa, que vieron, regocijados, acortar las distancias de su territorio la poderosa fuerza del vapor. El tren carlista, por falta de material, recorria solo el trayecto de Andoain á Zumárraga, pero prestaba grandes servicios para trasladar tropas y material de guerra y facilitaba el comercio de los pueblos, pues estaba abierto al público. No tenian los carlistas más que coches de tercera y una máquina para arrastrarlos, porque las compañías de ferro-carril habian retirado á las capitales todo el material, pero, con audacia inconcebible, fueron á Pamplona y, bajo los cañones enemigos, sacaron arrastrando de la estacion otras dos máquinas, y á fuerza de fuerzas se las llevaron.

Para mantener sus relaciones con el extranjero montaron los carlistas la comisaría régia de la frontera, que estuvo á cargo de don Juan Cancio Mena, y en el interior de las provincias crearon una tesorería general que desempeñó don Estéban Perez Tafalla. Por último, establecieron en Oñate una casa de moneda que se inauguró solemnemente y que acuñó medallas conmemorativas de plata y bronce y luego monedas de cobre de cinco y diez céntimos de peseta, con el busto de Cárlos VII por un lado y las armas de España por el otro.

CAPITULO LXXXXII

La Enseñanza Pública. — La Universidad de Oñate. —Tribunales de Justicia. Código penal.

No eran solo los ministerios, ni los ferro-carriles, ni las fábricas de moneda todo lo que daba al país carlista el carácter de un verdadero Estado independiente, pues aún habia otras cosas de mayor importancia que venian á confirmarle, como fueron los trabajos que en la enseñanza pública y en la administracion de Justicia llevaron á cabo los carlistas.

Acusan á estos sus adversarios de ser enemigos de la ilustracion y partidarios de la ignorancia, más los carlistas con sus hechos desvanecieron cargos tan infundados, consagrándose aún durante la guerra, á dar impulso á la enseñanza pública en el país que dominaban. Para ello mandaron abrir las escuelas de primeras letras que se habian cerrado, y mientras los ilustrados republicanos en el resto de España obligaban á los maestros á abandonarlas, para no morirse de hambre, las diputaciones carlistas los favorecian y ayudaban, mantenian las Juntas de Instruccion primaria y llegaban, como hizo la de Guipúzcoa, á dar un reglamento completo para las escuelas de su provincia.

Más no era esto aún todo lo que hicieron los carlistas en materia tan importante, pues en cuanto formaron ministerios, creóse en el de Gobierno político un negociado de Instruccion pública, que estuvo á cargo de don Pablo Rotaeche, y formaron un Distrito Universitario, restableciendo con fecha 21 de Octubre de 1874 la Real y Pontificia Universidad de Oñate, que ya en la otra guerra habia funcionado. Ahora dispuso Don Cárlos, por su citada órden, que se incorporaran y dependieran de la Universidad todos los establecimientos de segunda enseñanza que habia en el territorio vasco-navarro y restauró á ésta en su antigua forma, restableciendo en ella la enseñanza de las tres facultades mayores, Teología, Jurisprudencia, y Cánones, y los estudios de Filosofía ó segunda enseñanza.

Su Santidad el Papa Pio IX, declaró á la referida Universidad reintegrada en el goce de los derechos y gracias que como Pontificia tenia antiguamente. La Universidad de Oñate inauguró solemnemente sus clases el 16 de Diciembre de 1874, bajo la presidencia de Don Cárlos VII, quien confirió la borla de Doctores á don Matías Barrio y Mier, doctor de la de Madrid y catedrático de la de Zaragoza, y á don Justo Zugarramurdi, abogado y fiscal

de guerra del ejército. Para honrar más á la Universidad, inscribió Don Cárlos á su hijo Don Jaime, como primer alumno de ella, y la confirmó en todos los honores que antiguamente gozaba. La diputacion de Guipúzcoa, á cuyo frente estaban don Miguel Dorronsoro y don José Verzosa, contribuyó grandemente á la creacion y sostenimiento de la Universidad; la de Vizcaya la ayudó tambien, y así pudo reunirse un brillante cláustro de profesores y darse la enseñanza de las tres facultades mayores. Nombróse rector á don Luis Elío, vice-rector á don Salvador Ordoñez; decano de la facultad de Jurisprudencia á don Matías Barrio, y director de los estudios de segunda enseñanza á don Ramon Rios. Los dos primeros eran canónigos de las catedrales de Pamplona y Santander respectivamente, y los otros dos habian sido ya catedráticos en otras universidades.

Abierta la matrícula inscribiéronse 150 alumnos, y durante dos años diéronse clases y confiriéronse títulos académicos en Oñate, como se hacia en las demás universidades de España. Nueve doctores y siete licenciados en diversas facultades salieron de la universidad carlista, la que revalidó además otros grados mayores, de modo, que en total confirió, en el corto período de su duracion y en medio de la guerra, 45 títulos académicos.

El plan de estudios de la Universidad carlista era diferente del de las demás de España. Tendia la de Oñate á dar más solidez de conocimientos á sus alumnos que los que suelen recibir en las otras, donde se aprenden muchas materias ligeramente y ninguna con fundamento. Para evitar este defecto, en Oñate, estudiaban los alumnos solamente tres asignaturas por año, pero, las tres, eran de leccion diaria. La facultad de Jurisprudencia estaba dividida en seis años, tres para el bachillerato, dos para la licenciatura y uno para el doctorado, y concedíase en ella más importancia que en las otras al estudio del derecho pátrio, pues en el primer período se esplicaban dos cursos de derecho español, y en el segundo otros dos de Códigos nacionales, estudiándose además el derecho romano, las instituciones canónicas y todas las materias que en las otras universidades se enseñan. Comprendian los estudios de la facultad de Teología siete años, y no hay que decir que estaban tan bien sábiamente repartidas las asignaturas, siendo el plan de ellos obra de notables teólogos. La facultad de Cánones no comprendia más que los períodos de la licenciatura y doctorado, pues para entrar en ella era preciso ser bachiller en Teología ó Jurisprudencia. Dábase diferente enseñanza á los que procedian de una, ú otra, para completar las que les faltaban, pues, era la facultad de Cánones como el punto de union de las otras dos. A la de Jurisprudencia estaba agregada la carrera del Notariado, cuyos estudios podian hacerse en dos años.

La segunda enseñanza, que debia preceder á la de las facultades, estaba dividida en dos períodos de á tres años cada uno; en el primero se estudiaba el Latin y Humanidades, y en el segundo, diferentes asignaturas de Filosofía, Letras y Ciencias.

Como la Universidad de Oñate ostentaba el título de Pontificia con orgullo, y habia pedido para empezar sus trabajos la bendicion de Pio IX, procuró, ánte todo, que su enseñanza fuera religiosa y católica por excelencia, para lo cual, los alumnos oian misa en la capilla ántes de entrar en clase, asistian á las pláticas religiosas que les dirigia el vice-rector, y comulgaban en corporacion, con sus catedráticos, tres veces al año.

Restableciéron además los carlistas, el Real Seminario de Vergara, antiguo colegio de nobles convertido en Instituto de segunda enseñanza, hasta que estalló la guerra, en que le abandonaron sus profesores. El Sr. Obispo de Urgel, viéndole cerrado, obtuvo que se le encomendara su direccion, y volvió á abrir el Instituto, y estableció en su local, una Academia de Ciencias eclesiásticas, que se agregó á la Universidad de Oñate. Siguió, además, abierto, en el territorio carlista, el colegio de Orduña, dirigido por los PP. Jesuitas, y fundóse luego otro en el convento de Franciscanos de Tolosa, á cuyos religiosos concedió Don Cárlos VII la libertad de vestir su trage, reunirse y enseñar, que la revolucion les habia quitado.

Trataron tambien, los carlistas, de crear una Escuela de Medicina en Estella, y, cuando ya iban reuniendo profesores, impidieron las circunstancias establecerla; pero este proyecto, y hechos tan elocuentes como el restablecimiento de la Universidad de Oñate y el cuidado que dedicaron á la instruccion primaria, bastan y sobran para revelar su amor á la ilustracion verdadera, y su cuidado por la juventud estudiosa.

Hallábase, sin embargo, la mayor parte de ésta empeñada en la guerra, y como en la juventud habia un plantel de excelentes oficiales, crearon tambien los carlistas academias militares. Distinguiéronse, sobre todas, la de Artillería, establecida en Azpeitia, y la de Ingenieros, en Vergara, dirigidas ámbas por oficiales facultativos de los respectivos cuerpos, quienes daban á sus alumnos la enseñanza científica necesaria para mandar baterías y construir fortificaciones. Tambien se fundó una academia de Telégrafos, al organizarse el cuerpo de Telégrafos eléctricos, que era de suma importancia, una vez restablecidas las líneas, para facilitar las operaciones militares y las comunicaciones oficiales y privadas.

Otro ramo de que cuidaron mucho los carlistas fué el de Administracion de Justicia. La militar estaba á cargo de consejos de guerra permanentes, como era natural, dado el estado de lucha abierta, y contaba además con un cuerpo Jurídico Militar en toda

regla, compuesto de auditores, fiscales y asesores, que funcionaban en las comandancias generales y divisiones del ejército. Creóse, además, bajo la presidencia del general Viñalet, el Consejo Supremo de la Guerra, que residió en Marquina y que se compuso de dos salas, una de generales, y otra de togados, con lo que estuvo completa la organizacion de la Justicia Militar.

Para administrar la civil, restableciéronse los Juzgados de primera Instancia de Santestéban y Estella, creóse otro en Orduña, para el territorio de Castilla que dominaban las armas Reales, y se siguió en las Provincias Vascongadas el sistema prevenido por sus respectivos fueros. Así, el juez mayor en Vizcaya, el corregidor en Guipúzcoa, y los letrados de la diputacion en Alava, entendian de los asuntos judiciales en primera instancia. El territorio del Norte estaba, para la segunda, sometido al *Real Tribunal Superior de Justicia*, que se estableció á últimos de 1874 en Oñate, á ejemplo del que en la guerra anterior existió en Estella. Era el Tribunal Superior de Oñate una especie de Audiencia, compuesta de un presidente, un fiscal, seis oidores efectivos y dos supernumerarios, que funcionaba en dos salas de á tres, escepto cuando habia discordias, en que se aumentaba el número de magistrados. Entendia el Tribunal, en segunda instancia, en asuntos civiles y criminales, y en ciertos casos ejercia las funciones de Tribunal Supremo, juzgando entónces en revista, por medio de salas extraordinarias, compuestas de cinco magistrados, entre los que debia estar el presidente. Cada sala tenia un relator y un escribano de cámara; tres procuradores estaban afectos al Tribunal, y varios abogados, matriculados en él, ejercian las funciones de su cargo.

El Tribunal de Oñate inauguróse solemnemente el mismo dia que la Universidad, asistiendo tambien Don Cárlos VII, en cuyas manos juró su cargo el presidente nombrado para dirigirle, que era don Salvador Elío, antiguo magistrado de la Audiencia de Manila. Dos dias despues se verificó la primera audiencia pública, en la que juraron el fiscal y los oidores, y acto contínuo empezó el despacho ordinario de los asuntos, en los que siguió el Tribunal funcionando todo el año 1875, hasta el 12 de Febrero de 1876 en que se verificó la última audiencia. En el año 1875 despachó el Tribunal 352 asuntos, de los que 12 fueron pleitos civiles, 77 espedientes gubernativos, 228 causas criminales, y el resto, diversos incidentes. Casi todos estos asuntos procedian de Navarra, pues Vizcaya, por su especial administracion de justicia, no envió ninguno al Tribunal. Uno de los oidores de éste, el Sr. D. Estanislao Sevilla, fué nombrado juez mayor de Vizcaya y despachó algunos asuntos civiles.

Además del juez, el corregidor de Vizcaya entendia en los asun

tos judiciales, pues, segun fuero, debia ser magistrado de la Audiencia de Valladolid y resolver, en primera, segunda, y hasta en tercera instancia, y como tambien el corregidor representaba á la autoridad Real, tenia este cargo gran importancia. Desempeñáronle despues del señor Arrieta Mascarua, de quien ya hablamos anteriormente, el conde del Pinar, y por último, el ilustrado catedrático don Matías Barrio. El corregidor de Vizcaya residia en Durango, y, para ayudarle, habia en Guernica un teniente general del corregimiento y dos tenientes especiales, uno, para la merindad de Durango, y otro para las Encartaciones. Desempeñaban los juzgados ordinarios estos tenientes, y en las villas los alcaldes respectivos.

En Guipúzcoa, tambien el corregidor de la provincia entendia de asuntos judiciales. Durante la guerra hubo dos corregidores; el primero don Pablo Diaz del Rio, que por haber sido nombrado ministro de Gracia y Justicia no llegó á ejercer, y, el segundo, don Ceferino Suarez Bravo, quien estableció el corregimiento en Tolosa y delegó para despachar lo judicial á don Vicente Aizpuru, abogado que residia en Azpeitia. En Alava no habia corregidor, y la diputacion administraba por medio de sus letrados la justicia civil.

Mandó Don Cárlos al Tribunal Superior de Oñate que formase un Código penal para sus estados, y encargáronse de esta obra el presidente del Tribunal, don Salvador Elío, el fiscal del mismo. señor Climent, y el oidor señor Sevilla, los que terminaron su trabajo en breve. El Código fué aprobado en Marzo de 1875, y se mandó que empezara á regir como provisional desde 1.° de Junio siguiente. Imprimióse luego en la Imprenta Real de Tolosa, y rigió en los estados de Don Cárlos hasta la terminacion de la guerra. Dictáronse, para facilitar su ejecucion, varias reglas, y una Real órden aclaró ciertos artículos, sobre materia importante, en los que se habian deslizado algunos errores.

Tambien redactaron los carlistas, aunque ya no llegaron á publicarse, importantes reformas á los procedimientos civiles, y otros proyectos que admiraran, si se tiene en cuenta que el estado de guerra contínuo en que se hallaban no era á propósito para dedicarse á trabajos científicos y legislativos.

CAPITULO LXXXIII

Conspiracion de Cabrera.—Los traidores.—Situacion interior.

Descompuesto, por lo ocurrido en Lácar, el plan de campaña en que fiaban su victoria los alfonsinos, y viendo por el entusiasmo y valor con que se batian los carlistas contra la nueva monarquía, que no bastaba la sola presencia de don Alfonso XII para obtener la paz, apelaron sus partidarios á otros medios, de que debemos tambien dar aquí cuenta, aunque no con toda la extension que el asunto se merece.

El ejército alfonsino conservó en el Norte, despues de Lácar, el monte Esquinza, Puente la Reina y las posiciones del Carrascal, que sin combatir le habian dejado los carlistas, se fortificó en ellas y no trató ya de hacer operaciones ofensivas ni de invadir el país vasco, contentándose con mantener sus líneas é irlas avanzando paulatinamente por medio de sorpresas ó encuentros parciales, en que, además de ganar terreno, hacia gastar municiones á su enemigo. Era este sistema lento, sí, pero positivo, porque mantenia á los carlistas en contínua alarma, les obligaba á emplear sus batallones en fortificar y custodiar las líneas, les hacia permanecer inactivos y les evitaba toda ocasion de ganar victorias ruidosas.

Mas además de este plan militar, emprendieron los alfonsinos otra campaña contra los carlistas procurando desorganizarlos, quebrantar su constancia y firmeza, hacerles desconfiar de sus jefes; y ganando á algunos de éstos, descomponer por su mediacion el ejército Real. Para ello, á poco de proclamado D. Alfonso, hizo uno de sus ministros que se propusiera á Don Cárlos, indirectamente por supuesto, una especie de transacion ó convenio, por el que, mediante ciertas concesiones políticas y proyectos de matrimonios entre Príncipes é Infantes, renunciase Don Cárlos á sus derechos é hiciese la paz. Naturalmente, ni siquiera tomó Éste en cuenta la informal proposicion de sus enemigos, y éstos tentaron entónces otro resorte.

Hacia tiempo que vivia en Lóndres, retraido de la causa carlista, enemistado con su Soberano y entregado á las ideas liberales, el general don Ramon Cabrera, que tan importante papel habia hecho en las filas de la legitimidad. Considerándole materia dispuesta para secundar sus planes; es más, sabiendo que Cabrera estaba dispuesto á renegar de su historia, por declaraciones que

ya habia hecho, acudieron á él los alfonsinos, enviaron uno de los ayudantes del general Jovellar á hablarle y proponerle un plan, y en seguida empezaron á llevarle á cabo. El plan consistia en que Cabrera, hecho ya alfonsino en el fondo pero carlista en la apariencia, se reconciliase con Don Cárlos, tomase el mando de su ejército, obtuviese una ó dos victorias hasta inspirar completa confianza, y luego, como Maroto en la pasada guerra, entregase los batallones que estuviesen á sus órdenes. Para que el plan fuese adelante lograron los liberales, aún no se sabe cómo, que algunos generales carlistas, de buena fé sin duda, firmasen una exposicion á Don Cárlos pidiéndole que admitiese á Cabrera y le confiase el mando de las fuerzas del Norte. Dos jefes comprometidos en esta conspiracion marcharon á Cataluña para obtener las firmas de los generales que allí mandaban, pero detenido uno de dichos jefes, descubierto por los papeles que llevaba parte del proyecto, y sabido por otros conductos lo restante, se frustró el plan. Celebraron los carlistas el descubrimiento de la conspiracion y maldijeron á Cabrera, mas éste trató entónces de vengarse y descomponerles francamente, ya que no habia podido hacerlo á la callada, y publicó en París unas proclamas abogando por la paz y una especie de convenio que habia firmado con el duque de Santoña y don Rafael Merry, representantes del gobierno de don Alfonso, al que tambien públicamente reconocia Cabrera como Rey.

La traicion de Cabrera causó indignacion y asco á los carlistas, y no produjo por el pronto á los liberales todo el fruto que se habian propuesto, pues solo imitaron el ejemplo del tránsfuga algunos otros jefes, que como él no tenian mando, y algunos oficiales de mala nota y peor conducta.

El ejército Real permaneció firme, y ni una compañía carlista siquiera abandonó sus filas para pasarse al enemigo, que los voluntarios Reales, como hijos del pueblo y amantes de su honra, no quisieron mancharla con la apostasía.

Produjo, sin embargo, la traicion de Cabrera un daño de otro género á los carlistas: ponerles de manifiesto los medios de que se valia el enemigo para perderlos, y aumentar la natural desconfianza que siempre habian tenido de abrigar traidores ocultos en sus filas.

Son siempre, en todas las guerras civiles, fruta obligada los traidores, porque hay en ellas mayor facilidad que en las extranjeras de usarlos. El ódio político es más vivo, los medios á que se apela para descomponer al enemigo, ménos nobles, y como la unidad de lengua, hábitos y costumbres entre los dos ejércitos contendientes facil ta el pase de uno á otro campo de gentes que solo vienen para expiar, es mucho más difícil impedir la obra de

la traicion. ¿Qué cosa más fácil para los liberales que enviar jefes y oficiales de su confianza al campo carlista, cuando en él eran admitidos con júbilo cuantos se presentaban, y destinados en seguida á instruir ó mandar fuerzas? ¿Ni qué cosa más sencilla para un gobierno constituido y poderoso como el de Madrid, que el de tener á sueldo espías y confidentes suyos en todas las dependencias militares, y hasta en la misma Casa de Don Cárlos?

Estas razones de simple buen sentido, unidas á la de que entre los mayores enemigos de la causa carlista, esencialmente católica, estan las sociedades secretas que, con el nombre de Masonería, se dedican á destruir la Religion y la Monarquía (1), hacian creer á los carlistas que tenian traidores y masones en sus filas, sin más objeto que perderlos; y por si la esperiencia de la pasada guerra no les bastaba, la conspiracion cabrerista y los trabajos subrepticios de los alfonsinos, aumentaron su justa desconfianza, llevándola hasta la exageracion, lo que era un mal muy grave para la moralidad y disciplina de las tropas, y una causa de desprestigio para los jefes.

Hay contra las traiciones dos remedios poderosísimos: la vigilancia para impedirlas y la energía para castigarlas; pero estos dos remedios eran casi desconocidos en el campo carlista, pues le recorrian con cualquier pretexto viajeros de Madrid y de Francia, sin que se les vigilase, y nunca se fusiló á los pocos militares en quienes se encontraron pruebas fundadas de connivencia con el enemigo.

Naturalmente esta benignidad ó descuido alarmaba á los pueblos y voluntarios, y mantenia siempre vivas cierta inquietud y zozobra, perjudiciales á la causa y al buen espíritu de las tropas.

Habia además en el ejército carlista personas procedentes de todas partes, algunas de ideas revolucionarias, otras de malos antecedentes, y no pocos aventureros que, al fulgor de las victorias de las armas Reales, habian venido á tomar parte en la guerra, sin la pureza de sentimientos y aquella fé inquebrantable que hemos tenido tantas ocasiones de señalar en los verdaderos defensores de D. Cárlos VII. Atormentaba á estos la idea de que justamente los aventureros eran, como ambiciosos é intrigantes por naturaleza, los que mejores puestos obtenian, y la desconfianza y la angustia aumentaban y se generalizaban á todas las clases. Al mismo tiempo dibujábanse entre los carlistas dos tendencias diversas que, aunque no llegaron á marcarse completamente formando, como en el campo liberal sucede, partidos distintos, fueron causa de divisiones y pequeñas luchas.

Unos carlistas, firmes y consecuentes en sus principios, presen-

(1) La Masonería americana envió tres millones de reales al general Espartero para hacer guerra á los carlistas. (N. del A.)

tábanse ante todo, como adalides de la Religion y no querian transigir de ningun modo con las doctrinas revolucionarias; mientras que otros, algo impregnados por el espíritu liberal, procuraban disminuir la influencia del sentimiento religioso, de donde precisamente tomaba toda su fuerza la causa carlista.

Nunca, sin embargo, llegaron estas divergencias á hacerse públicas, pues Don Cárlos, firme en los sanos principios que representaba, habló siempre con la dignidad y grandeza de un Monarca, afirmando en sus alocuciones que su mision era matar la revolucion; y que, como representante de la legitimidad, no transigiria con los enemigos de la Iglesia católica ni de la Monarquía verdadera. Estas palabras dieron á Don Cárlos VII las simpatías del mundo católico y el apoyo de todos los defensores de la legitimidad, al mismo tiempo que le conservaban el amor de sus pueblos, quienes seguian tan dispuestos como ántes á sostener la guerra.

Por más que trabajaban los alfonsinos, ni el país ni el ejército carlista querian la paz, y la idea de terminar la lucha por un convenio como el que propuso Cabrera, indignaba á ambos, tanta era aún la esperanza de triunfo que tenian.

La carencia de recursos hacíase sentir entre tanto. Tres años de guerra habian consumido gran parte de la riqueza del país, y el ejército estaba escaso de vestidos, pobre de municiones y falto completamente de las cortas pagas que tenia señaladas. Vivia, sin embargo, contento en su pobreza, alimentándose con las raciones que los pueblos le suministraban, y que afortunadamente no le faltaron nunca. Jamás se quejó nadie de esta situacion, y los batallones tan animosos como al principio de la campaña, y más confiados que nunca en su valor, ansiaban pelear, y sufrian privaciones, penalidades y molestias con una abnegacion de que hay pocos ejemplos. El ejército carlista, grande por sus sentimientos cuando la fortuna le sonreia, no lo fué ménos cuando la desgracia vino á llamar á sus puertas y la suerte de las armas empezó á serle adversa.

Militarmente, despues de Lácar, entró el ejército carlista en un período de calma relativo, pues siguiendo la táctica defensiva, limitóse á conservar sus líneas avanzadas, y á sostener en las de Vizcaya, Guipúzcoa, Navarra y Alava combates frecuentes, pero de poca importancia. Era esto justamente, lo que deseaban los alfonsinos, á quienes, en cambio, hubiera perjudicado mucho y perturbado en sus planes, el que los carlistas hubiesen operado á la ofensiva, supliendo con resolucion y actividad lo que les faltaba en número y elementos.

En la otra guerra, el sistema de convertir las provincias del Norte, segun la frase de Balmes, en una inmensa fortaleza guar-

necida por 30,000 hombres, perjudicó de tal modo á los carlistas, que fué una de las principales causas de su ruina; y en ésta, á pesar de la experiencia, siguieron el mismo ejemplo. En lugar de extenderse por otras provincias y de sacar la guerra de los límites en que queria contenerla el enemigo, no supieron ó no pudieron los generales carlistas lograrlo, y se limitaron á esperar en sus posiciones, lo que desanimaba á sus tropas.

El proyecto de expedicion á Castilla, en que se fundaban tantas esperanzas, no se llevó á cabo, á pesar de haberse encargado del mando de aquel distrito y de sus batallones al general Mogrovejo, brigadier que habia sido en el ejército enemigo, y que, como militar, gozaba gran fama de entendido y valiente. Unas veces por falta de elementos, otras por falta de ocasion, Mogrovejo no halló el momento de pasar el Ebro, y desde que en la accion de Urnieta cayó gloriosamente herido, prefirió estar agregado al Cuartel Real á mandar tropas y dirigir expediciones. Abandonóse, pues, el proyecto de pasar á Castilla, y los heróicos batallones de aquel reino sirvieron como los demás, para defender las líneas y combatir donde se les mandaba.

La ùnica operacion ofensiva que llevaron á cabo los carlistas, fué el asalto del castillo de Aspe, situado en las inmediaciones de Bilbao. Ochenta voluntarios del batallon vizcaino de Arratia, á las órdenes de su valeroso jefe Isasi, escalaron la noche del 12 de Abril el castillo, y en un encarnizado combate al arma blanca, le tomaron matando 15 enemigos y cogiéndoles 80 prisioneros y dos gruesos cañones.

CAPITULO LXXXXIV

Mando del general Pérula. — Operaciones militares. — Bombardeos, incendios y destierros.

En nombre de la legitimidad de la monarquía habian proclamado los liberales rey á Don Alfonso XII, pero Don Cárlos en una alocucion, que dirigió despues de este suceso, reivindicó para sí este derecho, afirmando que la legitimidad era él. Sus palabras fueron confirmadas por príncipes de familias reales, que vinieron á militar en el campo carlista, y á defender al lado de Don Cárlos sus ideas de gobierno.

Fueron estos príncipes el duque de Parma y el conde de Bardi, hermanos de la reina doña Margarita, y el conde de Caserta, hijo del rey de Nápoles don Fernando. Los tres distinguiéronse en el ejército real, y se batieron valerosamente : el duque de Parma fué coronel honorario del regimiento caballería de Castilla; el conde de Bardi, más jóven, ganó en Lacar con su temerario arrojo la cruz de S. Fernando Laureada, y el conde de Caserta, como coronel de artillería, señalóse tanto y demostró tan excelentes condiciones militares, que obtuvo, como refiriremos luego, el mando del ejército.

A principios de Julio cambió Don Cárlos la organizacion de sus tropas del Norte, tomó el mando personal de ellas, suprimió la Capitanía general que hasta entonces desempeñaba Mendiry, nombró á éste director de infantería y restableció el cargo de jefe de E. M. de su ejército. Nombróse para tan elevado puesto al general don José Pérula, que gozaba de gran popularidad en Navarra, donde al principio de la campaña se habia distinguido como guerrillero. Pérula no era militar; ejercia en Corella el cargo de Notario, pero habia servido voluntariamente en la guerra de Africa, tenia aficiones belicosas, y en cuanto se lanzaron á la lucha los carlistas, salió de los primeros á campaña, formó una partida de caballería, y fué nombrado coronel. A las órdenes de Ollo mandó luego la caballería de Navarra, y ascendiendo por sus méritos llegó á general. Entónces fué elegido, más por su popularidad que por sus conocimientos militares, para llevar el peso del ejército y dirigir las operaciones, y á fin de que le ayudaran en esta empresa se pusieron á su lado á los brigadieres, don Alejandro Argüelles y don José Perez de Guzman oficiales ámbos ilustrados, procedentes el primero del Colegio de ingenieros, y el segundo del de artillería, en cuyos cuerpos habian servido antes de la guerra.

La primera operacion militar del general Pérula no fué afortunada. Trataba el enemigo de pasar á Vitoria por Treviño, cuyo camino cerraban algunas de nuestras fuerzas, y para abrirle el 6 de Julio, el general Loma emprendió un movimiento combinado con las tropas del general Quesada. Tenian entre los dos jefes alfonsinos cerca de 30,000 hombres, mientras que las fuerzas carlistas que defendian las posiciones del Condado de Treviño eran solo unos cinco batallones. Pérula mandó que otros tantos fueran en la mañana del 7 al alto de Zumelzu, y se encaminó tras ellos al mismo punto. Desde el amanecer estaban ya en combate encarnizado los pocos batallones que defendian á Zumelzu, de modo que cuando llegaron los de refuerzo, que fué á las ocho de la mañana, ya habia avanzado mucho el enemigo, y logrado algunas ventajas. Cargáronle con decision los nuevos batallones para pro-

teger á los que estaban comprometidos, y se sostuvo una lucha encarnizada. Los alfonsinos pudieron desplegar su numerosa caballería y hacerla cargar decididamente sobre uno de nuestros batallones que se replegaba y le desordenaron. La lucha sin embargo fué heróica; á pesar de la desigualdad de fuerzas, sostúvose con valor el combate, y el 4º batallon de Castilla, con su acostumbrada decision salvó á los demás, cargando en columna al enemigo, al grito de ¡viva Cárlos VII!

Retiráronse en tanto nuestras tropas, habiendo perdido en el combate más de 300 hombres, y aunque ocasionaron al enemigo mayores bajas, tuvieron, para no verse envueltos por su número, que cederle el paso.

Pocos dias despues el conde de Caserta, brigadier ya del ejército, fué nombrado jefe de operaciones de la provincia de Alava, cuyas líneas visitó Don Cárlos llegando hasta la vista de Vitoria. En Navarra hubo un encuentro cerca de Lumbier entre la columna Otal y las fuerzas mandadas por el coronel Zugasti, favorable para los carlistas, pero de escasa importancia.

La guerra tomó en el verano por parte de los alfonsinos un carácter duro y terrible, que hasta entónces no habia tenido. El gobierno de Madrid empezó á secuestrar los bienes de los carlistas pacíficos que residian en todas las provincias de España y á desterrarlos por centenares al territorio ocupado por el ejército real. Hombres, mujeres y hasta niños fueron violentamente arrancados de sus hogares, conducídos hasta la frontera del pais carlista y enviados á él para que aumentasen el número de los que de él vivian. Al mismo tiempo el general Quesada, que mandaba en jefe el ejército alfonsino del Norte, dictaba severas disposiciones y sus tropas entraban en el territorio carlista, quemaban las mieses, destruian las cosechas, talaban los campos y quemaban los pueblos. Villareal de Alava, Salvatierra y otros, donde lograron penetrar las tropas alfonsinas, fueron entregados á las llamas y destrozados casi por completo. El sistema de destruccion extendióse á los pueblos de la costa de Guipúzcoa y Vizcaya, que fueron todos bombardeados por la escuadra que cruzaba las costas del Cantábrico.

Los alfonsinos apelaron al sistema del terror con estas medidas, creyendo lograr así más fácilmente el que los pueblos carlistas asustados pidieran la paz que hasta entónces rechazaban, pero se equivocaron. Los pueblos se indignaron ante los incendios y bombardeos de que fueron víctimas, y los voluntarios reales se enardecieron al saber los atropellos que cometia el enemigo, y pidieron venganza.

Don Cárlos indignado tambien por ellos escribió el 21 de Julio una carta á Don Alfonso protestando contra el sistema de terror

que habia inaugurado el ejército de este y anunciándole que si seguia en él se veria obligado á tomar duras represalias. Siguieron, en efecto, los alfonsinos su sistema y los carlistas, entónces, cañonearon á Logroño, poblacion que servia de cuartel general al enemigo, rechazaron á éste de Villareal, y en la línea de Valmaseda le escarmentaron duramente en una reñida accion que sostuvieron los batallones vizcainos.

La escuadra enemiga que desde el principio de la guerra habia tomado por blanco de sus cañónes los indefensos pueblos de la costa, redobló en esta época sus hazañas bombardeando sistemática y cruelmente poblaciones como Bermeo, Lequeitio, Mundaca, Deva, Zumaya, Zarauz, Motríco. Era esta empresa fácil porque no tenian los carlistas cañones que defendiesen sus puertos, de modo, que los buques enemigos llegaban junto á ellos, y con la misma impunidad que si estuvieran en un ejercicio, descargaban su artillería contra casas y pueblos, matando á los pacíficos habitantes. Mas colocaron luego los carlistas algunas baterías por la costa y dispararon con tanto acierto contra los buques, que mataron al jefe de la escuadra señor Sanchez Barcáiztegui y causaron gruesas averías y destrozos á varios buques. Entónces trajeron los alfonsinos la fragata blindada *Vitoria* y la encargaron que prosiguiese en su obra destructora, y en efecto, pasó los meses de verano en bombardear puertos, pero tambien fué duramente castigada, pues, una certera granada, disparada por los carlistas desde Lequeitio, hirió al contra almirante Polo, que habia reemplazado á Barcáiztegui, al comandante de la *Vitoria* y á varios oficiales y tripulantes. Los buques de madera, con este escarmiento, huyeron de los puertos artillados, y la *Vitoria*, aunque siguió en su tarea, lo hizo ya con más prudencia y á mayor distancia.

Por su parte, los carlistas, emplazaron baterías contra Hernani y empezaron á cañonearle, lo que dió luego orígen á multitud de combates en la línea de Guipúzcoa.

CAPITULO LXXXXV

Las líneas militares. — Combates de Lumbier.

Graves sucesos para la causa carlista ocurrieron en el verano del 75, pues las fuerzas de Dorregaray abandonaban el Centro, lanzábanse combinados los enemigos sobre Cataluña, tomaban la Seo de Urgel y destrozaban luego los restos de las tropas valencianas, aragonesas y catalanas.

Dorregaray, haciendo una marcha penosísima, llegó con dos batallones valencianos á primeros de Setiembre al Norte, y como habia mandado allí, logrando al principio de la campaña, por su valor, su constancia y sus brillantes victorias mucha popularidad, fué recibido aún con entusiasmo. Sus partidarios, explicaban satisfactoriamente las desgracias que en el Centro y Cataluña le habian ocurrido para perder su ejército, y le presentaban como el único hombre capaz de salvar el del Norte si se le encargaba mandarle. Más como por otra parte las voces de traicion, tan comunes entre los carlistas, habian perjudicado grandemente el prestigio de Dorregaray, Don Cárlos, en vez de darle el mando, dispuso cuerdamente á instancia del general, que se abriera sumaria para justificar su conducta en el Centro.

Doña Margarita, con sus Augustos hijos, volvió á entrar en España á mediados de Setiembre por Elizondo, donde fué á unirse con Don Cárlos. Los pueblos la recibieron como en el anterior viaje, con gran júbilo, y los voluntarios, la saludaron con su acostumbrado entusiasmo.

A poco, nombróse comandante general de Guipúzcoa, al bizarro y piadoso brigadier don Eusebio Rodriguez, quien tuvo ocasion enseguida de obtener una victoria. El general enemigo Trillo Figueroa, salió de San Sebastian el 28 de Setiembre con objeto de apoderarse de las posiciones de Ergovia, Choritoqueta y San Marcos que ocupaban los carlistas é impedir así que estos bombardeasen á Hernani, pero fué valerosamente rechazado y perseguido por Rodriguez hasta las inmediaciones de San Sebastian, cuya capital mandó este que se bombardease aquella misma noche. En efecto, emplazadas varias baterías en Mendizorrotz, Arratzain y otros puntos, se rompió el fuego contra la capital de Guipúzcoa y desde entónces hasta que concluyó la guerra, no dejaron los

carlistas de cañonearla á la par que á Hernani, que le servia de vanguardia.

Tenian por objeto estos bombardeos provocar á las guarniciones enemigas á que saliesen fuera de la plaza para apoderarse de nuestros cañones, pues estaban estos colocados en posiciones, fuertes ya por naturaleza, y fortificadas además por el arte, con zanjas, parapetos y espaldones, formando algunas, verdaderos castillos, que además de los artilleros, defendian tropas de infantería. Una série de estas posiciones, extendidas desde el alto de Garate en Zarauz, hasta las inmediaciones de Irun componian la línea de Guipúzcoa y servian para contener al enemigo en Guetaria, Hernani, San Sebastian é Irun é impedirle que penetrase en la provincia. La línea de Guipúzcoa fué notable por las obras de fortificacion que llevaron á cabo los carlistas, y luego por los brillantes combates que sostuvieron. La artillería carlista, sobre todo, distinguióse por su acierto y valor, pues los enemigos que, en número de cañones nos llevaban gran ventaja y en abundancia de municiones tenian una superioridad inmensa, la abrumaban con sus disparos. Esto, no obstante, construyeron nuestros artilleros con tanto acierto sus baterías, que á pesar del fuego contínuo de los alfonsinos, ni nos desmontaron los cañones, ni apenas nos causaron bajas en seis meses que duró la línea de Guipúzcoa. El comandante general de artillería señor Maestre, y el mayor general señor Pagés, recorrian con frecuencia la línea, cuidaban de las baterías y cañones, y la fundicion de Vera, dirigida por los entendidos artilleros señores Lecea é Ibarra, surtia de proyectiles á nuestras piezas. Eran estas, por regla general, cañones de acero modernos, sistema Withwort y Wawaseur, de poco calibre, pero de alcance prodigioso, que enviaba los proyectiles hasta seis y siete kilómetros de distancia. Al principio, burlábanse los enemigos del poco calibre de los Withworts, llamando pepinillos á las pequeñas granadas que lanzaban, pero cuando vieron su alcance y la precision con que iban dirigidas dejaron ya de burlarse y procuraron contrarestar nuestros fuegos. Mandaban, sin embargo, las baterías de la línea de Guipúzcoa, oficiales valerosísimos y entendidos, distinguiéndose, entre otros, el coronel Torres, oficial que habia sido de la marina de guerra y era ahora por su arrojo, su actividad y sus conocimientos, excelente para atacar las plazas enemigas.

Los batallones carlistas de Guipúzcoa, que eran nueve, defendian la línea de su provincia, á las órdenes del comandante general, don Eusebio Rodriguez. Estaban estas fuerzas divididas en brigadas; cada una de ellas tenia á su cargo un ala de la línea, y estaba á las órdenes de un jefe. Los brigadieres Aizpúrua, Ormaeche y don Javier Rodriguez de Vera que mandaban las fuerzas

guipuzcoanas, ayudaban poderosamente con su actividad y celo al comandante general y contenian al enemigo. Un partidario jóven y arrojado, don José Leon Mugarza, con una partida volante, compuesta de gente resuelta, andaba siempre por el monte Igueldo y las inmediaciones de San Sebastian y Hernani, molestando á las guarniciones enemigas, y causándolas continuamente bajas y prisioneros.

Era la línea de Vizcaya más extensa y ménos fuerte que la de Guipúzcoa, por lo que necesitaba más tropas que la sostuvieran. Así estaban continuamente en ella, además de los de su provincia los batallones castellanos y cántabros, que algunas veces hacian incursiones á los pueblos de Santander y Castilla más próximos. El punto culminante de la línea, el que servia de cuartel general á los carlistas, era Valmaseda, en cuyas inmediaciones se libraron muchos combates, tan sangrientos como favorables á las tropas Reales. El general don Fulgencio Carasa, mandaba en Vizcaya y en toda la linea. Carasa, que habia sido el jefe del movimiento de 1872, separóse, despues de su fracaso, del carlismo estuvo en inteligencia con Cabrera, pero en lugar de imitar su ejemplo, volvió á pedir un puesto en el combate al lado de los suyos, y Don Cárlos le confió la comandancia general de Vizcaya. A pesar de su edad avanzada, Carasa, antiguo militar de la pasada guerra, batióse en ésta con valor, sostuvo muchas acciones en su línea, y obtuvo una victoria que le premió Don Cárlos concediéndole el titulo de conde de Villaverde de Trucios, donde ganó la accion.

El bizarro don Francisco Cavero, que mandó las fuerzas de Castilla, y el honrado, valeroso y entendido brigadier don José Fontecha, con las cántabras, operaron tambien por la línea de Vizcaya.

Las fuerzas alavesas, el batallon riojano y algunas partidas, defendian las entradas de Alava, bajaban hasta Miranda y la Rioja y cruzaban en pequeño número el Ebro para hacer rápidas escursiones. La caballería alavesa, entre la que se distinguia el escuadron de húsares de Arlaban, corria por la llanada de Vitoria, y puede decirse que daba la guardia exterior de esta capital, segun lo cerca que los ginetes carlistas estaban siempre de sus puertas. Mandó algun tiempo la provincia de Alava el ilustrado general don Leon Martinez Fortun, pero por las enfermedades y achaques que le impedian moverse, hubo que nombrar jefe de operaciones de la misma á S. A. el Conde de Caserta, quien dió en el desempeño de este cargo nuevas pruebas de su carácter militar.

Navarra, más extensa que las Vascongadas, no tenia una línea, sino varias, pues el enemigo la amenazaba por diversas partes; así que, además de sus batallones, necesitaba siempre algunos de los de las otras provincias. Las principales fortificaciones de Na-

varra eran los montes de Mañeru, los de Santa Bárbara de Oteiza y los inmediatos á Estella, que se habian convertido en otros tantos castillos perfectamente artillados. Era para los carlistas cuestion de honra la conservacion de Estella, asi que gastaron mucho tiempo y recursos en rodearla de sólidas obras de defensa, por medio de fuertes exteriores que, cruzando sus fuegos, impidieran el avance del enemigo. El ingeniero general, don Francisco Alemany, el mayor del cuerpo, Sr. Villar, y otros dirigieron las obras de fortificacion é hicieron de Estella una plaza respetable. Sin embargo, la apariencia de fortaleza era mayor que la realidad, porque con frecuencia no tenian los carlistas tropas ni municiones suficientes para defenderla contra un ataque en regla. Perjudicó mucho á las operaciones de los carlistas de Navarra la pérdida del monte Esquinza y del alto de San Cristóbal, cuando se retiraron del Carrascal, pues desde entónces los alfonsinos se fortificaron en ellos, dominaron á Puente la Reina que quedó en su poder, y se hicieron dueños de un territorio rico á importante que ántes suministraba muchos recursos al ejército Real.

Las fuerzas navarras fueron mandadas, despues de Pérula, por los generales Yoldi y Lerga, jefes ambos honrados, leales y queridos del país. La plaza de Estella formó un gobierno militar que estuvo primeramente á cargo del anciano y valeroso brigadier Senosiain, y luego mandó el de igual graduacion don Antonio Landa, jefe tambien dignísimo. Las líneas avanzadas las mandaron los jefes de brigada y los coroneles de los respectivos batallones encargados de defenderlas.

Formaba, pues, el ejército carlista colocado en las diferentes líneas de Navarra, Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, una especie de cordon destinado á contener las invasiones de los alfonsinos Tenian los carlistas la espalda cubierta por el mar desde las inmediaciones de Bilbao hasta las de San Sebastian, y desde aquí hasta Aragon se apoyaban en la frontera de Francia.

La costa de Vizcaya y Guipúzcoa, que es bastante extensa, la defendian unas cuantas baterías, situadas en Bermeo, Lequeitio, Motrico y Zarauz, y escasas fuerzas de infantería, entre las que figuraba un batallon distinguido, compuesto de jefes y oficiales veteranos, que no podian servir ya en los otros, y el 9.º batallon de Guipúzcoa, compuesto de hombres casados, á quienes, como ménos activos, se les daba este puesto poco penoso. Algunas veces las compañías de cadetes que formaban la escolta del Rey, fueron tambien á la costa, y se batieron con arrojo contra Guetaria, plaza que siempre conservaron los liberales.

Ejerció el cargo de comandante general de la costa y marina Real el brigadier Aurich, ministro que fué de la Marina republicana en el gobierno de Madrid, al que abandonó luego para venir

al campo carlista, donde sus convicciones é ideas le llevaban. El Sr. Aurich, que habia mandado las escuadras de España, no tuvo luego entre los carlistas ni un solo buque, pues carecieron éstos completamente de Marina de Guerra. Solo fletaron algunos barcos para hacer el contrabando de armas y efectos militares, y otros para importar géneros, barcos que llenaron cumplidamente su objeto, á pesar de la vigilancia y persecucion de la marina enemiga.

La frontera francesa estuvo siempre desguarnecida por los carlistas, pues no tenian éstos más fuerzas que los aduaneros y algunas partidas sueltas á las órdenes del jefe de la misma, don Fermin Iribarren.

Era, pues, la idea estratégica que presidia todas las operaciones del ejército carlista del Norte, formar un territorio aparte, y defenderlo del enemigo fortificándose en él; ó, como decia Balmes hablando del sistema que en la otra guerra siguieron los carlistas, construir una inmensa fortaleza guarnecida por 30,000 hombres. Fué este sistema en esta guerra tan funesto como en la pasada, pero en una y otra fueron debidos principalmente á las circunstancias y á la falta de génios militares que, como Zumalacárregui, supieran disponer y mover las fuerzas Reales para destrozar á las enemigas que entrasen en su territorio.

Afortunadamente para los carlistas, tampoco los liberales tenian génios militares á su cabeza, pues por regla general, aun andaban en sus operaciones peor dirigidos que ellos. Cuantas tentativas hicieron los alfonsinos para penetrar por una ú otra parte en el territorio carlista, fueron siempre frustradas por el valor y decision de unos cuantos batallones, como le sucedió á Trillo en Guipúzcoa, á Loma en Valmaseda, y á otros por Navarra y Alava. Solo cuando, como en Zumelzu, peleaban con gran superioridad numérica, conseguian los enemigos alguna ventaja, que perdian, por lo comun, al dia siguiente.

En cambio cuando los carlistas tomaban la ofensiva salian generalmente airosos en su empresa, pues el ardor de sus voluntarios les hacia salvar toda clase de dificultades.

Así por ejemplo, en el mes de octubre resolvieron apoderarse del fuerte de la Trinidad de Lumbier, que dominaba este pueblo y la sierra de Leire, y para ello reunió Pérula cinco batallones navarros y ocho piezas de artillería. Puso las fuerzas á las órdenes de los brigadieres conde de Caserta y Larumbe, y encargando al primero que con las suyas quedase en Aoiz para cerrar el paso al enemigo, mandó al segundo que tomase el fuerte. Atacáronle el 19 seis compañías del 9° de Navarra y tres piezas Placencias, y las tres compañías enemigas que lo defendian, despues de sostenerse 24 horas, le abandonaron y se recogieron á Lumbier. Entre

tanto el conde de Caserta, teniendo á sus órdenes al duque de Parma sostenia el fuego con la guarnicion de Lumbier, y como era de creer que numerosas fuerzas alfonsinas vendrian á socorrerla, se prepararon los carlistas para sostener una batalla. En efecto, el 21 llegaron á Lumbier por diferentes caminos varias columnas enemigas á las órdenes del general Reyna, con numerosa artillería y caballería.

Pérula situó sus batallones en el alto de la Trinidad, Sierra de Leire é inmediaciones de Domeño, y aguardó tranquilo al enemigo que desplegando el 22 16 batallones y tres regimientos de caballería se lanzó al ataque al amparo de sus numerosos cañones. Todo fué en vano, pues á pesar del furor con que los alfonsinos se lanzaron al asalto de la Trinidad fueron rechazados con grandes pérdidas. Los batallones 1° 9° y 10° de Navarra con resueltas cargas á la bayoneta les destrozaron é hicieron desistir de su empeño, mientras el conde de Caserta con el 3° y 4° les contenia por Domeño y les rechazaba tambien causándoles enormes pérdidas.

La victoria fué completa para los carlistas. Reyna se retiró á Lumbier á pesar de sus numerosas fuerzas, y no se atrevió á atacar en los dias siguientes. En el combate distinguiéronse mucho el conde de Caserta y el duque de Parma, que estaba á sus órdenes, por lo que Don Cárlos hizo al primero mariscal de campo, dió al segundo la placa del Mérito militar, y concedió luego á Pérula la gran cruz de San Fernando.

CAPITULO LXXXXVI

Don Cárlos jura los fueros. — Armamento de Navarra. — Solemnidades religiosas.

Creian los alfonsinos que solo el restablecimiento en Madrid del trono constitucional bastaria para quitar á los carlistas una de sus principales fuerzas; el ódio que España manifestaba á la forma republicana, ódio que, segun ellos, habia contribuido poderosamente al rápido crecimiento y extraordinario desarrollo del ejército real. Una vez, decian, restablecida la monarquía, Don Cárlos no tiene razon de ser y los pueblos que ahora le aclaman le abandonarán, prefiriendo la paz á la guerra; mas sus previsiones salieron fallidas, porque los pueblos despues de la proclamacion de

don Alfonso XII siguieron vitoreando á Don Cárlos VII con tanto ardor y entusiasmo como antes.

No era solo el amor á la monarquía lo que habia dado pueblos y soldados á Don Cárlos. El amor á las ideas religiosas, tradicionales y antirevolucionarias que este proclamaba era lo que habia movido á unos y otros á lanzarse á la guerra, así que no veian con indiferencia que hubiese uno ú otro monarca en España, y seguian dando con gusto á Cárlos VII sus recursos y sus hijos.

Despues de Lacar fué Don Cárlos aclamado en Estella con tanto júbilo y alegría como lo habia sido dos años ántes, al volver de rechazar á Moriones de Montejurra. En toda Navarra, en Guipúzcoa y Vizcaya el entusiasmo fué extraordinario, y luego cuando se descubrió la conspiracion de Cabrera la indignacion fué general, y por fin cuando los alfonsinos apelaron al sistema del terror é incendiaron pueblos y talaron campos, lejos de desmayar, pedian los vasco-navarros armas para rechazar á los enemigos.

Así, en efecto, se formaron en todas las Provincias Vascongadas batallones sedentarios, llamados tércios, que, compuestos de hombres casados ó de edad ya avanzada, solo empuñaban las armas cuando el enemigo invadia el pais ó cuando las necesidades de la guerra hacian ir á otra parte á los batallones activos encargados de guardar las líneas fronterizas.

La union del pueblo á la monarquía tradicional, lo hemos dicho ya, era completa, porque los vasco-navarros veian en Don Cárlos VII el defensor de su religion, de sus fueros, de su libertad y de sus intereses.

Vizcaya, que es la provincia más amante de sus tradiciones, se reunió á principios de Junio en Junta de merindades y recibió á Don Cárlos que fué á Guernica con tan inmenso júbilo que rayaba en delirio. A últimos de mes, reunidas las Juntas generales acordaron proclamar solemne y oficialmente señor de Vizcaya á Cárlos VII, mientras las de Guipúzcoa reiteraban su adhesion manifestándole su firme propósito de no cejar en la defensa de la causa que simbolizaba.

Grandiosa y de imponente magestad fué la escena, que, con motivo de la proclamacion de Don Cárlos como Señor de Vizcaya, tuvo lugar en Guernica. Reunidos el 3 de Julio los representantes de las repúblicas y merindades vizcainas, bajo las seculares ramas del venerado árbol, que á la vez simboliza las libertades y tradiciones del católico solar vascongado, celebróse el Santo Sacrificio de la Misa en presencia de inmensa multitud de pueblo. En el solemne momento, despues de la consagracion de la Hostia, de rodillas ánte el sacerdote, que en sus manos la tenia, juró Don Cárlos, por ella, guardar y hacer cumplir inviolablemente los fueros de Vizcaya, en medio de un religioso silencio, que, acabada

la Misa, cambióse en interminable estruendo de vítores y aclamaciones, con que, millares de testigos, celebraban aquel pacto entre Señor y vasallos, hecho á los piés del Altar.

El síndico del Señorío, levantando en seguida el pendon del mismo, pronunció las tradicionales palabras: «Vizcaya, Vizcaya, Vizcaya, por el Señor Don Cárlos, Séptimo de este nombre, que viva y reine con gloriosos triunfos muchos años,» y, terminadas éstas, el corregidor pidió á su vez al pueblo el juramento de fidelidad, que debia al Señor que le habia jurado guardar lealmente sus fueros. No aclamaciones, sino atronadoras explosiones de entusiasmo acogieron estas frases, y el pueblo vizcaino, en masa, con amor inmenso, con espontaneidad asombrosa, con unanimidad completa y con todas las fuerzas de su alma, juró pleito homenage á Don Cárlos, ahogando con sus estruendosos vítores la poderosa voz de la artillería que celebraba con salvas el suceso.

Cuatro dias despues de la proclamacion y jura de Vizcaya pasó Don Cárlos á Guipúzcoa, que estaba reunida en juntas generales en Villafranca, y allí se repitió la misma escena. Tambien ánte el altar; pero aquí, sobre los Santos Evangelios, juró solemnemente los fueros de Guipúzcoa, y los representantes de la provincia le aclamaron y juraron como Rey, con tanto entusiasmo como los vizcainos.

Estos solemnes actos, en que ánte la majestad de la Religion doblan reyes y pueblos la rodilla y se prometen mútuamente fidelidad, tienen una grandeza y una fuerza cien veces mayor que la de todos esos sistemas liberales, inventados por el desconfiado espíritu de los tiempos modernos para garantizar las relaciones entre monarcas y vasallos; por qué esos sistemas no se basan y fundan, como el tradicional de las Provincias Vascongadas, en el respeto á la Iglesia, el amor al bien y el cumplimiento de los mútuos deberes del rey para con el pueblo y del pueblo para con el rey, únicas y sólidas garantías que pueden darse en estos casos.

Más estas proclamaciones de las Provincias no fueron ceremónias puramente oficiales, como algunos pudieran pretender, sino que fueron sucesos populares, deseados, queridos y aprobados espontáneamente por la inmensa mayoría de guipuzcoanos y vizcainos que combatian por Don Cárlos VII, pues querian los pueblos, por medio de ellos, unirse más pública y solemnemente aún al Monarca por quien agotaban sus recursos y vertian su mejor sangre.

Navarra, que en ardor y entusiasmo era la primera y habia sido por ello llamada el corazon del carlismo, usó de su antiguo fuero para dar el Apellido, ó llamamiento general de sus hijos á la guerra, y armar así á cuantos tuvieran fuerzas para empuñar un fusil.

¿Qué más podian hacer aquellos pueblos que lo que estaban haciendo? ¿De qué manera más elocuente podian demostrar su preferencia por Don Cárlos VII que ligando solemnemente su suerte á la del monarca que defendian?

En Don Cárlos veian los vascongados y navarros lo que más amaban, sus fueros y su religion, así que, naturalmente, habian de preferirle al gobierno que amenazaba acabar con los primeros, y atentaba á la segunda combatiendo abiertamente la unidad católica, base y fundamento de aquellos y de la grandeza de España.

Don Cárlos y su ejército eran, ánte todo, católicos, y con sus actos públicos procuraban demostrarlo. El 16 de Junio tuvo lugar en Orduña la solemne Consagracion del Rey y del ejército al Sacratísimo Corazon de Jesús. Don Cárlos y su augusto padre, Don Juan de Borbon, comulgaron piadosamente acompañados de los generales y fuerzas que componian el Cuartel Real, y al salir de la iglesia, Don Juan, con acento conmovido, victoreó á Pio IX y al ejército católico de Cárlos VII.

En todas las provincias, los batallones, las juntas, los diputados y los pueblos se consagraron, conforme á los deseos del Vicario de Jesucristo, al Corazon Divino de Nuestro Salvador, piadosa devocion que propaga la Iglesia con tanto celo en los pueblos católicos, como la más adecuada para combatir los progresos del mal en estos calamitosos tiempos y darla el triunfo completo sobre sus enemigos.

CAPITULO LXXXVII

Preparativos de los alfonsinos.— Proyectos de los carlistas.— Mando del conde de Caserta.

A pesar del valor y entusiasmo de los carlistas la guerra tocaba á su fin, pues, desde el momento en que los enemigos consiguieron que Dorregaray abandonase el Centro y lograron acabar con su ejército, y el que mandaba Savalls en Cataluña, pudieron dirigir todas sus tropas contra el Norte. Así lo anunciaron solemnemente, añadiendo, con seguridad pasmosa, que concluiria [illegible] breve la guerra, pues los carlistas no tenian ya fuerzas ni á [illegible] para resistirlos. Era, en efecto, la desproporcion entre las [illegible]

alfonsinas y carlistas mayor que otras veces, pues reforzadas las primeras con los ejércitos victoriosos de Jovellar y Martinez Campos, habian más que duplicado su número, mientras que las segundas conservaban el antiguo.

Disponian los liberales, en resúmen, de 160,000 hombres, mientras los carlistas apenas llegaban á 40,000, más á pesar de esta ventaja numérica, y de la inmensa que proporcionaba á los alfonsinos su mayor suma de recursos y municiones, no se resolvieron á atacar y á fiar su victoria á la sola suerte de las armas.

Pacificada Cataluña en Noviembre, y libres por lo tanto de aquel cuidado, podian haber emprendido inmediatamente las operaciones, pero quisieron ántes preparar el terreno, introduciendo maquiavélicamente la desconfianza y la traicion en el campo carlista, para quebrantar con ellas la firmeza y valor de los voluntarios reales.

Públicamente, desde el fracaso de la conspiracion de Cabrera, varios de sus agentes, favorecidos por el gobierno de Madrid, estuvieron en la frontera de Francia tratando de seducir y sobornar jefes y oficiales carlistas, con la promesa de reconocerles sus empleos si se pasaban con las tropas que mandaban, y con la de pagarles generosamente los trabajos que hicieran por la paz. El oro se ofreció á manos llenas á los principales jefes del Centro, de Cataluña y del Norte, y, cuando ya quedaron solamente los de este último territorio, tomaron las proposiciones un carácter tan general que pasaron ya á ser cosa corriente. Con indignacion las rechazaron la inmensa mayoría de los jefes, quienes prefirieron la pobreza á la deshonra, pero hubo algunos que se adhirieron á Cabrera, se pasaron al enemigo y basta se ofrecieron á combatirnos. El brigadier Patero, ayudante que habia sido de Don Cárlos, el brigadier Ballueroa, el coronel Segura y otros varios, dieron el triste ejemplo de abandonar sus filas en aquellos instantes supremos. Su número fué escaso, su influencia tan nula, que no lograron arrastrar consigo ni un soldado, pero el daño que causaron fué grande, porque inspiraron á los voluntarios la idea de que todos los jefes estaban dispuestos á imitarlos y les hicieron desconfiar de casi todos.

Los alfonsinos, para agravar esta situacion, empezaron á hacer terrible guerra de calumnias y mentiras, de exageraciones y de burlas á Don Cárlos y á sus generales, para desconceptuarlos por completo y hacerles perder todo prestigio sobre pueblos y voluntarios.

Más tolerantes los carlistas que sus enemigos, habian dejado vivir en su territorio á muchas familias liberales, y, todas ellas, eran otros tantos centros de conspiracion que esparcian malas nuevas, censuraban los actos de todos los jefes, procuraban aumentar las

disenciones que se notaban en el campo carlista, y comunicaban cuantas noticias podian á los enemigos, favoreciéndoles además en sus planes de seduccion.

Contra esta formidable conspiracion estaban completamente desarmados los carlistas, porque los trabajos se hacian con el mayor sigilo, así que, aunque descubrieron algunos agentes subalternos de los alfonsinos, que se dedicaban á espiar y dar noticias, de nada les sirvió para impedirla.

A pesar de esta angustiosa situacion, que aumentaba la falta de recursos y la no abundancia de municiones, los carlistas no desmayaron y se decidieron á esperar en sus puestos á los batallones enemigos, rechazando, con indignacion, la idea de poner fin á la guerra por un convenio, idea que los mismos enemigos propalaban para aumentar los recelos y desconfianzas. Querian los carlistas batirse á todo trance hasta agotar el último recurso, y tanta confianza tenian en su esfuerzo, que aún en aquellos críticos momentos pensaron en extender la guerra.

Don Cárlos encargó al general Tristany y al brigadier Argüelles que fuesen á Cataluña y tratasen nuevamente de lanzar á la lucha á los carlistas del Principado, para llamar por allí la atencion del enemigo, y encargó al brigadier Boet, que habia venido de Francia acompañado del coronel Pallés, que se pusiese al frente de los batallones valencianos que habia en el Norte y estudiase el medio de volver con ellos al Centro. Mandó al coronel Segarra que fuese á levantar partidas por el Maestrazgo, para distraer fuerzas enemigas y facilitar el paso de la expedicion de Boet, y trató por todos los medios que estaban á su alcance, de hacer fracasar el ataque combinado que preparaban los alfonsinos.

No ocultó Don Cárlos VII á sus voluntarios los preparativos del enemigo y la ruda campaña que iba á emprender, pues con laudable franqueza les anunció los peligros en que habian de verse, el considerable número de tropas que vendrian sobre ellos y las privaciones y molestias que habian de sufrir. A todo estaban resueltos los carlistas ántes que á rendirse y deponer las armas, así que las palabras de su Rey, lejos de desanimarles, confirmáronles en sus propósitos, y se dispusieron á entrar en campaña con resolucion y energía.

El enemigo dividió sus tropas en dos ejércitos, llamados de la derecha y de la izquierda. El primero, encargado de operar en Navarra, púsole á las órdenes de Martinez Campos, y el segundo, destinado á invadir las Vascongadas á las órdenes de Quesada. Creó además un cuerpo para operar por San Sebastian, en la parte Norte de Guipúzcoa, y encomendó su direccion á Moriones. Don Alfonso XII dispuso para salir á campaña, un numeroso estado

mayor y escolta, y se situó entre los dos ejércitos, aunque prefirió unirse al de Quesada.

Don Cárlos relevó del cargo de jefe de Estado Mayor de su ejército á Pérula, que dejó de comandante general de Navarra; y para sustituirle pensó nombrar á Lizárraga, que habia vuelto cangeado de su prision, pero al fin dió el 11 de Diciembre el mando de sus tropas al conde de Caserta.

Jóven, activo, inteligente y valeroso como militar, el conde de Caserta tenia además, como príncipe de la familia Real, una ventaja inmensa sobre todos los generales, para mandar el ejército carlista en aquellas circunstancias, la de inspirar completa confianza á los voluntarios, pero luchaba con el inconveniente de ser extranjero, y no conocer tan á fondo como los nacionales las personas y costumbres del país. Púsose á su lado, como jefe de Estado Mayor, al brigadier Brea, oficial ilustrado, procedente del cuerpo de artilleria; continuó al frente del ministerio de la Guerra el general Bérriz, y junto á Don Cárlos, como jefe de su Casa Militar, quedó el general Mogrovejo. Las fuerzas de Navarra, Vizcaya y Guipúzcoa siguieron á las órdenes respectivas de Pérula, Carasa y Rodriguez; púsose al frente de los alaveses al anciano general Ugarte, muy querido en el país, y la division castellana quedó á las órdenes del bizarro general Cavero.

El conde de Caserta procuró ántes de emprender las operaciones, que se proveyera al ejército de grandes cantidades de cartuchos para que pudieran sostenerse varios combates seguidos; y trató de hacer salir al enemigo de sus líneas, provocándole en la de Guipúzcoa, el 23 de Diciembre, con una demostracion sobre Hernani. El enemigo, que no estaba preparado para emprender las operaciones en regla, no se movió entónces, y la crudeza del invierno y las copiosas nevadas que cayeron por aquellos dias, suspendieron todos los preparativos ó hicieron que acabara en paz el año, pero, entre tanto, las causas militares y políticas que hemos indicado, y otras que aún no es posible aclarar, iban descomponiendo á los carlistas y acelerando su ruina.

CAPITULO LXXXVIII

La campaña final.— Mendizorrotz, Estella y Vera. — Valcárlos.

La proximidad de los sucesos que dieron fin á la guerra nos obliga á referirlos sencillamente, sin entrar en consideraciones sobre ellos y sobre las causas que ocasionaron la catástrofe, pues bastan las indicaciones hechas para comprenderla ya que no para explicarla enteramente.

Empezó el año 1876 con un tiempo magnífico, pero los liberales dejaron pasar los primeros dias de Enero en madurar su plan de campaña. Asegurábase que éste consistiria en invadir Quesada por el Sur las provincias de Alava y Vizcaya, aprovechando para ello el avance que en el mes de Noviembre habian dado sus fuerzas por la primera de dichas provincias al apoderarse del fuerte de San Leon, que defendia la entrada; y mientras tanto Moriones se lanzaria sobre el Norte de Guipúzcoa y Martinez Campos entraria por la parte oriental de Navarra. Segun muchas noticias, confiaban los alfonsinos todo el éxito de su campaña en apoderarse de la frontera francesa, colocando en ella un cuerpo de ejército que, operando á retaguardia de nuestras fuerzas, pudiese invadir todo el país. La operacion podia, en efecto, ser para los carlistas de funestas consecuencias; pero, ¿contaban los alfonsinos con la seguridad de forzar nuestras líneas y llegar á la frontera? Aunque lo consiguiesen, podrian fácilmente los carlistas dejar aislado al cuerpo de ejército que lo llevase á cabo y concluir con él ántes que pudiesen socorrerle, por lo que no creyeron realizable el proyecto. Además, solo Moriones corriéndose por Irun á Vera, ó Martinez Campos atravesando toda Navarra, podian intentar el apoderarse de la frontera, y la fortaleza de la línea de Guipúzcoa se lo impedia al primero, y al segundo parecia impedírselo, la gran extension de territorio que tenia que recorrer en país completamente dominado por los carlistas.

Aguardaron, pues, éstos el ataque confiadamente, y hasta el 21 de Enero no se rompió el fuego por ninguna parte. Aquel dia cañonearon los alfonsinos la línea de Valmaseda, y en los siguientes tambien, para llamarnos la atencion sobre Vizcaya. El 25 Moriones hizo un reconocimiento por la de Guipúzcoa, saliendo de Hernani y trabando un lijero combate, y el 28 dió un golpe hábil transportando por mar algunos miles de hombres á Guetaria, y tomando con ellos el fuerte de Gárate que defendian unas cuantas compañías guipuzcoanas. Perdido Gárate, estaba amenazado el

camino de Zarauz á Azpeitia, por lo que el brigadier don Eusebio Rodriguez pasó á aquella parte con algunos batallones, y Don Cárlos fué á Aya para animarlos con su presencia.

Todo esto, sin embargo, no eran más que escaramuzas, pues las operaciones en grande escala no empezaron hasta el 28, en que las fuerzas enemigas del ejército de Quesada salieron de Vitoria, y en tres columnas avanzaron sobre Villareal, Salinas y Aramayona, invadiendo á la par Alava y Guipúzcoa. En Villareal sorprendieron á las fuerzas de Ugarte, y despues de un lijero combate las obligaron á retroceder, cogiéndolas dos cañores de montaña. La artillería rodada salvóse, en cambio, gracias al valor de su jefe, el coronel don Rodrigo Velez; mas las fuerzas de infantería fueron en retirada hasta Azcoitia, dejando así libre al enemigo la entrada de Guipúzcoa y Vizcaya. Prefirieron, sin embargo, los alfonsinos apoderarse de Ochandiano y del alto de San Antonio de Urquiola para amenazar á Durango.

El 29 fué destinado por el enemigo para romper la línea de Guipúzcoa y apoderarse de las baterías con que cañoneábamos á San Sebastian, y miéntras Moriones seguia en Zarauz y Guetaria entreteniéndonos tropas, salieron de la capital de Guipúzcoa una porcion de batallones á las órdenes del general Morales, y se lanzaron al asalto de Mendizorrotz, Bordacho y todas las posiciones carlistas. El brigadier don Javier Rodriguez de Vera, que mandaba la línea, á pesar de tener pocas fuerzas, sostuvo con denuedo el violento empuje de los enemigos, que llegaron hasta nuestros parapetos; los rechazó con grandes pérdidas, los desordenó y persiguió y completó la victoria bombardeando por la noche á San Sebastian.

Mendizorrotz fué el últimotriunfo de los carlistas; y aun les valió mucho, pues escarmentado el cuerpo de ejército de Moriones, no salió ya de San Sebastian, y Guipúzcoa quedó por la parte Norte segura de invasiones. Por desgracia, en Navarra el plan de campaña dió á los enemigos excelentes resultados. Primo de Rivera, con un cuerpo de ejército respetable, amenazó á Estella, atacando á la vez las posiciones que guardaban los carlistas en Mañeru y Oteiza. En Mañeru, los batallones 3.°, 4.° y 6.° de Navarra rechazaron con grandes pérdidas al enemigo; pero en cambio, perdimos la posicion de Santa Bárbara de Oteiza, con dos cañones y alguna gente del 1.° de Navarra. Estas operaciones tenian un objeto importante, encubrir la que debia llevar á cabo Martinez Campos, en la que estribaba el éxito de la guerra, atravesar el territorio carlista y apoderarse de la frontera. El 29 de Enero salió Martinez Campos de Pamplona con tres divisiones, y la artillería correspondiente, y por montes y caminos excusados, pasó por la regata de Zubiri á los Alduides, y rozando el territorio francés, entró el 31 en Elizondo.

Tan de sorpresa cogió esta marcha á los carlistas, que no pudieron impedirla. La primera noticia que de ella tuvo Don Cárlos fué la llegada al Baztan del enemigo, y en seguida llamó á Tolosa al conde de Caserta y algunos batallones castellanos que estaban por Vergara. Golpe terrible para los carlistas era el tener al enemigo á retaguardia, pero como las fuerzas invasoras de Martinez Campos habian quedado aisladas, aún podian tener alguna esperanza de destrozarlas y hacerlas entrar en Francia. Martinez Campos procuró en seguida establecer sus comunicaciones con la nacion vecina tomando el pueblo de Dancharinea, para que por él le enviaran de Francia recursos, víveres y municiones, y se fortificó en Elizondo.

El conde de Caserta estuvo conferenciando con Don Cárlos en Tolosa el 2 de Febrero, y el 3 salió para reunirse á Pérula, que con cuatro batallones estaba en Leiza, á fin de atacar juntos á Martinez Campos, ó contenerle al ménos. Situáronse fuerzas en Vera para impedir que las enemigas de San Sebastian se diesen la mano por Irun con las de Elizondo, pero otra fuerte nevada detuvo las operaciones.

Entre tanto, el ejército de la izquierda obligaba á Carasa, para salvar la division vizcaina, á levantar la línea de Valmaseda, pues Loma con un cuerpo de ejército la atacó de frente; Burriel, con tropas de Bilbao, por un flanco, y Quesada por el otro. Carasa se retiró á Zornoza, y Loma y Quesada se dieron la mano en el valle de Arratia, quemaron la fábrica de Arteaga y enviaron tropas á Durango.

En diez dias los ejércitos alfonsinos se hicieron dueños de Alava, gran parte de Vizcaya y Navarra casi sin combates, de modo que no quedó libre á los carlistas más que Guipúzcoa y un trozo de Navarra. La pérdida material fué inmensa, pero mayor sobre todo la moral, pues los vizcainos y alaveses empezaron á desanimarse al ver perdido su país.

Don Cárlos bajó á Elorrio, pensando atacar á Durango, pero luego concentró sus fuerzas en Elgueta y Vergara á fin de impedir la invasion de Guipúzcoa, y marchó á Tolosa para estar cerca de las que contenian á Martinez Campos. Los alfonsinos, victoriosos, avanzaban, sin embargo, con gran recelo por no exponerse á un descalabro, y amenazaban á la vez diferentes puntos. Estella, sobre todo, cañoneada desde Oteiza, era objeto de continuas amenazas por las tropas de Primo de Rivera. Don Cárlos mandó á Lizárraga para que se pusiese al frente de las tropas que habian de defenderla.

Los enemigos, el 13 de Febrero, atacaron con decision el alto de Elgueta, defendido por Carasa, los vizcainos y otros batallones, y despues de un reñido combate, les obligaron á retirarse. En el

Baztan, sostuvieron algunos encuentros, y por fin, el 17, rompieron el fuego sobre Estella. Pérula, con un batallon, habia marchado de esta ciudad el dia ántes para el Baztan, y Lizárraga que quedó solo con siete batallones, los dispuso de la mejor manera para resistir al enemigo. Avanzó éste por la parte de la Solana y el brigadier don Cárlos Calderon que debia defenderla, fué, ante el número de los enemigos, retirándose á Montejurra. Previendo que á la mañana siguiente atacarian los alfonsinos á Montejurra, posicion que domina á Estella, reforzó Lizárraga á Calderon con dos batallones y mandó á los demás que se concentraran sobre la plaza.

En efecto, en la mañana del 18, Calderon, en el alto de Montejurra, sostuvo un reñido encuentro, lanzó á los batallones á la carga, pero fueron rechazados, y entónces, con algunos hombres se encerró en el fuerte que coronaba el monte. Mientras tanto, Lizárraga, al frente del 1.° de Castilla, que llegó en aquellos momentos, reorganizaba en Ayegui á los dispersos, é intentaba socorer á Calderon, más éste, se rindió con su gente, y apoderados los enemigos del fuerte, fué ya inútil el tratar de recupararlo.

Perdido Montejurra, Estella no podia sostenerse, y. en efecto, Don Cárlos, mandó por telégrafo que se abandonara, operacion que se hizo en la madrugada del 19, sin que el enemigo se apercibiese de ello ni tratara de molestar á los carlistas en su retirada.

Al mismo tiempo que esto ocurria en Estella, Martinez Campos salia de su inaccion, se lanzaba el 18 al ataque de Vera, enviaba tropas contra el fuerte de Peña-Plata, mientras que el ejército de Quesada, que habia avanzado por Guipúzcoa, amenazaba á Tolosa. Don Cárlos, el conde de Caserta, y la mayoría de los batallones se encontraban por aquella parte, Pérula, en el camino de Estella al Baztan, de modo, que Martinez Campos no encontró en Vera más que á los batallones 2.° y 7.° de Navarra, á las órdenes del brigadier Larumbe. Batiéronse estos con heroismo y órden admirable hasta que, agotadas las municiones, herido Larumbe, muerto el coronel del 2.° don Javier Elío, tuvieron que ceder el paso, y dejar unirse las fuerzas de Martinez Campos con las de Moriones.

El círculo de hierro formado por los ejércitos enemigos, se estrechó más el 20, dia en que entró don Alfonso XII, con Quesada. en Tolosa. Desde entónces, los carlistas estaban definitivamente perdidos, pero aún podian resistir y haber logrado alguna ventaja á no ser por una circunstancia que les descompuso enteramente. Los batallones guipuzcoanos, vizcainos y alaveses desanimados por estos sucesos, trabajados además por agentes alfonsinos empezaron á desertar y deshacerse.

Don Cárlos, con Caserta y las tropas que le seguian fieles, fueron á Erasun y Zubieta, el 20 escalonaron por la carretera de Pamplona los batallones castellanos y navarros, y se dieron la

mano con los que Lizárraga traia de Estella. Habia este desde Arraiz mandado algunos á Zubiri para que sostuviesen la úuca parte de la frontera que quedaba ya libre á los carlistas, cuando supo que dos batallones navarros empezaban á desertar y descomponerse. Maudólos á Almandoz pero encontraron á Pérula en el camino, y éste los hizo retroceder á Olague, con lo que la mayoría desertó á Pamplona.

Viendo deshacerse su ejército, pero resuelto aún á combatir, llamó Don Cárlos á Lizárraga el 23, le confió el cargo de gefe de Estado Mayor, y dió al conde de Caserta, el mando de una division. Lizárraga, aunque envió á Valdespina y Egaña á animar á los vizcainos y guipuzcoanos que quedaban, comprendió la situacion y aconsejó á Don Cárlos que tomase el camino de la frontera para resistir á su amparo, si aún se podia, ó entrar sino en Francia.

En efecto, el 24, salió Don Cárlos de Santestéban, y atravesando el puerto de Velate, enmedio de las delirantes aclamaciones de las tropas castellanas fué á Olague. Allí, á la mañana siguiente, se le reunió la brigada valenciana, que en el mejor órden y espíritu traia Boet, pero las tropas navarras en cámbio se deshacian por momentos.

El 8.° batallon se disolvió aquel dia, el 2.° y 7.° desertaron casi por completo, y á los demás de la provincia les pasó otro tanto. Pérula que los mandaba no tenia ya influencia para contenerlos, pues habia perdido todo prestigio. Don Cárlos, le llamó el 26 á Vizcarret con ánimo de pedirle cuenta de lo que ocurría pero ya era tarde para usar de rigor y le envió á Ochagavia con los restos de su ántes, tan valerosa division. Marchó Don Cárlos á Burguete aquella noche y tuvo el disgusto de ver que la artillería, concentrada en Roncesvalles, estaba tambien deshaciéndose y en estado de insubordinacion. Los batallones castellanos eran ya los unicos que permanecian firmes, unidos y tan resueltos como al principio de la campaña, sin acobardarse por la terrible situacion ni descomponerse por el mal ejemplo de los demás.

Con ellos fué Cárlos VII en la mañana del 27 á Valcarlos, y allí ya en la frontera de Francia, reunió aquellos leales restos de su brillante ejército, y con voz conmovida les dirigió la palabra.

Testigo de tantas escenas de grandeza y de alegria en los tiempos de la prosperidad, fuílo tambien de ésta en los de infortunio. El Rey, conmovido, hablaba á sus leales y estos le vitoreaban con más ardor que otras veces, pero uniendo á sus aclamaciones gemidos de pena y lágrimas de desesperacion. Sí, yo vi llorar aquella tarde jefes y soldados valerosísimos, que hubieran preferido mil veces la muerte á tener que dejar las armas y acabar de aquella manera la guerra.

No era posible ya sostenerla, así que aquella misma noche Don

Cárlos pidió bospitalidad para Él y los restos de su ejército, á la nacion francesa, y dispuso que á la mañana siguiente formasen por última vez sus tropas. Se componian éstas de los seis batallones de Castilla, dos de Cantábria, uno de Astúrias y tres de Valencia, de los cadetes Guias del Rey, escuadron de Guardias á caballo, el de húsares de Arlaban, la caballería de Castilla, el regimiento de Borbon y seis baterías Plasencia y Witwort.

Todas formaron á la mañana siguiente en la carretera de Valcarlos al puente de Arneguy, donde empieza el territorio francés, para hacer por última vez los honores á su Rey.

Desde que apareció Don Cárlos ante sus soldados, el sonido de los trompetas y clarines que tocaban la marcha Real, fué apagado por las aclamaciones frenéticas, los vivas ardorosos con que le despedian sus voluntarios. Don Cárlos, conmovido profundamente, miraba con dolor aquellos heróicos soldados que tantas veces habian expuesto su vida en los combates; y la pena que amargaba su corazon, rebosaba en su semblante. Pero aún le quedaba un paso más terrible que dar, el del puente de Arneguy, que le alejaba de España. Le dió, y al entrar en el territorio francés, tornó á mirar á España, y con acento solemne y conviccion profunda, exclamó: «volveré, volveré!»

Los oficiales que le seguian, rompiendo sus espadas, entraron tras Él para despedirle en el momento de marchar, y los batallones comenzaron á desfilar triste y silenciosamente. Los soldados tiraban los fusiles al llegar á la frontera, y el dolor y la pena de que estaban poseidos, conmovieron profundamente á los franceses que presenciaban absortos aquella escena de lealtad y firmeza.

Los restos de la division navarra habian entrado la tarde anterior, y muchos jefes y oficiales guipuzcoanos y vizcainos tambien; de modo que más de 10,000 carlistas siguieron á su Rey hasta la emigracion.

La adversa fortuna les llevaba á Francia, pero todos ellos firmes en sus convicciones, entraban en el extranjero soñando con el triunfo de su causa, y decian como Don Cárlos: «¡volveremos, volveremos!»

Así concluyó la guerra civil, que por espacio de cuatro años habian sostenido los carlistas, guerra cuya significacion religiosa, política y militar hemos tratado de indicar solamente, para facilitar á los historiadores futuros la empresa, hoy árdua, de juzgarla.

FIN

INDICE

LIBRO PRIMERO.

EL ALZAMIENTO EN EL NORTE.

LIBRO SEGUNDO.

CARLOS VII EN CAMPAÑA.

LIBRO TERCERO.

SOMORROSTRO Y ABARZUZA

LIBRO CUARTO.

LA GUERRA EN CATALUÑA.

LIBRO QUINTO.

EL EJÉRCITO DEL CENTRO.

LIBRO SEXTO.

LA SEO DE URGEL.

LIBRO SÉPTIMO.

LA TERMINACION DE LA GUERRA.

PARIS. — TYPOGRAPHIE TOLMER ET ISIDOR JOSEPH.
rue du Four-Saint-Germain, 43.